

Libros del Asteroide 

**Dominick Dunne**  
Una mujer  
inoportuna

Traducción de Pablo Mediavilla



**Dominick Dunne**

Una mujer inoportuna

Traducción de Pablo Mediavilla Costa

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

## Colofón

Primera edición, 2019

Título original: *An Inconvenient Woman*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1990 by Dominick Dunne

© de la traducción, Pablo Mediavilla Costa, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de la cubierta: © melanjurga/iStock

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-90-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

*Para Griffin y Carey Dunne, con amor*

# 1

Con el tiempo, acabó siendo vilipendiado y deshonrado; el arzobispo Cooning le denunció desde el púlpito de Santa Vibiana como un perverso, y las palabras del arzobispo se esparcieron por la tierra. Pero antes de la deshonra y del vilipendio, Jules Mendelson se encontraba, al menos en apariencia, en la cima del mundo: tenía un aspecto impresionante, una magnífica esposa y era admirado de la forma en que los muy ricos son admirados en América.

Clouds, la finca de los Mendelson que domina Los Ángeles desde su imponente cumbre, permanece deshabitada pero cuidada, a pesar de que los enormes portales de hierro que en su día flanquearon la entrada de una residencia ducal en Wiltshire están descoyuntados, sus bisagras desenajadas por vándalos. El guarda a cargo ha reforzado los portones con tablas de madera contrachapada para disuadir a los curiosos de mirar dentro; pero, aunque pudieran hacerlo, no verían nada de la casa ni de los jardines, ya que, a una decena de metros, el camino gira bruscamente a la derecha. El invernadero de Pauline Mendelson, donde cultivaba sus orquídeas, ha caído en el abandono, pero las perreras aún se mantienen en pie, y una jauría de perros guardianes patrulla el terreno por la noche, como siempre.

Hubo un tiempo en que la gente decía que las vistas desde Clouds eran las más bonitas de la ciudad. Pauline Mendelson, consciente de ello, había dispuesto una habitación para disfrutar al máximo del amanecer sobre el perfil recortado del centro de la ciudad, en la que ella y Jules debían desayunar juntos, aunque nunca lo hicieron, salvo una vez; y otra habitación para ver la puesta de sol sobre el océano, donde, muchas tardes, sí se reunieron para beber juntos una copa de vino y comentar los acontecimientos del día antes de cambiarse para la cena.

Es probable que nadie se haya comportado con tanta dignidad ante un escándalo como Pauline Mendelson. Todo el mundo está de acuerdo en eso. Mantuvo la cabeza alta y no invitó ni a la lástima ni al escarnio. La ciudad, o esa parte de la ciudad con la que se relacionaban, estaba arrebatada por la

emoción. No había ocurrido nada tan apasionante en años, salvo entre la gente del cine, y nadie que conocieran se veía con la gente del cine. En el transcurso del mismo año en el que tuvieron lugar los acontecimientos que entretuvieron a la ciudad durante tantos meses, Pauline pasó a ser Lady St. Vincent y se mudó a Inglaterra. No solo se casó rápido, sino que también, siendo una de las hermanas McAdoo, las casaderas McAdoo, como los diarios las llamaban a veces, se casó sumamente bien, aun bajo tan terribles circunstancias. La gente dice que todo rastro de su vida como esposa de Jules Mendelson ha sido eliminado por completo, y que en su nueva vida no está para nadie que la conociera de Los Ángeles, ni siquiera para Rose Cliveden, y sabe Dios que si alguien era buena amiga de Pauline Mendelson esa era Rose Cliveden.

Hubo momentos espléndidos en Clouds durante más de veinte años. Bastaba con mirar las firmas en los libros de visita el día que fueron puestos a subasta en Boothby's —junto al mobiliario, los efectos personales y, por supuesto, la extraordinaria colección de arte— para hacerse una idea del apetito voraz de Pauline Mendelson por lo que ella siempre llamaba «la gente interesante». Respecto a los cuadros, o la subasta de los cuadros, todavía hoy existe indignación en el mundo del arte. El Metropolitan de Nueva York afirmó que le habían prometido la colección. El museo County de Los Ángeles dijo lo mismo, así como el Kimbell de Fort Worth. Y había otros museos con reclamaciones menores. Pero eso era típico de Jules Mendelson. Le encantaba que le persiguieran los directores de los museos —que le cortejaran, como él decía— y oírles alabar su magnífica colección. Disfrutaba paseándoles por los salones y las habitaciones de su casa, explicando detalladamente el origen de cada cuadro, así como la etapa vital del artista en el momento en que había pintado la obra. Le gustaba que cada uno de ellos pensara que su museo sería, a su debido tiempo, el que acogería la colección; y con certeza quería legársela a uno, porque solía decir, incluso en entrevistas, que bajo ningún concepto deseaba que la colección se disgregara, y que dejaría una provisión para la construcción de un ala, el ala Jules Mendelson, para albergarla. Pero el hecho es que, aunque tuvo el propósito, nunca hizo esa aportación, como tampoco la que pensaba hacer a Flo March. O la pobre Flo, como pasó a ser conocida. Fue Pauline la que decidió separar la colección y subastarla junto al mobiliario y los efectos personales, todas las obras salvo las *Rosas blancas*

de Van Gogh y la escultura de la bailarina de catorce años de Degas, con su original lazo rosa en el pelo; las cuales, se dice, ya están instaladas en la abadía de Kilmartin en Wiltshire.

Pauline Mendelson era una de esas personas plenamente integradas en los círculos selectos de varias ciudades, aunque diera la sensación de no pertenecer a ninguno. Aun después de veintidós años de vida en Los Ángeles y de haberse convertido en una ilustre ciudadana allí, Pauline siempre pareció más una visitante que una local. Sus fiestas en Clouds eran famosas, y con razón. No dejaba nada al azar. Fue en una de esas fiestas como el joven Philip Quennell entró en la órbita de la conocida pareja. A Pauline le gustaba invitar a escritores y artistas a su casa para que se mezclaran con sus amigos de las altas esferas. Philip la había visto una vez, comulgando en el funeral de Andy Warhol en la catedral de San Patricio, y ya se habían encontrado antes de eso, por casualidad, durante el entreacto de una obra en Nueva York. Pauline conocía a la madrastra de la mujer que le acompañaba, y, después de las presentaciones, las dos charlaron un poco mientras Philip permanecía de pie, mirándola. Hablaba en un elegante contralto. «Terriblemente ligera, ¿no es así?, pero entretenida, ¿no?», había señalado sobre la obra. Contestaron que sí. «Horrible lo de Rocky, ¿verdad?», dijo acerca de alguien a quien Philip no conocía, pero su acompañante sí, y cuyo avión privado se había estrellado hacía poco. «Sus dos pilotos murieron, pero él se recuperará, con el tiempo», añadió Pauline.

Y luego sonó el timbre anunciando el comienzo del segundo acto y ya no la volvieron a ver. Dada esta mínima aproximación a Pauline Mendelson, Philip Quennell se sorprendió, por tanto, al recibir una invitación a su fiesta, entregada personalmente por su chófer en el hotel, el mismo día que llegó a Los Ángeles para la que resultó ser una visita considerablemente más larga de lo que nunca podría haber anticipado. Era su cumpleaños. Tenía veintinueve años, cumpliría los treinta esa noche, pero, por supuesto, ese hito que solo él conocía no podía tener nada que ver con la invitación de Mr. y Mrs. Jules Mendelson, como rezaban los nombres grabados en la tarjeta de color crudo.

Llegaba tarde. Se lo dijo el aparcacoches. También la sirvienta que le abrió la puerta. Dentro, en una consola del vestíbulo, los pequeños sobres que contenían la disposición de los invitados en las mesas habían sido dispuestos

por orden alfabético. Solo quedaba uno, el suyo. El sonido jovial de sesenta voces, hablando y riendo, llegaba desde una habitación interior. A pesar del retraso, con el mayordomo apremiándole en dirección a las voces —«Están a punto de sentarse», insistió—, a Philip le resultó imposible no advertir la grandiosidad del interior de la casa de los Mendelson. Había seis puertas que daban al salón central. Una escalinata curva de soberbias proporciones parecía ascender sobre anclajes invisibles; en las paredes de muaré verde colgaban seis cuadros de nenúfares de Monet —el primer encuentro de Philip con la colección de arte de Mendelson—; debajo, en la base, había montones de orquídeas dispuestas en macetas y jarrones chinos de color azul y blanco.

—Precioso —dijo Philip a nadie en particular.

—Es la afición de la señora Mendelson —dijo una mujer con aire competente y aspecto de secretaria.

—¿Cómo? —preguntó Philip.

—Las orquídeas. Las cultiva ella misma.

—Ah.

—¿Puede firmar primero el libro de visitas, por favor? —dijo la mujer.

Le dio un bolígrafo, y Philip escribió su nombre debajo del de un expresidente y su primera dama y del de la gran estrella de cine Faye Converse, ya retirada. Revisó las firmas. Aunque no conocía personalmente a nadie, sí reconoció muchos de los ilustres nombres. No era la clase de gente con la que Philip Quennell estaba acostumbrado a cenar.

Justo en ese momento, una de las seis puertas se abrió, y los sonidos de la fiesta aumentaron de tono mientras Jules Mendelson entraba en el vestíbulo. Cerró la puerta y cruzó el suelo de mármol con la determinación de un hombre reclamado por una importante llamada telefónica. Era gigante, a lo alto y a lo ancho, poco agraciado y atractivo al mismo tiempo, dueño de un aspecto que, probablemente, intimidara a los pusilánimes. Su aura de poder le envolvía como un fuerte aroma. Sin embargo, al conocerle, la gente descubría que podía ser sorprendentemente amable y, más sorprendente todavía, un caballero. Cuando los biógrafos de grandes prohombres le preguntaban por sus recuerdos sobre sus sujetos de estudio, Jules respondía siempre —si es que no podía escabullirse— con amabilidad e indulgencia, incluso acerca de grandes hombres que no le gustaban o con los que había tenido disputas, ya que

siempre fue consciente de que su propia biografía sería una realidad en algún momento futuro.

Philip lo miró, fascinado, de una forma en la que, en adelante, vería a mucha gente mirar a Jules Mendelson. Presentado por la secretaria, Mendelson le dio la mano a Philip al pasar, lo escudriñó y lo catalogó al instante como una de las «personas interesantes» de Pauline, en las que tenía muy poco interés. Figuras políticas (senadores y de ahí para arriba), embajadores, magnates de los negocios como él y directores de museos eran la clase de personas que le interesaban. Alguien escribió en un artículo de una revista que Jules Mendelson había simplificado la ortografía de su apellido de Mendelssohn a Mendelson porque calculó que perdería siete minutos y medio cada día corrigiéndolo y deletreándolo. Su bisabuelo era primo segundo de los Mendelssohn de Berlín, una de las familias más importantes de la alta burguesía judía y de la baja nobleza de antes de la guerra. Nacido en Chicago, Jules Mendelson había recibido su herencia y la había convertido en una vasta fortuna. Todo eso formaba parte de su historia pública.

—Siento llegar tan tarde, señor —dijo Philip—. Mi avión procedente de Nueva York ha aterrizado por la tarde, pero una de mis maletas, la que llevaba mi esmoquin, se extravió.

A Jules no le importaba ni quería saber nada de una historia tan anodina. Tenía su propio cometido en mente.

—Pase, pase, señor Quennell —dijo, señalándole con la mano una habitación a la derecha—. Pauline está en el salón principal. Debo atender una llamada y me uniré a ustedes luego.

El año pasado, cuando Malcolm McKnight, que está escribiendo una biografía de Jules Mendelson, preguntó a Philip Quennell qué impresión tuvo de él la primera vez que se vieron, Philip recordó el momento y dudó.

—¿Qué le ha venido a la cabeza? —insistió Malcolm.

Philip no se decidía a contarle a McKnight que lo que le vino a la cabeza fue lo maravillosamente bien cortado que estaba el esmoquin de Jules Mendelson, para ser un hombre tan enorme. Lo que sí le dijo a Malcolm fue:

—Pensé que era un hombre al que nunca querría contrariar —que era lo segundo que había pensado.

Para ser un recién llegado sin contactos, a Philip le fue asignado un asiento extraordinario esa noche, entre Camilla Ebury, de la que habría de enamorarse, y Rose Cliveden, una celebridad local, pasada ya la mediana edad, que causaría, a buen seguro sin intención, algunos desórdenes en la vida de su gran amiga Pauline Mendelson. La razón para el excelente emplazamiento de Philip Quennell, no obstante, no tenía nada que ver con su atractivo como invitado. Un hombre llamado Hector Paradiso había cambiado las tarjetas antes de la cena, por razones que solo él conocía, y se había sentado en la que Rose Cliveden consideraba una posición mejor, en la mesa ocupada por la ex primera dama.

—Vivir por la tarjeta de la mesa, morir por la tarjeta de la mesa —dijo Rose Cliveden, sentada a la izquierda de Philip. Estaba ligeramente achispada y muy molesta mientras volvía sobre el descaro de Hector Paradiso por tercera o cuarta vez. En su cuello se intuía la presencia de un bocio, que se movía de arriba abajo mientras hablaba con una voz engravecida por años de fumar en exceso.

—Imaginad a Hector cambiando las tarjetas. Se lo tiene muy creído últimamente.

—Tenga cuidado con lo que le cuenta a Rose —dijo Camilla Ebury, a su derecha—. No importa lo borracha que esté, se acuerda de todo. Memoria infalible.

—¿Quién es Rose Cliveden? —preguntó Philip.

—El viejo Los Ángeles. Viejo dinero. Vieja amiga de Pauline. Casada tres veces. Divorciada otras tres. En una ocasión tuvo un romance con Jack Kennedy. En la Casa Blanca. En el dormitorio Lincoln. O eso dice ella. Se la conoce por sus exageraciones. ¿Qué más quiere saber?

—Excelente perfil —respondió Philip—. Podríamos ser colegas de profesión.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó ella.

—Acabo de llegar hoy para escribir un documental. Sinceramente, estoy sorprendido de haber sido invitado aquí esta noche.

—Pauline colecciona personas —respondió Camilla Ebury.

Era guapa de una forma discreta, inadvertida para Philip en un principio. Llevaba el pelo rubio peinado al medio y recogido con dos horquillas

doradas, un estilo que él asociaba con las debutantes que solía ver en los bailes cuando estaba en Princeton. Según descubrió Philip a su debido tiempo, había enviudado hacía poco, a pesar de que solo tenía uno o dos años más que él.

Como en el caso de Pauline y de todas las mejores amigas de Pauline, el rango de conversación de Camilla se situaba en una escala más elevada, al menos económicamente, que la suya.

—Nunca se muera en un país extranjero si no sabe hablar el idioma —dijo, rememorando la súbita muerte de su marido en una calle de Barcelona—. Es una absoluta pesadilla. La embajada no sirvió para nada. Gracias a Dios que tenía a Jules Mendelson. Hizo unas pocas llamadas y lo arregló todo, y pude enviar al pobre Orin de vuelta a casa.

A esas alturas, al darse cuenta de que él la escuchaba atentamente, tomó su tarjeta y leyó su nombre, a pesar de que ya se lo había dicho un par de veces.

—Philip Quennell. ¿Por qué ha venido hasta aquí, al Dorado Oeste?

—Para escapar del calor —dijo.

—¿Qué calor?

—Algo que escribí ofendió a algunas personas muy importantes, las cosas se calentaron y pensé que sería mejor si dejaba Nueva York por un tiempo.

—¡Oh, Señor! ¿Usted es el autor de ese libro que enfureció a todo el mundo en Nueva York? —preguntó.

Era él.

—Sí.

—Con razón Pauline le ha invitado —dijo Camilla, sonriendo—. Es la clase de asunto que adora.

Cuando sonreía, le aparecían unos enigmáticos hoyuelos en las mejillas y sus ojos brillaban. Los dos se miraron con interés creciente.

—¿Alguien le golpeó? Creo que lo leí.

En efecto, había escrito un libro, acerca de la compra a crédito de una gran empresa, que había ofendido a bastantes personas importantes en el mundo de los negocios de Nueva York. Una figura muy conocida de Wall Street amenazó con hacer que le rompieran las piernas y ni Philip ni su

abogado se tomaron la amenaza como una simple manera de hablar. Se sabía que la reconocida figura tenía «conexiones», como suelen llamarse. Cuando Casper Stieglitz, un productor de Hollywood, contactó con él a través de su representante para saber si podría estar interesado en escribir un guion para un documental sobre el creciente consumo de drogas en la industria del cine, cogió la oportunidad al vuelo, aunque no supiera nada en absoluto ni de la industria del cine ni del creciente consumo de drogas en ella. Aceptó sin pensárselo porque creyó que una estancia pagada de cuatro o cinco meses en el sur de California podía ser exactamente lo que necesitaba en tales circunstancias.

—Es una fiesta maravillosa —dijo Philip, echando un vistazo alrededor de la sala.

Camilla, siguiendo su mirada, asintió.

—Las fiestas en casa de Pauline siempre lo son —dijo.

—¿Hay un motivo para una velada como esta? Quiero decir, ¿hay un invitado de honor, un cumpleaños, un aniversario o algo parecido? ¿O es que ustedes, la gente de por aquí, juntan a sesenta personas para cenar, con vinos poco comunes y contratan una orquesta cada noche?

Camilla se rio.

—Tiene razón. Es bastante especial. No debería darlo por sentado, pero llevo tantos años asistiendo a estas fiestas que quizás he perdido mi perspicacia.

—Nunca debería perder su perspicacia, señorita Ebury —dijo Philip—. O su oído. Podría perderse algo.

Camilla miró a Philip, interesada.

—Camilla —dijo ella.

—Soy Philip —contestó él.

—Lo sé.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó Philip, levantando la mano para referirse a los invitados—. Al margen del expresidente y de la estrella de cine, quiero decir.

—Oh, el núcleo, supongo. Mi padre solía describirlos como la clase de gente que puede mantener las cosas alejadas de los periódicos —dijo Camilla.

—¿Qué clase de cosas?

—Oh, cosas.

—El bosque está lleno de cuerpos, ¿es eso lo que quiere decir?

Ella se rio.

—Es una forma de decirlo.

Philip miró de nuevo la sala.

—Esto es bastante glamuroso. Al menos para mí.

—Supongo que es así cuando se está de paso, como usted, unos pocos días o unas pocas semanas, pero si se quedara más tiempo, empezaría a ver que cada velada es una variación de la misma melodía, excepto en casa de los Mendelson, donde son un poco más extravagantes; pero claro, los Mendelson no son realmente angelinos en el sentido en el que el resto de nosotros lo somos, nacidos y criados aquí. Somos unos doscientos o trescientos y cenamos juntos en combinaciones aleatorias; rara vez ampliamos el círculo y rara vez leerá sobre nosotros en los periódicos —sonrió casi como excusándose e hizo un gesto de resignación.

—Siga. Estoy fascinado —dijo Philip.

—Bueno, nunca nos mezclamos con los del cine, y solo en ocasiones con la gente de Pasadena, dejando a un lado las recepciones oficiales o actos benéficos, como en museos o en el Music Centre. No digo que esté bien, pero es como es y como siempre ha sido. Si quiere saber la verdad, me encantaría conocer a algunas estrellas del celuloide.

Philip sonrió. Camilla miró a Philip y vio que le prestaba toda su atención. Se acercó a él y bajó la voz.

—Ahora que lo menciona, creo que en un principio sí había un motivo para esta fiesta. Todos pensábamos que esta noche se anunciaría que Jules va a ser enviado por el presidente a Bruselas para encabezar la delegación americana durante la fundación de la Unión Europea. Significaría estar allí todo 1993, al menos, y Pauline lo está deseando. Habla un francés perfecto y creo que a veces se aburre aquí.

—¿No va a suceder? —preguntó Philip.

—Oh, sí, va a suceder, pero no se va a anunciar todavía, al parecer.

Philip asintió.

—Muy buena la sopa —dijo.

—Maravillosa.

Una fiesta en casa de los Mendelson era, incluso para los iniciados, una experiencia embriagadora. La comida la preparaba su propio chef, una reconocida figura en los círculos gastronómicos; y el vino, de la bodega personal de Jules Mendelson, era soberbio. Había orquídeas y antigüedades y obras de arte de valor incalculable en cada pared de cada habitación. La biblioteca, que los Mendelson usaban como sala de estar cuando no tenían invitados, estaba decorada con más cuadros franceses, mobiliario inglés y sillones y sofás tapizados de satén estampado. Había una mesa larga ocupada por fotografías en marcos plateados, entre las que se contaban varias de Pauline y Jules con presidentes y primeras damas en cenas en la Casa Blanca, así como retratos firmados de los monarcas de España y de Reino Unido. Había una mesa a juego en el otro lado de la estancia para las revistas, renovadas semanal o mensualmente, y los periódicos, cambiados a diario. Las altas ventanas de estilo francés, decoradas con elaboradas cortinas y cenefas, daban a una terraza con mesas y sombrillas y, más allá, a un jardín y a un prado. «¡Qué maravilla!», decían siempre de la habitación las personas que visitaban a los Mendelson. Así que se puede disculpar a Philip Quennell, un recién llegado a semejante grandiosidad, por resoplar y exclamar cuando entró en la biblioteca buscando un baño y vio las *Rosas blancas* de Van Gogh, casualmente su cuadro preferido, colgando sobre la chimenea.

—Dios santo —dijo aproximándose y mirando hacia arriba.

Sabía bien que su valor era de, al menos, cuarenta millones de dólares, incluso con el mercado del arte cotizando a la baja. Quería tocar la densa y vívida pintura, y estuvo a punto de hacerlo, pero se contuvo. Sintió que no estaba solo en la habitación. Se giró y vio a Pauline Mendelson, sentada en una silla junto al teléfono o, mejor dicho, apoyada en el borde de la silla junto al teléfono.

—Es mi tesoro —dijo refiriéndose al cuadro—. Fue el regalo de boda de Jules hace veintidós años.

Su aspecto, como en todas las fotografías que había visto de ella, era resplandeciente, y vestía, estaba seguro, de alta costura de París; terciopelo negro cortado a la manera clásica, sin supeditación alguna a las modas de la temporada. Era más elegante que guapa, aunque en las columnas de sociedad y

en las revistas de moda siempre se la describiera utilizando esa palabra: «guapa». Era alta y esbelta, y aun sin las dos hileras de perlas del tamaño de uvas que lucía, Philip hubiera advertido su espectacular cuello —le vino como un fogonazo a la mente la fotografía de Avedon que lo mostraba—. No era de extrañar que estuviera casada con uno de los hombres más poderosos del país. Habría sido impensable imaginarla en un matrimonio menor.

—Vi este cuadro en la exposición de Van Gogh en el Met —dijo Philip.

—¿Ah, sí? —respondió ella.

No era posible, pensó Philip, que hubiera estado llorando, pero había un ligero rastro de humedad en sus ojos y algo descompuesto en su expresión. Pauline se levantó y se acercó a una mesa sobre la que colgaba un espejo Chippendale. De una caja sacó un pequeño estuche de maquillaje y un pintalabios y, con ademán experto y rápido, se retocó la cara. Él advirtió que se sentía bastante cómoda lejos de sus sesenta invitados y que no tenía ninguna prisa por terminar la conversación y volver con ellos.

—A menudo me he preguntado quién sería el dueño. Recuerdo lo que ponía en la cartela: «En préstamo. Coleccionista privado».

—Ese fue su primer y último préstamo, créame. Nunca dejaré que salga otra vez de esta casa. Fue una pesadilla. La montaña entera parecía custodiada cuando se lo llevaron para transportarlo a la Costa Este.

—¿Por qué?

—Seguridad. No se imaginaría el dispositivo, incluso con helicópteros de la policía revoloteando por encima. Después de haber publicitado tanto el asunto, les aterraba que pudieran robarlo. Dicen que está valorado en... Oh, no me atrevo ni a decirle lo que aseguran que vale, pero sé que es una cifra ridícula, teniendo en cuenta que el pobre Van Gogh nunca fue capaz de venderlo.

Hablaba rápido, apenas deteniéndose en comas y puntos, en voz baja y susurrante, con esa clase de acento que nadie puede imitar a no ser que haya tenido *nannies* inglesas, institutrices francesas y estudiado en una escuela como Foxcroft. Philip entendió por qué la gente sofisticada se sentía intrigada por ella, por qué la citaban y la imitaban.

—Además —continuó—, lo eché de menos todo el tiempo que no estuvo ahí colgado sobre la chimenea. Me parece un cuadro reconfortante, y la

habitación estaba desamparada sin él. Probé a poner otros cuadros en su lugar, pero nada quedaba bien después de las *Rosas Blancas*. Me fascina ese color verde del fondo.

—Oh, sí —respondió Philip, mirándolo de nuevo.

—¿Es cierto que Reza Bulbenkian amenazó con romperle las piernas? —preguntó Pauline inesperadamente.

—Sí.

—¿Cree que lo dijo en serio?

—No estoy seguro.

—Mmm —musitó ella.

—¿Conoce a Reza Bulbenkian? —preguntó Philip.

—Jules pertenece al consejo de administración de su empresa y él al de la de Jules, y yo a veces quedo para comer con Yvonne Bulbenkian cuando estoy en Nueva York.

—Esa mujer es un caso.

—¿Verdad? —Pauline asintió, sonriendo—. Hector dice... ¿Ha conocido a mi amigo Hector Paradiso? Muy malvado pero también muy divertido. Hector dice que Yvonne tiene callos en las manos a causa de su escalada social —Pauline se rio—. Les puso de nombre a sus gemelos Oakley y Ogden, ¿puede imaginarlo?, y les habla en francés. Pobres criaturas. Nueva York está tan cambiada. O, más bien, me temo, ha dejado de gustarme. No tiene nada que ver con la ciudad que era cuando viví allí —se acercó a una orquídea *Cymbidium* y arrancó un brote moribundo—. ¿Cuánto tiempo se va a quedar en California?

—Varios meses, si todo va bien. He venido a escribir un guion.

—Lo sé. Para Casper Stieglitz.

—Usted, en efecto, lo sabe todo.

—No conozco a Casper Stieglitz. No vemos a mucha gente del cine.

—Excepto a Faye Converse.

—Faye es diferente. Faye pertenece al mundo en general, no solo a Hollywood. Faye habla de otras cosas, no solo de lo que ocurre en el set, que es tan aburrido, ¿no cree? Jules odia las conversaciones sobre cine.

—Ha sido muy amable por su parte invitarme esta noche, señora Mendelson.

—Es usted todo un fichaje, gracias a la amenaza de Reza Bulbenkian; y es Pauline, no señora Mendelson, y yo, por supuesto, voy a llamarte Philip. Pareces demasiado joven para haber causado tantos problemas. ¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve hasta la medianoche; luego, treinta.

—Cielos, hay que celebrarlo.

—Oh, no, por favor —y lo dijo en serio—. Nada de eso. Estoy seguro de que no te acuerdas, pero ya nos conocíamos.

—De hecho, sí me acuerdo. En el teatro, en aquella ridícula obra. Tú estabas con Mary Finch. Su madrastra fue una de las damas de honor en mi primera boda.

—¿Cómo está Rocky? El del accidente de avión en el que murieron sus dos pilotos.

—¡Qué memoria! Rocky está completamente recuperado. Se va a casar otra vez. Hasta se ha comprado un avión nuevo.

—Así se hace, Rocky —dijo Philip.

—¿Qué tal lo estás pasando con Camilla?

—Es muy agradable.

—Viuda reciente.

—Me ha contado que su marido murió de repente en Barcelona.

—Así es. Sabes quién es, ¿no?

—No.

—La hija de Sam Worthington.

A Philip el nombre no le decía nada.

—¿Eso es bueno? —preguntó.

—Gas natural.

—Supongo que eso es bueno —concluyó Philip, y los dos se rieron.

En ese momento, Jules Mendelson entró en la habitación. Su enormidad llenó el umbral.

—Pauline, la gente te está buscando.

—Sí, ya voy, Jules —dijo Pauline, volviéndose hacia él.

—Me siento perdido en estas fiestas si no estás —le dijo él, como si Philip no estuviera allí.

—Oh, Jules, no seas tonto.

—Es a ti a quien vienen a ver, ya lo sabes. Todo se apaga cuando no estás.

—¿No es un encanto este marido mío? —preguntó Pauline mirando a Philip y haciendo un ademán a Jules.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jules.

Hubo una pausa y ella dijo:

—Ha llamado Kippie.

Jules miró a su esposa.

—¿Kippie? ¿Desde Francia?

—No, desde aquí. Ha vuelto.

—¿Aquí? ¿A Los Ángeles?

—Sí.

—¿Va a venir?

—No.

—¿Desde dónde ha llamado?

—No lo sé, Jules. No me lo ha dicho.

—¿Va todo bien?

—No —respondió ella. Se miraron un instante.

Consciente de la presencia de Philip, Jules continuó la conversación, pero en voz más baja, como si Philip no pudiera oírlo.

—¿Qué quería?

—Dinero, ¿qué otra cosa iba a querer? —respondió Pauline, en el mismo tono.

—No se lo daré.

—Lo sé, Jules. Es lo que le he dicho.

—Ya lo hablaremos luego, después de la fiesta. Esperaré — dijo mirando a Philip.

—Sí —contestó Pauline. Philip se sorprendió por el deje triste de su voz.

—Tu amigo Hector cambió las tarjetas de las mesas —dijo Jules, en un tono de reprobación pensado para distraer a su esposa del problema.

—Lo sé. Es una larga historia. No sabía que Hector y Rose ahora no se hablan —dijo Pauline.

Philip notó que Pauline estaba haciendo un esfuerzo por sacudirse la tristeza de lo que fuera que le preocupaba y por retomar su papel de anfitriona.

—Pero ya conoces a Hector, Jules. Mañana estará todo arreglado entre él y Rose, y tendrá una historia divertidísima que contar al respecto.

—Me temo que mi entusiasmo por Hector es más contenido que el tuyo —respondió Jules.

—Ahora no, Jules. ¿Conoces a Philip Quennell?

—¿Cómo está, señor Quennell? —dijo Jules mientras le ofrecía su mano. No parecía recordar que se habían conocido hacía hora y media en el salón de la entrada.

—¿Te ha gustado el vino tinto? —le preguntó Jules a Pauline.

—Maravilloso, Jules.

—De la subasta de Bresciani. Château Margaux.

—Oh, lo sé, cariño. Todo el mundo lo ha comentado en la mesa.

—¿Te has fijado en el color? ¿Y en el cuerpo? Jean-Pierre dice que tiene todas las características de *une grande année*.

—Soberbio. Todos han coincidido en lo mismo —dijo Pauline.

—¿Qué le ha parecido el vino tinto? —le preguntó Jules a Philip.

—Me temo que soy una de esas personas que pone el dedo en el borde de la copa cuando el camarero está sirviendo —respondió Philip.

—¿No bebe?

—No.

—Tiene que probar este. Es excepcional. La quintaesencia de un Burdeos del 85.

—No, gracias. No quiero —dijo Philip.

Había un inconfundible aire de desdén en la expresión de Jules, como si su joven invitado fuera un idiota por dejar pasar la oportunidad de probar, sin pagar nada, uno de los grandes vinos de Francia.

—¿Tiene algún problema? —preguntó Jules, con su manera directa de hacer preguntas francas.

—Nada grave —respondió Philip—. Simplemente no me gusta.

Pauline acudió rápida al rescate de Philip.

—Como puede ver, mi marido es un apasionado del vino. Philip ha venido a escribir un guion para Casper Stieglitz —explicó.

Jules, poco interesado, asintió.

Pauline no se rindió.

—Las piernas que Reza Bulbenkian amenazó con romper eran las de Philip—dijo.

Entonces sí, Jules se giró hacia él, interesado. De repente, su expresión severa se transformó en una amplia sonrisa; la rigidez se evaporó.

—Así que es usted el autor de *Takeover*. Ya decía que su nombre me resultaba familiar —dijo—. ¿Quién le contó todas esas cosas?

Philip sonrió, pero no respondió.

—Fue extraordinariamente preciso, se lo aseguro. Debe saber que está muy arriba en la lista negra de Reza —continuó Jules.

—Oh, sí, lo sé.

—Es todo cháchara, en todo caso. Reza Bulbenkian no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca. O de hacer que hicieran daño a una mosca.

Philip no estaba tan convencido de eso, pero respondió:

—Seguro.

—Encargar que maten a alguien sale barato, pero hacer que le rompan los brazos o las piernas es muy caro, porque pueden identificarte —dijo Jules.

—Muy curiosa la información que manejas, Jules —dijo Pauline.

—Reza, como sabe —continuó Jules—, es el único que no fue a la cárcel.

—Sí, lo sé —respondió Philip—. No fue a la cárcel porque testificó en contra de sus exsocios.

Jules miró a Philip.

—Me muero de ganas de contarle a Reza que usted ha estado aquí esta noche —dijo con una risa ahogada.

—¿Le molestará?

—Si así fuera, no dirá nada.

Hubo un momento de silencio. Luego, Pauline dijo:

—Philip, si se cambia de hotel o alquila un apartamento, asegúrese de decírselo a la señorita Maple.

—¿La señorita Maple?

—La ha conocido al llegar, cuando firmó en el libro de visitas. Es la secretaria de Jules. Quiero que sepa dónde puedo localizarle.

Philip supo que había pasado la prueba. Sería invitado de nuevo.

—Pauline —dijo otra vez Jules, cabeceando hacia la música para pedirle que volviera a la fiesta. Ella le tomó del brazo.

—Dile a la orquesta que no toque muy alto, Jules. Mata todas las conversaciones. ¿Recuerdas lo que pasó en la fiesta de Rose? La música estaba tan alta que todo el mundo se fue a casa a las once, y ni siquiera habían sacado todavía el pastel de cumpleaños.

—Eso es porque Rose estaba hasta arriba y se olvidó de pedir que lo sacaran —dijo Jules.

—Cariño, no deberías decir eso —dijo Pauline riendo nerviosa—. Pobre Rose. Se moriría si te oyera.

—No dejes que conduzca a casa esta noche —dijo Jules—. No está en condiciones de ir a ningún sitio.

—Ya le he dicho a Blondell que prepare la cama en la habitación de invitados —dijo Pauline.

Jules acarició su mano en señal de aprobación.

—Alguien te ha besado —dijo Pauline.

Sacó el pañuelo del bolsillo de su chaqueta, lo humedeció con la lengua y le quitó la marca de pintalabios de la mejilla.

—Rose —dijo él haciendo una mueca.

Pauline se rio y guardó de nuevo el pañuelo en su bolsillo. Jules le sonrió y volvieron a su fiesta. Philip los miró. Por muy exclusiva que fuera su vida, pensó, estaban casados, eran una pareja, y una pareja fuerte, unida por un largo matrimonio. Eso era lo que quería para sí mismo.

Cuando Philip volvió a su mesa, Camilla Ebury no estaba. Miró hacia la pista de baile y la vio dando vueltas de la mano de un hombre alto, de tez oscura, muy bronceado, un bailarín demasiado bueno —pensó Philip—, como el profesor de un local de tango. Se movía de una manera muy elegante, impecable, su hombro izquierdo ligera y delicadamente vencido mientras llevaba a Camilla por entre los demás bailarines. Camilla reía despreocupada y Philip, para su sorpresa, sintió una punzada de celos, aunque apenas la conocía.

A su espalda, Rose Cliveden, borracha, agitaba los brazos como si dirigiera a la orquesta, y en uno de sus movimientos tiró el vino tinto de la copa sobre su vestido de satén azul. Rose, concluyó Philip, tenía unos cincuenta años, parecía mayor por culpa de la bebida y debía de haber sido muy guapa a los veinte, treinta y cuarenta.

Como si le leyera la mente, Rose dijo:

—Todavía me favorece una tenue luz de tren.

Philip, azorado, se rio.

—Fuera, fuera, maldita mancha —dijo Rose mojando la servilleta en una copa de agua y luego frotando vigorosamente con ella su descolorido vestido de satén azul.

—¿Qué le ha caído? —preguntó Philip.

—Vino tinto —respondió Rose.

—Un tinto demasiado bueno como para ser derramado —dijo Philip—. De la subasta de Bresciani. Château Margaux. La quintaesencia de un Burdeos del 85. *Une grande année*.

—Un fastidio, eso es lo que es —dijo Rose.

De la comisura de la boca le colgaba un cigarrillo. Se lo quitó y lo aplastó en el azúcar moreno, confundiendo el azucarero de plata con un cenicero.

—¡Rose, mira lo que has hecho! —exclamó una mujer al otro lado de la mesa, aunque todos estaban acostumbrados a las cosas que hacía Rose cuando bebía mucho y les parecían divertidísimas.

Rose, ajena, siguió hablando.

—Este vestido me ha costado un brazo y una pierna. La primera vez que me lo pongo; lo he comprado para la fiesta de Pauline.

Se quitó y luego volvió a prenderse, en un ángulo extraño en el lado izquierdo de su pecho, un broche de diamantes. Llevaba joyas anticuadas del tamaño de piedras, con engastes nunca rehechos a la moda del momento. «Cielos, ¿por qué iba a hacerlo?», solía decir con voz de asombro ante semejante sugerencia; y luego pasaba a explicar que la admirada joya había pertenecido a su abuelita o a su mamá, o que la había heredado de su tía Minnie MacComber o de su tía Mildred Waymouth.

—¿Quién es Kippie? —preguntó de repente Philip.

—El hijo difícil. Tenía problemas de cleptomanía. Todas las tiendas de Westwood y Beverly Hills estaban avisadas.

—No sabía que tenían un hijo.

—No lo tienen. Es de Pauline. Muy atractivo. De su primer matrimonio con el imbécil de John Petworth.

—Nunca he oído hablar de John Petworth.

—Le llaman Johnny. A Kippie lo mantienen lejos, escondido en algún sitio de Francia, metiéndose de todo, diría yo. Dejó embarazada a la hija de Madge White cuando solo tenían catorce años. Oh, ¡menudo drama se montó con aquello!

—Está aquí —dijo Philip.

—¿En la fiesta?

—No. En Los Ángeles.

—¿Kippie está aquí? —parecía sorprendida.

En ese momento, Pauline pasó a su lado acompañada por Faye Converse y la ex primera dama.

—¡Pauline! —gritó Rose.

—Oh, por favor —dijo rápidamente Philip, que no quería que Pauline pensara que había estado chismorreando sobre ella.

—Quiero preguntarle a Pauline acerca de Kippie —dijo Rose. Empezó a levantarse con intención de seguir a Pauline.

—¿Le apetece bailar, señora Cliveden? —preguntó él, levantándose también, como si fuera a llevarla a la pista.

—No puedo bailar, aunque sería la mejor pareja con la que usted haya bailado en su vida —respondió Rose.

—Entonces, ¿por qué no puede?

—Tengo un dedo roto. ¿Por qué no se queda aquí y habla conmigo? Camilla le ha monopolizado toda la noche. Ese hijo de puta de Hector se ha deshecho de mí, ¿lo sabía? Cambió las tarjetas de las mesas.

—Sí, sí, ya me lo han contado —dijo Philip, que había oído la historia varias veces y no quería oírla de nuevo.

—Está enfadado porque la orquesta tocó demasiado alto en la fiesta de cumpleaños que celebré para él la semana pasada; todo el mundo se fue a casa

antes de que sacaran el pastel de cumpleaños y nadie le cantó el cumpleaños feliz. Le encanta ser el centro de atención. Por eso no me habla.

—No lo veo como un problema de vida o muerte —dijo Philip.

Rose, sorprendida, miró a Philip un instante.

—Pásame esa botella de tinto, ¿quiere? Si tengo que esperar a que los camareros me sirvan, puedo pasarme así una hora. Entonces, ya que mis problemas no son importantes, dígame, ¿de qué quiere que hablemos? — Levantó la vista y vio que Pauline volvía.— ¡Oh, Pauline! —gritó.

—Dígame, señora Cliveden, ¿cómo fue el polvo con Jack Kennedy? — preguntó Philip, evitando que hablara con Pauline sobre Kippie.

—Oh, maravilloso, simplemente maravilloso —respondió Rose. Se volvió hacia él, prestándole toda su atención—. Era tan atractivo, tan atento y tan apasionado. Hasta que se corrió y ya no soportó que lo tocara más; ni una pizca de cariño justo cuando una chica más lo necesita, cuando se ha acabado lo pasional, quiero decir. Le puse la mano en la espalda mientras se calzaba y, simplemente, me rehuyó. Es esa culpa católica de los irlandeses. Todos los irlandeses la tienen.

De repente, miró a Philip y tomó su tarjeta de mesa.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me hace tantas preguntas?

—Aquí estás, de vuelta a tu mesa —dijo el hombre de tez oscura, retirando hacia atrás la silla de Camilla Ebury—. Nunca me han interesado mucho las flores de color púrpura, pero mira qué maravillosamente bien las ha dispuesto Pauline, mezclándolas con el rosa. Es perfecto.

—Eres un mierda, Hector Paradiso —dijo Rose, altiva.

Hector ignoró deliberadamente a Rose.

—Hector, este es Philip Quennell, del que te he estado hablando. Hector Paradiso —dijo Camilla.

—Encantado —dijo Hector—. Oh, mira, ahí está Pauline. Le prometí este baile —y se fue.

—Pensé que iba a bailar conmigo —dijo Camilla tomando del brazo a Philip—. No te importa prestarme al señor Quennell, ¿verdad, Rose? Venga, vamos.

Lo levantó del asiento y lo condujo a la pista de baile.

—Creo que Rose va a empezar a encontrarse mal muy pronto, así que mejor desaparecer para no tener que ayudarla.

—Así que el latino con el que ha estado haciendo piruetas es el prestidigitador de tarjetas Hector Paradiso, ¿no? —preguntó Philip mientras se dejaba llevar a la pista.

—Sí, ese es Hector. Es uno de esos hombres que nunca abandona la pista de baile.

—Todas parecen rendidas a él —dijo Philip.

—Sí, supongo que, de alguna forma, así es —dijo Camilla—. Él y Rose no se hablan, pero en el fondo son muy amigos.

—Entiendo. Tiene un dedo roto.

—Rose siempre tiene algo roto. Se cae mucho.

—¿Qué es lo que ven todas en Hector?

—En realidad, es la mascota de Pauline. Pauline lo adora. La hace reír y le cuenta todos los cotilleos. Dicen que Hector está enamorado de Pauline, pero yo no lo veo así. Solo son amigos muy cercanos.

—¿Por qué me da la sensación de que debajo de todo ese encanto latino y ese chachachá lleva una vida muy complicada?

—Creo que es justo decirle que Hector Paradiso es mi tío.

—Madre mía, es la segunda vez en quince minutos que meto la pata. ¿Quiere que la lleve de vuelta a la mesa?

—No, pero no me importaría que bailara un poco más cerca. Así, mejor. Debía volver a casa con Rose, pero no pienso conducir montaña abajo con ella en ese estado.

—No se preocupe. Se queda aquí esta noche. Blondell ya ha preparado la cama en la habitación de invitados.

—Sin duda sabe mucho para ser nuevo aquí.

—Cierto.

—También es bastante buen bailarín.

—Gracias.

—Le he pedido a mi tío Hector que me lleve a casa, pero dice que quiere quedarse hasta el final y hablar de la fiesta con Pauline.

—Entre nosotros, creo que Pauline y Jules van a preferir quedarse a solas cuando la fiesta termine —dijo Philip—. Kippie ha vuelto a la ciudad.

—¿Kippie? ¿En serio? ¿Cómo diablos sabe eso?

—Simplemente lo sé.

Camilla asintió y lo miró, sin perder el ritmo de los pasos de baile.

—Quizás Hector tiene una cita más tarde y no me lo ha querido decir. No sería la primera vez. Sabe Dios dónde acaba Hector cuando se terminan las fiestas.

—Hábleme de Kippie.

—Guapo. Pelo demasiado largo, o así lo tenía la última vez que le vi. Siempre metido en problemas. Dejó embarazada a la hija de Madge White cuando solo tenían catorce años. ¡Vaya drama fue aquello! Se droga. O se drogaba, no sé ahora. Ha estado en un centro de rehabilitación en algún lugar de Francia.

Era la clase de respuesta que le gustaba a Philip.

—Concisa —dijo.

—¿Cómo?

—Su respuesta.

—Gracias.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Kippie?

—Sí.

—Creo que tenía tres o quizá cuatro cuando Pauline se casó con Jules.

—Así que ahora tendrá veinticinco o veintiséis —dijo él.

—¿A qué se debe esta súbita fascinación por Kippie?

—¿Sabe? No lo sé —dijo él, y los dos se rieron.

Siguieron bailando. A su espalda, Jules y varios amigos estaban ayudando a Rose, que cantaba a voz en grito la letra de *Camelot*, a dejar la fiesta de la forma más elegante posible. Blondell, la sirvienta de Pauline, estaba esperándola en la puerta de la habitación. Entonces Philip recordó que era su cumpleaños.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Medianoche —respondió ella—. No me diga que tiene *jet lag* y que, en realidad, para usted son las tres de la mañana y tiene que irse a casa. Odio las historias sobre *jet lag*.

Philip se rio.

—No iba a decir eso. Era algo completamente diferente.

—¿Como qué?

—Como ¿qué tal un club soda en su casa?

—Oh, qué travieso.

—¿Y bien?

—La verdad es que necesito que alguien me lleve a casa —dijo ella apartando la cabeza de su mejilla y mirándolo.

—Esperaba que dijera eso —dijo Philip.

*Las cintas de Flo #1*

*«Estaba encantada de ser su amante. El tío estaba casado. Yo lo entendía. No podría haber hecho las cosas que su mujer hacía; todas esas fiestas, toda esa ostentación. Él necesitaba ese tipo de esposa para llevar el estilo de vida que llevaba. Pero yo podía hacer cosas que su mujer no hacía. O sea, el tío tenía una polla como la de un mulo. No muchas chicas pueden manejar eso. Yo sí. Quiero decir, ya sabes, todos somos buenos en algo. En eso es en lo que yo soy buena.»*

## 2

Jules Mendelson siempre se levantaba a las cinco en punto para que le afeitase un barbero llamado Willi, que llegaba a su casa cada mañana a las cinco y media, cuando todavía era de noche. Era una tarea que Willi llevaba realizando desde hacía veinticinco años y por la que había sido generosamente recompensado con una pequeña y muy exitosa barbería en Sunset Boulevard avalada con el dinero de Jules. Según lo acordado, Willi no debía hablar a no ser que le hablaran, ya que a Jules le gustaba pensar durante ese rato en los negocios del día; excepto las mañanas en las que necesitaba un corte de pelo además del afeitado y, entonces, los dos hombres charlaban de resultados de béisbol y fútbol americano, pues ambos eran unos apasionados del deporte pero visto desde el sofá.

Jules solía marcharse de Clouds a la oficina a las seis en punto para atender llamadas de sus socios en Nueva York, cuando abría el mercado bursátil, y para hablar con sus socios en Londres. Invariablemente, con un discreto gesto a Pauline, se escabullía de las fiestas a las once, sin dar las buenas noches a nadie para no alterar la velada; y Pauline seguía hasta que el último invitado se iba. El último invitado era siempre Hector Paradiso. A Hector le gustaba deambular por las habitaciones junto a Pauline, ayudándola a apagar las velas y asegurándose de que el mayordomo y las sirvientas hubieran vaciado todos los ceniceros. Luego acostumbraban a quedarse en la biblioteca con una última copa de champán, bajo las *Rosas Blancas* de Van Gogh, para comentar cada detalle de la noche. Era un ritual que los dos esperaban y disfrutaban como el perfecto colofón a la fiesta. Así que para Hector, que tenía algo urgente que contarle a Pauline, fue una sorpresa que después de apagar las velas Pauline le dijera que tenía un terrible dolor de cabeza —«sencillamente terrible, querido»— y que se iba a la cama directamente sin su habitual charla y su copa de champán. No le dijo que Kippie había vuelto a la ciudad.

Hector Paradiso quería a Pauline Mendelson, pero sin llegar nunca a interpretar el papel de amante; una relación que ambos entendían, aunque no hubiera sido verbalizada. Hector nunca era tan feliz como en las noches, cada vez más frecuentes, en las que Jules estaba ocupado trabajando o fuera de la ciudad y él era llamado a filas como acompañante de Pauline para asistir a eventos benéficos, museos, o un estreno en la ópera o el ballet. Los fotógrafos se volvían locos con Pauline Mendelson, que había alcanzado el estatus de celebridad en la prensa de sociedad y de moda; y Hector se mantenía a su lado sonriendo, a veces incluso saludando, como si el reconocimiento de los medios a su importancia en la historia de la ciudad fuera el mismo para él y su familia.

Mientras conducía montaña abajo desde Clouds después de la fiesta de los Mendelson, Hector seguía maravillado con Pauline, con su absoluta perfección. Hector era un cotilla, algo que todo el mundo sabía, especialmente Pauline, pero si de alguien no chismorreaba nunca era de Pauline Mendelson. Para Hector, no haber mencionado ni a un alma lo que sabía de Jules Mendelson y Flo March era la medida de su completa devoción por ella.

Hector llevaba una vida disociada; la gente con la que intimaba en ciertos ámbitos no sabía nada del resto, y así había sido siempre. Alto, atractivo y calvo, se mantenía en forma y, a sus cuarenta y ocho años, parecía más joven. Era de esa rara clase de hombres que mejoran al perder el pelo. Bailar, decía siempre, mantenía su cintura a raya, casi tan delgada como cuando tenía veinticinco años; aunque el tenis, que practicaba cada fin de semana en la pista de Rose Cliveden, también ayudaba. Se lo solía describir como descendiente de una de las grandes familias españolas de terratenientes, como los Sepulveda y los Figueroa, y había grandes bulevares con su nombre en reconocimiento a su implicación en la fundación de la ciudad. Nunca dejó de disfrutar el momento en el que un desconocido oía su apellido, Paradiso, y le preguntaba: «¿Como el Paradiso Boulevard de camino al aeropuerto?».

La fortuna familiar se había evaporado hacía mucho tiempo, pero, para ser alguien que no trabajaba, vivía más que confortablemente gracias a un fondo fiduciario dejado por su hermana, Thelma Worthington, la madre de Camilla Ebury, que se había suicidado hacía doce años después de un malogrado romance. Su pequeña pero perfecta casa en Humming Bird Way,

entre Oriole y Thrush, en Hollywood Hills, había sido fotografiada para una revista de arquitectura y escenario de muchas fiestas a lo largo de los años. Hector decía a menudo que su casa era una de las pocas en las que los diferentes estratos de la ciudad se mezclaban. Y lo hacían, pero no al mismo tiempo.

Cualquiera que quisiera saber algo sobre la alta sociedad de Los Ángeles llamaba a Hector. Hector sabía las respuestas porque conocía a todo el mundo, y si no conocía a alguien, seguro que había oído hablar de él. «Puede que no nos conozcamos todos, pero todos sabemos quiénes somos», solía decir. Era capaz de establecer la genealogía de las viejas familias de la ciudad remontándose varias generaciones atrás. Como en el caso de la anciana Bronwyn Doheny, la madre de Caroline Phillip, de noventa y un años, cuyo funeral iba a celebrarse al día siguiente en la Iglesia Episcopal de Todos Los Santos de Beverly Hills. «Bronwyn era una Parkhurst», le explicó a su amigo Cyril Rathbone —que luego escribió una columna de sociedad para *Mulholland*—, resumiéndoselo todo en pocas palabras: «Era la segunda hija del juez Parkhurst. Su abuelo construyó esa enorme mansión de estilo francés del West Adams Boulevard, que ahora es el centro de la Iglesia de la Luz Divina. El barrio entero se ha vuelto negro, ya sabes. Cuando era niño, solía ir a las fiestas de cumpleaños de Caroline en esa casa, antes de que se mudaran a Hancock Park. El primer marido de Bronwyn —que no era, repito, el verdadero padre de Caroline, aunque esa es otra historia— fue Monroe Whittier, y luego, cuando Monroe murió, se casó con Justin Mulholland, el que se quedó con aquel dinero, ¿recuerdas la historia? Justin Mulholland, que murió en la cárcel, era primo de Rose Cliveden». Cuando Hector Paradiso no estaba bailando, esa era la clase de conversación que podía mantener durante horas y que, de hecho, mantenía cuando pasaba la noche con la clase de gente con la que había crecido o, al menos, la que mantenía al inicio de la noche, antes de las doce. Era, además, y lo había sido durante muchos años, el hombre que organizaba el baile de presentación de la fiesta de Las Madrinas y quien enseñaba a hacer la reverencia hasta el suelo a las debutantes, las hijas de la élite de Los Ángeles en su estreno en sociedad.

Después de medianoche, la vida de Hector Paradiso tomaba un rumbo muy diferente, uno que podría haber escandalizado a algunos de sus amigos

angelinos. Incluso una pareja tan sofisticada como Pauline y Jules Mendelson no hubiera podido imaginar el alcance de sus aventuras nocturnas, cuando pagaba a extraños a cambio de sexo. Aunque probablemente sospecharan que había algo más en la vida de Hector —al fin y al cabo, no se había casado—, nunca fue un tema que se comentara, ni siquiera por gente como Rose Cliveden, que a menudo se peleaba con Hector, pero que tenía toda la intención de dejarle el control vitalicio de uno de sus fondos en el caso de fallecer antes que él. En otros tiempos, durante su juventud, había estado con mujeres, como Astrid Vartan, la fallecida estrella del patinaje con la que estuvo prometido e, incluso, por poco tiempo, con la propia Rose Cliveden. Rose, que nunca había tenido problemas para largar, informó que su aparato, como ella lo llamaba, era diminuto —«un capullo de rosa, querida, no más»—, pero que era maravillosamente hábil con su lengua. Pasada la medianoche, Hector frecuentaba lugares de los que sus amigos de la alta sociedad nunca habían oído hablar, y menos aún visitado. Uno de ellos, más reputado que otros, era el Miss Garbo.

El Miss Garbo era un club nocturno de cabaret situado en una pequeña calle de West Hollywood llamada Astopovo, entre Santa Monica Boulevard y la avenida Melrose. Hector, siempre consciente de su propia importancia, incluso en una zona en la que era altamente improbable toparse con ninguna de las personas que frecuentaba en su vida diurna, dejó su pequeño Mercedes en la parte de atrás del aparcamiento en lugar de dárselo al joven aparcacoches. De esa forma, al irse —posiblemente acompañado por alguien de vestimenta cuestionable— no tendría que esperar en la puerta del club a que se lo trajeran. Hector era un maniático de las apariencias y siempre pensaba en este tipo de cosas. Para él lo ideal hubiera sido usar una puerta trasera, y por eso se le ocurrió que podía hablar con Manning Einsdorf, el propietario del Miss Garbo, para que habilitara una por la que él —y gente como él—, que no quería llamar la atención, pudiera acceder y abandonar el club en total anonimato, especialmente en noches como esa, vestido de esmoquin tras llegar directamente desde la fiesta de los Mendelson en lo alto de la montaña.

—¡Hola, Hector! —gritó alguien que le llamaba desde la atestada barra.

Hector se volvió y reconoció a Joel Zircon, un representante de Hollywood y un habitual del local, que estaba de pie con un amigo.

—Hola, Joel —contestó Hector, con un tono menos familiar que el de Joel.

—Saluda a Willard Parker —dijo Joel, presentando a su amigo—. Willard es el mayordomo de Casper Stieglitz.

—Hola, Hector —dijo Willard, ofreciendo su mano.

Ya sabía quién era Hector Paradiso y estaba ansioso por conocerle para poder decir que una figura pública como él era su amigo.

Hector asintió, pero no apretó la mano que le ofrecía. No había venido al Miss Garbo a hablar, y menos con el mayordomo de un productor de cine.

—¿Cómo va la noche por aquí? —preguntó Hector.

—Nada mal. Nada mal —dijo Joel.

—¿Dónde está Manning Einsdorf? —preguntó Hector.

—Saldrá en unos minutos. Tiene una nueva cantante que debuta en el siguiente número —dijo Joel.

—Quiero irme antes de que salga la nueva cantante. Ya he oído a demasiados descubrimientos de Manning Einsdorf —dijo Hector.

—Vaya, te veo muy elegante —dijo Manning Einsdorf, acercándose a la barra. Tenía sesenta años y llevaba el pelo gris peinado hacia atrás y moldeado con laca para disimular la calva. Lucía grandes anillos en cada mano—. Siempre añades un toque de clase al lugar, Hector.

Hector, con su resplandeciente camisa blanca y pajarita negra, se enderezó ligeramente al sentirse el centro de atención del grupo de admiradores, sabiendo que era diferente a ellos y, todavía más importante, mejor. Asintió en señal de reconocimiento y se volvió a mirar lo que ocurría en la sala.

—¿Has estado en uno de tus eventos de la alta sociedad? —preguntó Manning.

Hector asintió. Era un juego que se traían. Cogió un cigarrillo de una pitillera dorada de su bolsillo y lo encendió con unas cerillas que le había pasado Manning y en cuya caja se leía MISS GARBO.

—¿De quién era la fiesta? —preguntó Manning. Como el forastero que era, Manning Einsdorf tenía una enorme curiosidad por la vida social de su clientela, y Hector Paradiso, que disfrutaba mucho de su reputación como figura pública, no podía resistirse a impresionar al impresionable Manning.

—De Pauline Mendelson —respondió Hector bajando la voz, siempre al tanto del impacto que su nombre producía.

—*Oh la là* —dijo Manning—. ¿Y cómo iba vestida esta noche Pauline?

Pauline Mendelson se hubiera sorprendido mucho al saber con cuanta frecuencia era invocado su nombre como ejemplo de estilo y ostentación entre los clientes de bares como el Miss Garbo, así como entre peluqueros, floristas, galeristas y decoradores de interiores del área de West Hollywood.

—Como la mismísima Madame X. Terciopelo negro. Cuello esbelto. Espalda baja. Muy clásica —respondió Hector.

—¿Y las joyas? Déjame adivinar, ¿esmeraldas? —preguntó Manning.

Hector sacudió la cabeza.

—Dos hileras de perlas perfectas del tamaño de uvas y un brazalete liso de diamantes.

—Clase, la mujer tiene clase —dijo Manning—. Tómate algo, Hector, invita la casa.

—Ponme un scotch con soda, Zane —pidió Hector al camarero.

—Ahora mismo, Hector. ¿Cómo va?

—Bien, Zane. Te veo bastante bien para ser un anciano.

Zane, que tenía cuarenta años, se rio.

—¿Quieres saber cuándo fue la primera vez que me lo monté con Hector, Manning? En 1968, ¿verdad, Hector? Le conocí en el Numbers, en el Strip.

—Eras un caramelito por entonces —dijo Hector.

—Hablando de caramelitos, tengo a un par de tíos buenos por aquí esta noche —dijo Manning.

—Empieza a señalarlos. Me estoy pasando de mi hora de acostarme —dijo Hector—. Y nada de tercermundistas.

—Fíjate en el del final de la barra, el que se entretiene con la cerveza. Chaqueta de piel, rubio —dijo Manning.

Hector echó un vistazo a la barra. Había un joven sentado en un taburete, consciente de que estaba siendo observado. Se volvió y sonrió. Era, bajo la tenue luz del bar, muy atractivo.

—No me digas más. Me sirve —dijo Hector—. ¿Cómo se llama?

—Lonny —respondió Manning.

—¿Lonny qué?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Lonny es lo único que me ha dicho — afirmó Manning.

—Deberías quedarte con el nombre y el apellido.

—¿Para qué? Estos tíos no intentan entrar en el *Los Angeles Blue Book*. Tienen otras cosas en la cabeza. Cuando esa clase de tíos te dicen nombre y apellido, en nueve de cada diez casos el apellido es falso, así que ¿para qué perder el tiempo preguntando?

—¿Cuál es el talento de Lonny?

—Esta historia te va a encantar, Hector. Al parecer, el tío tiene el borrador perdido de *Candles at Lunch* —dijo Manning—. Se lo quitó a Basil Plant una noche en la que Basil estaba borracho y peleón y no le quería pagar. Pensó que Basil le buscaría al día siguiente y le pagaría una fortuna por él, pero Basil ya estaba tan ido de pastillas y copas que no recordaba nada del incidente, y poco después murió. Así que Lonny tiene en su poder trescientas noventa y ocho páginas de una novela que no puede leer de lo tonto que es, aunque alardee mucho sobre ello.

—No es exactamente eso a lo que me refería cuando te preguntaba por su talento —dijo Hector—. Te lo diré de otra manera: mi idea al venir aquí esta noche no es enfrascarme en un debate sobre veleidades literarias. Y para ser más conciso: ¿está bien dotado?

—No tengo experiencia personal en el asunto. Solo he visto sus vídeos —dijo Manning.

—¿Y?

—Empalmado, unos cinco centímetros por encima del ombligo. ¿Es eso lo que quieres saber? —preguntó Manning.

—Sí, Manning, es exactamente eso lo que quiero saber. Preséntame y deja clara de antemano la tarifa para que luego no haya malentendidos. Tuve un pequeño problema con el puertorriqueño con el que me liaste la semana pasada.

—Eso he oído.

—Pago setenta y cinco, no más.

—El mercado anda ahora por los cien dólares, Hector.

—Setenta y cinco —repitió Hector.

—El chico guapo del final de la barra del que te has encaprichado vale ciento cincuenta; lo tomas o lo dejas, no regatees con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho. Se cree una estrella del porno.

—Esa es una cantidad escandalosa —se quejó Hector, indignado.

—Déjame ponértelo en perspectiva, Hector —dijo Manning, que era un astuto hombre de negocios acostumbrado a lidiar con el tacaño de Hector—. Ciento cincuenta pavos no valdrían ni para pagar uno de los centros de mesa de la fiesta de Pauline Mendelson de esta noche, y no te puedes follar a un centro de mesa.

Hector sonrió.

—Siempre digo lo mismo de ti, Manning: eres un hombre con clase.

—¿Trato hecho?

Hector se volvió hacia el camarero.

—Zane, ponle otra cerveza a Lonny al final de la barra. Y dale saludos del señor Paradiso.

—Me apuesto cinco pavos a que dirá: «¿Paradiso Boulevard, como el de camino al aeropuerto?» —dijo Zane.

—Ahí está la clave, Zane —dijo Hector—. Todos dicen lo mismo. Me funcionó contigo en el 68 y todavía sigue funcionando.

Zane se rio y llevó una cerveza hasta el final de la barra. Lonny la aceptó y la levantó para saludar a Hector. Hector caminó hacia él y los dos hombres se dieron la mano.

Se escuchó un redoble de tambores y la voz de Manning sonó por los altavoces: «Señoras y señores, Miss Garbo tiene el honor de presentarles el debut en Los Ángeles de la señorita Marvene McQueen». El telón naranja se abrió para mostrar a una cantante rubia, con vestido de noche negro de finos tirantes, de pie junto a la curva del piano. Llevaba el pelo largo al estilo de una estrella de cine de los cuarenta, como Veronica Lake, con un ojo y media cara tapados por él. Mientras se arrancaba con *Moanin' Low*, con la ilusión de hacerlo como Libby Holman, sacudió la cabeza hacia atrás para quitarse el pelo de los ojos. Los clientes se volvieron a mirar y a escuchar, pero el interés por sus esfuerzos musicales se desvaneció rápido y la actividad del bar continuó.

—¿Es un travesti? —preguntó Hector.

—Hector, por favor —dijo Manning—. Es una mujer.

—Parece un travesti.

—Pues no lo es —Manning estaba molesto—. *Shhh* —soltó a unos clientes que hablaban demasiado alto y no prestaban atención a su descubrimiento.

—¿Cuánto le pagas? —preguntó Hector.

—En realidad, ella me paga a mí. Es su debut.

—No está lo suficientemente buena como para ser una cantante de club nocturno.

—Creo que tiene una cara interesante —respondió Manning.

—Por lo que parece su familia nunca oyó hablar de la ortodoncia.

—¿Ortodoncia?

—Tiene los dientes salidos.

—Bueno, no están salidos exactamente. Una de las paletas está encima de la otra.

—De donde yo vengo, eso es tenerlos salidos. No me digas que se gana la vida haciendo esto.

—¿Por qué?

—Mira a tu alrededor. Nadie escucha a tu nuevo descubrimiento. ¿Cómo se gana la vida?

—Es la crítica literaria del *Mulholland*, pero no digas nada. No quiere que nadie lo sepa.

—¿Esa es Hortense Madden?

—La misma.

—Eh, Manning —dijo Zane, el camarero—. La cantante se ha enfadado porque estáis hablando durante su actuación.

—Que le jodan a la cantante —dijo Hector.

—No, gracias. No es mi tipo —dijo Lonny, la estrella del porno, pronunciando sus primeras palabras de la noche.

Hector miró a Lonny y se rio.

—Vámonos de aquí —dijo.

Mientras se fumaba un porro, Lonny miró todas las fotografías enmarcadas que cubrían las mesas de la sala de estar de Hector Paradiso. Había imágenes de un montón de gente muy importante, así como caras reconocibles de estrellas de cine de décadas pasadas —Tyrone Power, Rosalind Russell, Dolores del Río, Astrid Vartan— que nunca dejaban de fascinar a los invitados nocturnos de Hector. Hector, sin su pajarita negra y con la camisa abierta, se sentó en un sillón con un vaso de whisky y miró al joven. Tenía en brazos a su perra, Astrid, una terrier West Highland. Astrid estaba acostumbrada a los extraños que su dueño traía a casa la mayoría de noches de la semana. Hector se fijó por primera vez en que Lonny vestía vaqueros negros, una camisa Lacoste negra y zapatillas negras.

—Un ensayo en negro —dijo Hector.

—¿Qué significa eso?

—Parece como si toda la gente interesante vistiera de negro esta noche.

Lonny asintió, sin interés.

—¿Quién es esta? —preguntó cogiendo una de las fotografías.

—Se llama Pauline Mendelson —dijo Hector.

—¿Estrella de cine?

—Oh, Dios, no. Solo una amiga.

—Parece de clase alta.

—Así es.

Cogió una fotografía de una joven vestida de novia y la miró.

—Nunca he ido a una boda —dijo.

—¿Nunca has ido a una boda? ¿De verdad?

—Quiero decir, una boda de verdad como esta, donde la novia lleva velo blanco y damas de honor y camina hacia el altar del brazo de su padre. Eh, ¿el de la foto eres tú? ¿Es tu hija?

—No, no, mi sobrina. La hija de mi hermana. Su padre murió y yo la llevé al altar.

—Uau —dio otra calada al porro—. Esta mierda que tienes es buena, Hector.

—Tengo mucha más. Y también otras cosas.

—¿Cuánto hace de la boda?

—Nueve años.

—¿Es un matrimonio feliz?

—Ya no es un matrimonio.

—Divorciados, ¿no?

—No, el marido murió de repente en una calle de Barcelona.

—No me digas. Triste, muy triste.

—¿Cuál es tu apellido, Lonny?

—Edge.

—Lonny Edge. Es un nombre bonito. ¿Es tu nombre real o el de chapero?

—Es mi nombre real y no me gusta que me llamen chapero, Hector —dijo Lonny. Había un punto amenazante en su voz.

Hector advirtió el tono y le miró. Bajo el cojín del sillón estaba la pistola que siempre tenía preparada para protegerse en caso de que ocurriera cualquier cosa desagradable con uno de sus invitados nocturnos.

—Es lo que hago para ganarme la vida —dijo Lonny, explicándose—. No tengo ningún problema con ello.

—Oh, por supuesto —dijo Hector, sonriendo nervioso—. Es solo una forma de hablar. Sin ánimo de ofender, caballero.

—Además soy un nombre muy conocido en el mundo audiovisual —continuó Lonny.

—Sí, sí, me parece que te he visto en alguno de tus vídeos, ahora que lo pienso. ¿*Hard, Harder, Hardest*? ¿Eras tú?

—Sí, tío. Era yo —dijo Lonny, contento porque le hubiera reconocido.

—Una película maravillosa. ¿Por qué no vienes aquí, Lonny? —dijo Hector, yendo directo al negocio de la noche.

Dejó a la perrita en el suelo, levantó un pie todavía calzado en su zapato de baile y lo posó en la entrepierna de los vaqueros negros de Lonny. Lonny miró al acaudalado soltero con las manos en la cadera, dispuesto a todo. Hector dio un sorbo a su vaso de whisky y movió la punta de su zapato de baile arriba y abajo por la bragueta de Lonny, sonriéndole al mismo tiempo.

—Veamos si lo que tienes ahí es tan bueno como Manning Einsdorf dice que es, Lonny.

A la mañana siguiente, una hora antes del amanecer, cinco disparos resonaron en el salón y la biblioteca del 9221 de Humming Bird Way. Hector Huberto Luis Paradiso y Gonsalvo, el último miembro de la gran familia Paradiso, la que ayudó a fundar la ciudad, se volvió y descubrió con incredulidad en el espejo colgado sobre la repisa de su chimenea cómo la sangre abandonaba su bronceada cara, dejándola de un color gris púrpura. En el fondo del espejo encontró los ojos de su asesino, que miraba hacia atrás apresurado antes de alcanzar la puerta de la casa. Astrid, su perra, ladraba furiosamente al hombre en fuga.

Apoyándose en la pared, Hector se arrastró hasta la puerta de la biblioteca dejando un reguero de sangre mientras se acercaba lentamente al teléfono. Sobre su escritorio, había un montón de folios y sobres de Smythsons de la calle Bond de Londres con su nombre, Hector Paradiso, grabado en el membrete. Ese papel de oficina era un preciado regalo de Pauline Mendelson. «Tan personal, tan considerado, tan típico de Pauline», le había dicho en su día Hector a Cyril Rathbone, con el que a veces alardeaba de su amistad con la magnífica mujer. Mientras se inclinaba sobre el primer folio y escribía el nombre de la persona que había disparado los cinco tiros que le estaban matando, varias gotas de sangre cayeron sobre el papel, cubriendo parcialmente su infantil garabato. La perra Astrid se agarró a su pierna, gimiendo.

Hector apretó el interfono que conectaba con su sirviente en la casa de la piscina, al otro lado del jardín.

—¿Sí? —dijo la voz adormecida de Raymundo.

—Policía —musitó Hector en el teléfono—. Llama a la policía.

—¿Está bien, señor Hector? —preguntó Raymundo.

—Llama a la policía —su voz era tan débil que apenas podía oírse.

Raymundo, asustado, saltó de la cama.

Del interfono salieron las últimas palabras de Hector Paradiso.

—Y deshazte de todo el porno antes de que llegue mi sobrina.

## *Las cintas de Flo #2*

*«Hay algo que tienes que entender. En ningún momento esperé que Jules Mendelson se divorciara de su esposa y se casara conmigo, y él tampoco sugirió nunca tal cosa para mantenerme a su lado. Si tenía alguna queja de su esposa, nunca la comentó conmigo. La cuestión es que los Mendelson eran un matrimonio ideal, como una gran sociedad, excepto por el hecho de que él estaba enamorado de mí y también de la señora Mendelson. Solo que nos quería de formas distintas.*

*»Jules era un tipo que siempre iba a la suya. Pensó que podía tenernos a las dos, y podría haberlo conseguido en lo que a mí respecta, pero la cosa no salió así.*

*»Mira, no tuve intención de dejar que ocurriera lo que ocurrió entre nosotros. Seguro que has visto suficientes fotografías de Jules; nunca hubiera ganado un premio en un concurso de belleza. Y yo nunca había salido con un tío de su edad. El poder tiene algo muy sexy, ya sabes, y lo que a Jules le faltaba para un concurso de belleza, lo suplía de sobra en el concurso del poder. Cuando Jules entraba en una habitación o en un restaurante, la gente se volvía. Mi amiga Glyceria, la sirvienta de Faye Converse, me dijo que, en su época, las mujeres pensaban que Henry Kissinger era atractivo. Es una versión de lo mismo, ¿entiendes?*

*»Y era bueno conmigo. Quería hacerme mejor. Una vez me dijo: “Tienes que empezar a leer los periódicos, no solo las columnas de cotilleos”. Y luego empezó a preguntarme sobre asuntos de actualidad, sobre Gorbachov, Bush, el déficit y cosas por el estilo, y me las explicaba para que pudiera entenderlas. Si por casualidad tienes cualquier duda sobre las divisas europeas en la época posterior a 1992, por ejemplo, es probable que pueda ayudarte, porque hablaba de eso todo el rato. Y quería que vistiera ropa bonita y empezó a comprarme regalos caros, como este anillo de zafiro y diamantes y estos pendientes de diamantes amarillos. Cuando salía con ese*

*inútil de Casper Stieglitz, antes de conocer a Jules, todo lo que me regaló fue ropa interior de satén negro de la tienda de Frederick's de Hollywood. Y empecé a enamorarme de Jules muy pronto.»*

### 3

La noche anterior, Philip Quennell y Camilla Ebury habían hecho el amor por primera vez, y también por segunda y tercera, experimentando, en cada ocasión, con juegos más íntimos. A la mañana siguiente, Philip se despertó más tarde que Camilla y se quedó en la cama sin moverse, observando cómo ella se cepillaba el pelo con el brazo en alto y largas y firmes pasadas, mirándose con atención en el espejo del tocador. El tirante del camisón se le había deslizado por el hombro, y su concentración en el cepillado era completa.

—Cuando era niña, mi cuidadora, Temple, abreviatura de Templeton, me hacía cepillarme el pelo cien veces cada mañana pasara lo que pasara. Era algo que odiaba, pero acabó por convertirse en un hábito, y ahora, si no es lo primero que hago por la mañana, mi día está cojo. Por supuesto, no pienso en mi pelo cuando me lo cepillo, sino que es un momento que aprovecho para reflexionar —dijo Camilla.

—¿Cómo has sabido que estaba despierto? —preguntó Philip.

—Te he visto en el espejo.

—Bonita espalda.

—¿Mmm?

—He dicho que bonita espalda.

—Gracias.

—Me gusta la forma en la que el tirante se ha deslizado por tu hombro.

—Me sonrojo, ¿puedes creerlo?

Él le sonrió.

—¿Siempre duermes con las perlas puestas?

—Siempre. Eran de mi tío.

—¿El que cambia las tarjetas de las mesas? ¿Ese tío?

Ella se rio.

—El tío Hector, aunque nunca le llamo así. Hector Paradiso.

—¿Como el Paradiso Boulevard de camino al aeropuerto?

—Sí. Los Paradiso fueron una gran familia de terratenientes. El bisabuelo de Hector, o su tatarabuelo, no estoy segura, nunca me aclaro, fue uno de los fundadores de la ciudad, hace mucho tiempo. Mi madre era la hermana mayor de Hector.

—A ver si me entero... Por parte de padre, según Pauline Mendelson, eres del gas natural, y por parte de madre, de una gran familia terrateniente. ¿Es así?

—Correcto.

—Eres lo que se conoce, de donde yo vengo, como una persona bien conectada.

—No me va nada mal.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿por qué tenía el tío Hector un collar de perlas?

—Era de su madre, mi abuela, a la que nunca conocí. Cuando Hector estuvo en el ejército lo llevó colgado bajo el uniforme. Decía que las perlas le daban buena suerte. Después del ejército se lo dio a mi madre y cuando mamá murió pasaron a mí. Casi nunca me las quito, salvo cuando me baño, claro, o cuando voy a nadar —el cloro de la piscina es terrible para las perlas—, o cuando me pongo los diamantes de mamá, algo que no hago muy a menudo, porque es una lata sacarlos del banco y llevarlos a la mañana siguiente por obligación del seguro.

Philip se rio.

Ella le miró, desconcertada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Las historias de los ricos siempre me parecen divertidas —dijo él.

Terminó con sus cien pasadas de cepillo; se levantó, caminó hacia la cama y tiró de las sábanas que lo cubrían.

—Hora de levantarse —dijo ella. Lo miró y exclamó—: ¡Oh!

Philip, avergonzado, sonrió tímidamente.

—¿Es por mí o porque te acabas de despertar? —preguntó ella.

—Las dos cosas —respondió Philip, y se levantó para soltarle el otro tirante del camión, que se deslizó hasta su cintura.

—También es bonito de frente —dijo él en voz baja.

Camilla cruzó los brazos sobre sus pechos, pero no se volvió.

—No hagas eso —dijo Philip.

Se acercó a ella, le bajó los brazos y la miró. Posó el índice sobre la punta del pezón y empezó a moverlo en círculos.

—Perfecto —dijo él.

La noche anterior, en la fiesta de los Mendelson, había pensado que era atractiva pero no del todo guapa. Ahora, mirándola, cambió de opinión.

—Es muy agradable —dijo él.

—El qué es muy agradable —quiso saber ella.

—Tu inocencia.

—Oye, Philip, no quiero que pienses que acostumbro a elegir a hombres en las fiestas para traerlos a casa —dijo Camilla—. No lo hago. —Lo que quería decir era: «Es la primera vez desde que murió mi marido», pero no lo dijo, aunque era verdad, porque sabía que sonaría raro.

—No es lo que pienso en absoluto —dijo Philip con suavidad.

Se miraron el uno al otro durante un momento. Philip se acercó, la cogió de la mano y la arrastró a la cama.

—Hay algo que quise decirte ayer por la noche —dijo ella.

—¿Qué?

—Creo que es un sitio realmente extraño, ahí abajo, para tener un tatuaje. Más tarde, Camilla bajó a hacer café y lo subió a la habitación. Podía oír a Philip en el baño, con el agua corriendo. Estaba de pie, desnudo y dándole la espalda, concentrado en afeitarse. Aunque había pasado la noche con él, hecho el amor en innumerables posiciones y repetido el proceso por la mañana, se sintió como una intrusa mientras se acercaba a él en su propio baño.

—Oh, perdón —dijo.

Él sonrió.

—No pasa nada.

—Necesito las sales de baño Floris.

—Pasa. Es tu baño. He cogido prestada una cuchilla.

—¿Qué has usado como espuma de afeitar?

—Solo jabón. Funciona bien.

Al pasar para abrir el armario, su cuerpo le rozó por delante. Philip, siempre sensible al contacto, respondió. Los dos lo notaron. Los dos sonrieron.

En la habitación, sonó el teléfono.

—¿Cómo? ¿No tienes uno supletorio en el baño? —bromeó Philip—. Pensaba que estábamos en la meca del cine.

—No en mi círculo —dijo Camilla mientras se dirigía al teléfono—. Ni siquiera hablamos con la gente del cine. Será Bunty. ¿Te he dicho que tengo una hija?

—No.

—Ocho años. Está pasando el fin de semana en el rancho familiar de su amiga Phylli en Solvang. De lo contrario, no hubieras pasado la noche aquí de ninguna de las maneras. ¿Hola? Oh, buenos días, Jules. Qué fiesta tan maravillosa. Me lo pasé muy bien. Iba a llamar a Pauline para darle las gracias, pero he pensado que era demasiado temprano.

Hubo un largo silencio y luego Philip oyó exclamar a Camilla:

—¡No!

Hubo otro silencio y volvió a decir:

—¡No! No me lo puedo creer. ¿Cómo es posible?

De nuevo otro silencio.

—¿Desde dónde estás llamando, Jules?

Philip se tapó con una toalla, entró en la habitación y se quedó junto a Camilla. Percibió de golpe en su rostro que algo serio, probablemente calamitoso, había ocurrido.

—Desde la casa de Hector —pudo oír la profunda voz de Jules Mendelson.

—Voy enseguida —dijo Camilla.

—No, no, Camilla, no vengas —dijo Jules. Hablaba a toda prisa—. No tiene ningún sentido. Solo te va a afectar. Puedo encargarme de todo. Lo que deberías hacer es ir con Pauline y estar con ella, o puedo decirle a Pauline que vaya ella, y me reúno con vosotras en una hora más o menos.

Camilla no parecía contenta con el arreglo, pero como era Jules Mendelson el que lo aconsejaba, cedió a sus deseos.

—Sí, claro, Jules. ¿Ya se lo has contado a Pauline?

—Sí, la he llamado —dijo Jules.

Después de colgar, Philip preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Hector ha muerto —respondió Camilla.

—¿Cómo?

—Al parecer le han disparado.

Se miraron. Philip cogió su mano.

—Lo siento.

Ella asintió.

—Mi padre, mi madre, mi marido, ahora mi tío. ¿Qué pasa conmigo?

—Vístete —dijo Philip—. Te llevo.

—Jules ha dicho que no vaya, que solo me va a afectar. Ha dicho que me vaya con Pauline y que se reunirá conmigo allí y me informará.

—¿Jules Mendelson es familiar de tu tío?

—No.

—¿Era su mejor amigo o algo parecido?

—No. En realidad, Hector era amigo de Pauline. Creo que Jules nunca lo tuvo en mucha estima. ¿Por qué lo preguntas?

—Eres el único familiar vivo de Hector, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo puede ser que Jules Mendelson sepa que tu tío está muerto antes que tú? ¿Por qué iba a llamarle a él la policía?

Camilla miró a Philip.

—No lo sé, pero es típico de Jules querer encargarse de las cosas. Bajo esa severa fachada, es un hombre increíblemente amable que haría cualquier cosa por sus amigos. Ya te he contado cómo me ayudó cuando Orin murió de repente en Barcelona.

—Sí, todo eso lo sé —dijo Philip—. Pero no entiendo por qué la policía le ha llamado a él y no a ti.

—Supongo que tienes razón —dijo ella.

—¿No crees que deberías ir a casa de tu tío?

—Jules ha dicho que me fuera con Pauline.

—No sé por qué, pero no me pareces el tipo de mujer que se mantiene al margen porque alguien le diga que se mantenga al margen.

—No lo soy.

—Vamos, te llevo.

### *Las cintas de Flo #3*

*«Jules me dijo en una ocasión que a veces se sentía incómodo con la familia de Pauline. No puedo imaginarme a Jules sintiéndose incómodo por nada, pero dijo que así era. El padre de Pauline era un gran deportista y Jules nunca practicó ningún deporte; solo veía el fútbol americano por televisión. Lo que casi nadie sabía es que Jules tenía una pierna un poco débil, como así de delgada. Eso le afectaba mucho. Fue uno de los últimos casos de polio de Chicago. Así que no jugaba al golf ni al tenis ni a ninguna de las cosas que eran importantes para el padre de Pauline.*

*»También creía que Pauline nunca se había desprendido del todo de su pasado en la Costa Este, aunque se hubiera convertido en una habitual de la escena social de Los Ángeles. Decía que la veía como una eterna visitante. Me dijo que cuando sus hermanas venían aquí, varias veces al año, él se sentía como un extraño entre ellas mientras se reían y cotilleaban de gente que conocían y de la que él no había oído hablar nunca. Me contó que a veces hablaban en francés.*

*»En una ocasión me dijo que, si alguna vez le ocurría algo, estaba seguro de que Pauline se iría de Los Ángeles ese mismo año.»*

## 4

Tener noticia de una desgracia antes que nadie, incluso antes que los medios, no era una experiencia realmente nueva para Pauline Mendelson. En el pasado, debido a la importancia e influencia de su marido, había sabido de algunas pequeñas desgracias de su único hijo, Kippie Petworth, antes incluso que la policía. La cleptomanía adolescente de Kippie había pasado a la historia hacía mucho, pero no sin varias y sumamente embarazosas situaciones que tuvieron que ser ocultadas, enmendadas y silenciadas, todo gracias a Jules, que no era más que el padrastro del chico. Pero, como todos sus conocidos sabían, el verdadero padre de Kippie, Johnny Petworth, se mostraba impotente ante cualquier tipo de crisis, salvo las de sus partidas de cartas y backgammon.

En cualquier caso, toda esa familiaridad con la desgracia no había preparado a Pauline para el impacto de la llamada telefónica que despertó a Jules de buena mañana y que le hizo salir disparado de casa a una hora tan intempestiva.

—Pero ¿qué ocurre, Jules? —preguntó Pauline desde la cama, viendo la urgencia con la que él colgaba el teléfono después de una conversación indescifrable y saltaba del lecho para vestirse, sin antes ducharse ni afeitarse. Ella temía, obviamente, por su hijo, que había regresado inesperadamente la noche anterior, después de abandonar su clínica en Francia meses antes de lo que los médicos consideraban necesario para su tratamiento.

De pie en el umbral de la puerta de la habitación, listo para irse, Jules le dijo:

—Es Hector.

—¡Hector! —exclamó Pauline casi desmayándose del alivio—. Oh, gracias a Dios. Por un momento pensé que era Kippie de nuevo.

—Está muerto —dijo Jules.

—¿Hector? —susurró Pauline, horrorizada—. ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—No sé nada. Te llamaré cuando llegue allí.

—¿Ha sido un accidente de coche? ¿Qué? ¿Cómo? —preguntó ella.

—No lo sé, Pauline.

—¿Adónde vas?

—A su casa.

—Oh, Jules, ¿se lo digo a Camilla?

—No.

—Claro, si te han llamado a ti, seguro que también la han llamado a ella. Jules asintió.

—¿Tenías muchas cosas en la agenda hoy?

—Lo que fuera que tuviera, lo anularé.

—Bien. Te espero aquí.

Desde fuera, un instante después, le llegaron los ladridos frenéticos de los perros guardianes que patrullaban el terreno por la noche, arremolinándose en torno a Jules mientras este atravesaba el patio en dirección al garaje.

—Hola, chico; hola, chico. Abajo, abajo —oyó que Jules les decía a los perros. A pesar de lo fieros que eran con otra gente, obedecían todas las órdenes de Jules Mendelson—. Llámalos, ¿quieres, Smitty? Soy yo.

—¿Ha pasado algo, señor Mendelson? —preguntó Smitty, el guarda nocturno que llevaba quince años con los Mendelson.

—Eso parece —respondió Jules, sin explayarse—. Tengo que ir a Humming Bird Way. Recuérdame cómo se llega. No me acuerdo.

—Saliendo del Strip, subiendo por Doheny, gire a la derecha en Oriole y llegará a Humming Bird —dijo Smitty.

—Lo reconoceré cuando llegue. He estado ahí cientos de veces —dijo Jules.

—Espero que vaya todo bien, señor M. —dijo Smitty.

Una vez a solas, Pauline sintonizó la emisora de radio All News, pero no decían nada que tuviera que ver con su vida o, hasta donde ella sabía, con la de Hector: violaciones, asesinatos, bandas callejeras, tratos de drogas que se habían torcido, el divorcio de una estrella de televisión. Todavía aturdida por la brusquedad de la noticia y por la falta de detalles, aún no era capaz de llorar, aunque sí sintió una punzada de dolor por la pérdida de su amigo. En los días siguientes, diría una y otra vez, docenas de veces: «Fue mi primer amigo cuando Jules y yo nos mudamos a Los Ángeles». No podía dejar de pensar en que Hector había querido quedarse la noche anterior, después de que

se hubieran marchado el resto de invitados, y como era habitual, llevar una botella de champán a la biblioteca y hablar de lo ocurrido durante la fiesta — especialmente su reciente contratiempo con Rose Cliveden—, y en que ella le había dicho que no. Dios mío, pensó, si se hubiera quedado, lo que fuera que había pasado quizá no habría ocurrido. Y luego recordó que Rose, demasiado borracha la noche anterior como para coger el coche, estaba durmiendo al otro lado del salón, en una de las habitaciones de invitados.

Voy a despertar a Rose, pensó Pauline.

En Sunset Boulevard el tráfico avanzaba a paso de tortuga, hasta que finalmente se detuvo por completo. Philip Quennell y Camilla Ebury, de camino desde la casa de Camilla en Bel Air hasta la de Hector Paradiso en Hollywood Hills, permanecían sentados en el coche en mitad de un silencio impaciente.

—Me está volviendo loca estar aquí sentada —dijo Camilla repiqueteando los dedos en la guantera—. Sunset suele estar más despejado.

—Debe de haber un accidente más adelante o algo así —dijo Philip.

—Es más probable que haya algún evento importante en el hotel Beverly Hills. De ahí el atasco, estoy segura —dijo Camilla.

Philip tocó el claxon varias veces.

—Pitar no va a servir de nada, ya lo sabes —dijo ella.

—Lo sé. No aguanto a la gente que pita todo el rato, pero sé que estás ansiosa por llegar.

—Quizá si giras a la izquierda cuando lleguemos a Roxbury y salimos a Lexington podemos bordear el hotel por detrás y luego volver a Sunset — sugirió Camilla.

—¿Crees que Hector guardaba mucho dinero en casa?

—Sé que no. Para empezar, no tenía mucho dinero.

—¿Qué quieres decir con que no tenía mucho dinero?

—Lo que quiero decir es que la gente que no tiene dinero cree que Hector tenía mucho, pero la gente de dinero te dirá que no tenía nada de nada.

—El dinero es algo relativo, ¿es eso? —preguntó Philip, entretenido.

—Algo así. Me lo explicó Jules. Además, Hector era muy tacaño. Cualquiera de los que le conocían te lo dirá.

—¿Se casó alguna vez? —preguntó Philip.

—Estuvo prometido algunas veces; con una actriz, Astrid algo, antes de que yo naciera, pero nunca se casó —dijo Camilla, mientras miraba por la ventanilla.

—¿Por qué no lloras? —preguntó Philip.

—No te conozco lo suficiente como para ponerme a llorar delante de ti.

—Sí, sí me conoces.

—Solo desde anoche.

—Hemos llegado muy lejos en poco tiempo, no lo olvides.

—Quiero que sepas una cosa.

—¿El qué?

—No acostumbro a llevar hombres a mi casa.

—Ya me lo has dicho, y ni siquiera era necesario mencionarlo la primera vez. Lo sé.

Camilla se acercó y le acarició la mano que tenía en el volante.

—Gracias por acompañarme —le dijo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Sobre tu matrimonio?

—Sí.

—¿No querías a tu marido? —preguntó Philip.

—¿Por qué me preguntas eso? —respondió Camilla con voz sorprendida.

—Hablaste de él de manera muy superficial.

—¿Cómo que hablé de él de manera superficial? ¿Y cuándo? No lo recuerdo.

—Anoche, en casa de los Mendelson.

—¿Qué diablos dije?

—Dijiste: «Nunca se muera en un país extranjero si no sabe hablar el idioma. Es una pesadilla».

—Y es verdad.

—Seguro que sí, pero es una manera un poco superficial de referirse al repentino fallecimiento de tu marido en una calle de Barcelona.

—¿Crees que parezco insensible?

—No lo sé, pero me llama la atención.

Camilla miró hacia adelante, pensando antes de responder.

—Bueno, supongo que si Orin no hubiera muerto nos habríamos divorciado en algún momento. No éramos muy felices, pero Bunty lo adoraba y yo no era desesperadamente infeliz; simplemente no era extremadamente feliz. ¿Satisfecho?

—Es una respuesta sincera.

—Ahora dime una cosa.

—Vale.

—¿Siempre recuerdas todo lo que dice la gente?

—Sí.

—Será mejor que tenga cuidado con lo que digo.

—Mira, empiezan a moverse —respondió él.

—Lo siento, señorita, no puede entrar nadie en la casa —dijo el policía apostado fuera de la casa de Hector Paradiso en Humming Bird Way.

La entrada ya estaba acordonada por una cinta de color naranja colgada entre los árboles. Había coches patrulla aparcados a ambos lados de la calle y la furgoneta de un canal local de televisión subía y bajaba buscando un sitio. Una ambulancia, con la puerta de atrás abierta, estaba estacionada en la entrada; el conductor, apoyado en el parachoques, fumaba un cigarrillo. En la acera de enfrente, los vecinos, todavía en pijama, se apiñaban observando la escena.

—No puede pasar nadie —insistió el policía, levantando las manos mientras Camilla Ebury y Philip Quennell se dirigían a la entrada.

—Soy la sobrina del señor Paradiso —dijo Camilla.

—Lo siento, señorita, no puedo dejarla entrar. Son las órdenes que tengo —dijo el policía.

—Es Camilla Ebury, oficial —dijo Philip Quennell—. La señorita Ebury es el único familiar que le quedaba a Hector Paradiso.

—Voy a entrar a preguntar, señorita Berry, pero no ahora mismo —dijo el oficial—. Siento mucho lo ocurrido, pero cumplo órdenes. El capitán está

dentro.

—Solo le pido que vaya adentro y le diga que estoy aquí —dijo Camilla—. Y es Ebury, no Berry. E-B-U-R-Y. Mi madre era hermana del señor Paradiso. El señor Jules Mendelson me llamó para darme la noticia.

Siempre y en cualquier circunstancia, la mención del nombre de Jules Mendelson parecía operar un cambio en cualquier actitud. Mientras el policía se dirigía hacia la puerta, esta se abrió y salieron otros dos agentes con un joven entre ellos, las manos esposadas a la espalda. La furgoneta de la televisión ya había aparcado y montado el equipo de grabación, y el cámara corrió para conseguir una imagen del trío. El hombre esposado gritó:

—¡Eh, tío, no me grabes! —y agachó la cabeza y la volvió para evitar a la cámara. Desde esa posición, miró hacia arriba y sus ojos se encontraron con los de Camilla—. ¡No he sido yo, señorita Camilla! ¡Lo juro por Dios! Estaba durmiendo en mi habitación en la casa de la piscina. Su tío me llamó por el interfono y me dijo que había pasado algo; en lo que tardé en vestirme, él estaba muerto y quien fuera que lo hizo ya había huido. Lo juro por Dios, señorita Camilla.

—Oh, Raymundo —dijo Camilla, mirándole.

Los policías lo condujeron al coche patrulla. Uno abrió la puerta y el otro empujó a Raymundo dentro.

—¿Quién es? —preguntó Philip.

—El empleado de mi tío desde hace dos años —dijo Camilla.

Desde la puerta de la casa, el policía gritó:

—Ya pueden pasar, señorita Ebury, usted y su amigo.

Mientras caminaban hacia la puerta, consciente de que el cámara les estaba grabando, Camilla buscó en el bolso, sacó unas gafas de sol y se las puso.

—¡Había un hombre rubio, parecía un marine de permiso, y salió corriendo de la casa! —gritó una voz desde detrás de los árboles.

—¿Quién es? —preguntó Philip.

—La loca de al lado —contestó Camilla—. Convirtió la vida de Hector en un infierno, espiándole todo el tiempo, imaginándose todo tipo de cosas demenciales.

Entraron en la casa. Había un pequeño salón central. A la izquierda, el comedor. A la derecha, la sala de estar, y más allá, la biblioteca. La casa estaba llena de policías y de personal de emergencias.

—Es la sobrina, capitán —dijo el oficial de policía.

Philip cogió del brazo a Camilla y la llevó delante.

—Soy el capitán Mariano, señorita Ebury —dijo el capitán, presentándose.

Camilla asintió.

—El señor Quennell —dijo ella, presentando a su vez a Philip y mirando alrededor mientras lo hacía.

El salón era un auténtico caos. Un disparo había impactado en el espejo sobre la chimenea, y otro había hecho añicos el cristal que cubría la mesita. Había sangre en la tapicería azul de un sofá y otro rastro de sangre que llevaba a la biblioteca. Camilla sofocó un grito al ver las piernas y el cuerpo desnudos de su tío en la estancia del fondo.

—¿Cree que podrá identificar el cuerpo, señorita Ebury? —preguntó el capitán Mariano.

Camilla se había quedado blanca. Parecía a punto de desmayarse. Miró a Philip.

—¿No lo identificó el señor Mendelson? —preguntó Philip.

—El señor Mendelson no ha entrado en esa habitación —respondió el capitán.

—¿Puedo hacerlo yo, capitán? —preguntó Philip.

—¿Conocía bien al fallecido?

—No mucho. La verdad es que apenas le conocía, pero coincidimos anoche en la misma fiesta y sé cuál es su aspecto —dijo Philip.

—¿Está de acuerdo, señorita Ebury? —preguntó el capitán.

Camilla asintió. Philip entró en la biblioteca. Tumbado boca abajo en el suelo, en mitad de un charco de sangre, estaba Hector Paradiso, desnudo y muerto. Parecía tener varios disparos en el torso y marcas rojas en la mejilla que quedaba a la vista de Philip, así como en ambos glúteos.

Philip asintió.

—Es Hector Paradiso —confirmó. Pensó en Hector la noche anterior, bailando con tanto esmero, sus blancos dientes brillando en la cara bronceada.

Demasiado bronceada, recordó haber pensado en ese momento. Ahora, la cara demasiado bronceada tenía un aspecto pálido y fantasmal bajo las magulladuras—. ¿Cuántas veces le dispararon? —preguntó Philip.

—Parece que cinco en total —dijo el capitán.

—¿Qué son esas marcas en el trasero? —preguntó.

—Al parecer, la víctima fue golpeada en la cara y en las nalgas con sus zapatos de baile.

Philip asintió. Oyó la voz de Camilla desde la otra habitación:

—Estoy atónita, simplemente atónita. No me puedo creer que Raymundo haya hecho algo así —dijo—. Mi tío se encargó de traer aquí a la familia de Raymundo desde México. Les consiguió los papeles para que pudieran trabajar legalmente y les pagó las clases de inglés.

—No estamos nada seguros de que Raymundo sea el responsable, señorita Ebury —dijo el oficial de policía.

—Le he visto con mis propios ojos esposado fuera de la casa y siendo introducido en el coche patrulla —dijo ella.

—No me convence nada lo de Raymundo —insistió el capitán—. ¿Sabe por casualidad dónde estuvo su tío anoche, señorita Ebury?

—Sí, en casa de Jules Mendelson —respondió Camilla.

—Eso lo sé. Hemos hablado con el señor Mendelson. Me refiero a después de la fiesta.

Camilla miró al capitán de policía y entendió a lo que se refería.

—No lo sé. No tengo forma de saberlo.

Philip entró de nuevo en el salón.

—¿Dónde está el señor Mendelson? —preguntó.

—Se ha ido —dijo el capitán Mariano.

—¿Hace mucho?

—Solo estuvo aquí unos minutos.

—Quizá deberías llamarle a casa —le dijo Philip a Camilla.

—Sí —respondió ella.

—Creo que no se ha ido a casa —dijo el capitán—. Le oí hablar por teléfono con Sandy Pond y le pidió verlo de inmediato.

Camilla asintió.

—¿Quién es Sandy Pond? —preguntó Philip.

—El editor del *Tribunal* —respondió Camilla.

—¡Abran paso! —exclamó una voz desde la biblioteca.

—Pónganse aquí, ¿quieren?, señorita Ebury, señor Quennell —dijo el capitán.

Dos camilleros cruzaron el salón con el cuerpo de Hector Paradiso metido en una bolsa de plástico negro. Tras el silencio que siguió, se oyó el lloriqueo de un pequeño animal.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán Mariano.

—¿El qué? —respondió uno de los policías.

—Esa especie de llanto.

—Oh, Dios mío —dijo Camilla—. Astrid.

—¿Quién es Astrid? —preguntó Philip.

—La perra de Hector —dijo Camilla. Llamó a la perra varias veces—.  
¡Astrid, Astrid!

Los lloros subieron de tono cuando Camilla entró en la biblioteca. Se arrodilló en el suelo y miró bajo el sofá.

—Astrid, sal, cosa bonita —dijo con voz amable. Metió la mano y sacó a la pequeña terrier West Highland. La perra parecía aterrada y Camilla la cogió en brazos, la besó en la cabeza y la acarició—. Rose le regaló esta perra a Hector —le dijo a Philip—. Se la voy a devolver a Rose.

—Esa perrita sabe quién mató a Hector Paradiso —dijo Philip.

—Una pena que Astrid no pueda hablar —dijo el capitán Mariano.

—¡Me importa una mierda si el señor Einsdorf ha dado o no órdenes estrictas de no ser molestado hasta el mediodía! —gritó Joel Zircon al teléfono—. ¡Despiértalo!

Varios minutos después, Manning Einsdorf, enfurecido porque su sueño había sido perturbado, se puso al teléfono.

—Esto es indignante, Joel. Necesito descansar. Anoche no cerré el club hasta las cuatro.

—¿Te has enterado de lo de Hector Paradiso, Manning? —preguntó Joel.

—Oh, Dios mío. ¿Sida?

—No, Manning. Le han pegado cinco tiros.

—¿Qué?

—Sí.

—¿Muerto?

—Claro.

—Oh, Dios mío. ¿No creerás que Lonny...? Oh, Dios mío. ¿Ha salido en las noticias?

—No, ni una palabra hasta ahora.

—¿Cómo te has enterado?

—Uno de mis ligues ocasionales estaba trabajando en la ambulancia. Me llamó.

—Oh, Dios mío.

—Manning, ya has dicho tres veces: «Oh, Dios mío». Será mejor que muevas el culo, vayas al club y destruyas cualquier registro y los números de teléfonos que tengas de chulos y chaperos o vas a estar de mierda hasta arriba.

—Ese cabrón de Lonny —dijo Manning Einsdorf.

—¿Cómo se llamaba esa cantante malísima de los dientes salidos?

—Marvene McQueen.

—Dile a Marvene que no vio a Hector Paradiso anoche en tu local. Y díselo también a Zane.

—No te preocupes por Zane —dijo Manning.

#### *Las cintas de Flo #4*

*«Jules solía decir que si eras capaz de imaginarte a ti mismo como algo en concreto, podías convertirte en ello. No puedo expresar lo mucho que eso significó para mí cuando me lo dijo. Verás, siempre pensé que sería famosa, pero nunca fui capaz de imaginarme en qué. Él supo, siempre lo supo, me dijo, que se convertiría en una persona importante, y sin duda lo consiguió.*

*»Cuando me veía a mí misma como una persona famosa, nunca pensé en esta clase de fama.»*

## 5

Ese mismo día, más tarde, Philip Quennell volvió al Chateau Marmont, un apartotel situado en la parte de Sunset Boulevard conocida como el Strip y frecuentada por el mundillo del cine y del arte. La secretaria de Casper Stieglitz, Bettye, le había reservado una habitación o, como Bettye la había descrito, una suite junior. Philip descubrió que una suite junior consistía en una cama y una salita, todo en uno.

—Perfecta para que pueda escribir —le había dicho Bettye a Philip cuando le llamó a Nueva York para confirmar la reserva—. Todos los escritores que vienen de Nueva York se quedan ahí.

Philip, que no era muy hablador por teléfono, ni siquiera con una charlatana a tiempo completo como Bettye, dijo que el arreglo sonaba bien, pero Bettye notó cierta insatisfacción donde no la había y, para realzar los encantos de su futuro alojamiento, añadió:

—Es donde murió de sobredosis John Belushi.

—Oh, genial —dijo Philip.

—Pero eso ocurrió en uno de los bungalós. No en la habitación donde va a alojarse usted.

—Muy bien.

La aerolínea le había enviado el equipaje extraviado al hotel, y Philip se duchó otra vez y se cambió la ropa que había vestido desde la mañana anterior, cuando se subió al avión en Nueva York, en la fiesta de los Mendelson por la noche, en la misión de la mañana en Humming Bird Way para identificar el cuerpo de Hector Paradiso y de vuelta a Clouds en lo alto de la montaña para dejar a Camilla Ebury en las reconfortantes manos de Pauline Mendelson.

Esta vez no los había recibido ningún mayordomo o sirvienta. La propia Pauline los estaba esperando junto a la puerta abierta cuando Philip enfiló el camino de entrada con su coche alquilado. Se dirigió hasta el lado de Camilla y le abrió la puerta. Cuando Camilla salió, las dos mujeres se abrazaron.

—Es terrible —dijo Pauline.

—Pobre Hector —respondió Camilla—. Qué buena amiga eras para Hector, Pauline. Te adoraba.

—Y yo a él. Estoy furiosa conmigo misma por no haberle dejado quedarse anoche después de que se fueran todos. Quería que habláramos de la fiesta y le dije que no.

—Oh, Pauline, no es culpa tuya —dijo Camilla—. Ya me he enterado de que Kippie ha regresado y, por supuesto, querías estar con él.

Pauline sonrió distante ante la mención del nombre de su hijo, pero no respondió.

Camilla continuó:

—¿Cómo está?

—Oh, recién aterrizado —dijo Pauline.

En el breve silencio que siguió, pudieron escuchar el sonido de una pelota de tenis golpeada muy fuerte contra un tablero en una pista situada en la parte trasera de la casa y oculta a la vista. Pauline llevaba un jersey de cachemira sobre los hombros y, aunque no hacía frío, se arropó con él como si estuviera destemplada. Instintivamente, tanto Camilla como Philip se dieron cuenta de que el tenista era, probablemente, Kippie. Pauline se volvió y saludó calurosamente a Philip. Si estaba sorprendida por verle en compañía de Camilla y vistiendo la misma ropa que la noche anterior, no dio muestra de ello.

—No veo el coche de Jules —dijo Camilla.

—Se fue muy pronto esta mañana, en cuanto recibió la llamada, y no ha vuelto todavía —dijo Pauline.

—¿Quién le llamó?

—No lo sé. La policía, supongo.

Camilla y Philip se miraron.

—¿Sigue Rose aquí? —preguntó Camilla.

—Cielos, sí. Ya va por su segundo bloody mary y su cuadragésimo cigarrillo. Siempre me da miedo que me queme la casa — contestó Pauline. Volvía a ser la misma de siempre, encantadora, al mando de todo.

—¿Cómo se ha tomado la noticia?

—Con total desolación, llamando a todo el mundo. Culpándose de todo. Si no se hubieran peleado esto no habría ocurrido, esa clase de cosas.

—Como muchos amigos de toda la vida, siempre estaban sin hablarse —dijo Camilla, y ella y Pauline se rieron.

Dentro del coche, la perra empezó a gimotear.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Pauline.

—Oh, Dios mío, se me olvidaba —dijo Camilla—. Es Astrid. Hemos traído a Astrid. No podía dejarla en esa casa. Pobre criatura, estaba escondida debajo del sofá de la biblioteca. He pensado que quizá Rose quiera quedársela, ya que fue ella quien se la regaló a Hector.

—Eso es justo lo que necesita —dijo Pauline—. Ya está organizando el funeral. Una misa solemne en el Buen Pastor de Beverly Hills. Quiere que el arzobispo Cooning la oficie, imagínate, y luego, después del funeral, quiere organizar una gran comida en el Country Club. No te importa que ella haya cogido las riendas de todo, ¿no?

—Claro que no —dijo Camilla—. Cuando mejor está Rose es cuando organiza una fiesta, y eso es exactamente en lo que va a convertir esto.

—Entrad —dijo Pauline.

Philip, que había estado observando a Camilla y Pauline, dijo:

—Los periódicos van a tener un día movido con esta historia. Me sorprende que no estén ya ahí abajo, llamando al timbre.

—Oh, no, no creo que eso ocurra —dijo Pauline.

—Quiero decir, la historia lo tiene todo, ¿no? Una gran familia terrateniente. Una prominente figura pública. Millonario, o al menos eso es lo que se piensa. Tío de Camilla Ebury. Amigo personal y muy cercano de la esposa de Jules Mendelson. Todo me suena mucho a portada.

—Oh, no, no creo que vaya a ser así —repitió Pauline, moviendo la cabeza.

—Pero ¿por qué no? —preguntó Philip.

—Es lo que Jules me ha dicho por teléfono. Estaba en la oficina de Sandy Pond, en el *Tribunal*.

—Pero, Pauline, se llevaron esposado a Raymundo —dijo Camilla—. Lo vi con mis propios ojos.

—Ya le han soltado. Un malentendido, al parecer. En todo caso, pasad dentro. Rose debe estar ya con un ataque de ansiedad.

Philip, un recién llegado y un intruso en el grupo, declinó la invitación. Veinticuatro horas antes no conocía a ninguna de esas personas, y ahora se sentía extraño entre ellas en momentos tan íntimos.

—No voy a entrar, Pauline. Será mejor que vuelva al hotel, recupere mi equipaje y llame a Casper Stieglitz para decirle que he llegado.

Pauline lo miró y sonrió.

—Feliz cumpleaños —dijo.

Philip sonrió, agradecido de que se hubiera acordado.

—No sabía que era tu cumpleaños, Philip —dijo Camilla.

—Han pasado muchas cosas desde anoche, yo mismo me había olvidado —dijo él.

—¿Cuántos cumpleaños?

—Treinta.

—Yo tengo treinta y dos.

—Me gustan las mujeres mayores.

Camilla se rio.

—No puedo agradecerte lo suficiente que me sentaras anoche junto a este maravilloso hombre, Pauline —dijo ella—. No sé qué hubiera hecho sin él.

Camilla y Philip se miraron.

—Te llamaré —dijo él.

Mientras Philip abandonaba el patio en su coche, apareció por el camino el Bentley azul de Jules Mendelson. Se detuvo frente a la entrada y Jules se apeó del vehículo. Caminó hacia Pauline y Camilla, rodeó a Camilla con sus brazos y la abrazó. A Philip, que ya se marchaba, le pareció que estaba agotado.

La noche anterior, cuando Philip Quennell le había dicho a Jules Mendelson, después de rechazar el Château Margaux de la subasta de Bresciani, que no tenía algo tan dramático como un problema con la bebida —«simplemente no me gusta»— no estaba diciendo la verdad, sino más bien una mentira que había asumido hacía mucho tiempo. Había tenido un problema en el pasado,

uno de consecuencias desastrosas, y como resultado, parte de su vida, una parte de la que nunca hablaba con nadie, estaba entregada a la expiación. Dos veces al año regresaba al pequeño pueblo de Connecticut donde había nacido. Era el hijo del médico local, fallecido hacía mucho, y había estudiado becado en buenas escuelas. Al otro lado de la calzada que separa Old Saybrook de Winthrop Point, un enclave veraniego para ricos residentes de Hartford y New Haven, vivía Sophie Bushnell, postrada en una silla de ruedas desde el accidente que la dejó inválida.

A las siete en punto de la mañana que siguió a la de la muerte de Hector Paradiso, Philip estaba sentado en una pequeña sala del Robertson Boulevard en West Hollywood leyendo el *Los Angeles Tribunal* y bebiendo café de un vaso de cartón mientras esperaba a que empezara la reunión de Alcohólicos Anónimos. Hojeaba el periódico en busca de noticias sobre el violento acontecimiento en el que se había visto involucrado. Le sorprendió que no estuviera en la portada, o en las primeras páginas, pero le sorprendió aún más que no se mencionara el suceso en la sección conocida como Metro, que cubría las noticias locales. Finalmente, en los obituarios, en un lugar discreto y fácil de pasar por alto, encontró un breve con la noticia del fallecimiento de Hector Paradiso. Dobló el periódico por la mitad, y luego repitió la acción, hasta quedarse con la cuartilla, para leerlo de nuevo y ver si había alguna pista.

—Ahí hay gato encerrado —dijo una chica sentada en una silla cercana y que estaba leyendo el periódico por encima de su hombro.

—Mmm —dijo Philip.

La chica, que olía a aceite de baño y perfume caro, tocó el breve de la muerte de Hector Paradiso con la manicura impecable de su uña.

—Digo que hay gato encerrado en esa historia —repitió.

Philip se volvió para mirarla. Era joven y muy guapa, de pelo rojo oscuro y vivaces ojos azules, que se encontraron con los suyos en una mirada entre coqueta y divertida. A pesar de ir elegantemente vestida, sus maneras, su voz y su forma de sentarse no cuadraban con su ropa cara. Exudaba sensualidad en lugar de elegancia, y a Philip le pareció una curiosa aunque deslumbrante presencia a tan temprana hora en el apagado ambiente de una reunión de Alcohólicos Anónimos en Robertson Boulevard.

—Estaba pensando lo mismo —dijo él.

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó ella.

—Claro.

—Fue a la fiesta de Pauline Mendelson, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Hector siempre iba a las fiestas de Pauline Mendelson. Era su mascota. ¿Sabes que todas las damas de la alta sociedad tienen sus propias mascotas?

Philip sonrió. Esa chica le gustaba.

—Pero ¿cómo sabes que Pauline Mendelson dio una fiesta?

—Lo he leído en la columna de Cyril Rathbone en *Mulholland* —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Siempre leo las columnas de sociedad.

—Continúa.

—Según mi teoría, hizo una parada en el Miss Garbo de camino a casa.

—¿Qué es el Miss Garbo?

—¿Eres nuevo en la ciudad o algo?

—Sí, lo soy.

—Es un bar con cabaret. Un local al que van los caballeros adinerados con una particular inclinación cuando vuelven a casa después de estar en sitios elegantes como la fiesta de Pauline Mendelson; no sé si pillas la idea.

Philip asintió, había pillado la idea.

—¿Por qué sabes tantas cosas? —preguntó él.

—Mi último trabajo. Solía conocer a tipos así.

—¿Como Hector Paradiso?

—Sí, incluso conocí a Hector.

—¿Cuál fue tu último trabajo?

—Estamos hablando de Hector, no de mí —dijo ella.

—Por supuesto. ¿Cómo te llamas?

—Flo.

—¿Flo qué más?

—Flo M. —respondió ella, poniendo énfasis en la M.

—Sí, perdona. A veces soy un poco descuidado con el tema del anonimato —dijo Philip.

—No deberías serlo. Yo me atengo a las normas. Nada de apellidos en Alcohólicos Anónimos.

—Tienes razón. Lo siento. Soy Philip Quennell.

—K. —le corrigió ella—. Es Philip K.

—No, K. no, Q. —dijo él—. Soy Philip Q.

—Bueno, nunca he sido muy buena deletreando —dijo Flo, sonriendo—. ¿Te importa si fumo?

—No.

—Algunos de por aquí se vuelven locos. Ahora hacen un montón de reuniones en las que no se puede fumar. Es la principal razón por la que vengo a esta, aunque sea tan temprano, porque puedo fumar.

Abrió el bolso de cadena de oro que colgaba de su hombro y sacó una pitillera dorada. Philip advirtió que su nombre, Flo, estaba grabado con zafiros en la tapa.

—Dejaría de fumar, pero me gusta demasiado esta pitillera como para dejarla en un cajón y no volver a usarla —se encendió un cigarrillo con un mechero dorado a juego.

—No es una razón lo suficientemente buena —dijo Philip.

—Para mí sí —respondió Flo—. Siento una descarga cada vez que abro esta bonita caja. Cuando todavía tomaba drogas, llevaba aquí los porros.

Philip se rio. Estaba a punto de hacerle otra pregunta sobre Hector Paradiso, pero justo en ese momento empezó la reunión. Flo se sentó en una silla en la fila de atrás. Ninguno de los dos levantó la mano para participar en la charla, pero ambos prestaron mucha atención al coordinador y a las personas que sí intervinieron para compartir sus historias.

Al final del encuentro, durante el rezo, Philip se volvió para mirar a Flo. Estaba recitando el padrenuestro con los ojos cerrados, las manos cogidas a las de las personas sentadas a su lado y un cigarrillo colgando de los labios.

—¿Te veré en la reunión de Rodeo Drive del viernes por la noche? —preguntó él mientras abandonaban la sala.

—Oh, no, nunca voy a la de Rodeo Drive. Y tampoco a la de Cedars-Sinai de los domingos por la mañana. Demasiado concurridas para mí. Esta es la reunión que me gusta. Nunca te encuentras con nadie, ya sabes.

Philip, desconcertado, asintió.

—No querrías cenar una noche conmigo, ¿verdad?

Flo lo miró y sonrió.

—No, tengo pareja —dijo ella.

Él asintió, entendiendo.

—No te estaba entrando, si es lo que has pensado —dijo él.

—¿Ah, no? —dijo Flo, sonriendo, con una pose de mano en la cintura.

Philip se rio.

—¿Es lo que has pensado?

—La idea se me ha pasado por la cabeza, sí —respondió ella—. No eres exactamente difícil de mirar, ¿sabes?

—Tú tampoco —dijo él—. Pero no era eso lo que tenía en mente, de verdad. Solo que estaría bien tomar un café y hablar.

—Oh, ya veo. Hemos bajado el listón de cena a café, ¿no? Para discutir sobre la sobriedad, ¿verdad? Eh, buen intento, Phil Q. Seguro que te funciona, al menos durante un rato —le sonrió y le dijo adiós haciendo un gesto circular con su mano izquierda y sacudiendo hacia atrás la melena pelirroja.

La miró mientras se alejaba caminando por Robertson Boulevard. Había un contoneo en sus pasos que no podía evitar admirar. Quisiera o no, era provocativo. Philip imaginó que, en su día, la habrían silbado mucho. Giró hacia el aparcamiento de una tienda de muebles de exterior que no había abierto todavía y se subió a un Mercedes-Benz descapotable de color rojo. Philip se preguntó de dónde saldría su dinero.

Philip Quennell iba a tener ese día su primera reunión con Casper Stieglitz, para quien iba a escribir un documental sobre el creciente consumo de drogas en la industria del cine. Casper Stieglitz tenía una oficina en Colossus Pictures, en el valle de San Fernando. En su momento, Colossus había poseído un estudio entero en Hollywood, pero ahora ocupaba parte del terreno que solía conocerse como los estudios Warner Brothers. Philip, poco acostumbrado a las autopistas y pertrechado con un mapa que le habían dado en el Chateau Marmont, salió una hora antes de su cita por miedo a perderse en el camino de West Hollywood al valle de San Fernando. Para su sorpresa, encontró el estudio sin ninguna dificultad; aún tenía treinta y cinco minutos

antes de su cita. Como no quería importunar a Casper Stieglitz antes de la hora, decidió buscar un restaurante o una cafetería y tomarse otro café. Se detuvo en el aparcamiento de un House of Pancakes. En la acera de enfrente del restaurante había dispensadores con los diarios de negocios de Hollywood, el *Reporter* y el *Daily Variety*, así como con varios periódicos locales de los que Philip, nuevo en la ciudad, no había oído hablar. Hasta entonces, solo había visto o conocía el *Times* y el *Tribunal*. Puso un cuarto de dólar en una de las máquinas y sacó un periódico llamado *Valley Sentinel*.

Mientras se tomaba un café sentado en la barra, encontró un artículo en la tercera página de la primera sección que rezaba: «Fallece un millonario de la alta sociedad». Los detalles de la pieza eran muy escasos. Hector Paradiso, descendiente de una gran familia de terratenientes, había sido encontrado muerto «en misteriosas circunstancias» en su casa de Humming Bird Way. Varios disparos. Aparecía una cita de Cyril Rathbone, el columnista de sociedad de *Mulholland*, que se describía a sí mismo como el amigo más cercano de Hector: «Era como un noble español». Rose Cliveden, mencionada como una dama de la alta sociedad de Los Ángeles, declaraba por teléfono desde su casa en Holmby Hills: «Era amigo mío de toda la vida. El mundo ha perdido a un elegante caballero». Un mexicano, empleado de la casa, Raymundo Perez, que había sido interrogado por la policía y luego puesto en libertad, aparecía citado: «El señor Paradiso me estaba ayudando a conseguir los papeles. Era un hombre muy generoso».

—¿Más café? —preguntó la camarera desde detrás de la barra.

Philip miró el reloj. Se acercaba la hora de su reunión con Casper Stieglitz.

—No, gracias.

Arrancó la página del periódico y se la guardó en el bolsillo. Cogió la cuenta y dejó el dinero y una propina sobre la barra junto a la caja registradora.

Condujo hasta la verja de Colossus Pictures y se admiró ante la perspectiva de entrar en un estudio de Hollywood por primera vez. En la garita de seguridad dijo:

—Tengo una cita con Casper Stieglitz. Mi nombre es Philip Quennell.

El guardia de seguridad llevaba gafas de sol y no respondió. Cogió el teléfono, consultó una lista y tecleó una extensión:

—Tengo aquí al señor Quennell para ver al señor Stieglitz —dijo.

—¿Puedo aparcar en aquel sitio de allí? —preguntó Philip, señalando una plaza de aparcamiento vacía.

—Puede, si quiere que le canten las cuarenta —dijo el guardia—. Es el sitio de Marty Lesky.

—Oh, lo siento —dijo Philip. Incluso Philip sabía que Marty Lesky era el jefe de Colossus Pictures.

Philip pudo oír a una persona farfullando al otro lado de la línea. Probablemente Bettye la parlanchina, pensó él. El guardia colgó el teléfono.

—Bettye dice que le diga que al señor Stieglitz le ha surgido una reunión imprevista fuera del estudio y que le gustaría encontrarse con usted a última hora de la tarde en su casa, para tomar algo.

—Pero no sé dónde vive el señor Stieglitz —dijo Philip.

—Bettye dice que le llamará cuando regrese a su hotel —dijo el guardia.

*Las cintas de Flo #5*

*«Iba a vivir en Bruselas cuando Jules se fuera allí a presidir durante un año la delegación americana durante la fundación de la Unión Europea. Estoy segura de que ya sabes de qué va el tema, lo de una sola moneda, como tenemos aquí en este país; no más francos franceses, liras italianas y marcos alemanes, y todo eso. No me acuerdo del nombre de ese nuevo dinero, pero va a ser el mismo en un país europeo y en otro.*

*»Jules ya había elegido para mí un apartamento en la avenida Hamoir, creo que se llama así. Se supone que era una buena dirección en un buen barrio de Bruselas. Por supuesto, Jules y la señora Mendelson habían elegido una casa magnífica en la avenida Prince d'Orange. Me envió a clases de francés en Berlitz.*

*»Lo que quiero decir es que el tío hizo mucho por mí. Tengo que admitirlo.»*

## 6

Rose Cliveden habló en nombre de todos cuando respondió: «Todo el mundo adoraba a Hector», a un reportero del *Valley Sentinel* que le preguntó mientras entraba al funeral de Hector Paradiso. Rose, sin embargo, siempre incapaz de conformarse con algo tan simple como una respuesta de seis palabras para explicar nada, añadió de forma bastante innecesaria dadas las circunstancias:

—No tenía ni un solo enemigo en este mundo.

—Al menos uno —puntualizó el reportero.

Rose clavó los ojos en él a través de las gafas de sol, en lo que intentó fuera una mirada fulminante. El periodista, que sabía que la había molestado, apretó un poco más:

—Y con uno basta.

—Discúlpeme —dijo Rose, orgullosa, dejando atrás al periodista y subiendo las escaleras de la iglesia del Buen Pastor de Beverly Hills para intentar alcanzar a Pauline y Jules Mendelson, que habían pasado de largo sin atender a la prensa.

Todavía con bastón debido a su dedo roto, se detuvo en el interior del vestíbulo y miró alrededor.

—¿Alguna vez has visto una multitud así? —le dijo a Madge White junto a la pila bautismal, mientras humedecía su guante blanco y hacía la señal de la cruz en un único y amplio gesto—. Ahí está Loretta Young. Tiene un aspecto maravilloso, ¿no? Y Ricardo y Georgiana Montalban. Mira, Cesar Romero. Han venido todas las estrellas católicas. Todos querían a Hector. Jane Wyman no ha podido venir. Está rodando una serie, y ya conoces a Janie. Trabajo, trabajo, trabajo. Pero ha enviado unas flores preciosas. Lirios amarillos, de Petra. Oh, ahí está Faye Converse —saludó a Faye Converse y a una o dos personas más, manteniendo en todo momento un adecuado gesto solemne. «Pobre Hector», repetía una y otra vez.

La iglesia estaba llena a rebosar. Los que no habían podido encontrar asiento o sitio de pie, o un hueco en la galería del coro, se quedaron fuera, en

las escaleras o en el jardín. Monseñor McMahon dijo después, durante la comida organizada por Rose Cliveden en el Country Club, que solo había visto una multitud semejante en la misa de medianoche de Nochebuena. No es que Hector Paradiso hubiera sido un hombre tan relevante en vida o ni siquiera tan querido. Fueron las estrafalarias circunstancias de su muerte las que crearon toda esa excitación momentánea, mucha más de la que hubiera causado la muerte de una persona más importante; acudió gente que solo conocía a Hector de pasada o, incluso, que no lo conocía en absoluto, y que quería observar a los eminentes y célebres amigos del finado.

Todos los acomodadores honorarios eran viejos conocidos, pero Rose decidió esperar a Freddie Galavant, de aspecto tan distinguido, pensó ella, con su traje gris a juego con su pelo, para que la condujera por el pasillo hasta su sitio. Freddie había sido nombrado embajador en un país latinoamericano por la administración anterior, un reconocimiento a las aportaciones que había logrado para la campaña electoral, y su presencia como acomodador junto a Winthrop Soames, Sandy Pond, Sims Lord y Ralph White indicaba la importancia de Hector Paradiso en la comunidad, aunque ninguno de ellos hubiera sido particularmente cercano al difunto. «Sus mujeres sí lo fueron», había dicho Rose durante los preparativos. Jules Mendelson, después de recordar que no era católico, había rechazado leer el panegírico y había propuesto que lo leyera Freddie Galavant, quien todavía gustaba de ser llamado embajador Galavant, creyéndolo mucho más apropiado que él para la tarea, aunque Freddie tampoco fuera católico.

La persona más molesta con la elección del embajador Galavant como orador era Cyril Rathbone, el columnista de sociedad de *Mulholland*. Cyril Rathbone se consideraba a sí mismo el amigo más cercano de Hector Paradiso y, en consecuencia, la elección natural para hablar durante el servicio. Como todos sabían, a Cyril le maravillaba el sonido de su propia y meliflua voz de acento inglés, y se había imaginado a sí mismo, desde el momento en el que se enteró de la muerte de Hector, hablando desde el altar de la iglesia del Buen Pastor en presencia del grupo que más admiraba de la ciudad, especialmente de Pauline Mendelson, que hasta el momento se había resistido a sus encantos. Sin embargo, su oferta fue declinada por los organizadores del funeral, y por

Jules Mendelson en particular, cuando Sims Lord, el abogado de Jules, arguyó una acusación de tipo moral que pendía sobre Cyril.

—Una paliza de carácter sadomasoquista —puntualizó Sims.

—Es todo lo que necesitamos —dijo Jules cuando se enteró de la noticia—. Freddie, hazlo tú.

—Pero apenas conocía a Hector —protestó Freddie Galavant.

—Te pondremos al corriente —dijo Jules, zanjando la conversación y resolviendo el problema. No estaba acostumbrado a que sus decisiones fueran cuestionadas, ni siquiera por embajadores.

Finalmente, Rose se sentó en la fila de detrás de Camilla Ebury, al lado de Pauline y Jules. Aunque Philip Quennell había llegado a la iglesia en una limusina con Camilla, decidió no sentarse en la primera fila con ella, le pareció que era un amigo demasiado reciente como para ocupar una posición tan destacada. Camilla lo entendió, y Pauline, que observó el momento en el que Philip se excusó para sentarse más atrás, admiró el buen gusto del joven. Se apoyó en el banco y susurró a Camilla al oído:

—Asegúrate de traer luego a Philip a casa.

Camilla sonrió y acarició la mano de Pauline.

Rose susurró a Pauline:

—¿No son adorables las flores? —Pauline, rezando, asintió en señal de aprobación sin entrar en la conversación, sabiendo que su amiga disfrutaba con los cuchicheos.

Rose no podía soportar las coronas fúnebres y había ordenado a Petra von Kant, la florista habitual del grupo —«Nos conoce a todas, sabe lo que nos gusta»—, que decorara la iglesia con abedules y grandes cestas de tulipanes amarillos y rosas y jacintos, sabiendo que todas las verdaderas amigas de Hector encargarían sus flores a Petra. Los demás arreglos, las coronas de gladiolos y claveles con rígidas bandas y letras doradas, la clase de flores y coronas que Rose y sus amigas aborrecían, habían sido dejados en los altares laterales para no desentonar con el esquema de color que Rose había elaborado con Petra. Solo el enorme ramo de orquídeas blancas *Phalaenopsis* que había llegado desde el invernadero de Pauline Mendelson en Clouds rompía con el esquema de la florista; pero, como todo el mundo sabía, Pauline sabía más de orquídeas que nadie en la ciudad, y Pauline era la

amiga más querida de Hector. Su ramo había sido colocado sobre el ataúd de caoba.

En lo que concernía a Rose Cliveden, la única nota decepcionante en un, por lo demás, perfecto funeral fue la ausencia del arzobispo Cooning, que había declinado sus insistentes peticiones para officiar el réquiem, a pesar de que Rose había contribuido generosamente a la redecoración de su residencia en Hancock Park. El arzobispo, conocido por los encendidos sermones sobre el declive de la moralidad en el país que pronunciaba cada domingo desde el púlpito de Santa Vibiana, no desconocía la vida secreta de Hector Paradiso, ya que este se había confesado con él en más de una ocasión, y sospechaba que las circunstancias de su muerte eran otras a las que se habían difundido. Afortunadamente, una conferencia en el Vaticano le había obligado a ausentarse de la ciudad, y había podido mantenerse fiel a sus estándares sin ofender seriamente a Rose Cliveden.

Pauline era la persona más desolada por la muerte de Hector. Se había creado la fantasía —sin llegar a expresarla nunca— de que si a Hector le hubiesen gustado las mujeres, la hubiera amado a ella. Cuando Hector la besaba, como hacía a veces en momentos de afecto después de las fiestas, su beso e incluso su abrazo no eran el beso y el abrazo de un amante. Pauline entendía que ni aunque ella lo hubiese incitado, cosa que, por supuesto, no había sucedido nunca, esos besos y abrazos no hubieran llevado a nada más. Era un arreglo que los dos disfrutaban. Y Hector, a su manera, había amado a Pauline de una forma tan sincera que ni siquiera Jules, que se había vuelto más refinado durante los años de matrimonio, ponía objeción alguna a la «amorosa coincidencia» y hasta a veces, después del rechazo inicial, se sentía entretenido por Hector, que era divertido y sabía todos los cotilleos de todo el mundo. «Tengo un problema con la gente que no hace nada», decía Jules. En varias ocasiones, Hector había sido su compañero de travesía cuando alquilaban yates para surcar la costa dálmata, la turca o las islas griegas. Pauline no podía soportar pensar que Hector había muerto en circunstancias sórdidas, y por eso había aceptado a regañadientes la teoría del suicidio que

Jules había planteado cuando finalmente se quedaron a solas aquella mañana, después de que Camilla y Rose se hubieran ido.

—Es mejor así —había dicho Jules.

—¿Por qué? —preguntó Pauline.

—Es una muerte miserable y desagradable.

—¿A qué te refieres? Dime.

Jules se ruborizó.

—Sus inclinaciones sexuales eran, quizá, pederastas —dijo.

—Qué insolencia, Jules —le contestó Pauline.

—¿Lo sabías, entonces?

—Claro que lo sabía.

—¿Y no te importaba?

—Oh, Jules, en serio. Era mi amigo.

—Esta clase de muerte, si las circunstancias salen a la luz, afectará a la reputación de Hector, a la de su familia y a la de cualquier persona cercana.

—Su única familia es Camilla, y es solo su sobrina, y seguro que a ella su muerte no va a afectarle.

—Bueno, su familia fundó la ciudad. Manchará el nombre Paradiso.

—¿Y cuando dices «cualquier persona cercana» te refieres a nosotros, Jules?

—El hecho de que estuviera aquí en casa hasta unas horas antes del suceso y el hecho de que tú seas conocida como su gran amiga seguro que nos va a salpicar, sí. Es la clase de publicidad que no es buena en este momento, con el nombramiento para la cumbre económica de Bruselas a punto de decidirse. Da por seguro que tendrá consecuencias, y es mejor que lo solucionemos así.

—¿Diciendo que se suicidó?

—Sí.

—Pero ¿quién va a creerse una historia así, Jules? La gente no es tan tonta.

—Esa es una teoría con la que no estoy en absoluto de acuerdo.

—Ni yo me la creo, Jules —dijo Pauline en voz baja.

—Créetela.

—¿Me estás ordenando que crea en algo en lo que no creo?

—Sí —había una dureza en su voz que nunca le había oído al dirigirse a ella—. Diremos que Hector estaba enfermo y el doctor James lo confirmará. Diremos que lo iban a operar. Un *bypass*. Había pensado decir que tenía sida, pero lo del corazón es mejor. Más respetable. Diremos que estaba aterrado por la operación y por quedarse inválido y ser una carga para sus amigos. Quizá bebió unas cuantas copas de más y cometió una locura.

—Por favor, Jules, el doctor James era amigo de Hector. En realidad no era su médico. Su médico era Mickie Cox.

—Solo tú sabes eso, Pauline, y acabas de olvidarlo —dijo Jules. Se inclinó y la besó en la mejilla.

—Pero el doctor James seguro que negará una historia así, lo de la operación y el problema de corazón.

—No, no lo hará —dijo Jules de forma bastante enfática. Pauline entendió que lo decía en serio y que el doctor James haría lo que él quisiera.

La historia del suicidio empezó a propagarse por la iglesia, antes y después de la misa. «No, no, no», dijo Sims Lord cuando le preguntaron si la muerte de Hector había sido un asesinato. «No, no, no», respondió Freddie Galavant a la misma pregunta. Sandy Pond y Ralph White contestaron de forma parecida, así como varias de las otras figuras públicas de la ciudad. Más tarde, la palabra *suicidio* corrió de boca en boca. Fue una decepción para muchos verse despojados de la excitación de un asesinato; algunos seguían creyendo que ese era el caso, aunque pronto dejaron de expresar tal convicción.

Philip Quennell, sentado en el fondo de la iglesia, se sorprendió al ver caminando por el pasillo y tomando asiento dos filas por delante de él a la chica que se había presentado como Flo M. en la reunión de Alcohólicos Anónimos. Su caro bolso pendía de su hombro por la cadena de oro, y lo sostuvo en las manos mientras hacía la genuflexión a la manera católica. Una vez sentada, se arrodilló, hizo la señal de la cruz y agachó la cabeza para rezar. A diferencia de muchos de los presentes, no miró alrededor para ver quién andaba por ahí, pero un hombre de pelo largo peinado hacia atrás para taparse la calva dio un codazo a sus dos acompañantes y señaló a la joven. Se

sonrieron los unos a los otros en señal de reconocimiento. Los hombres, desconocidos para Philip y para muchos de los presentes en el funeral, eran Manning Einsdorf, el dueño del Miss Garbo, Joel Zircon, el representante, y Willard, el mayordomo de Casper Stieglitz. Todos ellos habían hablado con Hector poco antes de su muerte.

Durante la misa, Pauline se volvió hacia Jules, que parecía ensimismado.

—¿En qué estás pensando? —le susurró.

—Mañana tengo una reunión con Myles Crocker, del Departamento de Estado —susurró—. Sobre Bruselas.

—¿Estás pensando en eso ahora?

—Sí.

—¿Nunca rezas?

—No.

Durante el panegírico, el antiguo embajador habló de Hector como de un gran amigo para mucha gente.

—Hector apreciaba a sus amigos —dijo Freddie Galavant, mirando a Pauline, Camilla y Rose mientras hablaba—. Era un hombre de un gusto y una sensibilidad tan exquisitos que prefirió mantener a estos amigos al margen de ciertos aspectos de su vida, y que son los únicos que pueden explicar esta enorme tragedia. Buenas noches, dulce príncipe. Que un coro de ángeles cante hasta tu descanso.

Se escucharon varios sollozos en la iglesia, así como una única burla de Cyril Rathbone, que susurró a los que tenía alrededor que él podría haberlo hecho mejor. Philip se dio cuenta de que, delante de él, Flo M. estaba llorando. Vio que abría el bolso para sacar un pañuelo y, por la forma en la que buscaba en él, entendió que había olvidado traer uno. Se enjugó las lágrimas con los dedos. Philip sacó su propio pañuelo del bolsillo, se inclinó entre Manning Einsdorf y Joel Zircon, tocó a Flo en el brazo y se lo dio. Flo asintió en señal de agradecimiento. Sabía que era Philip Q. Le había visto por el rabillo del ojo al pasar junto a su fila buscando un sitio.

Durante la comunión, los católicos fueron al altar bordeando el ataúd hasta el pasamanos, donde el monseñor, que oficiaba el réquiem en lugar del arzobispo Cooning, esperaba con el cáliz en alto. Entre los comulgantes estaba Flo March.

Una vez fuera, después de la misa, en las escaleras de la iglesia, Rose Cliveden se quitó las gafas de sol y examinó a la multitud mientras el ataúd era depositado por los portadores en el coche fúnebre.

—Me he pasado toda la misa llorando —le dijo a Pauline, que estaba de pie junto a ella. El maquillaje de sus mejillas estaba corrido por las lágrimas derramadas durante el panegírico, y no tenía ninguna intención de secárselas—. Tantos desconocidos en el funeral —continuó, pero Pauline no tenía ganas de hablar mientras observaba cómo portaban el féretro.

Las desagradables coronas que tanto odiaba Rose fueron introducidas en otro coche fúnebre que iría detrás, para ser finalmente depositadas en la tumba del cementerio de la Santa Cruz, donde la familia Paradiso tenía un panteón.

Rose no se inmutó ante la ausencia de respuesta de Pauline.

—Pensaba que conocía a todos los amigos de Hector. ¿Quién crees que es toda esta gente? Mira a ese tío raro con el pelo gris peinado para taparse la calva —se refería a Manning Einsdorf, que estaba de pie con Joel Zircon y su amigo Willard, mirando cómo salía la gente de la iglesia—. ¿Alguna vez has visto tanta laca? Se parece a Ann Miller. Te aseguro que Hector nunca hubiera tratado con alguien así o con los amigos que lo acompañan. Creo que son mirones en busca de famosos, ¿no crees? Faye Converse, a ella es a quien están buscando.

Por el rabillo del ojo, Pauline vio a Jules entre la multitud; estaba hablando con una mujer joven que le era desconocida.

La joven habló nerviosamente cuando Jules Mendelson se acercó a ella.

—¿Sabes cómo llaman a esta iglesia? Nuestra Señora de los Cadillac. Los únicos pobres de la parroquia son los empleados de la gente rica.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó Jules—. Casi me caigo del banco cuando te he visto en la cola para comulgar —le hablaba sin mirarla, como si estuviera buscando a otra persona.

—Conocía a Hector Paradiso —respondió la mujer joven, a la defensiva—. ¿Crees que voy a los funerales de gente que no conozco?

—¿Hector? ¿Conocías a Hector?

—Sí.

—¿De dónde?

—De cuando era camarera en la cafetería Viceroy; le servía su café y su cruasán cada mañana —dijo Flo—. Dejaba poca propina, todas las chicas lo decían, pero me contaba buenas historias. Podría contarte un par de historias de Hector Paradiso que te erizarían el pelo, acerca de la clase de gente con la que se veía cuando se marchaba de las fiestas de la alta sociedad. No compro la historia del suicidio. Te diré lo que pienso que ocurrió.

—No quiero oírlo —dijo Jules de forma brusca, como si tuviera miedo de que ella empezara a contárselo de inmediato. Hizo una señal con la mano a su chófer y le indicó que llevara el coche a una de las calles laterales en lugar de esperar detrás de las otras limusinas en el Santa Monica Boulevard.

—Bueno, discúlpame —dijo ella, orgullosa.

—Tengo que irme. Ahí está mi coche.

—Te avergüenza que te vean hablando conmigo, ¿no es así, Jules?

—No —dijo él rápidamente.

—Sí, puedo verlo. Puedo sentirlo.

—Estaré libre más tarde —dijo Jules rápidamente, y luego se marchó.

Flo March miró hacia otro lado y sus ojos se encontraron con los de Philip Quennell, que la estaba observando. Ella asintió ligeramente y vocalizó en silencio: «Gracias por el pañuelo». Él asintió y sonrió, pero ella no fue hasta él y él tampoco hasta ella para hablar.

—Mira, Pauline, Jules te está llamando para que te reúnas con él en el lado de la iglesia que da a Bedford Drive —dijo Rose—. ¿Vais a ir al cementerio?

—No, no vamos a ir —dijo Pauline.

—Pero vendréis a la comida en el club, ¿no?

—En realidad, no, Rose. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro, querida, pero no deberías tomarte así lo del Country Club.

—Llámame luego.

—Pauline, ¿no te parece maravilloso que la iglesia católica haya relajado su prohibición de enterrar a suicidas?

*Las cintas de Flo #6*

*«Nunca supe lo terrible que era ser pobre hasta que tuve dinero. Todo lo que siempre quise hacer con mi niñez fue olvidarla, no pensar en ella siquiera. Fue terrible. Mi madre murió quemada viva en el incendio de un albergue social. Nunca supe quién era mi padre. Mi madre solía decir que nos abandonó cuando yo tenía un año, pero a medida que me hacía mayor empecé a convencerme de que, en realidad, ni siquiera sabía quién era el padre. Así fue.»*

## 7

Cuando veintidós años antes, en la semana previa a su boda, se sugirió durante una reunión en el bufete de abogados que representaba los intereses de Jules Mendelson que Pauline McAdoo firmara un acuerdo prenupcial que limitara la compensación económica en caso de divorcio, Pauline leyó el acuerdo sin hacer ningún comentario. Marcus Stromm, el abogado de Jules Mendelson durante tantos años, le alcanzó uno de los bolígrafos del lapicero que tenía sobre su escritorio para que lo firmara y Pauline le lanzó la carpeta con tanta fuerza que a Marcus se le cayó el bolígrafo de la mano, salpicando de tinta negra el monograma de su camisa blanca hecha a medida. A continuación, Pauline se levantó sin mirar a Jules, que había permanecido en silencio a su lado observando la escena, y abandonó la oficina. Ni una sola de las disculpas que Jules pronunció en el vestíbulo pudo disuadir a Pauline de entrar en el primer ascensor que llegó, y ni siquiera le respondió o miró mientras las puertas se cerraban tras ella. Para Pauline, procedente de una distinguida familia de Nueva York y North Harbor, la afrenta de la petición del preacuerdo, como si ella fuera una admiradora casándose con una estrella de rock, solo confirmaba las profundas reservas que sus hermanas habían expresado cuando les dijo que estaba pensando en casarse con Jules Mendelson tan pronto como su divorcio con Johnny Petworth fuera definitivo. Su matrimonio con Johnny Petworth, muy seguido por las columnas de sociedad, había sido una decepción casi desde el principio, y no podía imaginar una vida junto a un hombre que no tenía más ambición que la de ser el mejor jugador de squash, de backgammon y de bridge en los clubes más elegantes de los más elegantes resorts.

—No, no, Pauline —le habían dicho sus hermanas, juntas y por separado—. No importa cuánto dinero tenga el señor Mendelson. No es para ti, no es para ti en absoluto.

Su padre, al que veneraba y quien, en respuesta, la adoraba, solo esgrimió como argumento disuasorio para el matrimonio propuesto por su hija:

«Jules es muy agradable, Pauline, y sin duda muy rico, pero no es un candidato aceptable para ninguno de los clubes». Ella sabía lo que eso significaba. Era una expresión que había oído durante toda su vida para distinguir a la gente como ellos, los McAdoo, del resto. Para su estilo de vida, los clubes eran muy importantes. Un primer McAdoo había fundado una dinastía que había hecho fortuna en la industria naviera, el comercio, la siderurgia, los ferrocarriles, las tierras y la industria textil; pero esa fortuna se había evaporado en el transcurso del siglo y la riqueza actual de los McAdoo era mínima según los estándares financieros del momento, aunque sin llegar a mermar sus estándares sociales.

—Eso no me importa, papá —dijo Pauline.

—Con el tiempo lo haré —le había respondido su padre.

Semejante rechazo familiar no había hecho sino acrecentar su determinación de seguir adelante con el matrimonio. Lo que más valoraba de Jules era que sería un padrastro ideal para Kippie, que por entonces solo tenía tres años y, como todo el mundo decía, era adorable, si bien estaba seriamente necesitado de supervisión masculina.

Esa noche, después del incidente con Marcus Stromm, Pauline dejó Los Ángeles y se fue a Nueva York. En su vida había un hombre al que amaba aún más que a Jules Mendelson —aunque las perspectivas con él fueran exiguas— y fue a su lado adonde voló. Jules, fascinado por su independencia e intimidado por su pedigrí, la siguió y le puso en el dedo un anillo de diamantes mucho más grande que el que le hubiera puesto una semana antes.

—Madre mía —dijo Pauline, asombrada por el tamaño y preguntándose si no sería demasiado grande, como el de la actriz Faye Converse.

Sabía que sus hermanas se mofarían del asunto, pero también sabía que, al final, dirían: «Oh, Pauline, eres tan alta que podrás llevarlo sin problemas».

—Es el De Lamballe —dijo Jules, tan orgulloso como el día anterior, cuando había adquirido las *Rosas blancas* de Van Gogh, que iba a ser su regalo de boda para ella.

—Madre mía —volvió a decir Pauline, que había oído hablar del diamante De Lamballe.

Él resumió la historia de la joya: una princesa francesa, la hija de un fabricante alemán de municiones, una heredera norteamericana y veinte años

de olvido hasta su reaparición en una subasta en Ginebra.

—Es demasiado bonito —dijo ella.

La semana siguiente, Pauline y Jules se casaron en París, con Sims Lord, que había sustituido a Marcus Stromm como abogado de Jules, como único testigo. Aunque Jules no soportaba estar alejado de sus negocios y finanzas durante más de unos pocos días seguidos, se fueron de luna de miel al hotel Mamounia de Marrakech. Una tarde, sentados al atardecer en el balcón de su suite, le dijo a Pauline:

—Hay algo que debo contarte.

—¿El qué?

—Me metí en un lío cuando era joven. Por favor, no me preguntes por ello. Sucedió y no puedo deshacerlo.

—Entonces, ¿por qué sacas el tema si no me lo vas a contar? —preguntó Pauline.

—Por favor, sé indulgente conmigo, Pauline.

—¿Tienes antecedentes penales?

—No. Es una de las ventajas de tener padres ricos —dijo Jules.

Parecía tan apenado que Pauline no quiso seguir con el tema. Pensó que se lo contaría a su debido tiempo.

—Sí, ya sé cómo funciona eso —dijo para animarle—. Como mi tío Harry. Harry Curtis. El marido de la hermana de mi madre. Lo encontraron muerto en un sórdido hotel del West Side, y ni un solo periódico de Nueva York informó de que iba vestido de mujer. Papá se encargó de todo.

—¿Harry Curtis? ¿Vestido de mujer? Había oído muchas cosas de Harry Curtis, pero eso nunca —dijo Jules.

—Pobre tía Maud. Nunca ha vuelto a ser la misma.

—Bueno, yo no iba vestido de mujer —dijo Jules—. De eso puedes estar segura.

Pauline se rio. El asunto, fuera lo que fuera, no volvió a ser mencionado.

Jules hubiera vivido en cualquier sitio que Pauline hubiera querido. Fue idea de ella asentarse en Los Ángeles y comprar la antigua mansión de Von Stern en lo alto de la montaña para reformarla y convertirla en la famosa propiedad que pasaría a ser conocida como Clouds. El precio de entrada era de cinco millones de dólares, una suma considerada escandalosa y exorbitante

por entonces, pero Jules Mendelson nunca discutía sobre dinero cuando quería algo, y sabía que su nueva esposa deseaba esa propiedad en particular. Él y Pauline se presentaron en la casa para echar una última ojeada, y luego Jules le entregó un cheque por el montante total a un estupefacto Helmut von Stern.

—He estado dándole vueltas, señor Mendelson —dijo Von Stern, mirando con avaricia el cheque que tenía en su mano.

—¿Dando vueltas a qué, señor Von Stern? —preguntó Jules.

—Lo he pensado dos veces.

—¿Se refiere a vender la casa?

—En realidad, es sobre el precio. Pensaba en algo más cerca de los cinco millones y medio.

—Ya veo —dijo Jules. Se acercó, cogió el cheque de la mano de Von Stern y lo rompió por la mitad—. ¿Estás lista, cariño? —le dijo a Pauline—. Adiós, señor Von Stern.

Jules tomó del brazo a Pauline y se dirigieron hacia la puerta de entrada y el ruinoso patio.

Von Stern, espantado, se dio cuenta del error que había cometido. La casa llevaba tres años en el mercado y estaba en un estado deplorable. Mientras los Mendelson subían al coche, Von Stern los llamó.

—¡Vuelvan, tenemos que hablar! —había un punto de pánico en su voz al imaginar los cinco millones de dólares alejándose de su patio en coche.

Jules, con Pauline a la zaga, siguió a Von Stern hasta el salón de la casa.

—Yo también me lo he pensado dos veces —dijo él.

—¿El qué?

—El precio. Mi última oferta es de cuatro y medio. Lo toma o lo deja —dijo Jules.

Pauline observaba fascinada a su nuevo marido en la negociación. Esa tarde, los Mendelson compraron la propiedad de Von Stern y la rebautizaron como Clouds.

Los clubes, que tanto importaban a gente como ellos en Southampton, Palm Beach, Northeast Harbor y Newport, no pintaban mucho en Los Ángeles, y el problema de admisión que tenían con Jules era menos acuciante. Tanto Rose Cliveden como Sims Lord habían hecho gestiones en nombre de Jules, pero Freddie Galavant, quien más tarde sería su amigo, le dijo al comité de

admisión: «Miradlo de esta manera. Si no fuera tan rico, ¿todavía querríais que fuera socio?». Nadie respondió y el asunto no volvió a discutirse nunca.

En el transcurso de los años que llevaban casados, Jules y Pauline habían llegado a convertirse en una pareja reconocida en el mundo de las grandes fortunas y el poder, y todos los recelos iniciales de la familia de Pauline habían sido olvidados hacía mucho. Incluso las hermanas de Pauline se sentían orgullosas de su fascinante cuñado y se lo pasaban en grande junto a los Mendelson varias veces al año. Jules había sido una figura destacada entre las bambalinas de todas las cumbres económicas celebradas bajo los mandatos de dos presidentes y, al menos en un par de ocasiones, en París y Toronto, había sido fotografiado en la comitiva presidencial y en largas conversaciones con el propio jefe del Estado.

«Pregúntale a Jules», solía decir la gente cuando se discutían asuntos financieros. Cuando Jules hablaba, Pauline le prestaba toda su atención, y no solo en las fiestas, cuando la gente le preguntaba por temas económicos o por las elecciones, sino también en casa, a solas, sin nadie alrededor. Su habilidad para escuchar tan atentamente al hombre que amaba era uno de sus rasgos más atractivos. Solo ella y nadie más sabía que a la vez podía estar planeando la disposición de las mesas de una cena. De su matrimonio se decía que era perfecto. Y a su manera, así era.

Jules no había querido ir a la comida de Rose Cliveden en el Country Club después del funeral de Hector. Aunque la información hubiera sido desmentida en el caso de aparecer en la prensa, el club, bastión de las viejas fortunas de la ciudad, nunca había aceptado, más allá de alguna excepción simbólica, a ningún miembro de la industria del cine o de ciertos grupos religiosos y raciales. En el caso de los Mendelson, el argumento esgrimido era que «quizás eran demasiado conocidos», una excusa que Rose le trasladó a Pauline y que tanto a ella como a Jules les divertía mucho. Pero que el club no lo aceptara como miembro no fue la razón por la que rehusó cruzar el umbral de columnas blancas después del funeral. Hubiera sido más que bienvenido como invitado de Rose Cliveden. Sabía, no obstante, que habría chismorreos en cada esquina de los salones, todos relacionados con el creciente interés por el misterioso

fallecimiento de Hector Paradiso, y no quería que le preguntaran por las circunstancias de una muerte que, como bien sabía, estaba a punto de ser archivada oficialmente como suicidio. En su decisión contaba con el apoyo de Pauline, que estaba realmente afligida por la muerte de su amigo Hector y tenía miedo de que el evento, pensado para ser solemne, tuviera un aire festivo, como todos los acontecimientos de la vida de Rose Cliveden.

Philip Quennell, que acompañaba a Camilla, estaba encantado de que lo hubieran invitado con discreción a comer con los Mendelson en Clouds, en lugar de asistir a la comida de Rose en el club, donde habría un montón de gente que no conocía y especulaciones sin fin acerca del fallecimiento de su querido Hector, de quien él sabía muchísimo más que ellos. Estaba encantado de que el propio Jules le hiciera un recorrido guiado por la casa enseñándole las obras de arte mientras esperaban a que se sirviera la comida. A Philip le llamó la atención que Jules mirara cada uno de sus cuadros como si fuera la primera vez. Para cada uno tenía a punto la historia sobre su procedencia, el ánimo del pintor en ese momento, el tema o incluso el precio. Se detuvieron bajo un Bonnard de Misia Sert sentada en un sofá en una sala de estar.

—Este es solo uno de los varios cuadros que Bonnard pintó de la anciana mujer —explicó Jules—. El barón Thyssen tiene uno en Lugano, y una de las hermanas Annenberg, otro en Palm Beach, pero el mío es el mejor de largo. Fíjate en su expresión. Pagué ochocientos mil dólares por ese cuadro hace solo tres o quizá cuatro años. Lo compré en la subasta Boothby's, cuando Elias Renthall entró en prisión, y justo la semana pasada me ofrecieron catorce millones por él. Pauline odia que hable de dinero en relación al arte, pero no puedo evitarlo cuando los precios siguen subiendo como la espuma de la manera en la que lo están haciendo. Por supuesto, no sueño con vender este ni ninguno de los demás cuadros. Solo pienso en mejorar la colección y en mantenerla unida.

Philip asintió.

—Esta conversación, por supuesto, es confidencial —continuó Jules.

—Claro —respondió Philip.

—Está aquí como invitado de mi esposa y como acompañante de Camilla, que es una vieja amiga de la familia —dijo Jules, como si quisiera recordar a Philip las obligaciones de un invitado en una casa tan importante.

—Claro —repitió Philip, que sabía que Jules estaba pensando en el libro que había escrito sobre Reza Bulbenkian.

—¿Cuánto dinero gana? —preguntó Jules.

—No el suficiente como para implicarme seriamente con una chica como Camilla Ebury, si eso es en lo que está pensando — respondió Philip.

Jules ahogó una risa al haber sido descubierto. Le gustó la respuesta de Philip. Desde que Pauline le había dicho que Philip era el autor del libro que tanto había enfurecido a Reza Bulbenkian, a Jules, de forma sorprendente, le caía bien, aunque Reza fuera su amigo o, al menos, amigo en los negocios.

Cruzaron las puertas abiertas de la biblioteca hasta llegar a la terraza entoldada. Una escultura de Rodin de una mujer desnuda se erguía en lo alto de la escalera de piedra que llevaba hasta el prado. Más allá, en la hierba y bajo los árboles, estaba el jardín de esculturas de Jules Mendelson.

—Dios bendito —dijo Philip, observando la vista.

Jules, satisfecho con la reacción de Philip, ahogó una risa de nuevo.

—Es increíble la cantidad de personas que no prestan atención a esto, ya sabe, y piensan que no son más que unas simples estatuas en un jardín. Por allí está mi última adquisición, de Miró. Una de las pocas que hizo. Preciosa, ¿verdad? No estoy seguro de haberla situado todavía en el lugar correcto. Mando que las muevan varias veces hasta que me decido. Esta escultura de Rodin fue la primera pieza que adquirí. Hace años perteneció a mi abuelo, luego dejó de ser de la familia y cuando la vi en un catálogo de subastas, la compré y empecé la colección de mi jardín con ella. Luego vinieron las Henry Moore. Si le interesa, camine hasta el naranjo y mire la parte de atrás de la de Maillol. Es mi favorita.

Philip caminó hasta la espalda de la rotunda y sensual señorita, divertido porque Jules le hubiera invitado a mirarle el trasero. Desde algún sitio cercano llegó el sonido de perros ladrando y saltando contra una valla.

—Parece que hay fieras cerca —dijo Philip.

—Los perros guardianes. No hay nada de qué preocuparse. Están en las perreras. Solo los sueltan de noche para patrullar el terreno —dijo Jules.

—Suenan como si fueran a despedazarme —dijo Philip.

—Lo harían si fuera la persona equivocada —dijo Jules con naturalidad.

Tras ellos, Pauline se asomó a la terraza. Se había quitado el sombrero que llevaba en la iglesia.

—Jules, quiero que me prestes a Philip, y Camilla quiere hablar contigo del testamento de Hector antes de la comida —dijo—. Está en la biblioteca.

—Eso significa que Pauline quiere enseñarle su invernadero —dijo Jules, sonriendo.

De regreso, mientras subía las escaleras hacia la terraza, rodeó afectuosamente con su brazo la cintura de Pauline.

—¿Te ha gustado el panegírico de Freddie? —le preguntó.

—En gran parte —contestó Pauline—. Me hubiera bastado sin los coros de ángeles cantándole a Hector hasta su reposo. Eso no me lo creí en ningún momento.

Jules y Philip se rieron.

—Ráscame la espalda, ¿quieres, cariño? —dijo Jules señalando por encima de su hombro a un punto en lo alto de su espalda.

Pauline se acercó a él y frotó en la zona que le había indicado.

—¿Aquí? —preguntó ella.

—No, más arriba. Un poco a la izquierda. Ahí. Más fuerte.

—¿Quién era esa chica con la que hablabas en el funeral, Jules? —preguntó Pauline, mientras seguía rascando su espalda.

—¿Qué chica? —preguntó Jules.

Philip, que estaba observando la escena marital, estuvo a punto de responder: «Flo. Flo M.». Pero no lo hizo. Sabía cuándo debía escuchar.

—Cuando estabas buscando al chófer —continuó Pauline.

—No sé, ¿cuál? He hablado con mucha gente en el funeral —respondió Jules.

—Bastante guapa. Pelirroja. Más bien desenfadada, me ha parecido —dijo Pauline—. Me he preguntado quién sería.

Había dicho «desenfadada» de una manera que solo un oído muy fino habría tomado como sinónimo de «vulgar».

—Oh, sí, ella. Me ha dicho que era una amiga de Hector —dijo Jules. Su respuesta era vaga, como si la persona en cuestión no tuviera la suficiente entidad como para perder el tiempo hablando de ella.

—El traje de Chanel que llevaba era muy bonito. Casi lo encargo yo misma —dijo Pauline. No tenía ni idea de que la chica de la que hablaba era la amante de su marido.

Ni Jules ni Philip respondieron, ni tampoco se miraron. Jules no sabía que Philip conocía a Flo, pero Philip, siempre atento, empezaba a vislumbrar que Jules podía estar conectado de alguna forma con el caro Mercedes rojo que había visto conducir a Flo.

—No recuerdo su nombre —dijo Jules, encogiéndose de hombros antes de entrar en busca de Camilla.

—Me enternece la preocupación de Jules por Hector —le dijo Pauline a Philip.

—¿En qué sentido?

—Al principio, Jules no podía soportar a Hector. A Jules no le gustan los hombres que, como él dice, hablan de vestidos y fiestas y buscan sentarse cerca de alguien en particular, como anoche; esa clase de cosas. Y no tolera en absoluto a ningún hombre que no trabaje. Así que, en lo que respecta a Jules, el pobre Hector lo tenía todo en contra. Pero Hector fue un grandísimo apoyo para mí cuando llegamos aquí. Las mujeres como yo necesitamos un Hector en nuestras vidas para que nos digan que todavía somos guapas o que tenemos un aspecto estupendo cualquier noche; la clase de cosas que nuestros maridos, a menudo tan ocupados, olvidan decirnos.

Philip se volvió para mirar a Pauline. Su adorable cara se había entristecido momentáneamente. Notando que la miraba, Pauline sonrió y siguió hablando.

—Con el tiempo, y aunque no lo admitiría, Jules se encariñó de Hector. La verdad es que Jules adora escuchar los cotilleos de todo el mundo; solo finge que no le interesan. El pasado verano, en Grecia, Hector fue una bendición en el barco. Fue tan divertido todo el tiempo... nos tuvo muertos de risa.

Mientras hablaban, Philip y Pauline caminaron a través del prado hacia los naranjos, protegidos por rejas y enredaderas. Pasados los naranjos había un jardín de flores que estaba en todo su esplendor.

—Es muy bonito, Pauline —dijo Philip.

—Siempre digo que qué sería de una casa sin jardín. Presumo de muy pocas cosas, pero sí de mi jardín y de mi invernadero. Mira esta fila con las perennes. Rosas, peonías, *Delphiniums*, amapolas, ásters. Divinas, ¿no te parece?

Philip asintió.

—Ven a ver el invernadero, y luego volvemos para la comida. La cocinera dice que si no estamos sentados a la una en punto el suflé se desinflará. Siempre tiene alguna predicción funesta.

Entraron. Había orquídeas por todas partes. Un hombre mayor en vaqueros y suéter apareció y saludó a Pauline con una inclinación de cabeza.

—Hola, señora Mendelson —dijo.

—Este es Jarvis. Mi secreto. La gente dice de mí que soy la más experta de las cultivadoras de orquídeas, pero no es verdad en absoluto. Es Jarvis el que lo hace todo, y yo me llevo la fama. Este es Philip Quennell, Jarvis.

Los dos hombres se dieron la mano.

—Eso no es verdad, señora Mendelson —dijo Jarvis sonriendo a Pauline. Se volvió hacia Philip—. La señora Mendelson sabe más que nadie de orquídeas.

—Jarvis y yo estamos perfeccionando una *Phalaenopsis* amarilla que esperamos asombre al mundo de las orquídeas —dijo Pauline.

Philip asintió, pero le interesaban las personas, no las orquídeas.

—Ya ves, Jarvis —dijo Pauline, sonriendo—. El señor Quennell no tiene ningún interés en nuestros experimentos botánicos.

Mientras caminaban por el prado de vuelta a la casa, Pauline se volvió hacia Philip y le vio sonriendo.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó.

—Imagino que menos de un uno por ciento del país vive como vivís Jules y tú, Pauline, y me alegro de haber podido verlo —dijo Philip.

—¿Crees que eso es verdad? —preguntó ella—. ¿Menos del uno por ciento?

—Lo creo sin duda.

—Nunca había pensado en ello.

—Solo seremos nosotros —dijo Pauline cuando entraron en la sala contigua al jardín para comer, como si Philip hubiera estado esperando una

fiesta. Era un espacio semicircular, por completo acristalado—. Siéntate aquí a mi lado. Camilla allí y Jules allí.

Se sentaron alrededor de la mesa de cristal en sillas de bambú Regency, mirando hacia el prado. Durante un rato, Camilla y Pauline hablaron del servicio: el panegírico, la música, las flores y la multitud de gente. Dudley, el mayordomo, sirvió el vino. Philip puso su mano sobre su copa. Blondell, la criada, trajo el salmón al vapor y el suflé de queso.

—Me fascina que los periódicos no hayan seguido más el caso —dijo Philip. Nadie contestó y él continuó—. Tiene todos los elementos para convertirse en portada —de nuevo no hubo respuesta—. ¿Quién cree que mató a Hector, señor Mendelson? —preguntó Philip.

Se hizo el silencio en la mesa.

—Nadie mató a Hector —respondió Jules en voz baja—. Hector se mató a sí mismo.

—Oh, pero eso no me lo creo —dijo Philip con voz desdeñosa.

Jules era un hombre que no estaba acostumbrado a que discutieran sus afirmaciones, por no hablar de que las pusieran en duda.

—Los hechos son incontrovertibles —dijo. Se le marcaban los músculos del cuello por la tensión y su voz era calculadamente mesurada—. No hay ninguna duda razonable. Lo he comprobado con el detective McDaniels, que resolvió el tiroteo del pobre padre de Madge White hace dos años en el garaje de su casa de Bel Air. ¿Te acuerdas de aquello, Pauline?

Pauline asintió en silencio.

—Incontrovertible —Jules repitió la palabra—. Fue el término que utilizó el propio detective McDaniels —puso énfasis en «detective», como si eso probara su tesis—. Suicidio, dijo. Y el forense estuvo de acuerdo; un japonés, no recuerdo su nombre. Estaba allí. Lo oí.

—Pero seguro que usted no se lo cree, ¿verdad, señor Mendelson? —preguntó Philip.

Jules le miró sin responder. Era una mirada que Philip recordaría durante mucho tiempo.

—Quiero decir —continuó Philip, perseverando—, todos hemos visto las suficientes películas como para saber que un solo disparo en la boca o en el cielo del paladar es más efectivo que cinco tiros en el torso, y eso sin

mencionar el hecho de que es virtualmente imposible que una persona se dispare cinco veces en el torso.

Silencio de nuevo. Entonces, Jules, ya con la cara enrojecida, tiró su servilleta sobre la mesa y arrastró hacia atrás su silla de bambú sobre el suelo de mármol con tal fuerza que la acción produjo un ruido chirriante. Se levantó sin decir palabra y se dirigió hacia el salón que separaba la habitación del jardín del resto de la casa. Al pasar, su enorme cuerpo rozó la escultura de la bailarina de catorce años de Degas —sus pies en la quinta posición, sus manos graciosamente a la espalda y el original lazo de satén rosa en el pelo— y la pieza cayó del pedestal de mármol en el que llevaba expuesta catorce años en la habitación del jardín de los Mendelson.

—¡Jules, la Degas! —gritó Pauline mientras se levantaba.

Girándose de forma increíblemente ágil para un hombre tan gigantesco, Jules la alcanzó al vuelo y cogió la cabeza de la bailarina casi en el mismo instante en el que chocaba contra el suelo de mármol.

—Oh, maravilloso, Jules —dijo Pauline—. ¿Está bien?

Jules giró la escultura en sus brazos como si se tratara de una criatura rescatada de un derrumbe o un incendio y la miró. Cuando estaban a solas, Jules y Pauline llamaban Clotilde a la joven bailarina. Jules habló en voz muy baja.

—Tenías razón, ¿sabes, Pauline? Siempre quisiste que estuviera en una urna de metacrilato, pero yo pensaba que arruinaría su belleza.

—¿Se ha roto, Jules? —preguntó Pauline.

—Agrietada.

—Oh, Jules, qué desilusión —dijo ella preocupada, no tanto por la pieza dañada como por su esposo.

—Bueno, la querremos más, imagino —dijo él. Habló suavemente, con voz paternal.

—Mucho me temo que todo esto es culpa mía —dijo Philip—. No tenía idea de que le estaba molestando, señor.

Jules miró a Philip y salió de la habitación sin responder, llevándose consigo la escultura.

Philip miró a Camilla buscando su apoyo. Ella había estado con él en Humming Bird Way. Había visto el cuerpo de su tío, la sangre en las paredes,

los disparos en el espejo y en el techo.

Camilla, en silencio hasta ese momento, bajó los ojos.

—Seguro que, si hubiera algo extraño, Philip, el forense y el detective no habrían llegado a la conclusión a la que llegaron —dijo.

—No os entiendo —dijo Philip, marcando las distancias con la consabida teoría. Su voz cobró un tono alterado—. Han asesinado a un hombre, hay un encubrimiento en marcha y todos lo compráis o participáis en él.

—Tienes que entender, Philip —dijo Camilla—, que Jules cree que es lo mejor.

—Pero ¿lo mejor para quién? —persistió Philip.

—No debes malinterpretar a mi marido, Philip —dijo Pauline—. No hay segundas intenciones en lo que ha dicho. Solo trata de proteger la reputación de una gran familia. Tú mismo le has oído decir que el detective concluyó que fue un suicidio.

Philip sacudió la cabeza.

—Esto no está bien —dijo simplemente. Empujó su silla hacia atrás. Estaba claro que iba a marcharse, pero tenía algo más que decir—. Voy a aceptar por un momento la teoría de que la muerte de Hector fue un suicidio, teoría en la que, por supuesto, no creo. Yo estuve allí. Vi el cuerpo. Vi el número de disparos. Cinco. El suicidio de un hombre importante, miembro de una distinguida familia, que se mató disparándose cinco veces es en sí mismo una gran historia, y aun así no se ha escrito nada al respecto. Me huele a encubrimiento.

—Realmente no entiendo por qué te preocupa tanto —dijo Pauline, en voz baja, mientras jugueteaba con una cuchara sobre el mantel de lino.

La conversación la ponía en una situación incómoda: sabía que Philip tenía razón, pero no quería contradecir la posición de su marido.

—Te diré por qué —respondió Philip—. No creo que la gente poderosa tenga el derecho a decidir lo que el público debe o no debe saber.

—A veces es necesario —dijo Pauline.

—No lo creo.

—Si saliera a la luz, podría causar mucho dolor.

—Si no sale a la luz significaría que estoy participando en las mismas tácticas de ocultamiento que vosotros, y no puedo hacer eso.

Philip se levantó, consciente de que era un invitado que había sobrepasado todos los límites, pero decidido a hacer una salida cuanto menos digna.

—Por supuesto, me voy a ir, y siento mucho todas las molestias que te he causado, Pauline, pero antes quiero dejar claro que la razón por la cual me resulta tan difícil aceptar que fabricéis esta historia falsa es porque permite salir airoso a un asesino. Recordad eso. Me parece intolerable. Adiós.

Se despidió de Pauline y Camilla con una inclinación de cabeza y salió de la habitación. En el vestíbulo, se quedó momentáneamente confundido sin saber si girar a la izquierda o a la derecha para encontrar el pasillo central y la puerta principal de la enorme casa. El mayordomo, Dudley, entró en el vestíbulo y se anticipó a su pregunta. «Por aquí, señor», dijo, girando primero a la izquierda en dirección a la biblioteca, luego a la derecha hacia el recibidor y de nuevo a la izquierda por el pasillo. Allí, en una de las consolas, Philip vio a la bailarina tumbada mirando hacia arriba. Parecía desamparada, como si supiera que ya no iba a ser deseada por los museos. Al pasar junto a ella, Philip no se detuvo a examinar la grieta.

El mayordomo abrió la puerta, Philip hizo un gesto de despedida y salió. Dudley, que siempre adoptaba las actitudes de su empleador, no respondió al saludo. El coche de Philip estaba donde lo había dejado al llegar, pero advirtió que el Bentley azul oscuro de Jules había desaparecido. Al arrancar, dio marcha atrás y se preguntó por qué se había comportado así en casa de unos extraños. Mientras se dirigía hacia la salida del patio que llevaba al camino, oyó que alguien lo llamaba.

Era Camilla, corriendo hacia él.

—Me voy contigo —dijo.

Philip estaba tumbado en la cama de Camilla, desnudo, con las manos entrelazadas en la nuca y mirando al techo.

Camilla, a su lado, pasó con suavidad la mano por su pecho y se incorporó para besarle el pezón.

—He sentido un increíble deseo de hacerlo —dijo.

—Estás más que invitada. —Philip la miró unos instantes mientras ella besaba su pecho y luego le acarició la cabeza con las manos. Cuando ella le miró, Philip sonrió y la subió para besarla en los labios.

Luego, después de hacer el amor, se quedaron abrazados.

—Te habrías ido hoy de casa de Pauline y me habrías dejado allí, ¿no es así? —dijo Camilla.

—Sí. Sabes que lo que he dicho lo decía en serio —respondió Philip.

—Oh, sé que lo decías en serio. Has conseguido un enemigo. Debes saberlo.

—Jules. Lo sé.

—Un enemigo muy serio.

—Lo sé. Imagínate, enemistarse con Reza Bulbenkian y Jules Mendelson en el mismo año.

—Podría ocurrirte algo.

—No me pasará nada.

Más tarde, cuando Philip se dispuso a irse, Camilla lo acompañó hasta su coche.

—Una bonita noche —dijo Philip.

Ella le besó para despedirse.

—A Pauline le gustas, lo sé, y Jules la adora —dijo Camilla, como si hubiera estado pensando en el problema.

—Sí, creo que la adora —dijo Philip—, pero también creo que Pauline preferiría el amor a la adoración.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Piensa en ello.

*Las cintas de Flo #7*

*«Quiero decir, Jules era un hombre rico y famoso, y yo me sentía muy halagada por que me dedicara tanto tiempo. Era mucho más que un tío rico montándoselo conmigo, créeme. No hubiera estado con él tanto tiempo si la cosa se hubiera limitado a eso. Él me enseñó cosas. Quería que mejorara. Una vez me dijo: No digas “pa”, di “para”. Al principio pensé que me hacía de menos, pero luego descubrí que quería que hiciera las cosas bien.*

*»¿Has visto alguna vez a un hombre mayor con una chica joven en un restaurante? ¿Y manteniendo una conversación forzada porque no tienen absolutamente nada que decirse cuando ya no están en la cama? Bien, Jules nunca quiso que eso ocurriera entre nosotros. Por eso siempre estaba enseñándome cosas. Y déjame decirte algo: yo quería aprender.»*

Philip Quennell estaba poco habituado todavía a las calles de Beverly Hills y tuvo dificultades para encontrar el pequeño callejón sin salida llamado Palm Circle donde vivía Casper Stieglitz, el productor de cine. «De Sunset a Hillcrest, en Hillcrest a la derecha hacia Mountain, en Mountain, izquierda hacia Palm Circle, la última calle a la izquierda del callejón», le había dicho por teléfono Bettye, la secretaria de Casper, y Philip había escrito las instrucciones en una libreta de notas del Chateau Marmont. Luego Bettye había añadido, como si eso simplificara las cosas: «Es la antigua casa de Totie Fields».

Cuando llamó por el interfono de la entrada, una luz roja se encendió en el circuito cerrado de televisión.

—Philip Quennell para ver al señor Stieglitz —dijo mirando a la cámara.

—Continúe por el camino hasta pasar la pista de tenis y llegar a la casa. Entre por la puerta principal —dijo alguien con acento inglés pero que no era inglés.

Las puertas de madera, sin duda menos imponentes que los portales de la propiedad de los Mendelson, se abrieron lenta y trabajosamente, como si necesitaran más cuidados. Mientras Philip conducía y sobrepasaba la pista de tenis, escuchó carcajadas y vio a dos chicas muy guapas, una rubia y otra morena, en pantalones extremadamente cortos y suéteres de angora, jugando lo que parecía un partido de tenis de lo más *amateur*.

—Ese punto no ha entrado, Ina Rae, y lo sabes, tramposa —dijo la chica rubia.

—Jódete, Darlene —dijo Ina Rae.

El insulto de Ina Rae fue celebrado con más carcajadas.

Frente a la fachada de la mansión había un patio de suelo de guijarros mucho más pequeño que el de los Mendelson. Rodeó una isleta central con una fuente para pájaros y un montón de geranios. La casa, dedujo levantando la vista, había sido una vez de estilo español, pero habían redondeado los arcos,

y un techo abuhardillado había sustituido a otro de azulejo rojo, dándole a la mansión un aspecto afrancesado. La puerta principal se abrió y un mayordomo bastante informal, vestido con pantalones oscuros y una camisa blanca arremangada, se quedó de pie en el umbral. Se secó las manos en un largo delantal verde.

—Perdone mi aspecto, señor Quennell —dijo, de una manera extremadamente amable—, pero estaba sacando brillo a la plata. Un trabajo engorroso.

Philip asintió.

—Si me acompaña —pidió el mayordomo—. Me llamo Willard, señor. El señor Stieglitz está en el pabellón de la piscina.

Cruzaron una sala que a Philip le pareció decorada por un escenógrafo. Grandes cuadros de fondos blancos salpicados de manchas de colores se alineaban en las paredes. Philip los miró.

—El señor Stieglitz es un gran coleccionista —dijo Willard.

—Sí —respondió Philip.

Cruzaron una puerta de estilo francés que daba a la terraza. Siguió al mayordomo, bordeando la piscina, que ocupaba un extremo de la terraza, hasta llegar al pabellón, donde Willard abrió una puerta corredera de cristal.

—El señor Quennell, señor Stieglitz —anunció.

Luego dio un paso atrás para que Philip pudiera entrar primero. La gran habitación estaba completamente a oscuras, excepto por la luz que se colaba por la puerta abierta y una pequeña lámpara al fondo de la sala. Gruesas cortinas se apretaban contra las ventanas. Durante unos instantes, después del radiante sol del exterior, la oscuridad cegó a Philip, que permaneció de pie sin saber con certeza hacia dónde mirar.

—¿Puedo traerle algo de beber? —preguntó el mayordomo.

—No, gracias —contestó Philip—. Está muy oscuro aquí. No veo nada.

—Es también la sala de proyecciones del señor Stieglitz. Ha estado viendo un montaje provisional. Deja las cortinas cerradas.

—Ya veo.

Sonó la cisterna de un baño.

—El señor Stieglitz saldrá en un instante —dijo el mayordomo, con afectación inglesa—. ¿Quiere un café?

—No, gracias.

—Perrier, Coca-Cola Light, ¿algo parecido?

—No, nada, gracias.

—Siéntese.

Philip se sentó en un sillón bajo. Frente a él, en una gigantesca mesa de café, había cuencos con gominolas, pequeñas chokolatinas, *pretzels* de chocolate y una variedad de frutos secos. También había docenas de guiones encuadrados con tapas de cartulina de varios colores.

La cisterna del baño sonó de nuevo. Se abrió la puerta y Casper Stieglitz entró en la sala de proyecciones. Vestía camisa y pantalones holgados de terciopelo negro, e iba tocado con un sombrero de ala ancha de estilo colonial con una cinta negra alrededor, calado hasta las cejas. Su cara estaba muy bronceada, como si hubiera pasado mucho tiempo debajo de una lámpara de rayos ultravioletas en lugar de al aire libre. Llevaba unas gafas de sol de montura negra y gruesos cristales, a través de los cuales era imposible ver sus ojos.

—Willard, dile a esos chochitos de la pista de tenis que bajen la voz. Están convirtiendo mi casa en un puto arrabal con ese lenguaje —dijo Casper Stieglitz. Estornudó—. ¿No se dan cuenta de que están en Beverly Hills? No en dondequiera que se hayan criado —hablaba con voz acatarrada, como si tuviera la nariz taponada.

»Hola, señor Quennell. Soy Casper Stieglitz.

Stieglitz le dio la mano izquierda y al mismo tiempo estornudó de nuevo, y pronunció con voz ronca la palabra «bursitis», en referencia a su mano derecha. Philip se preguntó por qué llevaba sombrero dentro de casa.

—Tiene usted un resfriado terrible —dijo. Advirtió que su nariz goteaba.

—Lo tengo, sí, lo tengo —dijo Casper. Buscó en el bolsillo de sus pantalones negros aterciopelados, sacó un pañuelo y se sonó la nariz de forma más ruidosa de lo necesario para una simple limpieza de las fosas nasales—. Me gustó su libro sobre el tipo de Wall Street.

—Gracias —dijo Philip.

—¿Ha tenido algún problema con Reza Bulbenkian?

—Alguno, sí.

—Quería romperle las piernas, ¿verdad? —preguntó Casper.

—Existió tal amenaza, sí —respondió Philip.

Casper se rio.

—Me gusta la manera en la que lo escribió, bastante duro, un buen estilo. Pensé que sería un hombre mayor de lo que es. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta.

—Treinta, ¿eh? Pensé que sería mayor. Ahora, eh... la película que tengo en mente es una propuesta bien diferente. Tenemos este problema aquí en la industria, ya sabe, con las drogas.

—Sí, es lo que me dijo mi representante.

—Pero no es una película para exhibirse en salas. Entiéndame.

—¿Ah, no? —dijo Philip, sorprendido—. Es lo que creía.

—No.

—¿Para televisión, entonces?

—No, tampoco para televisión.

—No entiendo.

Casper Stieglitz se rio de nuevo. Philip advirtió que sus dientes de brillo resplandeciente —demasiado uniformes, demasiado grandes, demasiado perfectos— parecían Chiclets. En los minutos que siguieron, a medida que sus ojos se acostumbraban a la luz tenue, se le ocurrió que la piel tersa y sin arrugas de Casper era el resultado de un lifting, una percepción que se confirmó cuando vio las cicatrices rojas de una cirugía reciente detrás de sus orejas. Casper se incorporó, metió la mano en un cuenco de frutos secos y empezó a comérselos mientras hablaba, lanzándose a la boca uno o dos a la vez.

—Verá, me detuvieron por error hace unos meses por un asunto de drogas. Un envío de droga desde Colombia cayó de forma accidental, eh... en manos de un empleado mío, y este empleado trajo el paquete a mi casa pensando que estaba entregando una película o unas hojas de contactos de alguno de los largometrajes que estoy produciendo en Centroamérica —por un momento pareció perder el hilo—. Es una larga historia.

Philip miró a Stieglitz.

—No acabo de entender cuál es mi papel en todo esto —dijo.

—A eso es a lo que estoy llegando —respondió Casper, recordando en qué punto de la historia se había quedado. Inhaló ruidosamente por la nariz y

se volvió a sonar—. El juez del caso, al darse cuenta del terrible error que se había cometido, me pidió que hiciera una película sobre el creciente consumo de drogas en la industria del cine, para poder proyectársela a grupos como, eh... Cocainómanos Anónimos y otros colectivos similares, centros de rehabilitación, etcétera, donde se lucha esta terrible guerra contra las drogas.

—A cambio de lo cual no le imputarán ningún cargo, ¿no es así? —preguntó Philip.

—Todo el asunto es ridículo —dijo Casper—. Yo no tengo nada que ver con esto, soy inocente, y, eh... lo que hemos pensado mis abogados y yo es que en lugar de lidiar con la mala publicidad que tal cosa traería, sería más fácil seguir adelante, hacer la maldita película y tener el historial limpio. Como una especie de servicio a la comunidad, ya sabe. Un servicio de alto nivel, ¿entiende? ¿Sabe algo sobre servicios a la comunidad?

—Sí, lo sé todo sobre los servicios a la comunidad —dijo Philip tranquilamente—. En realidad, no sé si estoy interesado en el proyecto, señor Stieglitz.

—Casper. Llámame Casper, Phil. Escucha, eh... ¿quieres frutos secos?

—No.

—Anacardos, ¿no? ¿Te gustan las golosinas?

—No, gracias.

—¿Te ha ofrecido una bebida el maricón?

—¿Quién?

—Willard, el mayordomo. ¿Te ha ofrecido algo de beber?

—Sí, gracias. No quiero nada.

—¿Cerveza?

—No. Tenemos que hablar —dijo Philip—. Esto no es lo que yo tenía pensado. Mi representante me dijo que iba a ser un largometraje.

—Mira, te pagaré lo mismo que si estuvieras escribiendo un largometraje; no está mal para un guionista primerizo como tú. Quiero decir, nunca has escrito una película antes y es mucho más dinero del que obtuviste por tu libro sobre la compra de la empresa aquella. Lo que tenemos aquí es algo parecido a un documental; entrevistar a un agente de la ley, a un traficante de drogas y gente así. Se pueden hacer algunas gestiones para que estés

presente en una incautación de droga e incluirlo en la película. Será una carta de presentación magnífica en la industria para ti.

Philip asintió.

—Se proyectará a varios grupos que lidian con el problema de la droga, ya sabes, y tendrás una buena pieza para enseñar a otros estudios. Discúlpame un segundo. Ahora mismo vuelvo. Tengo que mear —mientras se levantaba, volvió a estornudar y los trozos de anacardo parcialmente masticados volaron de su boca a la cara de Philip—. Oh, perdona, tío, toma —dijo, buscando en su bolsillo y sacando un pañuelo sucio. Philip rechazó el pañuelo sacudiendo la cabeza—. Tengo que mear —dijo Casper de nuevo, y desapareció en el baño. Se oyó el sonido del pestillo.

Philip se miró la cara en el espejo que había detrás de las botellas de alcohol de la barra. Tenía partículas de frutos secos a medio masticar pegadas a las cejas y la nariz. Abrió el grifo para limpiarse, pero se dio cuenta de que no había toalla. Fue hasta la puerta corredera de cristal por la que había entrado a la sala de proyección y caminó hacia la deslumbrante luz del día. Volviendo sobre sus pasos, bordeó la piscina hasta la terraza y entró en la casa por la misma puerta de estilo francés por la que había salido veinte minutos antes. No había rastro del mayordomo. Abrió una puerta buscando un baño y encontró otro bar con espejos. Abrió otra y encontró un pasillo que llevaba hasta lo que resultó ser el dormitorio de Casper Stieglitz. La cama era gigantesca y estaba cubierta con un edredón naranja y marrón, la combinación de colores predominante en la casa. Al fondo estaba su baño y su vestidor.

Philip entró en el baño, abrió el grifo dorado del agua caliente y se lavó la cara a conciencia con una pastilla de jabón de sándalo que cogió de un platillo dorado con forma de concha. Luego se la secó con una toalla marrón para la cara, minuciosamente bordada en satén blanco con el monograma de sus iniciales entrelazadas, C. S., que cogió de un juego dispuesto en un toallero que irradiaba calor. Todavía sintiéndose sucio, repitió el proceso.

Cuando terminó, examinó las decenas y decenas de fotografías enmarcadas que colgaban en las paredes del baño y del vestidor. En prácticamente todas, aparecía un Casper Stieglitz más joven con una chica guapa diferente a su lado: en ceremonias de premios, cenas de la industria, estrenos de películas. En todas las fotografías salía riendo, feliz, glamuroso;

las imágenes hablaban de una vida de fama y éxito. Había unas donde aparecía en una reunión en la terraza, con una copa de vino en la mano brindando con una rubia aspirante a actriz tendida en una colchoneta hinchable en mitad de la piscina.

Su ropa estaba organizada en armarios, docenas de camisas de seda colgaban de perchas junto a docenas de americanas y a una variedad de estilos de trajes y esmóquines, en azul medianoche, granate y negro. Otro armario ofrecía jerséis tejidos a mano, todos de cachemira, en el espectro entero de colores, doblados meticulosamente uno encima de otro. En la repisa había frascos de loción para después del afeitado, cepillos dorados y una funda de cuero con docenas de pares de gemelos, así como una inmensa bandeja de plata en la que había docenas de gafas de sol perfectamente alineadas.

Alguien golpeó la puerta del baño.

—¿Estás ahí, Phil? —preguntó Casper.

—Sí —respondió Philip—. Me estoy lavando la cara.

—El baño de invitados está en el salón —dijo Casper. Había un inconfundible tono en su voz que revelaba incomodidad por la intromisión de Philip—. No me gusta que la gente use mi baño.

—No tenía forma de saberlo —dijo Philip. En ese momento, se fijó en unos extraños objetos sobre los armarios de la ropa. Al principio le parecieron soportes para sombreros, del tipo de los que se usan en las tiendas de tocados femeninos, pero luego vio que eran soportes para pelucas. Las contó. Había treinta y una, cada una con su tupé, desde las que imitaban un pelo recién cortado hasta otras de pelo más largo y necesitado de una visita al barbero—. Salgo en un minuto —añadió.

Al otro lado del vestidor, en una habitación contigua, pudo oír la risa infantil de Ina Rae y Darlene.

—¿Dónde están los consoladores? —preguntó Ina Rae.

—Pensé que los habías traído tú —respondió Darlene.

—No, tonta, se suponía que los traías tú. Casper se va a poner furioso.

—De todas formas, ¿por qué necesitas un consolador?

—El tío tiene la polla como un Tampax —dijo Ina Rae.

Darlene soltó un alarido de risa.

Philip salió del baño. Casper lo estaba esperando de pie. En su cara había una expresión de ansiedad y Philip entendió que estaba preocupado por que hubiera visto sus pelucas.

—Una casa interesante la suya, señor Stieglitz —dijo Philip.

—Hice una reforma total cuando la compré. Me deshice de toda la mierda de estilo español y le di un aspecto afrancesado. La mansión la construyó Thelma Todd —dijo—. La asesinaron. ¿Lo recuerdas?

—No —dijo Philip.

—Para ti fue hace demasiado tiempo. Para mí también, de hecho. Iba a hacer una película sobre el caso. Faye Converse iba a interpretar a Thelma, pero el proyecto nunca se puso en marcha. No fui capaz de encajar todas las piezas.

Hubo un silencio.

—Sobre esta película de las drogas... —continuó Casper.

—Creo que no soy la persona apropiada, señor Stieglitz —dijo Philip.

—Cincuenta mil de entrada. Cincuenta mil cuando entregues el primer borrador. Otros cincuenta mil cuando empecemos la producción. No es una mala suma para un joven como tú. Solo te dieron cincuenta por el jodido libro sobre el mangante de Reza Bulbenkian.

Philip se rio.

—Estoy en el Chateau. Déjeme hablar con mi representante y le llamo.

—¿Cuándo me llamarás? Tengo que informar al tío de servicios comunitarios o estaré infringiendo la ley.

—Esta tarde. Mañana por la mañana como muy tarde.

—Algunos se arrodillarían y besarían mi mano por una oferta así.

—Estoy seguro —dijo Philip—. Pero también estoy seguro de que esa no es la clase de tipo que querría para un proyecto como este.

Cruzó la habitación y el salón y abrió la puerta de la entrada. El sol era cegador. Se cubrió los ojos con la mano. Tenía que comprarse unas gafas de sol, decidió, aunque no le gustaban. Cuando se subió al coche oyó su nombre. Se volvió y vio al mayordomo de Casper Stieglitz de pie junto a la puerta. Bajó la ventanilla y Willard se acercó al coche.

—¿Sí? —preguntó Philip. No podía recordar su nombre.

—No es nada importante —dijo el mayordomo.

—¿El qué no es importante?

—Es sobre la casa.

—¿Qué le ocurre?

—No la construyó Thelma Todd. Siempre se equivoca —Willard sacudió la cabeza en señal de desesperación—. Thelma vivió y murió, bendita sea su alma, en la autopista del Pacífico, en Santa Mónica.

Philip lo miró.

—El señor Stieglitz no está realmente interesado en la historia de Hollywood. Esta casa la construyó Gloria Swanson cuando se casó con el marqués de La Falaise. Cuando se divorciaron, el señor Hearst trató de comprarla para Marion Davies, pero la señorita Swanson, por algún motivo, no quería que fuera para Marion Davies y en su lugar se la vendió a Constance Bennett. Fue la señorita Bennett quien puso el techo abuhardillado. Hasta donde yo sé, Thelma Todd ni siquiera puso un pie en esta casa.

—Pensé que era propiedad de Totie Fields —dijo Philip.

—Oh, eso fue después, mucho después —dijo Willard, despreciando la contribución de Totie Fields a la casa.

Philip tuvo la sensación de que esa no era la razón por la que el mayordomo le había llamado de nuevo.

—Como digo, no tiene ninguna importancia —dijo el mayordomo.

—Interesante en todo caso. Lo siento, pero no recuerdo su nombre.

—Willard.

—Oh, cierto, Willard. ¿Tiene que limpiar todas esas pelucas cuando no está limpiando la plata?

Willard resolló.

—¿Ha visto las pelucas del señor Stieglitz? Se moriría, se moriría seguro. Cree que nadie sabe que las lleva.

—No se lo diré a nadie.

—Le vi en el funeral de Hector Paradiso.

—Sí que te mueves, Willard.

—Fue algo terrible.

—¿Hector era amigo tuyo?

—«Conocido» sería una palabra más adecuada.

—Dicen que fue un suicidio —dijo Philip.

—¿No se cree eso, verdad, señor Quennell?

—Eso es lo que dicen. Incluso en el informe de la autopsia.

Willard miró hacia la casa.

—Será mejor que vuelva. El señor Stieglitz se estará preguntando qué me ha pasado.

—Creo que Ina Rae y Darlene están cuidando muy bien del señor Stieglitz en estos momentos, aunque hayan olvidado los consoladores —dijo Philip.

—¿No son de lo más vulgares? —preguntó Willard, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

Philip arrancó.

—Me acordaré de eso que me ha dicho sobre Gloria Swanson y Constance Bennett —dijo.

De repente, Willard empezó a hablar muy rápido.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un bar llamado Miss Garbo? —preguntó.

—No —respondió Philip, aunque era el mismo bar que Flo había mencionado en la reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¿En Astopovo, entre Santa Monica y Melrose?

Philip negó con la cabeza.

—Imagino que no es de su estilo.

—¿Qué tipo de bar es?

—El tipo de bar que, después de medianoche, atiende a caballeros de una cierta edad buscando, eh... compañía por, eh... un precio.

—Ya veo. ¿Por qué me lo cuentas?

—Hector Paradiso estuvo allí después de la fiesta de Pauline Mendelson.

—Pensaba que Hector Paradiso era un gran conquistador de mujeres —dijo Philip.

—Hector Paradiso era gay como la tinta rosa, señor Quennell —dijo Willard.

—¿Cómo sabes que estuvo en el Miss Garbo aquella noche? —preguntó Philip.

—Yo también estaba allí —dijo Willard—. Lo vi. Incluso hablé con él. Joel Zircon, el representante de Hollywood que trabaja para Mona Berg, me lo

presentó.

—¿Cómo puedes estar seguro de que fue la misma noche?

—Llevaba esmoquin. Había estado en la fiesta de Pauline Mendelson. Dijo que Pauline vestía terciopelo negro y perlas y que parecía Madame X, como en la película de Sargent.

—¿Hector dijo eso?

—Sí.

—¿A ti?

—A Manning Einsdorf.

—¿Quién es Manning Einsdorf?

—El propietario del local. También estuvo en el funeral. ¿Pelo gris peinado hacia atrás?

—¡Willard! —exclamó una voz desde dentro de la casa.

Willard, sobresaltado, se volvió y luego se dirigió a Philip de nuevo; habló muy rápido:

—Hector se fue con una preciosidad rubia a las dos de la mañana. Le vi.

—¿Una rubia? ¿Como Darlene?

—Un chico rubio llamado Lonny.

Con la excepción de algunos deseos personales escritos a mano en los folios azules de Smythsons Londres, Hector Paradiso había muerto sin dejar testamento. «Típico», dijo Jules Mendelson, moviendo exasperado la cabeza cuando fue informado de ello. Hector, todo el mundo lo sabía, no estaba hecho para los negocios. En su lista, que no había sido certificada por un notario o por testigos, dejaba la cubertería de plata de la familia Paradiso a Camilla Ebury; su vajilla Flora Danica a Pauline Mendelson; su perra, llamada Astrid por la estrella del patinaje con quien había estado prometido, a Rose Cliveden, y mil dólares a Raymundo, su chico de servicio. «Si eso no son sus últimas voluntades, entonces no he visto ninguna en mi vida», le dijo Jules a Sims Lord, el abogado que manejaba todos sus asuntos de negocios, al arrojar la nota de color azul sobre el escritorio de Sims. Fue Pauline quien sugirió a Jules que sería un detalle si Sims Lord tomara parte y se hiciera cargo de la

disposición del patrimonio de Hector y resolviera cualquier asunto pendiente para acabar con todo lo antes posible.

En los días siguientes, Sims Lord recibió una llamada telefónica de una mujer llamada Mercedes Sandoval, que pronunciaba su nombre a la manera castellana. Había hecho trabajos de secretaria a tiempo parcial para Hector durante años, tales como escribir sus invitaciones a las fiestas, pagar facturas y cuadrar sus cuentas. Mercedes le dijo a Sims Lord que le había llegado un cheque firmado por Hector la noche de su muerte y que había sido cobrado al día siguiente. El cheque estaba a nombre de alguien de quien Mercedes no había oído hablar antes, un tal Lonny Edge.

—¿Debería entregárselo a la policía? —preguntó Mercedes.

—Envíemelo a mí —dijo Sims Lord—. Me encargaré de hacérselo llegar a la policía.

—Oh, gracias, señor Lord. No sé qué habríamos hecho sin usted.

## *Las cintas de Flo #8*

*«No sé si en realidad pensé en ello en el momento, pero ahora, cuando pienso en todo lo que pasó, me doy cuenta de que Jules empezó a envejecer ante mis propios ojos. Había un montón de cosas desagradables que le estaban cayendo encima, todas al mismo tiempo. Pero yo no lo sabía. También yo le atosigaba con comprarme una casa, y ahora me doy cuenta de que tenía otras cosas en la cabeza. Cuando Jules era joven, se metió en un buen lío en Chicago; fue en 1953, creo. No quiero mancillar su memoria, aunque, de todas formas, creo que ya está bastante mancillada por cómo murió, pero es una parte importante de la historia. Se llevó a una chica a un hotel. El hotel Roosevelt, lo recuerdo. No era una prostituta ni nada por el estilo, sino una chica de clase baja que había conocido en un bar. Como yo, imagino. Lo que tienes que entender sobre Jules es que era un hombre muy sexual, aunque no fuera un hombre sexy. La chica se asustó. Jules tenía la polla como la de un mulo. ¿Ya te he contado eso? Creo que sí. En todo caso, la chica corrió hasta el balcón de la habitación y él la agarró del brazo para meterla dentro de nuevo y, de alguna manera, se lo rompió y, de alguna manera, ella luego se cayó por el balcón. Toda la historia se silenció. La familia de Jules pagó un diner. Se encargaron de cuidar de la familia de la chica. Nunca hubo ningún registro del suceso. Pero Arnie Zwillman lo sabía. Y Arnie Zwillman le extorsionó.»*

## 9

Cuando Camilla Ebury le preguntó a Pauline Mendelson unos días más tarde si Kippie estaría dispuesto a jugar algunos sets de un dobles mixto —«Le he dicho a Philip que Kippie tiene el mejor revés del mundo», dijo Camilla—, Pauline informó a Camilla de que Kippie había regresado a Francia, al centro de rehabilitación de Lyon que tanto les había recomendado el director de Le Rosay, la escuela suiza de la que Kippie había sido expulsado dos veces, incluso después de que Jules Mendelson se ofreciera a construir una nueva biblioteca en Gstaad. Pauline volvía a ser la de siempre, se mostraba menos tensa cuando se mencionaba el nombre de Kippie, y Camilla se atrevió a hacer unas pocas preguntas sobre él, entre partida y partida de backgammon.

—Pensé que quizá ya había terminado en Lyon —dijo.

—Oh, no. Tiene que estar otros tres meses, por lo menos. Es parte del programa —dijo Pauline.

—¿Por qué vino a casa entonces? —preguntó Camilla.

—Para ver al dentista. Perdió un diente frontal, no me digas cómo. Un altercado, supongo, pero se mostró muy evasivo. Ya sabes cómo es. Y, simplemente, se negó a ir a un dentista francés, especialmente uno de Lyon, y no le culpo. El doctor Shea lo atendió en unas pocas visitas y le colocó un implante; ni te darías cuenta. Y luego regresó.

—¿Cómo estaba?

—Oh, ya conoces a Kippie. Absolutamente encantador. Blondell le consiente todo; el cocinero le adora, le hizo puré de patatas y pollo troceado y toda la clase de cosas que podía comer sin un diente. Y el mayordomo no pudo portarse mejor con él. Jules y él siempre están enfrentados, eso es un hecho, y yo trato de poner paz —se quedó en silencio un instante—. Pero parece que se está comportando. Hasta me dio la sensación de que estaba ansioso por volver a Francia, lo cual fue una completa sorpresa.

—¿Qué hará cuando salga de rehabilitación? —preguntó Camilla.

—Está pensando en abrir un restaurante, ¿te lo imaginas? Al menos, ese es el plan de esta semana.

Y volvieron de nuevo a su backgammon.

Una semana antes, la noche de la fiesta de los Mendelson, Kippie Petworth había llamado por teléfono a su madre para decirle que estaba de vuelta en Los Ángeles. La noticia la pilló por sorpresa. Pauline estaba escuchando una larga anécdota del expresidente —sentado a su derecha— sobre un altercado verbal entre su esposa y la mujer de un líder soviético, una historia que había oído varias veces antes, cuando el mayordomo, Dudley, fue a buscarla. Con los codos en la mesa, la barbilla apoyada graciosamente en una mano, Pauline prestaba toda su atención al distinguido invitado, como si escuchara la historia por primera vez, y sonreía y reía en los momentos apropiados, y levantó la mano para advertir al mayordomo de que no interrumpiera hasta que el expresidente hubiera llegado al final de la anécdota.

—Es divertidísimo —dijo al terminar, riendo con ganas junto a los demás invitados.

La historia del presidente causó una risa jovial acorde con la distinción del hombre, aunque el mismo relato, contado por un tipo menos conocido, hubiera pasado desapercibido o no hubiera despertado risa alguna. Pauline se volvió entonces hacia Dudley para oír su mensaje, esperando que le contara algo sobre una crisis en la cocina o un problema con la banda de música que había llegado para tocar en el baile.

—Es Kippie —dijo Dudley, susurrándole al oído.

—¿Kippie? —preguntó ella, volviéndose hacia Dudley.

Había asombro en su voz, aunque ni siquiera la persona sentada a su lado, Sims Lord, el abogado de su marido, advirtió en el tono la amenaza de una posible crisis familiar.

—Al teléfono —susurró Dudley—. Le he dicho que estaba dando una fiesta, pero ha insistido en hablar con usted.

—¿Llama desde Francia?

—Creo que no. Creo que está aquí —respondió Dudley.

—¿Me excusa un minuto, señor presidente? —dijo Pauline, dejando su servilleta de damasco en la mesa y levantándose—. Al parecer hay un ligero problema en la cocina con el suflé.

—El trabajo de una mujer no se acaba nunca —dijo el presidente, y todos rieron elogiosamente su broma.

—Mandaré a Rose Cliveden aquí para mantener mi asiento caliente —dijo Pauline. Y dicho eso, se fue—. Voy a la biblioteca, Dudley. ¿Puedes quedarte en la puerta y asegurarte de que no entre nadie?

Varios invitados solicitaron su atención de camino a la biblioteca, y ella devolvió cada cumplido o saludo con encanto pero sin pararse.

—Qué vestido más maravilloso —le dijo a Madge White, a cuya hija su hijo había dejado embarazada cuando ambos tenían catorce años—. Gracias, Sandy, me alegro de que lo estés pasando bien —le dijo a Sandy Pond, cuya familia era propietaria del *Los Angeles Tribunal*—. Faye, si hay cola para el tocador, usa mi baño de arriba. Blondell te dejará pasar —le dijo a Faye Converse.

—Pauline, tengo que hablar contigo —le dijo Hector Paradiso, cogiéndola del brazo.

—Hector, chico malo, moviendo las tarjetas de los asientos... ¿Por qué demonios has hecho eso? Jules se pondrá furioso.

—Me sentía desaprovechado en el sitio donde me habías sentado —dijo Hector.

—No me enfadaré si me prometes que bailarás con Rose. Creo que la has ofendido.

—Pero Pauline, tengo que decirte algo.

—Ahora no, Hector —Pauline entró en la biblioteca y cerró la puerta, espantándole cuando trató de seguirla dentro de la habitación.

Como siempre, miró el cuadro de Van Gogh sobre la chimenea y las *Rosas blancas* le proporcionaron una momentánea sensación de calma. Cogió el teléfono.

—¿Hola?, ¿hola? Kippie, soy mamá.

Kippie llamaba desde la casa de Arnie Zwillman, aunque no se lo dijo a su madre. De haberlo hecho, quizás ella no hubiera sabido quién era Arnie Zwillman, aunque Jules Mendelson, el padrastro de Kippie, ciertamente lo sabía. Arnie Zwillman, a ojos de gente como los Mendelson o sus amigos, era un indeseable, lo que en parte quizás explicaba su atracción por Kippie Petworth. Arnie había sido propietario de un hotel en Las Vegas llamado Vegas Seraglio, y el dinero del seguro por el incendio que arrasó el inmueble era el origen de su fortuna. Si alguien quería despertar la ira de Arnie, que podía ser formidable, solo tenía que describir a Arnie como el hombre que quemó el Vegas Seraglio para cobrar el dinero del seguro. Mucha gente lo ha hecho y mucha de esa misma gente se arrepiente de haberlo hecho. En la mayoría de ocasiones, sin embargo, Arnie podía ser, como muchos de sus amigos afirmaban: «Un tío tan amable como el más amable que puedas llegar a conocer».

Cuando un invitado admiraba su casa, Arnie siempre explicaba que era la antigua mansión de Charles Boyer, aunque a cualquiera que hubiera visto la casa cuando Charles Boyer vivía en ella le hubiera costado mucho reconocer los nuevos elementos arquitectónicos: las puertas correderas de cristal habían sustituido muros enteros, espejos del suelo al techo cubrían la madera maciza de estilo francés, y una sauna y un baño ocupaban ahora el lugar de la antigua biblioteca. Turquesa, rosa y naranja, los colores favoritos de Gladycé Zwillman, la cuarta esposa de Arnie, dominaban lo que Gladycé siempre llamaba su «decor». Ahora Gladycé ya no estaba, y Adrienne Basquette se había mudado a la casa y esperaba poder retener la atención y el afecto de Arnie hasta que las obligaciones legales de la ruptura con Gladycé se hubieran resuelto y ella pudiera convertirse en la quinta señora de Arnie Zwillman.

Adrienne oyó el timbre, fue a la puerta y encendió las luces exteriores. La puerta era de cristal blindado, de cuatro metros y medio de alto, con un refuerzo de hierro forjado para mayor privacidad y seguridad. A través de ella, Adrienne pudo ver a un atractivo joven de pelo rubio, con sangre manando de la boca. «Adorable», pensó. Las mujeres siempre pensaban que Kippie Petworth era adorable.

—¿Dónde está Gladycé? —preguntó él cuando ella abrió la puerta.

—¿Dónde has estado tú? —preguntó Adrienne en un tono de voz que dejaba entrever que Gladyce ya llevaba un tiempo fuera del cuadro.

—Francia —respondió.

—*Oh la là* —dijo Adrienne—. Tienes la boca hecha un asco.

—La sensación también es un asco —dijo Kippie—. ¿Está Arnie?

—¿Quién debo decir que lo reclama?

—Kippie.

—¿Te espera?

—Pregúntale y averígualo —Kippie esbozó una sonrisa que sabía seductora, sin abrir la boca. Le faltaba uno de sus dientes frontales.

Adrienne cerró la puerta y lo dejó ahí fuera, de pie, durante unos minutos. Kippie echó un vistazo para ver si había alguien alrededor y luego escupió sangre en una maceta de terracota con un bonsái, junto a la puerta. Cuando Adrienne volvió, abrió de par en par y le invitó a entrar.

—Arnie saldrá en un minuto. Está en la sauna. ¿Puedo traerte algo?

—Una caja de Kleenex —dijo Kippie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella apuntando a su propia boca para averiguar qué le había pasado a la suya.

—¿Puedes traerme unos Kleenex y luego hablamos? —preguntó Kippie, impaciente.

—Te comportas como un crío mimado.

—Soy un crío mimado.

Adrienne fue a un tocador y volvió con una caja turquesa que contenía Kleenex de color rosa.

—Que no gotee en la alfombra, por Dios —dijo Adrienne—. Arnie se pondría furioso.

Arnie entró en la estancia. Estaba muy bronceado, vestía una bata de felpa y se alisaba hacia atrás con un peine su húmedo y plateado cabello. Un anillo de diamantes relucía en su rosado dedo. Kippie le había descrito una vez como atractivo a la manera de Las Vegas. Miró un instante a Kippie, de forma acogedora.

—No me podía imaginar quién podía ser a las diez de la noche —dijo Adrienne, rompiendo el silencio.

—Piérdete —dijo Arnie con un gruñido que sonó como «erdete», sacudiendo la cabeza y moviendo el pulgar, indicándole que se fuera. Adrienne se marchó sin decir palabra.

—Ven a la sauna —le dijo a Kippie—. Podemos hablar ahí, y por Dios, que no caiga ni una gota de sangre sobre mis alfombras blancas.

Echó a andar delante de Kippie, y de camino a la sauna enderezó dos fotografías enmarcadas en metacrilato y quitó una mota de polvo del borde de una mesa de metal y cristal.

—¿En qué clase de lío estás metido? —preguntó Arnie cuando Kippie se quitó la ropa y le siguió al interior de la sauna.

—¿Quién dice que estoy metido en un lío?

—No me tomes el pelo, chaval.

—¿Qué te pasa?

—Que te puedo ayudar a salir de él, eso es lo que me pasa.

—Cómo.

—Te ha tocado el juez Quartz en la vista preliminar, ¿cierto?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Mi negocio consiste en saber esas cosas. Lo supe diez minutos después de que te cogieran. Un amigo mío llegó en el mismo vuelo desde París. Estaban buscando lo que él llevaba y, en cambio, encontraron lo que llevabas tú.

—No entendía por qué me habían detenido —dijo Kippie—. No llevaba nada, un par de porros, y se comportaron como si trajera un cargamento desde Colombia. Tendrías que ver lo que hicieron con mi equipaje.

—Los idiotas cogieron al tío equivocado, eso es todo —dijo Zwillman.

—Mi familia me va a matar.

—¿Has perdido un diente?

—Sí.

—¿Cómo?

—El poli me pegó.

—Los polis no suelen pegar a niños pijos como tú. ¿Ensayaste tu repertorio de niño rico con el poli?

—Algo así.

—¿Le llamaste *mick* o *spic*?\*

Kippie asintió.

—*Mick*.

Se miraron el uno al otro y se rieron.

—Puedo leerte como un libro abierto, Kippie.

—El agente de aduanas llamó a dos polis muy grandes. Uno me sujetó por un brazo y el otro por el otro, me levantaron hasta que mis pies dejaron de tocar el suelo y me llevaron a la sala de espera de Pan Am. Ninguno de ellos tenía buena pinta, ya sabes. Eso después de quitarme la ropa y meterme el dedo por el culo para ver si llevaba drogas. No me gustó nada.

Por el interfono de la sauna llegó el sonido de la voz de una mujer.

—Preparada para su masaje, señor Zwillman.

Arnie se volvió hacia el aparato y apretó un botón.

—Vale, Wanda, estaré ahí en un minuto. Prepara la camilla —Luego se dirigió a Kippie—: ¿Quieres un masaje?

—No, gracias —dijo Kippie, que de todas formas tampoco quería estar en la sauna.

—Esta Wanda es buena —dijo Arnie—. Te aliviará si se te pone dura.

Kippie se encogió de hombros.

—Vale —dijo.

—Entiendo que no has llamado a Jules y Pauline para contarles tu pequeña aventura —dijo los nombres de Jules y Pauline con una pronunciación exagerada, como la de un extraño aludiendo a su grandeza.

Kippie negó con la cabeza.

—Será mejor que los llames desde aquí —dijo Arnie—. Pero no les digas lo que ha pasado. No se lo digas a nadie, excepto a tu abogado. Te conseguiré un abogado. Te va a costar diez mil dólares para empezar.

—¿Me vas a prestar los diez mil? —preguntó Kippie.

—Te he pagado la fianza, chico listo. Mi generosidad tiene un límite.

—¿Dónde voy a conseguir diez mil dólares?

—Tu acaudalada mamá.

—No lo hará. Lo sé. Me lo dijo la última vez.

—Sé adorable, Kippie, como sabes serlo, y ella aceptará. Luego, cuando te veas con el juez Quartz el lunes por la mañana, el caso será desestimado. Cuenta con ello.

—¿Qué quieres a cambio de todo esto, Arnie? Porque no creo que lo estés haciendo porque piensas que soy un buen chaval.

—Chico listo.

—¿Qué quieres?

—Que me presentes a alguien.

—¿A quién demonios quieres que te presente?

—A tu padre.

—¿Mi padre? Mi padre vive en Long Island, está casado con Sheila Beauchamp y juega al bridge todo el día en Southampton o Palm Beach o en el Racquet Club de Nueva York o en el Piping Rock, donde sea que esté en ese momento. ¿Por qué quieres conocer a Johnny Petworth?

—No te pongas arrogante conmigo, nene malcriado. Estoy hablando de Jules Mendelson.

—Jules no es mi padre. Es mi padrastro.

—De acuerdo, tu padrastro. Quiero conocer a tu padrastro.

Kippie vaciló. Sabía por experiencias pasadas que no podía prometer a su padrastro.

—Mi padrastro no me tiene en muy alta estima —dijo tranquilamente.

—Quieres que tu caso se solucione sin que tu familia lo sepa, ¿no es así?

—Arnie, por favor, tío. Mi padrastro nunca vendrá a tu casa. Lo sé.

—Lo sé, júnior. Lo que quiero es que consigas que tus padres vayan a cenar y a ver una película a la mansión de Casper Stieglitz. Yo también estaré allí, pero esa es la parte que no les vas a contar.

—¿Quién es Casper Stieglitz?

—El productor de cine.

—Pero mi madre y mi padrastro no se mezclan con esa gente. No digo que esté bien, solo digo que no lo van a hacer.

—Organízalo, idiota. No quieres ver tu nombre en los periódicos por haber sido detenido en el vuelo número tres de Pan Am procedente de París, ¿verdad? No creo que Jules y Pauline se vayan a encargar del asunto con la cumbre económica de Bruselas tan cerca.

Kippie, desconcertado, miró a Arnie Zwillman sin decir palabra.

—¿Qué es el Piping Rock? —preguntó Arnie.

—Un club —respondió Kippie.

—¿Dónde?

—Long Island.

—¿Qué clase de club?

—La clase de club en el que no te dejarían entrar.

—¿Como socio, quieres decir?

—Ni siquiera como invitado de un socio. Ni siquiera para comer.

—¿Por qué?

—No eres su tipo.

Arnie asintió.

—Bien, mejor llama a tu mamá y dile que necesitas urgentemente diez mil dólares. Yo me doy el masaje primero.

Como familia, Jules, Pauline y Kippie se encontraron solo una vez en los días siguientes. Aunque Hector Paradiso yacía muerto en un ataúd abierto en el tanatorio Pierce Brothers, la vida siguió como siempre en la ciudad, a pesar de las interminables especulaciones sobre la causa de su muerte. Los Freddie Galavant decidieron no cancelar una cena y el baile posterior en honor de su invitado, el embajador brasileño, que estaba de visita en el país. Polly Maxwell no vio razón para no seguir adelante con el desfile de moda y el almuerzo benéfico en el hotel Bel Air en favor del Los Angeles Orphanage Guild, aunque Pauline Mendelson, Camilla Ebury y Rose Cliveden habían llamado para excusarse. Y Ralph White, a pesar de las quejas de Madge, rechazó echarse atrás y posponer un largamente planeado fin de semana de pesca de truchas en el río Metolious en Oregón, pero sí prometió estar de vuelta para el funeral en el Buen Pastor.

También fueron unos días particularmente ajetreados para Jules. La cumbre económica de Bruselas cada vez estaba más cerca, con todos los preparativos que su asistencia demandaba. Le había prometido a un grupo de la National Gallery de Washington una comida en Clouds y una visita guiada a la colección, y no podía aplazarla. Y, al mismo tiempo, estaba la organización del funeral de Hector, en el que Jules parecía tener un interés excesivo. A Pauline le sorprendió que se mostrara tan insistente en reunir a exembajadores

y otras figuras importantes de la ciudad para portar el féretro, cuando se sabía que no eran más que meros conocidos de Hector.

Durante esos días, Kippie guardó silencio la mayor parte del tiempo, reservando su conversación para Blondell y Dudley, para los que no era una decepción. Se pasó horas golpeando una pelota contra un tablero en la pista de tenis; fue varias veces a la consulta del doctor Shea para que le implantara su nuevo diente y a la del doctor Wright para que le examinara el dedo índice de la mano derecha, que Astrid, la perra de Hector Paradiso, le había mordido en la punta. Cuando Kippie por fin se quedó a solas con su madre y su padrastro, se puso a tocar la guitarra, algo que volvía loco a Jules, aunque no dijera nada. Hubo un tiempo, antes de querer dedicarse a la hostelería, en el que Kippie quiso ser guitarrista.

La secretaria de Casper Stieglitz, Bettye, había llamado ese día a la secretaria de Jules, la señorita Maple, y había invitado al señor y la señora Mendelson a una cena de domingo que incluía la proyección de una película, proponiendo una fecha lo suficientemente lejana como para asegurarse de que aceptaran.

—Dile que no —dijo Jules cuando la señorita Maple le llamó a casa para transmitirle la invitación—. Ni siquiera conocemos a Casper Stieglitz.

Kippie levantó la vista de la guitarra y tocó un acorde lo suficientemente estridente como para que Jules le lanzara una mirada de irritación mientras hablaba por teléfono.

—No, Jules, no le digas que no.

El tono autoritario de la voz de Kippie hizo que Jules reaccionara. Cubrió el teléfono con su mano.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Hazme caso, acepta esa invitación.

—¿Qué sabes de esta invitación?

—Dile a la señorita Maple que diga que sí, Jules —repitió Kippie.

Jules y Kippie se miraron.

—No conteste nada todavía, señorita Maple —dijo Jules, y colgó—. Tu madre nunca irá a casa de Casper Stieglitz.

—Lo hará si le dices que lo haga.

—Hay algo que se me escapa —dijo Jules—. ¿Conoces a ese Casper Stieglitz?

—No.

—¿Cómo sabes lo de la cena?

—Simplemente lo sé.

—¿Qué tienes que ver con este asunto?

—Alguien que estará allí quiere conocerte.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

—Será mejor que me lo digas, maldita sea.

—Arnie Zwillman.

—¿Arnie Zwillman? —dijo Jules, sorprendido.

—¿Lo conoces? —preguntó Kippie.

—Por supuesto que no lo conozco. ¿Tú?

—Sí.

—¿Cómo es que conoces a una persona así?

—Pareces mi madre —dijo Kippie—. Dice cosas como: «¿Cómo conoces a-una-persona-así?».

Jules ignoró el comentario.

—Ese hombre es un gánster —dijo—. Quemó el Vegas Seraglio por el dinero del seguro.

—Nunca lo arrestaron por ello.

—Y hace trampas a las cartas. Tiene un sistema de vigilancia electrónica en el techo de su sala de juego y un hombre se oculta arriba y le envía descargas suaves diciéndole lo que tienen en las manos los otros jugadores.

—Sabes mucho de Arnie para no conocerle.

—Dime, Kippie, ¿cuál es tu relación con él?

En ese momento Pauline entró en la habitación, vestida de negro. Llegaba de la vigilia en el tanatorio donde estaba expuesto el cuerpo de Hector Paradiso.

—¿Cómo ha ido?

—Una pesadilla —dijo Pauline—. Pobre Hector. Lo hubiera odiado. Tantos sollozos. Los latinos lloran muy alto. El rosario se prolongó tanto que pensé que iba a morir. ¡Y las flores! Nunca has visto unas flores tan feas.

Gladiolos rosas. Lirios naranjas. Todo lo que odio. Mañana, el funeral será mejor. Rose Cliveden y Camilla se están encargando de todo, y Petra von Kant está preparando en persona las flores —se volvió hacia Kippie—. ¿Cómo estás, cariño? ¿Cómo tienes el diente? Déjame ver. Oh, mira. Nuestro doctor Shea está haciendo un gran trabajo. ¿Cómo va el dedo?, ¿te duele mucho? Me alegra que la perrita ya no esté en casa. Ponme una copa de vino, ¿quieres, cariño? Tu madre está hecha un trapo.

Kippie le sirvió a su madre una copa de vino. Cuando se la acercó, ella estaba tumbada en un diván con los pies en alto.

—Gracias, cariño. ¿No es maravilloso? Solos en familia en mi momento preferido del día. Hacía mucho tiempo que no estábamos juntos así.

Miró a su marido y a su hijo y sonrió. Ninguno de los dos reaccionó a su entusiasmo, pero ambos asintieron. Hubo un silencio durante un momento.

—Casper Stieglitz nos ha invitado a una cena en su casa —dijo Jules.

—¿Casper Stieglitz? ¿Para qué? —preguntó Pauline, y chasqueó la lengua ante lo absurdo de la idea.

—Y a ver una película —añadió Jules.

—Oh, cielos, toda esa gente que no conocemos —dijo Pauline.

Por lo que a Pauline respectaba no había nada más que decir del asunto.

Jules se volvió hacia Kippie y se encogió de hombros, como para remarcar que lo había intentado y había fallado.

Kippie, mirando a Jules, empezó a tocar la guitarra de nuevo.

—Esta es mi última composición —dijo—. Tiene una letra pegadiza —empezó a cantar en voz baja y amortiguada:

Flo es el nombre de la amante de mi padrastro, Vive en una calle llamada Azelia.

Cada tarde, a las cuatro menos cuarto...

Jules, qué rara vez se sorprendía ante los acontecimientos de su vida, miró a Kippie, atónito.

—Lo que quiera que sea eso, es maravilloso, cariño, pero no puedo aguantar música de guitarra en este momento. Tengo un dolor de cabeza terrible.

—Lo siento, mamá —dijo Kippie, dejando la guitarra—. Arnie Zwillman también estará allí.

—Y, dime, ¿quién es Arnie Zwillman? —preguntó Pauline.

La forma que tenía de pronunciar un nombre como «Arnie Zwillman» no dejaba dudas sobre la opinión que le merecía tal persona, sin necesidad de pronunciar ni una sola mala palabra contra ella.

—Te gustará, mamá. Arnie Zwillman procede de una vieja familia mafiosa. Viejo dinero mafioso. Inscrito en el Registro de la Mafia. Nada que ver con tus nuevos amigos. Te gustará.

Pauline se rio.

—¿Crees que mi hijo me está tomando el pelo, Jules? —preguntó.

Jules no respondió.

—¿Cómo has conocido a alguien así? —le preguntó a Kippie.

Kippie se rio. Quería mucho a su madre. Estaba orgulloso de su belleza. En todas las escuelas a las que había ido, los otros chicos y los profesores competían para que Kippie se la presentara, y ella, en respuesta, nunca dejó de ser encantadora con ellos. Kippie siempre era atento con su madre en sus cumpleaños y en Navidad. Pero también estaba desconcertado con su vida social y no podía soportar a Jules Mendelson. Nunca le confiaba sus secretos, aunque sabía que con ella estarían a salvo.

—Me gustaría que mi hijo pasara más tiempo en compañía de la clase de gente con la que se educó, en lugar de con esos tipos marginales con los que está constantemente —dijo ella—. De verdad que no puedo entender cómo has llegado a conocer a esa gente, Kippie.

—Mira, Pauline —dijo Jules de repente, al mismo tiempo que se levantaba de la silla—. Creo que será mejor que vayamos a casa de Casper Stieglitz. Solo por esta vez.

—Nunca pensé que te oiría decir eso, Jules. Creía que no podías soportar a toda esa gente del cine —dijo Pauline—. «Lo único que hacen es hablar de películas.» ¿No es eso lo que siempre dices de ellos?

—Creo que es mejor que vayamos —repitió Jules con suavidad, con mirada de esposo devoto, indicando que ella debía aceptar sus deseos.

—Haz lo que te dé la gana, Jules —dijo Pauline—. Ve tú, pero yo no tengo ninguna intención de acompañarte. No conozco a ese hombre y no sé por

qué tengo que ir a su casa a cenar.

Jules miró a Kippie e hizo un vago gesto para indicar que, a su debido tiempo, hablaría con Pauline para convencerla.

Arnie Zwillman estaba disfrutando del masaje diario de Wanda cuando Kippie Petworth volvió. Kippie se sentó a leer una revista en otra habitación mientras Wanda terminaba.

—¿Quieres un masaje? —preguntó Arnie cuando salió de su sala de entrenamiento anudándose el cinturón de su bata de felpa.

—No, gracias —dijo Kippie.

—Hará que te corras si se te pone dura —dijo Arnie.

—No, gracias —repitió Kippie.

—Hasta mañana, Wanda —dijo Arnie. Se acercó hasta la barra y se sirvió un vaso de zumo de uva—. Es bueno para la salud.

Kippie asintió.

—¿Qué ha dicho tu padrastro? —preguntó Arnie Zwillman.

—Que irá —respondió Kippie.

—Buen chico, Kippie. ¿Y tu madre?

—Mi madre está dudando.

—Dudando, ¿eh?

—«Toda esa gente que no conocemos», fueron sus palabras exactas —dijo Kippie.

—Muy pija.

—Así es mi madre.

—Dile a tu madre...

Kippie levantó la mano en señal de protesta.

—No le puedo decir a mi madre dónde tiene que ir. Eso solo puede hacerlo mi padrastro. La convencerá de que vaya.

Arnie Zwillman asintió.

—¿Qué te ha pasado en el dedo?

—Me mordió un perro.

—¿Has perdido el dedo?

—Una parte.

—¡Uf! Odio la sangre —dijo Arnie—. ¿Qué te ha dicho tu viejo sobre mí?

—No es mi viejo. Ya te lo he dicho.

—Vale. ¿Qué te ha dicho tu padrastro Jules Mendelson sobre mí?

—Dice que incendiaste el Vegas Seraglio para cobrar el dinero del seguro —dijo Kippie.

Arnie Zwillman se puso rojo y sacudió la cabeza.

—Ese gordo gilipollas.

—Eh, estás hablando de mi padrastro.

—¿Qué más dijo de mí?

—Dijo que haces trampas a las cartas.

—Qué problemón. No conozco a nadie que no haga trampas a las cartas. Para mí, engañar a los tramposos es parte del juego.

—Dijo que tienes un sistema de vigilancia electrónica en el techo de tu sala de juego.

—¿Cómo demonios sabe eso?

—Escucha, Arnie, no te estoy criticando. Solo soy el mensajero.

—Tu comparecencia es mañana. El juez Quartz desestimaré el caso. ¿Irán tus padres al juzgado contigo?

—Mis padres ni siquiera lo saben. Además, estarán en un funeral.

—Ven un momento, Kippie —le había dicho Jules a la mañana siguiente mientras se dirigía a la habitación del amanecer para desayunar. Estaba de pie en la puerta de la biblioteca, vestido de oscuro para el funeral de Hector, con un café en la mano—. Hay algo de lo que tenemos que hablar antes de que baje tu madre.

Jules volvió a su silla bajo las *Rosas blancas* de Van Gogh y apartó algunos periódicos. Kippie entró en la habitación y cerró la puerta, pero no se sentó.

—He llamado al centro de rehabilitación de Lyon —dijo Jules—. He hablado con el padre LaFlamme. Te aceptarán de nuevo. Creo que es donde debes estar.

Kippie asintió.

—La señorita Maple ha reservado un vuelo.

Kippie asintió de nuevo.

—Muchas gracias —dijo.

—Quiero que te quede clara una cosa. Lo hago por tu madre. No lo hago por ti —dijo Jules.

—Muchas gracias de todas formas —dijo Kippie.

## *Las cintas de Flo #9*

*«Me pusieron en los libros de contabilidad como consultora, aunque sabe Dios como consultora de qué. Te diré algo sobre Jules Mendelson: era un hombre muy generoso. Cada mes me llegaba un cheque a nombre de F. Houlihan. Houlihan es mi verdadero apellido, aunque no lo he usado desde hace años. March es solo uno inventado, para el supuesto de que me convirtiera en actriz o modelo, aunque ninguna de las dos cosas salió adelante, por cierto. A veces, si Jules tenía que escribirme sobre lo que fuera, empezaba la carta con “A la atención de Red”. Supuestamente, eso debía engañar a la secretaria para que pensara que F. Houlihan era un tío en lugar de una novia, y la señorita Maple lo dejó pasar. Solo que no se puede engañar a la señorita Maple. Siempre supo quién era. Un día me llamó por teléfono y me dijo, de una manera muy amable, que creía que estaba gastando demasiado dinero. Por supuesto, Jules nunca supo que me había llamado. Si me hubiera dicho: “Guarda un poco de ese dinero en el banco y ahórralo para las vacas flacas”... Pero, aunque lo hubiera hecho, conociéndome, probablemente no le habría escuchado. Verás, el mayor error que cometí fue pensar que el tiovivo no se detendría nunca.»*

Si Flo March hubiera sabido lo insignificante que iba a ser el incendio, no se habría alarmado tanto cuando alguien, una mujer completamente histérica, gritó «¡fuego!» mientras corría por el pasillo y pasaba por delante de su suite en el hotel Meurice de París a las dos en punto de la madrugada. Más tarde, a la persona que resultaría más perjudicada por su actitud le dijo que su madre había muerto en el incendio de un albergue social en el centro de Los Ángeles. Si hubiera reaccionado de forma más tranquila, la fotografía de Flo no habría salido en la portada de *Le Figaro* y de otros dos periódicos parisinos, así como en el *International Herald Tribune*, con su maravilloso pelo rojo alborotado, envuelta en una sábana que cubría su abrigo de zorro plateado y con un pequeño maletín Louis Vuitton en la mano —incluso en la instantánea se apreciaba que era nuevo— que solo podía contener joyas. La fotografía hasta podría haber pasado inadvertida, ya que Flo March era relativamente desconocida, como les ocurre a muchas queridas, pero su benefactor y amante, vestido pero sin corbata, aparecía en el fondo de la imagen; otro huésped poniéndose a salvo de un incendio que al final no fue más que un colchón quemado por el cigarrillo de la estrella de televisión borracha que ocupaba la suite contigua. Y el benefactor y amante de Flo March era extremadamente conocido. Era tan conocido que se sabía que se estaba alojando en el hotel Ritz de la Place Vendôme, a varios bloques del Meurice, y que solo podía encontrarse en ese hotel con motivo de una cita nocturna, como Cyril Rathbone, el columnista de cotilleos de la revista de Los Ángeles *Mulholland*, que casualmente estaba en París en ese momento, apuntó en los recortes que envió a Los Ángeles a su viejo amigo Hector Paradiso.

«¡Pobre Pauline!», escribió Cyril con su delgada letra en el margen del periódico. A Cyril Rathbone nunca le había gustado Pauline, porque no le permitía cubrir sus fiestas para sus columnas, y todo intento de persuasión, incluso el ejercido por parte de su gran amigo Hector Paradiso, resultó inútil para hacer que ella cambiara de parecer. «Querido —le había dicho Pauline a

Hector en esa época—, no insistas. No podemos tener a periodistas como el señor Rathbone en nuestra casa. Jules odia esa clase de publicidad. Y además, el señor Rathbone ya escribe un montón de cosas acerca de nosotros sin venir a nuestra casa.» Así que, según el código de conducta de Cyril Rathbone, la grandiosa señora Mendelson era una pieza de caza legítima.

Hector había tratado de transmitir esa información a Pauline en varias ocasiones, la última vez en la fiesta de los Mendelson la noche que murió, con la intención de ahorrarle el bochorno en el caso de que la fotografía se hiciera pública. Cada vez abordaba la desagradable tarea con reticencia y cada vez se sentía aliviado por haber sido incapaz de llevar a cabo su misión, porque sabía lo profundamente herida que se hubiera sentido su amiga.

Ningún hombre estaba más satisfecho con su matrimonio que Jules Mendelson. Desde el momento en el que vio por primera vez a Pauline McAdoo Petworth, veintitrés años atrás, en el baile de cumpleaños de Laurance Van Degan celebrado en el club Everglades de Palm Beach, supo que ella era a quien había estado esperando. Esa noche Pauline estaba bailando con Johnny Petworth, de quien se estaba divorciando, y personificaba todo lo que para Jules era apropiado y formidable. En aquella época, a Jules no se le consideraba un gran partido. Era un hombre desgarrado, enorme, con aspecto un tanto desastrado, y no prestaba atención alguna a su apariencia. Y, además, ni una palabra de su inmensa riqueza y de su genio financiero había llegado al mundo en el que Pauline, a pesar de su juventud, era ya una habitual.

La gente de Palm Beach lo veía como alguien aburrido a quien era difícil asignar un asiento. «Querida, ¿te importa si te pongo al lado de Jules Mendelson?», decían las anfitrionas a sus mejores amigas. Fue de esa forma como Pauline acabó sentada al lado de Jules la noche siguiente al baile, en casa de Rose Cliveden e, inmediatamente, vio posibilidades en él. Cuando el señor Forbes empezó a publicar su lista anual de las cuatrocientas personas más ricas de América y Jules Mendelson fue incluido muy cerca de los primeros puestos, la misma gente que en un principio le había considerado aburrido empezó a encontrarle fascinante. «Qué suerte tengo de sentarme a tu lado, Jules», dirían las mismas damas tras conocerse el anuncio, pero para entonces Pauline ya llevaría muchos años siendo la señora Mendelson. Nadie que lo hubiera tratado en aquella época hubiera sospechado que se dejaría

cambiar como Pauline lo cambió, de manera parecida a como transformó la vieja mansión de Von Stern en Beverly Hills que Jules había comprado y que Pauline había convertido en una atracción. Rehízo totalmente su aspecto. Dio instrucciones a Willi, su peluquero, para que alzara la raya de su peinado y acortara el largo de sus patillas. Eligió las corbatas, los gemelos y hasta los botones de sus camisas. Le llevó al sastre de Londres que había confeccionado los trajes de su padre durante años, así como al sastre de camisas y al zapatero, y tomó las decisiones por él hasta que Jules entendió cuál era el aspecto propio de la gente de su clase. Todo el mundo comentó lo mucho que había mejorado, así como su capacidad para mantener una conversación en una cena de gala.

—¿Tienes una amante, Jules? —le preguntó Pauline una vez, más de un año antes de que Cyril Rathbone viera una fotografía de Flo March, con Jules en segundo plano, en la prensa parisina.

Esperó a que Dudley dejara la bandeja de las bebidas y saliera de la habitación para hacer una pregunta tan sorprendente, incluso para ella cuando la formuló. Aunque no era una mujer excesivamente pasional, Pauline se sentía adorada, pero poco deseada, y más que un conocimiento real del hecho, fue un cierto instinto femenino el que la llevó a hacer semejante pregunta. La conversación tuvo lugar en la habitación del atardecer, donde todos los días los Mendelson se tomaban una copa de vino al caer la tarde y hablaban de los asuntos del día antes de vestirse para la cena.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jules, estupefacto, apartando su mirada del rojo y anaranjado atardecer para prestarle toda su atención.

—Solo pregunto —dijo Pauline, entrelazando sus manos en un gesto defensivo.

—¿Qué significa una pregunta así? —insistió Jules.

—No paras de repetirme, Jules. «¿Qué significa eso? ¿Qué significa una pregunta así?» Seguro que tienes una respuesta mejor que esa. Tú, un hombre que maneja cientos de millones de dólares —Pauline, normalmente serena, se había alterado ligeramente.

—¿Por qué te comportas así, Pauline? —preguntó él, con la actitud de un hombre que no tiene nada que esconder.

—Más preguntas. Me respondes con preguntas. Puede que eso te funcione en el mundo de negocios, Jules, intimidar, poner a la gente a la defensiva, pero conmigo no sirve. Probablemente soy una de las pocas personas que conoces que no te tiene miedo.

Jules sonrió.

—Lo sé, Pauline, siempre lo he sabido, desde el momento en el que te vi tirarle el acuerdo prenupcial a Marcus Stromm a la cara y manchar de tinta negra su camisa. Esa es una de las muchas cosas que me gustan de ti.

—Tienes una manera peculiar de mostrarme tu amor.

—Solo puedo contestarte con otra pregunta. ¿Qué significa eso?

—Se me considera una mujer guapa. Al menos la gente me dice que soy guapa, y las revistas y los periódicos también dicen de mí que soy una mujer guapa. No estoy alardeando. Es algo que me han dicho desde niña. Es algo en lo que me esfuerzo. Es la razón por la que nado ochenta largos en la piscina cada día, llueva o luzca el sol. Es la razón por la que dedico parte del día a que Pooky me arregle el pelo y Blanchette las uñas. Es la razón por la que voy a París dos veces al año a comprar ropa.

—Todo eso lo sé —dijo Jules.

—Oh, sí, sé que lo sabes. También sé que te gusta tenerme a tu lado cuando vas a una de esas interminables cenas a las que tienes que asistir. Y que incluso me necesitas, porque soy capaz de entretener y atraer a gente interesante a tus fiestas cuando quieres impresionar a los hombres con los que haces negocios.

—Sí, es verdad.

—Eso ya no me basta, Jules. Lo mismo me daría estar casada con Hector, dado el amor que me demuestras.

—Sí te quiero.

—¿Entiendes que estoy hablando de la palabra amor en el sentido de hacer el amor? Soy más que un maniquí. Soy más que una anfitriona.

Por supuesto, él lo entendía. Adoraba a su esposa. No podía imaginarse la vida sin ella. Su matrimonio era un contrato tan vinculante como cualquiera de los contratos de negocios que acostumbraba a firmar. Anticipándose a mayores sospechas, se volvió más atento con las obligaciones de su unión, al menos durante un tiempo, pero un obstáculo se había interpuesto, un obstáculo

sexual, algo que nunca hubiera imaginado que le ocurriría. Se llamaba Houlihan, Fleurette Houlihan, y no podía soportar cómo sonaba. «¿No crees que ya parezco lo suficientemente irlandesa como para tener semejante nombre, Fleurette Houlihan?», preguntaba a menudo, sacudiendo al mismo tiempo su melena pelirroja. Cuando trabajaba de camarera en la cafetería Viceroy de Sunset Strip, pensó que podía convertirse en actriz y se cambió el nombre a Rhonda March, por Rhonda Fleming, una estrella de cine pelirroja a la que su madre admiraba. Se decía que la cafetería Viceroy servía el mejor café de West Hollywood y fue allí donde conoció a Jules Mendelson; un gran bebedor de café: diez al día. Jules había entrado una mañana porque la cafetera de su oficina estaba estropeada. Ella llevaba una pequeña placa identificativa con su nombre, RHONDA, prendida en el uniforme.

Jules Mendelson no era la clase de hombre que hablaba con las camareras, pero ese día, por una razón que no consiguió entender, le dijo a la chica pelirroja que llevaba la placa que rezaba RHONDA:

—Supongo que te llaman Red.

—No, no me llaman así —dijo ella de forma bastante enfática. Era una chica guapa que estaba acostumbrada a tratar con viejos verdes—. De hecho, no me gusta que me llamen Red.

—¿Cómo te llaman? —preguntó él.

En su tono había un genuino interés por su respuesta, y ella sintió que se había equivocado al tomarle por alguien lascivo.

—¿Quieres decir que cuál es mi nombre?

—Sí.

—Rhonda —dijo ella, tocando la placa con una uña pintada de rojo.

Cuando levantó la vista de su *Financial Times* y la vio limpiar la mesa con una esponja de color turquesa, le dijo:

—No te pega llamarte Rhonda.

—Estaba pensando en cambiarlo a Rondelle —dijo ella.

—Oh, no —dijo él—. Rondelle no.

—¿Quieres un café? Tenemos el mejor café de West Hollywood.

—Sí.

Cuando posó la taza frente a él, Jules le preguntó:

—¿Cuál era tu nombre antes de que te lo cambiaras?

—No quieres saberlo —dijo ella.

—Sí, sí quiero.

—Fleurette Houlihan —dijo, casi susurrando—. Me da vergüenza. Imagínalo ahí arriba en la pantalla del cine.

Se rio.

—Me gusta la parte de Fleurette —dijo Jules.

—¡No te gusta!

—Un poco.

—Estás loco.

Le gustaba hablar de sí misma.

—¿Qué tal Flossie? —dijo Jules.

—Suena peor que Fleurette.

—¿Flo?

—Mmm —pensó un poco en ello.

—Una vez conocí a una Flo —dijo Jules. No pretendía involucrarse tanto en una conversación así—. También era una chica guapa.

Así que se convirtió en Flo.

Flo March tenía por entonces veinticuatro años; quizá no era la chica más inteligente del lugar, pero sí una de las más simpáticas y, sin duda, una de las más guapas, si es que el pelo rojo, los ojos azules y una piel de color crema se considera una combinación atractiva. A veces salía con representantes de segunda fila a los que había servido café, pero nunca la llevaban a pases de películas o a cenas en restaurantes, que era la clase de cosas que ella anhelaba hacer. Salían a cenar a otras cafeterías y ellos solamente andaban detrás de una cosa, y normalmente ella se la daba porque era más fácil decir que sí que decir que no y aguantar una escena. Hector Paradiso, que vivía más arriba en la misma Hollywood Hills, desayunaba allí cada mañana, y a menudo le contaba a Flo las historias de la noche anterior: si había estado en una fiesta de Faye Converse o de Rose Cliveden o, lo mejor de todo, en una de Pauline Mendelson. A Flo le encantaba que le contara cosas de esas fiestas, especialmente de las de Pauline Mendelson. Leía cada palabra que se publicaba sobre Pauline Mendelson en las columnas de sociedad y en las

revistas de moda que Hector le pasaba a veces después de habérselas leído. Flo, que no era tonta, también estaba al tanto de la otra vida de Hector, la que nadie comentaba nunca. Todos los chaperos del Strip iban a la cafetería Viceroy y le contaban sus aventuras con los tíos ricos que paraban sus Mercedes-Benz y sus Rolls-Royce y se los llevaban a sus casas después de llegar a un acuerdo.

Desde aquella primera vez, Jules había vuelto a la cafetería Viceroy todos los días. Siempre aparecía con su periódico financiero bajo el brazo y se sentaba a la misma mesa, aunque los encargados torcieran el gesto cuando una sola persona ocupaba una mesa para cuatro clientes y solo pedía café. Pero había algo en Jules —aunque el encargado, que se llamaba Curly, no tuviera ni idea de quién era— que evitaba que le pidieran que se sentase a la barra y no a una mesa, especialmente después de que Rhonda, que ahora quería ser llamada Flo, le dijera al encargado que el hombre grande, aunque solo tomara café, dejaba siempre una propina de diez dólares.

—No quiero que creas ni por un instante que esto es lo que tengo pensado hacer el resto de mi vida —dijo Flo, algunos días después, sirviéndole a Jules un segundo café con una mano mientras con la otra limpiaba la mesa de formica con su estropajo de color turquesa—. Esto —continuó refiriéndose a su trabajo como camarera en una cafetería— es solo el medio que justifica un fin.

—Y el fin, claro, es el estrellato —dijo Jules mirando por encima del borde del *Wall Street Journal*.

—Me conformo con algo menos —dijo Flo bastante seria.

—¿Con qué te conformarías?

—Me gustaría ser actriz de reparto en una serie de televisión, la mejor amiga de la protagonista, que el peso de la acción no recayera sobre mis hombros, y que cuando la serie fuera cancelada después de trece semanas, no me echaran a mí las culpas y me pudiera ir sin problema a otra serie, de nuevo como actriz de reparto. También me conformo con un papel pequeño.

Jules se rio.

Flo se ruborizó.

—¿De qué te ríes? Lo digo en serio —dijo ella a la defensiva.

—Es una risa de fascinación, no de mofa —dijo él.

—Una risa de fascinación, no de mofa —repitió ella lentamente, como si estuviera memorizándolo para poder repetirlo en otra conversación—. Eh, eso es bonito.

—¿Estás haciendo algo al respecto? —preguntó Jules.

—¿A qué te refieres?

—Si estás estudiando, buscando un representante, yendo a audiciones, o lo que sea que hacen las actrices para prosperar. No estarás esperando a que te descubran detrás de la barra de una cafetería, ¿verdad?

—Necesito fotos —dijo Flo—. Si no no quieren verte.

—Entonces consigue esas fotos.

—«Consigue esas fotos», dice —puso los ojos en blanco, como si Jules Mendelson hubiera dicho algo estúpido—. ¿Tienes idea de lo que cuestan esas fotografías?

—Pareces derrotada antes de haber empezado siquiera —dijo él—. Déjame decirte algo. Si puedes visualizar lo que quieres ser, lo conseguirás, créeme.

Flo lo miró, seria. No era la clase de flirteo al que estaba acostumbrada con sus clientes.

—La cosa es que tengo este enorme deseo de ser famosa, pero no sé si soy lo suficientemente buena en algo como para conseguirlo.

—Te veo muy bien hoy —le había dicho Jules otro día, refiriéndose al nuevo uniforme rosa que vestía.

—Mi madre solía decir que Maureen O'Hara fue la primera actriz pelirroja que tuvo el valor de vestir de rosa en la pantalla —dijo Flo.

Jules, desconcertado, asintió. No entendía la mayoría de cosas que decía Flo, pero cada vez le gustaba más escucharla. Tenía opiniones para todo. Su secretaria, la señorita Maple, la que tenía desde hacía años, no podía entender por qué Jules dejaba la oficina cada mañana alrededor de las diez en punto para ir a tomar un café a Viceroy, cuando Beth, su asistente, hacía un café perfecto en la oficina; pero Jules decía que prefería tomar el aire y leer el *Wall Street Journal* y el *Financial Times* en paz. La señorita Maple dejó de hacer preguntas al respecto.

Flo miró por la ventana de la cafetería. Aparcado en la acera de Sunset Boulevard había un Bentley azul oscuro.

—¿Ese de ahí fuera es tu coche? —preguntó.

Jules miró por la ventana hacia el coche, como si no fuera suyo, y luego volvió a mirarla.

—¿Por qué crees que ese es mi coche?

Flo se encogió de hombros.

—Porque parece que vais a juego —dijo ella.

Jules no respondió.

—Y nadie más en este garito tiene aspecto de poder permitirse uno como ese. ¿Lo tienes en alquiler o es tuyo?

Jules, avergonzado, murmuró:

—Es mío —quería zanjar el asunto.

—Bien, me daré una vuelta contigo —dijo ella, estallando en una carcajada y ruborizándose a la vez—. Eh, solo estoy bromeando. Toda mi vida he querido dar una vuelta en un RollsRoyce.

—No es un Rolls —dijo Jules.

—¿Qué es?

—Un Bentley.

—Un Bentley. ¿Qué es un Bentley? Nunca he oído hablar de un Bentley —había una gran decepción en su voz.

—Bueno, es como un Rolls, fabricado por la misma marca —dijo Jules, como si estuviera defendiendo a su coche. Sabía que era una conversación absurda, indigna de él.

—¿Como una especie de modelo más barato? —preguntó Flo.

—Sí, algo así, pero no por mucho —dijo él.

Echó un vistazo a la mesa de al lado y se preguntó si la gente estaba escuchando, o si sabían quién era. Quiso levantarse del asiento de piel sintética naranja donde estaba sentado. Se vio a sí mismo poniéndose en pie, dejando un billete grande en la mesa para cubrir la cuenta y la propina y saliendo de la cafetería, pero no lo hizo. En lugar de eso, empujó la taza hacia ella para indicar que quería otro café.

Como una polilla atraída por una llama, Jules empezó a visitar la cafetería Viceroy con más frecuencia. Desde la ventana que había junto a la mesa a la

que siempre se sentaba podía verse un edificio alto. Las letras doradas impresas en un lateral del edificio anunciaban que era el edificio Jules Mendelson, donde se encontraba su oficina, aunque hasta el momento nadie en la cafetería Viceroy lo hubiera asociado con ese nombre o ese edificio.

Una mañana, Flo le hizo esperar mientras bromeaba en la barra con un hombre joven, al que Jules reconocía de visitas anteriores. Era un tipo atractivo, vestido con vaqueros negros demasiado ceñidos, y Jules se sorprendió de la cantidad de odio y envidia que despertaba en él. Cuando finalmente Flo se acercó a su mesa, se mostró frío y distante con ella.

—¿Te ha comido la lengua un gato? —le preguntó Flo. Con frecuencia usaba expresiones que él no podía soportar.

—¿Quién es ese tío con el que estás hablando en la barra? —le preguntó después de que ella le trajera su café.

—¿Qué tío?

—El rubio.

—Oh, él. Es Lonny —hizo un gesto con el pulgar hacia abajo.

—Parecías muy amable con él.

—Oh, ¡por favor!

—¿Por qué anda siempre por aquí?

—Por el café, como tú. Eh, no estarás celoso de Lonny, ¿verdad?

—¿Celoso? Claro que no. ¿Por qué iba a estar celoso? Solo quería saber quién es.

—Deja que te cuente algo sobre Lonny. Lonny no está, repito, *no* está interesado en chicas jóvenes y guapas como yo, créeme. Lonny está interesado en hombres mayores y ricos como tú, que llevan el tipo de coche que conduces tú.

Jules se puso rojo. No le gustaba que lo describieran como un hombre mayor. Tenía cincuenta y tres años y no se veía a sí mismo como un viejo. Había empezado a perder peso. Había empezado a comer solo cosas saludables —lenguado a la plancha y espinacas— y no tomaba pan ni postre. Incluso Willi, el barbero que lo afeitaba cada día a las cinco y media, le había dicho esa misma mañana que parecía en forma y varios años más joven.

Flo se dio cuenta de que le había molestado.

—No he querido decir viejo —dijo—. He querido decir mayor. Lonny era amigo de ese escritor famoso que murió. ¿Cómo se llamaba? Seguro que has oído hablar de él —se tocó varias veces el labio superior con el dedo mientras trataba de recordar el nombre—. Basil Plant, creo que era. Por lo que he oído, Lonny robó el borrador de su novela inacabada, o algo así. Alguien me contó la historia, pero oigo tantas historias aquí que ya no me aclaro.

Jules sacudió la cabeza. No estaba interesado en la historia del joven.

—Curly cree que estás colado por mí —dijo Flo, cambiando de tema.

—¿Quién es Curly?

—El encargado. El que está ahí, hablando con Lonny. Dice que cuando vienes solo te sientas a mi mesa y que dejas las mejores propinas.

Jules no respondió. Levantó un poco el *Financial Times* para esconder el sonrojo de su cara, como si hubiera descubierto algo en las noticias que fuera urgente leer. Lo que más temía era que hablaran de él, aunque estaba seguro de que Curly o cualquiera de las personas de la cafetería Viceroy no sabían que él era Jules Mendelson. Se preguntaba si él mismo conocía a Jules Mendelson. El Jules Mendelson que él conocía no se hubiera sentado cada día durante más de una hora en un reservado de piel sintética naranja en una cafetería de Sunset Boulevard para ver a una camarera pelirroja llamada Flo March. Ese día le preguntó a Flo March si quería dar una vuelta en su Bentley.

Su vestido era vulgar y un tanto llamativo. Jules creía que no le quedaba bien. Pensaba que la falda era demasiado corta, aunque tenía las piernas bonitas. Estaba acostumbrado a verla con su uniforme rosa de camarera, de estilo sencillo y, en un principio, se sintió decepcionado por su apariencia fuera del trabajo.

—¿Sabes lo que me gusta de ti, Jules? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Lo incómodo y torpe que estabas al pedirme que diéramos una vuelta, como si no estuvieras acostumbrado a ligar con chicas como yo. Eso me enterneció.

—Pensé que era el coche lo que te había convencido.

—Eso también —dijo ella, y los dos se rieron.

Jules se dio cuenta de que ella parecía disfrutar con su propio humor. Si contaba algo divertido se reía sinceramente con sus, a veces, escandalosas historias.

—No te ríes lo suficiente, Jules. ¿No te lo ha dicho nadie?

—Supongo que es así.

—¿Quieres saber qué otra cosa me gusta de ti?

—Claro.

—No te has lanzado sobre mí al segundo de quedarnos solos en el coche.

—Lo que no significa que no quiera hacerlo.

—Lo entiendo, pero, aun así, no lo has hecho. Te comportas como un caballero, algo a lo que no estoy acostumbrada con la clase de tíos que me invitan a salir.

—Ni siquiera sé tu apellido —le dijo Flo saliendo del Bentley en el aparcamiento trasero de Viceroy, donde ella tenía aparcado su coche.

—¿Y eso qué más da?

—No, vamos, dímelo.

—Mendelson —dijo en voz baja.

Ella le miró con la boca abierta.

—¿Como el ala de pacientes Familia Jules Mendelson del hospital Cedars-Sinai?

Jules asintió.

—¿Eres tú?

Jules asintió.

—Es donde murió mi madre. En la unidad de quemados. Se quemó en el incendio de un hotel.

—Lo siento.

Su buen ánimo se había disipado. Estaba en silencio.

—Buenas noches —dijo ella.

Salió del coche y cerró de un portazo. Empezó a caminar hacia su coche y luego se volvió para mirarle. Estaba sentado en el asiento del conductor, observándola. Regresó al coche y metió la cabeza dentro.

—¿Eso significa que estás casado con Pauline Mendelson?

Jules asintió de una forma casi imperceptible. Había oído que los floristas y los peluqueros y la gente de las tiendas llamaban a su mujer por su

apellido de casada, pero era la primera vez que lo oía.

—Con razón no querías que nadie supiera tu nombre —dijo Flo—. Será mejor que te vayas a casa. Tu mujer estará dando una fiesta y se estará preguntando dónde te has metido —cerró con otro portazo y se metió en su coche.

Al día siguiente Flo estaba distante. Después de que Jules se sentara en su sitio de siempre, Flo le pidió a Belle que llevara sus mesas —«su territorio», como ella lo llamaba— diciéndole que iba a hacer su descanso antes. Luego se sentó en la barra y bromeó con Joel Zircon, el representante de Hollywood, y Manning Einsdorf, el propietario del Miss Garbo, de forma bulliciosa. Jules, furioso, leía su *Wall Street Journal*.

Fuera, a través de la ventana, Flo advirtió por primera vez el rótulo dorado del edificio alto que decía EDIFICIO JULES MENDELSON. Jules tomó solo dos cafés, se levantó y dejó la misma propina de diez dólares de siempre. Ella no se movió de la barra cuando él se marchó.

Al día siguiente le llevó un regalo, una cajita azul de Tiffany atada con un lazo blanco.

—Para ti —dijo deslizándola hacia ella en la mesa de formica.

—¿De verdad? —había un aire de felicidad infantil en su rostro.

—Ábrelo.

—¿Ahora?

—Claro.

Desató el lazo blanco con cuidado, como si fuera a guardarlo. Le sonrió. Luego abrió lentamente la cajita azul. Dentro había papel de gasa, que rasgó. Debajo había una capa de algodón y el regalo de Jules. Lo cogió. La decepción asomó en su cara.

—Hazme un favor, señor Pez Gordo. Coge tu pequeña baratija plateada del mostrador de rebajas de Tiffany y métetela por donde te quepa. Mi exnovio, Mikey, de la gasolinera Mobil de por allí, me hubiera regalado algo mejor que un llavero plateado con un corazón colgando. ¿Qué es? ¿Una sobra de los regalos de Navidad de tu oficina? Guárdala para el cumpleaños de tu

repcionista. Eh, Belle, ¿te quedas con mi territorio? Voy a hacer el descanso ahora.

Jules se quedó sentado, con la cara triste. Era un regalo barato para la intención que había detrás, y ella se había dado cuenta. Y también había acertado: era uno de los regalos de Navidad sobrantes de la oficina, un añadido a la paga extraordinaria que cada de una de las chicas de su equipo había recibido.

Esa noche, mientras se vestía para cenar, la llamó por teléfono para disculparse. Era la primera vez que la llamaba, así como la primera vez que llamaba a otra mujer desde su casa. Su línea estaba ocupada. Se duchó y volvió a llamarla, y seguía ocupada. Se abotonó la camisa y se puso los gemelos y marcó de nuevo, pero la línea comunicaba. Se anudó la corbata negra. La línea seguía ocupada. Se puso sus zapatos negros de piel brillante. Todavía ocupada. Se puso la chaqueta del esmoquin. Ocupada.

—Jules —llamó Pauline—. Vamos a llegar tarde.

—Voy —respondió.

«Una última vez», pensó. Marcó de nuevo. Su teléfono daba señal.

—¿Hola?

—Tu línea estaba ocupada —dijo él.

Había un tono de irritación en su voz.

—Sí, lo estaba —contestó ella, fríamente.

—¿Con quién hablabas? —sabía que era la pregunta equivocada, aunque la estuviera haciendo.

—No es de tu incumbencia.

—¿Qué te pasa?

—Me estás hablando con voz irritada, como si no tuviera derecho a hablar por teléfono.

—Lo siento. Mira. Llama mañana a la compañía de teléfono y haz que te pongan otra línea. Yo me hago cargo de ella.

—El pez gordo de los grandes regalos.

Alguien llamó a la puerta del vestidor, y luego la puerta se abrió y entró Pauline.

—¡Jules! ¡Por favor! ¡Vamos a llegar tarde! Es una fiesta sorpresa para Madge y Rose se pondrá furiosa si la arruinamos.

—Ahora mismo voy, Pauline. Estoy terminando de hablar con Sims.

—Dios mío, ¿esa es Pauline? —preguntó Flo, fascinada—. No me lo puedo creer. Pauline Mendelson. «¡Jules! ¡Por favor! ¡Vamos a llegar tarde! Es una fiesta sorpresa para Madge y Rose se pondrá furiosa si la arruinamos» — Flo imitaba exactamente el tono de clase alta de Pauline.

—Maldita sea —dijo Jules, entrando en pánico.

Para él, la vida familiar del más alto nivel, como la que compartía con Pauline, y el amor de naturaleza más sexual, como el que anhelaba pero todavía no compartía con Flo March, no eran incompatibles, pero era impensable que pudieran entremezclarse.

—Mira, tengo que irme.

—Adiós —dijo ella.

Su indiferencia le exasperó.

—¿Sigues enfadada? —preguntó Jules.

—No.

—¿Con quién hablabas antes? —preguntó él.

—Uno de mis amantes de Watts —dijo ella, y colgó.

Al día siguiente Jules contactó con un peletero del valle de San Fernando que no era probable que frecuentara ninguna de las personas que Pauline conocía. Le envió a Flo un abrigo de zorro plateado.

«Ahora nos estamos entendiendo», dijo Flo, después de abrir la caja y sacarlo.

Incluso las mujeres que envidiaban a Pauline Mendelson por la vida que le había sido servida en bandeja de plata tenían que admitir que desempeñaría un papel maravilloso como esposa del jefe de la delegación americana en Bruselas durante el año de la fundación de la Unión Europea. Aunque Jules todavía no había sido confirmado en el cargo, el presidente le había asegurado que era una decisión en firme y que se podía ir preparando. Primero la posibilidad de ese puesto, que Jules tanto deseaba, y luego la certeza de ello, mantuvieron las cosas estables durante su tormento interior por su obsesión con Flo March.

Aprovechando sus dos viajes al año a París para comprar ropa, Pauline había hecho varias excursiones a Bruselas y había cerrado el contrato de alquiler de una casa grande situada en un frondoso parque de la avenida Prince d'Orange, donde se esperaba que ella se entretuviese magníficamente durante su año de estancia. El señor Jensen, el decorador francés, había volado desde París junto a Pauline y habían elegido los colores con los que se redecorarían las habitaciones y decidido en qué lugares se colgarían los cuadros que tenía intención de traer desde Clouds, como las *Rosas blancas* de Van Gogh, los seis Monet, el Degas y el Bonnard de Misia Sert. A lo largo de los años, Pauline, que era meticulosa en todo, había perfeccionado tanto su francés de colegiala de Foxcroft que incluso sus amigos franceses, que eran numerosos, la alababan por sus perfectas conjugaciones y la elegancia de su pronunciación. Jules, por el contrario, no tenía aptitudes para idiomas que no fueran el suyo. Hablaba el tipo de francés del que los franceses se burlan, pero nunca nadie se burló de Jules Mendelson, ya que era demasiado apabullante en maneras, posición y riqueza.

Cuando Pauline se fue a China con su hermana y su cuñado, Louise y Lawford Ordano, de Filadelfia, Jules llevó a Flo a París, donde tenía unos negocios. Se sentaron en secciones diferentes del Concorde y no hablaron ni una vez durante el vuelo, porque Jules sabía que habría varias personas conocidas a bordo. En París se alojaron en hoteles distintos. Los Mendelson siempre se quedaban en el Ritz de la Place Vendôme y ahí es donde Jules reservó su habitación. Flo, cerca, en el Meurice. Jules vivía con el miedo de que alguno de los amigos de Pauline pudiera verle con la joven y guapa pelirroja.

En la limusina, camino de la ciudad desde el aeropuerto Charles de Gaulle, Flo miró por la ventanilla, abrumada por estar en París.

—¿Esa es la Torre Eiffel? —preguntó.

—No, es la torre de control del aeropuerto —respondió Jules.

—Oh, parece la Torre Eiffel.

—No, no se parece —respondió Jules—. Se parece a la torre de control del aeropuerto.

—A mí me lo parece —insistió Flo.

Le dio una tarjeta de crédito para comprar y le dijo que fuera a cualquiera de los modistos, excepto al de Pauline, pero que no la acompañaría a las tiendas. No tenía ni idea de qué ropa encargar. Una dependienta comprensiva, notando su confusión, le aconsejó probar con un Chanel. «Nunca te equivocas con Chanel», le dijo. El primer día fue a Chanel y encargó cuatro modelos. El segundo día, encargó seis más. Cuando un dependiente le preguntó sobre largo y color, se volvió y le dijo: «Haz lo que creas conveniente. Me pongo en tus manos».

En dos días se había gastado casi cincuenta mil dólares. Un contable, que no conocía su nombre ni su cara, advirtió el montante de su pedido y llamó para comprobar su crédito. Fue informado de que había crédito suficiente para cubrir lo que fuera que la señorita March gastara. Le dijeron que tenía crédito ilimitado.

Cada noche cenaban en su suite del Meurice. Fue allí donde finalmente Jules hizo el amor con Flo por primera vez. Descubrió que su apetito sexual no tenía límites. Sus peticiones de actos específicos no eran vulgares, y Flo no le negó nada. En la guapa y joven mujer que una vez se había llamado Fleurette Houlihan, Jules Mendelson había encontrado a su pareja sexual perfecta.

Si ella estaba infeliz con el limitado alcance de su aventura parisina, no lo reveló. En ese momento de su vida, el mero hecho de estar en París ya era suficiente, aunque fuera a escondidas. El poder decir «cuando estuve en París» en una conversación con sus amigos de la cafetería Viceroy o con su peluquero, Pooky, o incluso con un desconocido, le encantaba. Solo la alarma de incendios que resultó no ser más que un colchón chamuscado en la suite de al lado interrumpió el viaje antes de su expiración natural.

A pesar de toda su pasión por Flo, Jules nunca barajó la idea de divorciarse de Pauline. Cada una de ellas le era necesaria, y no se le ocurrió que no podía tenerlas a las dos. Mantuvo a Flo al margen de todos los aspectos de su vida excepto el sexual y no le permitió tener una vida por su cuenta que no girara a su alrededor. Por tener eso pagaba un montón de dinero. En el totalmente improbable caso de que las dos mujeres de la vida de Jules se hubieran conocido y hubieran comparado sus experiencias, cada una habría descubierto que la otra tenía la parte de Jules que más deseaba. La bella y elegante Pauline hubiera querido una relación más romántica con su marido, en

lugar de que la mantuviera en un pedestal; y la sensual y erótica Flo hubiera ansiado recibir invitados y presidir una mesa llena de gente famosa y rica.

Jules se despertó a las tres de la mañana y no pudo dormirse de nuevo. Imágenes de Flo March y pensamientos relacionados con ella inundaban su mente. Anhelaba estar con ella. Girándose, dando vueltas en la cama, queriendo gritar su nombre, acabó tirando de una manera tan abrupta de las sábanas que le cubrían que también destapó a Pauline, tumbada junto a él.

—Jules, por Dios, ¿qué te ocurre? —preguntó Pauline, ahora ya del todo despierta y destemplada. Se puso de nuevo el edredón por encima.

—Lo siento —dijo él.

Había un tono tan abatido en su voz que a Pauline le resultó imposible enfadarse con él por haberla despertado.

—Jules, ¿hay algo de lo que quieras hablar? ¿Es por la cumbre? ¿Algo ha ido mal?

—No, no, lo siento, Pauline. Duérmete, estoy bien. Es solo que...

—¿Qué?

—Nada, de verdad. Nada —y al poco empezó a roncar ligeramente para simular que se había quedado dormido de nuevo, lo cual no era cierto.

No había pretendido enamorarse de Flo March. Solo había querido mantenerla y visitarla cuando le apeteciera, hacerle regalos, tenerla a su merced. Nunca se le ocurrió que quizá querría llegar a cambiar su vida por completo y convertirla a ella en la figura dominante.

## *Las cintas de Flo #10*

*«Jules me habló una vez de ese tío que le enfadó tanto. Discutieron y Jules acabó tirando al suelo la estatua de la bailarina de Degas, que era uno de los mejores tesoros de su colección, pero nunca me di cuenta de que ese tío era Philip Quennell. Si hubiera sabido que Jules tenía un problema tan grande con él, nunca hubiera ido a la habitación de Philip en el Chateau Marmont la noche en la que decidí dejar a Jules, después de que fingiera no conocerme cuando se encontró con Madge White en aquel restaurante del valle. Luego me enteré de que Philip había puesto en cuestión la causa de la muerte de Hector Paradiso desde el primer día. Después de todo, en realidad era una de las pocas personas que había visto el cuerpo y había estado en la casa. Se resistía a aceptar la historia de Jules acerca del suicidio, y luego llamó a un editor del Tribunal para saber por qué el diario no había cubierto el suceso, y eso a Jules le enfureció de verdad.*

*»Jules podía ser el tío más amable del mundo, pero también podía ser un cabrón. En realidad nunca vi esa parte de él, pero sé a ciencia cierta que fue Jules el que hizo que despidieran a Philip Quennell de la película que estaba escribiendo para Casper Stieglitz.»*

# 11

«Hollywood no perdona el fracaso», dijo Casper Stieglitz, cuyas últimas cuatro películas habían fracasado. Estaba instruyendo a Philip Quennell en la manera de pensar de Hollywood. «Te perdonará, pasará por alto tus fraudes, tus estafas y, en algunos casos, tus asesinatos, pero no te perdonará el fracaso.»

Casper miró a través de sus gafas de sol de montura negra, que nunca se quitaba, y observó extrañado el restaurante. Sacudió la cabeza y expresó decepción ante la clientela de mediodía. «Soy el nombre más importante aquí», dijo, desanimado. Por un momento se preguntó si Michel, el jefe de sala, le había puesto en el reservado equivocado, y consideró quejarse y pedir una mesa en la sala de atrás, donde, al pasar camino del baño, había visto sentado a Marty Lesky, el jefe de Colossus Pictures. Le Dôme, le había señalado a Philip Quennell cuando lo llamó para citarlo a comer y discutir los progresos de su proyecto, servía a la gente del negocio del cine y del negocio de la música, y era un buen sitio donde dejarse ver hablando de un nuevo proyecto.

Casper desplegó su gran servilleta con una floritura y se la puso en el regazo. Philip advirtió que su peluca estaba en la fase de mediados de mes, unos quince días después de su último «corte» y a unos dieciséis del siguiente; y en esa ocasión la llevaba recogida en una coleta con una goma. Las coletas recogidas con una goma era lo que se llevaba esa temporada entre los productores y ejecutivos de mediana edad de la industria, y Casper, advirtió Philip, siempre estaba a la vanguardia de la moda en la meca del cine. Su chaqueta Armani negra y aterciopelada se abría sobre su camiseta, estampada con una reproducción del *Guernica* de Picasso. Philip tenía que admitir que la peluca era prácticamente indetectable. Se preguntó si Willard, el mayordomo, que parecía tan quisquilloso, asistía en su colocación diaria y ayudaba con la goma y el pegamento o con lo que fuera que hubiera que hacer.

Casper, todavía preocupado por su mesa, seguía muy nervioso, estornudando y sonándose la nariz continuamente.

—Tengo que mear —dijo, y saltó de la mesa. Al levantarse vio a Mona Berg—. Oh, mira, Mona está aquí —dijo a nadie en particular, pero su voz se calmó considerablemente cuando vio que alguien tan importante como Mona estaba en el mismo comedor que él.

—Hola, Mona —dijo, saludando en dirección a su mesa.

—Hola, Casper —respondió Mona, haciendo un gesto que indicaba que debían hablar por teléfono más tarde.

—Este es Philip Quennell —dijo Casper, como forma de presentación—. Mona Berg es la mejor representante de esta ciudad.

Philip y Mona Berg se dijeron «hola» en la distancia.

—Y, Mona, Phil es el autor de ese libro tan tan polémico sobre Reza Bulbenkian titulado *Takeover*. ¿Lo has leído?

—Nunca tengo tiempo de leer otra cosa que no sean guiones, Casper. Ya lo sabes —dijo Mona Berg—. Pero haré un hueco para leer tu libro, Phil. Lo prometo. ¿Qué te pareció mi idea de Elliott Carver para el papel de Bligh? —preguntó ella.

Casper sacudió la cabeza en un deliberado gesto de negación.

—Elliott Carver lleva seis fiascos seguidos. Elliott Carver es perfecto para una comedia televisiva de un canal de pago, no para protagonizar una película de Casper Stieglitz.

—Estás cometiendo un gran error, Casper —insistió Mona, que era conocida por defender de forma incansable a sus clientes—. Marty Lesky pasó un primer montaje de *Career Girl* en su casa anoche y dijo que Elliott estaba fabuloso. Incluso Sylvia Lesky pensó que estaba enorme, y ya sabes lo difícil de complacer que es Sylvia.

—Perdona un segundo. Tengo que ir a mear —dijo Casper.

—Uno de estos días va a caerse muerto de todo lo que se mete por la nariz —dijo Mona.

Philip, que estaba de acuerdo, no respondió.

—Me han dicho que estás escribiendo el documental sobre drogas.

—Sí.

—Una tarea desagradecida.

—Me estoy dando cuenta.

—Si no recurrís a policías de verdad y, al final, necesitáis actores, lo cual siempre funciona mejor, llámame. Quiero que conozcas a Elliott Carver.

—Claro, pero eso depende de Casper.

—Aquí está mi cita, el gilipollas. Casi me haces esperar, Joel —dijo ella mirando el reloj. Había un tono de reproche en su voz.

—Lo siento, Mona —dijo Joel, sentándose.

—Odio que me hagan esperar, Joel.

—Te he dicho que lo siento, Mona. Había atasco.

—¿Cómo te llamabas? —le dijo a Philip.

—Quennell. Philip Quennell.

—Joel Zircon. Philip Quennell.

—¿No nos vimos en el funeral de Hector Paradiso? —preguntó Joel—. Eres el tío que le dio el pañuelo a Flo March, ¿verdad?

—Tienes que hacer algo con tu forma de vestir, Phil —dijo Casper Stieglitz cuando volvió a la mesa.

—¿Qué hay de malo en mi forma de vestir? —preguntó Philip.

—No es lo que se lleva por aquí —dijo Casper—. Chaqueta azul, pantalones grises de franela, camisa Brooks. Por favor. Ese aspecto pasó de moda hace años. Y fuera esas corbatas de lunares. Pareces un profesor de historia, no un guionista. Solo necesitas una pipa para completar el cuadro. Especialmente teniendo en cuenta la clase de documental que estamos haciendo. Los traficantes no te van a hablar vestido así.

—Pensé que te había encantado lo que había escrito hasta ahora.

—Sí, sí.

—Así que los traficantes sí que me están hablando; con chaqueta azul, pantalones grises de franela, camisa Brooks, corbatas de lunares y todo lo demás.

—Quiero decir que tu aspecto no es el más apropiado, eso es todo.

—Mira, Casper. A mí tampoco me gusta como vistes tú. El terciopelo negro nunca ha estado entre mis preferencias, pero no es de mi incumbencia,

de la misma forma que no es de tu incumbencia cómo visto yo. Tú viste a tu manera y yo a la mía, ¿vale?

—Vale, vale. No te calientes. Solo trato de explicarte cómo funcionan las cosas en California, eso es todo —dijo Casper.

—Solo voy a estar aquí una temporada —respondió Philip.

Casper chasqueó los dedos.

—Mira, me acabas de dar una idea. De repente me gusta cómo vistes. Incluida la corbata de lunares. Tengo que pedirte un favor.

—¿Sobre la película?

—No, sobre venir a cenar a mi casa el domingo que viene.

—Oh, gracias, no puedo. Me voy al rancho de mi novia en Solvang —dijo Philip.

—¿Y? Puedes volver antes.

—¿Por qué?

—Vienen a cenar algunos peces gordos y se me ha ocurrido que encajas perfectamente. Nunca sé de qué hablar con gente así.

—¿A quién has invitado?

—Arnie Zwillman.

—¿Quién es Arnie Zwillman?

—El hombre que quemó el Vegas Seraglio por el dinero del seguro.

—¿Esa es tu idea de pez gordo?

—No, él no es un pez gordo. Los otros invitados, sí.

—¿Quiénes son?

—Jules y Pauline Mendelson.

—¿Jules y Pauline Mendelson van a ir a tu casa a cenar? —preguntó Philip, sin intentar esconder su asombro.

—¿Los conoces?

—Por favor, dime que no tienes pensado invitar a Ina Rae y Darlene a la misma cena.

Casper se rio.

—¿Te conté lo de la camiseta que llevaba anoche Ina Rae?

—No.

—Decía «Cuidado, grito cuando me corro». Qué risa, pensé que me iba a dar algo. Esa chica es la bomba.

—Eso le haría mucha gracia a Pauline Mendelson —dijo Philip.

—No creo que Ina Rae sea apropiada para ese grupo —dijo Casper, pensando en lo que le había dicho Philip—. Podría estar en la sala de proyección más tarde, pero no en la cena. Necesito a otra chica para llenar el hueco de la mesa. ¿Qué tal esa chica con la que sales? ¿Cómo se llama?

—Camilla Ebury.

—¿Actriz?, ¿modelo?, ¿bailarina?, ¿qué?

—Nada de eso.

—Tráela.

—Los domingos por la noche los pasa con su hija. Cenar juntas en el Country Club. Una tradición familiar.

—Dile que voy a poner una película.

—Le dará igual.

Casper chasqueó los dedos de nuevo.

—Hortense Madden. La invitaré a ella. Le dará clase a la noche.

—¿Quién es Hortense Madden?

—La crítica literaria de *Mulholland*.

—Cielo santo.

—¿La conoces?

—No, no la conozco. Destrozó mi libro sobre Reza Bulbenkian.

—Esa es Hortense, sí. Destroza todo lo que tiene éxito.

—¿Cuál es el objetivo de la velada, Casper? —preguntó Philip.

—Arnie Zwillman quiere conocer a Jules Mendelson, eso es todo lo que sé, y me pidió que lo organizara.

Philip lo pensó por un momento.

—Vale, iré —dijo.

—Has sido muy amable al llevar al cine a Bunty esta tarde —dijo Camilla.

—Es una niña muy buena —contestó Philip.

—Te adora. Me ha dicho que piensa que eres atractivo.

—Me imagino que no puedo convencerte para que vengas a cenar conmigo a casa de Casper Stieglitz el domingo de la semana que viene —dijo

Philip.

—No, a no ser que pueda llevar a Bunty —dijo Camilla.

—No creo que sea adecuado llevar a Bunty a casa de Casper.

—Es lo que me imaginaba —dijo Camilla. Los dos se rieron—. Aunque me encantaría ver su colección de pelucas. O a Ina Rae. No sé qué me fascina más.

—Los Mendelson van a ir.

—¿Los Mendelson van a ir a casa de Casper Stieglitz? —preguntó Camilla—. No me lo puedo creer.

—Es lo que Casper me ha dicho hoy en la comida.

—Debe ser por algún negocio o algo así —dijo Camilla—. Te apuesto algo.

—Qué.

—Se darán de baja en el último momento. Conozco a Pauline.

Después de París, donde se habían convertido en amantes, Jules Mendelson, en la agonía de su pasión, decidió alquilar una casa para Flo con el objetivo de asegurar su privacidad. Flo dejó su trabajo en la cafetería Viceroy y su apartamento en el distrito de Silverlake y se mudó temporalmente al hotel Sunset Marquis, en West Hollywood. La intención inicial de Jules era alquilar un apartamento en un edificio de Sunset Boulevard, pero cuando fue a ver el piso, usando un nombre falso, se topó en el ascensor con Marty Lesky, el jefe de Colossus Pictures. Los dos se saludaron y hablaron amigablemente. Después supo por el conserje que Marty Lesky tenía un apartamento en el edificio. Dada la actitud nerviosa de Marty y el incontrovertible hecho de que Marty y Sylvia Lesky eran dueños de una de las propiedades más grandes de Bel Air, sospechó que Marty mantenía allí a una joven señorita que no era su esposa. Jules no regresó por allí.

—He visto una casa muy bonita hoy en Bel Air —dijo Flo.

Le fascinaba buscar casas en las zonas que ella denominaba «las zonas más lujosas de la ciudad». La búsqueda de casa era una nueva aventura que disfrutaba enormemente. Jules le había alquilado un brillante Mercedes rojo, y Flo conducía por ahí durante horas, descubriendo las zonas caras de Beverly

Hills y Holmby Hills y Bel Air que no había visto antes, en compañía de una agente inmobiliaria llamada Elaine, que había sido actriz y conocía la historia de cada casa.

«Ahí es donde la hija de Lana Turner mató a Johnny Stompanato», dijo de una. «Judy Garland sufrió una sobredosis en esa casa», contó sobre otra. O «Jack y Anjelica vivían ahí». Flo sabía que se refería a Jack Nicholson y Anjelica Huston, y disponer de esa información la entusiasmaba.

—¿Dónde? —preguntó Jules.

—Más arriba de Stone Canyon, pasado el hotel Bel Air. Elaine dice que perteneció a una de las exmujeres de Amos Swank.

—¿Bel Air? Oh, no, no —dijo Jules, oponiéndose a la idea—. Bel Air no.

Flo ya sabía que cuando Jules decía «oh, no, no» a una de sus peticiones y negaba con la cabeza al mismo tiempo, significaba que había invadido sin querer el terreno de su vida principal, la vida que compartía con Pauline. Para Jules, una casa en Bel Air, donde residían tantos amigos de los Mendelson, suponía un peligro, ya que corrían el riesgo de cruzarse en las estrechas calles del exclusivo enclave con gente que conocía. Siendo como era siempre tan protector de esa parte de su vida, Jules podía imaginar a una de las amigas de Pauline, específicamente a Rose Cliveden, diciéndole a su mujer: «Esta tarde he visto a Jules en Bel Air». «¿Esta tarde? No sé qué hacía Jules esta tarde en Bel Air», imaginaba que contestaba Pauline. «Más arriba de Stone Canyon, pasado el hotel», continuaría Rose, la informante. «Dios santo», exclamaría Pauline.

—Creo que sería mejor si buscaras en uno de los cañones, en Benedict o Coldwater —le dijo Jules a Flo.

Los cañones de Benedict y Coldwater eran áreas donde resultaba menos probable que pudiera encontrarse con la clase de gente con la que él y su esposa cenaban muchas noches.

—Es una zona bonita —dijo Flo, mostrándose de acuerdo. Visualizó varios nombres de varias estrellas de televisión que tenían casas en los cañones.

Finalmente, Flo encontró una casa perfecta, escondida de la vista por arbustos más crecidos de la cuenta, en una calle pequeña del cañón Coldwater

llamada Azelia Way. Elaine dijo que era propiedad de Trent Muldoon, una estrella de televisión cuya serie había sido cancelada y que se había pasado de la raya durante los cuatro años de su cuasiestrellato.

—Gastar, gastar, gastar y ahora está arruinado, arruinado, arruinado — dijo Elaine—. Que sirva de moraleja.

—¿De verdad que esta es la casa de Trent Muldoon? —preguntó Flo, entusiasmada.

—Su mujer le desplumó en el divorcio y ahora tiene que levantarse de la lona —dijo Elaine.

Flo estaba extasiada con la idea de tener por fin una casa para ella sola, con piscina, y una dirección de Beverly Hills con el código postal 90210 y el prefijo 274 en su número de teléfono. Apenas podía contenerse. Cuando le confesó a Jules que las calaveras de ganado y el mobiliario del Oeste le habían parecido deprimentes, este le permitió meter gran parte del mobiliario de Trent —que venía con el alquiler— en un almacén y redecorar la casa a su gusto.

Durante un tiempo fue más feliz que nunca, pero estaba muy sola. A veces se sentía un mero receptáculo de los deseos de Jules, y bebía un poco de vino por las tardes y a menudo fumaba porros de marihuana.

—¿Hola?

—Voy de camino.

—¿Ahora?

—Quiero que estés desnuda cuando abras la puerta.

Como Jules le había pedido, Flo estaba desnuda cuando abrió la puerta.

—¿Una copa? —preguntó ella.

—No —miró su cuerpo con deseo y se quitó la corbata y la camisa—. Vamos a la habitación.

Cuando hacían el amor la ternura brillaba por su ausencia. No había caricias y prácticamente ningún beso. Jules solo quería satisfacer su imperiosa urgencia, la necesidad de estar dentro de su adorable cuerpo y de quedarse dentro de él todo el tiempo posible. Su lujuria parecía insaciable. En esa época no temía que Flo fuera a convertirse en alguien importante en su vida. Pensaba en ella como una mera válvula de escape para sus crecientes y exigentes demandas sexuales. Para Jules, Flo encajaba solo en esa área de su

vida. Era coleccionista de arte y un amante de la buena vida, y el gusto de Flo era demasiado poco refinado como para que él experimentara sentimientos de amor hacia ella. Había cosas de Flo que lo enfurecían. Pronunciaba «bocado», como si rimara con «bacalao». Movía los labios al leer. Bebía refrescos directamente de la lata. No estaba informada de los asuntos importantes.

No pretendía actuar como Pigmalión con su Galatea, pero descubrió que cuando la corregía, si algo que había hecho o dicho le había irritado lo suficiente, nunca se ofendía. Incluso apreciaba sus correcciones y no volvía a cometer el mismo error. Al principio le entretenía que ella fuera tan rápida asimilando sus comentarios y sugerencias. Luego empezó a tomárselo en serio. Su forma de expresarse mejoró. Su forma de comportarse mejoró. Su manera de caminar también. Jules era consciente de que la joven y bella mujer estaba echándose a perder viviendo una vida a escondidas, pero no quería modificar la situación. Una simple llamada a Marty Lesky de Colossus Pictures hubiera hecho posible que Flo consiguiera un pequeño papel en una de las muchas series de televisión del estudio o una audición para una película o cualquiera de las cosas que quería hacer. Y Marty Lesky habría aceptado. Era la clase de favor que los ricos con amantes se dispensaban los unos a los otros, pero no se atrevía a hacer la llamada que hubiera satisfecho los anhelos de Flo por ser alguien. La quería solo para él.

Después de hacer el amor, una vez saciado, le hablaba de una manera en la que hablaba a muy pocas personas en su vida: le contaba cosas de sus negocios, de la eventual disposición de su colección de arte, del apartamento en Bruselas en la avenida Hamoir al que le había echado ojo y que ella podría ocupar cuando él se tuviera que mudar allí durante un año. La perspectiva de vivir en Bruselas la emocionaba. Luego, invariablemente, él miraba el reloj y decía: «Tengo que irme». Salía pitando de su cama, se vestía y se iba para llegar a casa a tiempo de tomarse la habitual copa de vino con Pauline antes de cambiarse y salir rumbo a la fiesta que tocara esa noche. A menudo, de camino a casa, la llamaba desde el teléfono del coche.

—¿Qué haces?

—¿Te refieres a desde que te corriste por tercera vez dentro de mí hace once minutos? —respondió ella un día, exasperada.

Sabía que Jules no quería que fuera vulgar, excepto cuando hacían el amor, y lo usaba como represalia cuando sentía que la estaba confinando. Al escuchar su silencio de reprobación, ella retrocedió.

—Estoy aquí tumbada en mi juego de sábanas Porthault recién estrenado, el que me compraste en París, agotada de hacer el amor, Jules, bebiendo una copa del vino de la subasta de Bresciani que trajiste a casa. Eso es lo que estoy haciendo.

No le dijo que también se estaba fumando un porro. Sabía que no le daría su aprobación en eso. Una vez le había dicho que no tenía paciencia con la gente que se drogaba.

Con el tiempo, Flo empezó a sentirse anulada en la relación a causa de las persistentes exigencias de Jules. Él pretendía que ella estuviera siempre ahí, disponible por si él se dejaba caer de forma imprevista o la llamaba por teléfono, lo que en ocasiones hacía hasta diez veces al día o más. Si la línea telefónica comunicaba, la cosa podía acabar en una rabieta. Imaginaba que había otros hombres en su vida, aunque sabía que no era así. Y Flo bebía más vino. Fumaba más marihuana. Varias veces amenazó con dejarlo, pero tales amenazas no inquietaban a Jules. No tenía dudas de que era la cosa más emocionante que había pasado en la vida de Flo March. Sabía que Flo también era consciente de ello. Comprendía totalmente el poder que ejercía el dinero. Lo deslumbrante que era. Lo fácil que resultaba acostumbrarse a él. Lo aterrador de imaginar una vida sin él una vez te habías acostumbrado a tenerlo.

Salvo por las noches, cuando llevaba a Pauline a fiestas, Jules dejó de conducir su Bentley azul porque creía que alguien podía reconocerlo cuando, cada tarde, conducía hasta la casa de Flo en Azelia Way. Alquiló un caro aunque anodino Cadillac con los cristales tintados, de modo que él podía ver a los viandantes sin que ellos lo vieran a él. Una noche, mientras Pauline asistía a una fiesta en Nueva York, llevó a Flo a su antiguo apartamento en el oscuro vecindario — oscuro, al menos, para Jules Mendelson— del distrito de Silverlake, en el que ella había vivido antes de que su reciente buena suerte cambiara las circunstancias económicas de su vida. Su antigua casera le había avisado de que habían llegado unas cartas a su nombre. En Melrose Avenue se detuvieron en un semáforo en rojo; Flo miró por la ventanilla del coche y vio a una mendiga en la calle, preparándose para la noche. La embargó el terror.

—Me recuerda a mi madre —dijo.

—¿Quién? —preguntó Jules.

—Ella —Flo señaló a la mendiga—. Seguro que esa mujer fue guapa en algún momento, como lo era mi madre.

Jules asintió.

—Mi madre murió en el incendio de un albergue social.

—Me lo contaste en París.

—Vas a cuidar de mí, ¿verdad, Jules? No puedo morir pobre como mi madre. Simplemente, no puedo.

—Estoy cuidando de ti.

—No, me refiero a después.

—¿Después de qué?

—Nada.

Sabía a lo que se refería, pero no podía soportar pensar en ello. Siguieron circulando en silencio.

Cada mañana, sin falta, Philip Quennell asistía a la reunión de Alcohólicos Anónimos en la cabaña de madera de Robertson Boulevard. Se sentaba a leer el periódico antes del inicio del encuentro y rara vez participaba en las conversaciones de los otros miembros del grupo.

Una de esas mañanas, una uña pintada de rojo brillante tocó la página de deportes del *Los Angeles Tribunal* que estaba leyendo.

—¿Crees que McEnroe volverá algún día a lo más alto? —preguntó Flo.

—Hola, Flo —la saludó él.

—Hola, Phil —respondió ella.

Abrió su bolso y sacó el pañuelo que él le había dejado en el funeral de Hector Paradiso. Lo había lavado y planchado.

—Gracias por el préstamo.

—Menudo funeral —dijo él, cogiendo el pañuelo.

—¿Viste a Loretta Young? Espero estar de tan buen ver cuando tenga su edad.

Philip sonrió.

—¿Quién hubiera pensado que al poco de conocernos asistiríamos al mismo funeral? —preguntó Flo—. Supongo que después estuviste en la comida de Rose Cliveden en el Country Club.

—No, no fui.

—Leí sobre ella en la columna de Cyril Rathbone en el *Mulholland* —dijo Flo—. Pobre Rose.

—¿Por qué pobre Rose?

—¿No te has enterado? Se cayó y se rompió la pierna en la comida. Se tropezó con la perra de Hector, Astrid.

—¿Eso también lo leíste en la columna de Cyril Rathbone?

—Es de donde saco toda mi información.

Después de la reunión, cuando se estaban yendo, Philip le dijo a Flo:

—¿Cuál era el nombre del club al que me dijiste que fue Hector Paradiso la noche en la que se suicidó?

—Es la primera vez que te oigo decir que Hector se suicidó, ¿verdad?

—Al parecer es la teoría más popular.

—Me sorprende que un chico listo como tú se la crea. El club se llama Miss Garbo. Algunos de los tíos que van allí lo llaman el Garbo a secas.

—¿Dónde está? —preguntó Philip.

—En la calle Astopovo, entre Santa Monica Boulevard y Melrose. No sé por qué, pero no me imaginaba que fuera tu clase de local.

—No querrías venir allí conmigo, ¿no? Al Miss Garbo. Quiero saber con quién se fue Hector aquella noche.

—Me gustaría, Phil, pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Ya te dije que tengo pareja.

—Escucha, no te estoy entrando, lo juro. Me refería a como amigos. No quiero ir solo.

—Pero tengo un novio celoso. Me llama veinte veces al día para controlarme.

—Eso es un no, ¿eh?

—Lo siento, Phil.

—En realidad, es Philip, no Phil. No me gusta que me llamen Phil.

—Oh, lo siento. Philip. Suena más elegante.

—¿Estás segura de que no vendrás?

—Te aseguro que las chicas guapas como yo no queremos estar en el Miss Garbo después de medianoche. Pero por supuesto, quiero que me cuentes todo lo que descubras. Pregunta por Manning Einsdorf. Él es el que arregla las citas.

—Eso he oído.

—Y Phil...

Philip se volvió para mirarla.

Chasqueó los dedos.

—Philip, quería decir. Un chico mono como tú... Será mejor que te pongas un cinturón de castidad.

Ese día Philip Quennell llamó a Sandy Pond, el editor del *Los Angeles Tribunal*.

—¿El señor Pond sabe quién es usted? —preguntó la secretaria de Sandy Pond después de que Philip se hubiera identificado.

—Dígale que soy el autor de *Takeover*, el libro sobre Reza Bulbenkian —respondió Philip.

—¿Le importaría decirme cuál es el motivo de la llamada? —preguntó la secretaria.

—Sí, me importa —respondió Philip.

—Acostumbro a preguntarlo. El señor Pond está extremadamente ocupado.

—Lo entiendo.

—¿Entonces va a decírmelo?

—No. Solo tiene que preguntarle y decirle mi nombre. Luego dependerá del señor Pond hablar conmigo o no, ¿no es así?

Hubo un silencio de hielo.

—Deme un momento —dijo ella.

Un instante después, Sandy Pond cogió el teléfono.

—Realmente disfruté de su libro, señor Quennell. ¿Es verdad que Reza Bulbenkian amenazó con romperle las piernas? Eso es lo que he oído.

Philip se rio.

—Algo parecido, sí.

—He sabido por mi mujer que se está viendo con nuestra gran amiga Camilla Ebury.

—Sí. —Philip no se explayó.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó Sandy Pond.

—Siento una gran curiosidad por saber por qué su periódico no ha cubierto el asesinato de Hector Paradiso —dijo Philip.

Hubo una pausa.

—¿Asesinato? ¿Qué asesinato? —contestó Sandy Pond.

—La muerte, entonces —dijo Philip.

Sandy Pond no contestó.

—Conocía a Hector Paradiso, ¿no es así? —preguntó Philip.

—Lo conocía, sí. Cargué con el féretro en su funeral. Un hombre encantador. Un gran amigo de mi esposa. Ella siempre decía que era el mejor bailarín de Los Ángeles. Es todo muy triste, terriblemente triste.

—Le dispararon cinco veces, señor Pond —dijo Philip—. Estuve en su casa unas horas después, con Camilla Ebury. Me encargué de reconocer el cadáver para la policía.

—Pero fue un suicidio, señor Quennell. He visto el informe de la autopsia.

—¿No le resulta extraño que alguien se dispare a sí mismo cinco veces? —contestó Philip.

—Al parecer estaba profundamente deprimido. El informe de la autopsia también dice que era un mal tirador. Estaré encantado de pedirle a mi secretaria que le envíe una copia —dijo Sandy Pond. Su tono de voz indicaba que deseaba acabar la conversación.

—Pero ¿aun así no cree que es una historia que merece cobertura, señor Pond?

—Explíquese.

—Una figura destacada de la ciudad, que se mueve en los círculos más elevados de la sociedad, cena y baila en casa de Jules Mendelson y luego se suicida disparándose cinco veces en el torso. De donde yo vengo, ahí hay una historia. Y añade a eso que es miembro de una gran familia terrateniente y que un bulevar lleva su nombre. Eso es una portada.

—¿Algo más, señor Quennell?

—Creo que, por algún motivo que no consigo entender, están encubriendo el caso, y su periódico es cómplice de ese encubrimiento.

—Ridículo y difamatorio —dijo Sandy Pond. Todo rastro de afabilidad había desaparecido de su voz.

Philip, temiendo que Sandy Pond le colgara el teléfono, empezó a hablar muy rápido.

—¿No es verdad que Jules Mendelson fue a verle la mañana en la que Hector Paradiso fue asesinado? Disculpe, en la mañana en la que Hector Paradiso se suicidó.

—Adiós, señor Quennell. Esa noche, en una cena en casa de Ralph y Madge White en Hancock Park, Sandy Pond hizo un ademán a Jules Mendelson para que le siguiera hasta el porche después de cenar, mientras los otros invitados tomaban café en el salón.

—¿Has oído hablar de un tipo llamado Philip Quennell? —preguntó—. Escribió ese libro sobre tu amigo Bulbenkian.

—Sí, he oído hablar de él. Está saliendo con Camilla. ¿Por qué? —preguntó Jules.

—Esta mañana he recibido una llamada suya de lo más inquietante.

Esa misma noche, en otro punto de la ciudad, el Miss Garbo estaba abarrotado. Como cada noche. Marvene McQueen, la cantante, estaba en mitad de su repertorio.

«No eres mi primer amor. He conocido a otros hombres», cantaba.

Miraba directamente a la luz del foco. Sus labios se fruncían sobre sus dientes salidos. Las lágrimas caían de sus ojos ensombrecidos por el maquillaje mientras gemía su número estrella. Uno de los tirantes de su vestido de noche negro se había deslizado sobre su brazo. El pelo le caía sobre un ojo, como una estrella de cine de los cuarenta. Era una actuación terrible. Nadie en el bar le prestaba la más mínima atención.

—Zane —llamó Manning Einsdorf al camarero. Manning estaba sentado en un taburete, y desde ahí vigilaba toda la sala—. No sirvas más bebidas al señor Coughlin y su invitado en la mesa veintiséis. Ya han bebido suficiente. Y dile al chico del aparcamiento que llame a un taxi y que no le deje conducir a

casa. No voy a permitir que la policía de West Hollywood me cierre el local por culpa de un par de borrachos.

—Tranquilízate, tranquilízate, Manning —dijo Zane—. Ya nos hemos encargado.

—La señorita Einsdorf está a la que salta últimamente —dijo Joel Zircon, que estaba de pie en la barra escuchando la conversación.

—La señorita Einsdorf está a la que salta desde que ya-sabesquién se fue de aquí con ya-sabes-quién y acabó con cinco balas en el cuerpo. El asunto me come el tarro diez veces al día —dijo Zane.

Philip Quennell entró en el club. Durante algunos minutos pasó desapercibido en la atestada y ruidosa sala. Abriéndose camino entre la muchedumbre, encontró un sitio en la barra poniéndose de perfil. Joel Zircon, que había sido presentado a Philip en el Le Dôme por Mona Berg, miró con sorpresa hacia el final de la barra y observó el reflejo de Philip en el espejo azulado que había detrás de las botellas de alcohol. Philip, mientras esperaba a ser atendido, estaba concentrado en el número de Marvene McQueen.

«Será mejor que te vayas ya, porque me gustas demasiado, será mejor que te vayas ya», cantaba.

—¿Cerveza? —preguntó Zane, cuando encontró un momento para atender a Philip.

—Gaseosa —respondió Philip.

—¿Limón?, ¿lima?

—Limón.

Zane llenó el vaso con el tubo de goma de un sifón y lo puso frente a Philip.

—¿Quién es la cantante? —preguntó Philip.

—Marvene McAlguien —contestó Zane.

—¿Travesti?

—No, una chica de verdad.

—Dientes salidos.

—Y que lo digas.

—Estoy buscando a Manning Einsdorf —dijo Philip. Se inclinó hacia la barra para no tener que levantar la voz.

Zane miró a Philip.

—Es el tío que está sentado en ese taburete alto al final de la barra. Está bastante ocupado esta noche. ¿Te está esperando?

—No.

—¿Quién debo decirle que quiere verle?

—Se lo diré yo mismo —dijo Philip.

Dejó su sitio en la barra y se dirigió a la atalaya desde la que Manning Einsdorf vigilaba la actividad de su club.

—¡Zane! —silbó Joel Zircon.

Cuando Zane se volvió, Joel le hizo un ademán para que se acercara.

—¿Qué quería ese tío?

—Ha preguntado por Manning. ¿Quién es? No parece de los nuestros, y ya sabes a lo que me refiero —dijo Zane—. Pero hoy en día nunca se sabe.

—No, no. Definitivamente no es de los nuestros. Está escribiendo un documental para que Casper Stieglitz no tenga que ir a la cárcel acusado de traficar con cuatro kilos y medio de cocaína —dijo Joel—. Mona Berg me lo contó todo. ¿Qué coño crees que está haciendo aquí?

—¿Quién? —preguntó Manning Einsdorf, inclinándose desde lo alto de su taburete y poniéndose una mano en la oreja.

Philip repitió el nombre.

—Lonny.

—Nunca he oído hablar de esa persona —dijo Manning.

—Rubio, atractivo, al parecer.

—Podría ser cualquiera de los más de doscientos tíos que vienen aquí cada noche.

—¿No le suena el nombre?

—Eso es.

—Entiendo —dijo Philip—. ¿Conocía a Hector Paradiso?

—No, no lo conocía —contestó Manning Einsdorf. Se apartó y llamó al camarero—. Zane, necesitan bebidas en la mesa veintidós. Y envíale una copa de champán a Marvene. Dile que ha estado fantástica esta noche. Dile que no se olvide de *Moanin' Low* en el siguiente número.

Philip, ignorado, no se movió.

—¿Dice que no conocía a Hector Paradiso? —insistió.

—Ya le he dicho que no.

—Pero fue a su funeral.

—¿Quién ha dicho que fui a su funeral?

—Nadie.

—Entonces, ¿de dónde ha sacado eso?

—Yo estaba sentado detrás de usted. Estaba con Joel Zircon, el representante que trabaja para Mona Berg, y Willard, el mayordomo de Casper Stieglitz.

Manning Einsdorf empezaba a sentirse incómodo.

—Bueno, claro, conocía un poco a Hector —dijo—. Quiero decir, todo el mundo conocía a Hector Paradiso, Dios bendiga su alma, pero no era un amigo cercano.

—Tengo entendido que estuvo aquí en su club la noche en la que fue asesinado.

—No lo asesinaron.

—Le pido disculpas. Tengo entendido que estuvo aquí en su club la noche en la que se suicidó.

—No, no recuerdo que estuviera.

—Haga un esfuerzo.

—Mire a su alrededor. El lugar está así de abarrotado cada noche. No puedo acordarme de todo el mundo que entra aquí. El Miss Garbo no es el tipo de local que frecuentaba Hector, ya sabe. Hector era de clase alta.

Philip insistió.

—Vino aquí aquella noche, de esmoquin, directo desde la fiesta en casa de Pauline Mendelson. Me han dicho que hasta le describió a usted cómo iba vestida Pauline esa noche.

—No recuerdo nada de eso —dijo Manning.

—¿Y no le recuerda marchándose con un joven rubio llamado Lonny?

—¿Cuántas veces tengo que decirle que nunca he oído hablar de alguien llamado Lonny y que no vi a Hector aquí aquella noche?

—Gracias.

—No se vaya. Mi nueva cantante va a salir otra vez al escenario.

—Ya la he escuchado lo suficiente.

En el aparcamiento, Philip Quennell le dio su ticket al chico.

—Un Le Sabre beige —dijo.

En ese momento, se abrió la puerta trasera del local. Zane asomó la cabeza y, viendo a Philip, le silbó con los dedos. Cuando Philip se volvió para responder al silbido, Zane le indicó con la cabeza que se acercara.

—Estoy en una pausa para ir a mear. Tengo que hablar rápido —dijo.

—Su jefe no habita precisamente en el palacio de la verdad —dijo Philip.

—No, no. La verdad nunca ha sido el fuerte de Manning —contestó Zane.

—¿Qué ocurre? —preguntó Philip.

Zane echó un vistazo rápido dentro del club antes de hablar.

—¿Estás buscando a Lonny?

—Sí, estoy buscando a Lonny, y ni siquiera sé cómo se apellida.

—Edge. Se llama Lonny Edge. Vive en Cahuenga Boulevard, en el 7204 1/4 de Cahuenga, cerca de Ivar. No sé el número de teléfono y no viene en la guía, pero se fue de aquí con Hector aquella noche alrededor de las dos y media.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Philip.

—Zane.

—Gracias, Zane. ¿Por qué me estás contando esto? Tu jefe te podría despedir.

—Hector Paradiso fue bueno conmigo, y no me trago esa historia del suicidio. De ninguna manera iba camino de suicidarse la última noche que estuvo aquí. De ninguna manera. Alguien está encubriendo su asesinato.

Philip asintió.

—Eso es exactamente lo que está pasando. ¿Qué aspecto tiene ese Lonny Edge?

—Ya lo verás. Es lo que en el negocio se conoce como un fornicador famoso. Hombres, mujeres, lo que quieras. No le importa, siempre que el precio sea el adecuado. Tíos ricos le pagan vuelos a Nueva York y Hawái para pasar el fin de semana. Tal cual. Hace espectáculos, con grupos, ya sabes a lo que me refiero. Y es una estrella menor del porno. Escucha, tengo que volver. La señorita Einsdorf está últimamente de los nervios, a la que salta.

—Gracias, Zane.

—Esta conversación no ha tenido lugar, ¿vale?

—No te he visto en mi vida, Zane.

Mientras Philip entraba en su coche vio a Marvene McQueen dejando el club por la misma puerta que había usado Zane. Llevaba gafas de sol, como si fuera una estrella de cine. Cruzó el aparcamiento hasta un viejo Honda y se subió en él.

## *Las cintas de Flo #11*

*«El problema es que no puedes hablar con un traje de Chanel. Salvo por Glyceria, que era la sirvienta de Faye Converse, y Pooky, que me arreglaba el pelo, y Nellie Potts, que era mi decoradora, no tenía a nadie con quien hablar. A veces llamaba a Curly, el encargado de la cafetería Viceroy, y nos reíamos un poco como en los viejos tiempos. En realidad, la verdad sea dicha, le compraba la hierba a Curly.*

*»Un día me di cuenta de que, entre la hierba y el vino blanco de la subasta de Bresciani que Jules insistía en que tuviera siempre a mano para él, estaba colocada cada tarde. Cuando estaba colocada no me importaba tanto no tener a nadie con quien hablar. Pero mi piel empezó a tener un aspecto no tan apetecible; no es por fanfarronear ni nada, pero resulta que tengo una piel preciosa. Todo el mundo me lo dice. Así que dejé el vino y la hierba. Fue duro. Pooky, el peluquero, que solía meterse mucha coca, me habló de Alcohólicos Anónimos. Se lo comenté a Jules. Se volvió loco. Odiaba ese tipo de cosas. “No te pueden ver ahí”, me dijo. Pooky me habló de la reunión en la cabaña de madera de Robertson Boulevard a las siete de la mañana. Estaba acostumbrada a levantarme a esas horas; era mi horario en mi época de camarera. Y allí es donde conocí a Philip Quennell.»*

## 12

De alguna manera —en realidad, nadie vio lo que pasó porque ocurrió en el baño de señoras— Rose Cliveden se cayó y se rompió la pierna en el Country Club durante la comida celebrada después del funeral de Hector Paradiso. Madge White juró que Rose se había tropezado con Astrid, la perrita de Hector, llamada así en honor de una estrella del patinaje sobre hielo con la que había estado prometido hacía décadas. Hector se la había dejado a Rose en su testamento, pero eso todavía no lo sabía en el momento en el que tropezó con ella, si es que, de hecho, tropezó. Con Rose, cuando ocurría uno de sus muchos accidentes, nada quedaba del todo claro.

Rose, que amaba a los perros, nunca habría acusado a Astrid de ser la culpable de la fractura de su pierna. Aquella criatura era el último vestigio de Hector, y no solo eso; Rose, como se había encargado de anunciar a todos y cada uno de sus amigos, anualmente donaba grandes cantidades de dinero al refugio de animales. Así que Rose culpó de su caída a Clint, el camarero del club, que según ella había cargado demasiado los bloody mary, especialmente tratándose de la comida de un funeral. Según le dijo a Madge White, tenía pensado hacer algo al respecto, como presentar una queja al consejo o algo parecido. Rose se la tenía guardada a Clint desde que alguien le contó que la había llamado Vieja Rosie después de otro accidente, cuando se dislocó el hombro y él la llevó hasta la ambulancia.

Cuando Madge White le repitió la historia a Pauline Mendelson, Pauline preguntó:

—¿Por qué demonios había llevado a la perra a la comida del Country Club?

—Y con una pajarita negra de luto, no te lo pierdas —dijo Madge.

Pauline se rio. Como al resto de sus amigas, a Pauline el comportamiento de Rose Cliveden la entretenía y exasperaba al mismo tiempo.

—Esa Astrid es una perrita muy mala —dijo Pauline—. No sabes cómo atacó a Kippie cuando Camilla la trajo aquí para dársela a Rose el mismo día

de la muerte de Hector. No dábamos crédito. Fue derecho hacia él cuando subía desde la pista de tenis y le arrancó la punta del índice, hasta aquí. Había sangre por todas partes.

Luego Pauline recordó que Madge White no tenía ninguna simpatía por Kippie, por mucho dedo índice que le hubiera arrancado Astrid. Aunque Madge era una de sus mejores amigas, nunca le mencionaba a Kippie, que había dejado embarazada a su hija, la pequeña Madgie, a los catorce años.

—De todas formas —dijo Madge cambiando de tema—, Rose ya se ha deshecho de la perra.

—¡No!

—Se la dio a Faye Converse. Faye siempre se queda con perros abandonados.

Pauline retomó la conversación sobre Rose —la pobre Rose, como todos habían empezado a llamarla—, cuyo problema con la bebida los tenía preocupados.

—Cada vez está peor —dijo Pauline.

Por supuesto, Rose estaba de luto profundo por la muerte de su amigo de toda la vida, pero todos sabían que, si Hector no hubiera muerto, ella habría encontrado cualquier otra razón como excusa para su indulgencia con las bebidas espirituosas. Incluso antes del fallecimiento de Hector, Rose le había dicho a Pauline:

—Oh, ¿qué importa si fumo o bebo demasiado? Soy una mujer de sesenta años y ningún caballero quiere follarme ya.

—Oh, Rose —había dicho Pauline, sin saber cómo lidiar con tal afirmación.

Rose, a la que le gustaban los hombres, presumía constantemente de que una vez se había acostado con el presidente Kennedy, en la Casa Blanca, en el dormitorio Lincoln, pero algunos de sus amigos no la creían. Había estado casada tres veces y se había divorciado otras tres. Los maridos de Rose, simplemente, un día dejaban de estar ahí. Nunca hubo un escándalo o una explosión de ira, al menos en público. «¿Dónde está Bakie? ¿Dónde está Ozzie? ¿Dónde está Fiske?», preguntaba la gente interesándose por su primer, segundo y tercer marido, después de verla sola en varias fiestas, y ella siempre respondía, de forma bastante calmada: «Fuera de la ciudad». Y luego

la gente se enteraba, no mucho después, de que había tenido lugar un discreto y rápido divorcio, por lo general en un país caribeño. Las cosas que convertían los divorcios en procesos largos y espinosos —la custodia o la pensión— nunca figuraron en los de Rose porque, para empezar, el dinero era suyo, y su única descendencia, una hija de su primer matrimonio, que algunos decían había sido sometida a una lobotomía, vivía en lo que Rose siempre definía como «una casa».

A Rose le había dado ahora por hablar interminablemente por teléfono, rememorando cada detalle de cada comida y cada cena a las que asistía, y era imposible deshacerse de ella, por mucho que el interlocutor intentara poner fin a la llamada.

—Ahí estaba yo, sentada entre dos hombres divinos. Claro, eran maricones, pero a mi edad, ¿qué más da? ¡Una conversación tan buena! O sea, está claro que no soy una intelectual, aunque me guste leer un buen libro y ver una buena obra de teatro; pero estos dos eran divinos, absolutamente divinos, tan divertidos y llenos de picardía. Oh, cómo nos reímos.

—Tengo que irme, Rose —dijo Pauline, al otro lado de la línea, pero Rose parecía no escuchar.

—Madge White también estaba —continuó Rose—. Pobre Madge, con su vestido azul oscuro de lunares. ¿No odias ese vestido? No puedo volver a verlo. ¿Crees que se ofendería si le envío alguno de mis vestidos viejos? Igual le quedan bien. Ha cogido algo de peso, ¿te has dado cuenta?

—Rose, cielo, me tengo que ir, en serio. Jules acaba de llegar a casa —insistió Pauline, pero Rose hacía oídos sordos. Pauline le lanzó un beso a Jules señalando al teléfono y vocalizando la palabra «Rose», y puso los ojos en blanco. Jules sonrió. Caminó hasta la mesa que Dudley había preparado con las bebidas y sirvió dos copas de vino. Era su momento compartido del día.

—Más pobres que un ratón de iglesia, los White —continuó Rose—. Pero Madge nunca saca el tema, eso es lo que me gusta de ella. Trabaja como una esclava en su oficina inmobiliaria y mantiene a ese marido suyo, que nunca ha ganado ni un céntimo. Ralph White es un lastre, qué quieres que te diga. La única deducción que pude hacer en mi declaración de la renta el año pasado fue de uno de sus consejos sobre acciones. Y esa pequeña Madgie es una cabra loca. Está viviendo con no se sabe quién. Un coreano o algo así.

—Rose, voy a colgar ya —dijo Pauline. Jules dejó la copa de su esposa sobre la mesa que tenía a su lado—. Jules está aquí. Sí, lo haré. Se lo digo. Y te envía recuerdos. Adiós, Rose. *A-diós*, Rose. —Colgó—. ¡Oh, Dios! Discúlpame.

Tomó la mano de Jules y la besó. En sus dedos reconoció el inconfundible aroma íntimo de otra mujer. Anonadada, miró a su marido como si le hubiera dado una bofetada.

Jules, ajeno a ello, preguntó:

—¿Cómo está la vieja Rosie?

—Oh, bien, borracha, como siempre. Pero no hablemos de Rose. Ya he tenido suficiente. Se rompió la pierna en la comida tras el funeral de Hector. ¿No te alegra no haber ido?

Se levantó bruscamente de la silla, se sintió inestable y, por un momento, pensó que iba a desmayarse.

—Mira los colores del atardecer, Pauline —dijo Jules.

—Que le den por culo al atardecer —dijo Pauline.

Se le cayó la copa de vino de las manos y se hizo añicos contra el suelo de su habitación del atardecer. Jules, que no había escuchado soltar a Pauline semejante impropiedad en los veintidós años que llevaba casado con ella, miró a su mujer, sin comprender nada mientras ella echaba a correr y salía de la habitación.

Cuando Philip Quennell le dijo a Camilla Ebury que había estado en un club llamado Miss Garbo y allí había descubierto el nombre del joven con el que Hector Paradiso había abandonado el local la noche de su muerte, ella se quedó en silencio, distante. Estaban sentados en la biblioteca de su casa de Bel Air. Primero se separó de él en el sofá y luego cogió el mando a distancia y apagó la televisión que sonaba de fondo.

—¿Cómo puedes conocer un sitio que se llama así, Miss Garbo? —preguntó finalmente—. He vivido aquí toda mi vida y nunca había oído hablar de él.

—El nombre me lo dio el mayordomo de Casper Stieglitz. Estaba allí la misma noche y vio a Hector.

—¿No sabes que siempre es el mayordomo de alguien el que tiene una historia así? —dijo Camilla.

—Pero es verdad —dijo Philip.

—¿Qué clase de local es el Miss Garbo? —preguntó ella.

—El tipo de local donde los viejos ricos se encuentran con jóvenes de pago.

—Simplemente no me creo esa historia —dijo Camilla, sacudiendo la cabeza de forma enfática.

—¿De verdad pensabas que tu tío estaba loco por las chicas?

—No tiene gracia, Philip.

—¿De qué tienes miedo, Camilla? ¿De que tu hija no pueda presentarse en el baile de debutantes de Las Madrinas dentro de diez años porque al tío gay de su madre lo asesinó un chaperero?

—¿Cómo es esa expresión que siempre usas? Listillo, ¿no es eso? Bien, no vayas de listillo conmigo, Philip —dijo Camilla.

—No voy de sabelotodo, Camilla, y lo siento si te lo ha parecido, pero seamos realistas.

—Muy bien, seamos realistas. ¿Por qué estás tan condenadamente interesado en el asunto? —preguntó ella—. La muerte de mi tío no tiene nada que ver contigo. Ni siquiera lo conocías.

—¿Por qué a ti te importa tan condenadamente poco?

Philip pudo ver que su pregunta la había ofendido. Su cara se enrojeció y su voz, cuando volvió a hablar, tenía un tono áspero que él no había escuchado antes.

—No me importa poco —dijo, midiendo cada palabra—. Ya hemos hablado mil veces de esto. Mi tío se suicidó.

—No, no lo hizo.

Camilla miró a Philip durante un buen rato antes de continuar.

—Tengo entendido que has llamado a Sandy Pond al *Tribunal*. Sandy le dijo a Jules que le habías llamado. Los dos han pensado que lo hacías en mi nombre, así que me han enviado el informe de la autopsia. Me doy por satisfecha. Para mí, no hay nada misterioso en la muerte de mi tío. Y ahora me gustaría que dejaras de meterte en mis asuntos y te metieras en los tuyos propios.

—Una cosa de la que me he dado cuenta sobre tu grupo es que cuando las cartas vienen mal dadas todos vais a una.

Camilla, espoleada, se levantó del sofá.

—Creo que deberías irte de mi casa.

—Ah, la clásica respuesta de niña rica —contestó Philip—. O estás de acuerdo conmigo o lárgate. Bien, ya me largo, señorita Ebury.

Camilla no estaba acostumbrada a gente que no se amilanara ante su riqueza. Desde el principio, a Philip le había resultado indiferente su dinero, y eso había sido estimulante para ella. No quería que se fuera, pero no era capaz de decírselo. Orin, su difunto marido, el padre de su hija, siempre hacía lo que ella quería que hiciese, como todo marido mantenido debe hacer, pero Philip era diferente. Sabía que la dejaría si no le detenía, porque no dependía de ella para nada, pero se quedó callada, salió de la biblioteca y subió las escaleras hasta su dormitorio en el piso de arriba.

Philip la siguió hasta el salón de la entrada y la vio ascender por las escaleras.

—Jules Mendelson está tratando de decirnos que el negro es blanco, y como es rico y aparentemente tan poderoso, mucha gente, no yo, desde luego, parece creerlo, al menos en público. Resulta que yo no creo en un sistema social en el que alguien tiene el poder de coger el teléfono, llamar a un periódico y decir «no publiques esta historia», y luego llamar a la policía y decir «no resuelvan este asesinato». Me doy cuenta de que a la gente de tu círculo no parece importarles, pero a mí sí.

Camilla se dio media vuelta, ya cerca del piso superior, dividida entre las costumbres de su grupo y los fuertes sentimientos que despertaba en ella el hombre que la estaba dejando.

—En el fondo, yo tampoco me lo creo —dijo.

—Bien. Entonces haz algo al respecto. Hasta luego, Camilla. Ya sabes mi número de teléfono.

—¿No te llevas nada? —le preguntó ella, con ganas de detenerle.

—Una de las ventajas de las cuchillas desechables es que no tienes nada que llevarte cuando rompes con tu chica —dijo Philip, y salió cerrando la puerta tras él.

El 7204 1/4 de Cahuenga Boulevard, la casa de Lonny Edge, no era un sitio fácil de encontrar. Bettye, la secretaria de Casper Stieglitz, pensando que la dirección de Cahuenga tenía algo que ver con el documental que Philip estaba escribiendo para Casper, le anotó las indicaciones en una de las libretas de Casper. Philip condujo hasta más allá de Highland Avenue, cerca del Hollywood Bowl, y giró a la derecha en una pequeña calle llamada Odin. Luego cruzó por debajo de un paso a nivel hasta Cahuenga Boulevard, una vía principal que en su día había sido abierta en la montaña por excavadoras. Desde el Hollywood Bowl, al fondo, llegaba el sonido de una orquesta filarmónica ensayando el tema principal de *La guerra de las galaxias* para un concierto bajo las estrellas que iba a celebrarse esa misma noche. A cada lado de Cahuenga Boulevard, apretadas en las laderas de la montaña, había casas-bungaló y viviendas humildes, así como varios edificios de apartamentos de color rosa y beige, de tres y cuatro alturas, construidos en los cincuenta. Los postes de la calle con los números de las viviendas en lo alto habían sido destrozados o golpeados por los coches. Esporádicamente, había un número intacto, pegado sobre un cartel con una flecha apuntando hacia arriba.

Cuando Philip vio un número cercano al siete mil, aparcó el coche y buscó a pie la dirección de Lonny Edge. La acera estaba agrietada y llena de desechos —botellas de cerveza, jeringuillas usadas, condones—, que los mendigos habían tirado mientras rebuscaban latas de refrescos en los cubos de basura para reembolsarse un dinero a cambio.

En el 7200 de Cahuenga Boulevard había una escalera de madera destartada, apenas con la anchura justa para que pasara una persona. Cincuenta y cinco escalones más arriba, Philip llegó a un terreno con varias docenas de diminutos bungalós del estilo campestre propio del Hollywood de los treinta. Una buganvilla lila había florecido por todas partes, descuidada, como si fuera maleza, y cubría los techos de la mayoría de casas. En el centro del jardín había una fuente con los laterales agrietados y rotos que parecía no haber funcionado en años. En el borde, unas uvas mordisqueadas, una cuchara de plástico y un vaso de café de cartón parecían haber sido abandonados allí a toda prisa, como si al dueño del tardío desayuno lo hubieran llamado por teléfono y luego hubiera olvidado regresar.

La puerta principal del 7204 1/4 estaba abierta, pero no así la puertamosquitera de detrás. La música del ensayo de la filarmónica en el Hollywood Bowl llegaba débilmente por el aire. Ahora sonaba un vals de Strauss; la música se interrumpió en mitad de un fragmento y luego empezó de nuevo, repitiéndolo. Philip encontró el timbre, pero habían pintado por encima y no funcionaba.

—Hola —dijo en alto, golpeando con los nudillos en el marco de la mosquitera.

—Hola, has llegado antes, Cyril —le respondieron desde dentro.

Philip, confuso, golpeó de nuevo.

—La puerta está abierta —dijo la voz—. Me voy a dar una ducha rápida. Has llegado pronto, tío. No te esperaba hasta las cuatro, maldita sea.

Philip pudo oír el sonido del agua que empezaba a correr. Abrió la mosquitera y entró en el pequeño salón del bungalow. Estaba un tanto desordenado, pero no sucio. Había ropa tirada por el suelo. Un tanga negro colgaba de un pequeño gancho en la pared. El mobiliario era el de un apartamento decorado en la época de su construcción; práctico pero echado a perder. Encima de una mesa de madera pintada había una botella abierta de cerveza y lo que parecía un manuscrito desordenado.

—Ponte cómodo, Cyril —dijo la voz entre el ruido de la ducha—. La ginebra está en el frigorífico y el hielo en el congelador.

Philip, incómodo a pesar de que lo habían invitado a ponerse cómodo, se sentó en una silla de cocina junto a la mesa. Se había presentado sin avisar porque el número de teléfono de Lonny Edge no venía en la guía, y se dio cuenta de que Lonny estaba esperando otra visita. Sonó el teléfono y, tras el primer timbrazo, saltó el contestador automático.

*«No puedo ponerme ahora. Deja tu nombre y tu número, aunque pienses que ya lo tengo, y la hora a la que has llamado, y te contestaré lo antes posible. Espera a oír la señal.»*

*«Ey, Lonny. Soy Ina Rae. ¿Cómo estás, cielo? Escucha, he conseguido un trabajo, un cuarteto en casa de mi papito el domingo por la noche, tarde. Mucha pasta. Tú, yo y Darlene. ¿Te acuerdas de Darlene? La conociste en mi casa, ¿no? Pelo rubio. Le encanta el beso negro. Trae tus propios*

*condones. Es broma, Lonny. Llámame, encanto. Te quiero. Y ya sabes mi puto número. Adiós.»*

Philip miró el contestador automático mientras Ina Rae dejaba su mensaje. ¿Cuántas Ina Rae podía haber?, se preguntó. Tenía que ser la misma Ina Rae de casa de Casper Stieglitz, la que se había olvidado los consoladores y llevaba una camiseta que rezaba «Cuidado. Grito cuando me corro».

La botella abierta emitía el fuerte olor de la cerveza y Philip la cogió y la puso lejos de su alcance. Por costumbre, pasó la primera página del manuscrito, preguntándose si Lonny Edge, la estrella del vídeo porno, estaba escribiendo sus memorias. La página tenía la marca húmeda de la botella que había estado encima. En la parte superior estaba escrito «Capítulo cuatro». Empezó a hojear a la ligera. Para su sorpresa, el estilo de la prosa le resultó familiar al instante. Sentía que conocía al autor, y sin duda alguna no era Lonny Edge. En la época previa al accidente que le obligó a dejar Princeton antes de graduarse, había estado escribiendo su tesis sobre la obra del novelista Basil Plant, que había muerto en Los Ángeles hacía unos años de una sobredosis de pastillas mientras estaba borracho.

Basil Plant siempre había afirmado que *Candles at Lunch*, su largamente anticipada novela, estaba terminada, aunque sus detractores, muy numerosos, decían que su famoso bloqueo de escritor era ya una condición permanente a causa de la bebida y de las drogas, y que su carrera literaria estaba acabada. Finalmente, la revista *Monsieur* publicó tres capítulos de *Candles at Lunch*, que provocaron un auténtico escándalo, y Basil acabó relegado al ostracismo, ninguneado por aquellas personas de las que había escrito. El resto del libro nunca vio la luz, aunque Basil siempre le aseguró a su editor que estaba terminado y que se lo entregaría cuando hubiera acabado con los ajustes finales. Cuando murió, el borrador nunca se encontró, y los tres primeros capítulos fueron finalmente publicados como una famosa novela inacabada. Philip leyó:

—Estoy buscando a un tal señor Burns, señor D. F.

Burns. ¿Hablo con él?

—Podría estar hablando con él, pero también puede que no —respondió Burnsie.

—Es usted, señor Burns, lo sé. Estoy segura.

—¿Es usted del sur, señora? —preguntó Burnsie.

—Usted también, lo sé.

—¿Con quién hablo? —preguntó Burnsie.

—Mi amiga Kate McDaniels me ha dicho que es usted un cachondo, un cachondo absoluto, y que deberíamos conocernos.

—La señorita McDaniels y yo no nos llevamos muy bien, señora. De hecho, la señorita McDaniels me echó de su negocio hace un tiempo y me ha dejado en una situación de bastantes y sonrojantes estrecheces, lo que explica que usted me haya encontrado en una residencia tan a la altura del betún como los Yucca Flats Arms, en la parte equivocada de Hollywood. Ahora, ¿quién no me ha dicho que es?

—Soy su hada madrina.

—Mmm —dijo Burnsie.

—Lo que tengo en mi mano para usted, señor Burns, es una invitación de Kate McDaniels para encontrarse con ella esta noche en el hotel Bel Air y llevarla a una fiesta en la Upstairs Room del Bistro, en Beverly Hills.

Philip Quennell estaba tan fascinado por lo que estaba leyendo que no advirtió que el sonido de la ducha había cesado. Se dio cuenta de que el borrador de Basil Plant nunca había sido publicado porque estaba tirado en el bungalow de un chapero y estrella del porno en el Cahuenga Boulevard de Los Ángeles, y que ese tipo era el mismo que, a su vez, se había ido a casa con Hector Paradiso desde el Miss Garbo la noche en la que Hector había sido asesinado. Tampoco escuchó a Lonny Edge tararear *Singin' in the Rain* mientras se secaba, así que estaba totalmente desprevenido cuando Lonny entró bailando en la sala, desnudo por completo, y cantando «*Da-daaaa*» a la manera de Gene Kelly.

—¡Hostia puta! —exclamó Lonny.

—Al parecer no soy la persona a la que estabas esperando —dijo Philip.

—Y que lo digas —respondió Lonny—. Pensaba que eras Cyril Rathbone. —Cogió la toalla mojada del gancho de la puerta del baño y se la

enrolló alrededor de la cintura.

—Soy Philip Quennell —dijo Philip. Alargó la mano—. Tengo tu dirección gracias a Zane, el camarero del Miss Garbo. Te hubiera llamado antes, pero no tenía tu número de teléfono y no venía en la guía.

Lonny miró a Philip con deliberada simpatía, los ojos ligeramente irritados, y sonrió.

—Bienvenido. Cualquier amigo de Zane, etcétera, etcétera. Quiero decir, ojalá lo hubiera sabido con antelación. Tengo otro curro a las cuatro, así que tendremos que ser rápidos, o también podemos dejarlo para mañana. La cosa es que Cyril es un cliente habitual, cada jueves a las cuatro, quisquilloso, muy preciso, se cabrea un poco si llego tarde, y no puedo cancelarlo porque es, ya sabes, un ingreso regular.

Philip se quedó sin palabras.

—Escucha, por qué no te vistes y hablamos hasta que llegue tu amigo.

—No tengo frío —dijo Lonny.

Se ajustó la toalla y se acercó a la mesa para ordenar las páginas del manuscrito que Philip había estado leyendo.

Por un momento, el interés de Philip quedó dividido entre el borrador y la razón que le había llevado hasta allí.

—Supongo que te parece raro que haya venido —dijo, tratando de entrar en materia.

—Dios mío, ¿cómo es que un tío guapo como tú paga por ello? —preguntó Lonny mientras Philip empezaba a hablar—. Oh, ya lo tengo. Apuesto a que acierto seguro. Estás casado, ¿no? Y tu mujer está embarazada, ¿verdad? Y estás caliente, ¿sí? Bueno, pues has venido a la casa adecuada, con Cyril Rathbone o sin él.

Philip habló con calma.

—No, no estoy aquí por lo que crees que estoy aquí, Lonny.

Lonny, desconfiado de repente, volvió al baño y cogió un albornoz del gancho de la puerta. Se lo puso. En uno de los bolsillos, bordado en verde, se leía THE BEVERLY HILLS HOTEL.

—¿Entonces? —preguntó—. ¿A qué te refieres? ¿Por qué has entrado en mi casa así? Esto es una propiedad privada.

—Quería hacerte un par de preguntas.

—¿Eres poli?

—No.

—¿Periodista?

—No.

—Entonces, ¿qué?

Philip no respondió. Las preguntas no carecían de lógica. ¿Qué era él?, se preguntó. No era un policía. No era un periodista. No sabía cómo explicarse. Lonny Edge no era el tipo de asesino que esperaba.

—Tengo curiosidad por la muerte de Hector Paradiso —le dijo finalmente.

Lonny, asustado, tragó saliva.

—¿Qué coño voy a saber yo de la muerte de Hector Paradiso?

—Estabas con él cuando se fue del Miss Garbo la noche en la que murió —dijo Philip.

—¿Quién lo dice?

—Varias personas. Zane entre ellas.

—¿Y qué eres tú exactamente de Hector Paradiso? ¿Familia? ¿Abogado? ¿Qué? —preguntó Lonny.

De nuevo, Philip no contestó inmediatamente. No era nada de Hector Paradiso. Solo le había visto dos veces en su vida. Una en la fiesta de Pauline Mendelson, bailando hasta el final de la noche, sin preocuparse del mundo, y unas pocas horas después, muerto en el suelo de la biblioteca de su casa con cinco balas en el cuerpo.

—Soy el novio de la sobrina de Hector Paradiso —dijo, precisamente porque ya no era el novio de la sobrina de Hector Paradiso y la sobrina de Hector Paradiso parecía tan dispuesta como el resto de la gente a creerse la teoría difundida por Jules Mendelson de que Hector se había suicidado, a pesar de todas las pruebas que indicaban lo contrario—. Y creo que a Hector lo asesinaron.

—¿Y crees que fui yo?

—No he dicho eso.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—No sé por qué estoy aquí —dijo Philip, con calma—. Solo quería ver qué aspecto tienes, y no eres para nada lo que esperaba.

Por un momento, los dos hombres se quedaron de pie en silencio calibrándose el uno al otro.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó Lonny.

—Quennell. Philip Quennell.

—Mira, le pegué un poco porque quería que le pegara un poco. Le azoté en varias partes con la suela de su zapato de baile, porque era lo que quería que le hiciera, y así es como se puso como una moto. Y le até con un cinturón, pero eso es todo lo lejos que llegamos. ¿Sabes esos tíos ricos que lo tienen todo en el mundo pero se odian a sí mismos? ¿Y quieren que alguien de clase baja como yo les diga que son una mierda? ¿Conoces a tipos así?

Philip, que no conocía a tipos así, asintió como si los conociera.

—¿No hubo ninguna pelea sobre dinero o lo que fuera?

Lonny asintió con la cabeza.

—Sí, tuvimos nuestros más y nuestros menos con el dinero. Me quería pagar con un cheque. No acepto cheques. En este negocio siempre se paga en metálico, incluso los clientes habituales, como Cyril.

—Y entonces, ¿cómo te pagó?

Lonny se encogió de hombros.

—Con un cheque. Dijo que ese era el acuerdo al que había llegado con Manning Einsdorf. No me enteré de que estaba muerto hasta que Manning me llamó al día siguiente. Lo juro por Dios.

—¿Os peleasteis por la pistola? —preguntó Philip.

—No había ninguna pistola, lo juro por Dios.

—¿Te interrogó la policía luego?

—No.

—¿Te interrogó alguien llamado Jules Mendelson?

Lonny miró a Philip. Se oyeron pasos al otro lado de la puerta mosquitera.

—Hola-aaa —dijo una voz.

—Entra, Cyril —dijo Lonny.

—Te he traído unos pastelitos —dijo Cyril, entrando en la sala con la caja de una pastelería en la mano. Hablaba con un frívolo acento inglés. Cyril Rathbone tenía cuarenta años e iba vestido con un traje cruzado mil rayas,

camisa blanca y corbata rosa. En la cabeza llevaba un sombrero rígido de paja ladeado en un ángulo desenfadado.

—Este es Cyril. Te presento a mi amigo, eh... Phil Quin —dijo Lonny, haciendo nerviosamente las presentaciones.

Philip hizo un gesto a Cyril Rathbone, que se dio la vuelta. Parecía contrariado por una indeseable mancha que había descubierto en su corbata rosa.

—Maldita sea —dijo.

—¿Qué ocurre, Cyril? —preguntó Lonny.

Apuntó a su corbata.

—Mayonesa —dijo—. ¿Tienes un poco de gaseosa?

—Ya me iba —dijo Philip, y se dirigió hacia la puerta.

—La ginebra está en la cocina, Cyril —dijo Lonny—. El hielo en la bandeja del congelador. Ponte un trago.

Lonny acompañó a Philip hasta la puerta y los dos hombres salieron fuera.

—Esta es mi cita de las cuatro en punto —dijo Lonny.

—Lo imaginaba.

—Cyril no sabe que estuve con Hector la noche en que murió. Eran grandes amigos. No le gustaría nada saber que me lo monté con Hector. No quiero que lo sepa.

—No se lo voy a decir —dijo Philip—. ¿El chico de servicio estaba allí esa noche? ¿Alguien más?

—Solo aquella maldita perrita, Astrid —dijo Lonny.

—Antes no me has respondido a la pregunta sobre Jules Mendelson —dijo Philip.

Lonny se detuvo.

—¿Jules qué?

Una voz llamó desde otro bungalow.

—Eh, Lonny, te dejaste las uvas y el café en la fuente esta mañana y el conserje está enfadado.

—Vale, vale. Lo recogeré —contestó Lonny.

—Dice que estás convirtiendo el lugar en una pocilga.

—Dios bendito —dijo Lonny, irritado. Se acercó a la fuente y cogió los restos de su desayuno—. Tengo que irme.

Philip asintió y echó a andar. Luego se detuvo y miró atrás.

—¿Conocías bien a Basil Plant?

—¿Basil Plant? —preguntó Lonny sorprendido.

—Sí. ¿Lo conocías mucho?

—Bastante —dijo Lonny.

—¿De dónde sacaste el borrador de encima de tu mesa?

—Esa es una larga historia —dijo Lonny.

—Me gustaría oírla.

—Se lo robé una noche cuando estaba borracho y buscando problemas.

¿Por qué?

—¿Nunca te lo reclamó?

—No recordaba que me lo había llevado. Y luego se murió.

—¿Y nunca se lo has enseñado a Cyril Rathbone? —preguntó Philip.

—Cyril viene aquí por una cosa y solo por una. No hablamos mucho.

—Ese borrador vale mucho dinero, si es lo que creo que es —dijo Philip.

—¿En serio? —Lonny parecía interesado.

—Me alojo en el Chateau Marmont, por si alguna vez quieres hablar de ello.

—Claro. Qué pena que seas hetero. No te habría cobrado.

Philip se rio.

—Oh —chasqueó los dedos como si hubiera recordado algo.

—¿Qué?

—Ina Rae llamó cuando estabas en la ducha. Te quiere para un cuarteto el domingo por la noche, tarde.

Philip cruzó el patio hasta la escalera de madera y empezó a bajarla.

—Te diré una cosa —le dijo Lonny desde arriba.

—¿Qué?

—No fui el único hombre que estuvo con Hector Paradiso aquella noche.

Philip lo miró y retrocedió algunos escalones, pero Lonny lo detuvo con un gesto.

—Ahora no, amigo. Tengo un cliente esperando. Y debo el alquiler.

Cuando Philip entró en su habitación del Chateau Marmont, se sorprendió al ver abierto el balcón que daba a Sunset Boulevard. Por un momento pensó que le habían robado, o incluso que los ladrones todavía estaban dentro. Lentamente, sin ponerse a la vista de la puerta del balcón, se apretó contra la pared para llegar hasta ella, la cerró de un golpe y puso el seguro. Al instante, la cara de una mujer apareció al otro lado. Era Camilla Ebury. Se miraron a través del cristal durante un momento. Philip quitó el pestillo y abrió la puerta. Camilla entró en la habitación.

—He pensado que ya era hora de saber dónde vives —dijo ella. Lo miraba con timidez, como si no estuviera segura de cómo iba a recibirla él.

Philip sonrió.

—Me alegro de verte. Pensaba que eras un ladrón.

—No. Solo una chica buscando a un chico al que echa de menos. — Camille se avergonzó de su franqueza.

—Eso me conmueve. No me gustó nada irme de tu casa de esa manera.

—No podía soportar que te alejaras de mí —dijo ella—. No me había dado cuenta de lo que sentía por ti. Oh, quiero decir, sí me había dado cuenta. Me di cuenta desde el primer momento y no quería que me dejaras —Camilla parecía estar a punto de llorar.

Philip se acercó a ella y la estrechó en sus brazos.

—Me alegra que estés aquí —dijo.

La abrazó con fuerza durante unos instantes y luego la miró, acariciándole la cara antes de besarla. Fue un beso más romántico que apasionado.

—Tengo que contarte algo para que no haya malentendidos entre nosotros —dijo Philip. Se apartó de ella y la miró—. Vengo de ver a Lonny Edge.

—¿Quién es Lonny Edge?

—El tío del Miss Garbo que me dijeron que se había ido a casa con Hector.

Ella asintió.

—Me imaginé que era ahí adonde ibas. ¿Es muy terrible?

—Nada terrible. Un poco sombrío, quizá, pero no terrible.

—Bueno, cuéntamelo. He venido aquí por ti, ¿no? Quiero que me lo cuentes. Quiero saberlo todo.

—Es actor de vídeos porno y al parecer es una estrella en ese campo.

—Dios mío, no te enseñó sus vídeos, ¿verdad?

—No.

—¿Se fue del Miss Garbo con mi tío?

—Sí.

—Bueno, ¿qué pasó?

—Algo extraño.

—¿Qué?

—Creo que no es el asesino de tu tío.

## *Las cintas de Flo #12*

*«Como ya sabes, siempre quise ser actriz, pero nunca hice mucho al respecto, salvo las fotos para mi portfolio. Así que, después de poner en orden mi casa de Azelia Way, lo único que tenía entre manos era tiempo libre, y pensé: ahora o nunca. Tampoco sabía por dónde empezar y, por supuesto, no iba a mencionárselo a Jules, porque hubiera buscado alguna razón para que no lo hiciera. Por extraño que pueda parecer, era Glyceria la que tenía un contacto importante en el negocio, y no Faye Converse, precisamente. Su hermana era la empleada doméstica de un director de casting de Colossus Pictures y organizó una reunión con él para que nos conociéramos, y el director de casting me envió un guion de protagonista de una miniserie, por si acaso se decidían por una desconocida. El papel era el de una chica de mala vida que da un braguetazo para entrar en la alta sociedad y luego dispara a su marido. El giro era que su madre, que la odia, se mantiene de su lado, pero no hace falta que te cuente todo el maldito argumento.*

*»Bueno, me puse muy mona. Pooky me arregló el pelo y Blanchette las uñas, y entré en la oficina como si el mundo fuera mío. Hablé con mi nuevo tono de voz elegante, como una vez había oído hablar a Pauline Mendelson, Madge White y Camilla Ebury. Estuve genial en la reunión cuando me presentaron a los productores y al director, hablando con ellos y haciéndoles reír. Dijeron cosas increíbles sobre mí, como que podía ser la nueva Maureen O'Hara o Rhonda Fleming o Arlene Dahl, por mi pelo rojo. Todo estaba yendo genial. Y luego me pidieron que leyera. Entré en pánico. Simplemente me bloqueé. No podía hacerlo. Me equivoqué de líneas e incluso pronuncié mal algunas palabras. Sé que me puse roja color remolacha, y que esa clase de rojo no pega nada con el color de mi pelo. Pregunté si podía empezar de nuevo y dijeron que por supuesto, pero por la manera en la que lo dijeron tuve claro que había perdido el papel.*

*»Nunca se lo conté a Jules. El director de casting para el que trabajaba la hermana de Glyceria le dijo que me llamaría la próxima vez que surgiera algo, pero nunca volví a saber de él. De todas formas, le dieron el papel a Ann-Margret. Supongo que querían a alguien conocido.»*

—¿Quién es esa mujer? —preguntó la decoradora de interiores Nellie Potts acerca de su nueva clienta.

Nellie estaba comiendo en el Ivy de Robertson Boulevard con la refinada florista Petra von Kant, cuya tienda estaba cerca.

—Tengo mis sospechas —respondió Petra, tocando su copa para indicar al camarero que quería otro bloody mary.

—Se está gastando cuarenta mil dólares en cortinas nuevas para un apartamento de alquiler, sin mencionar los tabiques que ha tirado para ampliar el vestidor y los armarios —dijo Nellie.

—Todos esos trajes de Chanel... —dijo Petra, que había empezado a encargarse de las flores de la señorita en cuestión.

—Pero imagínate gastarte todo ese dinero cuando el contrato de alquiler es solo de tres años.

—No es cosa tuya.

—Cielos, no.

—Y, además, parece que no trabaja.

—O que no hace nada de nada —dijo Petra—. Y no para de hablar. Quiere que le cuente cosas de las fiestas en las que trabajo y saber qué flores me han encargado mis clientas e incluso cuánto cuesta todo.

—A mí también me lo pregunta todo sobre mis clientas. No toma ninguna decisión hasta que no le digo que alguien muy importante, sobre quien ha leído en la columna de Cyril Rathbone, tiene exactamente el mismo sofá o la misma tela, y entonces se decide. Aun así, me cae bien.

—A mí también.

—Debe mantenerla alguien muy muy rico —dijo Nellie.

—Seguro —contestó Petra.

—¿Paga ella las facturas?

—Al momento. Ni siquiera espera a primeros de mes.

Sin la peluca rubia, la sombra de ojos azul y las lentillas azules que llevaba en su vida secreta como Marvene McQueen, Hortense Madden, la muy temida crítica literaria de la revista *Mulholland*, volvió a su vida real, que en gran parte consistía en seguir mostrando desprecio por el éxito comercial. Llevaba el pelo recogido en una coleta y unas gafas tan gruesas que aumentaban el tamaño de sus ojos. Su boca se contraía en una mueca arrugada para ocultar sus dientes salidos, una expresión que no relajaba ni siquiera cuando mascaba su sempiterno chicle de clorofila que le dejaba verde la lengua.

Ese día, el perpetuo aspecto de insatisfacción de su rostro era todavía más evidente. Rezumaba infelicidad por cada poro. Ni siquiera la devastadora crítica que acababa de escribir sobre la última obra de un famoso novelista — que, con seguridad, heriría al autor, dado lo personal y dañino del artículo— pudo disipar su aire atribulado, como solían hacer sus más destructivas reseñas, o dar un momentáneo respiro a sus tormentos.

En su mano tenía una carta de rechazo, tanto más dolorosa por el hecho de que se trataba de una carta tipo, del *disc jockey* de una cadena de radio, junto con la cinta de canciones tristes de amores perdidos que tan trabajosamente había grabado costeándose la producción de su propio bolsillo. El dj, que se llamaba Derrick Lafferty, era devoto de lo que él llamaba «el largamente desaparecido encanto del circuito de los superclubes», como el Libby Holman, el Mabel Mercer, el Spivvy y el Bricktop, pero la cinta le había parecido impropia para ser radiada en su programa, aunque ella cantaba las mismas canciones que las divas que él veneraba. Que rechazaran su arte le resultaba más doloroso de lo que había podido imaginar.

En la oficina de al lado, a través de las finas paredes, podía oír a Cyril Rathbone, el columnista de cotilleos de *Mulholland*, riéndose y charlando por teléfono, aceptando invitaciones, recibiendo pistas para su columna y planeando comidas en los restaurantes de moda. Hortense Madden odiaba a Cyril Rathbone, al que consideraba un filisteo.

Justo cuando estaba a punto de encargar un bocadillo para que se lo trajeran a la oficina y completar así otra sombría comida a solas en su mesa, sonó el teléfono. Cogió la llamada y dejó que su mal humor permeara su «hola», que se asemejó al ladrido de un perro rabioso.

—¿Hortense? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

—¿Quién es? —respondió, sin rebajar la hostilidad.

—Casper Stieglitz.

—Ah, hola, Casper.

—¿Qué demonios te pasa?

—No me pasa nada.

—Casi me cago encima.

Hortense odiaba esa expresión.

—Estoy trabajando, eso es todo.

—¿A quién estás crucificando hoy?

Ella ignoró la pregunta.

—¿Por qué me llamas, Casper?

—Te llamo para invitarte a cenar el domingo por la noche. Una pequeña fiesta en mi casa.

Como cualquiera en la ciudad, Hortense sabía que la carrera de Casper Stieglitz iba cuesta abajo y nadie lo tenía ya en cuenta. Estuvo a punto de rechazar la invitación.

—Jules y Pauline Mendelson van a venir, y algunas personas más —dijo Casper sin esperar respuesta. No había duda de la nota de euforia con la que Casper pronunció los nombres de los Mendelson.

Hortense estaba perpleja. No se podía creer que la estuviera invitando a una fiesta donde fuera a estar presente Jules Mendelson. En la oficina contigua pudo oír el cacareo de la risa de Cyril Rathbone mientras le contaban algún cotilleo. Sabía cuánto deseaba Cyril conocer a Pauline Mendelson y sabía que Pauline Mendelson lo rechazaba y que nunca le había invitado a cubrir sus fiestas. La perspectiva de que Cyril se enterara de su invitación le resultaba tan deliciosa que, por primera vez desde que había llegado el correo con la carta de rechazo de Derrick Lafferty, se sintió animada.

—Déjame consultar mi agenda, Casper —dijo.

No tenía que mirar su agenda porque no tenía ningún plan, excepto su actuación en el Miss Garbo, pero dejó pasar el suficiente tiempo antes de decir:

—¿Cuándo es?

—El domingo —dijo Casper.

—Tendré que hacer malabares, pero puedo ir —dijo Hortense.

—Ocho en punto. Veremos una película después de cenar.

—Maravilloso, Casper.

Flo March estaba tumbada junto a la piscina en una hamaca recién comprada, parte de un juego de mobiliario de exterior que, según le había asegurado Nellie Potts, su decoradora de interiores, era el mismo que tenía Pearl Silver. Flo se había quitado el sujetador de su bikini y su espalda y hombros recibían los tardíos rayos de la tarde, cuando la fuerza del sol disminuye un poco. En la mesa, a su lado, había un despertador programado para sonar veinte minutos después, el límite que le había marcado su entrenador personal. Había también un teléfono blanco con un cable largo por si Jules la llamaba, lo que sabía que seguramente sucedería, así como un cubo con hielo, varias latas de Coca-Cola Light, crema solar, el último número de *Mulholland* abierto por la columna de Cyril Rathbone, su pitillera dorada con su nombre grabado en zafiros, su mechero dorado a juego y su última compra, unos prismáticos. A Flo, que estaba más sola de lo que nunca hubiera llegado a admitir, le había dado por espiar a sus vecinos, más arriba, en las colinas que rodeaban Azelia Way.

Estaba medio adormilada cuando los gemidos de un pequeño perro la sobresaltaron. Abrió los ojos, se quitó sus gafas de sol y vio a una terrier West Highland blanca mirando hacia arriba.

—¡Pero bueno! —le dijo Flo a la perra—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿De quién eres? —dio una palmada y la perra saltó a la hamaca con ella—. Qué perrita tan dulce. ¿Te has perdido? —se incorporó y se volvió a poner el sujetador del bikini—. ¿Tienes sed? ¿Quieres un poco de agua? —preguntó. Se levantó y fue a un lateral de la casa, donde su nuevo jardinero mexicano había enrollado minuciosamente una manguera de jardín. Puso un poco de agua en el platillo de barro de uno de los tiestos con geranios que el mismo jardinero había dispuesto alrededor de la terraza—. Aquí tienes un poco de agua —llamó a la perra. Cuando se acercó a donde ella estaba, Flo se sentó en una silla y la observó mientras bebía. Saciada, la perrita saltó de nuevo sobre el regazo de Flo, y ella la apretó contra su cuerpo como si fuera un bebé que

estuviera eructando—. Oh, pequeña, cosita dulce —le dijo, y se quedó sentada con el animal, feliz.

—Discúlpeme, señora —dijo una voz a través de la alta cerca que separaba la casa de Flo de la de su vecino.

Por un momento, Flo no respondió, nunca la habían llamado señora antes, aunque se quedó escuchando.

—¿Señora? —repitió la voz.

—¿Me llama a mí? —dijo Flo, aunque no podía ver a nadie a través de la espesa cerca.

—¿Ha visto a una perrita?

—Pues sí, está aquí.

—¿Le importa si voy hasta la entrada y la recojo, señora? La señorita Converse se va a enfadar conmigo si se escapa de nuevo. Al parecer es cosa mía vigilarla, pero no puedo llevar la casa de la señorita Converse y echarle un ojo a la pequeña Astrid al mismo tiempo.

—No, no, venga —Flo se levantó de la silla, regresó a su hamaca y se puso un albornoz de Porthault, a juego con sus toallas de piscina.

—Aquí estás, perrita mala —dijo la criada de la casa vecina cuando llegó a la entrada de la casa—. Siento que la haya molestado, señora.

—Oh, no, no la riña. No me ha molestado en absoluto. Es una perrita maravillosa, tan amigable, ¿no es así, cariño? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Astrid —dijo la criada.

—Qué nombre tan extraño para una perra —dijo Flo.

—En honor a una estrella del patinaje sobre hielo que murió o algo así. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para acordarme de la historia de un perro. De todas formas, la señorita Converse, que es mi jefa, se la está cuidando a la dueña, la señora Rose Cliveden, ya sabe, de la alta sociedad, porque la señora Cliveden se ha roto una pierna. Tropezó con Astrid en la comida del funeral, justo después de que ella la heredara de Hector Paradiso, que se disparó cinco veces, aunque dicen que fue un suicidio. O algo así. No me aclaro con todo lo de esta gente —la criada sacudió la cabeza de forma exasperada.

Flo la miró, fascinada.

—¿Quiere decir que esta era la mascota de Hector Paradiso? —preguntó.

—Tenga cuidado con ella porque también le arrancó un dedo a un joven —dijo la criada—. Olvidé su nombre.

—Pero si es la perrita más adorable que he visto nunca. No me puedo creer que alguna vez haya mordido a alguien —dijo Flo. Mantuvo al animal en sus brazos—. ¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Glyceria, señora. Siento que la estemos incomodando de esta manera.

—Oh, no, no me molestáis —dijo rápido Flo. Flo no había hablado con nadie, excepto con Jules, desde que Nellie Potts había pasado por allí dos días antes para supervisar cómo colgaban las nuevas cortinas de cuarenta mil dólares—. ¿Puedo traerte algo de beber? —le preguntó a Glyceria, sin querer que se fuera.

—¿Algo de beber? Oh, no, señora —dijo Glyceria.

—No me refería a una bebida-bebida. Quería decir, ya sabes, una Coca-Cola Light o un té helado o algo parecido.

—Bueno, quizás un té helado estaría bien, solo que si suena el teléfono de la señora Converse no lo voy a oír, y eso no le gustará —dijo Glyceria.

—¿Qué señora Converse es esa? —preguntó con prudencia Flo.

—¿Por qué? La señora Faye Converse, por supuesto —dijo Glyceria.

—¿Faye Converse? —gritó Flo. Apenas se podía contener—. ¿La estrella de cine? ¿Faye Converse vive justo en la puerta de al lado?

—¿No lo sabía? ¿No se ha dado cuenta de que cada día pasa por aquí el autobús del *tour* de famosos?

—No. No, no me había dado cuenta. No puede ser. Faye Converse es mi vecina. No me lo puedo creer.

Entró deprisa en la casa, cantando con alegría, en busca de una lata de té helado para la criada de Faye Converse.

—Me encargaré de ella si estás ocupada. Siempre he querido tener un perro.

Jules Mendelson había visto a Astrid por primera vez la mañana que fue a casa de Hector Paradiso después de recibir la llamada telefónica que le informó de su muerte. No compartió ese dato con Flo ni compartía su entusiasmo por Astrid, y la perrita, a cambio, desarrolló una antipatía

instantánea hacia él. Aunque no le mordió, como había mordido a Kippie, le ladró de forma tan enconada cuando fue a ver a Flo que Jules se enfureció de una manera que ella nunca le había visto.

—Vengo aquí a relajarme. Lo último que necesito es a esta pequeña mierda ladrándome así —dijo Jules, mirando al animal y respirando agitadamente.

—Es la perra de Faye Converse, Jules. Solo está de visita —dijo Flo, como si identificar a la ilustre propietaria fuera a rebajar el enfado de ambos, de su amante y del perro. A Flo le encantaba poder intercalar el nombre de Faye Converse en la conversación, ahora que había descubierto que Faye era su vecina. No le importaba que la gran estrella no supiera, en cambio, quién era ella.

—Ven aquí, perra mala, y deja de ladrar —le dijo Flo a Astrid, dando palmadas en el sofá recién tapizado, el mismo que Rose Cliveden tenía en satén gris en su sala de estar, según le había dicho Nellie Potts.

—Sácala de aquí —dijo Jules, furioso, apuntando a la pequeña Astrid—. No quiero tener a esa perra cerca.

Después de eso, cada tarde, tan pronto como Flo oía el coche de Jules en el camino de entrada, metía a Astrid por el agujero de la cerca, temiendo que Jules le prohibiera por completo ver a Astrid. La perrita se había convertido en una parte importante de la vida de Flo. Cada mañana, después de su reunión de Alcohólicos Anónimos, silbaba lo que ella llamaba el silbido de Astrid, y Astrid respondía a la llamada y se colaba por el agujero de la cerca que separaba su propiedad de la de Faye Converse. La perra no podía estar más mimada, y Flo nunca se cansaba de cogerla, acariciarla y hablarle. Compró un bebedero para perros y toda clase de chucherías. Le encantaba romper las galletas por la mitad y tirárselas para que Astrid las cogiera al vuelo.

A menudo Glyceria se pasaba a tomar un té helado o un café, dependiendo del tiempo, y a charlar un rato. Flo, hambrienta de noticias de su célebre vecina, escuchaba cautivada los pormenores de los cotilleos que Glyceria le contaba. A veces, por la noche, cuando estaba sola, Flo apuntaba con los prismáticos hacia la casa y, si Faye Converse estaba en la ciudad, observaba el constante flujo de invitados que recibía la gran estrella. Flo March ansiaba mezclarse con la gente famosa y elegante, pero llegó a entender

que allí no había sitio para ella, excepto como la amante secreta de Jules Mendelson.

### *Las cintas de Flo #13*

*«También empecé con el tenis. No crecí en el tipo de sitio donde se juega a golf y tenis, pero siempre me ha parecido que el tenis tiene un punto distinguido. Y me gustaba la ropa, los pantalones cortos y las gorras. Así que empecé a ir a clases particulares en el hotel Beverly Hills tres mañanas por semana. ¿Y adivina qué? Era bastante buena. El monitor del hotel me dijo que nunca había tenido una alumna que pillara el juego tan rápido como yo lo hice.*

*»Cuando Faye Converse se ausentó durante el rodaje de la película que la devolvería al estrellato, Glyceria me dijo que no creía que hubiera ningún problema en que jugara en la pista de Faye, ya que estaba ahí sin usar. El único problema era que no tenía a nadie con quien jugar.»*

Después de haber sido una figura tan jovial, omnipresente, de la que siempre se hablaba, un hombre amado y odiado casi en la misma medida, a Hector Paradiso le hubiera resultado inconcebible imaginar lo rápido que sería olvidado. Pero era un hecho que, una vez fallecido, su memoria se había difuminado al poco tiempo al no haber dejado tras él nada que hiciera que la gente lo recordara: ni herederos, ya que nunca se había casado; ni negocios, ya que nunca había trabajado seriamente; ni familia, salvo su sobrina.

Rose Cliveden, en cama, convaleciente, no soltaba el teléfono; le resultaba imposible. Solo los sonidos de los cubitos de hielo contra la copa competían con sus monólogos.

—El otro día alguien me preguntó: «¿Te acuerdas de Hector Paradiso?». ¡Santo cielo! Imagínate si mi querido Hector hubiera oído alguna vez decir a alguien «¿Te acuerdas de Hector Paradiso?». ¿Me escuchas, Camilla?

—Sí, te escucho, Rose —respondió Camilla.

—Entonces di algo.

—Te repetiré lo que te he dicho hace cinco minutos, Rose. Tengo que colgar ya.

Philip se despidió de Camilla con un beso.

—Ojalá pudiera ir contigo —susurró Camilla.

—No es buena idea —dijo Philip.

—Solo me gustaría ver qué pinta tiene esa estrella del porno.

—Madre mía, madre mía, cómo ha cambiado usted, señorita Ebury —dijo Philip.

Cuando Lonny Edge accedió a encontrarse con Philip Quennell en la cafetería Viceroy de Sunset Strip, hizo solo una petición: no quería hablar de Hector Paradiso, y a Philip le pareció bien.

—Ese borrador que tienes en casa. El borrador de Basil Plant —dijo Philip—. ¿Por qué no lo traes?

—No voy a perder de vista ese manuscrito ni un segundo, tío —dijo Lonny.

Desde que Philip Quennell le había dicho que podía valer mucho dinero, había empezado a ver el ajado montón de páginas como una especie de nido de los huevos de oro. En la era del sida, los fornicadores famosos estaban menos demandados que antes, y Lonny, que rozaba los treinta, había empezado a pensar en su futuro. Había cogido el borrador de la mesa del salón, lo había metido en una caja y la había escondido detrás de un montón de camisetas Lacoste en el fondo de su armario.

Curly, que seguía siendo el encargado de la cafetería Viceroy, saludó a Lonny al entrar.

—No se te ve el pelo —dijo.

Lonny le devolvió el saludo.

—Estoy buscando a un tal señor Quennell —explicó dando un repaso al local con su experta mirada.

—Te está esperando en la mesa número trece —dijo Curly.

—La antigua mesa de Flo —dijo Lonny.

—Cierto. Echo de menos a la pelirroja. He oído que se ha hecho rica.

Lonny se sentó en la mesa de Philip y ambos pidieron café a la camarera.

—¿Quieres desayunar algo? —preguntó Philip.

Lonny, nacido pobre, no era de los que dejan escapar la oportunidad de aprovechar algo gratis, aunque ya hubiera desayunado.

—Claro —respondió—. Ponme unos *pancakes* y huevos fritos con beicon crujiente.

—¿No lo has traído?

—¿El qué?

—El borrador de Basil Plant.

—Te dije que no iba a perderlo de vista ni un segundo.

—Pero no puedo decirte si vale algo si no me dejas leerlo —dijo Philip.

—Pensé que lo habías leído en mi casa el otro día, mientras estaba en la ducha.

—Le eché un vistazo un minuto y medio. Creo que es lo que creo que es, el famoso borrador perdido, pero tengo que estar seguro antes de aventurarme. ¿Te has fijado si hay anotaciones en alguna de las páginas?

—¿Qué es una anotación?

—¿Notas? ¿Comentarios? Cosas por el estilo. Escritas a mano en los márgenes.

Lonny se encogió de hombros.

—No lo sé. En realidad nunca he leído el maldito borrador. ¿Cuánto dinero crees que vale si resulta ser lo que crees que es?

—No puedo decírtelo. Se publicaron tres capítulos del libro, y cuando Basil murió nunca encontraron el resto.

—Basil era un mal bebedor. El alcohol le volvía cruel. El resto del tiempo era la persona más buena del mundo. Aproximadamente, ¿cuánto crees que vale?

—No lo sé. Podría enterarme. Podría ser mucho, pero tengo que asegurarme de que no es falso antes de involucrarme.

Mientras Philip empezaba a explicarle a Lonny las complejidades de identificar un manuscrito perdido, levantó la mirada y vio entrar en la cafetería a Jules Mendelson con un ejemplar del *Wall Street Journal*. Lonny, sentado de espaldas a la entrada, no lo vio. Philip observó cómo Curly hablaba con Jules de forma familiar y respetuosa y lo llevaba a una mesa junto a la ventana. No levantó la mirada para saludar a la camarera que le servía el café.

—Discúlpame —le dijo Philip a Lonny cuando la camarera llegó con el desayuno—. Vuelvo en un momento.

—Está por allí, la puerta naranja, junto a la caja —dijo Lonny apuntando al baño de hombres.

Philip asintió y fue al servicio. Cuando salió un minuto después se dirigió hacia la mesa de Jules Mendelson.

—Señor Mendelson —dijo.

Jules levantó la vista del diario, pero no saludó a Philip.

—Soy Philip Quennell —dijo Philip.

—Sí —dijo, volviendo al periódico con actitud desdeñosa.

Philip Quennell le caía mal desde el día en el que había tirado la estatua de la bailarina de Degas; culpaba a Philip por el accidente, aunque había sido su propia ira la que lo había causado.

Como si le leyera la mente, Philip dijo:

—Siento el accidente con la bailarina de Degas. Escribí una nota de disculpa a la señora Mendelson.

—Me lo dijo —dijo Jules sin levantar los ojos.

—Este no es el sitio en el que esperaría encontrármelo desayunando —dijo Philip.

—No estoy desayunando. Estoy tomando un café —dijo Jules—. Vengo aquí a esta hora a leer el diario —tocó el periódico con un gesto con el que pretendía ahuyentar a Philip.

—Menuda clientela tiene este sitio —dijo Philip—. ¿Ve a ese tío de allí devorando los *pancakes*? ¿Vaqueros, camiseta, cazadora?

—¿Qué pasa con él?

—Chapero. Estrella del porno.

Jules asintió mostrando desinterés, y volvió a su periódico.

—No me había dado cuenta de que esa era su inclinación —dijo, ahogando la risa.

Philip sonrió y se dispuso a marcharse.

—Ya sabe lo que dicen de él, ¿no?

—Claro que no sé lo que dicen de él. Nunca había visto a ese hombre.

—Dicen que es el tío que mató a Hector Paradiso.

Jules sonrió, cansado.

—Oh, esa vieja historia. Lo de Hector Paradiso fue un suicidio, señor Quennell.

—No, no lo fue, señor Mendelson.

—Solo tiene que revisar el informe policial.

—Hector fue a un bar llamado Miss Garbo después de dejar su fiesta aquella noche. Es la clase de bar donde tíos ricos llegan a acuerdos de naturaleza económica para conocer a acompañantes jóvenes. Hay varios testigos que le dirán que Hector se marchó del Miss Garbo en compañía de ese joven. He revisado el informe policial. Ninguno de esos hechos aparece reflejado en él. ¿Y sigue diciendo que Hector Paradiso se fue directo a casa desde su fiesta esa noche para dispararse cinco veces?

—Jugar al sabueso puede ser la cosa más importante que le haya ocurrido en la vida, Quennell, pero es un asunto que no tiene absolutamente ninguna importancia para mí —dijo Jules.

Pasó lentamente la página que estaba leyendo y continuó con una noticia sobre la salida de prisión, después de cinco años, de Elias Renthal, el agente de Wall Street.

—Este asunto no tiene ninguna maldita relación con mi vida —dijo Philip—. ¿Qué demonios debería importarme si cogen al asesino o no? Si no hubiera estado en su fiesta aquella noche, si no me hubiera ido a casa con Camilla Ebury y no hubiera estado con ella cuando usted llamó para decirle que Hector estaba muerto y luego no hubiera ido con ella a casa de Hector para identificar el cadáver, probablemente no hubiera pensado en ello ni un segundo, porque el caso no me afecta. Lo que me interesa es por qué lo están encubriendo. Lo más probable es que se trate de lo que la prensa amarilla llama un asesinato homosexual. Hector eligió a un chico en el Miss Garbo. Se llevó al chico a casa. Se peleó con el chico, probablemente por dinero, dicen que andaba justo, y fue asesinado. No es un escenario particularmente edificante, pero tampoco uno especialmente original. ¿Bertie Lighfoot? ¿Lo recuerda? Seguro que Pauline lo conocía. En San Francisco. El dueño de la galería. ¿Cómo se llamaba? Ludovic Cato, ¿no? La misma historia. Acuchillado hasta la muerte por un misterioso desconocido, atado de arriba abajo. ¿Por qué tapar un caso así aquí, en Los Ángeles? ¿Cree que la gente de su privilegiado grupo no sabía que Hector era gay? No lo creo. Puede que su gente no hablara de ello, pero lo sabía. ¿A quién trata de proteger? No tenía familia que pudiera avergonzarse de tal revelación. Solo una sobrina, con la que tengo una relación, y a la que le gustaría ver este caso resuelto.

—Ey, Quennell —dijo Jules levantando por fin la vista de su periódico. Su voz se había vuelto áspera. No estaba acostumbrado a que la gente no lo tratara con deferencia.

—¿Sí?

—Lee mis labios, gilipollas. No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo.

—Ah, el gran coleccionista de arte y filántropo ha hablado —dijo Philip. Los dos se miraron durante un instante, y luego Philip se fue.

A veces, después de haber hecho el amor, Jules —todavía desnudo en la cama — cogía el teléfono y llamaba a su oficina para que la señorita Maple le pasara los mensajes. En dos ocasiones habló con el presidente, en la Casa Blanca, mientras yacía en la cama de Flo, con el teléfono posado sobre el pecho. Y una vez, Flo le oyó decir «recuerdos a Barbara» en un tono neutro, como si —según le dijo luego a Glyceria— no tuviera importancia. Ese día le hizo un gesto a Flo para que le trajera algo frío de beber, sin interrumpir el hilo de la conversación. Flo estaba fascinada por la manera en la que Jules era capaz de hacer negocios que implicaban grandes cantidades de dinero por teléfono. Vende eso. Compra eso otro. Se sentía importante solo por escuchar que esas ingentes cantidades se discutieran en su casa. Poco a poco supo que Lord Sims era el abogado y el socio más cercano de Jules, que Reza Bulbenkian era su contacto en Nueva York, y que la señorita Maple, a la que Jules llamaba Syrup, era su secretaria y lo había sido durante más de veinte años. Era la señorita Maple, a la que Flo no conocía, la que pagaba todas sus facturas y le enviaba su asignación semanal.

Flo le alcanzó a Jules una lata de té helado.

—Odio el té helado en lata —protestó Jules—. De hecho, odio beber cualquier cosa de una lata, punto.

—Oh —Flo siempre se sentía herida si Jules criticaba la forma en que hacía las cosas.

—Mira —le dijo Jules cogiéndola de la mano—. ¿Cómo se llama esa decoradora que tienes contratada?

—¿Nellie Potts? —preguntó Flo.

—Eso, Nellie Potts. Dile que llame a Steuben en Nueva York y que encargue unos vasos decentes. Doce de cada. Copas de agua, vasos de tubo, anchos, para el vino tinto, para el blanco, para el champán. La bebida sabe mejor en vasos buenos.

—Uau —dijo Flo, impresionada—. ¿Debería pedirlos con mis iniciales? Ya sabes, ¿tipo FM? He leído en algún sitio que Dom Belcanto tiene la vajilla grabada con sus iniciales.

—No, no, los monogramas son horteras —dijo Jules—. Y tardan mucho en hacerlos. Pide los vasos y punto. Y que te los envíen por Federal Express.

Estarán aquí en un par de días. Y luego podrás servirme mis bebidas en vasos decentes.

—Llamaré a Nellie más tarde —dijo Flo.

Le encantaba tener nuevos planes con los que ocupar su tiempo.

—Hablando de Nellie Potts —dijo Jules alargando el brazo y tocando las nuevas cortinas de Flo—. ¿Tienes idea de lo que valen estas cortinas?

—Sí, lo sé, Jules —dijo Flo.

—Es un montón de dinero para unas cortinas, Flo. ¿Preguntaste antes por el precio?

—Sí, lo hice, Jules.

—¿Y no dijiste nada sobre una cantidad tan exorbitante? —preguntó.

Flo arqueó las cejas.

—Puedes permitírtelo, Jules.

—Esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es?

—Esta casa es alquilada. Gastarse cuarenta mil dólares en cortinas para una casa alquilada no tiene sentido. No te las puedes llevar cuando te vayas y esa presunta estrella de televisión a la que se la alquilo se quedará con ellas.

—No tienes que recordarme que es una casa alquilada, Jules. Y, por cierto, la reforma de mis armarios te va a costar lo mismo —dijo Flo.

—No me lo puedo creer.

—¿No lo valgo, Jules? En el momento en que te sientas insatisfecho con mis servicios, estaré más que feliz de llegar a otros acuerdos —dijo Flo, con aire pomposo.

—Bien, no entremos en esa clase de conversación, Flo. Estoy cansado. Tengo un montón de cosas importantes en la cabeza.

Flo se levantó de la cama en la que había estado tumbada junto a Jules. Cogió su albornoz y se lo puso.

—Quiero que me compres esta casa, Jules —dijo—. El encargado de los negocios de Trent Muldoon dice que está dispuesto a vender.

—No es el momento de hablar de comprar casas —dijo él—. Te acabo de decir que estoy cansado y que tengo otras cosas en la cabeza.

—Siempre me das largas, Jules. Nunca es buen momento para ti. Quiero algo a mi nombre. Vivo en una casa alquilada. Conduzco un coche alquilado.

¿Qué va a ser de mí si te ocurre algo? Me he acostumbrado a vivir así.

—Voy a cuidar de ti. Sims Lord se encargará de las gestiones —dijo Jules.

—Sabes, Jules, me paso el día aquí sentada esperando a que vengas. No tengo amigos, excepto la criada de la casa de al lado que trabaja para Faye Converse. No tengo trabajo. Tienes miedo de que te vean conmigo en público, así que casi nunca salgo. Tengo treinta trajes de Chanel, unas cortinas de cuarenta mil dólares y estoy a punto de tener un centenar de vasos de Steuben sin monograma, pero realmente no es un estilo de vida gratificante. Así que, lo repito, quiero algo a mi nombre.

—Está bien, está bien, te compraré la casa —dijo él.

—Gracias, Jules, y también quiero el contrato de propiedad del coche, a mi nombre.

—Será mejor que me vista —dijo él, saliendo de la cama y recogiendo las prendas desperdigadas.

—Eh, Jules, deberías perder peso. Pauline te lleva a demasiados banquetes. Cuando te doblas para atarte los cordones la cara se te pone roja y te cuesta respirar.

A Jules le dolió el comentario. No le gustaba que le recordaran su perímetro. Hacía poco se había enfurecido con un artículo de una revista que le describía como un hombre de amplias proporciones. Y a la vez le hizo darse cuenta de lo diferente que era su relación con Flo y con Pauline. Con Pauline, se vestían y desvestían en sus respectivos espacios, y no se veían hasta que no estaban listos para enfrentarse al mundo o meterse en la cama.

Flo se acercó a él y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Escucha, a mí no me importa. Me encantan otras muchas cosas de ti.

Cuando Jules terminó de vestirse, fue al salón. Flo estaba sentada en su sofá recién tapizado, leyendo la columna de cotilleos de Cyril Rathbone en *Mulholland*. Estaba tan absurdamente impresionada que movía los labios al leer.

—*Oh, là là* —dijo, manteniendo levantado su dedo meñique en lo que creía era un gesto de grandeza.

—¿Qué? —preguntó Jules.

—«Pauline Mendelson abre las puertas de su invernadero de orquídeas para el *tour* del club de jardinería de Los Ángeles» —leyó—. «La señora Mendelson, la elegante esposa de Jules Mendelson, el multimillonario, ha cultivado una rara orquídea *Phalaenopsis* amarilla.» ¿Se pronuncia así?

Jules se volvió. No aguantaba ningún solapamiento de las dos mitades de su vida.

—Ya lo sabes, Flo, no deberías mover los labios cuando lees —le dijo.

—¿Los he movido? —preguntó ella, tapándose la boca con la mano—. Cuando estaba en primaria en Blessed Sacrament, la hermana Andretta, mi tutora, solía decirme: «Fleurette, estás moviendo los labios», y todos los niños de la clase se reían. Pensaba que lo había superado.

—Mañana te voy a traer algunos libros. Creo que deberías leerlos en lugar de perder el tiempo con todas esas columnas de cotilleos.

—Que no sean largos, por Dios. Mis labios quedarían exhaustos.

Pauline Mendelson no se había enfrentado a Jules y no le había dicho nada sobre lo que había oído cuando le besó la mano. En lugar de eso, empezó a observarlo con más atención. No había signos delatores, nada tan obvio como restos de pintalabios en los pañuelos o en los cuellos de las camisas. Por primera vez en los veintidós años que llevaban viviendo en Clouds, su costumbre de encontrarse en la habitación del atardecer para tomar una copa de vino antes de vestirse para la cena se había interrumpido, después de que Pauline se ausentara varios días seguidos tras el incidente. Cuando iban juntos en el coche camino de una fiesta, o al regresar, a ella le daba la sensación de que Jules tenía la cabeza en otra parte, aunque, una vez llegaban a la casa donde iban a cenar, los dos se metían automáticamente en su papel de devotos esposos, sin dar nunca una pista, ni siquiera al observador más atento, de la farsa que interpretaban. En varias ocasiones, Pauline se despertó en mitad de la noche y vio a Jules tumbado a su lado con la vista clavada en el techo, pero no dijo nada. Sabía que había llegado el momento de ir a visitar a su padre en Maine, pero no hizo ninguna mención de sus planes.

Se había acostumbrado a su papel de esposa de una de las figuras más prominentes del país, y no perdía de vista que había escasez de recambios

para un hombre de la importancia de su marido, incluso para alguien como ella, una de las hermanas McAdoo. La cautela fue el camino que decidió seguir. Jules, preocupado, era consciente de que algo iba mal por la actitud y la frialdad de su mujer. Incluso aventuró que se había enterado de su historia, aunque había hecho todos los esfuerzos para mantenerla en secreto. La idea misma de terminar con un matrimonio como el que tenía con Pauline era inimaginable, aunque estuviera atenazado por la enorme pasión que sentía por Flo March.

Bajo sospecha, y consciente de la posible disolución de un matrimonio que apreciaba, continuó con sus visitas vespertinas a Azelia Way, ya que el deseo que Flo despertaba en él no disminuía ni por un segundo. Sus anhelos eróticos se intensificaban con los días; anhelaba contantemente sus pechos firmes y su acogedor vello púbico, para él más bonitos que su preciosa cara. «Te quiero desnuda cuando llegue», le decía desde el teléfono del coche para no perder ni un instante de su tiempo juntos. Ansiaba más y más de ella, y ella siempre accedía.

—No uses perfumes y cremas ahí abajo —le dijo una tarde—. Tu olor natural me vuelve loco. —Le suplicaba que le hablara de forma sucia cuando hacían el amor, y ella lo hacía—. Más bajo —le susurró una vez al oído.

Ella entendió que no se refería a la posición de sus manos en sus testículos, sino que quería que su lenguaje fuera todavía más basto, y de nuevo accedió. Después él le dijo:

—¿Dónde diablos aprendiste a hablar así?

Ella se tumbó en la cama a fumar un cigarrillo, mirando al techo, y respondió en un tono sorprendentemente duro.

—No te hagas el moralista conmigo cuando ya te has corrido, Jules. Me lo has suplicado.

Él la miró. Sabía que tenía razón. Al día siguiente le regaló una joya, un anillo de zafiro rodeado de diamantes. Flo estaba extasiada.

—Como Lady Di —dijo—. Solo que más grande. Siempre pensé que, si alguna vez tenía un anillo, un buen anillo de verdad, querría un zafiro. ¿Te lo había dicho, Jules? No, ¿verdad? ¿Cómo lo sabías?

—Es del color de tus ojos —dijo Jules.

Flo se emocionó.

—Eres sorprendente, Jules. A veces eres tan brusco y tan poco sentimental... No hubiera dicho que alguna vez te darías cuenta del color de alguna parte de mi cuerpo que no fuera mi vello púbico.

Jules se rio a carcajadas. Sabía que ella era inferior a él, tanto en posición como en inteligencia, pero la quería. La quería con locura.

—Te quiero, Jules —le dijo, con sencillez.

—¿En serio?

Flo pensó en lo que acababa de decir. Quizá lo veneraba más que quererlo, pero ciertamente había amor de por medio.

—En serio —respondió.

Ese día, al despedirse, Flo lo acompañó hasta el coche.

—Me vuelve loca el anillo, Jules. No me lo voy a quitar nunca. Pero no te olvidarás de la casa, ¿verdad? Quiero ser la propietaria de esta casa.

Unos días más tarde, las dos mujeres de la vida de Jules Mendelson se encontraron por casualidad en el aparcamiento de la peluquería de Pooky. Rara vez iba Pauline Mendelson a peinarse al salón de Pooky. Era una de las pocas clientas especiales por las que Pooky reorganizaba de buen grado su ocupada agenda, subiendo a Clouds para peinarla en su minuciosamente equipado vestidor. Pero el día antes de la fiesta de Casper Stieglitz, a la que Pauline no quería ir, Pooky no podía hacerle un hueco con tan poca antelación, y Pauline condujo hasta Beverly Hills para que la atendiera en la peluquería. Mientras dejaba el coche en el aparcamiento de la parte trasera, un Mercedes descapotable rojo dio marcha atrás y golpeó el parachoques delantero de su coche. Era Flo March, que abandonaba el local después de su cita.

—¡Lo siento mucho! —exclamó Flo—. Ha sido culpa mía, pero tengo seguro. No se preocupe. Y no es mucho, solo un rasguño.

Mirando a través de la ventanilla se dio cuenta de que la persona cuyo coche había golpeado era Pauline Mendelson.

—Oh, Dios mío, señora Mendelson. ¿Está usted bien?

—Sí, estoy bien. Apenas lo he notado —dijo Pauline. Salió del coche y examinó el rasguño—. No se preocupe, ha sido un accidente —la chica le

resultaba familiar—. ¿Nos conocemos? ¿Nos hemos visto alguna vez? — preguntó.

—No, no, no nos conocemos —dijo Flo. De repente se mostraba tímida y hablaba muy rápido—. Solo que sé quién es usted. La he reconocido por las fotografías que aparecen en los periódicos y las revistas. ¿Está segura de que está bien?

—Estoy bien.

—Gracias, señora Mendelson —sentía pura fascinación por la esposa de su amante.

Pauline sonrió.

—Me encanta su traje —dijo.

—Oh, Dios, viniendo de usted... —dijo Flo, encantada con el elogio.

Entonces, mirando su traje de Chanel, Pauline recordó.

—Ya sé dónde la he visto. En el funeral de Hector Paradiso. ¿No era usted amiga de Hector?

Flo empezó a ponerse nerviosa.

—Sí, conocía a Hector. Tengo prisa. Gracias por ser tan amable, señora Mendelson.

—Dígame su nombre. Le diré a Jules que la he visto —dijo Pauline.

—Adiós, señora Mendelson.

Flo regresó corriendo a su coche y saltó dentro. Puso la llave en el contacto y arrancó. Estaba desconcertada. Nunca se le había pasado por la cabeza que Pauline Mendelson pudiera ser amable.

Aunque Pauline no era la clase de esposa que pudiera ser comprada con una fruslería, independientemente de lo cara que esta fuera, Jules gestionó un regalo para su esposa que, pensó, relajaría la situación entre ellos. Se había enterado a través del príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt, gran amigo de Pauline y jefe del departamento de joyería de la casa de subastas londinense Boothby's, que un particular juego de pendientes de diamantes amarillos iba a ser subastado la semana siguiente, y Jules había encargado al príncipe que pujara por ellos en su nombre.

El domingo de la cena de Casper Stieglitz, Willi, el peluquero de Jules, que normalmente llegaba antes del amanecer para afeitarse, regresó también

por la tarde para cortarle el pelo. Hasta el día anterior Pauline no había aceptado, a regañadientes, acompañar a Jules a la fiesta de Casper.

«Significaría mucho para mí, Pauline», había dicho él. Pauline notó en su voz una súplica que rara vez se daba. Supo que ese era el momento de enfrentarse a él y reprocharle que estuviera viéndose con otra mujer, pero se abstuvo, porque no quería plantear el acontecimiento decisivo de sus vidas de forma apresurada. «Está bien, Jules», había respondido finalmente, sin complicar las cosas.

—Espera a ver lo que le he comprado a Pauline —le dijo Jules al peluquero, en un raro momento de intimidad con el hombre que le había afeitado a diario en su casa desde hacía más de veinte años.

Abrió el cajón superior de la cómoda de su vestidor y sacó dos pendientes de diamantes de color amarillo canario, rodeados de diamantes más pequeños.

—Mira —dijo orgulloso—. Pauline lleva tiempo buscando unos pendientes a juego con su collar y su brazalete de diamantes amarillos. Sabía que estos iban a salir a subasta en Londres la semana pasada, en Boothby's, y tenía allí a mi hombre pujando por mí.

Willi, el peluquero, no sabía nada de diamantes de color amarillo canario, pero vio que eran grandes y sabía que eran caros, así que hizo la pertinente exclamación de admiración. Justo entonces, Pauline entró en el vestidor de Jules, en camisón y con dos vestidos colgados de perchas de terciopelo rojo.

—¿Cuál de estos dos es más apropiado para tus amigos, los señores Stieglitz y Zwillman? —preguntó, sujetándolos en alto.

A Jules, que sabía perfectamente que nadie podía hacer sombra al impecable gusto de su mujer, no le pasó inadvertido el ligero tono de sarcasmo en la pregunta, pero lo ignoró.

—Hola, Willi —saludó Pauline al peluquero.

—Hola, señora Mendelson —contestó Willi.

Continuó con su trabajo, mientras al mismo tiempo se percataba de que había un cambio en la dinámica de la relación de la pareja que había llegado a conocer tan bien. Jules Mendelson era su cliente, pero también su benefactor, y

le había anticipado el dinero para comprar un pequeño local en Sunset Boulevard donde cortaba el pelo a los peces gordos de la industria del cine.

—Elegiría ese —dijo Jules, señalando uno de los dos—. Ya sabes, domingo noche, no muy formal, ¿no crees?

—Nunca he estado en la fiesta de un gánster un domingo por la noche —dijo Pauline—. Así que no sabía.

—El señor Stieglitz es productor de cine —dijo Jules.

—Pero el señor Zwillman es un gánster, o eso dice Rose Cliveden —contestó Pauline—. Rose me sugirió un corsé.

—Tengo un regalo para ti —la interrumpió Jules, rápido, queriendo cambiar de tema—. Ten —le dio una caja de terciopelo.

Pauline abrió la caja y miró los pendientes de diamantes amarillos.

—Muy bonitos —respondió, sin la clase de entusiasmo esperado ante un regalo de esas características. A Jules le pareció que estaba a punto de decir otra cosa y esperó, mirándola de reojo en el espejo mientras Willi seguía cortándole el pelo—. Los vi en el catálogo de Boothby's que me envió Friedrich. Pertenecieron a la señora Scorpios. ¿A qué hora tenemos que estar en casa del señor Stieglitz?

Jules y el peluquero se miraron en el espejo. Jules, avergonzado, se encogió de hombros.

A Pauline Mendelson se la consideraba una de las anfitrionas más amables y distinguidas de la ciudad, así como una de las mejores conversadoras, pero estas cualidades las reservaba solo para la clase de gente con la que siempre se había relacionado, o para los artistas que ella mezclaba con sus propios amigos en sus fiestas, o los hombres de negocios, banqueros, directores de museo o representantes del gobierno con los que Jules estaba involucrado en una miríada de actividades. La clase de gente que esperaba encontrar ese domingo por la noche en casa de Casper Stieglitz no formaba parte de su círculo en absoluto, y estaba dispuesta a no hacer ningún esfuerzo.

Cuando los Mendelson entraron en el salón de Casper Stieglitz se encontraron con una fiesta más grande de lo que les habían dado a entender. A petición de Arnie Zwillman, que en buena medida controlaba las decisiones de

Casper Stieglitz, Casper había aumentado el número de invitados, para que cuando Arnie le pidiera a Jules una conversación a solas durante el pase de la película, la petición no llamara tanto la atención. Pearl Silver, la viuda de un importante productor y anfitriona de renombre entre la tribu del cine, había sido añadida a la lista la noche anterior. Normalmente, Pearl Silver no hubiera ido a casa de Casper Stieglitz, pero accedió cuando supo que Marty y Sylvia Lesky también habían aceptado. Marty Lesky, el jefe de Colossus Pictures, era considerado por muchos como el hombre más poderoso de la industria, y Sylvia Lesky, cuyo padre había sido el jefe del estudio que ahora dirigía su marido, se había criado en la meca del cine y los cronistas de la talla de Cyril Rathbone la consideraban parte de la realeza de Hollywood. Marty Lesky estaba abiertamente en contra de las drogas y por ese motivo nunca hubiera asistido a una cena en casa de Casper Stieglitz, pero en la partida de cartas celebrada en el Hillcrest Country Club la tarde anterior le dijeron que los Mendelson estarían allí.

—Me estás tomando el pelo —dijo—. ¿Jules Mendelson va a ir a casa de Casper Stieglitz? ¿Y Pauline también? Por favor, ¿alguien puede explicármelo?

Ciertamente, Marty Lesky no tenía ambiciones sociales, pero, como muchos de los miembros de la industria del cine, había desarrollado un gran interés por el coleccionismo de arte y recientemente había sido nombrado miembro de la junta directiva del museo County de Los Ángeles. Le explicó a Sylvia, que tenía las mismas ganas de asistir a la cena que Pauline Mendelson o Pearl Silver, que creía que sería una buena idea conocer mejor a Jules Mendelson, con la esperanza de conseguir que legara su reconocida colección de arte al museo que él representaba, en lugar de a otro de los museos que rivalizaban por los tesoros de Jules.

Dom Belcanto, el famoso cantante de baladas, que, se decía, tenía conexiones con la mafia, y su cuarta mujer, Pepper, también estaban en el grupo. A Dom, Arnie Zwillman lo conocía porque jugaba a las cartas con él todos los viernes por la noche en Palm Springs, y fue Zwillman quien les pidió a Dom y Pepper que vinieran. La lista de nuevas incorporaciones a lo que en algún momento había sido una cena íntima se cerró con Amos Swank, el presentador de un programa nocturno de entrevistas, que casi nunca iba a

fiestas y casi nunca hablaba cuando sí asistía a una, aunque tuviera a gran parte de América en vilo cinco noches por semana con su programa *After Midnight*. Amos se acababa de casar con su cuarta mujer, y fue ella la que le convenció para asistir a una fiesta a la que, de otro modo, nunca hubiera ido.

Aunque no eran sus amigas, Pauline había participado en comités benéficos con Pearl Silver y Sylvia Lesky, y las saludó calurosamente, igual que hicieron ellas. Todas entendían, sin que hiciera falta mencionarlo, que habían acudido allí obligadas. Luego Pauline se quedó de pie, sola, al margen, jugando con el cierre de su bolso de mano de oro y diamantes, y fingió mirar los cuadros de Casper Stieglitz, aunque le parecían un horror. Después, en mitad del dispar grupo de asistentes, vio a Philip Quennell, al que no había visto desde el episodio con Jules en la comida posterior al funeral de Hector Paradiso y el accidental derribo de la escultura de Degas, la famosa bailarina de catorce años con su original lazo rosa en el pelo.

—¿Admirando las obras de arte? —preguntó Philip, cuando consiguió llegar hasta ella.

Jules, situado muy cerca, saludó a Philip con un ligero asentimiento, pero no le ofreció la mano.

—Odio esta clase de cosa, ¿tú no? ¿Grandes lienzos blancos con un punto azul en el centro? —preguntó Pauline.

—No es exactamente las *Rosas blancas* de Van Gogh —respondió Philip. Pauline sonrió.

—Te hemos echado de menos —dijo.

—No creo que Jules me haya echado de menos —contestó Philip.

—Bueno, entonces yo te he echado de menos.

—Pareces cambiada.

—¿Cómo?

Philip pensó un momento y luego dijo:

—Más triste. ¿Es esa la palabra adecuada?

Pauline le sonrió afectuosamente.

—¿Sabes, Philip? Si no fuera una firme defensora de los votos matrimoniales y si Camilla Ebury no fuera una de mis mejores amigas, sería un buen partido para ti, aunque sea quince años mayor que tú, o quizá dieciséis.

Philip, encantado, se sonrojó.

—No recuerdo la última vez que me sentí tan halagado.

—Este es ciertamente un lugar inapropiado para celebrar una reunión — dijo Pauline apuntando hacia la sala y los otros invitados.

—Sí, lo es. Cuando me dijeron que venías no me lo podía creer.

—Yo tampoco —dijo ella.

—¿Cómo está la bailarina de Degas? —preguntó Philip.

—De viaje en París para ser reparada. Jules la llevó en nuestro avión. Pierre Rosenberg nos habló de un restaurador maravilloso del Louvre. —Se apretó el bolso de mano contra el cuerpo y miró a su alrededor—. Dime, Philip, ¿el señor Stieglitz está casado?

—Al parecer, se quedó soltero hace poco y después de bastante drama — explicó Philip—. Pero todavía van juntos a las entregas de premios. Mi informante es el mayordomo, Willard.

Pauline se rio.

—¿Y quién es toda esta gente? Conozco un poco a Pearl Silver, y Sylvia Lesky y yo somos copresidentas de la fundación del Cedars-Sinai, pero los otros... ¿Quiénes son? ¿Los conoces?

—No, pero sé a qué se dedican algunos de ellos —dijo Philip—. No conozco a Amos Swank, pero es el presentador de un programa de entrevistas.

—Oh, claro —dijo Pauline.

—Y no conozco a Dom Belcanto.

—Oh, ya sé quién es Dom Belcanto. Actuó en una de mis galas benéficas. Pero ¿quiénes son los otros? —insistió Pauline—. ¿Quién es la soltera remilgada con los dientes salidos?

—Hortense Madden, la crítica literaria de *Mulholland*.

—¿Y la señora que está hablando de negocios a mil por hora con Marty Lesky?

—Mona Berg, una famosa representante de actores, y el hombre que está con ella es Joel Zircon, otro representante.

Si bien la noche era poco más que un fastidio desagradable para los Mendelson y los Lesky, suponía un gran paso adelante en la vida social de Joel Zircon. Había sido requerido en el último minuto para ser el acompañante de Mona Berg, que no quería llegar sola. Joel nunca había oído hablar de los Mendelson, pero estaba encantado de estar en la misma habitación que los

Lesky, los Belcanto y los Swank, aunque parecía no importarle que no le incluyeran en sus conversaciones cuando él se acercaba. Cuando vio a Willard, el mayordomo de Casper Stieglitz, con el que a menudo bebía y se divertía en el Miss Garbo, fingió, por decoro, que no lo conocía de nada.

—¿Y quién es Arnie Zwillman? —preguntó Pauline—. Es una de esas personas de las que oyes hablar, pero no tengo ni idea de qué aspecto tiene.

—Allí, muy bronceado, está hablando con Dom y Pepper Belcanto —respondió Philip.

Pauline se volvió para observarlo. Arnie Zwillman nunca permitía que lo fotografiasen. Años antes, *Los Angeles Times* había hecho un reportaje especial sobre la infiltración de la mafia en Las Vegas y los periodistas habían sido incapaces de ilustrar la sección de Arnie Zwillman con una fotografía, más allá de un *flashazo* tomado en un club nocturno de Londres quince años antes, cuando mantenía un romance con una cantante que actuaba en *Talk of the Town*.

—¿Quién demonios es Arnie Zwillman de todas formas? —preguntó Pauline—. ¿Puedes explicármelo?

—Es el hombre que quemó el Vegas Seraglio para cobrar el dinero del seguro.

—Siempre me cuentan la misma historia. Pero eso no explica quién es.

—A su hermano lo asesinaron a tiros en su piscina de Las Vegas. A su anterior mujer la hospitalizaron varias veces en el Cedars después de que él la golpeará; no se le imputó ni un solo cargo. Ha estado relacionado con varios asesinatos entre bandas, y ha conseguido escabullirse de las redes de los últimos seis fiscales generales. ¿Eso lo explica mejor? —preguntó Philip.

Pero Pauline había dejado de escuchar. En la sala acababa de entrar alguien con quien no deseaba encontrarse.

—Oh, cielos, una recepción con mis favoritos —dijo.

—¿A quién has visto?

—Al señor Cyril Rathbone —respondió Pauline.

—¿El columnista de cotilleos? —preguntó Philip. Miró en la misma dirección que Pauline e identificó inmediatamente al hombre que había conocido en el bungaló de Lonny Edge el día que había ido a preguntar a Lonny por la muerte de Hector Paradiso.

—Sí. Me saca de mis casillas. Tiene una fijación conmigo. No para de escribir sobre mí. Te lo suplico, no te vayas —le dijo Pauline.

Como no estaba acostumbrado a entretener a la gente, Casper Stieglitz no era la clase de anfitrión que guiaba a cada nuevo recién llegado alrededor de la sala para presentarle al resto de invitados, pero a su vez, Cyril Rathbone no era la clase de invitado que espera a ser presentado. Viendo a la famosa Pauline Mendelson al otro lado de la sala, dejó a Pepper Belcanto en mitad de una frase y se lanzó en su dirección brincando como un cervatillo, la mano extendida, gritando en su florido acento inglés, como si fueran amigos íntimos:

—¡Pauline! ¡Qué maravilla!

—Hola-cómo-está —contestó Pauline, las tres palabras en una; Pauline estaba segura de que Cyril Rathbone tenía pensado besarla en ambas mejillas.

Aunque era imposible rechazar la mano que él le había ofrecido sin crear un pequeño incidente, no tenía intención de permitir que un hombre que no le gustaba hiciera algo tan íntimo como besarla. Viendo su cara acercarse a la suya, dio un paso atrás.

—Estoy resfriada —dijo, sacudiendo la cabeza al mismo tiempo para anticiparse al beso.

Rathbone, rechazado, se puso muy rojo. Cyril odiaba a Pauline por su aristocrática prepotencia hacia él, pero sentía, al mismo tiempo, una honda impresión al estar tan cerca de la grandeza que ella representaba. Si Pauline le hubiera sonreído solo una vez, o le hubiera invitado a una de sus famosas fiestas, su odio se hubiera evaporado en la nada, y él se hubiera convertido en su primer admirador. Pero eso no iba a suceder.

—¿Conoce a Philip Quennell? Cyril Rathbone —los presentó Pauline.

Cyril miró a Philip, intrigado por conocer al joven que conversaba tan íntimamente con Pauline cuando él había entrado en la sala. Por un instante, Philip le resultó familiar.

—¿Cuál era su nombre? —le preguntó.

—Quennell. Philip Quennell —recordó que Lonny no había sido capaz de pronunciar bien su nombre ese día y le había llamado Phil Quin cuando le presentó a Cyril.

—¿Nos conocemos?

—Seguro que lo recordaría si fuera así —dijo Philip.

Si Philip hubiera estado junto a otra persona que no fuera Pauline, Cyril Rathbone hubiera recordado al instante las circunstancias en las que se habían conocido.

Cyril se volvió de nuevo a Pauline.

—Aunque usted esté aquí, y también los Lesky y los Pearl, esta es una fiesta de serie B —dijo, como si él mismo, junto a los Mendelson, los Lesky y Pearl Silver, sacara cabeza y hombros al resto de invitados.

Si esperaba que ese comentario le congraciara con una señora que siempre le había rechazado, estaba equivocado, ya que Pauline ni se rio ni asintió a su afirmación.

—¿Cómo va su *Phalaenopsis* amarilla? —preguntó, intentándolo de nuevo.

Se refería a la rara orquídea que ella estaba cultivando en su invernadero y sobre la que él había escrito en su columna anunciando que la iba a mostrar al club de jardinería de Los Ángeles.

—Muy bien —respondió ella.

—Justo hoy he estado pensando en nuestro amigo común Hector —dijo, como último recurso para iniciar la conversación.

Ella asintió.

—A duras penas pasa un día en el que no quiera compartir cosas con Hector —insistió. Era Cyril Rathbone quien había enviado a Hector Paradiso el recorte del diario parisino donde aparecía Flo March huyendo del fuego en el hotel Meurice, con Jules Mendelson en segundo plano—. Hablábamos cada día.

Pauline no quería verse arrastrada a una conversación sobre su gran amigo Hector con Cyril Rathbone. Bajó la mirada. Nunca había entendido por qué Hector consideraba a Cyril tan entretenido; además, sabía que cualquier afirmación que hiciera sería publicada en su columna, y no necesariamente citada con precisión. Al mirar hacia abajo, observó que Cyril Rathbone llevaba la corbata de una escuela pública inglesa a la que no había asistido y que sus pequeños pies iban calzados con unos zapatos muy brillantados de Lobb en St. James's Street.

En ese momento se anunció que la cena estaba servida, y Pauline aprovechó inmediatamente el momento para distanciarse del hombre al que

encontraba tan desagradable.

—Cielo santo —dijo, estremeciéndose y preguntándose de nuevo qué hacían ella y Jules en una casa así.

—No has sido muy educada con el señor Rathbone —dijo Philip.

—Cyril Rathbone es inasequible al desaliento —respondió Pauline—. Espero que te sientes a mi lado en la cena, Philip.

—Si no es así, me marcaré un Hector Paradiso y cambiaré las tarjetas —dijo Philip.

En otra parte de la sala, Jules conversaba con Marty Lesky, Dom Belcanto y su anfitrión. Fingía admirar las obras de arte de Casper Stieglitz, que habían sido elegidas por el diseñador de escenarios encargado de decorar la casa. En realidad, Jules, como su mujer, odiaba los cuadros de Casper Stieglitz, pero, como gran coleccionista, siempre se mostraba cortés con las obras de los demás, aunque las considerara inferiores. Su reputación en asuntos relativos al mundo del arte era tan respetada que su palabra se consideraba autoridad, y Casper estaba encantado con los falsos elogios de Jules Mendelson. Cuando Dom Belcanto se lo preguntó, deseó recordar el nombre del artista que había pegado los platos rotos y las tazas de café en un lienzo, pero no fue capaz. Se excusó, susurrándole a Jules, de hombre a hombre, que tenía que ir a mear y ver cómo iban los preparativos de la velada. Casper estaba ansioso por que la cena empezara puntual y la proyección de la película no se retrasara, ya que esperaba a Ina Rae, a Darlene y a una estrella del porno llamada Lonny —a quien Ina Rae había insistido en traer— para una orgía después de la película, y quería que todos sus sofisticados invitados se hubieran marchado cuando ellos llegaran. Arnie Zwillman aprovechó la desaparición de Casper para presentarse a sí mismo y a la que pronto iba a ser su esposa, Adrienne Basquette, a Jules. Un momento después, se anunció el inicio de la cena.

Bettye, la secretaria de Casper, había dispuesto las tarjetas con los asientos. Ni Jules ni Pauline mencionaron que habían escrito mal su apellido, con dos des en lugar de una, pero el error parecía adecuarse a lo inapropiado de la

velada. A Pauline le afectaba que la difícil situación con su marido les impidiera mirarse o reírse del error ortográfico, la clase de complicidad marido-mujer que había caracterizado los veintidós años de su matrimonio. O acerca de las servilletas y platos negros, o cuando los camareros contratados servían a los invitados por el lado equivocado, o sobre el vino, un anodino Soave italiano presentado en unas botellas alargadas y con la etiqueta del precio de ocho dólares puesta, que Pauline sabía amargaría a Jules. Este era consciente de que había un motivo para esa cena y que tenía que ver con Arnie Zwillman, así que esperó a que el otro hiciera el primer movimiento.

Casi todos los invitados cedieron el mando de la forzada conversación a Jules Mendelson, incluido Marty Lesky, quien también acostumbraba a llevar la voz cantante en las mesas donde cenaba. En persona, Jules poseía una clase de poder que hacía que la charla ordinaria que la gente de la industria estaba acostumbrada a tener —películas, ingresos de taquilla, audiciones y quién estaba arriba y abajo en la jerarquía de los estudios— pareciera trivial. Le preguntaron acerca de la presidencia, la economía y, finalmente, la sesión del senado que se estaba celebrando en Washington para confirmar al candidato presidencial que optaba a una vacante en la Corte Suprema, candidato del que se habían publicado revelaciones comprometedoras relativas a varios líos de faldas y a problemas con la bebida.

—No tengo información de primera mano, pero al parecer hay ciertos asuntos en el pasado de John —dijo Jules con cautela, sin querer meterse en tal conversación con esa gente a la que no conocía y que, a buen seguro, le citaría al día siguiente, especialmente el columnista de cotilleos Cyril Rathbone.

De hecho, Jules sabía mucho acerca de esa sesión del Senado. No era ajeno a que ciertos aspectos del comportamiento del candidato eran calcados a los suyos y, si la noticia de su romance con Flo March se filtraba, podrían ser usados contra él cuando llegara el momento de su propia confirmación en el Senado. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Miró a su bella y elegante esposa sentada al otro lado de la mesa y se dio cuenta, no por primera vez, del tesoro tanpreciado que ella representaba para él. Jules, que nunca bebía el vino a grandes tragos, dio un largo sorbo del vino barato de Casper Stieglitz e hizo una mueca.

—Pero toda persona pública tiene secretos deshonrosos — dijo Pearl Silver, que era conocida por hacer funcionar cualquier conversación—. ¿No crees, Jules? Incluso Roosevelt, en su silla de ruedas. Tenía a aquella Lucy nosequé, que se suponía que era una gran amiga de Eleanor. Quiero decir, todos tienen secretos.

—Me imagino que todos tenemos algo en nuestro pasado que no queremos que salga a la luz —dijo Sylvia Lesky.

—Yo no —dijo Casper Stieglitz, aunque casi todos los allí presentes sabían que había sido detenido por posesión de drogas mientras estaba en un rodaje en el extranjero y que Marty Lesky, el jefe del estudio, había tenido que recurrir a un cargo de Washington para que no fuera enviado a prisión en ese país.

—Tú eres una excepción, entonces, Casper —dijo Pearl Silver, mirando a Sylvia Lesky mientras lo decía.

Hubo un silencio. A continuación, intervino Philip Quennell, aunque en tales fiestas era costumbre que la conversación la llevaran las personas importantes de la mesa y los demás escucharan.

—Siempre he pensado que si tu pasado esconde algo saldrá a la luz tarde o temprano —dijo.

Miró a Jules, sentado al otro lado de la mesa, pero Jules se volvió para responder una pregunta que le hacía Pepper Belcanto.

—¿Eso crees? —preguntó Pauline. Ella también miró a Jules.

Philip, que había captado la atención de los presentes, continuó.

—Pero, créame, señora Mendelson, la gente importante y la gente cercana a gente importante siempre encuentra la manera de salir airosa. Esa es la verdad, tan seguro como que la noche sigue al día. Forma parte del engranaje del poder.

Hubo un silencio incómodo en la mesa, y Philip pudo sentir la mirada sombría de Jules Mendelson posándose sobre él.

—¿Quién es este tío? —preguntó Arnie Zwillman, apoyándose sobre Adrienne Basquette para hablar con Casper Stieglitz.

—El autor de un libro —respondió Casper, describiendo a Philip.

—Qué importante —dijo Arnie.

Casper se excusó y abandonó la mesa. Philip pudo ver que los frecuentes viajes de Casper al baño empezaban a surtir efecto. No comía apenas nada y se sonaba la nariz con frecuencia, fingiendo un resfriado. Joel Zircon, que no había dicho ni una palabra durante la cena, siguió a Casper fuera de la sala, esperando ser invitado a lo que él llamaba unas pocas rayas.

Este tipo de conversaciones no eran habituales en casa de Casper. En su día había sido alguien popular en los ambientes del cine, pero ya habían pasado unos cuantos años desde que produjera una película que ni por asomo se acercara a sus primeros y deslumbrantes éxitos. La gente, conocedora de sus cuestionables costumbres, habían dejado de invitarle a sus fiestas y declinaban, desde hacía mucho, ir a las suyas. Las charlas que prefería un año después de su divorcio eran como las que mantenía con Ina Rae y el tipo de gente que esta llevaba a su casa.

Durante toda la velada, Hortense Madden permaneció sentada en un silencio incómodo. La llegada inesperada de Cyril Rathbone, a quien todo el mundo parecía conocer, le había arruinado la noche, mientras que a ella ninguno de los invitados parecía conocerla. Si había albergado alguna esperanza de que Pauline Mendelson la considerara una persona interesante como las que solía invitar a sus fiestas, fue aplastada por Cyril, que monopolizó a Pauline antes de la cena, y ni siquiera llegó a conocerla. Philip Quennell estaba sentado junto a Hortense, pero solo prestó atención a Pauline Mendelson, a su otro lado, durante buena parte de la cena. En las varias ocasiones que intentó entablar conversación con Arnie Zwillman, su otro compañero de mesa, él respondió con un sí o un no para luego volverse hacia Adrienne Basquette. Arnie Zwillman nunca tenía tiempo para mujeres que no fueran guapas. Después de que Casper dejara la mesa, la conversación se volvió menos genérica, y Philip se volvió hacia ella.

—Usted es la crítica literaria de *Mulholland*, me dice Casper.

—Lo soy —respondió ella, dándose importancia. Era el primero que la reconocía en toda la noche.

—Me destrozó en la reseña que escribió de mi libro —dijo Philip.

—¿Qué libro era? —preguntó ella, aunque sabía cuál era.

—*Takeover* —respondió Philip—. Sobre Reza Bulbenkian, el agente de Wall Street.

—Oh, ese, sí —dijo, desdeñosa—. No es en absoluto mi tipo de libro.

—Ya me di cuenta —dijo Philip—. Pero tuvo éxito.

—Como si eso importara —Hortense se rio de una manera que más bien parecía un estornudo—. Eso es lo único que os interesa, ¿no?

—¿A usted no le importa el reconocimiento?

—Claro que no.

—¿O el aplauso?

—No —sacudió la cabeza. Había algo en ella que a Philip le resultaba familiar.

Hortense cogió su tarjeta de la mesa y miró su nombre, como si no pudiera recordarlo. Bizqueó y frunció los labios por encima de sus dientes salidos mientras la leía.

—¿Se gana la vida como escritor, señor Quennell?

—Sí, así es —dijo él.

—Mmm —respondió ella. Asintió.

Philip la miró.

—Sé que usted no se gana la vida como cantante de un club nocturno —dijo él.

Lo miró sobresaltada.

—¿Qué diablos ha querido decir con eso?

—Como Pearl Silver le ha apuntado a Jules Mendelson, toda persona pública tiene secretos deshonorosos —dijo Philip.

—No tengo ni idea de lo que está diciendo —dijo Hortense.

Philip empezó a cantar en voz baja; tan baja que ni siquiera Pauline Mendelson pudo oírle:

«No eres mi primer amor, he conocido otros encantos, pero solo estaba ensayando, en esos otros brazos.»

Hortense le miró, aterrorizada por haber sido descubierta.

—¿Marvene McQueen? ¿La cantante? ¿O Miss Garbo? Hablando de malas reseñas, ¿su compañero del final de la mesa, Cyril Rathbone, ha escrito sobre su espectáculo? Me interesaría mucho leer esa reseña. —Empezó a cantar de nuevo, un poco más alto:

Será mejor que te vayas ya, porque te quiero demasiado, será mejor que te vayas ya.

—¿Qué quiere? —preguntó ella.

—Tengo un borrador que quiero que lea.

—¿Suyo?

—No, mío no.

—¿De quién?

—Eso es lo que no le voy a decir. Quiero que lo lea y me diga quién cree que lo ha escrito.

—¿Qué es esto? ¿Un juego?

Los Lesky se fueron inmediatamente después de la cena, arguyendo que habían proyectado la misma película la noche anterior en su casa. Pearl Silver, que alegó un dolor de cabeza, se fue con ellos. Dom Belcanto, cumplido su deber con Arnie Zwillman, también se marchó, diciendo que él y Pepper tenían que conducir hasta Palm Springs. Y Amos Swank y su nueva esposa desaparecieron de forma sigilosa, sin dar ninguna excusa y sin decir adiós.

A los quince minutos del inicio de la película en la oscura sala de proyección, Arnie Zwillman tocó ligeramente la rodilla de Jules y luego se levantó y abandonó la habitación.

—Si no os entusiasma la película podemos poner otra —dijo Casper en la oscuridad.

—Oh, no, la estoy disfrutando mucho —repuso Adrienne Basquette—. Me encanta el vestuario.

—La película no va a recaudar ni un céntimo —dijo Casper.

Varios minutos después de que Arnie se hubiera ido, Jules le susurró a Pauline:

—Vuelvo enseguida. Tengo que llamar a Sims Lord.

Y se levantó de su asiento. Por un instante bloqueó el haz de luz del proyector, y su gigantesca sombra casi hizo desaparecer la pantalla.

—Agáchense ahí adelante —se oyó decir a Hortense Madden, que ya no estaba impresionada por los impresionantes Mendelson, ya que ninguno de los

dos había parecido reconocer su nombre y ambos se habían resistido a conversar con ella durante el café.

Mientras Jules abandonaba la sala por la misma puerta por la que había salido Arnie Zwillman, Pauline lo observó. En ningún momento, desde que la idea le había sido propuesta, había entendido el sentido de la velada. Ahora le parecía que la marcha prematura de Arnie Zwillman había propiciado la de Jules. No podía entender la conexión entre los dos hombres y deseó que no tuviera nada que ver con Kippie.

—¿No es divina? —susurró Cyril Rathbone, inclinándose desde el asiento de detrás de Pauline. Cyril Rathbone no era un hombre que se diera por vencido fácilmente.

—¿Quién? —preguntó Pauline.

Cyril nombró a la actriz de la pantalla, que era muy guapa. Pauline asintió sin volverse. Aunque nunca intervenía en los negocios de Jules, tuvo el impulso de seguirle.

—¿Veis a ese? —dijo Casper refiriéndose a un actor que aparecía en primer plano—. Ha protagonizado siete fracasos seguidos. Después de esto no le saldrá nada, salvo una comedia de televisión. Se acostaba con el director.

Jules entró de nuevo en casa de Casper y se quedó parado un momento en el salón, sin saber por dónde ir. Habían recogido las bebidas de antes de la cena. Desde la cocina le llegaba el sonido de los platos mientras los fregaban, y desde el comedor, el ruido de una aspiradora.

—El señor Zwillman me ha pedido que le diga que está en el estudio —dijo una voz a su espalda.

Jules se volvió. El mayordomo, Willard, estaba allí de pie.

—¿Dónde está el estudio? —preguntó Jules.

—Por ese pasillo. Primera puerta a la izquierda.

—Gracias.

Jules se sentía incómodo en aquella situación, pero siguió hasta el estudio y abrió la puerta. Arnie Zwillman estaba sentado con una bebida en la mano. Los dos hombres se miraron.

—Cierre la puerta —dijo Zwillman.

Jules cerró la puerta.

—¿Un trago? —preguntó Zwillman.

—No, gracias —dijo Jules.

—Vamos, tómese una. Despeja las ideas.

—Nunca bebo después de cenar.

—Excepto esta noche —dijo Zwillman.

Preparó un whisky con soda en el mueble bar y se lo dio a Jules.

—¿Su esposa siempre es tan callada o cree que el grupo no está a la altura de sus estándares habituales? —preguntó Arnie.

—Mi esposa no se encuentra bien esta noche.

—¿Sabe que su abuelo era el contable de Al Capone y que estuvo en prisión por evasión de impuestos?

—No, no lo sabe —respondió Jules, imperturbable—. Pero lo que pasó hace cincuenta y cinco años ya no le importa mucho a nadie.

—No me venga con sus bobadas de clase alta, Julie.

—Es Jules, nunca Julie.

—Oh, le pido disculpas, Jules —dijo Arnie con falsa solemnidad.

—Escuche, Zwillman, ¿qué es todo esto? No tengo por qué aguantar este desplante, y menos viniendo de un pirómano y un tramposo como usted —dijo Jules. No hizo ningún intento por esconder el tono de burla.

Arnie Zwillman miró a Jules. Cuando habló, lo hizo con calma.

—¿Qué sabe la dama de sociedad que tiene por esposa sobre la chica del brazo roto que se cayó del balcón del hotel Roosevelt en Chicago en 1953? —preguntó.

Jules se quedó blanco.

Arnie Zwillman sonrió.

—Imagino que tampoco sabe nada su amigo el presidente, que va a nombrarle representante en la cumbre económica de Bruselas.

Jules sintió una opresión en el pecho. Su corazón estaba desbocado. Se puso la mano encima.

—Aquello fue un accidente —dijo con un hilo de voz.

—Siéntese —le ordenó Arnie. Lo trataba como si fuera su empleado.

Jules, respirando pesadamente, hundió su voluminoso cuerpo en una silla Eames y miró a Arnie Zwillman.

—Aquí —dijo Arnie, tocando el cojín libre del sofá tapizado en pana donde estaba sentado—. Tengo un pólipo en las cuerdas vocales y no quiero levantar la voz.

Jules se levantó de la silla Eames, caminó hasta el sofá y se sentó lentamente.

—Tiene mucha grasa ahí, amigo —dijo Arnie—. ¿Cuántos años tiene, Jules?

—Vayamos al grano y dígame por qué quería verme, Zwillman —dijo Jules.

—¿Cuántos? ¿Cincuenta y siete? ¿Cincuenta y ocho? ¿Algo así? Debería cuidarse más. Míreme. Tengo la misma edad que usted. Mire mi barriga. Lisa como una tabla de planchar. ¿Sabe por qué? Como verdura. Como fruta. Camino ocho kilómetros al día, todos los días. Me dan un masaje a diario. Hago sauna de vapor y sueca. Con eso se sudan todos los malditos kilos. Tiene que perder un poco de grasa. Es malo para el corazón. ¿Qué piensa su amiga al respecto? ¿Le molesta?

—Si la señora Mendelson tiene alguna queja no la ha expresado.

—No estaba hablando de la señora Mendelson, Jules.

Jules se quedó en silencio un momento. Luego preguntó:

—¿Por qué estamos aquí?

—Soy amigo de su hijo, Kippie —dijo Arnie.

—Hijastro, no hijo —dijo Jules.

—Oh, cierto, hijastro. Él dice lo mismo sobre usted; padraastro, no padre. Un chico muy travieso, su hijastro, pero encantador. Lo admito, muy encantador. La ambición no es una de sus prioridades, pero con un padraastro rico como usted, supongo que tiene grandes expectativas.

—No, no, no las tiene —dijo Jules, sacudiendo la cabeza de forma enfática.

—Quizá no directamente con usted, pero seguro que sí, indirectamente, con su madre, si usted la palma primero, algo que no me parece descabellado —dijo Arnie.

A Jules Mendelson la idea de la muerte le resultaba abominable. A pesar de todos sus éxitos, todavía tenía planes de expandir su riqueza y su poder. Tenía en la punta de los dedos el logro que coronaría su vida: su cargo como

jefe de la delegación económica americana en Bruselas durante el año de la fundación de la Unión Europea.

—Kippie fue muy amable al organizarme esta cita —dijo Arnie—. No es usted un hombre fácil al teléfono.

—No sé de qué lo conoce mi hijastro —dijo Jules.

—Oh, Kippie se mete en algún pequeño lío de vez en cuando, como estoy seguro de que ya sabe, y cuando no puede acudir a su famoso padrastro o a su famosa mamá, viene a verme en busca de un poco de ayuda —dijo Arnie—. Un día de estos va a acabar muy mal; también lo sabe, ¿no?

Jules escuchaba. No era la primera vez que oía esa predicción acerca de su hijastro. Los directores de varias escuelas caras habían vaticinado más o menos el mismo desenlace para Kippie Petworth después de expulsarlo.

—Creo que la charla preliminar se ha terminado, Zwillman. ¿Qué tiene que ver mi hijastro con esto? ¿Por qué estoy aquí sentado hablando con usted en la casa de ese cocainómano de Stieglitz, al que no conozco de nada? —preguntó Jules.

—No tiene nada que ver. No estoy aquí para hablar de Kippie. Estoy aquí para hablar del negocio del blanqueo de capitales, estando usted, o a punto de estar, tan involucrado en la banca internacional en Bruselas. ¿Qué le parecería entrar en el negocio del blanqueo conmigo, Jules?

—Una chica muy guapa, ¿no? —dijo Pauline en la sala de proyección acerca de la actriz de la pantalla.

El comentario iba dirigido a Philip Quennell, pero lo oyó Casper Stieglitz, quien, en pleno subidón de cocaína, acababa de volver de otra visita al baño.

—Es una bollera de campeonato —dijo Casper.

Se sentó en la fila de detrás de Pauline, en un asiento cerca de la cabina, desde donde podía hablar con el proyccionista.

—Oh, no, no me lo puedo creer —dijo Pauline.

—Es verdad —dijo Casper—. Se ha cepillado a la mitad de los chochitos de California.

Pauline, escandalizada, se quedó en silencio unos minutos. Dejó de mirar la pantalla. Se preguntó dónde estaría Jules, y se le ocurrió que se había ido a casa y la había dejado ahí; por naturaleza, era un hombre demasiado impaciente para disfrutar viendo películas u obras de teatro. Miró a Philip. Él le sonrió en la oscuridad, dándose cuenta de lo mucho que le había incomodado el desafortunado comentario de Casper. Pauline no quería implicar a Philip, porque sabía que estaba trabajando en una película para Casper Stieglitz. Al fin, reuniendo valor, se levantó de su asiento. Igual que Jules un rato antes, al incorporarse tapó el haz de luz que salía de la cabina de proyección situada justo a su espalda, y su silueta se recortó en la pantalla.

—¿Busca el baño, Pauline? —preguntó Casper.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó a su vez Pauline.

—Hablando con Arnie Zwillman en la casa —dijo Casper.

—¿Cómo llego hasta ahí?

En mitad de la oscuridad de la sala, apareció Willard, el mayordomo.

—Yo le indico el camino, señora Mendelson —dijo.

—¿No le gusta la película, Pauline? —preguntó Casper. Pulsó el botón del interfono y habló al proyccionista—. ¿Qué otras películas tienes ahí, Bernie?

—Resulta que a mí sí me está gustando, Casper —dijo Hortense Madden. Pauline no respondió. A su lado, Philip Quennell se levantó.

—¿Estás bien, Pauline? —preguntó.

—Estoy bien, Philip, siéntate. Estoy bien. Pero tengo que encontrar a Jules, eso es todo.

El mayordomo alargó su mano hacia ella y ella la tomó. La guio a través de la sala hasta una puerta corredera de cristal.

—Cuidado con el escalón —le indicó en voz baja.

Una vez fuera, Pauline respiró el aire fresco de la noche.

—Lamento el comentario de Casper, señora Mendelson —dijo el mayordomo.

—En mi vida había escuchado tal expresión.

—Se desmadra un poco cuando consume.

Pauline miró al mayordomo sin estar segura de si se refería a lo que ella creía que se refería, pero decidió no preguntarle. Se había criado con servicio

y entendía lo que su padre siempre llamaba los límites de la comunicación.

—Mire estas rosas —dijo—. Necesitan una poda. Y que las rieguen más. Este jardín es una desgracia.

—Tiene el lugar abandonado desde que su esposa se mudó —dijo Willard.

—También él se ha abandonado, diría yo.

—Demos la vuelta por aquí, por la piscina. Tenga cuidado, algunas de las luces exteriores están fundidas. Uno de los invitados del señor Stieglitz se tropezó la semana pasada.

—Cielos, espero no tropezarme —dijo Pauline, agarrándose del brazo de Willard.

—Conozco su casa, señora Mendelson.

—¿Ah, sí?

—Solían llamarla la casa Von Stern antes de que usted la comprara.

—Sí, así la llamaban, hace años —dijo Pauline—. Se la compramos al señor Von Stern.

—Lo que la mayoría de la gente no sabe es que Von Stern la construyó para Carole Lupescu, la estrella de cine mudo. Es donde se suicidó.

—No lo sabía.

—Dejó abierto el gas.

—Cielo santo.

—En el garaje, no en la casa; en un Dusenbergl.

—Oh, ya veo.

—Soy un loco de las casas, un loco de las casas de estrellas de cine. Me sé la historia de todas las de esta ciudad.

—La nuestra guarda poco parecido con la del señor Von Stern, me temo.

—Lo sé. Oí que la reformó por completo y que duplicó los metros cuadrados.

—Sabe mucho.

Mientras se aproximaban a la terraza de la casa, Willard dijo muy rápido:

—Hector Paradiso era amigo mío —si Hector Paradiso hubiera estado vivo, Willard no le hubiera llamado amigo, sino simplemente conocido; pero una vez muerto, podía presumir de amistad sin miedo a ser descubierto—. La vi en el funeral de Hector en el Buen Pastor.

—Qué cosa más triste fue aquella —dijo Pauline. Estaban ya en la terraza y Pauline recordó el camino—. Oh, sí, por aquí es por donde entramos, ¿verdad? Ahora me acuerdo.

—Señora Mendelson, Hector no se suicidó. Lo sabe, ¿no es cierto?

Pauline miró a Willard.

—No, no lo sé. El suicidio fue la conclusión oficial del informe forense —dijo, preguntándose por qué se sentía obligada a explicarle eso al mayordomo de Casper Stieglitz, al que probablemente no volvería a ver nunca. A la vez, sabía que el hombre había sido amable con ella y se dio cuenta de que estaba siendo sincero.

—Por favor, escuche —dijo él con urgencia—. El tío que mató a Hector fue un indeseable llamado Lonny Edge. Créame, señora Mendelson. Solo se lo digo porque sé lo buenos amigos que eran usted y Hector.

Pauline no sabía qué decir. Nunca había entendido la muerte de Hector o la insistencia de su marido en la teoría del suicidio. Su confusión se vio interrumpida por una risa ruidosa que llenó el aire nocturno. Willard y ella se volvieron para ver de dónde venía. Tres personas, dos mujeres jóvenes y un hombre, aparecieron bordeando la casa con paso inestable en dirección a la piscina.

—Y por Dios, no le pases las manos por el pelo porque lleva peluca y cree que no lo sabemos —dijo una de las chicas jóvenes. Los tres se troncharon de risa.

Willard reconoció las voces, pero exclamó:

—¿Quién está ahí?

—Hola, Willard. Somos nosotros, Ina Rae y Darlene y Lonny —gritó Ina Rae.

—Dios santo —dijo Willard, mirando a Pauline—. Has llegado antes de tiempo, Ina. El señor Stieglitz todavía está con la película. Quizá deberíais esperar en su habitación hasta que los invitados se vayan. Id por la entrada de la cocina.

—¿Tienes bebidas, Willard?

—Pregunta en la cocina —contestó. Luego se volvió hacia Pauline, que observaba al joven trío—. El siguiente turno —dijo a modo de explicación.

—¿Ha dicho que el joven se llama Lonny? —preguntó Pauline.

—Sí.

—¿Es el mismo Lonny del que me hablabas ahora?

Willard asintió. Abrió la puerta.

—Esta es una casa muy activa —dijo Pauline, y entró en la casa—.  
¿Dónde dice que está mi marido?

—En el estudio, con el señor Zwillman.

—¿Me enseña el camino?

—Por aquí.

Pauline miró a Willard como si quisiera memorizar bien su cara y luego abrió la puerta del estudio de Casper Stieglitz sin llamar. Dentro, sentados juntos y en mitad de una conversación seria, estaban Jules y Arnie Zwillman. Los dos hombres sostenían una bebida en la mano y la habitación estaba llena del humo azul de un puro; interrumpieron la conversación, sorprendidos por la intromisión.

Pauline advirtió la intensidad de su intercambio. Era la manera en la que había visto hablar a Jules con sus amigos del mundo financiero.

—Jules, quiero irme a casa —dijo Pauline. No se movió del umbral.

Jules miró su reloj.

—¿Se ha terminado la película?

—Para mí, sí.

—¿Hay algún problema, Pauline?

—Tengo un dolor de cabeza espantoso y quiero irme inmediatamente, con o sin ti.

—¿Conoces al señor Zwill...?

—Sí, lo conozco. ¿Vienes, Jules? —se volvió y salió de la habitación.

—¡Hola, Willard! —gritó Ina Rae desde el dormitorio de Casper, donde ella, Darlene y Lonny estaban fumando porros y bebiendo margaritas, mientras hacían tiempo hasta que terminara la película y los imponentes amigos de Casper se hubieran ido y pudiera empezar la orgía—. Ven un minuto, ¿quieres?

Willard estaba en la cocina pagando a los camareros y quejándose amargamente de que hubieran roto uno de los platos negros del señor Stieglitz.

—¿Qué ocurre, Ina? —preguntó él una vez hubo terminado con los camareros. Quería dejar perfectamente claro que no era de los que lo dejaban todo y echaban a correr cuando los llamaba alguien de la catadura de Ina Rae.

—Mi amigo Lonny quiere que hagas algo —dijo ella.

Willard miró a Lonny. Se había quitado la chaqueta y los vaqueros y estaba sentado en la cama de Casper con un tanga negro y una camiseta; en la comisura de los labios sostenía un porro.

—Me resultas familiar, Willard —dijo Lonny.

—Estaba en el Miss Garbo la noche que te fuiste de allí con Hector Paradiso —respondió Willard.

—Todo el puto mundo debía estar en el Miss Garbo esa noche —dijo Lonny—. Pobre Hector. ¿Quién hubiera pensado que él mismo se iba a inflar de plomo?

Por un momento los dos hombres se miraron.

—¿Querías algo?

—Sí. ¿El señor Philip Quennell está en la sala de proyección viendo la película?

—Sí —dijo Willard, sorprendido.

—Cuando salga dale esto, ¿quieres? —cogió un gran sobre de manila, donde figuraba escrito a mano de forma muy sencilla: *Señor P. Quinel. Personal.* Debajo rezaba: *Copia Zerox.*

—¿Estás escribiendo tus memorias, Lonny? —preguntó Willard—. Deberías aprender a deletrear primero.

—Limítate a dárselo, gilipollas, y no te pases de listo, ¿entendido? —dijo Lonny.

Se incorporó, puso la mano en la rodilla de Darlene y la fue subiendo por el muslo, mirando a Willard al mismo tiempo.

—Escúchame, chapero de tres al cuarto. No uses ninguna de las toallas Porthault del señor Stieglitz para limpiar el semen. ¿Te enteras?

—Me conozco las normas, Willard —dijo Ina Rae—. Sé dónde tiene las toallas baratas. ¿Cuándo se va a terminar la película, por Dios? Quizás empezamos sin él. Este chico se está poniendo caliente.

El Bentley estaba aparcado en el patio. Jules abrió la puerta para que Pauline entrara y luego dio la vuelta hasta el lado del conductor y se metió dentro. Al dar marcha atrás golpeó el lateral de un Honda pequeño.

—Dios santo —dijo Jules.

Abrió la puerta del coche y miró fuera.

—Debería entrar y decirle al mayordomo que le he dado.

—No, no deberías, Jules —dijo Pauline.

—Podría ser el de Zwillman.

—Zwillman no tendría un coche pequeño como ese, créeme. Al menos no le has dado al Rolls dorado de ahí. Probablemente ese sí es el de Zwillman. Puedes llamar mañana. Es solo un rasguño.

—Más bien un rasguño de novecientos dólares —dijo Jules.

—Como si no pudieras permitirte pagarlo. Vámonos. Quiero irme lejos de esta casa —dijo Pauline—. Nunca lo he pasado peor.

Jules condujo por el camino hasta el callejón sin salida y luego giró en dirección a Mountain Drive, donde se saltó una señal de stop.

—¿Estás borracho? —preguntó Pauline.

—Un poco, sí —respondió Jules.

—Estás conduciendo de forma peligrosa.

—¿Quieres llevarlo tú?

—Sí.

Jules aparcó el Bentley en el arcén de Mountain Drive y puso la marcha en punto muerto. Se quitó el cinturón, abrió la puerta del coche y caminó muy lentamente hasta el otro lado. Pauline se quitó el cinturón y se deslizó por el asiento de piel hasta el del conductor. Luego ambos se pusieron los cinturones de nuevo. Pauline metió primera y siguió por Mountain Drive en dirección a Sunset Boulevard.

—El señor Zwillman... —dijo Jules cuando se detuvieron en un semáforo en rojo en Sunset Boulevard.

—¿Qué pasa con él?

—Nunca bebo después de cenar, nunca, como ya sabes, pero me preparó tres copas —dijo Jules.

—No tenías que bebértelas.

—Lo sé, pero lo hice.

—El señor Zwillman es la razón por la que hemos ido a esa espantosa fiesta en esa espantosa casa, ¿no? —preguntó Pauline.

—Sí.

—En el futuro, si alguien te pregunta, la policía o el juez, por ejemplo: «¿Cómo conoció a Arnie Zwillman?», ya puedes decir: «Me lo presentaron en una fiesta en casa de Casper Stieglitz, el productor de cine. Mi mujer y yo cenamos allí una noche. Vimos una película. El señor Zwillman también estaba invitado, junto con Marty Lesky, el jefe de Colossus Pictures, y su mujer, Sylvia, etcétera etcétera». ¿No es así?

—Muy aguda, Pauline. Zwillman sabía que no iríamos a su casa y que nadie más que un cocainómano como Casper Stieglitz, al que ya no invitan a ninguna parte, lo invitaría a la suya. Hoy en día es como un leproso.

—Y aun así me llevas ahí, a la casa de un leproso cocainómano, para reunirte con un gánster —dijo Pauline—. Quedará todo precioso en la columna de Cyril Rathbone. Me pregunto si incluirá a Ina Rae y a Darlene y a Lonny.

—¿A quién? —preguntó Jules.

—Cuando nos fuimos, el turno de noche acababa de llegar.

—Dios mío —dijo Jules.

—¿Qué quería el señor Zwillman? ¿Información reservada para su cartera de valores? —preguntó Pauline.

—Tenía que ver con la fundación de la Unión Europea en 1992 —dijo Jules.

Pauline se rio.

—¿Qué interés puede tener el señor Arnie Zwillman, que quemó el Vegas Seraglio por el dinero del seguro, en la fundación de la Unión Europea?

—No es tanto por la fundación de la Unión Europea como por el papel que yo voy a jugar en ello representando a Estados Unidos —dijo Jules lentamente.

—No me hagas sacártelo con tenazas, Jules, palabra por palabra. Cuéntamelo todo hasta que me entere de lo que quieres decir —dijo Pauline.

Salió de Sunset Boulevard por Benedict Canyon hacia Angelo Drive, donde giró a la izquierda, e inició el tortuoso ascenso por la colina, que tenía unas curvas que erizaban el vello y por las que los forasteros nunca se aventuraban de noche. Era raro que condujera Pauline en lugar de Jules, y él, a pesar de estar ligeramente borracho, quedó impresionado por su destreza.

—Al parecer, el señor Zwillman está implicado en el tráfico de drogas y tiene a su disposición inmensas cantidades de dinero, inmensas más allá de

toda descripción, y cree que le puedo ayudar poniéndolas en circulación en el mercado único europeo —dijo Jules, con hipo.

—¿Por qué se le ha pasado por la cabeza que accederías a semejante cosa?

—Me amenazó.

Jules miró por la ventanilla de su Bentley y no respondió. Pauline lo miró.

—¿Qué le has dicho? —preguntó ella.

—Que se fuera a la mierda.

—Cuando entré en la habitación, no me pareció que le acabaras de decir al señor Zwillman que se fuera a la mierda —dijo Pauline—. No es para nada la impresión que me dio.

Jules no contestó.

—¿Vas a denunciarlo a la policía o al FBI o a la CIA o al presidente o a alguien? —preguntó Pauline.

Se miraron.

—No —dijo Jules en voz baja.

—Hace años, cuando nos acabábamos de casar, me dijiste que había algo en tu pasado, algo que sucedió cuando eras joven.

—No quiero hablar de eso —dijo Jules apresuradamente.

—¿No confías en mí, Jules, después de veintidós años de matrimonio?

—Confío en ti incondicionalmente, Pauline, pero no quiero hablar de eso.

—Entonces dime solo una cosa. ¿El señor Zwillman está al tanto de lo que fuera que te ocurrió y de lo que no quieres hablarme?

Jules miró por la ventanilla de nuevo.

—¿Cómo sabes que no llevaba un micrófono oculto? —preguntó Pauline.

—No lo sé —respondió Jules—. No pensé en ello.

Siguieron en silencio durante varios minutos, Pauline concentrada en cada curva de la carretera.

—¿Se te ha ocurrido que nuestras vidas, nuestras así llamadas perfectas vidas, se están desmoronando, Jules? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y te importa algo?

—Claro que me importa, Pauline. No quiero que pase esto. ¿Qué podemos hacer?

—No soy yo la que tiene una aventura —dijo Pauline.

Al mismo tiempo giró bruscamente el Bentley a la derecha, deteniéndose ante los portales cerrados de Clouds. Bajó la ventanilla del lado del conductor, alargó el brazo y pulsó un código de siete dígitos en la caja de la alarma situada en la pared de ladrillo rojo, junto a la entrada. Lentamente, los impresionantes portales se abrieron.

Jules, mirándola, dijo:

—Eres una mujer increíblemente eficiente, Pauline. —Colina arriba, cerca de la casa, se podían oír los ladridos de los perros guardianes.

Ella lo miró.

—Lo sé —dijo.

El coche empezó a subir la cuesta y los portales se cerraron tras ellos. Mientras se detenían en el patio empedrado, los perros guardianes, ladrando ferozmente, rodearon el coche. Jules abrió la puerta.

—Vale, chicos, vale, bajad, bajad. ¿Smitty? ¿Andas por ahí, Smitty?

—Aquí, señor Mendelson —dijo el guardia.

—Llama a los perros, ¿quieres?

—Calmaos, chicos. Calmaos. Déjeme abrirle la puerta, señora Mendelson —dijo Smitty—. Espero que hayan tenido una agradable velada.

—Gracias, Smitty. Así ha sido, de hecho —dijo Pauline. El padre de Pauline había enseñado a sus tres hijas que era importante mantener las apariencias ante el servicio, independientemente del estado en el que se encontraran sus vidas.

—¿Te llevas el coche, Smitty? —dijo Jules.

—Claro.

Entraron en el vestíbulo de la casa, con su escalera curva y los seis cuadros de Monet, y Pauline empezó a subir los escalones apoyándose en el pasamanos.

Jules, siguiéndola, la alcanzó y puso su mano sobre la suya.

—Quizá podríamos desayunar juntos mañana —dijo.

La sugerencia era inusual, ya que Jules siempre llevaba varias horas fuera de casa cuando Pauline tocaba el timbre para que Blondell le subiera la

bandeja con el desayuno. Nunca habían desayunado en la habitación del amanecer, tal y como Pauline había planeado cuando añadió a la casa las habitaciones del amanecer y del atardecer.

—Tengo pensado dormir hasta tarde —respondió Pauline, apartando la mano. Continuó subiendo las escaleras. Le pareció que el tercero de los seis Monet estaba torcido y se detuvo para enderezarlo.

—A la hora que sea que estés disponible por la mañana —insistió Jules, mirándola desde abajo—. Aquí estaré.

Pauline se volvió a medias y lo miró. Ambos sabían que había llegado el momento de hablar. Luego, de forma un tanto arbitraria, Pauline tomó la primera de las varias decisiones arbitrarias que tomaría en el siguiente año para afirmar su autoridad en la casa:

—Al final no quiero prestar los Monet para la exposición del museo Carnegie de Pittsburgh.

—Pero nos comprometimos —dijo Jules—. Seguro que el catálogo ya está impreso.

—Me da igual. No quiero prestarlos. Quiero que estén aquí cuando vengan los del club de jardinería.

—Muy bien —dijo Jules, levantando las cejas.

Su decisión le disgustó porque se tomaba muy seriamente sus obligaciones en el mundo del arte, pero sabía, siendo un negociador de sobrada reputación, cuando ceder. Mientras la miraba, tomó nota mental de que debía pensar una excusa aceptable antes de contactar por la mañana con el comisario del Carnegie.

Observándolo, Pauline pensó por primera vez que su marido había empezado a envejecer.

Los pocos invitados que se habían quedado a ver la película entera en casa de Casper Stieglitz comenzaron a marcharse. Casper, encantado de deshacerse de ellos, no fue a la zona de aparcamiento a despedirlos y, en su lugar, se fue directo a su dormitorio, donde Ina Rae, Darlene y Lonny lo estaban esperando.

Philip Quennell abrió la puerta de su coche de alquiler y se sorprendió al ver un gran sobre de manila en el asiento del conductor. Lo cogió, vio que su

nombre estaba mal escrito y supo inmediatamente lo que era y de quién era.

—¡Eh, alguien le ha dado un golpe a mi coche! —gritó Hortense Madden, cuando se disponía a abrir la puerta de su Honda—. Apuesto a que ha sido el lameculos de Cyril Rathbone. En cuanto Pauline Mendelson ha salido de la sala de proyección, la velada ha dejado de interesarle y se ha largado cabreado. Es de los que dan marcha atrás, golpean tu coche y se pierden en la noche sin dejar una nota. Mañana voy a coger a ese pequeño cabrón y me va a pagar hasta el último céntimo.

Philip cerró de un portazo su coche y fue hasta el de Hortense con el sobre en las manos.

—Un golpe feo —dijo—. ¿Se puede abrir la puerta?

—Déjame ver —dijo Hortense. Intentó abrir la puerta y lo consiguió.

—Podría ser peor —dijo Philip.

—Ese hijo de puta de Cyril Rathbone —dijo Hortense, hirviendo de rabia—. «Pauline, qué maravilla» —dijo, imitando exactamente la florida voz de Cyril.

—No te culpo por estar de mal humor, y probablemente no es el momento, pero este es el borrador del que te hablaba en la cena.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Que lo leas. Y que me digas quién piensas que lo escribió. Estoy en el Chateau Marmont.

## *Las cintas de Flo #14*

*«Mucha gente piensa que fui a Pooky, el peluquero, solo porque era el peluquero de Pauline Mendelson, pero no es así. No es el tipo de cosa que haría. Conocía a Pooky de mis días en la cafetería Viceroy. Era un habitual, venía cada mañana. Zumo, tostada, té. Nunca cambiaba. Un día me dijo: “Rhonda —todavía me llamaban Rhonda, era antes de convertirme en Flo —, tienes un pelo realmente bonito, pero no te queda bien ese corte. Ven un día y te doy un cambio”. Casi me muero. Quiero decir, Pooky salía en los periódicos, escribían artículos sobre él y sobre todas las señoras famosas a las que peinaba, como Faye Converse, Sylvia Lesky y Pauline Mendelson. Le dije: “¿Es broma? No podría pagarte”. Y me contestó: “Invito yo”.*

*»Así que, claro, fui. Desde entonces, incluso antes de conocer a Jules Mendelson, lo llevo de esta forma. Después, cuando empecé a vestir toda esa ropa cara y a conducir el Mercedes y a vivir en Beverly Hills, empecé a pagar el mismo precio que pagaban todas las señoras de la alta sociedad y las estrellas de cine. Sé que se preguntaría de dónde venía el dinero, pero nunca me dijo nada. Sabía que estaba feliz por mí, porque las cosas me empezaban a ir bien.*

*»Siempre peinaba a Pauline Mendelson en su casa. Solo estuve en esa casa una vez, y nunca subí a la parte de arriba, pero creo que tenía una habitación entera que era como una peluquería para ella sola, porque no le gustaba ir al local de Pooky. Pero un día, cuando me estaban peinando, entró ella. Casi me muero. Se iba a la Costa Este a visitar a su padre, supongo que de forma imprevista, y necesitaba que la peinaran rápido. ¿Te puedes imaginar que en ese momento estaba leyendo la columna de Cyril Rathbone y hablaba sobre ella?*

*»Esa fue la primera vez que pensé que Pooky sospechaba de lo mío con Jules, porque rápidamente corrió una cortina detrás de mí, como si no*

*quisiera que me viera, y salió para hablar con ella. Cuando volvió para terminar conmigo, no dijo ni una palabra.»*

—Dudley, por favor, tira las peonías que están arriba, en la mesa del salón. Hay pétalos por todas partes —dijo Pauline a la mañana siguiente desde lo alto de las escaleras.

—Sí, señora Mendelson —respondió Dudley, subiendo a toda prisa al piso de arriba.

Dudley apreciaba su trabajo con la ilustre familia Mendelson y deseaba que las cosas continuaran como siempre habían sido. No era un secreto entre el personal de las grandes casas de la ciudad que Dudley era recompensado por sus servicios con un salario que excedía con mucho el de cualquiera de sus colegas, hecho que lo elevaba a la categoría de celebridad en los círculos del servicio doméstico. A lo largo de los años, las numerosas fiestas de los Mendelson le habían permitido comprobar que los invitados que asistían a ellas eran los mejores y más prominentes de la ciudad, y le agradaba que muchos de ellos lo llamaran por su nombre, especialmente varios expresidentes del país que visitaban con frecuencia la casa. Una muestra de la alta estima en la que Jules Mendelson lo tenía era el hecho de que solo él y nadie más tenía permiso para quitarle el polvo a las *Rosas blancas* de Van Gogh, que era la posesión más preciada en aquella casa llena de obras de arte.

Cuando Pauline bajó a desayunar, iba vestida de viaje, con un traje de *tweed*. Su abrigo de visón, que solo se ponía en la Costa Este, estaba preparado en una silla dorada del salón de la entrada. El tamaño de sus dos maletas, que Dudley ya había bajado, indicaba que solo planeaba un viaje corto. En su mano llevaba una lista de cosas que el servicio debía atender en su ausencia.

—Y Dudley, olvidé decirle a Blondell que los Kleenex del baño del señor Mendelson deben ser blancos, nunca rosas. Asegúrate de que los cambia.

—Sí, señora Mendelson —respondió Dudley.

Jules, al oír a Pauline bajar las escaleras, salió de la biblioteca, donde había estado al teléfono con sus varias oficinas mientras la esperaba. Llevaba una taza de café en la mano.

—¿Adónde te vas? —preguntó, sorprendido, cuando vio las maletas y su ropa de viaje. Esperaba encontrársela ataviada con una de sus diáfanas batas, que era el atuendo que ella prefería para las mañanas en casa.

—Me voy unos días a la Costa Este para ver a mi padre — respondió Pauline.

—¿Está enfermo?

—No más de lo que ya lo ha estado, pero hace meses que no lo veo, y me ha parecido que este es el momento perfecto.

Jules no había sido informado de tales planes la noche anterior.

—¿Cuándo lo decidiste?

—Durante la noche.

Él se dio media vuelta para volver a la biblioteca.

—Haré las gestiones para que cojas el avión —dijo él.

—No, no, no te preocupes. Ya he hablado con la señorita Maple —dijo Pauline—. El avión me dejará en Bangor y volverá a tiempo para llevarte a Fort Worth para tu reunión de esta noche en el museo.

—Eres muy eficiente, Pauline —dijo él.

—Ya me dijiste eso anoche, Jules.

—¿Has desayunado?

—No, claro que no. Pensé que habíamos quedado para desayunar.

Su naturalidad molestó a Jules. Estaba acostumbrado a que ella se comportara de otra manera, más cálida y dócil, y se sentía inseguro cuando sus formas eran tan frías. Recorrió el pasillo por delante de él hasta la habitación del amanecer, que nunca habían usado antes para desayunar, ya que sus horarios matinales eran muy diferentes. Pauline evaluó la mesa y asintió. Las órdenes que le había escrito a Blondell la noche anterior se habían cumplido con exactitud. La mesa había sido dispuesta con un mantel Porthault y servilletas. El florero bajo del centro de mesa estaba adornado con rosas del jardín recién cortadas. Los dos sitios, preparados con su vajilla Minton favorita de patrón floral. Los diarios de la mañana de Nueva York y Los Ángeles estaban situados uno encima de otro en una mesa supletoria. Incluso

con su vida al borde del abismo, ningún detalle de la intendencia de la casa escapaba a su atención.

Jules la miró.

—Muy bonito —dijo él.

—Sí, ¿no?

Dudley, de instinto sagaz, era consciente de lo inusual del desayuno. Con la solemnidad adecuada, entró en la habitación con dos jarras plateadas en una bandeja y sirvió té para Pauline y luego café para Jules.

—Gracias, Dudley —dijo Pauline—. Solo tomaré melón y una tostada. Dile a Gertie que de pan integral. Estoy segura de que sabes lo que tomará el señor Mendelson.

—Sí, señora —dijo Dudley.

—Deja el café aquí mismo, Dudley —dijo Jules, golpeando con los nudillos en la mesa, junto a su taza—. Me gusta servírmelo yo mismo.

—¿Todavía bebes seis cafés en el desayuno? —preguntó Pauline.

—Más o menos.

—No puede ser bueno para tu corazón.

—Mi corazón. Todo lo que estoy oyendo estos días es sobre mi corazón.

—¿Quién más te lo ha dicho? —preguntó Pauline.

—Arnie Zwillman, anoche.

—Oh —dijo ella con disgusto, e hizo un gesto con las manos al oír mencionar el nombre de Arnie Zwillman, como si un mal olor se hubiera instalado de repente en la habitación.

Dudley entró con los huevos revueltos y el beicon en una fuente plateada con tapa. Pauline levantó su delicada copa Minton con las dos manos y los codos apoyados en la mesa, y observó mientras Jules se servía del plato que Dudley sujetaba.

Cuando Dudley se retiró, Pauline dijo:

—Te devuelvo estos pendientes de diamante amarillo, Jules — sacudió los pendientes en su mano como si fueran dados y luego los lanzó en su dirección sobre el mantel.

Jules, sorprendido, los cogió.

—No te gustan.

—Claro que sí, son muy bonitos, pero no me los pondré nunca.

—Anoche pensé que te habían gustado.

—No he dicho que no me gustaran. He dicho que no me los pondría.

—¿Por qué?

—Porque llevan la culpa pegada a ellos. Me los compraste porque te había descubierto, como una suerte de expiación. Rose siempre dice que cuanto más infiel es el marido, más grande es la colección de joyas.

—Muy propio de Rose, sí —respondió Jules. Se metió los pendientes en el bolsillo—. Los guardaré en la caja fuerte. Quizá más adelante.

—¿Qué quieres decir? ¿Para Navidad? ¿Para mi cumpleaños? No, Jules. No los quiero. Devuélvelos a Boothby's.

—De acuerdo —dijo él en voz baja.

En la pared, detrás de la silla de Pauline, había un cuadro pequeño de uvas y peras de Fantin-Latour. Se levantó y lo enderezó un milímetro.

—Siempre me ha gustado este cuadro.

—¿Te acuerdas cuando lo compramos? —preguntó Jules.

—Claro —por un momento pareció que ella sacaría a relucir el incidente, pero decidió no hacerlo—. ¿Crees que alguna vez fuimos felices, Jules, o estos veintidós años de matrimonio han sido una farsa?

—Pauline, no hables así, por favor.

Dudley entró de nuevo portando una bandeja plateada con más huevos revueltos y beicon, pero Pauline le hizo un gesto para que se fuera, aunque Jules sin duda hubiera repetido.

—Imagínate dividir todo esto.

—¿Qué es todo esto? —preguntó él.

Ella hizo un gesto que indicaba el conjunto de la casa.

—Todo —dijo, mirándolo.

Una expresión de profunda turbación se adueñó de su cara. En ese instante sus posesiones y su posición significaban más para él que su obsesión, y estaba dispuesto a renunciar a esta última.

—Ni siquiera bromees con algo así.

—No bromeo, Jules. No bromeo ni por un instante.

Pauline no tenía ningún miedo de mirar fijamente a su marido, y lo hizo.

—No, por supuesto que no bromeas.

—Cuando me pediste que me casara contigo hace tantos años, mi padre me aconsejó que no lo hiciera, y ahora vuelvo con mi padre porque necesito hablar con alguien de confianza para ver si debo seguir casada contigo o no.

—Escúchame, Pauline. Haré lo que sea para no perderte.

—¿Qué hay de esa mujer pelirroja?

—¿Qué mujer pelirroja?

—Si no vas a ser sincero conmigo, ni siquiera ahora, no tiene ningún sentido seguir con la conversación. Hace meses me enviaron un recorte, anónimamente por supuesto, de un diario parisino; era la noticia de un incendio en el hotel Meurice, y en la fotografía se te veía a ti en segundo plano, detrás de una mujer joven que llevaba un maletín de joyas. Sabía que te estabas quedando en el Ritz. Decidí ignorarlo. Decidí olvidarlo, incluso. Pero señales posteriores han hecho imposible que lo ignore o lo olvide.

—¿Cómo qué?

—La olí en tus dedos —dijo Pauline.

La cara de Jules se puso escarlata. Su expresión era tan clara como una confesión firmada.

—De acuerdo, es verdad, pero no fue nada. No significó nada. Se va a acabar, te lo juro. Nunca he oído nada tan absurdo en toda mi vida, poner fin a un matrimonio como el nuestro por una infidelidad —dijo él.

—Esto difícilmente se puede considerar una infidelidad, Jules.

—Fue una excepción, nada más, te lo juro. Tengo cincuenta y siete años. Quizá fue pánico. Simplemente me dejé llevar por un sentimiento apabullante.

—¿Crees que yo nunca siento eso por otras personas, Jules? —preguntó Pauline.

Jules la miró, como si la idea nunca se le hubiera ocurrido.

—Sí, lo siento —dijo ella—. Por el joven Philip Quennell, por ejemplo. Creo que es muy atractivo. Incluso se lo dije anoche en esa fiesta horrible.

Ante la mención del nombre de Philip Quennell, Jules dio un respingo. No podía soportar a Philip Quennell.

—Me imaginé teniendo una aventura con él, en el caso de que fuera la clase de mujer que tiene aventuras. Pero no tengo una aventura con él, Jules.

Jules estaba horrorizado ante la idea misma de que su mujer pensara siquiera en tener una aventura.

—¿Por Camilla? —preguntó.

—Por eso, sí. Pero también por ti, Jules, por nuestro matrimonio, que es algo que me he tomado muy en serio.

—Y yo.

—No. Tú quieres una mujer florero, eso es todo, y eso no es suficiente para mí.

Se quedaron en silencio.

—Philip Quennell, por cierto, no me ha hecho ninguna propuesta ni ha mostrado el más mínimo interés por mí.

—Me cae mal tu amigo Philip Quennell —dijo Jules.

—No cree que Hector se suicidara. Y el mayordomo del señor Stieglitz tampoco.

Jules movió la cabeza, impaciente.

—¿Qué importa lo que piense esa gente?

—Yo tampoco me lo creo —dijo ella.

—Créetelo.

—¿Me estás ordenando que crea algo en lo que no creo?

—Sí —el tono de Jules era áspero.

Desconcertada, Pauline lo miró.

Llamaron a la puerta y Dudley entró con actitud nerviosa, interrumpiendo lo que sabía que era un importante encuentro privado entre las dos personas a quienes había servido durante tantos años.

—Siento interrumpir —dijo.

—Está bien —dijo Pauline.

—El coche está aquí. Las maletas están dentro.

—Sí, ahora mismo voy. Pon estos periódicos en el coche, ¿quieres, Dudley?

Cuando Dudley se fue, Jules dijo:

—Te llevo al aeropuerto.

—Oh, no hagas el tonto, Jules —Pauline bebió un último trago de té.

—No tengas prisa. Tómate otro té. Lo bueno de tener avión privado es que no se va a ir sin ti —dijo Jules.

Pauline sacudió la cabeza. Era una afirmación que había oído muchas veces antes. Cuando llegó a la puerta del salón, se volvió.

—Esta habitación es verdaderamente bonita, ¿no crees? Es una pena que no la hayamos usado nunca —y se marchó.

Jules se levantó, siguió a Pauline por el pasillo y la puerta principal hasta el patio.

—¿Has puesto las maletas de la señora Mendelson en el maletero? —preguntó, aunque acababa de oír decir a Dudley que las maletas ya estaban en el coche.

El chófer estaba de pie sosteniendo la puerta abierta. A punto de entrar, Pauline se volvió hacia el mayordomo y dijo:

—Dudley, hay una grieta en la ventana del baño de la biblioteca. Pídele a Joe que cambie la ventana, ¿quieres? —entró en el coche—. Oh, y una cosa más, Dudley. Mira a ver si encuentras uno de los platos de ensalada Flora Danica. Conté solo veintitrés ayer.

Jules dio un paso adelante y le hizo una señal al chófer para que cerrara la puerta.

—Dale recuerdos a tu padre de mi parte —dijo.

—Lo haré —contestó Pauline.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé exactamente, Jules. No mucho.

—Cuando estés preparada para volver, házmelo saber, y me encargaré de que el avión vuele a Bangor a recogerte —dijo. No quería que se fuera.

Pauline se quitó los guantes.

—Adiós, Jules.

—Te voy a echar de menos.

Pauline asintió.

—Bien, Jim, vamos —le dijo al chófer.

Jules retrocedió y cerró la puerta. Cuando el coche empezó a avanzar, levantó la mano para despedirse. El vehículo salió del patio y enfiló el camino. Jules se quedó de pie, sin moverse.

En el salón de la segunda planta, a un paso de la ventana, Blondell vio la despedida. No entendía por qué sentía tristeza. Desde el salón principal, escaleras abajo, Dudley, que también observaba, tuvo una premonición.

A Jules le sorprendió sentirse tan triste. Nunca había sido capaz de reconocer que Pauline era una pieza fundamental de su existencia. A lo largo

de su vida adulta, plagada de éxitos, a Jules le habían pedido que formara parte de consejos de administración de empresas, hospitales y museos. Le habían pedido que portara el féretro o leyera un panegírico en los funerales de un presidente de Estados Unidos, seis senadores, dos gobernadores y numerosos presidentes ejecutivos de bancos y negocios. Como marido de Pauline Mendelson era considerado un trofeo y una sensación en actos sociales. Y, aun así, en lo más profundo de sí mismo, sabía que no tenía ni un solo amigo íntimo al que recurrir en momentos complicados. Excepto Pauline.

—¿Vas al médico alguna vez, Jules? —preguntó Flo.

—¿Para qué?

—¿Revisiones? ¿Algo?

—No.

—Deberías, ya lo sabes.

—Lo sé. Lo sé.

Flo le compró una cinta de correr y la instaló en su dormitorio. Le hizo usarla durante veinte minutos cada tarde para controlar su peso. Cuando a la señorita Maple le llegó la factura, a Jules le satisfizo enormemente ver lo mucho que se había gastado en él de su propia asignación.

—Jules, cariño, no entiendo qué significa blanqueo de dinero —dijo Flo, sentada en una silla, mirándolo.

Jules, con las manos en la barra de la máquina, caminaba sobre la cinta. Los veinte minutos de ejercicio diario se habían convertido en un rato de charla para ellos, y ambos lo disfrutaban.

—Mira, déjame explicártelo —dijo Jules. Le gustaba hablar con Flo—. Digamos que tengo un cuadro valorado en un millón de dólares. Arnie Zwillman me compra ese cuadro por esa cantidad de dinero, pero lo paga en metálico salido de su maletín. Luego, tal y como sucede en el mercado del arte, el valor del cuadro aumenta. Eso quiere decir que sube el precio y luego él puede venderlo en el mercado libre o en una subasta.

—Oh, ya lo pilló —dijo Flo—. Así que el dinero sucio se vuelve limpio.

—Correcto —dijo Jules—. Solo que él no estaba hablando de arte.

—Cariño, no te puedes implicar en eso. Ya lo sabes, ¿verdad? —dijo Flo.

—Lo sé.

—Entonces dile a Arnie Zwillman que se vaya a la mierda.

Jules asintió. Deseó que fuera así de sencillo. Paró la cinta de correr. Durante unos minutos se quedó sobre la máquina sin hablar. Después se bajó y fue al baño. Desde la puerta, dijo tranquilamente:

—Hay algo más que no sabes.

—¿Qué?

—Hay cosas de mí que él sabe y que nadie más sabe.

—¿Ni siquiera Pauline?

—Ni siquiera Pauline.

Ella miró su espalda.

—¿Como qué? —preguntó.

Jules se dio la vuelta para mirarla. Ella nunca le había visto una cara tan atormentada. Abrió la boca para decir algo. Luego miró su reloj.

—Será mejor que me vaya. Es tarde. He quedado con Sims Lord para cenar.

—Quiero saberlo —insistió Flo.

Jules sabía guardar secretos; no era una persona que intimara con otra gente. Ni siquiera Sims Lord, su asesor de confianza, sabía todo lo que había detrás de los arreglos de negocios de Jules. Cuando Jules se encontró con él más tarde, tenía pensado contarle la inaudita conversación con Arnie Zwillman y su proposición sobre el blanqueo de dinero, pero no era capaz de repetir a Sims las cosas que Arnie Zwillman sabía sobre su vida: la chica que se había caído del balcón del hotel Roosevelt en Chicago en 1953. O sobre Kippie. A veces le preocupaba su corazón. Le latía muy rápido cuando pensaba en lo que llevaba escondido dentro. Sabía que tenía que pedir cita para ver al doctor Petrie, pero siempre estaba demasiado ocupado y seguía posponiéndolo.

—Dímelo —insistió Flo.

Cuando por fin empezó a hablar, lo hizo despacio y en voz baja, casi como si estuviera hablando consigo mismo, y Flo tuvo que incorporarse para

oírle. Supo que, si lo interrumpía para pedirle que hablara más alto, cambiaría de opinión y no seguiría con la historia.

—Cuando era joven, pasó algo horrible en Chicago de lo que fui responsable —dijo él.

En Northeast Harbor, Maine, a Neville McAdoo siempre le divertía cuando se referían a él como el padre de Pauline Mendelson. Y le divertía aún más cuando lo describían como el suegro de Jules Mendelson. El verano anterior había celebrado su setenta y cinco cumpleaños con un pequeño baile celebrado bajo una carpa de rayas verdes y blancas, regalo de sus tres hijas y sus maridos. A la fiesta asistieron todos sus nietos, incluido Kippie, a quien en la familia llamaban el primo de California. Los hombres vistieron todos americana y camisas blancas de franela, y las damas, más elegantes que los hombres, estampados de seda o vestidos veraniegos de gasa y joyas discretas. Nada de corbata negra para ellos. Cuando estaban en familia, se reían de la afectación y el despilfarro de la vida social de Newport y Southampton, prefiriendo, de largo, la simplicidad de la suya.

—No se privan de nada en esos lugares —había dicho Neville McAdoo—. No tienen la disciplina del noreste. —La columna de Nueva York de Dolly De Longpre, reconocida cronista de sociedad durante tres décadas, nunca cubría las fiestas del noreste.

En esa celebración, Jules Mendelson se ganó la admiración de todos los McAdoo cuando se quedó durante varias horas en agradable conversación con la tía Maud, conocida en la familia como la pobre tía Maud por culpa de su marido, el tío Harry, que había sido encontrado muerto en la cama de un sórdido hotel del West Side de Nueva York vestido con ropa de mujer. Desde entonces, la tía Maud había sido una carga para todos. Kippie, que había sido expulsado tanto de St. Paul como de St. George antes de terminar la secundaria en Le Rosay, en Suiza, gozaba de una suerte de misterioso halo de glamur entre la familia. «Tan atractivo», decían las señoras mayores sobre él. O «qué encanto». Los de su edad tenían opiniones diferentes. Fue en ese baile donde Kippie estranguló a un gato, como una broma en la mesa de los jóvenes, ante el horror y la fascinación de sus primos del este. «Nunca más te volveré a

hablar, Kippie Petworth», dijo su prima de Filadelfia, Louise Ordano, al borde del llanto. «Suerte has tenido de que no fuera uno de los abisinios del abuelo, es todo lo que puedo decir.» Cosimo y Cosima eran los gatos abisinios del abuelo, a los que adoraba.

En sintonía con su habitual buena suerte, Kippie no causó demasiada conmoción con el estrangulamiento, ya que se trataba de un gato desconocido que se había colado en la carpa de la fiesta y nadie lo echó en falta. Kippie, con la ayuda de Bozzie Manchester, su primo de Nueva York, enterró al infortunado animal en el bosque, más allá de la propiedad del abuelo, y no se habló más del asunto.

—Qué bien se está aquí, papá —dijo Pauline—. Siempre lo olvido. Siempre pienso en venir más a menudo.

—Los Van Degan quieren comer contigo —dijo Neville McAdoo.

—Oh, no, gracias, papá. Me quedaré aquí contigo —dijo Pauline. Mojó su servilleta en un vaso de agua y limpió una mancha en la chaqueta de lino blanco de su padre, donde había caído crema de zanahoria, sin interrumpir el hilo de su conversación—. Acércate más a la mesa, papá, para que no te manches. Y déjame que te ponga la servilleta más arriba. Ahí. Ahora termínate la crema. Esa chica tan simpática del pueblo la ha hecho especialmente para ti. Dijo que es tu favorita. Es un tesoro.

—Colleen —dijo el viejo señor McAdoo—. Se llama Colleen. No es una empleada, ya sabes, ni tampoco cocinera. Viene y me cuida en vacaciones y fines de semana, cuando no está en la universidad. —A su padre le fascinaba todo lo que tenía que ver con Northeast Harbor. Se interesaba tanto por la vida de los locales como por la de quienes venían en verano—. Va a una escuela de hostelería y un día quiere ser la encargada del Asticou Inn.

—Maravilloso —dijo Pauline—. Los jóvenes de hoy en día están llenos de ambición y objetivos.

—¿Cómo está Kippie? —preguntó su padre.

—Bueno, lamentablemente, Kippie no encaja en ese patrón de ambición y objetivos, pero sus encantos continúan inalterados, supongo. Todavía está en rehabilitación en Francia, por drogas.

Neville McAdoo acarició la mano de su hija. De constitución delgada, había jugado al tenis a diario hasta hacía unos pocos años, antes de su

embolia. Para protegerse la cara del sol llevaba una gorra blanca de tenis tan lavada que tenía un aspecto suave y flexible. Estaban sentados en la terraza de su enorme casa de tablillas de cedro, que cincuenta inviernos de Maine habían vuelto de color gris, mirando el fiordo de Somes Sound. Fue una bendición — inadvertida en un principio— que la casa original de los McAdoo en Bar Harbor, cerca de Northeast Harbor, se quemara hasta los cimientos en el gran incendio de 1947. La fortuna de los McAdoo, antiguo motivo de orgullo, ya había disminuido por aquel entonces, y la familia no hubiera podido permitirse mantener el lugar durante muchos más veranos. Con el dinero del seguro, el padre de Neville McAdoo había construido una casa más práctica en Northeast Harbor, con solo diez habitaciones en lugar de treinta, y fue allí donde Pauline y sus hermanas pasaron todos los veranos de su vida hasta que se casaron.

—¿Cuál es el problema, Pauline? —preguntó su padre.

—Siempre sabes cuándo hay un problema, ¿verdad, papá?

—No apareces de la nada en Northeast en primavera, antes de que empiece la temporada, si no tienes algo importante rondándote la cabeza.

Pauline desabrochó y volvió a abrochar los botones de las mangas de un suéter de cachemira que colgaba de sus hombros. Se levantó de su endeble silla, caminó hasta el borde de la terraza y se apoyó en la barandilla, de cara a su padre.

—Estoy pensando en dejar a Jules —dijo.

Jules nunca comentaba el paradero de su mujer con su amante, pero su amante seguía religiosamente las idas y venidas de su mujer en las páginas de sociedad y en las columnas de cotilleos. Cyril Rathbone, en particular, seguía teniendo un interés desmedido en las actividades de Pauline Mendelson, aunque, tras la fiesta de Casper Stieglitz, no parecía haber conectado a Jules Mendelson con Arnie Zwillman. En su crónica simplemente mencionaba a los Mendelson como «invitados sorpresa de una velada variopinta».

—¿Dónde está Northeast Harbor? —preguntó Flo.

—Maine —respondió Jules con cautela—. ¿Por qué?

—¿Es como Malibú?

—Cielos, no.

—¿Como Newport?

—¿Te refieres a Newport, California, o Newport, Rhode Island?

—No sabía que había dos.

—Sí. No se parece en nada a Newport, California, y está más subestimado que Newport, Rhode Island.

—Subestimado. ¿Quieres decir con menos clase?

—Para algunos, supongo.

—¿Es para ricos que quieren pasan desapercibidos? ¿Ese tipo de cosa?

—Supongo. ¿A qué se debe este gran interés por Northeast Harbor?

—He oído que Pauline está visitando a su padre allí.

Jules se quedó en silencio un momento.

—¿Y dónde has oído eso? —preguntó.

—No lo he oído, exactamente. Lo leí.

—¿Dónde?

—En la columna de Cyril Rathbone.

—Tendría que haberlo imaginado. Parece que ese cerdo es una de tus principales fuentes de información.

—Moriría feliz si mi nombre apareciera en la columna de Cyril Rathbone.

—Oh, por favor.

—De verdad, Jules. Me gusta leer sobre toda esa gente y los lugares de los que escribe. Es como otro mundo para mí. Un día me gustaría ir a todos esos sitios, como Newport y Southampton y Northeast Harbor.

—No me importaría tomar otra copa de vino —dijo Jules.

—Con Pauline fuera de la ciudad, no tienes que ir a casa esta noche, ¿verdad?

—Sí, tengo que ir a casa, pero no me tengo que ir ahora mismo. Tenía una cena, pero la he cancelado. Pensé que podíamos cenar aquí.

—¿Qué tal si me sacas por ahí, Jules? —preguntó Flo.

—¿Por qué no nos quedamos aquí?

—Porque estoy harta de comer en casa. Comida china para llevar de Mr. Chow o pizzas de Spago. Eso es lo que significa para mí comer en casa. Sé

cómo atender una mesa, pero no sé cocinar. Quiero salir —se levantó para mostrar su impaciencia.

—No es posible —dijo Jules, rechazando la idea con un movimiento de cabeza.

—¿Y por qué no? —insistió Flo. Puso el dedo índice de su mano izquierda sobre el meñique de su mano derecha y fue enumerando dedo a dedo las circunstancias presentes de la vida de Jules—. Pauline está fuera de la ciudad en Northeast Harbor, Maine, visitando a su anciano padre. Tú no tienes que ir a una de esas cenas de Rose Cliveden porque está en la cama con una pierna rota y una botella de vodka, y además tú nunca vas a esas cenas cuando Pauline no está. Y el tío del museo de Hartford que iba a venir a ver tus cuadros para tratar de convencerte de que los dones al Wadsworth Atheneum ha tenido que posponer el viaje porque su madrastra se ha suicidado. Y Sims Lord está en una convención de banqueros en Chicago dando un discurso en tu lugar porque tú no querías ir a Chicago. Y el tío del Louvre de París que ha arreglado la grieta de la bailarina de Degas que accidentalmente tiraste al suelo porque un tío cualquiera te enfureció en la comida después del funeral de Hector Paradiso no tiene previsto llegar con la escultura hasta mañana por la noche. Así que estás libre y vas a sacarme a cenar.

Jules se rio.

—Dios santo. ¿Cómo sabes todas esas cosas?

—Porque sé escuchar, Jules. Te tiras en mi cama con el teléfono sobre la barriga y haces todas esas llamadas, y yo simplemente escucho y recuerdo.

Él le acarició la mano.

—Mira, Flo, cariño. No es buena idea salir a cenar —dijo Jules con paciencia—. Especialmente en estos momentos.

—No te estoy pidiendo que me lleves al Bistro Garden o a Chasen's. No tenemos que ir a un lugar sofisticado donde te vas a encontrar con un montón de gente que conoces.

Jules dudó. No quería dejarse ver en público con Flo, pero no podía decir eso.

—Está el maldito valle. Seguro que en el valle no te encuentras a nadie conocido. Cenemos juntos, solo eso, como dos personas normales que tienen

una relación. Por favor, Jules. Por favor. Siempre estoy vestida de punta en blanco pero no tengo ningún sitio al que ir. No sabes lo sola que me siento.

—Vale —dijo él en voz baja. Alargó el brazo, le puso la mano sobre el muslo y empezó a moverla de arriba abajo.

—Oh, no, nada de eso —dijo ella, dándole una bofetada en la mano—. No te pongas cachondo otra vez. Ya me sé el truco. Empezaremos y luego no me llevarás a cenar. Después de cenar me ocuparé de tu polla —saltó de la cama y corrió hasta su armario—. Hoy me ha llegado un traje nuevo de Chanel. Negro. Botones dorados. Y una falda muy corta, por aquí.

—¿Dónde podemos ir? —preguntó Jules.

Veintidós años antes, su padre le había aconsejado que no se casara con Jules Mendelson. Neville McAdoo, que apreciaba la forma física y la destreza atlética, se fijó tanto en el sobrepeso de Jules y en que nunca se ejercitaba como en que no era un candidato apto para ninguno de los clubes a los que la familia McAdoo había pertenecido durante generaciones. Los clubes jugaban una gran importancia en sus vidas. Pero ni siquiera Neville McAdoo podía ignorar la relevancia de Jules en el mundo de las finanzas, y con los años había empezado a estimar y respetar a su yerno.

Y Jules, aunque nunca hubiera admitido tal cosa, estaba impresionado por el linaje de su mujer. Al principio se preguntaba cómo una familia que había recibido tanta atención por los magníficos matrimonios de las tres hermanas podía tener tan poco dinero. En la era de ingentes fortunas en la que vivían, los millones de los McAdoo, menos de cinco, eran considerados insignificantes, al menos en los círculos en los que Jules se movía. Fue Jules, el rico recién llegado, quien pagó la reforma de la vieja casa del abuelo después de su embolia, equipándola para el invierno, poniendo un tejado nuevo y aumentando la ya de por sí amplia terraza para que una rampa facilitara los movimientos de la silla de ruedas, que había pasado a ser una parte esencial de la vida del abuelo. Dentro, la biblioteca, que este siempre llamaba la habitación de los libros, había sido conectada con su dormitorio, y el lavabo contiguo se había ampliado hasta convertirlo en un baño completo, con

agarrador en la pared de la ducha y la bañera. Su mayor miedo era caerse y romperse una cadera.

A Pauline contar su historia le resultaba difícil y doloroso. Habitualmente comunicativa con los acontecimientos de su vida, hablaba ahora de forma entrecortada e inconexa, apartando la vista de su padre para que no pudiera ver la vergüenza y el dolor reflejados en su rostro. Jules tenía una aventura, empezó. Se había enterado de la manera más humillante posible.

—Tan doloroso, papá. No, no, no te voy a explicar cómo me enteré. Tiene una amante. Está manteniendo a esa mujer. Ha perdido la cabeza por ella.

—¿Te dijo que ha perdido la cabeza por ella?

—Varias veces me he despertado en mitad de la noche y me lo he encontrado ahí tumbado a mi lado, despierto, mirando al techo.

Si Pauline había esperado que su padre reaccionara con un regocijo nada caballeresco se equivocó. Y el viejo McAdoo tampoco se entretuvo en ninguna de esas conversaciones de te-lo-dije. Amaba a su hija y podía ver que era profundamente infeliz.

—¿La has visto alguna vez? —le preguntó cuando Pauline terminó su relato.

—Una persona anónima me envió un recorte de un periódico parisino en el que aparecía ella. La llevó a París. ¿Te lo había dicho?

—¿Es más joven que tú?

—No lo suficiente como para ser mi hija, pero casi. Y guapa. Un poco vulgar pero guapa.

—¿Se mueve en tu círculo de allí?

—Cielos, no.

—¿Es probable que te la encuentres?

—No lo creo.

—¿Tus amigas, como Rose Cliveden o Camilla Ebury, podrían encontrársela?

Uno de los gatos abisinios entró paseando por la terraza. Cuando llegó hasta la silla de Neville McAdoo, levantó la pata para rascar su pierna.

—Mira, aquí está ella —dijo él, encantado. Se inclinó y cogió al gato—. O él. Nunca estoy del todo seguro de quién es quién. ¿Eres Cosima o Cosimo? —levantó al gato y miró entre sus piernas—. Cosima, claro. Sabía que eras

Cosima —se recostó de nuevo con la gata en los brazos—. ¿Están cotilleando sobre vosotros? —preguntó, ya que el animal no había interrumpido sus ideas.

—Si es así, lo desconozco —respondió Pauline—. Al menos no he notado ningún cambio en la actitud de mis amigos.

—¿Jules quiere dejarte para casarse con ella?

—No. Creo que no. Creo que es al contrario. Creo que no quiere dejarme o que yo lo deje. Nos quiere a las dos.

—Quizás es esa incesante vida social que lleváis allí. Jules no era muy de vida social cuando lo conociste. Quizás esa mujer es un respiro entre tantas fiestas.

Pauline sintió una punzada de dolor.

—Las mujeres de hombres extraordinarios deben ser socialmente ambiciosas —dijo a la defensiva—. He desempeñado un papel enorme en el éxito de Jules, y Jules lo sabe, pero nuestro éxito juntos está construido en torno a Jules, no te equivoques. Es un hombre extraordinario. Eso es algo que nunca he dudado desde el día que lo conocí en Palm Beach, en el baile de Laurance Van Degan.

—Eso suena como si todavía le quisieras.

—Y le quiero —dijo ella—. Recuerda, tenía a alguien con quien compararle, el socialmente perfecto y totalmente inútil Johnny Petworth.

—Oh, Johnny —dijo el señor McAdoo, moviendo la cabeza con tristeza—. Le vi en el Butterfield la última vez que estuve en Nueva York, con un berrinche tremendo por una apuesta en una partida de bridge que Win Stebbins cantó mala.

—A eso es a lo que me refiero con totalmente inútil —dijo Pauline—. Supe que ese matrimonio era un error durante la luna de miel, pero si no hubiera conocido a Jules, quizá me hubiera casado de nuevo con alguien igual que Johnny Petworth.

—Entonces aguanta, Pauline. Lo que sea que tenga que pasar, pasará. No es el primer hombre que tiene una aventura, ya lo sabes, y es altamente improbable que esa persona te deje en evidencia, como sucedería si fuera de tu propio círculo.

Su padre levantó lentamente la mano y apuntó con un dedo huesudo hacia la corriente del Somes.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó Pauline.

—El nuevo velero de Billy Twombly.

—Sí, sí, ¿no es maravilloso? —dijo Pauline.

Su padre, ella lo sabía, había dado por zanjada la conversación sobre Jules Mendelson.

Flo y Jules fueron al valle de San Fernando, a un restaurante famoso por su carne situado en el Ventura Boulevard de Universal City. Atenta como de costumbre a todo lo que se decía, Flo ya sabía que para los Mendelson y la gente de su entorno el valle de San Fernando era un lugar tan remoto como un estado diferente.

—¿Tiene reserva? —preguntó el jefe de sala.

—No —dijo Jules.

—Me temo que tendrán que esperar unos veinte minutos —dijo el encargado repasando su lista de reservas—. Pueden esperar en el bar.

—No quiero esperar veinte minutos —dijo Jules en voz baja.

—Mira, hay una mesa ahí, en la esquina —dijo Flo.

—Estaba a punto de sentar a una pareja que está esperando en el bar —dijo el jefe de sala, altivo. Cogió dos grandes cartas de menú para llevárselas a la pareja y fue a buscarla.

Jules rebuscó en su bolsillo y sacó dinero, que llevaba en un fajo disperso, sin una pinza o una cartera. Pellizcó un billete y se lo dio al jefe de sala.

—Oh, no, señor. Me temo que no aceptamos propinas por sentar a clientes antes de su turno —miró el billete que Jules tenía en su mano y su expresión cambió—. Déjeme ver si hay algo en la sala John Wayne.

—No me quiero sentar en la sala John Wayne —dijo Jules—. Quiero sentarme en esa mesa de ahí, la de la esquina.

—Sígueme —dijo el jefe de sala.

—¿Cuánto le has dado? —susurró Flo por encima de su hombro mientras seguían al jefe de sala hasta su mesa.

—Cincuenta —respondió Jules.

—¡Uau! —exclamó Flo.

Una vez sentados, Jules pidió un martini y Flo una Coca-Cola Light. En público, Jules se sintió extraño con Flo. En su casa podían hablar durante horas, pero en el restaurante, aunque era muy poco probable que se encontrara con alguien conocido, le resultó difícil mantener la conversación. Cogió la carta, que tenía una cubierta de piel y una borla, y la miró.

—Veamos qué tienen —dijo.

—En realidad, Jules, no como carne —dijo Flo.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando elegí el sitio?

—Tenía miedo de que cambiaras de idea.

Volvió a mirar la carta.

—Tienen colas de langosta. Congeladas, estoy seguro. ¿Te apetece eso?

—Oh, claro. No me puedo creer que estemos haciendo esto, Jules.

Flo miró a su alrededor, a las otras mesas. De repente su expresión cambió como si hubiera reconocido a alguien.

—¿Has visto a alguien? —preguntó Jules.

—Trent Muldoon. El actor de televisión, el dueño de mi casa, la que dices que me vas a comprar pero nunca me compras.

—No le saludes, por amor de Dios.

—Ni siquiera le conozco como para decirle hola.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué has hecho durante todo el día? —preguntó Jules al fin.

—Leer. Soy una gran lectora, ya sabes.

—No lo sabía, pero me alegra oírlo. ¿Qué clase de cosas lees? Aparte de las columnas de Cyril Rathbone, quiero decir.

—Biografías, sobre todo —contestó Flo, consciente de la importancia de la palabra.

—¿Biografías? ¿De verdad? ¿De quién?

—Marilyn Monroe, sobre todo —respondió ella sin complejos—. Creo que he leído todo lo que se ha escrito sobre Marilyn Monroe.

Jules se rio.

—Oh, claro, sigue, ríete. Típico, Jules —dijo Flo. Sacudió la cabeza en señal de reprobación—. Resulta que creo que Marilyn fue asesinada. De hecho, sé que fue asesinada. Todas las pruebas apuntan a ello. No murió en su

casa, ya sabes, como todo el mundo piensa. Murió en la ambulancia y la llevaron de vuelta a su casa, donde la encontraron muerta.

Jules sacudió la cabeza, pero por una razón diferente. Estaba locamente enamorado de una mujer cuya posición social era incompatible con la suya. Esa era la clase de conversación que nunca tendría con Pauline. Pauline entendía los asuntos internacionales y económicos lo suficientemente bien como para hablar de forma inteligente, y podía mantener su interés cuando hablaba de los acontecimientos y las personalidades del mundo en el que había nacido. Nada de disparatadas teorías sobre Marilyn Monroe.

—Toda esa historia ha sido siempre absurda —dijo Jules.

—Era una mujer inoportuna, ya sabes —dijo Flo, ignorándolo. Ahora era ella la que negaba con la cabeza para indicarle a Jules que no estaba contando ni la mitad de lo que sabía sobre el caso—. Me enteraba de cosas.

—¿Qué cosas? ¿Dónde? —preguntó.

—En la cafetería. Te sorprenderías de las cosas que se oían allí. Y de Glyceria también. Faye Converse le cuenta cosas. Faye era amiga de Marilyn.

—¿Qué clase de cosas?

—¿Qué hace la gente poderosa con alguien que se ha vuelto inoportuno? —preguntó Flo.

—Dímelo.

—¿No te das cuenta?

—No. ¿De qué hay que darse cuenta?

—Te deshaces de la persona. Y se deshicieron de Marilyn.

—Oh, por amor de Dios —dijo Jules, impaciente—. Tú y tus descabelladas teorías.

—Y tú y los tuyos siempre diciendo que no hay conspiraciones —su tono de voz era áspero.

Por un momento se miraron el uno al otro.

—¿Nos estamos peleando? —preguntó Jules.

Flo sonrió.

—Ya paro —dijo—. No quiero arruinar mi gran noche en la ciudad.

Pauline caminó por un pasillo lateral abarrotado de mazos de croquet, raquetas de tenis, botas y paraguas, y entró en una sala de estar que tenía poco que ver con las modas, pero mucho con el buen gusto. Del último cajón de una mesa colocada detrás de un sofá de estampado muy gastado, sacó algunos álbumes de fotografías.

—Aquí están —dijo, y volvió con ellos a la terraza—. Sabía que los había visto en alguna parte.

Su padre le sonrió. Sacó sus gafas de montura redonda de oro y se las puso. Ella cogió una silla, se acercó a la silla de ruedas y colocó los álbumes en una mesa frente a ellos. Lentamente, empezó a pasar las páginas y, en pocos minutos, estaban riéndose mientras recordaban otros tiempos. Cuando llegaron al último álbum, con las fotografías de su cumpleaños del año anterior, su padre dijo:

—¿Qué ha sido de Justine Altemus?

—¿No lo sabes? Se casó con Herkie Saybrook.

Neville McAdoo asintió en señal de aprobación. Era la clase de unión en la que creía.

—Eso debe haber complacido a su madre.

—Todo lo mucho que a Lil puede complacerle algo, supongo —dijo Pauline.

—Buen jugador de croquet, Herkie Saybrook. Su abuelo y yo fuimos juntos a Groton —pasó unas cuantas páginas más e hizo algunos comentarios sobre la gente—. No me has contado todo lo que te preocupa, ¿verdad?

—No.

—¿Y bien?

—No sé por qué me siento así, pero creo que lo está chantajeando un gánster —dijo Pauline.

—¿Porque tiene una amante? Muy poco probable hoy en día, Pauline.

—No es por eso, papá. Una vez, cuando nos acabábamos de casar, me dijo que había tenido problemas unos años antes. Me pidió que no le preguntara por ello. En ese momento, yo solo le dije: «¿Hubo consecuencias?», o algo así. Él dijo, y lo recuerdo perfectamente: «Una de las ventajas de tener padres ricos es que te sacan de los líos». Luego, al no querer ponerle en apuros sobre ello, le conté la historia del marido de la tía Maud, lo

de que lo encontraron muerto en un sórdido hotel del West Side vestido de mujer.

—No le contaste eso.

—Lo hice.

—Todos prometimos no hablar de ello.

—Lo sé. Pero Jules no le cuenta nada a nadie, y nunca haría algo que me pusiera en un compromiso, nunca. Eso sí lo sé.

—Excepto tener una amante.

Pauline apartó la mirada.

—Nunca volvimos a hablar de lo que le había pasado a Jules, pero, fuera lo que fuera, creo que ese gánster, el señor Zwillman se llama, Arnie Zwillman, lo sabe. Yo pensaba que igual había dejado embarazada a una chica cuando era joven, o algo así, pero ahora pienso que es algo más serio. La otra noche, después de ver al señor Zwillman, Jules me pareció viejo por primera vez, casi derrotado. Creo que si saliera a la luz lo que sea que ocurrió en el pasado, su nombramiento para Bruselas podría estar en peligro, y ese nombramiento significa todo para Jules.

Neville McAdoo cerró el álbum de fotos y se quitó sus gafas de montura de oro antes de hablar de nuevo.

—Razón de más para que sigas a su lado, Pauline.

Jules sacó su ticket y se lo dio al aparcacoches.

—¿Qué coche es, señor? —preguntó el chico.

—Bentley, azul oscuro —respondió Jules.

Flo, que siempre mostraba curiosidad por otras personas, se volvió para mirar a una pareja que estaba esperando su coche.

—Ahí está Trent Muldoon de nuevo —dijo, excitada, tocando a Jules en el brazo para que se diera la vuelta y mirara a la estrella de televisión—. Creo que voy a ir a presentarme mientras tú coges el coche. He leído en una columna que va a hacer una película en Yugoslavia.

—No, no, no vayas —dijo Jules.

—¡Jules! ¡Hola! ¿Cómo estás?

Flo, sin volverse, reconoció inmediatamente por el tono de la voz que se trataba de una mujer de la alta sociedad. Se preguntó cómo aprendían a hablar todos de esa forma, con ese sonido ligeramente estridente que anunciaba su clase y privilegio. Más tarde, ya a solas, se repetiría a sí misma una y otra vez: «¡Jules! ¡Hola! ¿Cómo estás?» hasta imitar la voz perfectamente.

—Madge —oyó decir a Jules.

Ella no se volvió, pero sabía que se estaban besando primero en una mejilla y luego en la otra, a la manera de la gente de clase alta. Le hubiera gustado ver a Jules participar en ese ritual, pero sabía que no debía darse la vuelta.

—¿Qué haces por aquí, tan lejos? —oyó preguntar a la mujer llamada Madge.

—Una pequeña cena de negocios con Sims Lord —respondió Jules— ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Estamos de camino, vamos al rancho a pasar el fin de semana —respondió Madge—. Ralph adora la comida de este sitio, no me preguntes por qué, toda esa espantosa carne roja, tan perjudicial, como te diría cualquier médico. ¿Dónde está Sims? Me encantaría saludarle. Hace siglos que no le veo.

—Creo que ha ido al baño —dijo Jules.

—Como Ralph —dijo Madge—. ¿Cómo está el padre de Pauline?

—Oh, bien —respondió Jules—. Una pequeña embolia no puede con Neville McAdoo.

—¿Cuándo vuelve Pauline? —preguntó Madge.

El Bentley de Jules paró frente al restaurante y el joven aparcacoches saltó fuera.

—Su coche, señor —le dijo a Jules. Dio la vuelta hasta el lado del pasajero y abrió la puerta para que Flo entrara.

Flo se volvió y se quedó extrañamente parada en su sitio, sin saber qué hacer, y Madge White, cuya hija se había quedado embarazada del hijastro de Jules, Kippie Petworth, cuando tenían catorce años, se dio cuenta inmediatamente de que la guapa pelirroja vestida de Chanel estaba allí con Jules.

Jules, acostumbrado a momentos difíciles en los negocios, parecía imperturbable, como si estuviera al mando de una negociación durante un momento crítico.

—Oh, te presento a, eh... la señorita, eh... Ayúdeme —le dijo a Flo, como si apenas la conociera—. Soy terrible con los nombres.

—March —susurró Flo avergonzada por la actitud de Jules.

—Sí, sí, claro, señorita March, perdóneme. Soy tan malo con los nombres. Esta es la señora White. La señorita March trabaja con Sims.

—¿Holacomoestá? —dijo Madge White, mirando a la joven.

Flo, confundida, asintió, pero no dijo nada. Pudo ver por el gesto arrogante de la cara de Madge White que había captado la situación, y se encogió ante su mirada.

El coche de detrás tocó el claxon porque el Bentley bloqueaba la salida. Había otros vehículos con ocupantes impacientes alineados detrás esperando para entrar en el aparcamiento.

—Su coche, señor —insistió el joven aparcacoches, pero ni Jules ni Flo se movieron.

Un taxi se detuvo junto al Bentley. Mientras una pareja salía, Flo dijo:

—Cogeré ese taxi —y corrió hacia él.

Jules, molesto, llamó a Flo.

—Estaré encantado de llevarla, señorita March —se preguntó si Madge White notaba la preocupación en su voz.

Flo, ya en el taxi, miró a Jules. Había lágrimas en sus ojos.

—No, no, estoy segura de que usted y el señor Lord tienen cosas importantes de las que hablar, señor Mendelson —dijo, y se volvió hacia el taxista—. Vamos. Ese Bentley me va a seguir y no quiero que me siga.

—¿Adónde, señorita? —preguntó el taxista. Era consciente de que la joven estaba muy alterada, pero no quería implicarse en su drama.

—Por favor, por favor, rápido —suplicó ella. Le dio su dirección en Azelia Way, Beverly Hills.

—¿Quiere ir por el cañón Laurel o por el Coldwater? —preguntó el taxista. Hablaba con un acento de Oriente Medio muy pronunciado.

Flo miró por la ventanilla trasera del taxi y vio que Jules le estaba dando la mano a Madge White y entrando en su coche. Supo inmediatamente que iría

a Azelia Way a buscarla y no quería que la encontrara allí.

—No, mire, he cambiado de opinión. Lléveme al Chateau Marmont en Sunset Strip —dijo—. Coja el cañón Laurel. Puede ir más rápido por Laurel.

El Chateau Marmont era donde se alojaba Philip Quennell.

## *Las cintas de Flo #15*

*«La tarde del día en que Pauline se fue a Northeast Harbor para visitar a su padre, Jules estaba, como siempre, en mi casa a la hora habitual, alrededor de las cuatro menos cuarto. No me dijo que ella se había ido, por cierto. Solo me enteré cuando lo leí en la columna de Cyril Rathbone. En todo caso, lo habíamos hecho un par de veces y él estaba tumbado en la cama hablando por teléfono, como siempre hacía, despachando un pequeño negocio antes de hacerlo de nuevo. Podía hacerlo más veces que muchos tíos la mitad de jóvenes que él.*

*»Pero ese día necesitaba su pequeña agenda, que siempre llevaba con él, en la que anotaba dónde debía estar y a qué hora, y que contenía los sesenta o setenta números de teléfono que afectaban de cerca a su vida personal y profesional. Por cierto, a mí me tenía ahí anotada con el nombre de Red, por si Pauline o la señorita Maple o alguien echaban un vistazo, supongo. De todas formas, ese día estaba hablando con alguien importante, he olvidado quién era, quizá Myles Crocker del Departamento de Estado, y me hizo una señal sin interrumpir la conversación para que sacara su agenda de la americana y se la diera.*

*»Bueno, saqué el pequeño cuaderno y, naturalmente, siendo como soy curiosa, le eché un vistazo para ver a qué sofisticadas cenas iba a ir esa semana. Y ahí es cuando vi varias citas con el doctor Petrie. El doctor Petrie, en caso de que no hayas oído hablar nunca de él, es uno de los mejores cardiólogos de Los Ángeles. Yo lo sabía porque Jules había asistido a un homenaje en su honor. Una especie de escalofrío me recorrió el cuerpo. Me pregunté si estaba bien de salud.*

*»Más tarde, le pregunté: “¿Estás bien, Jules?”. “¿De qué hablas?”, me dijo. “Tu corazón”, y repitió: “¿De qué hablas?”. “He visto en tu agenda que tienes algunas citas con el doctor Petrie.” Cuando Jules se enfadaba, su cara se ponía roja y se quedaba muy callado. Eso es lo que pasó. Se enfadó.*

*Dijo que no debía haber husmeado en su agenda, que era de mala educación.*

*»Ya ves, siempre pensé que el tiovivo nunca se iba a detener, pero ese día debería haber empezado a ver las señales.»*

Horas antes de que Jules y Flo cenaran juntos en un restaurante del valle de San Fernando, otro encuentro en una calle de Beverly Hills también causó un trastorno en una relación. Camilla Ebury, la rica, guapa y joven viuda que estaba teniendo una aventura con Philip Quennell, había empezado a experimentar sentimientos por él que nunca había sentido por su difunto marido, y la idea de casarse había empezado a formarse en su cabeza, aunque no sabía nada de la vida previa de su amante antes de conocerlo en la fiesta de los Mendelson. Solo que no era un cazafortunas. Por su parte, Philip estaba disfrutando de una relación extremadamente placentera pero, por sus propias razones, no pensaba en ella en términos de permanencia. Él solo estaba de paso en la ciudad en la cual Camilla estaba arraigada. Su intención era, y siempre lo había sido, volver a su casa de Nueva York cuando terminara el guion del documental que estaba escribiendo para Casper Stieglitz. Por entonces, sabía a buen seguro que el revuelo causado por su libro sobre Reza Bulbenkian se habría calmado.

Como muchas otras mujeres de su posición, Camilla Ebury dedicaba gran parte del tiempo a labores filantrópicas y actividades culturales. Trabajaba muchas horas en las obras de caridad más exclusivas de la ciudad: el Los Angeles Orphanage Guild, los Colleagues y el Blue Ribbon Four Hundred, y su nombre aparecía a menudo en los comités de actos benéficos. Sentía que la obligación de las personas nacidas con dinero era dedicar una parte de sus días a ayudar a los menos favorecidos. También era una espléndida jugadora de tenis y una golfista de primer nivel, y participaba en torneos. Tenía su propia pista de tenis en su casa de Bel Air, y ella y Philip jugaban a primera hora de la mañana antes de que él volviera a su habitación en el Chateau Marmont para trabajar en su guion. Varias veces a la semana jugaba al golf en el Country Club, situado en Wilshire Boulevard.

—Toda la gente parece igual en este club —había dicho Philip una tarde de domingo, echando un vistazo al comedor.

Ella sabía a lo que se refería.

—Bueno, nos conocemos todos.

Había pertenecido al club toda su vida, como su padre y su marido, y conocía los nombres de la mayoría de sus miembros y del servicio. Cada domingo por la tarde, ella y su hija Bunty iban al club a cenar, al igual que había hecho con su padre de niña. Philip había empezado a acompañarlas.

—Nada de música country.

—Nada.

—Nada de etnias.

—El señor y la señora Watkins, recuerda.

—Simbólicos.

—Bueno, es como es. Y siempre ha sido así —le dijo a Philip encogiendo los hombros. Odiaba esa clase de conversación—. Ellos también tienen clubes en los que nosotros no podemos entrar. No lo olvides.

Philip se rio. No era la primera vez que le había escuchado ese argumento.

—Incluso los Mendelson se quedaron fuera del Country Club y, Dios, Pauline McAdoo procede de una de las mejores familias de la Costa Este —dijo Camilla.

—Apuesto a que, si indagaras en ello, encontrarías que el problema era Jules, no Pauline —contestó Philip.

Camilla no dijo nada.

—Ahí viene Bunty. No sigas con esta conversación delante de ella.

Philip no jugaba al golf, pero ese día concreto Camilla le pidió que se uniera a ella en el asador del club, donde comían todos los jugadores, después de que ella terminara su partido. Le gustaba el aspecto que tenía con su gorra, sus pantalones cortos blancos y la camisa deportiva de color pastel. Rose Cliveden hizo su primera aparición desde el accidente de la comida celebrada después del funeral de Hector Paradiso. Rose era de entradas teatrales, e hizo que una enfermera la llevara en silla de ruedas hasta el asador, aunque, por entonces, ya era capaz de manejarse con muletas.

—¡He vuelto! —exclamó mientras entraba en el comedor y sus amigos corrían a saludarla. Todos pidieron bloody mary. Como siempre, donde fuera que Rose estuviera, se montaba una fiesta. Del bolsillo del brazo de su silla de

ruedas sacó varios regalos cuidadosamente envueltos. Uno era para Clint, el camarero, a quien había acusado de preparar los bloody mary demasiado cargados el día que se tropezó con Astrid, y el otro era para su querida amiga Camilla Ebury, que ese día cumplía treinta y tres años.

—No me habías dicho que era tu cumpleaños —dijo Philip, cuando él y Camilla se sentaron de nuevo a su mesa.

Camilla se ruborizó.

—Nunca le digo a nadie que es mi cumpleaños. Confía en Rose para ese tipo de información. Tiene una de esas agendas de aniversarios. Yo nunca sé cuándo es el cumpleaños de nadie.

—¿Qué vas a hacer cuando acabemos de comer? —preguntó Philip.

—Tengo una reunión del Orphanage Guild a las cuatro —dijo ella.

—¿Y entre ahora y las cuatro?

—Darme una ducha. Cambiarme de ropa. ¿Por qué?

—Vas a venir conmigo —dijo Philip.

—¿Adónde?

—A comprarte un regalo de cumpleaños.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sé que no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo.

Media hora después, Philip y Camilla caminaban cogidos de la mano por Rodeo Drive viendo los escaparates de las tiendas, ambos sintiéndose despreocupados, como si hubieran faltado a clase. Philip vio a una mujer joven y guapa que venía hacia él. Le sorprendió que se detuviera. La joven, que le había reconocido antes de que él la hubiera visto a ella, también estaba sorprendida y desconcertada por el inesperado encuentro.

—Hola —dijo Philip.

—Hola —respondió la joven.

Camilla, viendo el intercambio, soltó la mano de Philip.

—Qué sorpresa más increíble —dijo Philip.

—También para mí —dijo la joven.

—¿Vives aquí?

—No. ¿Tú sí?

—No. Estoy trabajando aquí durante unos pocos meses. ¿Dónde vives?

—Sigo en San Francisco. ¿Tú en Nueva York?

—Sí —hubo una pausa incómoda.

Camilla dijo:

—Philip, creo que me vuelvo al coche.

—Oh, discúlpame —dijo Philip—. Esta es Camilla Ebury. Terry, eh...  
¿cuál es tu apellido ahora?

La joven se rio.

—Sigourney todavía.

—Terry Sigourney, Camilla Ebury.

Las dos mujeres se saludaron con un gesto de cabeza.

—Leí tu libro sobre el tío de Wall Street —le dijo Terry a Philip.

Él asintió. Hubo otra pausa incómoda.

—¿Es verdad que te rompió las piernas? Lo leí.

—Oh, no. Solo fue una amenaza que no se consumó.

—Philip, voy a coger un taxi al otro lado de la calle, en el Beverly  
Wilshire —dijo Camilla, impaciente.

—No, no, espera —dijo Philip, alargando el brazo para cogerla de la  
mano.

Camilla apartó su mano de él.

—Escucha, será mejor que me vaya —dijo Terry. Se volvió hacia  
Camilla—. ¿Todavía tiene ese adorable tatuaje ahí abajo?

Camilla, molesta, se ruborizó.

Terry miró a Philip.

—Adiós, Philip —dijo—. Si alguna vez pasas por San Francisco tengo  
una galería. Grabados de pájaros. Está en la guía telefónica —se alejó  
caminando.

Camilla y Philip se miraron un instante.

—Te has comportado como una bruja.

—¿Que me he comportado como una bruja? ¿Y ella? ¿A qué venía esa  
broma del tatuaje?

—Te lo has buscado, lo sabes.

—Estaba celosa.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Philip—. Tiffany está al otro lado  
de la calle, en el hotel Beverly Wilshire, ¿no?

—¿Por qué me da que Terry fue algo más que una pareja ocasional? — preguntó Camilla.

Por un momento, Philip no contestó.

—¿Quién es?

—Una trama secundaria —respondió Philip.

—¿Cuánto de secundaria? —preguntó Camilla.

Philip hizo una pausa.

—Estuve casado con ella.

Camilla se detuvo.

—¿Casado con ella? Nunca me dijiste que habías estado casado.

—Porque casi se me olvida que estuve casado.

—¿Cómo se puede olvidar un matrimonio?

—Solo tenía dieciocho años. Una escapada a México. Siempre quedó la duda de si fue legal o no.

—¿Fue anulado?

—No, nos divorciamos.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Menos de un año.

—Llévame a casa, ¿quieres? Tengo la reunión a las cuatro y quiero coger mi coche.

—No te he comprado nada.

—No quiero un regalo.

Condujeron en silencio de vuelta a casa de Camilla en Bel Air. Cuando enfilaron el camino de entrada, ella cogió su bolsa para poder bajarse rápido en cuanto el coche se detuviera. E iba a hacerlo, pero él se acercó y le puso la mano en el brazo.

—¿Por qué te comportas así? —le preguntó.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo contigo? Desde la noche en la que Hector fue asesinado. Y me acabo de dar cuenta de que no sé ni una maldita cosa de ti. Nada.

—Nunca pensé que una aventura exigiera credenciales —dijo Philip.

Ella lo ignoró.

—No sé si tienes madre, padre, hermanos, hermanas o, incluso, un hijo.

—Nada de eso.

—Ahora descubro que has estado casado.

—Y tú.

—No me importa que hayas estado casado. Simplemente es que olvidaste contarme una pequeña parte muy importante sobre ti.

—Fue hace doce años. Duró solo siete meses. ¿Cuál es el problema?

—No hay problema.

—Mira, yo era otra persona. Más salvaje. Rebelde. Mis padres me mandaron a un internado cuando tenía solo once años porque se estaban divorciando, y pasé los siguientes siete u ocho años queriendo ajustar cuentas con ellos. ¿Qué mejor manera que una escapada a México? Lo veo como un error de juventud, nada más.

—¿Cuál es tu secreto, Philip?

—¿Qué secreto?

—Tienes un secreto. Lo percibo. Lo sé.

Philip apartó la mirada.

—Y no me lo vas a contar, ¿verdad?

Philip no contestó.

—No quiero verte más, Philip.

—Esa es una actitud bastante infantil, ¿no crees?

Ella se revolvió.

—Déjame decirte lo tonta que he sido. Estaba pensando que quizás ibas a pedirme que me casara contigo. Incluso fui a ver a mis abogados, por si acaso. Mi vida la llevan mis abogados, mi padre lo arregló así. Me dijeron que, si nos decidíamos, prepararían un acuerdo prenupcial para que lo firmaras.

Philip, alucinado, se rio.

—No lo hubiera firmado.

—No me hubieran dejado casarme contigo, entonces.

—Pero yo no quiero casarme contigo.

Camilla, asombrada, se ruborizó.

—¿No quieres?

—No. Los hombres no deberían casarse con mujeres más ricas que ellos. Es un fracaso asegurado. Así que diles a tus abogados que tiren el acuerdo prenupcial por la taza del váter.

—No tienes por qué ser grosero.

—No estoy siendo grosero. Solo sincero. ¿Qué hay de malo en una aventura? Solo un romance fácil, sin complicaciones. Hemos pasado un tiempo muy agradable juntos. No lo tires por la borda sin más. Nunca he sido de los que creen que cada aventura tiene que acabar en matrimonio.

—Hasta siempre, Philip. Cuando estés preparado para contarme tu secreto, quizás podamos quedar a comer algún día —salió del coche.

Philip le miró la espalda.

—Dejé parálitica a una chica por conducir demasiado rápido y con demasiadas cervezas encima. Cambió mi vida para siempre —dijo él.

Sin volverse a mirarla arrancó el coche y se alejó por el camino.

Philip Quennell no había hecho muchos amigos en Los Ángeles durante el tiempo que llevaba allí. Había conocido a Camilla Ebury en la fiesta de los Mendelson en su primera noche en la ciudad. La misteriosa muerte de su tío ese mismo día había intensificado su romance, y él había pasado, desde entonces, gran parte de su tiempo libre con ella, mezclándose con sus amigos en lugar de construir una vida en Los Ángeles por su cuenta. La ruptura causada por la inesperada aparición de Terry Sigourney interrumpió instantáneamente cualquier contacto con la gente que había conocido a través de Camilla. No iba a llamar a Casper Stieglitz para contárselo, ya que había desarrollado un intenso rechazo por él. Tampoco tenía deseo alguno de mezclarse con Lonny Edge, ni siquiera para conseguir más información sobre la relación de Lonny con el gran escritor Basil Plant, a quien Philip reverenciaba. Solo quería terminar el encargo al que se había comprometido con Casper Stieglitz y retomar su vida en Nueva York.

Esa noche, estaba trabajando en su habitación del Chateau Marmont cuando alguien llamó a la puerta. Era una norma del hotel anunciar a todos los visitantes, pero tal anuncio no se había producido. Cuando abrió, se sorprendió al ver en el umbral a la joven y guapa mujer a la que solo conocía por Flo M. Iba vestida, como siempre, de Chanel, pero parecía alterada. La relajada, tímida y ligeramente misteriosa actitud a la que se había acostumbrado cuando la veía muchas mañanas en las reuniones de Alcohólicos

Anónimos en la cabaña de madera de Robertson Boulevard había desaparecido.

—¿No me vas a pedir que entre? —preguntó ella.

—Oh, claro.

Abrió más la puerta y ella entró en la habitación.

—Así que aquí es donde vives, ¿eh? Nunca había estado aquí antes. Fui camarera en la cafetería Viceroy, más arriba, en Sunset, y todos los escritores que se quedaban en el Chateau venían a desayunar allí, así que siempre oía hablar de este sitio. Bonito, ¿no?

—¿Por qué creo que no has venido aquí a las diez y media de la noche para hablar sobre los escritores que vivían y trabajaban en el Chateau Marmont? —preguntó Philip.

—¿Sabía que eras escritor? Tú no me lo dijiste, ¿no? Creo que simplemente lo he intuido. Quiero decir, pareces un escritor —recorrió la habitación, mirándolo todo. Su ordenador estaba en un escritorio y su impresora al lado, sobre una caja de cartón. Se inclinó y leyó las ambarinas letras en la pantalla—. Estás escribiendo una película, ya veo —dijo ella.

—¿Te has metido en algún lío? —preguntó Philip.

—Cielos, no. ¿Siempre trabajas en bata? Es bonita esa bata de rayas azules y blancas. Apuesto a que es un regalo de tu novia.

—Si no supiera que es imposible, pensaría que estás puesta de *speed* —dijo Philip—. Hablas a mil por hora.

Ella abrió las puertas del balcón y salió fuera.

—Dios, mira todo el tráfico en Sunset —dijo.

Él la siguió al balcón. Estaba apoyada en la barandilla, mirando hacia abajo. Había sacado un cigarrillo de su pitillera dorada con el nombre FLO grabado con zafiros. Lo encendió con su mechero dorado e inhaló profundamente.

—¿Qué ocurre, Flo? —preguntó él. Le quitó el cigarrillo de la boca y lo tiró por el balcón.

—¿Podría quedarme aquí esta noche, Phil?

—Las habitaciones son pequeñas.

—Eso no me importa.

Se miraron el uno al otro.

—¿Todavía estás con alguien?

Él sonrió con tristeza.

—Ahora que lo dices, no. ¿Por qué?

—Yo tampoco.

Cuando Ralph White salió del baño de caballeros del restaurante del valle de San Fernando y se metió en el coche que el joven aparcacoches le había traído de vuelta, la primera cosa que Madge White le dijo fue:

—¿Has visto a Sims Lord en el baño?

—¿Sims? No. No había nadie en el baño. Estaba vacío —dijo Ralph—. ¿Por qué?

—No te vas a creer lo que me acaba de pasar —dijo Madge.

Jules Mendelson ya se había ido. Había salido tan rápido del aparcamiento del restaurante con su Bentley que Madge pensó que, de haberlo visto un policía, lo habría detenido seguro. Salió de Ventura Boulevard hacia Coldwater y subió a toda velocidad montaña arriba, tocando el claxon sin parar a los coches que iban más lentos que él, forzando a los vehículos a apartarse a un lado y dejarlo pasar. Cuando llegó a la cima, redujo la velocidad, porque en el lado del cañón de Beverly Hills había más controles policiales que en el lado del valle. A mitad de la bajada de Coldwater giró a la izquierda hacia la calle que llevaba a Azelia Way.

Mientras conducía, iba planeando lo que iba a decir. No había querido salir y dejarse ver en público. Lo que más temía había sucedido. La culpa era suya, no de él. Le haría darse cuenta de ello. Al mismo tiempo, no podía borrar de su memoria la triste y dolida expresión de sus ojos cuando él fingió no recordar su nombre.

Tomó el apartado camino de la casa que había alquilado para ella, aparcó y saltó del coche dejando la puerta abierta. Llamó al timbre. Como no hubo respuesta inmediata, sacó sus llaves, abrió y entró sin cerrar la puerta tras él. Las luces estaban encendidas, tal y como las habían dejado. Las bebidas que habían tomado antes de salir seguían en la mesa del café.

—¡Flo! —gritó—. ¡Flo! ¿Dónde estás, Flo? —fue a su dormitorio, al baño, salió al patio.

No había rastro de ella. Caminó frenéticamente de habitación en habitación. No podía imaginar dónde podía haber ido. Sabía que no tenía amigos, excepto la sirvienta de la casa de al lado, y sabía que nunca iba a ir a casa de Faye Converse a preguntar por su sirvienta.

Detrás de la verja alta que separaba la casa de Flo de la casa de Faye Converse, la perra Astrid oyó la actividad y cruzó en busca de Flo. Entró por la puerta, sabiendo que sería recibida con enormes gritos de alegría, como siempre ocurría cuando Flo la veía, y con las acostumbradas chucherías para perros que Flo siempre le daba.

Oyendo los ruidos, cada uno pensó que el otro era Flo. Jules corrió desde el dormitorio hasta el salón, donde, en su lugar, encontró a Astrid. Se miraron de la misma manera que se habían mirado en la casa de Hector Paradiso la mañana en la que el cuerpo de Hector yacía en el suelo entre ellos, con cinco balas dentro, mientras Jules se guardaba la nota que el agonizante Hector había dejado antes de que llegara la policía. El pequeño perro empezó a ladrarle ferozmente, como si temiera que también le hubiera hecho daño a Flo.

—¡Sal de aquí, pequeño pedazo de mierda! —le espetó Jules al perro, amenazante.

Astrid se quedó en su sitio, ladrando sin parar y acercándose a él.

De la repisa de la chimenea de Flo, Jules cogió uno de los dos candelabros de metal con dragones reptando a ambos lados por los que Nellie Potts le había cobrado a Flo varios miles de dólares, tras afirmar que eran antigüedades del palacio de infancia del último emperador de China. Jules agitó el candelabro en el aire como si fuera un palo, y la perrita, aterrorizada, retrocedió.

—¡Sal de aquí! —gritó Jules, avanzando hacia ella hasta que hubo reculado fuera, y cerró de un portazo.

Fue al mueble bar de Flo. Sus juegos y juegos de vasos Steuben estaban alineados en repisas de cristal. Cogió una copa de vino, abrió un pequeño frigorífico en la parte baja del mueble, sacó una botella de vino blanco de la subasta de Bresciani y se sirvió. Por último, se sentó en el sofá de Flo, cogió el teléfono y marcó un número.

—Dudley, soy el señor Mendelson —le dijo al mayordomo de Clouds—. Siento llamar tan tarde. ¿La señora Mendelson ha dejado algún mensaje? Bien. Dudley, no voy a ir a casa esta noche. Voy a quedarme aquí en la oficina. Todavía estoy trabajando y tengo una reunión a primera hora. ¿Qué? No, no, gracias. No será necesario. Hay camisas limpias allí, quiero decir, aquí, en la oficina, y ropa interior. Pero eres muy amable. ¿Le dejarás una nota a Willi para que venga a mi oficina por la mañana para afeitarme? No, no creo que la señora Mendelson llame esta noche. Debe ser pasada la una en Maine. Llamaré por la mañana, Dudley. Buenas noches.

Cuando Jules se despertó en el sofá a las cinco de la mañana, su hora habitual, se enfureció por haberse quedado dormido. Estaba seguro de que Flo había vuelto a casa durante la noche y se había ido directa a su habitación sin querer despertarlo. Pero no estaba allí. Jules se fue entonces a su oficina, donde se duchó y se cambió. Willi, que lo afeitaba a navaja, tuvo que parar dos veces, por miedo a cortarle, porque Jules no dejaba de moverse en la silla. Cada hora, llamaba a Flo a su casa. A la hora de comer canceló un compromiso y fue otra vez hasta Azelia Way. Estaba frenético. Llamó al departamento de policía para ver si había habido algún accidente de taxi en el valle. Llamó a los servicios de urgencias de los hospitales para ver si una tal señorita Flo March o Fleurette Houlihan había sido ingresada. Fue a la cafetería Viceroy. Y, por la noche, regresó a Clouds y se sentó en la biblioteca, solo, donde cenó en una bandeja.

Dos días después llamó a Sims Lord, su abogado y amigo. Sims Lord no era ajeno al hecho de que Jules estaba teniendo una aventura. Fue Sims quien compró el anillo de zafiros y diamantes que Jules le había regalado a Flo, y el abrigo de visón y varios regalos más que Jules no había querido comprar él mismo por miedo a habladurías. Sims, divorciado dos veces, no tenía las mismas restricciones que Jules, y estuvo encantado de colaborar. Había nacido en Pasadena, pero se había criado en el este. Su ropa era de un corte y un clasicismo que cuadraba muy bien con la sensibilidad de Nueva Inglaterra de Pauline. Atractivo, poseía lo que ella llamaba un aspecto invernal; tenía el pelo prematuramente encanecido y unos ojos muy azules. Cuando quería, podía ser tan afable como el que más, pero también muy frío si la situación lo requería. Ambas cualidades le habían granjeado la estima de Jules. Se decía

de Sims Lord que era un abogado con un solo cliente —Jules Mendelson—, lo cual era una afirmación falsa, ya que tenía otros muchos, pero cierta en el sentido de que los asuntos de Jules Mendelson habían ocupado el ochenta por ciento de su tiempo durante dos décadas.

Lo que Sims Lord no sabía era el alcance de la pasión que Jules sentía por la excamarera. Cuando esa mañana llegó a la oficina, se quedó conmocionado por el aspecto de Jules.

—Flo me ha dejado.

Estaba llorando, y su voz transmitía un dolor que Sims Lord no sabía que Jules fuera capaz de experimentar. Los dos hombres hablaron durante horas. Jules le contó todo acerca de su aventura.

—Si vuelve, quiero que le compres la casa, Sims. Y el coche. Quiero que tenga todo a su nombre. En caso de que me ocurra algo, no quiero dejarla en la estacada. Ni tampoco avergonzar a Pauline de ninguna manera. Es mejor hacer estas cosas con antelación.

—¿Dónde crees que está? —preguntó Sims, aunque se habían hecho la misma pregunta una y otra vez.

—No lo sé.

—¿Tiene familia?

—A nadie.

—Escucha, Jules. Y no la tomes conmigo.

—¿Qué?

—No hay otro tío, ¿verdad?

—Dios santo —la idea de otro hombre tocando a Flo era anatema para Jules.

—¿Has pensado alguna vez en contratar a un detective privado?

—Podría sacarlo a la luz, ¿no? Quiero decir, en los periódicos o algo así. No puede haber publicidad.

—No, no. Conozco al tío adecuado. La discreción en persona. Te costará dinero, pero eso no es problema. Su nombre es Trevor Dust.

Cuando Philip Quennell fue a casa de Casper Stieglitz a entregar el primer borrador del guion del documental sobre el aumento del consumo de drogas en

la industria del cine, Flo se quedó en su habitación. Apenas habían dejado el Chateau Marmont desde la llegada de Flo, excepto para asistir a las tempranas reuniones de Alcohólicos Anónimos en la cabaña de madera de Robertson Boulevard o para salir a cenar a Musso and Frank's en Hollywood Boulevard, un restaurante que a Philip le gustaba y donde era improbable que se encontraran a Jules Mendelson.

Alguien llamó con un toque suave y titubeante en la puerta. Flo llevaba puesta la bata de rayas azules y blancas de Philip y estaba sentada en una de las dos sillas de piel de la habitación leyendo la columna de Cyril Rathbone en la revista *Mulholland*.

—¡Adelante! —gritó, pensando que era la sirvienta.

Cuando Camilla Ebury entró, Flo March supo sin necesidad de que nadie se lo dijera quién era. Durante dos días, ella y Philip Quennell se habían contado sus vidas.

—Oh, disculpe —dijo Camilla—. Me he equivocado de habitación.

A ojos de Flo, todo en Camilla Ebury era perfecto. Su pelo rubio estaba peinado con raya en medio y sujeto detrás con dos pasadores de oro. Las perlas eran de verdad. El vestido de estampado verde y blanco era de seda. Incluso su perfume tenía un aroma sofisticado. Miró a Flo como si estuviera de camino a una reunión del comité de un exclusivo acto benéfico en el Bistro Garden. Flo estaba segura de que, bajo la circunstancia adecuada, diría: «¿Holacomoestá?», a la manera en la que Madge White lo había dicho la otra noche.

Camilla retrocedió hasta la puerta para mirar el número de la habitación, aunque había reconocido inmediatamente la bata de rayas azules y blancas que vestía la chica sentada en la silla de piel. Vio que era la habitación correcta.

—Estoy muy confundida —dijo—. Creo que me he equivocado.

—No, no se ha equivocado. Soy Flo March.

—Holacomoestá.

Flo sonrió.

—Usted es Camilla, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

Flo la miró. A diferencia de su preciosa cara, la preciosa cara de Camilla revelaba que no había sufrido en la vida. Había tenido todo al alcance de su

mano. Había permanecido protegida gracias a su privilegio, y además lo daba por sentado.

Camilla dijo:

—Creo que quizás es mejor que me vaya. Ha sido una estupidez por mi parte venir aquí.

—Apuesto a que piensa que él y yo hemos tenido algo, ¿no? Bueno, no podría estar más equivocada —dijo Flo—. Phil es un amigo, eso es todo. Nada más que eso. Necesitaba un sitio para quedarme unas pocas noches y él me ofreció uno.

Camilla miró a Flo, sin poder decidir si creerla o no.

—Es posible que un hombre y una mujer sean amigos sin que haya nada entre ellos, incluso con un tío mono como Phil. No solía pensar eso, pero ahora sí. Además, tengo novio. Se lo dije el primer día que nos conocimos y él me dijo que también tenía pareja y supongo que es usted.

—¿Dijo eso, que tenía pareja? —preguntó Camilla. Había sorpresa en su voz.

—Sí. Lo dijo.

—Soy una tonta —dijo Camilla—. Dos veces le he dicho que no quería volver a verle más y ninguna de las dos quería que se fuera de verdad.

—Eso suena a que está enamorada del chico —dijo Flo.

—Lo estoy.

—¿Quiere mi consejo?

—Sí.

—Quédese aquí un rato. Volverá pronto. Estaba a punto de vestirme y marcharme.

Se levantó y abrió la puerta del armario. Cogió su traje de Chanel negro y blanco.

—Se ha ido a una reunión en casa de Casper Stieglitz para entregar el primer borrador del documental.

—Oh —Camilla miró a Flo, fascinada.

El traje era obviamente de noche, no de día, pero vio la marca en la etiqueta de la chaqueta mientras Flo se vestía delante de ella. La ropa y la mujer no encajaban. Era guapa, muy guapa, y había gracia e incluso

amabilidad en su rostro, pero también un timbre en su voz que indicaba un origen diferente al de Camilla, y una vida más dura.

—¿Es actriz? —preguntó Camilla.

—Una vez hice una prueba para una miniserie. Esa es toda mi experiencia como actriz. No hace falta decir que no me dieron el papel. Lo consiguió Ann-Margret. Dijeron que querían un nombre conocido.

—Solo me lo preguntaba, eso es todo —dijo Camilla—. No es de mi incumbencia.

—Soy difícil de encasillar, lo sé. No parezco encajar en ninguna categoría identificable. —Flo se enfundó la chaqueta. Se calzó los zapatos. Cogió el bolso de cadena de oro y se lo colgó al hombro—. Bueno, supongo que estoy lista. Cuando vea a Phil dele las gracias de mi parte, ¿vale?

Camilla asintió.

—Apuesto a que está muy mono en calzoncillos, bien ceñidos —dijo Flo.

—Utiliza boxers.

—¿Ve lo poco que sé de él? —Y salió por la puerta.

Jules estaba sentado en uno de los sofás de satén gris de Flo hablando con seriedad con Trevor Dust, el detective privado que le había recomendado Sims Lord. Había fotografías de Flo sobre la mesa, las brillantes copias de ocho por diez que se había hecho cuando todavía trabajaba en la cafetería Viceroy, así como otras más recientes junto a la piscina. Varios de sus trajes de Chanel estaban desplegados sobre el sofá, para mostrarle al detective cómo iba vestida la última vez que Jules la había visto.

El detective se quitó sus gafas de sol graduadas y las reemplazó por unas de lectura. De un bolsillo trasero sacó un cuaderno de espiral y repasó sus notas.

—El taxista era un iraní llamado Hussein Akhavi. Todo bien con él. Comprobado. Akhavi recuerda a una mujer que responde a la descripción de la señorita March entrando en su taxi esa noche a la salida del restaurante. Dijo que estaba alterada, y quizá llorando. Él estaba de duelo por la muerte del ayatolá y no quiso implicarse en los problemas de la mujer. Dijo que le dio primero una dirección de Beverly Hills, presumiblemente su dirección,

pero no podía recordarla, y que luego cambió de opinión y le pidió que la llevara a un hotel en Sunset Boulevard llamado Chateau Marmont. Le pagó con un billete de veinte y le dijo que se quedara el cambio. Pero no hay registro de nadie con ninguno de sus nombres, March o Houlihan, que se hospedara en el Chateau esa noche o desde entonces.

—Buen trabajo —dijo Jules, asintiendo con la cabeza—. Ahora bien, le diré lo que quiero que haga. Consígame un listado de todas las personas que estaban registradas en el Chateau Marmont esa noche o desde entonces.

—Me he adelantado —dijo Trevor Dust. Abrió su maletín y sacó un sobre que entregó a Jules—. Aquí está el listado de esa noche. Tuve que pagarle al portero por él. Haré que le consigan el de las noches siguientes.

En ese momento, un taxi se detuvo en el camino de entrada y Flo salió de él. Vio aparcados el Bentley de Jules y otro coche de un modelo anodino. Sacó las llaves y entró en su casa.

—Hola —dijo en voz baja al entrar.

—¡Flo! —gritó Jules—. ¿Dónde diablos has estado?

—Pensando —respondió Flo.

—Pero has vuelto.

—Estaba harta de llevar la misma ropa.

Jules corrió a su lado y trató de abrazarla, pero ella estaba mirando al otro hombre que había en la habitación.

—¿Quién es tu amigo? ¿Y qué hacen mis fotografías ahí? ¿Y mi ropa? ¿Qué eres, un poli? ¿O un detective privado?

—Estaba desesperado, Flo —dijo Jules—. Contraté al señor Dust para que intentara localizarte.

—No voy a discutir en su presencia —dijo Flo, apuntando a Trevor Dust con el pulgar—. Deshazte de este capullo y luego hablamos.

—Bien. Eso es todo. Gracias, señor Dust. Envíe la factura a mi oficina.

Mientras Jules acompañaba al detective a la puerta, Flo fue al mueble bar y sacó una Coca-Cola Light del frigorífico. La abrió y empezó a beber directamente de la lata, pero luego se acordó de su nueva cristalería Steuben y la sirvió en una copa de agua.

Cuando Jules volvió, Flo señaló la copa de agua y le dijo:

—Muy bonitos los vasos que me compraste.

—¿Con quién estabas? —preguntó él.

—Con una amistad.

—¿Qué amistad?

—Solo una amistad.

—¿Hombre o mujer?

—Eso me lo guardo para mí, pero si quieres, descúbrelo tú mismo.

Loco de celos, Jules la cogió del brazo con tal fuerza que el vaso Steuben voló de su mano y se hizo añicos contra el suelo de piedra, junto a la chimenea. Ella gritó de dolor. Al instante, él la soltó.

—Oh, Dios mío —exclamó—. Oh, Flo, lo siento. No quería hacerlo.

Ella retrocedió, asustada.

—¿Eso es lo que le pasó a la chica de Chicago en 1953? —preguntó ella—. ¿La asustaste tanto que se cayó por el balcón del hotel?

—Flo, perdóname —suplicó. Se arrodilló frente a ella, puso sus brazos alrededor de sus muslos y la abrazó—. Perdóname. Te quiero, Flo. Te quiero. Perdóname.

Flo March no había visto llorar a Jules Mendelson antes.

—¿Pauline todavía está en Northeast Harbor? —preguntó Flo.

—Sí.

—Bien. Hay algo que quiero hacer.

—¿Qué?

—Quiero ver Clouds.

—Oh, no, eso no es una buena idea.

—¿Por qué no?

—No deberías preguntarlo. Es la casa de Pauline.

—Y la tuya también. Solo quiero verla, Jules. Solo quiero caminar por las habitaciones. Eso es todo.

—No.

—¿Por qué?

—Podría ser desastroso.

—¿Quién se va a enterar?

—Dudley para empezar. Blondell para seguir. Smitty para terminar.

—¿Quiénes son Dudley, Blondell y Smitty?

—El mayordomo, la sirvienta y el guarda. Y hay más personas en la cocina. El cocinero, Gertie, y otros, no me acuerdo de todos los nombres, pero están ahí.

Flo asintió.

—¿No tienes reuniones de negocios en Clouds algunas veces?

—A veces.

—¿Qué te parece si yo soy una reunión de negocios?

—Oh, venga ya, Flo.

—No, escucha. Vete a casa. Le dices a Dudley: «Tengo una reunión con la señorita March». Luego, a las ocho o las ocho y media, aparezco yo. Llamaré al timbre. Dudley me dejará pasar. Me llevará a la biblioteca donde tú estarás sentado leyendo la *Time* o el *Newsweek*. Él dirá: «La señorita March». Te dará la mano como si nos reuniéramos por primera vez y luego me enseñarás la casa y la propiedad. Con toda la gente de todos esos museos que pasa por tu casa a diario para ver las obras de arte, una persona más no va a levantar sospechas. Quiero ver el cuadro de las *Rosas blancas*.

—Mandé hacer una postal de ese cuadro —dijo Jules.

—Bueno, no me interesa la postal. Quiero ver el original.

—Es demasiado peligroso.

—Cuarenta minutos después diré: «Buenas noches, muchas gracias, señor Mendelson, ha sido muy amable por hacerme un hueco para ver su preciosa colección», y saldré por la puerta, me meteré en el Mercedes y me perderé en la noche.

—¿Por qué quieres hacerlo?

—Estoy interesada en tu vida, Jules. ¿Es eso raro? Te veo más a ti que a nadie, pero gran parte de tu vida me está vedada. No me puedes culpar por sentir curiosidad por ti.

—Está bien —dijo Jules—. Pero nada de cosas raras. Dudley tiene ojos en el cogote.

«Oh, mi madre», dijo Flo mientras ponía el pie en el vestíbulo de Clouds, mirando arriba, a la izquierda, a la derecha. Se había quedado sin palabras y

solo estaba en la entrada de la grandiosa casa. La escalera curva parecía flotar y elevarse ante sus ojos, con seis cuadros enormes colgados en las paredes de muaré verde. En la base, una gran cantidad de orquídeas en cuencos chinos de color azul y blanco llamó su atención. «Ni siquiera está ella aquí y la casa está llena de flores», pensó.

Tenía grandes expectativas de disfrutar de su visita a Clouds y suponía que quedaría decepcionada. Y así fue. Podía lidiar en su imaginación con la casa de Pauline Mendelson, pero la grandiosidad de lo que veía era demasiado para ella como para poder comentarla siquiera. Caminó por el pasillo, detrás de Dudley, echando vistazos a las habitaciones al pasar, cada una más perfecta que la anterior. Siempre había pensado en Pauline en términos de ropa bonita y collares de perlas y fiestas, que era como la describían en diarios y revistas. No había caído en que sus mesas y sillas no eran solo mesas y sillas, sino mesas y sillas de una exquisitez que ella, hija de una madre soltera y sin expectativa alguna de futuro, no podía siquiera empezar a comprender. Si alguna vez, en los remotos rincones de su mente, había fantaseado con la idea de convertirse en la esposa de Jules Mendelson, supo, en ese momento, que eso nunca ocurriría.

Jules la esperaba en la biblioteca. Siguió a Dudley hasta la sala e interpretaron la mascarada que habían planeado.

—Buenas tardes, señorita March —dijo Jules, levantándose de su silla de estilo inglés y dejando a un lado la revista.

Flo miró fijamente los ojos del hombre con el que había hecho el amor solo tres horas antes, en cuyo oído había susurrado obscenidades para encender su lujuria, cuyo cuerpo y deseos había llegado a conocer íntimamente, y le pareció diferente en el entorno de su casa. Se sintió cohibida.

—Buenas tardes, señor Mendelson.

—¿Acaba de llegar a Los Ángeles?

—Sí, hoy.

—¿Ha tenido un buen vuelo?

—Sí.

—Le enseñaré la casa y los cuadros, si desea.

—Maravilloso.

—¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

—Dudley, te aviso si la señorita March cambia de idea. ¿Podrías encender las luces del jardín de esculturas?

—Sí, señor.

Una vez a solas, se quedaron en silencio. Flo deseó no haber ido.

—Estas son las *Rosas blancas* de Van Gogh —dijo Jules, por fin, apuntando al cuadro sobre la chimenea.

—Qué densidad de la pintura —dijo ella mirando el cuadro—. ¿No leí en algún sitio que está valorado en unos cuarenta millones de dólares?

—Eso es lo que decía el artículo, sí.

—Oh, madre mía.

Hubo un silencio de nuevo.

—Esta habitación en la que estamos es la biblioteca. Es donde pasamos gran parte de nuestro tiempo cuando estamos solos —dijo Jules, que también notaba la incomodidad de la situación.

Estaba acostumbrado a enseñar su casa a las muchas personas de museos que visitaban Clouds, pero con Flo no podía recordar las descripciones y comentarios que hacía habitualmente.

Flo recorrió la sala con la mirada sin moverse del sitio.

—Precioso mobiliario —dijo en un susurro.

Jules odiaba la palabra «mobiliario» en referencia a las artes decorativas, pero entendía la magnitud de la incomodidad de Flo y, por una vez, no la corrigió. En su lugar, apretó su mano y ella lo agradeció.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo ella.

—¿Se va? Todavía no ha visto nada.

—Da igual.

Afuera, se encendieron las luces del jardín de esculturas. Flo se volvió para mirar el terreno a través de la ventana.

—Tienes que ver el jardín de esculturas, al menos —dijo Jules—. Parecerá raro si te vas tan pronto.

Sonó el teléfono. Jules se dirigió al aparato.

—Pensaba que en las casas perfectas como esta el mayordomo siempre coge el teléfono y dice: «Residencia de los Mendelson».

—Lo hace, pero esta es mi línea privada. Es Sims Lord, estoy seguro. Estaba haciendo unas gestiones por mí, relacionadas con la casa de Azelia Way —dijo Jules mirándola para ver si ella se había quedado con lo que había dicho. Cogió el auricular.

—¿Hola? Oh, Pauline. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu padre? ¿Qué? No, no estoy con nadie.

Se volvió hacia Flo y sus miradas se encontraron. Flo abrió la puerta de la terraza y salió fuera, como si quisiera ver el jardín de esculturas.

—¿Cómo? —continuó Jules, al teléfono—. Ah, ¿sí? Oh, bien. ¿Cuándo? Sí, bien. Me encargaré de que el avión salga hacia Bangor por la mañana. Te he echado de menos.

Cuando terminó la conversación con su esposa, se levantó y salió a la terraza, en busca de Flo. Pasó junto a la escultura de Rodin que en el pasado había pertenecido a su abuelo. Pasó junto a la de Henry Moore, rozando con la mano su suave superficie. No veía a Flo. Bordeó la obra de Maillol, detrás del naranjo.

—¡Flo! —gritó—. ¡Flo!

A su espalda, la puerta de la terraza se abrió y se cerró de nuevo. Miró hacia atrás y vio a Dudley cruzando el césped en dirección a él.

—¿Está buscando a la señorita March, señor Mendelson?

—Sí. Ha salido por aquí mientras atendía una llamada telefónica. Se me olvidó advertirle de los perros y no quiero que se asuste.

—La señorita March se ha ido, señor. Dijo que ya había visto todo.

—Oh —dijo Jules.

Más tarde, esa misma noche, mientras Jules se estaba desvistiendo, sacó la cartera, algunas monedas sueltas, el pañuelo y las llaves de los bolsillos de la chaqueta de su traje y los dejó sobre la cómoda de su vestidor. Al colgar la chaqueta en un perchero advirtió un sobre dentro de su bolsillo que había olvidado haber puesto ahí. Lo sacó. En la esquina superior izquierda figuraba el nombre del detective, Trevor Dust. Lo rasgó y dentro encontró un listado con los huéspedes del Chateau Marmont de la noche en la que el taxista de la Valley Cab Company le dijo a Trevor Dust que había dejado a Flo March en

otra dirección diferente a la de su casa. Repasó la lista. Se sobresaltó al encontrar el nombre de Philip Quennell. Una ira ciega, abrasadora, lo embargó.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Jules Mendelson pidió a la señorita Maple que llamara a la oficina de Marty Lesky en Colossus Pictures. Durante varios minutos los dos ajetreados hombres intercambiaron lisonjas, y luego Jules fue al meollo de su llamada, que no tenía nada que ver con el museo County de Los Ángeles, como Marty Lesky había anticipado.

—Hay un hombre llamado Philip Quennell trabajando en tu estudio — dijo Jules.

—¿Qué hace en mi estudio? —preguntó Marty.

—Es guionista, me han dicho; está escribiendo un documental para Casper Stieglitz.

—Sí, lo conocí la otra noche. Estaba en la cena en casa de Casper. El autor del libro sobre Reza Bulbenkian. ¿Qué pasa con él, Jules?

—Mándalo a casa.

—¿Dónde vive?

—No sé dónde vive, pero sea donde sea, envíale allí.

—Es difícil encontrar un buen guionista, Jules.

—No, no es difícil, Marty. Me lo dijiste tú mismo una vez: «Siempre puedes conseguir otro guionista».

—¿Dije eso?

—Sí, lo hiciste. Lo recuerdo perfectamente. Envía al señor Quennell a casa.

—Tengo que tener una razón, Jules. Esto no es un colegio. No lo han pillado fumándose un canuto. Dirijo un estudio. No despido a tíos sin un motivo.

—¿Cuándo tienes la reunión sobre la ampliación del museo?

—El martes. Tu secretaria llamó para confirmar que vienes.

—No voy a poder ir, Marty.

—Oh, vamos, Jules.

—Sobre mi promesa al museo, Marty...

—No puedes retirar una promesa, Jules. Ni siquiera Jules Mendelson puede hacerlo.

—Que le den por culo a mi promesa, Marty. ¿Qué me importa un ala con mi nombre?

—¿Cómo se llamaba ese tío, Jules?

—Quennell. Philip Quennell.

## *Las cintas de Flo #16*

*«Clouds. Dios mío, ¡qué casa! Solo la vi una vez y creo que no estuve ni media hora, pero vi lo suficiente. Quiero decir, era perfecta. Cada detalle. Todo en el sitio adecuado. Todo precioso. Cuando hacen películas de Hollywood sobre gente rica nunca consiguen que los decorados se parezcan a un sitio como Clouds.*

*»Hay algunas de esas mujeres sobre las que lees en libros de sobremesa, como la señora Paley y la señora Guinness y la duquesa de Windsor, que sabían llevar esas enormes casas para sus maridos y para sus amigos. Bueno, pues se lo tengo que reconocer a la señora Mendelson: ella se encontraba al mismo nivel en lo que respecta a construir un hogar y saber cómo llevarlo con grandeza.»*

Fue Bettye, la secretaria de Casper Stieglitz, quien le dijo por teléfono a Philip Quennell, cuando este llamó a última hora de la tarde para saber cuál había sido la reacción de Casper a su primer borrador del documental sobre el aumento del consumo de drogas en la industria del cine, que Casper había decidido seguir con otro guionista.

—¿Qué significa eso de que ha decidido seguir con otro guionista? —preguntó Philip.

—En otras palabras, que está despedido —dijo Bettye.

—Eso me parecía. No se lo tome mal, Bettye, pero me gustaría que fuera mi jefe quien me despidiera, no la secretaria de mi jefe.

—Lo siento mucho, señor Quennell, pero el señor Stieglitz está en una reunión muy importante —contestó Bettye.

—Por supuesto, un hombre tan ocupado. ¿Le pedirá que me llame?

—¿Cuándo puede dejar su suite junior en el Chateau Marmont? —preguntó Bettye.

—¿Quién ha dicho que voy a dejarla?

—He informado al hotel de que desde hoy a medianoche el estudio dejará de pagar la habitación —dijo Bettye.

—Vaya día más movido que ha tenido, Bettye.

—Solo hago mi trabajo, señor Quennell.

A Philip no le sorprendió que las varias llamadas que hizo a casa de Casper Stieglitz no fueran atendidas. Esa tarde condujo hasta la mansión de Palm Circle, aunque estaba seguro de que Willard, el mayordomo, le diría que Casper no estaba en casa. Cuando llamó al interfono, la luz roja del circuito cerrado de televisión se encendió y oyó la voz de Willard.

—¿Sí?

—Willard, me gustaría hablar contigo un momento —dijo Philip rápido, mirando a la cámara.

—El señor Stieglitz no está en casa, señor Quennell —dijo Willard.

—Es a ti a quien quiero ver, Willard. He descubierto información interesante a través de Lonny Edge sobre la muerte de Hector Paradiso y necesito tu ayuda para identificar a alguien.

Willard respondió con tono dubitativo:

—Escuche, señor Quennell. No debía dejarle entrar si se pasaba por aquí. No sé por qué, pero me han ordenado que le dijera que el señor Stieglitz no está en casa y que no le dejara entrar.

—Pensaba que estaba impaciente por aclarar la muerte de su amigo Hector.

—Lo estoy —dijo Willard con voz insegura.

—Solo me quedaré un minuto, Willard.

—Abriré el portón. Pero, por favor, no entre con el coche hasta la casa. Me encontraré con usted en la parte de atrás, en el pabellón junto a la piscina.

Cuando los portones se abrieron, Philip condujo camino arriba, pasada la pista de tenis. Las luces nocturnas estaban encendidas y había un partido en juego. Reconoció las risas aniñadas de Ina Rae y Darlene. Bajando desde la casa por el camino, vio a Willard, vestido con el largo delantal verde de los días de sacar brillo a la plata. El mayordomo hizo gestos nerviosos para que Philip detuviera el coche.

—No, no, no vaya hasta la casa —gritó—. Le dije que nos encontraríamos en el pabellón junto a la piscina.

Philip asintió de forma amigable, como si no hubiera entendido, y continuó por el camino, dejando a Willard atrás. Cuando llegó al patio vio que Willard había dejado la puerta abierta. Rápidamente saltó de su coche, entro en la casa y cerró la puerta tras él para que Willard tardara en entrar si volvía corriendo.

Cruzó el salón hasta la puerta que daba a la terraza y la sala de proyección donde Casper pasaba la mayor parte de su tiempo. Las cortinas estaban echadas y Philip pensó que Casper estaría viendo una película.

Deslizó lentamente la puerta corredera. Al entrar en la parte de atrás de la sala en penumbra vio cómo Casper, con sus gafas de sol, se levantaba con poco equilibrio de su asiento habitual y se dirigía al bar. Iba a medio vestir, con una camisa negra de terciopelo pero sin pantalones ni ropa interior. El mareante aroma de la marihuana llenaba el aire. A Philip le pareció que

acababa de terminar una sesión con las señoritas de la pista de tenis. Casper se miró en el muro de espejos que había detrás de las baldas con botellas, como si admirara los vestigios de su buen aspecto. Sin quitarse las gafas, giró cuidadosamente la cabeza; primero hacia un lado, luego al otro, adoptando una expresión que borraba las líneas del ceño entre sus cejas. Apretaba la boca de una manera que hacía desaparecer la flacidez bajo su barbilla. Finalmente, satisfecho con la imagen, se levantó los faldones de la camisa negra de terciopelo y empezó a orinar en el lavamanos del bar.

—Eso es tener clase, Casper —dijo Philip Quennell a su espalda—. Y también muy higiénico.

—Dios mío —exclamó Casper, dando un salto. A través del espejo vio a Philip caminando hacia él—. Me has asustado. Me has hecho mearme encima y sobre estas botellas y vasos. ¿Qué demonios haces aquí?

—No, no beberé nada, gracias —dijo Philip.

—¿Te llamó Bettye?

—En realidad, yo llamé a Bettye y ella me dio tu mensaje. Nunca me había despedido la secretaria. Quería oírlo de tus propios labios, pero me dijo que estabas en una reunión importante, así que he venido por mi cuenta.

—Voy a despedir a ese maricón de Willard. Le dije que no abriera el portón —farfulló Casper. Se acercó a un teléfono.

—No deberías despedir al pobre Willard, Casper. Me temo que se la jugué para que me dejara entrar. Los buenos abrillantadores de plata son difíciles de encontrar.

—¿Qué quieres, Quennell?

—Oh, ahora es Quennell, ¿no? Te diré lo que quiero, Stieglitz. Quiero saber por qué me has despedido.

—Simplemente he decidido seguir con otro guionista.

—Las palabras exactas de Bettye. ¿Por qué será que no me lo creo?

Casper miró a Philip y ensayó un acercamiento.

—Tú y yo, Philip... nos hemos quedado sin gasolina. No te lo tomes como algo personal. Aquí en Hollywood ocurre todo el tiempo. Los guionistas son una especie de usar y tirar. Como dice Marty Lesky: «Siempre puedes conseguir a otro guionista». ¿Sabes cuántos guionistas tengo trabajando en *Candles at lunch*, por ejemplo?

—No, no lo sé ni me importa.

Casper fue hasta donde había estado sentado y se puso unos pantalones.

—Quiero una respuesta, Casper.

Casper cogió nerviosamente un puñado de anacardos de la mesa del café y empezó a lanzárselos a la boca, varios a la vez.

—Me decepcionó tu entrevista a los policías de narcóticos. No me hice una idea, eh... de la clase de obsesión que tienen esos tíos para atrapar a los traficantes en su guerra contra las drogas. Las drogas, no hace falta que te lo diga, están destruyendo a los jóvenes de este país.

—¿A quién crees que estás engañando, Casper?

—¿De qué hablas?

—Te escapaste por los pelos del delito de posesión de cuatro kilos y medio de cocaína haciendo que tus corruptos abogados e influyentes amigos, como Arnie Zwillman, el gánster, se echaran encima del juez Quartz para suspender tu sentencia a cambio de hacer una película en contra de las drogas, y tú te pasas el día drogado. Podría delatarte, Casper, y déjame decirte que eso no quedaría muy bien en la prensa especializada.

—No tomo drogas —dijo Casper, indignado—. Reconozco que en el pasado las probé varias veces, pero no he tomado nada desde el día de mi arresto, que fue, como todo el mundo sabe, un fallo de la justicia, así como un malentendido —su voz se había vuelto estridente.

Philip caminó hasta la mesilla y cogió del suelo una papelina de cocaína que Casper había dejado tirada allí. La llevó hasta el bar y vació el polvo blanco en el fregadero.

—Debe ser todavía mejor mezclada con tu orina.

—Vete de aquí —dijo Casper, asustado.

Philip lo miró.

—¿Ina Rae te ha pasado los dedos por el pelo? —preguntó Philip—. Tu peluca está torcida. Como ladeada.

Casper, enfurecido, se lanzó contra Philip.

—¡Vete de mi casa!

Philip se inclinó hacia Casper y le quitó las gafas de sol, cogiéndolas por el puente.

—¿Qué haces? —gritó Casper—. No puedo ver nada sin mis gafas.

—Sabía que tras ellas tendrías esos pequeños ojos furtivos como alfileres —dijo Philip.

Casper estornudó.

Philip levantó sus manos y retrocedió.

—Oh, por favor, otro montón de anacardos mordisqueados por toda mi cara, no, Casper. Ya lo he vivido una vez.

—El estudio no va a seguir pagando el Chateau Marmont después de esta medianoche.

—Sí, sí, ya lo sé. Tu Bettye me lo dijo. Mira, Casper, no me importa que me echen de tu película, pero tengo la sensación de que no ha sido idea tuya, y quiero saber de quién ha sido.

Casper miró a Philip, pero no respondió.

—¿Quién te ordenó que me despidieras? O mejor, ¿quién te dijo que le dijeras a tu secretaria que me despidiera?

—Nadie, lo juro por Dios —dijo Casper.

—Oh, claro —respondió Philip—. Tomaste la decisión tú solito.

—Sí, lo hice. Simplemente creo que no enfocaste la entrevista con los de narcóticos de la manera adecuada —dijo Casper.

—Esa es la escena que anteayer me dijiste que te había gustado tanto, Casper —dijo Philip—. ¿Quién te ordenó que me despidieras?

Casper sacudió la cabeza.

Philip tiró las gafas al suelo y las pisó.

—Ups, he roto las gafas.

Casper se tiró al suelo y gateó tratando de recuperarlas.

Philip se agachó y le agarró por el cuello de la camisa negra de terciopelo.

—¿Sabes, Casper? Cuando estaba en Princeton vi tu película *A mansion in limbo* tres veces porque pensaba que era genial. Quería conocerte. Y ahora que lo he hecho, veo que no eres más que un patético drogadicto con *lifting* y peluca. ¿Qué te ha pasado, Casper?

—Déjame levantarme.

—¿Quién te ordenó que me despidieras?

—Nadie, lo juro.

—O me lo dices o te voy a arrancar esa peluca de la cabeza y voy a llamar a tus amiguitas de la pista de tenis para que vean a su pequeño papito sin su pelo pegado.

Casper, asustado, miró a Philip.

—No. Te lo suplico, Phil. Ina Rae no sabe que llevo peluca.

—¿Quién te ordenó que me despidieras?

Fue una sorpresa para Arnie Zwillman no saber nada de Jules Mendelson después de su primer encuentro en la fiesta en casa de Casper Stieglitz, así que lo llamó por teléfono a su oficina para concertar una segunda reunión y discutir un poco más la proposición que le había hecho. La señorita Maple, la secretaria de Jules, no estaba familiarizada con el nombre de Arnie Zwillman y le hizo todas las preguntas que una secretaria protectora y rigurosa como ella hacía a los desconocidos.

—¿Sabrá el señor Mendelson por qué recibe esta llamada?

—Sí, lo sabrá —respondió Arnie.

—El señor Mendelson está reunido. ¿Puede darme su número? Le diré que ha llamado, señor, eh... ¿cómo ha dicho que era su apellido?

—Zwillman. Arnie Zwillman. Llámelo.

—¿Qué?

—He dicho que lo llame y le diga que Arnie Zwillman está al teléfono. Cogerá la llamada, créame, señorita, eh... ¿cómo ha dicho que era su apellido?

—No se lo he dicho.

—Solo llámelo, señorita Noselohedicho —Arnie ahogó una risa ante su broma.

Cuando la señorita Maple informó a Jules de que un tipo muy maleducado llamado Zwillman estaba al teléfono y había insistido en que lo avisara, Jules se volvió hacia Sims Lord y dijo:

—Es Zwillman.

—Será mejor que lo cojas —dijo Sims—. Vas a tener que hablar con él tarde o temprano. Lo he revisado. Todos los registros del suceso de Chicago de 1953 fueron destruidos en su momento. Es como si no hubiera ocurrido.

Jules asintió. Apretó el botón de su teléfono.

—¿Hola?

—Debería hacer que su chica supiera quién soy, Jules —dijo Arnie—. A mi ego no le sienta muy bien que lo sometan al tercer grado. «¿Sabrá el señor Mendelson por qué recibe esta llamada?», me ha preguntado.

—¿Por qué recibo esta llamada? —preguntó Jules.

—Esperaba saber de usted, Jules.

—Bueno, aquí me tiene.

—Estoy interesado en que nos veamos lo antes posible. 1992 está a la vuelta de la esquina. Hay mucha basura que sacar. Organizar lo que gente como usted llama en su negociado un *modus operandi*.

—No quiero verlo, Zwillman. Ni ahora ni nunca.

—¿Está de broma?

—No, no bromeo. Y no me llame más o avisaré al FBI.

—Oh, el peligroso gran hombre —dijo Arnie.

—Hasta nunca, Arnie.

—Está cometiendo un error muy gordo, Mendelson.

—No lo creo, Zwillman.

—Has estado bastante bien, Jules —dijo Sims Lord, después de que Jules colgara el teléfono.

—Está bien saber que esos informes fueron destruidos, Sims. Voy a salir a tomar un café. Quiero que me dé un poco el aire.

Una hora después, Arnie Zwillman informó al secretario de Estado, mediante un muy bien situado intermediario, del desafortunado acontecimiento del pasado de Jules Mendelson, el candidato presidencial para encabezar la comisión económica de Estados Unidos en Bruselas durante el año de la fundación de la Unión Europea. El suceso había supuesto la muerte en 1953 de una joven que se cayó o fue empujada desde el balcón del hotel Roosevelt en Chicago durante una cita romántica. Una copia de los informes de la muerte, que habían sido eliminados por el alcalde de la ciudad a petición de los padres de Jules Mendelson, estaba en manos del señor Zwillman y a disposición del secretario de Estado, como fue informado el intermediario

bien situado. La familia de la chica muerta había sido recompensada generosamente en su momento por la familia del señor Mendelson.

Ese día, en la cafetería Viceroy, Jules Mendelson no leyó sus diarios financieros, como solía hacer. Su mente estaba ocupada en otros pensamientos. El sentimiento de alivio que había anticipado que experimentaría al decirle a Arnie Zwillman que no se vería con él de nuevo fue menor de lo que esperaba.

Quizás era por el tono de voz que Zwillman había utilizado al decirle: «Estás cometiendo un error muy gordo, Mendelson». Simplemente, la gente no llamaba Mendelson a Jules Mendelson. Estaba perdido en sus pensamientos, removiendo el café, aunque no había ni leche ni azúcar que remover, cuando Philip Quennell se acercó a su mesa y se deslizó en el asiento libre frente a él.

—Hola, Jules —dijo Philip.

—Piérdete, Quennell —dijo Jules con una especie de gruñido.

Aunque temía a Arnie Zwillman, de ninguna manera tenía miedo de Philip Quennell, y le aliviaba poder desviar su atención de un hombre a otro. No le gustaba Philip Quennell y no le había gustado desde la primera noche que se vieron, cuando Philip llegó tarde a la fiesta de los Mendelson. Era el único invitado sin esmoquin y el único que había declinado el magnífico vino de la subasta de Bresciani del que Jules estaba tan orgulloso. Cada nuevo encuentro con él no había hecho más que acrecentar ese sentimiento.

—Me he enterado de que usted ha sido el responsable de mi despido —dijo Philip.

Jules no intentó disfrazar el desprecio que asomaba en su cara.

—No pierdo mi tiempo haciendo que despidan a don nadie —contestó—. Lárgate, ¿quieres?

—¿Ah, no? —dijo Philip, muy calmado, sin ninguna intención de marcharse—. Casper Stieglitz, después de amenazarlo con arrancarle la peluca delante de su pareja de putas, soltó que usted había llamado a Marty Lesky para, como él ha dicho, enviarme de vuelta a casa, o en caso contrario cancelarían su acuerdo con el museo County de Los Ángeles, lo que hubiera sido muy embarazoso para Marty, que ha abrazado la cultura recientemente.

Jules miró a Philip.

—Lo que quiero saber es... ¿hizo que me despidieran por la grieta de la escultura de Degas? ¿O porque me niego a tragarme su historia del suicidio y

creo que está involucrado en el encubrimiento de la muerte de Hector Paradiso? ¿O, y seguro que esta es la buena, porque resulta que tenemos una amiga en común, la señorita Flo March?

Jules no podía soportar oír el nombre de Flo March de boca del joven atractivo y seguro de sí mismo que estaba sentado frente a él. Odiaba la juventud de Philip Quennell. Odiaba su buen aspecto. Pero lo que más odiaba era pensar que Flo, enfurecida con él, había hecho el amor con Philip Quennell y había mantenido con él la misma clase de intimidad sexual que Jules había acabado por ansiar más que nada en su vida. Enfurecido, con la cara muy roja, se levantó de su asiento, se inclinó sobre la mesa y agarró a Philip.

Philip Quennell no reculó ni un milímetro.

—Si es tan listo como se supone que es, Jules, me quitará las manos de encima inmediatamente —dijo Philip—. Me da lo mismo lo viejo, rico e importante que sea. Lo derribaré sobre su culo gordo aquí mismo, en esta cafetería, delante de todos estos clientes que lo están mirando.

Jules clavó la mirada en Philip y supo que iba en serio. Soltó al joven.

—¿Todo bien, señor Mendelson? —preguntó Curly, el encargado de la cafetería, y se dirigió corriendo hacia la mesa.

—Saca a este tío de aquí, Curly —dijo Jules.

—No, no, Curly —dijo Philip, moviendo su dedo índice a un lado y otro—. No tienes que sacarme de aquí —Jules y Curly percibieron el tono amenazante. Si Curly había pensado tocar a Philip para empujarlo fuera de la cafetería, desistió—. Voy a salir de aquí por mi propio pie en un momento. Ya casi he terminado con lo que tengo que decirle al señor Jules Mendelson. Pero hay una cosa más, Jules.

—Vamos, amigo. Muévete —dijo Curly.

Philip se volvió hacia Curly.

—Ya me voy, pero antes voy a terminar —se volvió de nuevo hacia Jules. Los dos hombres estaban de pie y la gente los miraba—. No piense ni por un instante que voy a desaparecer como si nada en mitad de la noche, a pesar de sus órdenes de mandarme a casa, Jules. Usted no me gusta, no me gusta más de lo que me gusta su corrupto socio, Reza Bulbenkian. No me gusta la gente que puede llamar a un periódico y ordenar que no publiquen una historia que el público tiene derecho a saber, o que puede decirle a la policía que no resuelva

un crimen y deje al asesino libre porque usted ha decidido inventarse una ridícula historia de suicidio. Está encubriendo a alguien, Jules. Y no voy a volver a Nueva York hasta que descubra a quién. Hasta donde sé, incluso pudo ser usted quien disparó a Hector Paradiso.

—Piérdete —dijo Jules.

—No voy a volver a Nueva York, Jules, a pesar de todos sus esfuerzos. He decidido quedarme una temporada. Hasta pronto, Jules. Hasta pronto, Curly.

Jules se hundió de nuevo en su asiento de piel sintética naranja mientras veía cómo Philip Quennell abandonaba la cafetería. En lo más profundo, sabía que Philip, a pesar de su juventud y su físico, no era rival para disfrutar de las notables cualidades de Flo March. También sabía que la envidia irracional que sentía por Quennell, a causa de las dos noches que Flo había pasado en su habitación del Chateau Marmont, lo había llevado a cometer una especie de error táctico que jamás hubiera cometido en una transacción comercial.

Jules solía ir a casa de Flo en Azelia Way a las cuatro menos cuarto de la tarde. Como llegaba a la oficina a las seis en punto cada mañana, a nadie le parecía descabellado que a las tres y media exactamente, pasara lo que pasara, se fuera y estuviera ilocalizable hasta que, una hora y media después, llamaba para saber si tenía mensajes. Lo que nadie sabía era que, para entonces, ya le había hecho el amor tres veces a Flo March.

El mismo día que habló por teléfono con Arnie Zwillman y se peleó con Philip Quennell en la cafetería Viceroy, Jules salió de su oficina a las tres y media, como era su costumbre. La señorita Maple, que llevaba años con él, no era ajena a lo alicaído de su estado. Al pasar junto a su escritorio, ella lo despidió con la mano mientras seguía con su conversación telefónica.

—El señor Mendelson no está disponible —dijo Miss Maple—. Oh, hola, señor Crocker. Si me deja su número, hablaré con él dentro de una hora y media más o menos y se lo pasaré. Oh, sí, señor Crocker. Oh, sí, sé que el prefijo de Washington es dos-cerodos. Supongo que él también lo sabrá, ¿no?, después de todas sus llamadas...

Jules estaba en la puerta principal de su oficina de la última planta del Edificio Mendelson cuando oyó el nombre de Crocker. Se volvió hacia la señorita Maple.

—¿Es Myles Crocker? —preguntó.

—¿Puede esperar un momento, señor Crocker? Tengo una llamada por la otra línea —la señorita Maple pulsó el botón de espera—. Sí, es él —le dijo a Jules—. Myles Crocker. Departamento de Estado. Asistente del secretario de Estado.

—Ya sé quién es —dijo Jules. Dejó su maletín en el escritorio de la señorita Maple y volvió a su despacho.

A la señorita Maple le sorprendió que alterara su rutina. Pensó que últimamente tenía un aspecto más avejentado. Parecía preocupado desde que Pauline se había ido a Northeast Harbor. Durante los varios días que estuvo encerrado con Sims Lord había estado muy nervioso. Y desde que había vuelto de la cafetería Viceroy esa mañana había estado distante, reaccionando solo a la información de que una tormenta en Bangor, Maine, había retrasado varias horas la salida del vuelo de la señora Mendelson hacia Los Ángeles en el avión familiar.

La señorita Maple retomó la llamada:

—El señor Mendelson ha regresado inesperadamente, señor Crocker, y lo atenderá de inmediato.

—Me han pedido que te llamara, Jules —dijo Myles Crocker—. El secretario ha estado toda la mañana con el presidente por la crisis de los rehenes y no te ha podido llamar él mismo, pero seguro que se pondrá en contacto contigo cuando las cosas se calmen.

—Sí —dijo Jules, tranquilo. Sabía que iba a escuchar noticias perturbadoras.

—Me temo que soy el portador de malas noticias, Jules.

—¿Sí?

—El secretario no quería que las recibieras de nadie más que de él mismo.

—Sí.

—Tu nombramiento para dirigir la delegación americana en Bruselas está próximo.

—Sí.

—Una información de naturaleza un tanto inquietante ha llegado al secretario de Estado.

—¿Qué clase de información?

—Un acontecimiento trágico sucedido en la habitación de un hotel de Chicago en 1953. No hay forma posible de que fueras ratificado si tal historia sale a la luz, y se ha acordado que lo mejor es, simplemente, retirar la nominación.

Jules permaneció perfectamente calmado.

—Yo mismo he oído esa mezquina historia. No hay nada de verdad en ella. Nada en absoluto. Cuando eres un hombre de mi posición, siempre corren por ahí historias de ese tipo sobre ti. Si fuera cierta habría constancia en Chicago, y no existe tal informe.

—Los documentos fueron eliminados en su día, Jules, pero de alguna manera existen copias de ellos. Al menos una. Un tal señor Arnie Zwillman, de Chicago, ha hecho llegar una copia por fax al secretario y al *Washington Post*.

—Dios santo.

—Es terriblemente incómodo para mí ser el portador de esta noticia, Jules, después de haberlo pasado tan bien tantas veces contigo y con Pauline.

Jules no contestó.

—¿Estás ahí, Jules?

—Sí, estoy aquí, Myles. Mira, dile al secretario que no se moleste en llamarme.

Después de colgar el teléfono, Jules Mendelson apoyó la cabeza en un cuaderno, sobre su escritorio, y lloró.

*Las cintas de Flo #17*

*«Mi madre solía decirme: “Tu padre nos abandonó cuando tenías dos años”. Yo tenía una idea romántica de cómo era mi padre. Siempre pensé que un día volvería para hacernos la vida más fácil. Pensé que quizá tendría curiosidad por ver cómo era yo.*

*»Pero cuando me fui haciendo mayor, empecé a darme cuenta de que mi padre no se había casado con mi madre. A veces pensaba que mi madre ni siquiera estaba segura de quién era el padre.*

*»Jules me preguntó una vez: “¿Alguna vez le dijiste eso a tu madre?”. Claro que no. Su vida ya era lo suficientemente dura.»*

—Llegas tarde, Jules —dijo Flo—. Estaba empezando a pensar que no vendrías.

—¿Por qué están todos esos coches aparcados en Azelia Way? —preguntó Jules—. A duras penas he podido pasar. Un Jaguar bloquea la mitad de la entrada.

—Les dije a esos aparcacoches que no la taparan —dijo Flo.

—¿Qué hay? —La pequeña calle era silenciosa habitualmente, excepto cuando pasaban los autobuses turísticos, varias veces al día, y se podía oír la voz de los guías anunciando la casa de Faye Converse.

—Faye Converse ha organizado una barbacoa —respondió Flo casi sin aliento. Estaba fuera de sí por la emoción de ver la actividad de la casa de al lado. Había estado espiando la fiesta con sus prismáticos desde la atalaya que era la ventana de su dormitorio—. Mira, Jules, la sombrilla de Faye va a juego con su caftán. Tiene ahí a la mitad de las estrellas de Hollywood. Prácticamente cualquiera del que hayas oído hablar. Oh, oh, Dios mío. Ahí está Dom Belcanto. Tranquila, Flo. Me va a dar algo. Y Pepper, su nueva esposa. Glyceria dice que a veces Dom canta en las fiestas de Faye. Oh, mira, Amos Swank, el presentador de televisión. Lo vi justo anoche y ahí está. Y ahí está tu favorito, Cyril Rathbone.

Le pasó a Jules los prismáticos, pero Jules no tenía ningún interés en observar a las estrellas de cine revoloteando en una fiesta que no tenía ninguna pinta de terminar a las cinco en punto. Se podían oír las carcajadas.

—¿No te encantan los sonidos de una fiesta, Jules? —preguntó Flo, mirando de nuevo por los prismáticos. A Jules le recordaba a una cortesana en un palco, embelesada en su primera visita a la ópera—. ¿Ese rumor de voces y todas esas risas? ¿No te gustaría saber de qué hablan ahí abajo? Quizá no encaja en tu mundo, pero podría encajar en el mundo del cine. Lo sé.

Jules sacudió la cabeza, salió del dormitorio de Flo y fue al salón. Cogió una botella de vino blanco del frigorífico del mueble bar y se sirvió una copa.

Se quitó la americana y la tiró sobre el sofá de satén gris. Se sentó pesadamente y se quedó mirando al vacío. Su cabeza estaba en la llamada telefónica de Myles Crocker. Imaginó a Myles informando de su reacción al secretario de Estado y al secretario de Estado informando al presidente y se desesperó, un sentimiento desconocido para él en su hasta entonces espectacularmente exitosa carrera.

—¿Estás bien, Jules? —preguntó Flo cuando llegó desde el dormitorio. Dejó los prismáticos sobre la barra.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, pareces callado, algo distante. ¿He hecho alguna cosa mal? ¿Estás enfadado conmigo? ¿Porque estaba espiando la fiesta de Faye con los prismáticos? ¿Es eso?

Jules le sonrió.

—No.

—Supongo que es algo mezquino. No puedo imaginar a Pauline haciendo algo así.

Por una vez él no se apartó o se puso rojo cuando Flo mencionó el nombre de su mujer. Sus ojos se fijaron en ella, como si quisiera memorizar su cara.

—A veces me miras como si fuera a ser la última vez —dijo ella—. ¿Estás seguro de que estás bien, Jules?

—Ya te lo he dicho, estoy bien.

—Sé cómo animarte, cariño —empezó a cantar—. «Dame, dame, dame lo que lloro por tener. Sabes que tienes la clase de besos que muerdo por tener.»

Jules sonrió.

—Sabía que podía animarte.

Le besó y le tocó la cara suavemente hasta que él empezó a responder. Nunca había sido tan apasionado como cuando hacía el amor con ella. No se cansaba nunca de ella. Su lengua exploró su boca. Succionó su saliva. Inhaló su aliento. Le dijo una y otra vez que la quería.

Después, cuando llamó a la señorita Maple para comprobar sus mensajes, le hizo una señal a Flo porque necesitaba la pequeña agenda que

siempre llevaba en el bolsillo izquierdo de su americana. Cubrió el micrófono y le indicó:

—Está en el sofá del salón.

Bajo el influjo de la fiesta en la casa de al lado, Flo se puso una bata y unas zapatillas de estar por casa de satén y tacón alto. Al entrar en el salón oyó decir a Jules por teléfono:

—Llama a casa. Dile a Dudley que Jim espere al avión. Dile que esté allí media hora antes para que no haya ninguna confusión. Y espera, ahora te doy el número de teléfono de Friedrich Hesse-Darmstadt.

Por la conversación con la señorita Maple, Flo entendió que Pauline estaba volviendo a casa desde Northeast Harbor y que, a partir del día siguiente, Jules retomaría la apretada agenda social que él y Pauline llevaban habitualmente. Como le ocurría a veces, sintió envidia de que Pauline poseyera una parcela más grande de la vida de Jules que ella. Desde fuera le llegaba el sonido de los invitados de la casa de al lado, que empezaban a abandonar la fiesta, algunos en estado de embriaguez. «Adiós, Faye», se oía decir a un invitado tras otro.

Flo buscó en el bolsillo izquierdo de la americana de Jules y encontró su agenda. Una vez, él le había dicho: «Mi vida entera está en ese pequeño cuaderno. Todos los números que necesito. Todas las citas que tengo». Mientras la sacaba, palpó una pequeña caja aterciopelada junto a ella. También la sacó. Volvió al dormitorio y le dio la libreta a Jules. Luego abrió la pequeña caja. Dentro estaba el par de pendientes de diamante amarillo que Jules le había regalado a Pauline y que Pauline le había devuelto a la mañana siguiente. Tenía pensado dárselos a la señorita Maple para que se los devolviera a Boothby's, la casa de subastas, para que fueran puestos de nuevo en circulación, pero se había olvidado de hacerlo al regresar de la cafetería Viceroy esa mañana.

Flo pensó que Jules los había comprado para ella. Extasiada, dejó escapar un chillido de excitación y luego se cubrió la boca con la mano para ahogarlo, ya que él seguía al teléfono y odiaba que hiciera ruido mientras manejaba sus negocios. Tan pronto como colgó, corrió hacia él, lo abrazó y lo besó.

—Son maravillosos, Jules. Nunca había visto nada tan bonito en mi vida.

—¿Qué? —preguntó Jules, confundido por la explosión de alegría.

—«Qué», dice —se abrochó los pendientes en los lóbulos y se echó el pelo hacia atrás—. Esto es el qué.

Jules la miró extrañado. Estaba sorprendido de ver los pendientes que había comprado para su mujer —y que esta no había aceptado— en las orejas de su amante. La excitada y alocada reacción de Flo a las preciosas joyas era la que había esperado de Pauline una semana antes, cuando se los había regalado. No tenía el ánimo de decirle a Flo que los pendientes no eran para ella o que acababa de decirle a la señorita Maple que contactara con el príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt, el jefe del departamento de joyería de la casa de subastas Boothby's de Londres, para informarle de que quería deshacerse de ellos.

—¿Por qué me miras de esa manera tan rara? —le preguntó Flo.

—No te miro raro. —Su voz sonaba cansada y desgastada—. Solo deleito mis ojos, eso es todo. Te quedan preciosos.

—¿Crees que está bien llevar a la vez el anillo de zafiro azul y los pendientes de diamante amarillo? —preguntó.

—Diría que es apropiado —dijo Jules.

Nada ponía a Flo de mejor humor que un regalo bonito. Subió la música de la radio y se quitó lentamente el camión. Empezó a bailar alrededor de la habitación sin nada encima salvo las zapatillas de estar por casa de satén y tacón alto. Era una vista que sabía que a Jules le gustaba. Se tumbó en la cama a mirarla mientras sus eróticos y exóticos pasos de baile empezaban lentamente a despertar su pasión. Estaba hipnotizado por su joven cuerpo, su preciosa piel sedosa, su soberbio trasero, sus pechos perfectos y su abundante y pelirrojo vello púbico del que nunca podía saciarse, por mucho que lo penetrara o lo besara o lo respirara o restregara su cara en él. Mientras Flo bailaba, avanzando desde el dormitorio al salón, él la siguió. Ella alargó la mano, le agarró su erección y le llevó al sofá recién tapizado en satén gris. Sin perder el ritmo de la música, se sentó en el sofá y se dejó caer hacia atrás, separando las piernas al mismo tiempo para que solo su vagina, abierta y preparada para recibirlo, fuera visible para él. Con un empujón, Jules entró en ella y empezó a moverse hacia adelante y hacia atrás, sin sutileza; una carrera

hacia una explosión mutua que, momentáneamente, hizo desaparecer la gran decepción del día.

El infarto agudo de miocardio que siguió fue simultáneo a su eyaculación, y Flo confundió los temblores de su cuerpo y los gemidos de dolor con muestras de pasión. Solo cuando su pene se deslizó fuera de ella y Jules cayó de espaldas sobre la alfombra se dio cuenta de lo que había ocurrido. Se levantó del sofá y se abalanzó sobre él. La cara de Jules se había vuelto gris. La saliva le goteaba de la boca. Pensó que estaba muerto.

El grito de Flo fue diferente a cualquier grito que hubiera proferido antes. El sonido viajó cañón arriba, y hasta los vecinos de las casas más alejadas lo oyeron, aunque no fueron capaces de identificar su procedencia. El alarido también se escuchó en el patio de la casa de Faye Converse.

Todos los invitados de la barbacoa, excepto uno, se habían ido. Cyril Rathbone, el columnista de cotilleos de *Mulholland*, que no podía separarse de la gran estrella, seguía hablando con ella junto a la piscina, aunque Faye Converse estaba muy harta de él y de su adúladora cháchara. Él se sabía las tramas de sus cincuenta y siete películas.

—Qué increíble que te acuerdes de *The Tower*, Cyril —dijo Faye educadamente, lanzando un bostezo al mismo tiempo.

No había nada que le apeteciera menos que hablar del argumento de *The Tower*, uno de sus grandes fracasos, en la que había interpretado a Mary, la reina de Escocia, en contra de los consejos de todo el mundo. Deseó no haber mandado a Glyceria a hacer un recado, ya que Glyceria siempre sabía cómo deshacerse de los invitados adúladores que no se daban cuenta de que la fiesta había terminado.

Fue entonces cuando el grito de Flo March perforó el aire del cañón desde el otro lado de la verja.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Cyril, y saltó del sillón.

—¿Por qué no vas a ver qué pasa? —respondió Faye, que pretendía desaparecer en cuanto Cyril se fuese a investigar.

—¿Crees que es un asesinato? —Cyril tenía los ojos abiertos de par en par por la excitación.

—Oh, no, no me ha parecido para nada un grito de asesinato.

—¿Quién vive al lado?

—No tengo la más mínima idea. Pertenece a Trent Muldoon, pero se la ha alquilado a alguien.

—Quizá deberíamos llamar a la policía —dijo Cyril.

—Creo que deberías ir y mirar primero. Podría ser la televisión. Enviaría a Glyceria, mi asistente, pero ha salido a comprar un desinfectante para el tocador.

—¿Hay alguna entrada a través de la verja? —preguntó Cyril.

—No, creo que no. Tienes que dar la vuelta, bajar por el camino y subir por el otro —dijo Faye. Después se levantó, esperando a que Cyril se fuera—. Ha sido un placer tenerte aquí, Cyril. Cuando escribas sobre mi fiesta, no menciones que Pepper Belcanto bebió demasiados tequila sour y vomitó todas las paredes del tocador, ¿vale? Ya sabes cómo se pone Dom; hora de romper rodillas. Adiós, Cyril.

—Vuelvo en un momento y te digo lo que ha pasado —dijo él.

—Oh, no, no hace falta.

Faye se volvió y entró en la casa. Cyril no esperaba ser despedido de esa forma, pero su curiosidad era tal que no podía resistirse a saber el motivo de semejante grito. Bajó por el camino de Faye Converse hasta Azelia Way. Desde la calle, la mansión vecina quedaba completamente escondida por los crecidos arbustos y los árboles. Cyril subió por el camino lentamente. En la entrada había un Bentley azul oscuro que bloqueaba el garaje en el que estaba aparcado un Mercedes descapotable rojo. Podía oír el lloro histérico de una mujer dentro de la casa. La puerta de entrada estaba cerrada. Caminó por un lateral hasta la zona de la piscina. No había nadie a la vista. Subió hasta una puerta corredera de cristal, hizo visera con las manos y miró dentro. Allí, en el suelo, yacía un hombre enorme, totalmente desnudo. Una guapa y joven pelirroja, también desnuda, le estaba practicando el boca a boca.

Cyril abrió la puerta.

—¿Puedo ayudar? —preguntó.

—Llame a una ambulancia —gritó Flo, entre respiración y respiración. Sin levantar la cara señaló el teléfono del mueble bar.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Cyril.

—Ocho-cuatro-cuatro, Azelia Way. Diga que está junto a la casa de Faye Converse —dijo Flo entre respiración y respiración.

Cyril llamó al 911. En los instantes que tardaron en contestarle, advirtió la cantidad de vasos Steuben que había en las baldas del mueble bar. Sus ojos recorrieron la habitación, quedándose con todo. Se fijó en la tapicería de satén gris de los sofás del salón y la reconoció como una de las telas preferidas de Nellie Potts para esa temporada, a noventa y cinco dólares el metro. Se preguntó en casa de quién estaba.

—Oh, ¿hola? ¿nueve-uno-uno? Oh, sí, gracias a Dios. Hay una emergencia en el ocho-cuatro-cuatro de Azelia Way. A mitad de la subida del cañón Coldwater. Gire a la derecha en Cherokee. Es la segunda o la tercera a la izquierda, no estoy seguro. Es la casa que está justo al lado de la de Faye Converse. Hay un hombre que ha sufrido una embolia o un infarto. No estoy seguro de si está vivo o muerto —se volvió hacia Flo—. ¿Está muerto? —preguntó Cyril.

Flo, sin parar la maniobra, negó con la cabeza.

—Dense prisa —dijo Cyril—. No está muerto.

Cuando colgó, se acercó a la trágica escena de vida o muerte para ver mejor.

—Han enviado una ambulancia —dijo.

La mujer continuó con la maniobra de reanimación y asintió al mismo tiempo. Incluso en un momento tan crítico, Cyril no pasó por alto que las partes íntimas del hombre rivalizaban con las de Lonny Edge en lo que él denominaba en privado «el departamento de instrumentos». Cuando la joven y hermosa mujer levantó la cabeza para coger aire, vio por primera vez la cara del hombre.

—Dios santo —susurró al darse cuenta de que era Jules Mendelson, el multimillonario, el coleccionista de arte, el elegido por el presidente de Estados Unidos para encabezar la delegación americana en Bruselas durante el año de la fundación de la Unión Europea, y el marido de la exquisita Pauline Mendelson. Hacía poco menos de una semana que, en aquella pequeña y espantosa fiesta, Jules Mendelson y su mujer lo habían despreciado.

—Dios santo —susurró de nuevo. En un segundo supo que la pelirroja desnuda que intentaba salvar la vida de Jules Mendelson era la misma chica de la fotografía del periódico parisino que había enviado a Hector Paradiso, mientras huía de un incendio en el hotel Meurice con Jules en segundo plano.

Después había enviado otra copia, anónimamente, a la propia Pauline—. Dios santo —dijo por tercera vez.

Cyril Rathbone era, al fin y al cabo, periodista, y sabía que era el único testigo, al margen de los protagonistas, de lo que indudablemente sería una historia de portada si actuaba rápido, antes de que ciertas fuerzas poderosas se involucraran para alterar los hechos de la historia, tal y como ciertas fuerzas poderosas se habían involucrado para alterar los hechos de la muerte de Hector Paradiso.

—Mire, señorita, he llamado a la ambulancia y está de camino. Tengo que irme.

Flo continuaba insuflando aire en la boca de Jules. Levantó la cabeza lo suficiente como para decir:

—Tráigame mi bata, ¿quiere? Está en mi cuarto. Por ahí — dijo mientras reanudaba la respiración—. ¡Y mis bragas! —gritó.

Desde el dormitorio, Cyril llamó rápidamente al editor de *Mulholland* y pidió que enviaran de inmediato a un fotógrafo a la entrada de urgencias del hospital Cedars-Sinai.

—No puedo hablar —susurró—. Pero confía en mí.

Durante años, Cyril Rathbone había soñado con una oportunidad que le catapultara desde la columna de cotilleos de la revista a una noticia de portada que fuera comentada en toda la nación. Su momento había llegado.

—¿Ha hecho la respiración boca a boca, señorita? —preguntó uno de los cinco auxiliares que habían llegado en la ambulancia. Otro estaba aplicando una presión muy fuerte en el corazón de Jules con las manos, arriba y abajo. Un tercero trataba de encontrarle el pulso.

—Sí —dijo Flo. No le quitaba ojo a Jules—. ¿No se supone que es eso lo que tengo que hacer?

—Ha hecho exactamente lo correcto. Un buen trabajo. ¿Dónde lo aprendió? La mayoría de la gente no sabe cómo se hace.

El auxiliar llevaba una libreta y un bolígrafo y se preparaba para hacerle algunas preguntas, mientras los otros dos armaban el carro sobre el que pondrían la camilla.

—En la cafetería donde trabajaba. Teníamos que aprenderlo, por si a un cliente le daba un ataque al corazón o algo. Pero esta es la primera vez que lo pongo en práctica —dijo Flo, distraída y mirando lo que los enfermeros hacían con Jules; lo habían colocado en la camilla y lo estaban sujetando a ella.

Había conseguido ponerle los pantalones antes de que llegara la ambulancia, aunque no había tenido tiempo de ponerle los calzoncillos ni la camisa. Ella misma, mientras oía llegar a la ambulancia por el camino, con la sirena a todo volumen, se había puesto apresuradamente la ropa que llevaba mientras cotilleaba la fiesta de Faye Converse desde la ventana de su dormitorio.

—¿Es su marido? —preguntó el auxiliar.

—No.

—¿Nombre?

—¿El mío o el suyo?

—El suyo.

—Jules Mendelson.

Empezó a escribir el nombre.

—¿Como el ala de pacientes Familia Jules Mendelson del Cedars-Sinai?  
—preguntó.

—Sí.

—Joder —dijo él, mirándola—. ¿Edad?

—Cincuenta y seis, creo, o quizá cincuenta y siete. No estoy segura.

—Ha dicho que usted no es la señora Mendelson, ¿verdad?

—No soy la señora Mendelson. Es correcto.

—¿Es esta su casa?

—Sí.

—¿Hay una señora Mendelson?

—Sí.

—¿Ha sido avisada la señora Mendelson?

—Solo han sido informados ustedes —dijo Flo—. Ha ocurrido hace solo veinte minutos, media hora como mucho. Se ha desplomado, así, sin más. Alguien de la fiesta de al lado vino y llamó a la ambulancia. No vi quién era porque le estaba haciendo el boca a boca en ese momento. ¿Se pondrá bien?

—¿Debería informar a la señora Mendelson?

—Está en un avión, su avión privado, volviendo de Northeast Harbor, con llegada prevista en algún momento de esta tarde. Le he preguntado si se pondrá bien.

—Lo llevaremos a la unidad cardiovascular tan pronto como lleguemos al Cedars —dijo el auxiliar.

Los otros auxiliares habían sacado a Jules por la puerta de la casa y habían metido la camilla en la ambulancia.

—Ya está, Charlie —dijo uno de ellos.

—¿Quiere venir con nosotros en la ambulancia? Puedo terminar con las preguntas de camino al hospital —dijo Charlie.

—Vale —dijo Flo.

Charlie la ayudó a subir.

—¿Qué coche es ese, Charlie? —preguntó el conductor—. El azul.

—Un Bentley del noventa —contestó Charlie—. Bonito, ¿eh? Eso te deja la cuenta con ciento cincuenta mil dólares menos. ¿Sabes quién es este tío?

—Quién.

—Jules Mendelson, el multimillonario. Como el ala de pacientes Familia Jules Mendelson del hospital —dijo Charlie—. Así que dale caña o nos quedaremos todos sin trabajo.

—¿Es broma? ¿Ese es Jules Mendelson? Ahora sé por qué desde la central dicen que hay fotógrafos esperando en el hospital. Esta cuesta es estrecha y pronunciada, apenas puedo dar marcha atrás.

—¿Ha dicho que hay fotógrafos en el hospital? —le preguntó Flo a Charlie con voz alarmada.

—Eso es lo que le acaban de decir por radio desde la central.

—Escuche, tiene que parar y dejar que salga —dijo Flo—. Por favor. Es muy importante.

—¿Cuál es el problema?

—Mira, Charlie. ¿Te llamas así? ¿Charlie? Soy la novia, no la esposa. ¿Lo entiendes? Será mejor que os siga con mi propio coche.

Charlie no dijo «me lo imaginaba», pero Flo pudo ver esa expresión en su cara con absoluta precisión. Flo siempre le gustaba a la gente, y a Charlie, el auxiliar, también le había gustado.

—Para, Pedro —le dijo al conductor—. La señorita va a bajarse.

La ambulancia se detuvo en la entrada del camino de Flo y Charlie abrió la puerta trasera para que Flo saliera.

—Jules, cariño —le dijo Flo al cuerpo inerte de Jules, acercándose a su cara. Le habían puesto una máscara de oxígeno—. Voy a ir con mi coche al hospital. Estaré ahí contigo en unos minutos. Estás en buenas manos, Jules. Te quiero, mi amor.

—¿Sabe cómo llegar a la puerta de urgencias del Cedars? —le preguntó Charlie.

—Sí. Mi madre murió en el Cedars.

A causa de las prisas, al bajar de la parte trasera de la ambulancia se tropezó y se cayó, rasgando su falda y raspándose la rodilla.

—Maldita sea —gritó.

—¿Está bien? —preguntó Charlie desde dentro de la ambulancia.

—Estoy bien —exclamó Flo, despidiendo a la ambulancia.

La sirena empezó a atronar mientras bajaba por Azelia Way. Cuando intentó ponerse de pie en la empinada cuesta, escuchó el ladrido de Astrid. Sabía por Glyceria que a la perra la habían encerrado en el baño de Faye Converse durante toda la fiesta, ya que, desde la muerte de Hector Paradiso, se había ganado la fama de morder a la gente y Faye no quería arriesgarse a que pasara eso con ninguno de sus invitados.

La perra llegó corriendo desde la parte de atrás de la casa. Cuando vio a Flo tratando de levantarse del camino, corrió hacia ella y empezó a lamerle la cara, queriendo que la cogiera.

—No, no, Astrid, ahora no. No puedo encargarme de ti ahora —dijo Flo—. Vuelve a casa, cariño. Vuelve por tu agujero de la verja. Te tienes que ir a casa, Astrid. No puedes quedarte aquí. Vamos. Glyceria te está esperando. ¡Vete a casa!

La perra, desconcertada y acostumbrada como estaba a que Flo la mimara, no podía entender por qué no la cogía en brazos, como siempre hacía, o por qué le hablaba en un tono de voz tan áspero. Flo, cojeando por culpa de su magullada rodilla, se apresuró camino arriba para meterse en el coche. Entonces se dio cuenta de que el Bentley de Jules bloqueaba al suyo y no iba a poder sacarlo del garaje.

—Oh, Dios —gritó, frustrada. Sintió las lágrimas que había contenido durante casi una hora, pero no las dejó aflorar. Corrió hasta el coche de Jules y abrió la puerta—. Gracias a Dios —dijo cuando vio que la llave estaba en el contacto. Saltó al asiento del conductor y arrancó antes de cerrar la puerta. La emisora de noticias que Jules siempre llevaba puesta en el coche empezó a sonar. Astrid intentó saltar dentro del vehículo tras ella—. No, no, fuera —gritó, empujándola. Se miraron durante un instante—. ¡Tengo que llegar al hospital! —le gritó a la perra como si pudiera entenderla. Pero Astrid no podía entenderla. Rechazada por la persona que más quería, salió corriendo en dirección a Azelia Way.

Flo nunca había conducido antes el Bentley y no estaba preparada para su enorme potencia. Al pisar demasiado fuerte el acelerador, el coche salió disparado. A mitad del camino hacia la carretera, antes de que tuviera tiempo de frenar para reducir la marcha, sintió un golpe sordo y luego oyó un chillido. El pequeño y blanco cuerpo peludo de Astrid salió volando por el aire frente a la verja y aterrizó con otro golpe sordo sobre el capó y el parabrisas. Flo gritó. La perra rodó sobre el capó hasta el suelo. Flo frenó de golpe y abrió la puerta.

—Oh, no —gimoteó, incapaz de aceptar la realidad de lo que acababa de suceder—. Oh, no —cogió a la destrozada criatura en brazos y las lágrimas que había contenido durante casi una hora empezaron a brotar—. Oh, Astrid, mi pequeño tesoro, Astrid, te quiero mucho. No te mueras, Astrid, no te mueras, Astrid. Por favor. Por favor —se miraron fijamente. Notó que la perra se relajaba. Emitió un sonido muy leve y murió.

Se quedó con Astrid en los brazos. Desde dentro del coche oyó la radio. «Interrumpimos este programa para informar de que el financiero y multimillonario Jules Mendelson ha sido trasladado de urgencia al hospital Cedars-Sinai tras sufrir un infarto agudo de miocardio en casa de una amistad en Beverly Hills. Se cree que la esposa de Mendelson, la célebre Pauline Mendelson, está de camino desde Maine en el avión privado de la familia. Seguiremos informando.»

Flo dejó a la pequeña terrier en el arcén del camino y la besó. «Volveré», le susurró. Se subió al coche de nuevo. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y no hizo ningún intento de controlar los sollozos. Recorrió a toda

velocidad Azelia Way hasta Cherokee Lane y la avenida Coldwater. Sin esperar a que los semáforos se pusieran en verde ni prestar atención a los coches que le pitaban, se metió en Coldwater y siguió hasta Beverly Drive, adelantando todo el camino, hasta que llegó a Sunset Boulevard. Ignoró el semáforo en Sunset, cruzó y siguió por Beverly Drive hasta el Santa Monica Boulevard y, de nuevo sin detenerse en el semáforo, giró a la derecha en Beverly Boulevard y continuó hasta que llegó al Cedars-Sinai. Frenó en seco, pero no había ningún sitio para aparcar en la calle. Se dio cuenta de que no había cogido dinero y que no podía entrar en el aparcamiento para visitantes del hospital. No tenía la acreditación necesaria para levantar la barrera de la zona reservada para médicos y personal. Desesperada por llegar hasta Jules, embistió la barrera de madera con el coche. Un guardia del aparcamiento hizo sonar su silbato. Al mismo tiempo, un coche de policía que la había estado siguiendo desde que se había saltado el semáforo de Beverly Drive y luego el de Santa Monica Boulevard se detuvo en el aparcamiento. Flo abrió la puerta del Bentley sin darse cuenta del caos que había provocado.

—¿Dónde está la entrada de urgencias? —gritó a dos enfermeras que estaban fumando tras uno de los coches aparcados. Apuntaron en una dirección y ella salió corriendo.

—¡Quieta! —gritó un policía.

—¡Quieto tú! —le gritó ella, y entró en el hospital.

Rose Cliveden, que oía la radio todo el día, escuchó el mismo avance informativo sobre el infarto de Jules que Flo había oído en la radio del coche mientras Astrid agonizaba en sus brazos. Rose dejó el vaso y dio un salto para ponerse en marcha. Por un momento, no supo si debía llamar primero a Camilla Ebury, a la señorita Maple o a Dudley, el mayordomo. Había hablado con Pauline varias veces desde que se había ido a Northeast Harbor y sabía que regresaba ese mismo día, pero también sabía por las noticias que había tormentas en Maine y pensó que quizás el avión no había podido despegar o que se retrasaría. Pauline solo le había dicho a Rose que iba a Northeast a visitar a su padre enfermo.

Rose llamó a Dudley.

—¿Ha llegado ya el avión de la señora Mendelson, Dudley?

—Está previsto para las ocho, señora Cliveden.

—¿Crees que ella lo sabe?

—¿Perdón? —Dudley no entendió la pregunta de Rose. Pensaba que él lo sabía todo acerca de los Mendelson.

—¿Crees que ha oído las noticias?

—¿Qué noticias? ¿Sobre las tormentas en Maine?

—¿Quieres decir que no te has enterado? —preguntó Rose. Que ella lo supiera y él no la llenaba de soberbia.

—¿Enterarme de qué?

—El señor Mendelson.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dudley.

—Ha sufrido un ataque al corazón. Lo han llevado al Cedars. Lo acabo de oír en las noticias.

—Oh, no —hubo un silencio durante un momento—. No entiendo que la señorita Maple no haya llamado aquí —dijo.

—Quizá tampoco lo sabe.

—¿Cómo no va a saberlo?

—Al parecer no estaba en la oficina. El avance decía que estaba visitando a alguien.

—¿A quién? —preguntó Dudley.

—No lo sé. No lo han dicho. ¿Quién va a recibir el avión de la señora Mendelson?

—Jim, el chófer, saldrá hacia el aeropuerto a las siete. El señor Mendelson quería que estuviera allí media hora antes de lo previsto —dijo Dudley.

Rose empezó a dar órdenes, como si estuviera al mando.

—Encárgate de que Jim me recoja a mí primero, Dudley. Creo que debería estar allí cuando aterrice. Debe enterarse por medio de una amiga y creo que soy su mejor amiga. Luego la acompañaré al hospital.

—Sí, señora Cliveden —dijo Dudley.

Cuando Dudley colgó, gritó escaleras arriba a Blondell, la sirvienta de Pauline, para que bajara; y a Gertie, el cocinero, para que saliera de la cocina; y a Smitty, el guarda, para que volviera de las perreras donde estaba dando de

comer a los perros; y a Jim, el chófer, para que dejara de sacar brillo a los coches en el garaje.

—El señor M. ha sufrido un infarto —dijo Dudley, cuando todos los empleados estuvieron reunidos en el salón central de Clouds. Una consternación silenciosa se apoderó de ellos, como si sus vidas estuvieran en peligro. Dudley era quien llevaba más tiempo con la familia y se sabía que mantenía una relación muy estrecha con el señor Mendelson. Blondell pensó que estaba llorando. Entonces sonó el teléfono. Era la señorita Maple.

La señorita Maple se había enterado a través de su hermana, que vivía en Long Beach; había oído la noticia en la radio de su coche y había parado en una gasolinera Mobil para llamarla desde una cabina. La señorita Maple llamó inmediatamente a Clouds para decírselo a Dudley, pero Dudley le dijo que ya lo sabía y que estaba a punto de llamarla, ya que acababa de enterarse por la señora Cliveden, que también lo había oído en la radio. Dudley le dijo a la señorita Maple que la señora Cliveden iba a ir al aeropuerto con Jim y sería la encargada de darle la noticia a la señora Mendelson.

—Lo que menos necesita en un momento así, precisamente, es a Rose Cliveden —dijo Miss Maple.

—Es lo que he pensado —dijo Dudley.

—Me pregunto si debería llamar al piloto y pedirle que se lo diga a la señora Mendelson —dijo la señorita Maple.

—Yo esperaré —repuso Dudley—. No hay nada que pueda hacer ahí arriba.

Mientras Rose esperaba al chófer de Pauline para que la recogiera, llamó a Camilla Ebury para contárselo.

—No me lo puedo creer —dijo Camilla.

—Es verdad. Lo han dicho en las noticias.

—Pobre Pauline.

—Tengo que colgar —dijo Rose. Estaba llena de determinación—. El chófer de Pauline me va a recoger para llevarme al aeropuerto; voy a ser yo la encargada de decírselo. Adora a Jules.

Camilla llamó a Philip al Chateau Marmont.

—¿Dónde ha ocurrido? —preguntó Philip.

—Rose dice que, según las noticias, en casa de una amistad.

Philip supo inmediatamente, sin necesidad de confirmación, que había ocurrido en casa de Flo March, pero no se lo dijo a Camilla. No le había confiado a Camilla que la chica que había conocido en su habitación del Chateau Marmont y que tan bien le había caído era la amante de Jules Mendelson.

Philip llamó a Flo y saltó el contestador. En un primer momento pensó en colgar. Luego dijo, sin dejar su nombre: «Flo, estoy en el Chateau Marmont por si me necesitas».

Como el avión llegaba con retraso, Rose se tomó varias copas en el bar de la sala de espera para vuelos privados del aeropuerto. Jim, el chófer, evitó dos veces que se tropezara con sus muletas. Para cuando finalmente llegó el avión, una hora más tarde de lo previsto, ella estaba gimoteando de forma incoherente acerca de la noticia que tenía que darle a su gran y querida amiga. Cuando Pauline bajó del avión y vio a Rose en tal estado, supo que algo terrible había ocurrido. Su primer pensamiento fue para Kippie. Estaba segura de que le iba a decir que Kippie había muerto.

—Oh, Dios mío —dijo ella—. ¿Kippie? ¿Es Kippie?

—No es Kippie. Jules —dijo Rose, lanzando sus brazos al cuello de Pauline.

Su cara se había vuelto del color de la ceniza.

—¿Jules? —preguntó.

Había atendido al consejo de su padre de volver al lado de Jules. Durante sus últimos días en Northeast Harbor, y en el avión de camino a casa, además había decidido hacer tabla rasa y empezar de nuevo con él. Qué marido no ha cometido una indis-creción, se decía. Pensó en las muchas ventajas de su vida: su preciosa casa, sus flores, sus amigos, los viajes, la preocupación de su marido por su bienestar. Pensó en el futuro inmediato, en el año en Bruselas, y todo el entretenimiento que eso conllevaría. Y, lo más importante: sabía, al margen de su aventura, que Jules la necesitaba e, incluso, que aún la quería. No podía creer que estuviera muerto.

Jim, el chófer, viendo el gesto angustiado de la señora Mendelson, entendió inmediatamente que la señora Cliveden le había hecho pensar que el

señor Mendelson estaba muerto.

—No, no, señora Mendelson —dijo él—. El señor Mendelson ha sufrido un ataque al corazón. Ha salido en las noticias. Está en el Cedars-Sinai y la voy a llevar allí inmediatamente.

—¿Cuál es su estado? —preguntó Pauline.

—No lo sabemos —dijo Jim.

—No lo sabemos —repitió Rose entre sollozos.

En el hospital, Pauline no dejó que Rose entrara con ella.

—Lleva a la señora Cliveden a casa, Jim, y vuelve luego, ¿quieres, por favor?

—Pero quiero estar contigo, Pauline —dijo Rose—. Me necesitas.

—No, Rose. Tienes que entenderlo. Quiero estar a solas con mi marido. Te has portado maravillosamente, querida. Gracias. Gracias. No puedo agradecértelo lo suficiente.

—¿Necesita alguna de sus maletas, señora Mendelson? —preguntó Jim.

—Solo la pequeña, Jim. Y por Dios santo, sácala de aquí y no dejes que te convenza de traerla de vuelta.

—Sí, señora. Y... ¿señora Mendelson?

—¿Sí?

—Dígale al señor M. que rezamos por él.

—Eso, Pauline. Dile a Jules que rezamos por él —gritó Rose por la ventanilla de la limusina.

La joven pelirroja con el traje de Chanel rasgado y las rodillas magulladas y ensangrentadas corrió por la puerta de entrada del Cedars-Sinai Medical Center en un estado de gran agitación. Se abrió camino hacia el mostrador de admisiones, perseguida por un policía que rellenaba una multa al tiempo que vociferaba los cargos de conducción a cien kilómetros por hora en una zona de cincuenta, infracción por saltarse un semáforo en rojo, daño intencionado a la propiedad pública y conducta temeraria. Flo se volvió hacia su perseguidor y preguntó enfadada:

—No he matado a nadie, ¿verdad?

El policía siguió rellenando su multa.

—O herido —continuó Flo.

—Podría haberlo hecho —dijo el policía.

—Entonces esa multa que está escribiendo no es una emergencia. Y la razón por la que he conducido hasta aquí de esa manera es una emergencia. Así que me quedaré con su multa, si la termina algún día, y me encargaré de hacer lo correcto, y apareceré en el juzgado asignado y pagaré la cantidad indicada, o iré a la cárcel si es que tengo que hacerlo, todo en algún momento futuro; así como pagar por la barrera que he roto fuera. Pero ahora estoy aquí por otro motivo, una situación de vida o muerte, y le digo, de la manera más amable que sé, que no me entretenga ni un instante más.

—¡Así se habla, hermana! —exclamó una mujer con dos niños pequeños, cuyo amante había llegado a urgencias con múltiples heridas de arma blanca. Varias personas más que esperaban en los bancos a la entrada de urgencias la ovacionaron.

El policía miró a la preciosa joven que le había retado. Ella lo miró sin pestañear. Finalmente, el policía le sonrió y le entregó la multa.

—Escuche, no puedo romperla, señorita. Estoy obligado a dársela.

—Claro —contestó Flo, calmándose.

—Sea lo que sea lo que haya pasado, espero que se solucione.

—Gracias —Flo cogió la multa y se volvió hacia la enfermera de guardia del mostrador.

—Jules Mendelson —dijo.

La enfermera, cuyo nombre, Mimosa Perez, figuraba en la placa de su uniforme, había visto a Flo manejarse con el policía.

—Usted debe de ser la hija del señor Mendelson, ¿verdad?

Flo parecía sorprendida por la pregunta. Jules hubiera odiado que alguien la confundiera con su hija. Entonces se acordó de que cuando su madre había estado en la misma sala de urgencias, después del incendio del albergue social, solo los familiares directos tenían permiso para subir al piso de arriba a hablar con los médicos.

—Debo preguntarlo —dijo la enfermera, a modo de disculpa—. Normas del hospital.

Flo, sin saber cómo responder, asintió.

—Solo los familiares directos tienen permiso para subir —dijo la enfermera—. Algunos de esos reporteros recurrirían a cualquier clase de truco sucio para entrar en la unidad de cuidados intensivos cuando hay un VIP o un famoso en el hospital. Tendría que haber visto cómo se puso esto cuando murió Lucille Ball. Madre mía, estaba abarrotado de periodistas.

Flo no se atrevía a decir que era la hija de Jules, y nunca se hubiera atrevido a afirmar que era su mujer. La enfermera, deseosa de ayudar a la joven, tan angustiada y lujosamente vestida, dijo:

—Le abro, señorita Mendelson. Al final del pasillo. Gire a la derecha en la fuente de agua y diríjase hacia los ascensores. Vaya a la sexta planta. Allí le indicarán.

En el banco, junto a la mujer con dos niños cuyo amante estaba siendo operado, estaba sentado Cyril Rathbone, presenciando la llegada al hospital de la amante de Jules Mendelson y fascinado por el giro que había dado su vida en un solo día.

—Vestida de Chanel. Falda rasgada. Se ha hecho pasar por su hija —escribió acerca de Flo March en su libreta de espiral.

Cada médico y enfermera de la unidad de cuidados intensivos tenía muy presente que Jules Mendelson había financiado el ala del hospital que llevaba su nombre. En dos ocasiones, el doctor Petrie, que estaba al mando de la situación, envió a un médico residente a informar a Flo del progreso, asumiendo que ella era un miembro directo de la familia de Jules Mendelson.

—Somos optimistas, pero con cautela —dijo el residente.

—Eso solo quiere decir que todavía está vivo —dijo Flo.

—Es más de lo que podíamos esperar cuando llegó.

—¿Puedo verlo?

—Todavía no.

—¿Cuándo?

Durante varias horas, Flo aguardó en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos, bebiendo Coca-Colas Light de una máquina y viendo la televisión. Intentó leer revistas y periódicos, pero le resultó imposible centrar su atención en otra cosa. Empezó a sentir miedo, tanto por ella como por Jules.

En los cinco años transcurridos desde que Jules había entrado en la cafetería Viceroy para cambiarle la vida, a menudo Flo había deseado tener un amigo al que confiarle acontecimientos de menor magnitud del que le estaba ocurriendo ahora. Pero nunca había deseado tanto la compañía de un amigo como durante esas horas de espera en la unidad de cuidados intensivos, mientras aguardaba la noticia de si Jules Mendelson iba a vivir o a morir.

Desde que se había implicado tan estrechamente con el multimillonario, siguiendo su consejo, había dejado de ver a Curly y Belle, sus amigas en Viceroy.

—Mezclarse con gente como esa no funciona nunca —le había dicho Jules.

Solo Glyceria, la sirvienta de Faye Converse, y Philip Quennell, a quien había conocido en una reunión de Alcohólicos Anónimos en la cabaña de madera de Robertson Boulevard, le habían ofrecido la clase de amistad que anhelaba. Pero había tenido miedo de contarle demasiadas cosas a Glyceria, porque sabía que Jules no aprobaba su amistad. Le había contado todo a Philip Quennell durante los dos días que había estado con él en el Chateau Marmont, cuando tuvo la intención de romper en serio con Jules, pero era consciente de que Jules despreciaba al atractivo joven que tan bueno había sido con ella y sabía que no podía llamarle en busca de consuelo.

El relato del presentador Bernard Slatkin en el informativo de la noche de la NBC la sacó de sus pensamientos:

«Jules Mendelson, el multimillonario de Beverly Hills, banquero, coleccionista de arte y filántropo, y el elegido por el presidente para encabezar la delegación americana en Bruselas durante el año de la fundación de la Unión Europea, ha sufrido un infarto agudo de miocardio en una casa privada de Beverly Hills esta tarde. Fue encontrado inconsciente en el suelo en parada cardíaca. La asistencia médica que llegó de urgencia le practicó la reanimación cardiopulmonar antes de llevarlo al Cedars-Sinai Medical Center de Los Ángeles. Un portavoz del hospital ha declinado comentar el estado actual de Mendelson».

Flo siguió mirando fijamente el aparato de televisión después de que Bernie Slatkin hubiera pasado a la siguiente noticia. Era consciente de que «la casa privada en Beverly Hills» de la que hablaba era su casa en Azelia Way.

Un estremecimiento la recorrió al darse cuenta de que, si Jules moría, ella estaba a un solo paso de salir en las noticias.

—Puede entrar ahora, pero solo diez minutos —dijo el residente—. ¿Señorita?

—¿Qué? —preguntó Flo.

—He dicho que puede entrar, pero que solo puede estar diez minutos.

—¿Está consciente?

—Viene y va. No debe alterarle o cansarle.

—Gracias.

Arnie Zwillman levantó la mirada de su partida de cartas y de su ginebra en la sala de juegos de su mansión de Holmby Hills, que había pertenecido a Charles Boyer, y escuchó a Bernard Slatkin, el presentador del informativo de la noche de la NBC.

—Le dije a Jules hace nada, cuando cenamos juntos en casa de Casper Stieglitz: «Jules, tienes que perder peso o te va a dar un infarto». Juro por Dios que le dije eso. Espera un momento, Dom. Es mi turno, no el tuyo.

—Soy la señora Mendelson —le dijo Pauline a Mimosa Perez en el mostrador de admisiones de la entrada de urgencias.

—Oh, sí, señora Mendelson —dijo Mimosa, paralizada por la elegancia y la serenidad de la mujer que estaba de pie frente a ella.

Cyril Rathbone sabía que no debía hablarle a Pauline Mendelson o dejar siquiera que ella le viera. Se recostó en el banco en el que estaba sentado y levantó el ejemplar del *Los Angeles Tribunal* para ocultar su cara mientras escuchaba las indicaciones de Mimosa Perez sobre cómo llegar a la unidad de cuidados intensivos. Cyril seguía la moda de cada temporada y podía discernir con precisión una colección de París de otra. Escribió en su libreta de espiral que Pauline Mendelson vestía un traje de viaje verde oscuro con blusa de cuadros de Givenchy cuando llegó al Cedars-Sinai Medical Center en su limusina con chófer, después de haber aterrizado en el 727 de dieciséis asientos de su marido desde Bangor, Maine, donde había estado visitando a su padre enfermo, el deportista Neville McAdoo. También escribió que la señora

Mendelson había enviado a Rose Cliveden de vuelta a su casa en la misma limusina.

Cuando Pauline entró en la habitación de su marido en la unidad de cuidados intensivos, Flo March seguía allí. Jules yacía inconsciente y ella estaba sentada en el borde de la cama, acariciándole la mano y susurrándole palabras de ánimo.

—Todo va a salir bien, Jules. Sé positivo. Estarás en pie y moviéndote en un santiamén. Es solo la presión a la que has estado sometido la que ha causado esto. Con Arnie Zwillman, y lo de la Unión Europea y todo eso.

Pauline observó la escena.

—Me gustaría quedarme a solas con mi marido, por favor — dijo.

Flo dio un respingo, como si la hubiera atravesado una descarga eléctrica. Miró fijamente a Pauline, atónita, y se puso la mano en la boca. Tenía la cara bañada en lágrimas, y el maquillaje y el pintalabios corrido. Se había limpiado la sangre de las rodillas, pero sabía que se veían arañadas y feas.

—Oh, señora Mendelson —dijo. Su voz era débil y apenas audible. Sabía que esa mujer nunca lloraría en público.

Pauline fue al otro lado de la cama. Tomando la mano de su marido inconsciente, habló como si Flo no existiera.

—Hola, Jules. Soy Pauline. Las enfermeras dicen que no puedes oír nada cuando estás en coma, pero no me lo creo. Mi padre me contó que se enteró de todo lo que le dijimos el año pasado cuando tuvo la embolia. ¿Te acuerdas? El avión ha llegado tarde. Unas tormentas terribles en Maine. Problemas de aterrizaje en Los Ángeles. Papá te manda recuerdos. Por supuesto, no sabe lo que ha pasado. Rose vino al aeropuerto para darme la noticia. Estaba tan borracha. Te lo contaré cuando estés mejor. Te hará reír, lo sé. He hablado con el doctor Petrie. Es muy amable y estoy segura de que es un buen médico. El doctor Rosewald está volando desde Nueva York para verte. He insistido en ello. En unos pocos días, si todo va bien, te van a llevar al ala Mendelson. Qué sentido tiene darle nombre a un ala si no puedes usarla, ¿verdad? Estarás más cómodo allí. Vas a ponerte bien, Jules. El doctor Petrie tiene muchas esperanzas.

Flo estaba sobrepasada por la seguridad de Pauline Mendelson. Nunca había visto a una mujer con tan bello porte, con ese esbelto cuello y tan aristocrática cara; ni tampoco había oído hablar a nadie con su profunda voz de contralto. Como una sirvienta despedida, Flo se escabulló hacia la puerta, escuchando cada palabra que Pauline decía.

Al poner la mano en el pomo, la puerta se abrió y entró una enfermera.

—Solo puede haber una persona a la vez —dijo la enfermera, enfadada.

—Ya me iba —dijo Flo.

Se volvió para ver a Jules una vez más y Pauline se dio la vuelta para mirar hacia la puerta. Los ojos de las dos mujeres se encontraron, pero los de Pauline pasaron de los ojos de Flo a los lóbulos de sus orejas y se quedaron fijos en ellos. Los grandes pendientes de diamante amarillo que Jules le había dado a ella la noche de la fiesta de Casper Stieglitz, y que le había devuelto a la mañana siguiente cuando desayunaron juntos en la habitación del amanecer de Clouds, estaban ahora en las orejas de Flo March. La calma y la reserva de Pauline se evaporaron. Su cara enrojeció de ira.

—Tú —dijo Pauline—. Ahora te recuerdo. Me resultabas familiar. Tú eres la que chocó contra mi coche. ¿Cómo no me di cuenta de que eras tú? Ese día debiste pensar que era tonta. Creo que hasta elogíé tu traje.

—No, no pensé que fuera tonta, señora Mendelson —respondió Flo.

—¿Te pareció divertido después? ¿Te reíste de ello con mi marido?

—Nunca. Nunca. Se lo juro.

Mirando a Flo, Pauline recordó la conversación en la terraza de su casa, después del funeral de Hector Paradiso, cuando le preguntó a Jules quién era la mujer pelirroja con traje de Chanel con la que había estado hablando en las escaleras de la iglesia del Buen Pastor, y que él había fingido no conocer. Incluso entonces, advirtió, la habían estado engañando.

—Sal de esta habitación —dijo, en una voz baja y neutra.

—Ya he dicho que me iba —dijo Flo, asustada.

Pero Pauline no había dicho lo suficiente para aplacar su ira.

—Zorra.

—No soy una zorra —dijo Flo.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. La palabra «zorra» la hería profundamente. Una vez había oído a un hombre llamar zorra a su madre.

—Ponte el nombre que quieras —dijo Pauline, volviéndose hacia Jules.  
La ira de Flo igualó a la de Pauline.

—Usted puede permitirse el lujo de ser tan altiva y engreída, señora Mendelson. Durante toda su vida, lo ha tenido todo a su alcance en una bandeja de plata. Nunca ha tenido que ganarse la vida.

—¿Ser mantenida a cambio de sexo es lo que llamas ganarte la vida?

—Sí —soltó Flo, encontrando su mirada. No dijo que se encargaba de cubrir las necesidades de las que Pauline, por el motivo que fuera, no se encargaba, pero Pauline entendió su mirada y lo que quería decir sin necesidad de oír las palabras.

Pauline apartó la vista.

—No quiero saber los detalles —dijo.

—No, mejor no —respondió Flo—. Pero podría contárselos.

—Te he pedido que te fueras de esta habitación antes de que la enfermera te lo dijera. Así que, por favor, vete.

Desde la cama, Jules dejó escapar un gemido.

La enfermera, que había estado observando, dijo:

—Sí, señorita, debe dejar a su madre aquí con su padre. Solo una persona a la vez.

—¡Su madre! —gritó Pauline, con voz indignada—. No soy la madre de esta furcia. ¿Es así como ha conseguido colarse aquí?

—No me vuelva a insultar —dijo Flo, y salió de la habitación.

La enfermera de guardia no podía creer la escena que acababa de presenciar. En apenas unos minutos se lo contó a la enfermera del mostrador, y la enfermera del mostrador a un residente, que se lo contó a otro. Antes de una hora, la noticia se había filtrado hasta la entrada de urgencias, donde Cyril Rathbone escribió en su libreta de espiral: «Altercado entre la esposa y la amante en la unidad de cuidados intensivos, mientras Jules Mendelson yace inconsciente. “No me llames zorra”, ha gritado Flo March».

*Las cintas de Flo #18*

*«Cyril Rathbone dice que es culpa mía que Jules no consiguiera el puesto de jefe de la delegación americana en Bruselas. No es verdad. Jules perdió la designación antes de que el mundo supiera de mí. No mucho antes, pero antes. Resulta que sé por qué la perdió. Resulta que soy una de las pocas personas que sabe la verdad. Ni siquiera Pauline lo sabe. Jules nunca se lo contó. Pero me lo contó a mí. Arnie Zwillman también lo sabe. ¿Conoces a ese gánster? Arnie Zwillman fue el responsable de que Jules no consiguiera el puesto. Arnie Zwillman se chivó de Jules porque Jules no le dio bola a Zwillman. Créame, lo sé. Jules también lo supo. Me lo dijo esa tarde antes de que le diera el infarto.»*

En el pasado, las aspiraciones literarias de Cyril Rathbone habían sido más altas que ser columnista de cotilleos para *Mulholland*. En su universidad de Inglaterra, se había apropiado del amaneramiento, la vestimenta extravagante y la forma de hablar de un Oscar Wilde crepuscular, y sus obras de teatro universitarias, homenajes al gran dramaturgo, habían suscitado un cierto entusiasmo juvenil. Sin embargo, sus siguientes incursiones como estudiante de posgrado en la escena teatral del West End de Londres no sobrevivieron a sus expectativas tempranas. Llegó entonces a Hollywood, y de eso hacía ya doce años, como un prometedor guionista. Hizo creer que era el hijo bastardo de un aristócrata británico, un conde que, por supuesto, estaba muerto. Según dijo, había llegado para buscar fortuna, porque el legítimo heredero de su padre, el actual conde, no le soportaba y le había hecho la vida imposible en Inglaterra. Su historia tenía un cariz romántico que le dio un instantáneo salvoconducto en sociedad. Ingenioso y cortés, vestido ligeramente a la inglesa, y mordaz y ameno en su manera de contar anécdotas, fue acogido de inmediato por esposas de productores y jefes de estudios de cine como un nuevo y entretenido extra.

De Pearl Silver la gente decía que debía de pasarse el día vigilando el aeropuerto, ya que sabía antes que nadie cuándo llegaba alguien nuevo a la ciudad. Pearl, que organizaba comidas y cenas varias veces a la semana y siempre estaba al acecho de recién llegados interesantes, fue la primera personalidad del mundo del cine que invitó a Cyril Rathbone. Más tarde, Sylvia Lesky, que recibía con menos frecuencia que Pearl pero más a lo grande y era considerablemente más difícil de satisfacer, vio en Cyril una divertida incorporación a sus fiestas. «Es un soplo de aire fresco», decía sobre él en esa época. «Necesitamos sangre nueva de vez en cuando. Vemos demasiado a la misma gente».

Sylvia adoró a Cyril durante una larga temporada e incluso fue determinante a la hora de conseguir que su marido, Marty Lesky, el jefe de

Colossus Pictures, el mismo estudio que había dirigido su padre, lo contratara como guionista en plantilla. Pero ninguno de los tres guiones de Cyril, por los cuales había sido generosamente remunerado, llegó a filmarse. «Demasiado amanerado», dijo Marty en su momento. La opción de Cyril fue descartada. Más tarde, dejaron de invitarlo a casa de los Lesky, donde solo los muy exitosos eran bienvenidos. Pearl Silver continuó llamándole, aunque más para comer que para cenar, porque era, como Hector Paradiso, que se convirtió en su amigo, uno de los pocos hombres con los que se podía contar para comer. A lo largo de los años, mientras el éxito le esquivaba, Cyril cambió de grupo varias veces. Luego, su colaboración en la página de sociedad del *Tribunal* le llevó a la revista semanal *Mulholland*, y el éxito que cosechó allí fue dulce para él, aunque menor que el que siempre había imaginado que tendría.

Algunas personas no se creían la romántica historia sobre su condición de hijo bastardo de un conde. Pauline Mendelson era una de esas personas. A su experto ojo, sus excelentes maneras le parecían aprendidas por imitación, en lugar de adquiridas de un progenitor o una niñera. Atosigaba demasiado rápido a una dama cuando entraba en la habitación, o retiraba la silla con demasiadas florituras cuando otra se sentaba a la mesa. Y su acento, que era perfecto para muchos, sonaba demasiado recargado para sus bien educados oídos. Pauline era una estudiosa de la vida inglesa. Cuando era joven, sus hermanas pensaban que se casaría con Lord St. Vincent y viviría en la abadía de Kilmartin en Wiltshire, pero eso no ocurrió. Neville McAdoo no poseía la clase de riqueza que Lord St. Vincent necesitaba para mantener su abadía, así que, en su lugar, se casó con una de las herederas de los Van Degan, y Pauline se casó con Johnny Petworth. Fue Pauline la que preguntó al legítimo conde Rathbone acerca del hijo bastardo de su padre que vivía en Los Ángeles. «Un impostor, un absoluto impostor —dijo el conde—. Mi padre no lo conocía de nada.»

Pauline no era la clase de mujer que iría repitiendo por ahí una historia como esa, y no lo hizo. Para ella no tenía ninguna importancia que Cyril se hubiera inventado ese origen. Fue solo después de convertirse en un celebrado cronista de sociedad e insistir, desde tal posición, en ser invitado a las fiestas de los Mendelson en Clouds, cuando Pauline se lo contó a Hector Paradiso, tras intervenir este en favor de su amigo.

—Invítalo, Pauline —dijo Hector.

—Jules aborrece la publicidad —dijo Pauline—. No es buena para su posición en la administración.

—Pero Cyril es diferente —insistió Hector—. Sabes, por supuesto, que es el hijo bastardo del conde Rathbone. Es un caballero.

—No, no lo es.

—¿No es qué? ¿Un caballero?

—Eso que lo decida cada cual. No es hijo bastardo del difunto conde Rathbone. Es una historia completamente falsa.

—¿Cómo lo sabes?

—Pregunté.

—¿A quién?

—Al actual conde, el que se supone que le hizo marcharse de Inglaterra. No lo echó de Inglaterra. Nunca había oído hablar de Cyril Rathbone. Esto no lo cuentas nunca, Hector.

—Palabra de honor.

Uno de los peores defectos de Hector Paradiso era su incapacidad para mantener un secreto. Cuando le trasladó a Cyril Rathbone lo que Pauline Mendelson había dicho, Cyril se rio de una forma por completo encantadora.

—Pero, claro, eso es exactamente lo que Peregrin diría —dijo Cyril refiriéndose al desmentido del conde. Y dejó el tema.

Pero Cyril Rathbone no olvidaba los desprecios. No tenía ninguna prisa. Sabía que llegaría el día en el que podría equilibrar la balanza.

El encuentro de Flo March con Pauline Mendelson junto a la cama de Jules Mendelson en la unidad de cuidados intensivos del Cedars-Sinai la dejó destrozada y humillada. Cuando volvió a su casa, la primera cosa que iluminaron las luces del Bentley, mientras conducía camino arriba, fue el cuerpo de la pequeña Astrid en el lugar en el que la había dejado cinco horas antes, apresuradamente, mientras trataba de seguir a la ambulancia hasta el hospital. Nunca se le hubiera ocurrido a Flo, que secretamente albergaba el sueño de conocer a su vecina, Faye Converse, y ser invitada a sus fiestas, que

su presentación ante la gran estrella llegaría finalmente cuando llamara a su timbre para decirle que había atropellado a su perra.

Faye Converse, que estaba agotada por la barbacoa, por fin pudo descansar después de que Cyril Rathbone se marchara de su casa para investigar los gritos procedentes de la de al lado. No sabía nada del ataque al corazón de Jules Mendelson, ocurrido justo allí. Se había quitado el maquillaje y los pendientes y, tras ponerse un caftán y un turbante, se había acomodado con una pizza de queso de cabra, recogida por Glyceria en Spago, para ver *The Tower*, su fracaso más grande, en el canal All-Movie.

—Ya sabes, Jack Warner solía decirme: «No te pega el vestuario de época, Faye. Déjasele a Olivia de Havilland». Pero insistí. Le dije «No, Jack. Quiero interpretar a Mary, la reina de los escoceses, en *The Tower*. Nací para hacer ese papel». El hijo de puta resultó estar en lo cierto, claro. Dios, cómo odiaba a Jack Warner.

—Sí, señora —dijo Glyceria.

—Sabes que lo demandé, ¿verdad?

—No, señora.

En ese momento sonó el timbre.

—Dijo que yo era veneno para la taquilla.

El timbre volvió a sonar.

—Sea quien sea, no estoy en casa —le dijo Faye a Glyceria.

—Sí, señora.

—A quién se le ocurre llamar a estas horas.

—Sí, señora.

—En serio, debería tener guardias de seguridad para que no pasara esto.

Dom y Pepper Belcanto ahora tienen guardias.

—Sí, señora.

—Y los Lesky tienen un coche de policía aparcado en la entrada.

El timbre sonó de nuevo.

—¿No vas a responder? —preguntó Faye.

—No sabía si había terminado de hablar, señora.

Cuando Glyceria abrió la puerta, se sorprendió de ver a Flo March, su amiga de la puerta de al lado, allí de pie.

—Oh, gracias a Dios, Glyceria. Pensé que no había nadie en casa. He llamado y llamado —dijo Flo.

—¿Qué haces aquí, Flo? —preguntó Glyceria, y se volvió hacia el interior de la casa para ver si la señora Converse las estaba escuchando.

—Tengo que ver a la señora Converse —dijo Flo—. Es muy importante.

—No recibe a nadie esta noche —dijo Glyceria. Miró hacia atrás de nuevo—. Está viendo la televisión y no quiere que la molesten.

—Es muy importante, Glyceria.

—No le dirás que voy a tu casa a tomar café, ¿verdad?

—Claro que no. Por favor, Glycie.

Glyceria miró a su amiga. Le pareció cansada y demacrada. Su exuberancia habitual, que Glyceria llamaba vitalidad, había desaparecido.

—¿Estás bien, Flo? —preguntó.

—Por favor, dile que estoy aquí, Glyceria.

—Pero me dijo que no quería que la molestaran.

Flo encuadró su boca con las manos.

—¡Señora Converse! —gritó con toda la fuerza que pudo reunir después del agotamiento que sentía tras las últimas cinco horas—. ¡Señora Converse, por favor!

—Vas a meterme en un buen lío —dijo Glyceria.

Faye Converse apareció en el vestíbulo de su casa.

—¿Qué está pasando aquí, Glyceria?

—Señora Converse, es la señorita March, de la casa de al lado. Dice que tiene que verla. Dice que es realmente importante —dijo Glyceria.

—Siento molestarla, señora Converse —dijo Flo—. Es acerca de Astrid.

—Oh, Astrid —dijo Faye Converse, alzando las manos—. Esa maldita perrita se ha escapado de nuevo. No ha sido más que un problema desde el principio. Le mordió el dedo a Kippie Petworth e hizo tropezar a mi gran amiga, Rose Cliveden, que se cayó y se rompió la pierna. Y se escapa todo el rato. ¿Cómo la has encontrado?

—La he atropellado —dijo Flo.

—¿La has qué? —preguntó Faye.

—Pasé por encima de ella con mi coche. Fue sin querer. Estaba bajando por el camino. Alguien sufrió un infarto en mi casa y llegó la ambulancia para

llevárselo al hospital. Y yo la estaba siguiendo en mi coche. Y la perrita saltó enfrente de las ruedas y la atropellé —dijo Flo. Empezó a llorar.

Sonó el teléfono en la biblioteca.

—Sea quien sea, no estoy en casa —le dijo Faye a Glyceria.

—Amaba a esa perrita —continuó Flo—. No sabe cuánto quería a esa perrita, señora Converse. No le hubiera hecho daño a la pequeña Astrid por nada del mundo. Lo siento. Lo siento mucho.

Glyceria miraba alternativamente a una mujer y a otra, hasta que por fin se fue a responder el teléfono.

Faye Converse escuchó a la joven. Se dio cuenta de lo guapa que era, aunque se le hubiera corrido el maquillaje y el pintalabios. Advirtió que su traje era un Chanel, aunque estuviera rasgado y tuviera hilos colgando. Advirtió que sus rodillas estaban magulladas. Advirtió que llevaba dos grandes pendientes de diamante amarillo, como los del catálogo de Boothby's que le había enviado el príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt.

—Ay, pobrecita —dijo. Se acercó a Flo y la abrazó—. Es un detalle que hayas venido a decirme en persona que has atropellado a mi perra. No debe haber sido una tarea fácil para ti. A veces puedo dar miedo, como seguro habrás oído.

—¿No está enfadada? —preguntó Flo.

—Triste, pero no enfadada —dijo Faye—. Era una perrita extraña. ¿Has oído hablar alguna vez de Hector Paradiso?

—Conocía a Hector —dijo Flo.

—Parece que todo el mundo conocía a Hector. Era la perra de Hector.

—Lo sé. Algunos dicen que era la única que sabía quién mató a Hector.

—Pensaba que Hector se había suicidado.

—Hay dos escuelas de pensamiento al respecto.

Faye miró a Flo.

—¿Tu casa está en este lado o en ese?

—En ese.

—¿Eras tú la que gritaba antes?

—Sí, grité. A mi amigo le dio un infarto.

—Qué día más terrible has tenido. Espero que tu amigo esté bien.

—Gracias.

—Es para usted, señora Converse —dijo Glyceria.

—¿Quién es?

—El señor Cyril Rathbone.

—Oh, Dios. El hijo de puta llama probablemente para decirme que están poniendo *The Tower* en All-Movie.

—Dice que es importante.

—¿Me disculpas un momento?

—Será mejor que me vaya a casa.

—No, no. Espera un minuto. Has sido muy amable. Entra y tómate algo.

—Oh, no, gracias. No bebo.

—O un poco de pizza. Debes estar agotada. Tenemos pizza de queso de cabra de Spago. ¿Has probado alguna vez la pizza de Spago?

—Sí.

—¿Te quedas?

—Vale. ¿Puedo usar el baño?

—Sí, por ahí. Espero que no siga apestando. Pepper Belcanto vomitó todas las paredes esta tarde y la pobre Glyceria ha tenido que limpiarlo.

El baño olía a espray de jacinto de Floris. Flo se lavó la cara y se peinó. Salió en el momento en el que Faye, horrorizada, colgaba el teléfono. Cyril Rathbone acababa de decirle que Jules Mendelson había sufrido un grave ataque al corazón en la casa de al lado, que pertenecía a su amante, cuyo nombre era Flo March, y que esta se había enfrentado a Pauline Mendelson en la unidad de cuidados intensivos del Cedars-Sinai hacía solo un rato. Faye no le dijo a Cyril que la mismísima Flo March había matado a su perra, Astrid, y que la acababa de invitar a quedarse y compartir su pizza de queso de cabra de Spago.

Jules permaneció en la unidad de cuidados intensivos durante tres noches y dos días antes de ser trasladado a la mejor habitación del ala Mendelson del hospital. Había enfermeras con él ininterrumpidamente. El doctor Rosewald había volado desde Nueva York para reunirse con el doctor Petrie. El doctor Jeretsky había llegado desde San Francisco. Y el doctor Milhau, desde Houston en el avión de los Mendelson. El pronóstico no era alentador. En

varias ocasiones, Flo March, vistiendo un uniforme de enfermera, había conseguido colarse en la habitación y hablar con el paciente.

El tiempo era horrible. Llovió todo el día. Chaparrones persistentes, a veces torrenciales, mezclados con nieblas espesas que hacían desaparecer la ciudad colina abajo. Pauline asintió cuando Dudley le preguntó si quería que encendiera la chimenea en la biblioteca. Ni siquiera las rosas de color lavanda y rosa que ella misma había cortado el día anterior en su jardín y dispuesto cuidadosamente en los jarrones chinos azules y blancos podían ahuyentar el pesimismo del ambiente. Puso a Mahler en el equipo de música, la Novena, su favorita, y trató de leer las setenta páginas de la recepción nocturna de la princesa de Guermantes en *En busca del tiempo perdido*, su pasaje preferido, pero no pudo concentrarse.

Después se sentó a su escritorio y cogió una hoja de su cuaderno azul. Escribió a su padre: «Jules está muy mal. Los médicos están desconcertados. Ha sufrido un ataque al corazón muy serio. Es valiente, pero como es natural, está muy grave. Te mantendré informado. Ha sido maravilloso verte, papá. Gracias por seguir siendo el mejor padre del mundo entero. Te quiere, Pauline».

Dudley entró en la habitación para decirle que Sims Lord había llegado.

—Oh, por fin —dijo Pauline. Ver a Sims Lord era lo más importante ese día—. Hazlo pasar.

Cuando Sims entró, a Pauline le asombró, como siempre, lo atractivo que era.

—Hola, Pauline.

—Te has empapado.

—Me he mojado un poco, sí.

—Muchas gracias por subir hasta aquí con el día tan horrible que hace. Ven aquí y siéntate junto al fuego. ¿Qué quieres tomar? ¿Quieres que Dudley te prepare algo de beber o te traiga un café o un té?

—No, gracias, Pauline. Estaba en Westwood, en el Regency Club, cuando llamaste, y acabo de comer.

—Gracias, Dudley.

Pauline se sentó en una esquina del sofá, junto a la silla de Sims.

—La chimenea sienta bien —dijo Sims—. Mira cómo se reflejan las llamas en tu anillo.

Pauline miró su anillo de casada.

—Este anillo y tú llegasteis a mi vida el mismo día. ¿Lo recuerdas?

Sims se rio. Había sido contratado como abogado de Jules después de que Marcus Stromm fuera despedido, la misma semana en la que Jules le regaló a Pauline el histórico diamante De Lamballe, y la misma semana en la que se casaron en París, con Sims como testigo. En los años transcurridos desde entonces, su exitosa carrera había sido tanto impulsada como ensombrecida por la dominante presencia de Jules Mendelson.

—Claro que me acuerdo.

—He empezado a odiar este anillo.

—¿Odiarlo?

—Durante años he disfrutado viendo cómo reacciona la gente ante él. Es deslumbrante. Ahora me parece falso. Como mi matrimonio.

—Oh, Pauline —dijo Sims.

—Es verdad. No finjas que no es así, Sims. Entiendo tu lealtad a Jules, pero sé que debes estar al corriente de todo lo que ha ocurrido con la señorita Flo March, según parece que se llama.

Pauline se levantó. Se quitó el anillo.

—No tengo intención de llevarlo más —dijo.

Por un instante, Sims pensó que iba a tirarlo al fuego, pero lo guardó en una caja de plata bajo el cuadro de Van Gogh.

—Alguien podría cogerlo de ahí —dijo Sims.

—Lo guardaré luego en la caja fuerte —dijo ella, ignorándolo—. Pero, por supuesto, no te he pedido que vinieras hasta aquí en este día huracanado para hablar del diamante De Lamballe, Sims. Lo sé todo. He conocido a esa mujer.

—¿La has conocido?

—Estaba en la habitación de cuidados intensivos cuando llegué. Se coló haciéndose pasar por nuestra hija. Estaba susurrándole al oído a Jules cuando entré. Esa mujer está interesada en una cosa y solo en esa cosa, y es el dinero de Jules. Imagínatela allí, humillándose por dinero ante un hombre en un

estado tan grave, quien sabe si agonizante. Es desagradable, pero no sorprendente. Sé que ha estado un par de veces más desde que le pedí que se fuera. Sé que se ha vestido de enfermera y que ha conseguido colarse en la habitación.

Sims no le dijo a Pauline que Jules le había encargado asegurar las necesidades de Flo March; que comprara la casa de Azelia Way —sin más discusiones sobre el precio— y la pusiera a su nombre, y que creara un fondo de provisión sin necesidad de que apareciera en su testamento para no abochornar a Pauline.

Pauline continuó.

—Hay algo de lo que quiero que te encargues por mí, Sims. Quiero traer a Jules a casa desde el hospital y quiero que convencas a los médicos. Yo nunca lo conseguiré. Todos sabemos lo tenaz que puedes llegar a ser. Jules siempre decía que estaba contento de tenerte a su lado.

—¿Crees que es buena idea, Pauline? Jules está muy grave. No ha salido del pozo, ni por asomo —dijo Sims.

—Tendré enfermeros a todas horas. Hombres, que puedan levantarlo y llevarlo al baño y lavarlo, y haré que los médicos llamen dos veces al día. Lo quiero en casa.

—Eso va a ser muy caro.

—Oh, por el amor de Dios, Sims. Solo este cuadro —dijo, señalando las *Rosas blancas*— vale cuarenta millones de dólares, por lo menos. No perdamos tiempo con el dinero.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

—Lo antes posible.

Lucia Borsodi, la editora de *Mulholland*, nunca se quitaba sus gafas de sol con forma de rombo, ni siquiera en la oscuridad. Toda la redacción la conocía por haber salvado, «simplemente salvado», la tambaleante revista y haberla transformado en el enorme éxito en el que se había convertido. «No solo tiene un extraordinario olfato para las historias —decía de ella un reportaje en la primera página de la sección de arte y entretenimiento del *Sunday Tribunal*—, sino que también posee una asombrosa intuición para manejar los tiempos.»

Fue Lucia, en su labor de editora, la que le dijo a Cyril Rathbone, para consternación de este, que debía frenar su historia sobre Jules Mendelson.

—Es demasiado pronto, Cyril. No te precipites.

—Pero ¡Lucia! —exclamó Cyril, al borde del llanto.

—No, no, Cyril, confía en mí. El columnista de cotilleos que llevas dentro es el que te hace precipitarte con la historia, pero es mucho más grande que eso, como tú mismo has apuntado. Simplemente te quieres vengar de Pauline Mendelson porque siempre te ha despreciado.

Cyril se ruborizó. Si había alguna duda sobre sus motivos, el sonrojo de su cara la disipó.

—¿No lo entiendes? —dijo Lucia con delicadeza al hombre al que acababa de incomodar. Entendía a los escritores y sabía cómo manejarlos—. Lo que tienes es una historia en desarrollo. No está completa todavía. Pero estás dentro. Estuviste allí. Presenciaste el suceso. Viste a la mujer insuflando vida en la boca de su amante. Tienes las fotografías que se tomaron en el hospital. Entrevistaste al policía que multó a Flo March. Viste llegar a Pauline Mendelson. Supiste por la enfermera de admisiones que las dos mujeres tuvieron un acalorado intercambio de palabras en presencia del cuerpo moribundo de Jules Mendelson.

—Todo eso, sí —dijo Cyril como un avaro deleitándose con su oro—. Será la historia de mi carrera.

—Pero no tienes nada de ninguno de los protagonistas. Tienes que entrevistar a Flo March. Si consigues una entrevista con Flo March te doy la portada.

—La portada —repitió Cyril con voz entrecortada. Eso superaba con mucho sus más altas ambiciones.

—Mientras tanto, empieza a soltar algunas cosas en tu columna, pequeñas pistas. Eso incrementará el interés de los lectores por la historia cuando estemos listos para publicarla.

Pasaje de la columna de Cyril Rathbone en *Mulholland*:

Se oyen murmullos en los cafés... ¿Quién es la deslumbrante pelirroja que iba en la ambulancia con el multimillonario Jules Mendelson después de que sufriera un infarto en una apartada casa del cañón Coldwater el pasado viernes?

Madge White, que era la lealtad personificada en lo que a sus amigos respectaba, sí le dijo a Rose Cliveden, en estricta confianza, que, en realidad, había conocido a la chica —«tan vulgar que no lo creerías»— en un restaurante de Ventura Boulevard.

—¡No! —gritó Rose.

Aunque Pauline Mendelson era su mejor amiga, como repetía a menudo a cualquiera que la escuchara, Rose no hacía ascos al más mínimo cotilleo que pudiera dejar un rasguño en la armadura de perfección de Pauline.

—Jules fingió no recordar su nombre y me mintió a lo grande diciendo que Sims Lord estaba en el lavabo y que la chica en realidad estaba con Sims, pero, verás, mi Ralph sí que estaba en el baño de caballeros y hubiera visto a Sims Lord si Sims Lord hubiera estado allí.

Rose no quería saber los detalles de la visita de Ralph White al baño de caballeros de un restaurante del valle.

—Es demasiado triste —dijo Rose—. Pobre Pauline. ¿Crees que debería decirle algo?

—Cielos, no, Rose. No deberías.

—Pero es mi mejor amiga.

—Se moriría. Simplemente se moriría si sacaras el tema.

—Supongo que tienes razón.

—No debería salir de aquí, Rose. Ni una palabra a nadie.

—Oh, querida, mis labios están sellados.

Cuando Rose colgó con Madge, llamó a Camilla Ebury y le contó, en la más estricta confianza —«solo lo sabemos nosotras, querida, ni una palabra a nadie»— que a Jules le había dado el ataque al corazón en casa de una prostituta cualquiera.

—¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que Madge la conoce.

Esa noche, Camilla Ebury cenó con Philip Quennell en el restaurante Morton's. Debido a la gran amistad de Camilla con los Mendelson, Philip no le había dicho que Jules Mendelson había sido el responsable de su despido. Camilla pareció inusualmente callada durante la velada, como si su cabeza estuviera en otra parte.

—¿Ocurre algo? —preguntó Philip.

—No —Camille recorrió el restaurante con la mirada—. Nunca sé quién es ninguno de estos famosos que generan tanto revuelo a su alrededor. ¿Conoces a alguno de ellos?

—Esa a la que estás mirando es Barbra Streisand. Ciertamente no la conoces —dijo Philip. Siempre le molestaba que los angelinos distinguidos que había conocido a través de Camilla sintieran tanto orgullo de guardar las distancias con la gente del cine.

—¿Por qué crees que se peina de esa horrible manera, así de encrespada? Es tan inapropiado —dijo Camilla—. Debería ir a Pooky.

—Estás cambiando de tema. Te he preguntado si te ocurría algo. Estoy seguro. Lo noto. Cuando estás así de callada, siempre hay algo que te preocupa.

—Hoy Rose me contó algo tan inquietante que no puedo quitármelo de la cabeza.

—¿El qué?

—Prometí que no lo contaría.

—Muy bien.

—Pero quiero contártelo.

—Entonces, cuéntamelo.

—Es sobre Jules y Pauline.

Philip la miró.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Sabes dónde le dio el ataque al corazón? —preguntó Camilla.

—No —respondió Philip, aunque estaba seguro de que lo sabía.

—En casa de una prostituta.

Philip, entendiendo, asintió lentamente.

—No es una prostituta —dijo—. Es su amante. Es una cosa muy diferente.

—¿Jules tenía una amante? —preguntó Camilla.

—Sí. Desde hace unos pocos años.

Camilla miró a Philip sin poder creérselo.

—¿Cómo puedes saber algo así?

—Porque la conozco.

—No dejas de sorprenderme, Philip.

—Tú también la conoces.

—¿Sí?

—La conociste. Flo March.

—¿Te refieres a esa guapa y joven pelirroja vestida de Chanel día y noche, la que estaba sentada en tu habitación del Chateau Marmont?

—Sí.

—Dijo que seguro que estás muy mono en calzoncillos.

Philip sonrió.

—Al menos no mencionó tu tatuaje ahí abajo.

Philip se rio.

—¿Sabes qué, Philip?

—¿Qué?

—Me cayó bien.

Pasaje de la columna de Cyril Rathbone en *Mulholland*:

No se habla de otra cosa en los cafés... ¿Quién es la impresionante pelirroja que velaba al multimillonario Jules Mendelson en la unidad de cuidados intensivos cuando entró su esposa, la elegante y mejor vestida Pauline?

—¿Hola?

—¿Señorita March?

—¿Sí?

—Soy Cyril Rathbone.  
—Oh, Dios mío.  
—Espero no haber interrumpido un intento de suicidio.  
—¿Qué se supone que quiere decir con eso?  
Cyril ahogó la risa.  
—Solo una pequeña broma, señorita March.  
—Menudo sentido del humor, señor Rathbone.  
—Bueno, sonaba tan... qué puedo decir, tan desesperada. ¿Es esa la palabra? ¿Desesperada?  
—¿Qué puedo hacer por usted?  
—Me gustaría verla, señorita March.  
—Oh, no.  
—Me gustaría entrevistarla.  
—Oh, no.  
—¿Por qué?  
—No.  
—Se dice que le salvó la vida, señorita March.  
—¿Ah, sí?  
—La reanimación boca a boca que le hizo al señor Mendelson, la que aprendió cuando era camarera en la cafetería Viceroy.  
—¿Cómo sabe eso?  
—Estuve en su casa.  
—¿Sí? ¿Cuándo?  
—Fui yo quien llamó a la ambulancia.  
—¿Era usted? ¿El tío que entró en mi casa era Cyril Rathbone, el columnista? ¿Ese era usted?  
—Exactamente.  
—Escuche, señor Rathbone.  
—La estoy escuchando.  
—Siempre pensé que moriría feliz si escribiera sobre mí en su columna, aunque solo fuera una vez, pero ahora ya no quiero salir en ella, aunque no use mi nombre.  
—Creo que deberíamos vernos.  
—No.

—¿Por qué?

—Tengo que colgar, señor Rathbone.

Pasaje de la columna de Cyril Rathbone:

No se habla de otra cosa en los cafés... ¿La razón por la que el multimillonario fue trasladado en secreto de la sección VIP del ala Jules Mendelson en el Cedars-Sinai a Clouds, su propiedad en lo alto de la colina, la tarde del viernes es que cierta e impresionante pelirroja había conseguido entrar en su habitación disfrazándose de enfermera?

En el exterior del hospital, y también a las puertas de Clouds, Pauline estuvo al lado de Jules todo el tiempo, cogiéndolo del brazo y manteniendo un semblante agradable mientras los fotógrafos hacían cientos de fotografías y los deslumbraban con los *flashes*.

Una vez dentro de la finca, el Bentley, avanzando lentamente, dobló el recodo del camino y subió hasta el patio. El chófer, Jim, saltó del coche y abrió la puerta de atrás. Primero salió Pauline. Luego Jim entró y sacó a Jules. Dudley, el mayordomo, corrió desde la casa empujando una silla de ruedas. Durante un momento, Jules permaneció de pie apoyado en un bastón, hasta que llegó la silla de ruedas. El servicio, que lo observaba desde varias ventanas de la casa, no estaba preparado para un cambio tan drástico en su aspecto. Parecía hundido. Se había convertido en un anciano, aunque todavía no tenía ni sesenta años.

Dentro de la casa, por fin, a puerta cerrada, Pauline mantuvo la misma compostura en presencia de Dudley.

—Me gustaría tomar un té, Dudley —dijo, ansiosa por deshacerse de él antes de que dijera algo amable, como, creía, estaba a punto de hacer—. Y algo de beber. Estoy segura de que al señor Mendelson le gustaría, ¿verdad, Jules?

—Sí, sí, está bien. Un scotch, Dudley, y un poco de agua San Pellegrino —dijo Jules. Su piel estaba pálida y había perdido mucho peso. Cuando habló, su voz era poco más que un suspiro.

—Pero házselo muy flojo, Dudley —dijo Pauline—. Se me olvidó preguntarle al doctor Petrie si puede beber.

—¿En la biblioteca?

—Está bien, sí, está bien —dijeron los dos al unísono.

A solas, todavía en su espléndido vestíbulo, con la escalera perdiéndose en lo alto, sus seis cuadros de nenúfares de Monet alineados en la pared, sus tiestos chinos azules y blancos adornados con orquídeas, Jules y Pauline Mendelson se miraron.

—Primero tengo que descansar un poco —dijo Jules—. No puedo con esas escaleras.

—Claro. Siéntate aquí. Olaf llegará en cualquier momento y te puede subir.

—Imagíneme siendo llevado en brazos —dijo Jules, sacudiendo la cabeza—. No quiero que me veas cuando me suba.

—Pero no querías dejar el hospital en camilla, Jules.

Él asintió.

—Quería salir del hospital caminando por mis propios medios, fuera como fuera. Toda mi vida he evitado a la prensa y no iba a dejar que esos hijos de puta me fotografiaran tirado en una camilla. Hubiera parecido más enfermo de lo que estoy.

Sus ojos se encontraron por un momento. Ambos sabían que estaba mucho más enfermo de lo que decía la propaganda optimista acerca de su estado que Sims Lord y otros socios habían hecho circular cuidadosamente en el mundo de los negocios. Jules se hundió en una silla dorada de mimbre, parte de un juego de seis, en las que nunca se había sentado en los veintidós años que llevaba viviendo en la casa.

—¿El doctor Petrie te dio las pastillas? —preguntó él.

—Sí —respondió Pauline.

—¿Puedo tomarme una?

—Dijo que una cada cuatro horas, Jules. Solo ha pasado poco más de una hora desde la última.

—Estoy agotado del viaje. Quiero una ya.

Ella abrió su bolso y sacó una bolsa de plástico de color ámbar. Él cogió la pastilla que ella le dio y se la tragó.

—¿Así es como va a ser nuestra vida, Jules? —preguntó Pauline—. ¿Fotógrafos apostados en la puerta de nuestra propia casa? ¿Reporteros gritándonos preguntas maleducadas? Hay un límite, Jules, para las obligaciones de los votos matrimoniales, y puedo decir que, sinceramente, he llegado a ese límite.

Jules asintió débilmente para reconocer la verdad de lo que Pauline acababa de decir. Pauline advirtió de nuevo lo viejo que parecía.

—No soy la primera mujer cuyo marido ha tenido una amante —continuó ella—. Puede que no me guste, pero podría haber aprendido a lidiar con ello si hubiera sido una cosa que no invadiera mi vida, pero así, no, nunca. Esa putita ha convertido mi matrimonio en una farsa.

—No pienses en ella como una mala chica, Pauline. No lo es. Puede que yo sea un mal hombre, pero ella no es una mala chica. Si la conocieras, estarías de acuerdo.

—Conocer a la señorita March es una experiencia vital que trato de ahorrarme, Jules —dijo Pauline—. No sé qué es lo que aborrezco más, tener a todo el mundo que conozco, y a decenas de miles de personas que no conozco, cotilleando sobre mí o compadeciéndome. Hasta donde yo sé, nunca se ha cotilleado de mí en la vida y, a buen seguro, nunca me han compadecido.

Jules, exhausto, solo podía mirar a Pauline.

—No me dejes, Pauline —le rogó.

—No, claro, no te dejaré, ahora no, no estando tan débil y enfermo —iba a decir algo más, pero se detuvo. En lugar de eso, caminó hasta la base de la escalera y rompió la hoja amarilla de una orquídea.

Jules asintió, entendiendo.

—Qué terrible, Jules, acabar con una vida tan distinguida por un vulgar escándalo sexual. Eso es lo que la gente recordará de nosotros —dijo Pauline.

Jules asintió de nuevo. Sabía que lo que decía era cierto, pero no podía pensar una respuesta.

—Nunca me había sentado en una de estas sillas doradas —dijo.

—Fueron un regalo de bodas de Laurance y Janet Van Degan. Del todo auténticas, de época. Alguien del museo Getty las autenticó, Gillian algo, pero no te gustaron. Dijiste que odiabas los muebles dorados. Demasiado anodinas, dijiste. Así que las puse aquí, en la entrada, donde no nos sentaríamos muy a menudo.

Jules asintió.

—Gracias, Laurance y Janet Van Degan —susurró.

Desde el patio llegó el ruido de coches y voces. Jules se levantó lentamente de su asiento y miró por la ventana.

—¿Qué hacen todos esos coches entrando en el patio? —preguntó.

—¿Coches? —preguntó Pauline.

—Tres, cuatro, seis, ocho; un montón de señoritas con sombreros de flores saliendo de ellos. ¿Qué es esto?

—Oh, Dios mío —dijo Pauline—. Se me había olvidado.

—¿Qué?

—Es el club de jardinería de Los Ángeles. Accedí hace semanas, hace meses, a darles un paseo por los jardines y el invernadero. Se enteraron de la existencia de la *Phalaenopsis* amarilla que Jarvis y yo hemos cultivado. Lo prometí.

—Le diré a Dudley que les diga que no estás bien y que no puedes salir. Pueden venir otro día —dijo Jules.

—No puedes hacer eso, Jules —dijo Pauline.

—Deja entonces que Jarvis les dé el paseo.

—No, Jules, no. Han pagado cincuenta dólares cada una por la visita. Admitámoslo, quieren verme a mí tanto como a la *Phalaenopsis* amarilla, no al pobre Jarvis, aunque se haya encargado él de todo el trabajo.

—Solo pensaba en ti.

—Lo sé.

Se miraron.

—Actuamos como si todavía estuviéramos casados de verdad, ¿no? —dijo Pauline. Le tocó en el hombro.

Dudley apareció, estornudando para anunciar su entrada.

—Esa gente dice que la espera.

—Dudley, se me olvidó completamente que hoy venía el club de jardinería para ver mi *Phalaenopsis* amarilla, y las señoritas están aquí por eso. Saldré y les daré un paseo por el jardín. Dile a Gertie que prepare té no sé para cuántos, y algunos emparedados de pepino, y que saque esas galletas de limón que hizo ayer. Tomaremos el té en la biblioteca. Adoran las *Rosas blancas*; son el grupo perfecto para ese cuadro.

—Sí.

—Pero, primero, ayuda al señor Mendelson a subir las escaleras, y luego pídele a Blondell que prepare su cama. El señor Mendelson se quedará en la habitación donde suele dormir la señora Cliveden. Y, Dudley, va a llegar una enfermera pronto. La señorita Toomey, se llama, Mae Toomey. Haz que preparen la habitación roja, junto a la del señor Mendelson. Y, Dudley, dile a Gertie que las comidas de la señorita Toomey serán servidas en bandejas en la sala de estar de arriba, y asegúrate de que haya una televisión en su habitación y revistas, cualquiera de las que ya he leído.

Se acercó hasta el espejo Chippendale colgado sobre la consola dorada y se puso color en las mejillas, se repasó los labios y se peinó.

—Los enfermeros llegarán mañana y se encargarán de llevar al señor Mendelson al médico cuando se encuentre mejor o lo que sea que tenga que hacer. Pueden dormir en la casa de la piscina. Haz que lleven camas de la tercera planta y las pongan allí. Este vestido está bien, ¿no? —sin esperar una respuesta, abrió la puerta de entrada y salió al patio.

—Hola, Blanche. Hola, Mavis. Bienvenidas a Clouds.

## *Las cintas de Flo #19*

*«Me han llamado “basura” y “puta”, y otras cosas por el estilo, y duele. Así que quiero dejar algo meridianamente claro. Excepto una vez, solo una vez —quiero decir solo con un tío, no solo una vez— le fui infiel a Jules, y eso fue durante el poco tiempo que rompí con él, después de que fingiera no saber mi nombre cuando se encontró con la pedante de Madge White en el restaurante del valle. Supongo que no hay un protocolo para una situación como esa, cuando un tío está cenando con su amante y se topa con la mejor amiga de su esposa. Tipo: ¿Debe presentársela o no? Esa es una pregunta para Querida Abby o para la doctora Joyce Brothers.*

*»En todo caso, estaba este tío que me acogió durante unos pocos días después de que me escapara de Jules aquella noche. Se llama, eh... no, no voy a dar su nombre, porque ha vuelto con la chica con la que había roto, y a ella se lo conté de forma que pensara que no había pasado nada entre nosotros. Pero sí pasó. Te mentiría si te dijera que fue solo un polvo por rencor a Jules. Era un tío atractivo de verdad. Lo conocí en una reunión de Alcohólicos Anónimos y esa noche él estaba solo y yo también, y nos contamos todos nuestros secretos, y lo hicimos durante esos días en los que me dejó esconderme en su hotel. Ese tío tiene un tatuaje en el lugar más condenadamente íntimo que hayas visto. Imposible pasarlo por alto.*

*»Luego conocí a su novia. No voy a dar tampoco su nombre, porque me cae bien, y más tarde se portó bien conmigo. Al momento pude ver que tenían que estar juntos. Después de eso volví con Jules.»*

—Oficina del señor Mendelson.

—¿Señorita Maple?

—Sí.

—Soy, eh... —Flo se detuvo, con miedo a dar su nombre—. Mi nombre es, eh...

—Sé quién es —dijo la señorita Maple, reconociendo la voz de Flo March de una de las conversaciones telefónicas que había tenido con ella, cuando le dijo que estaba gastando demasiado dinero.

—Red Houlihan —dijo Flo al mismo tiempo, soltando por fin el nombre que Jules había usado a veces como tapadera.

—Sí, sí, lo sé.

—No he recibido mi cheque.

—Lo sé.

—Desde hace dos semanas.

—Lo sé.

—¿Dónde está?

—Hay un problema.

—¿Qué clase de problema? Se supone que tienen que cuidar de mí de por vida.

—Creo que será mejor que se ponga en contacto con Sims Lord.

—Hay facturas que pagar en la casa. Hay hombres trabajando en los nuevos armarios. Nellie Potts dice que están en el sindicato y que se les debe pagar puntualmente.

—Mire —dijo la señorita Maple—. Creo que lo primero que debería hacer es decirles a esos hombres que dejen de trabajar en sus armarios. Y dígame a Nellie Potts que no va a hacer nada más en la casa. Luego llame a Sims Lord. ¿Conoce a Sims Lord?

—Sí, más o menos. No personalmente.

—Le doy su número.

—Tengo su número. Jules se dejó su agenda aquí.

—Así que ahí es donde está la agenda. La hemos buscado por todas partes. Enviaré a alguien a recogerla.

—No, no lo haga. No se la daré.

—Mire, Flo. Tiene que entender algo. Solo trabajo aquí. Solo hago lo que me han dicho que tengo que hacer.

—¿Es ella? Es ella, ¿no?

—¿Quién?

—Sabe perfectamente bien de quién hablo. Pauline.

—Tiene que entender... No puedo hablar —dijo la señorita Maple—. Tiene que llamar a Sims Lord. Es la persona que está al corriente de la situación.

Flo notaba la amabilidad en la voz de la señorita Maple.

—Escuche, señorita Maple.

—En serio, tengo que irme.

—¿Va a su casa a verle?

—Sí.

—Dígale... Por favor, dígame que ella me ha cortado todo el dinero. Él no querría que eso ocurriera.

La causa de que la señorita Maple no transmitiera la petición de Flo March no fue que le resultara indiferente. Cada tarde, Jim, el chófer de los Mendelson, la recogía y la llevaba hasta Clouds, donde se quedaba con Jules durante solo quince minutos, que era el tiempo que el doctor Petrie y la señorita Toomey creían que era capaz de concentrarse antes de empezar a agotarse y necesitar descanso. Durante ese breve periodo de tiempo, la señorita Maple lo ponía al día de sus transacciones de negocios, del cierre de los mercados y del enorme número de llamadas de personalidades del mundo financiero que le deseaban una pronta mejoría. Por lo general, Jules solo asentía o sacudía la cabeza en señal de desacuerdo, aunque a veces conseguía sonreír cuando reconocía el nombre de un socio de negocios que había llamado para desearle una rápida recuperación. Cuando sí hablaba, lo hacía con una voz que era poco más que un susurro, y el esfuerzo lo cansaba. La señorita Maple estaba impactada por

el deterioro físico del enorme hombre lleno de vitalidad al que había servido durante tantos años. Sabía que montaría en cólera si tuviera noticia de que el cheque semanal de Flo March no había sido abonado desde hacía dos semanas, y era consciente de que tal furia podía acabar con su vida.

En su día, Faye Converse había tenido algunas aventuras con hombres casados, así que era comprensiva con los apuros de su bella y joven vecina, que estaba tan angustiada por el estado de su amante, Jules Mendelson.

—¿Alguna vez te he hablado del senador Platt, de Wyoming? —le preguntó Faye a Glyceria un día.

—No, señora —respondió Glyceria.

—Jack Warner amenazó con despedirme si no lo dejaba con él después de que la señora Platt asegurara que iba a contárselo a Dorothy Kilgallen. Eso fue cuando *Rittenhouse Square* estaba a punto de estrenarse, y Jack no quería poner en peligro su inversión. «Termina con ello, Faye, como sea», dijo. Típico de Jack. Dios, cómo odiaba a Jack Warner.

—Sí, señora —dijo Glyceria.

—Y luego estuve con Harry O'Dell. Yo estaba rodando una película con Cagney y él me presentó a Harry. Harry tenía millones. ¿Te he contado lo que hizo Edith O'Dell?

—No, señora.

Pero Faye Converse estaba en una posición extremadamente incómoda, ya que Pauline Mendelson era una amiga muy cercana y ella una invitada frecuente en Clouds. Y Jules le había aconsejado en varias inversiones que habían asegurado su futuro. Tuvo la sensación de que era mejor distanciarse de su vecina, aunque le cayera bien. Y también tuvo la sensación de que Cyril Rathbone, que parecía estar al corriente de cada detalle del asunto, quizás estaba planeando escribir acerca de ello de una manera más seria que la habitual de su columna de sociedad.

La última vez que vio a Flo, le dijo: «Hagas lo que hagas, Flo, no hables con Cyril Rathbone. Te meterá en problemas».

A pesar de todo, Glyceria siguió haciendo sus visitas a última hora de la mañana a la casa de al lado. Advirtió que, muchas veces, Flo March ya no

vestía de la forma en que solía hacerlo. Simplemente se ponía su bata por la mañana y se quedaba así todo el día. También advirtió que Flo no bebía Coca-Colas Light todo el rato, como hacía antes. A veces abría una botella de vino blanco y bebía una o dos copas.

—¿No hay más martillazos? —dijo Glyceria un día.

—Los obreros se han ido —dijo Flo.

—¿Por qué?

—No puedo pagarles. No he recibido un cheque en tres semanas.

—No sabía que tu caballero era el señor Jules Mendelson.

—¿No?

—Nunca me dijiste su nombre. Lo único que me decías era: «No vengas por la tarde después de las tres y media». No sabía que se trataba del señor Mendelson.

Dijo «señor Mendelson» de tal forma que Flo se quedó mirándola.

—¿Conoces a Jules Mendelson? —le preguntó.

—Sí.

—¿De qué?

—Mi hermano es su barbero.

—¿Willi? ¿Willi, el que afeita a Jules cada mañana desde hace veinticinco años, es tu hermano?

—¿Conoces a Willi?

—No, pero he oído hablar de él.

—El señor Mendelson le dio el dinero para abrir su propia barbería en Sunset Boulevard.

Flo miró a su amiga.

—Dime algo, Glyceria.

—¿Sí?

—¿Sigue subiendo Willi a Clouds cada mañana para afeitarse?

—Sí.

—¿Incluso ahora que está enfermo?

—Sí.

Cuando Marty Lesky, el jefe de Colossus Pictures, entró en Willi's Barber Shop, en Sunset Boulevard, sin haber pedido cita, como era su costumbre, no se consideró extraordinario que le pidieran a Joel Zircon, el representante, que sí tenía cita pero no era más que una promesa en el negocio, que se levantara de la butaca y le cediera su lugar a Marty. Joel Zircon estaba encantado de ayudar a Marty Lesky. La breve conversación que se entabló entre ellos, desde el punto de vista de Joel, era ventajosa para su carrera.

—Nos conocimos en la cena de Casper Stieglitz, señor Lesky —dijo.

—Cierto, cierto —dijo Marty, que no lo recordaba y no quería empezar una conversación con un representante en ciernes.

—En la fiesta en la que estuvieron Pauline y Jules Mendelson —insistió Joel.

—Cierto, cierto —repitió Marty.

—Y Arnie Zwillman y Amos Swank —dijo Joel, que quería prolongar todo lo posible su encuentro con el jefe del estudio.

—Cierto. ¿Estás listo, Willi? —preguntó Marty, y desapareció en la sala privada donde Willi ponía el tinte a sus clientes famosos.

Mientras Joel esperaba a que Willi terminara de teñir el pelo a Marty, aprovechó para cuchichear, como él decía, con Lupe, la recepcionista, y luego para leer los diarios de la industria del cine. Su atención quedó momentáneamente fijada en el anuncio de que Hortense Madden, la crítica literaria de *Mulholland*, «habría descubierto el borrador perdido de *Candles at lunch* de Basil Plant, su famosa novela inacabada». Pero la capacidad de atención de Joel Zircon era escasa y se cansó de la noticia antes de acabar de leerla. La puerta de piel con tachuelas doradas de la tienda se abrió y entró una joven. Dudó un instante junto a la puerta, como si se sintiera fuera de lugar. Luego se acercó al mostrador de la recepcionista.

—¿Puedo hablar con Willi, por favor? —dijo en voz baja.

—¿Tiene cita?

—No.

—No corta el pelo a mujeres.

—No he venido a verle por mi pelo.

—¿Su nombre, por favor?

—Mi nombre no le dirá nada.

—Está dentro con un cliente.

—¿Podría pedirle que salga un minuto?

—Está con Marty Lesky, el jefe de Colossus Pictures —dijo Lupe dándose importancia—. No le puedo pedir que salga.

—Esperaré —Flo March se sentó enfrente de Joel Zircon.

Lupe la miró desde el mostrador y advirtió por su estilo que el peinado era de Pooky, que su vestido era de alta costura y que su bolso y sus zapatos eran muy caros. Se levantó de su sitio y se fue al fondo del establecimiento.

—¿Flo? —dijo Joel Zircon—. ¿Eres tú?

Flo miró a Joel Zircon y sonrió.

—Hola.

—Soy Joel Zircon. ¿Me recuerdas? ¿De la cafetería Viceroy? Solías servirme cada mañana.

—Dos huevos fritos, *bagel* tostado, salmón ahumado y café —dijo Flo.

Joel se rio.

—Te acuerdas.

—Te puedes llevar de paseo a la chica de la cafetería, etcétera, etcétera.

—Tienes aspecto de un millón de dólares, Flo. De diez millones de dólares. Apuesto a que no sabes dónde te vi por última vez.

—No.

—En el funeral de Hector Paradiso.

—Por el amor de Dios.

—Lloraste, ¿verdad? Y ese tío sentado detrás de mí en el Buen Pastor, Philip Quennell, el que estaba escribiendo una película para Casper Stieglitz antes de que lo despidieran, te dio su pañuelo, ¿verdad?

—¿Dices que han despedido a Philip Quennell? —preguntó Flo.

—¿No te has enterado? ¡Qué historia!

—¿Qué pasó?

—¿Has oído hablar alguna vez de un multimillonario que se llama Jules Mendelson? ¿Que vive en una propiedad enorme en lo alto de esa montaña de ahí?

Flo tragó saliva. Antes de que Joel le contara lo que le iba a contar, supo de qué se trataba.

—Ese tío, Mendelson, odia a Philip Quennell. Por qué, no lo sé. Pero llamó a Marty Lesky para que se deshiciera de Quennell —cuando dijo el nombre de Marty Lesky, bajó la voz y apuntó hacia la sala donde le estaban tiñendo el pelo para indicar que el jefe del estudio estaba en el local—. Fíjate, le dijo que no cumpliría su promesa de donar cinco millones de dólares para la nueva ala del museo County de Los Ángeles, lo cual es una cosa importante para Marty. Así que Marty llamó a Casper y le dijo que lo echara. Me lo contó Casper.

Flo miró a Joel Zircon y no dijo nada. Se levantó lentamente, como para irse.

—Pero no he llegado a lo mejor —siguió Joel—. Ese mismo día, Jules Mendelson sufrió un infarto agudo en casa de una puta cualquiera que se ha estado tirando en Coldwater, y ahora su vida pende de un pelo de coño. ¿No es eso justicia poética o como quieras llamarlo?

Flo empezó a caminar hacia la puerta. Mientras la abría para irse, una voz a su espalda dijo:

—¿Señorita? ¿Quería verme?

Flo se volvió y se quedó frente a Willi. Miró a Joel Zircon y vio que no perdía detalle.

—¿Puedo hablarle en privado un minuto? —preguntó Flo.

—Pase por aquí —dijo Willi—. Mi cliente está en la sala de tintes en la parte de atrás. Estaré contigo en diez minutos, Joel. Puede que quince.

—Soy amiga de su hermana —dijo Flo.

Willi miró a Flo.

—No sabía que Glycie tuviera amigas tan elegantes.

Flo abrió el bolso de cadena de oro y sacó una carta.

—Me llamo Flo March. Soy una amiga muy especial de Jules Mendelson. Sé que lo afeita cada mañana, incluso ahora, después del infarto. ¿Le daría esta carta, por favor? Es muy importante. Mucho. Le estará muy agradecido si se la da, se lo prometo.

Willi miró la carta. Solo la palabra «Jules» estaba escrita en el reverso del sobre.

—Asumo que es confidencial, ¿no? —preguntó.

Flo asintió.

—¿Nadie más debe verla?

—Oh, no. Solo Jules. Nadie más —dijo Flo.

—¡Eh, Willi, joder! ¿Cuánto rato más me vas a dejar aquí esperando? —gritó Marty Lesky desde la sala de tinte.

Willi se guardó la carta en el bolsillo trasero y le dio un golpecito. Sonrió a Flo y luego dio media vuelta y volvió con Marty Lesky.

Esa noche, cenando en Morton's, Joel Zircon le dijo a Mona Berg:

—Hoy he estado hablando con Marty Lesky.

—¿Has estado qué? —preguntó Mona, celosa de repente.

—Decía que he estado hablando con Marty —repitió Joel, entusiasmado con el efecto que el imponente nombre había tenido—. Apuesto a que no sabías que se tiñe el pelo.

—Claro que lo sabía —dijo Mona.

Más tarde, esa misma noche, en el Miss Garbo, después de dejar a Mona Berg en su casa, Joel le dijo a Manning Einsdorf:

—Hoy he visto a Flo March. ¿Te acuerdas de ella? La camarera. Se comportó de manera muy extraña.

La noche siguiente llamaron al timbre de la casa de Flo March. Flo estaba sentada frente a la televisión viendo una de las películas antiguas de Faye Converse y bebiendo vino blanco en una copa Steuben. No esperaba a nadie. Se levantó y miró a través de las cortinas. Aunque veía las luces de un coche en la entrada, no distinguía el vehículo. Se levantó y fue al vestíbulo.

—¿Quién es? —dijo a través de la puerta.

—Olaf.

—No conozco a ningún Olaf.

—Soy uno de los asistentes del señor Mendelson. Tengo un mensaje para usted, señorita March.

Flo abrió la puerta. Olaf era un joven muy grande e iba vestido con pantalones y camiseta blancos.

—Entra —dijo Flo.

—Acabo de terminar mi turno, señorita March. Esta mañana, el señor Mendelson recibió su nota. No sé qué decía, pero estaba muy disgustado. La señora lo vigila como un halcón, ya sabe, y también la señorita Toomey, la enfermera que lo atiende.

—¿Sí?

—Soy el único lo suficientemente corpulento como para llevarlo al baño, así que paso mucho tiempo a solas con él. El viernes tengo que acompañarlo al médico para una tomografía que no pueden realizarle en casa. Va a parar aquí a la hora de comer. Me pidió que le dijera que el señor Lord Sims también estará aquí. Me dijo que no se preocupe de nada.

Los ojos de Flo se llenaron de lágrimas.

—Gracias, Olaf. ¿Cuándo? ¿A qué hora?

—El viernes. A las doce. Doce y media. Una. No lo sé. Depende de lo que tarde la prueba.

—¿Debo preparar la comida? —preguntó Flo, ilusionada.

—Algo sencillo.

—Oh, maravilloso. Tendré todas las cosas que le gustan. ¿Y tú? ¿Y Sims Lord? ¿También comeréis aquí?

—No tiene que preparar nada para mí.

—Oh, no. Me gustaría hacerlo. Lo haré. Oh, gracias, Olaf. He estado tan preocupada por él.

—Lo sé todo sobre usted. Me lo contó. Hemos intimado bastante y creo que la señorita Toomey no le cae demasiado bien.

—Pasa. ¿Quieres tomar algo? Acabo de abrir una botella de vino.

—No, gracias, señorita March. Tengo que volver montaña arriba. He dejado el Bentley fuera. Quiere que me acostumbre a conducirlo porque no quiere que Jim lo lleve cuando venga aquí el viernes.

*Las cintas de Flo #20*

*«A menudo me pregunté por qué Jules nunca tuvo hijos. Siempre me pareció que le hubiera gustado tener un niño, un pequeño Jules, para dejarle todo el dinero. Odiaba que escribieran sobre él en los periódicos, pero sí le gustaba que su nombre figurara en edificios y alas de edificios, y ¿qué mejor monumento puede haber para perpetuar tu nombre que un hijo? Una vez le pregunté por ello. Pensé que igual era Pauline la que no quería hijos, pero Jules dijo que no, que era él. Quizá tenía algo que ver con lo que pasó en Chicago, con aquella chica en el hotel Roosevelt. Quizá pensó que lo llevaba en los genes.*

*»Me hubiera encantado darle un hijo a Jules. Nunca lo supo, pero durante el último año que estuve con él, no tomé precauciones.»*

Las semanas de convalecencia fueron pasando; la actividad de la casa giraba en torno a la habitación del enfermo, la enfermera, los asistentes y las visitas diarias de los médicos. Desde el ataque al corazón de Jules, Pauline se había comportado de una manera admirable que fue comentada favorablemente por sus muchos amigos. A pesar de las frecuentes alusiones en la columna de Cyril Rathbone a una «pelirroja» que había estado presente en el momento del infarto, Pauline actuó como si desconociera por completo esa historia, aunque estaba segura de que todos sus conocidos debían de estar leyendo las mismas columnas o siendo informados sobre ellas. A cualquiera que llamaba, ya fuera su padre o una de sus hermanas o una amiga cercana como Camilla Ebury o Rose Cliveden, o incluso el comisario de algún museo que había sido recibido en casa o un funcionario de alto rango de la administración, le daba detalles minuciosos del estado de su marido, así como garantías de que estaba mejorando. «Sí, sí, ya ha dejado el hospital y está en casa. ¿No es maravilloso? Ya sabes, Jules es fuerte como un toro. Ha sido un susto enorme para los dos. Y un aviso. Tiene que perder peso y a partir de ahora lo hará. Le diré que has llamado. Le encantará saberlo. Y gracias. Los dos agradecemos mucho la llamada». Los que llamaban y habían oído rumores sobre los problemas que atravesaba su largo matrimonio dejaron de creérselos.

Después de que Jules fuera trasladado a Clouds, para consternación de los médicos que llevaban su caso, Pauline empezó a acudir a pequeñas fiestas de nuevo. «No, no, claro que iré, Rose. Me encantaría ir. Jules quiere que empiece a salir otra vez. Creo que le encanta oír todos los cotilleos que le cuento al día siguiente. En unas pocas semanas estará recuperado y acudirá él mismo. ¿Vestido largo o corto?»

Cuando el príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt, el jefe del departamento de joyería de la casa de subastas Boothby's, llamó a Pauline desde Londres para preguntar por Jules, también le dijo que tenía previsto

estar en Los Ángeles en dos semanas, después de asistir en Tánger a la fiesta de un multimillonario.

—Daré una cena para ti, Friedrich —dijo Pauline. Apreciaba mucho al príncipe.

—No, no, Pauline. No te lo permito, no con Jules tan enfermo —respondió el príncipe.

—Pero si no creerías lo bien que está —dijo Pauline—. No me refería a algo muy grande. Solo diez o doce invitados.

—Sería maravilloso, Pauline.

—¿Hay alguien en particular a quien te gustaría ver?

—Tengo ganas de ver a Faye Converse.

—Perfecto. Faye le acaba de mandar a Jules las flores más adorables.

Esa tarde, Flo estaba tendida en la cama cuando escuchó el teléfono. Pensó en dejar que saltara el contestador, pero luego se dijo que quizás era Jules y cogió la llamada. Temía que Pauline se hubiera enterado de su plan del viernes.

—¿Hola? —su voz era vacilante.

—¿Flo?

—Sí.

—Soy Philip Quennell.

—Oh, Philip —la voz de Flo se relajó.

—No te he visto en las reuniones desde hace mucho.

—Lo sé.

—¿Estás bien?

—Sí. Han pasado cosas, Philip. Seguro que ya lo sabes. Ha salido en las noticias.

—Sí, claro. Creo que ya está en casa.

—Sí. Pero era demasiado prematuro moverle. No estaba preparado todavía para volver a Clouds.

—Entonces, ¿por qué lo trasladaron?

—¿No lo adivinas, Philip? —preguntó Flo.

—No —respondió Philip.

—Fue Pauline. Se enteró de que me colé en la habitación vestida de enfermera y quería despedir a todo el personal de enfermería. Por eso hizo que lo trasladaran a casa.

—Pero ¿cómo sabes eso?

—Me lo contó Mimosa Perez, una de las enfermeras. Los médicos estaban furiosos con el traslado.

—Pero seguro que lo están atendiendo en casa, ¿no?

—Sí.

—Entiendo que no te están dejando verle.

—Correcto.

—Debes estar pasando una época muy difícil, Flo.

—Sí.

Hubo un largo silencio.

—¿Flo?

—Sí.

—No estás bebiendo, ¿verdad?

—¡No! —Sabía que había respondido demasiado rápido y de forma demasiado enfática. Sabía que él también lo sabía.

—Estoy aquí, ¿sabes?, si quieres hablar —dijo Philip.

—Eres un amor, Philip.

—Incluso a medianoche.

—Gracias. No olvidaré tu oferta. Y espero que esa novia tuya de clase alta sepa lo que tiene.

Philip se rio.

—¿Quieres que pase a buscarte por la mañana y te lleve a la reunión?

—No. Volveré muy pronto, Philip. En serio.

—Vale.

Flo iba a colgar el teléfono, pero se detuvo.

—Escucha, ¿Philip?

—Sí.

—¿Es verdad que Jules hizo que te despidieran de tu documental?

—¿Él te dijo eso?

—Dios, no. Me lo dijo un imbécil llamado Joel Zircon.

—Bueno, no te preocupes por ello.

—Me siento fatal. Quiero que sepas que no le dije que había estado contigo esos días.

—Sé que no se lo dijiste, Flo.

—Tenía a un detective privado siguiéndome.

—Estoy seguro.

—Me siento fatal. Me siento responsable. No me pediste que fuera a tu habitación. Simplemente aparecí de la nada esa noche.

—Jules me la tenía guardada desde que tiró al suelo la escultura de la bailarina de Degas por mi culpa.

—Pauline nos ha invitado a cenar el viernes por la noche —dijo Camilla.

—No me puedo creer que me haya invitado a mí también —respondió Philip.

—Pues sí, lo ha hecho. Te tiene mucho aprecio. Me pidió específicamente que te llevara conmigo.

—¿Es una fiesta?

—Pequeña. Bastante pequeña. Solo doce o catorce invitados. Porque Jules está enfermo y todo eso.

—¿Jules ya está recuperado? ¿O casi?

—Cielos, no. Todavía no.

—Un momento extraño para que Pauline dé una fiesta, ¿no crees?

—Pauline dice que Jules está casi recuperado. Ha sido solo un susto terrible. Dice que va camino de una completa recuperación.

—¿Cómo lo está llevando Pauline?

—Un modelo de buen comportamiento. Todo el mundo lo piensa. Clase, ya sabes. Siempre he odiado la palabra clase, pero la define muy bien, ¿no? Al parecer, ese horror de Cyril Rathbone ha estado escribiendo cosas muy desagradables en su columna acerca de la mujer pelirroja que conocí en tu habitación. Por supuesto, no he soltado una palabra a nadie sobre eso, y nunca leo la columna de Cyril Rathbone, pero todo el mundo me habla de ella. Sobre todo Rose Cliveden.

—Pero ¿por qué Pauline hace una fiesta ahora?

—Por el príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt.

Philip se rio.

—¿Y quién demonios es el príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt?

—El jefe del departamento de joyería de la casa de subastas Boothby's de Londres.

Philip se rio de nuevo.

—Ah, claro.

—¿Por qué te hace tanta gracia?

—Simplemente, me hace gracia, Camilla.

—A veces no te entiendo, Philip.

—A veces no te entiendo yo a ti, Camilla.

La mañana del viernes, el día que Jules Mendelson tenía que hacerse la tomografía en el ala de pacientes Familia Jules Mendelson del Cedars-Sinai y Pauline Mendelson daba la pequeña fiesta para el príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt, Flo March se despertó pronto para preparar la comida para Jules y su abogado, Sims Lord, al que todavía no conocía. Salió de casa a las siete, la hora en la que habitualmente iba a su reunión de Alcohólicos Anónimos en la cabaña de madera de Robertson Boulevard, a la cual no había asistido en semanas, para que Pooky la peinara y Blanchette le hiciera las uñas. Pooky le dijo más tarde a Blanchette que nunca había visto a Flo tan nerviosa y tan indiferente a los cotilleos sobre la clientela elegante del salón, que normalmente le encantaba escuchar. Como a Pooky le caía muy bien Flo, no le preguntó si ella era la pelirroja de la que todo el mundo hablaba por culpa de las referencias veladas de la columna de Cyril Rathbone.

Flo nunca había aprendido a cocinar lo suficientemente bien como para intentar hacer los suflés de queso que tenía pensado servir, pero sí sabía cómo poner la mesa al estilo más refinado. Meses antes, había recortado de una revista la fotografía de la disposición de una mesa que Pauline Mendelson había preparado para una fiesta en Clouds en honor de un embajador, y con su cristalería nueva Steuben, su vajilla nueva, su cubertería de plata de Tiffany y sus manteles y servilletas de Porthault, la copió con exactitud. Petra von Kant, la florista más solicitada del momento, llegó pronto para preparar las flores del centro de mesa. Los tulipanes fuera de temporada que había encargado en

Holanda no estaban lo suficientemente abiertos como para satisfacer a Flo. «Están demasiado cerrados, demasiado cerrados», se quejó. «Quiero que se vean como si los hubiera cogido de mi propio jardín. Me prometiste que estarían abiertos.» Petra, acostumbrada a berrinches de sus clientes de la alta sociedad, cogió prestado el secador de pelo de Flo y dio aire caliente a las flores hasta que estuvieron abiertas lo máximo posible. Más tarde, Petra le dijo a Nellie Potts, la decoradora de Flo, que nunca había visto a una anfitriona que se preocupara tanto por la altura de las flores en un centro de mesa. Petra no tenía manera de saber que, según el artículo de la revista, era una norma de Pauline Mendelson que las flores de sus centros no fueran nunca tan altas como para estorbar la conversación, y Flo March, en su estreno, se adhirió sin fisuras a la filosofía de la esposa de su amante. «Quiero que la gente pueda hablar», dijo, como si tuviera que atender a cuarenta invitados en lugar de a cuatro. Quiso usar tarjetas para marcar los sitios en la mesa con los nombres escritos a mano, pero la mirada que le lanzó Petra la convenció, sin necesidad de palabras, de que colocar tarjetas para cuatro personas no hubiera sido exactamente la manera de hacer las cosas de Pauline.

El Bistro Garden, donde a veces comía con Nellie Potts y donde observaba a las damas de la alta sociedad que sabía que eran amigas de Jules y Pauline, preparó sus suflés de queso y le proporcionó las instrucciones apropiadas sobre cuántos minutos debía ponerlos en el horno. «Treinta minutos a ochenta grados», dijo Kurt cuando ella pasó a recogerlos, y ella repitió y anotó la frase y el resto de instrucciones. Kurt también le dijo que debía añadir una salsa vinagreta a la ensalada crujiente de endivias y lechuga, que también había preparado: «Solo unos minutos antes de sentaros»; e, incluso, le dijo cuánto tiempo tenía que calentar el pan. Ella lo apuntó todo, como si estuviera en clase. Enfrió el vino blanco de la subasta de Bresciani y condujo hasta el horno del Farmers Market para recoger un pastel de moca, el favorito de Jules, que había encargado de postre.

En la hora previa a la llegada de Jules, se cambió de ropa tres veces. Por encima de todo, quería que ese día Jules estuviera orgulloso de ella en presencia de Sims Lord. Siempre sabía por cómo la miraba Jules si se había vestido de forma excesiva o perfecta. Decidió no ponerse sus pendientes de diamante amarillo, demasiado ostentosos para la ocasión. Decidió no ponerse

un traje de Chanel, demasiado elegante para comer en su propia casa. Decidió no vestir de negro, un color demasiado deprimente para lo que —esperaba— fuese un momento feliz para Jules. Al tercer intento supo que había encontrado el conjunto adecuado. Se puso unos pantalones beige, un jersey de cachemira también beige, un cinturón dorado y, como única joya, su anillo de zafiro y diamantes, el que le había dicho a Jules cuando se lo regaló que no se quitaría salvo para bañarse.

Cuando oyó el Bentley subir por el camino, se apresuró hacia la puerta y la abrió de par en par. Olaf, vestido con sus pantalones y camiseta blancos, iba al volante. Sims Lord, rígido y aristocrático, estaba sentado en el asiento de atrás y la miraba. Sintió un frío repentino. Si hubiera conocido la palabra *imperioso*, la hubiera utilizado para describirlo. Jules estaba hundido en el otro asiento de atrás, junto a Sims Lord, su cabeza apenas visible. Flo vio cómo levantaba la mano con gesto débil y la saludaba.

Olaf saludó a Flo, salió del coche y dio la vuelta para abrir la puerta trasera. Entró, puso su fuerte brazo por debajo de las piernas de Jules y el otro en su espalda, lo levantó y lo llevó por el camino hasta la casa. Flo, consciente de golpe de que a Jules lo avergonzaba que lo viera así, se giró y entró en la casa. No estaba preparada para ver así a su amante. El cuello de su camisa parecía varias tallas más grande. Tenía la cara demacrada y de un tono grisáceo, con profundas ojeras. Le pareció que había adelgazado quince o veinte kilos desde la última vez que le vio en el hospital, pero sabía que no era la clase de pérdida de peso por la que debía felicitarle.

—¿Hay alguna silla en particular en la que quiera que se siente? —preguntó Olaf, todavía con Jules en brazos.

No había pensado en una silla en particular para que Jules se sentara hasta ese mismo momento.

—Sí, he pensado que ahí, en el sofá —dijo—. En la esquina, así puede apoyarse en el reposabrazos o incluso tumbarse si quiere. Déjame ponerle este cojín detrás. ¿Estás bien así, Jules?

Jules asintió. Después de que Olaf lo colocara en el sofá y lo ayudara a ponerse cómodo, Jules miró a Flo y sonrió. Por un instante pareció el Jules de siempre, con su amplia sonrisa borrando el agotamiento de su cara. Tanto Sims Lord como Olaf lo advirtieron y miraron a Flo. Los ojos de Jules vagaron por

la habitación y se posaron en la mesa. Sonrió de nuevo y asintió en señal de reconocimiento por el trabajo que había hecho; que había hecho, sabía, solo para él.

—Oh, Jules, qué bien verte de nuevo —dijo Flo. Se acercó a donde estaba sentado y se arrodilló junto a él—. Te he echado mucho de menos. No tienes ni idea. No me había dado cuenta de lo acostumbrada que estaba a ti.

—Yo también te he echado de menos —dijo Jules. Su voz sonaba como si fuera a llorar, pero se contuvo.

—A veces me volvía loca que me llamaras tantas veces al día, veinte o las que fueran, pero ¿sabes?, echo de menos esas llamadas.

Él sonrió de nuevo.

—¿Conoces a Olaf?

—Oh, sí, conozco a Olaf. Fue muy amable cuando vino aquí la otra noche. Pero, por supuesto, no conozco al señor Lord. Hola, señor Lord —Flo se levantó y le ofreció la mano a Sims.

Aunque era atractivo y parecía simpático, sintió una cierta frialdad hacia ella. Se fijó en sus ojos azul hielo y en su prematuro pelo blanco. Se fijó en su traje gris espléndidamente cortado y en su camisa azul de estilo inglés con sus iniciales bordadas en el bolsillo del pecho.

—Por favor, llámame Sims, Flo —dijo Sims Lord.

La imagen de Flo March que Sims tenía en la cabeza era diferente a lo que Flo March resultó ser. La había imaginado interesada solo en el dinero de Jules. No estaba preparado para que fuera guapa y vistiera tan bien. No estaba preparado para que viviera de forma tan elegante. Sobre todo, no estaba preparado para ver que la relación entre Jules y Flo era tan afectuosa.

—Sinceramente, no sabía si ibas a ser amable conmigo o no —le dijo Flo.

—Amable —dijo Jules respondiendo por Sims.

No había duda de que algunas órdenes habían sido dadas de antemano. Cuando Jules hablaba, su voz era poco más que un susurro, pero seguía al mando.

—Eso me hace muy feliz —dijo Flo. Sonrió a Sims—. Tengo un vino blanco maravilloso en el frigorífico. De la subasta de Bresciani.

Jules y Sims se rieron.

—¿Jules? ¿Tomarás un poco? —preguntó Flo.

Jules miró a Olaf, como pidiendo permiso, y luego asintió.

—¿Sims?

—Está bien.

—Tengo de todo, por si quieres otra cosa.

—No, vino blanco está bien. Sobre todo ese vino blanco.

—¿Olaf?

—Yo no, Flo. Pero gracias.

Fue al mueble bar, descorchó el vino y lo sirvió en tres copas.

Jules miró a Flo, sorprendido.

—¿Vas a tomar vino? —preguntó—. Pensé que no bebías otra cosa que Coca-Cola Light.

—Oh, solo por esta vez. Esta es la celebración más maravillosa del mundo, después de todo lo que ha pasado. Bienvenido a casa, Jules —levantó su copa para brindar y los demás la siguieron—. Dejadme poner los suflés en el horno y luego podremos hablar.

—Es absolutamente encantadora, Jules —dijo Sims, cuando Flo dejó el salón, pero en el tono de su cumplido había un ligerísimo rastro de condescendencia, que a Jules no se le escapó.

Jules, molesto, asintió. Indicó a Sims con un ademán que abriera el maletín. Sims entendió, y sacó los papeles que —sabía— Jules estaba impaciente por ver.

Cuando Flo volvió al salón, había documentos y bolígrafos sobre la mesa de café de vidrio biselado.

—La comida estará en solo unos minutos.

—Hay algo que huele terriblemente bien, Flo —dijo Olaf.

—Mis suflés de queso. ¿Qué son todos esos papeles?

—Léelos —dijo Jules.

Flo cogió uno. Era un documento de aspecto oficial, con el nombre de Jules escrito en la parte superior y la dirección de su oficina. Luego, en la esquina derecha, estaba su nombre, señorita Flo March, 844 Azelia Way, Beverly Hills, California 90210. Flo miró a Jules y luego a Sims Lord. Ambos hombres la estaban mirando.

—Léelo —dijo Jules.

—«Querida Flo —leyó en alto—: Acuerdo pagarte veinte mil dólares al mes durante cinco años, empezando de inmediato. El dinero te será abonado el día trece de cada mes procedente del fondo con mis beneficios de los centros comerciales Santucci en Santa Ana, San José y Santa Cruz. Sims Lord, mi abogado y apoderado, ha sido autorizado a hacerlo. Recuerdos, Jules Mendelson. Testigos: Olaf Pederson, Margaret Maple.»

Flo levantó la vista de la carta, miró a Jules y rompió a llorar.

—Eso es algo más de un millón de pavos —dijo Jules, sonriendo—. Eres una heredera.

—Oh, Jules —dijo ella. Se arrodilló ante él de nuevo y apoyó la cabeza en su regazo—. Lo sabía, siempre supe que cuidarías de mí.

Jules posó la mano sobre su cabeza.

—Hay más —susurró.

Le hizo otro gesto a Sims Lord y Sims le pasó otro papel. Flo se incorporó y Jules le dio el papel.

—Esta casa es tuya —dijo.

—Casi tuya —corrigió Sims, levantando la mano en señal de cautela—. El dueño está en un rodaje en Yugoslavia y no nos ha enviado los documentos firmados de vuelta, pero todo ha sido acordado verbalmente.

—Oh, Jules. No sé qué decir —rodeó su cuello con los brazos y lo besó en la mejilla. Él se volvió para mirarla.

—Creo que tu suflé se está quemando, Flo —dijo Olaf.

—¡Oh, Dios mío! —Dio un salto y corrió hacia la cocina—. ¡Mierda! —gritó desde allí.

Cuando entró de nuevo en el salón unos pocos minutos después, llevaba en la mano uno de los suflés quemados.

—Solo quería enseñaros el aspecto que hubieran tenido — dijo.

Jules, encantado con ella, se rio, y Sims hizo lo mismo.

—Todavía hay ensalada y panecillos calientes, y tu pastel de moca favorito del horno del Farmers Market.

—Suena muy bien —dijo Jules.

Olaf levantó a Jules y lo llevó hasta la mesa.

—Jules, siéntate aquí a mi lado —dijo Flo, tocando el respaldo de la silla a su derecha, como si estuviera acostumbrada a organizar fiestas—. No

hay tarjetas con los asientos. Olaf, tú ahí, junto a Jules. Y Sims, aquí, a mi izquierda. Estoy encantada de conocerte por fin, Sims. Jules habla de ti constantemente.

Sims retiró la silla de Flo y ella se sentó, encantada con su propio comportamiento, sabiendo que estaba haciendo un buen trabajo.

—La mesa ha quedado preciosa, Flo —dijo Jules, una vez sentado. Sabía lo mucho que significaba para Flo tener invitados en su casa. Alargó la mano y tocó los tulipanes del centro de mesa—. Pauline siempre dice que no hay otra flor que muera con la gracia de un tulipán. —El extraño comentario fue recibido con silencio, y luego Jules dijo—: No sé qué me ha hecho acordarme de este dato en este momento.

Al principio, tras los halagos por la mesa y las flores de Flo, la conversación se estancó. Jules, tan débil, no era capaz de liderar la pequeña fiesta de la forma en la que habitualmente lideraba la conversación en cualquier mesa donde estuviera sentado, con su extraordinario conocimiento de los asuntos internacionales y su información privilegiada del más alto nivel sobre el mundo de los negocios y el arte. Olaf, que no estaba acostumbrado a la vida social, sintió vivamente que no era más que un mero empleado a quien se había invitado a sentarse a la mesa debido a las inusuales circunstancias, y le pareció inapropiado intervenir en la conversación. Y Sims Lord era un invitado reticente, cuya frialdad en el trato podría haber hecho fracasar la comida de no ser por la fuerza de la personalidad de Flo como anfitriona. Entretener a los amigos de Jules de una forma elegante de la que él pudiera estar orgulloso era algo que ella deseaba profundamente, y no iba a permitir que su primera oportunidad de hacerlo saliera mal, a pesar de los suflés quemados. En muy poco tiempo, su relato paródico sobre los contratiempos de su mañana de preparativos los tenía a los tres muertos de risa. Sims Lord, a quien le gustaban mucho las mujeres, especialmente las mujeres que estaban casadas con otros en los círculos sociales en los que se movía, se preguntó por qué ninguna de sus amantes era tan divertida como la amante de Jules.

Jules, exhausto, solo podía asentir con placer al escuchar sus historias. Cuando Flo se levantó para despejar la mesa, dijo:

—Esperad a ver el pastel.

Con Flo en la cocina, Olaf fue el primero en darse cuenta de que Jules se había desplomado en su asiento.

—¿Está bien, jefe? —preguntó.

La cabeza de Jules estaba caída hacia adelante. La sacudía lentamente. Olaf y Sims saltaron de sus asientos.

—Jules, ¿qué te pasa? —gritó Flo cuando regresó al salón, sosteniendo el pastel, y vio a los dos hombres arrodillados junto a Jules.

—Es toda la emoción de haber venido aquí —le dijo Sims a Olaf en voz baja, aunque Flo pudo oírlo—. Creo que será mejor que lo llevemos de vuelta a Clouds.

Olaf, ignorando a Sims, se puso en pie. Cogió a Jules y lo llevó hasta el sofá, donde lo tumbó y empezó a masajear su pecho. Sims y Flo se quedaron al margen y miraron. En pocos minutos el color empezó a volver al rostro de Jules.

—Olaf, en serio, creo que deberíamos llevarlo de vuelta a casa —repitió Sims. Se había puesto tenso y nervioso—. No podemos dejar que se derrumbe otra vez aquí. A ella le daría un ataque —el «a ella» al que se refería no requería explicación.

Jules, escuchando, asintió.

—Sería perjudicial para Flo —le dijo a Olaf.

Olaf lo levantó de nuevo y lo llevó hacia la puerta. Al pasar junto a Flo en brazos de Olaf, ella le cogió la mano y los acompañó hasta el coche. Abrió la puerta trasera del Bentley y Olaf lo acomodó en el asiento.

—Adiós, Jules —dijo Flo, aferrándose a su mano.

Jules miró a Flo. Su boca permanecía entreabierta. Parecía exhausto. Cogió su mano y la llevó hacia su boca para besarla, sin apartar los ojos de ella.

—Flo, tenemos que irnos —dijo Sims.

—Sí, sí, lo sé. Adiós, Jules —dijo Flo de nuevo—. Por favor, llamadme más tarde, alguien. Quiero saber cómo está.

Olaf, sentado al volante, asintió e hizo un gesto para indicar que él la llamaría. Arrancó el coche.

—Por favor, Flo, tenemos que irnos —repitió Sims. Había una nota de impaciencia en su voz.

Flo se apartó del coche y cerró la puerta. Ella y Jules se siguieron mirando mientras Olaf daba marcha atrás para enfilear la bajada. Luego corrió junto al coche por el empinado camino hasta Azelia Way. El coche la dejó atrás. Lo miró hasta que desapareció en dirección a Coldwater. Supo que nunca más volvería a ver a Jules.

—Nadie organiza fiestas como las de Pauline —dijo el príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt con una voz desbordada por el entusiasmo. El príncipe estaba en posición de saber eso, pues, allá donde fuera, era recibido por las mejores anfitrionas, todas revoloteando a su alrededor sin ningún disimulo a causa de su espléndido título. Rose Cliveden, que secretamente anhelaba una monarquía, le hizo incluso una honda reverencia, aunque ningún miembro de la familia del príncipe había estado cerca de un trono en setenta y dos años, y el principado que le había dado su nombre había dejado de existir en el último siglo. A ninguna de las atolondradas damas le importaba lo más mínimo que no tuviera ni un céntimo a su nombre y que necesitara su trabajo como jefe del departamento de joyería de la casa de subastas Boothby's de Londres para pagar, entre otras cosas, las facturas de limpieza y planchado de sus tres esmóquines y nueve camisas plisadas de noche, que eran el pilar de su vida. En los círculos sociales, era considerado de gran valor porque estaba al tanto de todas las noticias internacionales que a la gente de sociedad le encantaba oír, y esa noche había tenido el buen ojo de dejar a su mujer, de linaje igualmente espléndido pero corpulenta y aburrida, en Londres. Le había prometido a Pauline que no diría una sola palabra acerca de la fiesta del multimillonario a la que acababa de asistir en Tánger hasta que todos los invitados hubieran llegado, ya que todos querían oírlo.

—Pero ¿dónde está tu diamante De Lamballe? —le preguntó a Pauline al inclinarse para besar su mano cuando llegó a la casa y ver que no llevaba el anillo, incluso antes de interesarse por el estado de salud de Jules.

Ella llevaba diamantes en el cuello y en las muñecas, pero se había quitado para siempre su magnífico diamante de compromiso. A nadie le importaba más la joyería que a Friedrich de Hesse-Darmstadt, y había pocas piedras preciosas que admirara más que el diamante De Lamballe que Pauline

había lucido durante veintidós años como símbolo de su extraordinario matrimonio. Le bastaba su ojo experto para decir exactamente cuántos quilates tenía una gran piedra, y era capaz de cautivar a un posible cliente con el relato del origen de una pieza importante; quién la había lucido, dueño por dueño, y qué había pasado con cada uno de ellos.

Pauline miró su dedo desnudo. No se animaba a decirle a Friedrich lo que sí le había dicho a Sims Lord, que el anillo le parecía tan falso como su matrimonio.

—Oh —dijo ella—. Debo de haberlo olvidado.

Había solo catorce invitados esa noche, lo cual, para una fiesta de los Mendelson, era un número bastante reducido, pero cada detalle estaba planeado a la perfección, como solo Pauline sabía hacerlo, y así lo señalaron todos los invitados. Era una noche cálida, con luna llena. Los jardines de flores de Pauline tenían un aspecto espléndido, como nunca, y el jardín de esculturas de Jules jamás había relucido tanto. Tomaron algo en el pabellón junto a la piscina, con el aire nocturno inundado por el aroma de los brotes de los naranjos. Entre los asistentes estaba Rose Cliveden, bebiendo demasiado pero agradable al menos hasta la cena —como todo el mundo pensó—. Y Faye Converse. Y Camilla Ebury, con su novio, Philip Quennell. Y Madge y Ralph White. Y Freddie y Betty-Ann Galavant. Y Sandy y Eve Pond. Excepto por Philip Quennell y Faye Converse, no había ninguno de los reclutados por Pauline del mundillo del arte, solo el grupo que Hector Paradiso solía denominar como «el viejo Los Ángeles».

Todo el mundo preguntó por Jules. «Ha mejorado mucho. Los doctores están encantados», repitió Pauline una y otra vez con ligeras variaciones, aunque lo hubiera visto en un estado alarmante cuando Olaf lo trajo a casa a las tres y media de la tarde después de la tomografía. Todos los empleados de la casa estaban mirando por las ventanas. Dudley había salido apresuradamente al patio con una silla de ruedas para ayudar, pero Olaf la había empujado a un lado y, simplemente, había levantado a Jules, como si fuera un niño, y lo había cargado en brazos dentro de la casa y escaleras arriba. Al verlos pasar junto a ella en lo alto de las escaleras —Jules incapaz de articular palabra siquiera—, a Pauline se le había pasado por la cabeza

cancelar la fiesta de esa noche, pero luego, después de revivir un poco en la cama, él insistió en que siguiera adelante con ella.

La señorita Toomey, la enfermera jefa, repitió una y otra vez que no podía entender por qué habían estado fuera tanto tiempo.

—Porque el señor Mendelson no es que tenga que esperar en el hospital, precisamente —dijo—. Al fin y al cabo un ala del edificio lleva su nombre. Tendrían que haberle dado prioridad —la señorita Toomey había empezado a adoptar ligeramente los aires de grandeza de la familia con la que vivía desde hacía un tiempo. Olaf, ocupado con sus labores de asistente, no respondió a la señorita Toomey.

—Jules está furioso porque el doctor Petrie lo obligue a quedarse en la habitación esta noche, pero os manda todo su amor —dijo Pauline.

—Su jardín de esculturas quita la respiración —dijo el príncipe Friedrich—. Me encantaría correr escaleras arriba, colarme en su habitación y decírselo. Nunca lo había visto iluminado de noche.

—Quizá más tarde —dijo rápido Pauline—. Mira, Dudley nos está llamando para cenar —puso su brazo en el suyo y cruzaron el prado hasta la terraza de la casa.

—Siento que no te gustaran los pendientes de diamante amarillo, Pauline —dijo el príncipe—. Pensé que eran exactamente lo que estabas buscando.

La imagen de los pendientes en las orejas de Flo March el día que coincidieron en la habitación de Jules después de su ataque al corazón estalló de nuevo en la mente de Pauline. Reprimió la ira que todavía sentía por que Jules se los hubiera dado a su amante.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—La secretaria de Jules llamó para decir que los iba a devolver. Quería que se pusieran de nuevo a subasta.

—¿Sí?

—¿No lo sabías?

—¿Cuándo fue eso, Friedrich? —trató de mantener un tono despreocupado en su voz.

—El mismo día del infarto. La señorita Maple llamó para decir que los iba a devolver, y esa misma noche me enteré por Yvonne Bulbenkian de que Jules había sufrido el ataque.

—Ya veo —dijo Pauline sin alterarse.

Miró hacia adelante mientras continuaba caminando hacia la casa. Flo March, pensó, debía haberlos robado después de que Jules se derrumbara. Sintió un escalofrío. En su cabeza, Flo March se había convertido en una mujer malvada.

—¿He dicho algo que te ha incomodado, Pauline? —preguntó el príncipe.

—Oh, no, no —dijo Pauline.

Dado lo cálido de la noche, Pauline había dispuesto la cena en el patio en lugar de en el comedor. Jarvis, el jardinero jefe, lo había llenado con macetas y macetas de su *Phalaenopsis* amarilla.

—Está precioso, Pauline —dijeron todos los invitados, uno tras otro, mientras permanecían de pie junto a la mesa admirando la vista.

—Tú a mi lado, Friedrich —dijo Pauline—. He puesto a Faye Converse a tu otro lado.

—Mis favoritas —dijo el príncipe, aplaudiendo.

—Tienes que contarnos la fiesta de Tánger.

—Una pesadilla. Una absoluta pesadilla. ¡Tánger en agosto! No os podéis imaginar el calor. Toda esa gente. ¡Todos los olores! Y sin aire acondicionado. Y colas interminables para todo. Y caras largas por todas partes. Y la disposición de los asientos fue un desastre. Personas como nosotros sentadas junto a personas de las que nunca habíamos oído hablar y de las que no queríamos saber nada. Si hubierais visto la cara de Lil Altemus cuando vio el hotel en el que Cyrus nos había metido. Solo eso ya hizo que todo el viaje valiera la pena —hizo un gesto altivo de desdén y todo el mundo se rio—. Y luego ella se marchó para quedarse en el yate de Reza Bulbenkian. Terriblemente entretenido, de verdad. No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

Philip Quennell, sentado al otro lado de Faye Converse, miró a Pauline. No tenía interés alguno en la fiesta de Tánger, ya que no conocía a ninguna de las personas de las que estaban hablando, y había dejado de escuchar. En lugar de eso, se fijó en la forma tan elegante que tenía Pauline de presidir la mesa, su codo reposando sobre el mantel, su mano apoyada en la barbilla de la manera más grácil, prestando toda su atención a su invitado de honor mientras este contaba una anécdota tras otra de la fiesta, la cual parecía resultar de gran

interés para todos. A Philip se le ocurrió que Pauline simulaba escuchar, pero que sus pensamientos estaban en otro sitio.

Dudley también miró a Pauline mientras seguía con sus tareas. Advirtió la tensión bajo su serenidad exterior. Luego Pauline se excusó de la mesa de forma encantadora para atender su labor de anfitriona, y entró en la cocina y se quejó a Dudley de que una de las sirvientas estaba mascando chicle mientras servía a los invitados.

—No estaba mascando chicle, Dudley —dijo la sirvienta cuando Pauline volvió a la mesa—. Lo tenía en la boca, pero no lo estaba mascando. ¿Cómo demonios lo ha sabido?

La señorita Toomey, la enfermera encargada de cuidar a Jules Mendelson, entró en la cocina de forma impetuosa.

—No puedo entender cómo puede haber una fiesta en esta casa mientras un hombre se está muriendo arriba —dijo.

Dudley, siempre leal al hogar al que había servido durante tantos años, no tenía ningún deseo de enzarzarse en una discusión con la eficiente enfermera, y tampoco tenía ninguna autoridad sobre ella como para pedirle que se callara delante del resto del servicio de cocina. Levantó la vista e intercambió una mirada con Blondell, que estaba ayudando a Gertie, la cocinera, a colocar caramelos de menta en bandejas de plata para llevarlos a la sala de estar después de la cena. Con Blondell, que llevaba en casa de los Mendelson casi tanto tiempo como él, podía entrar en esa clase de conversación, pero no con la señorita Toomey. En lugar de eso, salió de la cocina, lejos del alcance del grupo, y ella lo siguió. Aunque no estaba en desacuerdo con lo que había dicho, continuó con sus quehaceres sin ni siquiera asentir para indicar sus propios sentimientos.

Cuando terminó de preparar las tacitas de café y las cucharas en una bandeja, miró a la señorita Toomey y dijo:

—¿El señor Mendelson está peor?

—No sobrevivirá a esta noche —dijo la enfermera—. Debería estar en el hospital. Quiero llamar al doctor Petrie y hacer que lo trasladen allí de inmediato.

El sonido de las risas llegó desde el patio tras otra de las anécdotas del príncipe, seguido del timbre de la campanilla de mesa.

—Me llaman —dijo Dudley, excusándose ante la enfadada mujer.

—Más segundos platos para ese príncipe gordo, sin duda —dijo la señorita Toomey. Siguió a Dudley hacia la puerta—. Dile que tengo que hablar con ella. Dile que es urgente.

Cuando Dudley abrió la puerta para volver al patio, se escuchó otro gran estallido de risas. Durante el postre, Dudley intentó interrumpir a Pauline para susurrarle que la enfermera tenía que hablar con ella a través del interfono, pero ella levantó la mano para que no hiciera nada hasta que el príncipe hubiera llegado al desenlace de su historia. Entonces, después de más risas y comentarios halagadores, se volvió hacia Dudley para escuchar su mensaje.

—La señorita Toomey —le susurró Dudley al oído.

—La llamaré después del postre —dijo Pauline—. Dile a Gertie que el sorbete de uva es divino. Quizá deberías ofrecerlo de nuevo, y también los arándanos. Qué buena combinación. No sé por qué no la hemos probado antes.

Dudley insistió en su misión. Sin pronunciarla, vocalizó la palabra: «Urgente».

Pauline se llevó la servilleta de damasco a los labios y empujó su silla hacia atrás.

—Tengo que atender una llamada —le dijo al príncipe, pero no se fue de la mesa sin asegurarse primero de su bienestar durante su ausencia—. Friedrich, ¿has leído el libro de Philip Quennell sobre Reza Bulbenkian? Es maravilloso. ¿Cómo es la primera línea? A Jules le encanta ese inicio.

Philip, que no disfrutaba de ser el centro de atención, dijo:

—No la recuerdo exactamente. Es algo así: «Reza Bulbenkian amasó una de las más grandes fortunas de América gracias a su amistad con las personas más adecuadamente inadecuadas».

—Terriblemente divertido —dijo el príncipe, que recuperó la atención de los invitados al empezar una larga historia acerca del heroico ascenso social de Yvonne Bulbenkian y de la fortuna que se estaba gastando.

Con sus invitados cautivados, Pauline dejó el patio, entró en la casa y siguió por el pasillo hasta la biblioteca. Llegó hasta el teléfono y apretó el botón del interfono.

—Sí, señorita Toomey. Discúlpeme por tardar tanto, pero imagino que sabe que tengo invitados. ¿Hay algo que no puede esperar? —preguntó

Pauline.

—Lo siento, señora Mendelson, pero creo que debería subir inmediatamente —respondió la señorita Toomey. El tono adorable que empleaba habitualmente con Pauline había desaparecido. Estaba seria, y no hizo ningún intento de rebajar la urgencia que quería transmitir.

Pauline escuchó y entendió el tono.

—Subo ahora mismo. —Colgó el teléfono y salió de la biblioteca. Se sorprendió de que Dudley estuviera de pie esperando al otro lado de la puerta, en el pasillo.

—¿Va todo bien, señora Mendelson? —preguntó. Su rostro indicaba preocupación.

—Sí, sí, claro. Vuelve a la fiesta, Dudley. Sirve quizás el café en la mesa en lugar de dentro, ¿no crees? Parece que están a gusto. Sería una lástima interrumpir el buen ambiente.

Dudley se dio cuenta de que a Pauline le daba miedo subir y que estaba retrasando lo que tenía que hacer.

—¿Debería llamar al doctor Petrie? —preguntó Dudley.

—No. La señorita Toomey es la que debe decidir eso, y estoy segura de que no será necesario —dijo Pauline.

—Puedo pedirles a los invitados que se vayan, señora Mendelson. Estoy seguro de que todos lo entenderán.

—Oh, no. No, por favor. Estás siendo alarmista, Dudley. El señor Mendelson va a ponerse bien. Ahora debo subir. Recuerda, el café, en el patio.

Subió las escaleras, apoyándose en la barandilla de terciopelo rojo. Por el camino, se dio cuenta de que el tercer Monet estaba torcido de nuevo y lo enderezó al pasar, sin detenerse. En lo alto de las escaleras giró a la derecha y cruzó el pasillo hasta la habitación de Jules. Se quedó de pie un segundo frente a la puerta, respiró hondo y abrió.

En un primer momento, Pauline no pudo ver a Jules. Olaf estaba a un lado de la cama, inclinado sobre él, y la señorita Toomey al otro, dando la espalda. Al oír la puerta, ambos se volvieron hacia ella.

—Está muy mal, señora Mendelson —dijo la señorita Toomey. Había un tono de reprobación en su voz por la tardanza de la inminente viuda—. No creo que le quede mucho.

Pauline, asustada, miró un instante a la enfermera y luego se acercó a la cama. Jules estaba tendido con los ojos cerrados. Tenía la cabeza ladeada y la boca abierta. Respiraba de forma errática y jadeante.

—Me gustaría estar a solas con mi marido.

—Voy a llamar al doctor Petrie —dijo la señorita Toomey.

—Todavía no —dijo Pauline—. No hasta que yo se lo diga.

—¿Quiere que me quede, señora Mendelson? —preguntó Olaf.

—Vuelva en un momento. Me gustaría hablar con mi marido en privado.  
¿Puede oírme, señorita Toomey?

—Pregúntele —dijo la señorita Toomey.

—Jules. ¿Puedes oírme, Jules? Soy Pauline.

Jules abrió los ojos y miró a su esposa. Su mano se movió débilmente sobre el edredón, como si quisiera alcanzarla. Pauline se volvió y miró a la señorita Toomey y a Olaf mientras salían de la habitación y cerró la puerta tras ellos.

—¿Alguna vez imaginaste que te diría que estoy asustado, Pauline? —preguntó Jules. Su grave dolencia había debilitado la resonancia de su voz.

—No —respondió ella.

—Estás preciosa —susurró—. ¿Cómo va la fiesta?

—Debía haber suspendido la maldita fiesta cuando llegaste esta tarde del hospital.

—Si te critican, diles que insistí en seguir adelante con ella.

—Oh, Jules —dijo Pauline, mirándole—. Me siento tan impotente. Si fueras un hombre religioso llamaría a un cura, o a un rabino, o incluso a Rufus Browning de la parroquia de Todos los Santos.

—No, no. Nada de extremaunción para mí. Me estoy muriendo, Pauline.

Ella lo miraba, pero no respondió.

—Nada de lágrimas, ya veo —dijo Jules con una voz que era apenas un susurro.

—Ya he llorado todas mis lágrimas, Jules.

Él parpadeó.

—Si te sirve de algo, Pauline, no hay coros de ángeles cantando por mi descanso.

—Si crees que quiero hacerte sufrir, Jules, estás equivocado. No quiero —dijo Pauline, apartando la vista de él. Se sujetó los codos, como si tuviera frío, aunque en la habitación no lo hiciera.

—Recuerdo aquella noche de hace años en Palm Beach, cuando te vi por primera vez en el baile de los Van Degan. Eras todo lo que siempre había querido. Lo siento, Pauline. Lo siento de veras.

Ella negó con la cabeza.

—Oh, Jules, por favor, por favor, no sigas por la calle de los recuerdos.

—Escucha, Pauline —había urgencia en su débil voz—. No es una mala chica.

—No estoy interesada en oír nada sobre sus virtudes.

—Cuida de ella, Pauline.

—Debes de estar loco. ¿Cómo puedes pedirme algo así?

—Te estoy dando un buen consejo.

—No. No tengo que cuidar de ella.

—Será terrible para ti si no lo haces, Pauline. Sé algunas cosas acerca de la vida. El dinero es una de ellas. Confía en mí en esto.

El esfuerzo de hablar lo había agotado. Su cabeza cayó hacia atrás, ladeada. Pauline miró la puerta. Quería irse de la habitación, pero el instinto le dijo que no lo hiciera. Sabía que Jules estaba a punto de morir. Se acercó al teléfono de la mesilla de noche para llamar a la señorita Toomey. Una luz encendida le indicó que una de las líneas estaba ocupada. Se preguntó si la señorita Toomey estaba llamando al doctor Petrie.

—No llames a la señorita Toomey —dijo Jules—. No quiero otra prórroga.

Pauline descolgó el teléfono y escuchó. Oyó la voz de Olaf, hablando muy rápido.

—Lo siento, Flo. No puede hablar contigo. La señora está con él. Está casi al final. Creo que Toomey sospecha que estuvimos en tu casa hoy — Pauline estampó el teléfono.

—Hay algo que tienes que saber, Pauline —dijo Jules.

No podía soportar escuchar una palabra más sobre Flo March. No había odiado a nadie antes en su vida, pero odiaba a Flo March. Cuando habló, sonó derrotada.

—No. No hay nada más que saber, Jules. Lo sé todo sobre todo, como también lo sabe todo el mundo que conocemos.

—Kippie mató a Hector —dijo él con una voz apenas audible.

Pauline, aturdida, resolló. Entrecerró los ojos.

—No, no —susurró, sacudiendo la cabeza, como negando lo que su marido le acababa de decir, aunque sabía que lo que había dicho era cierto.

—Abre la caja fuerte de la biblioteca. Hay un sobre de manila sellado. Dentro está la nota de Hector.

—¿Dónde la conseguiste?

—La cogí de casa de Hector antes de que llegara la policía.

—¿Qué decía?

—Escribió el nombre de su asesino.

Pauline empezó a llorar al vislumbrar el encaje de todas las piezas. Kippie. Kippie lo había asesinado. Kippie necesitaba dinero esa noche y ella lo había rechazado. Y Kippie había ido a casa de Hector. Y la historia del suicidio que ella nunca había entendido era una tapadera para protegerla y evitar que supiera que su hijo había matado a su mejor amigo.

Pauline se arrodilló al lado de Jules, llorando.

—Oh, Jules, lo siento. Oh, Dios mío, Jules. Lo hiciste por mí. Oh, Jules, lo siento. Lo siento.

Cogió su mano y se inclinó para besarla. Sintió que el amor por él renacía, pero ese sentimiento se vio arrollado por un pensamiento oscuro que daba vueltas en su cabeza.

—¿Jules? ¿Alguien más sabe lo que acabas de decirme? Por favor, dímelo. ¿Alguien más sabe lo que acabas de decirme?

Los ojos de Jules habían empezado a velarse ante la inminencia de la muerte, pero fue capaz de detener el momento de la partida durante el instante en el que posó su mirada en Pauline. Vio pánico en sus ojos y no fue capaz de decirle que había sido en casa de Flo March, en Azelia Way, donde había escondido a Kippie durante las seis horas que tardó en hacer las gestiones para convertir la muerte de Hector Paradiso en un suicidio. No podía ser, por respeto a su esposa, que las últimas palabras que pronunciara fueran el nombre de su amante.

—¿Quién, Jules? Por favor, dímelo.

Pero Jules Mendelson estaba muerto. Pauline, anglicana de nacimiento, podía ser muy devota cuando así lo sentía, y en ese momento lo sintió profundamente. Todavía arrodillada al lado de Jules, con la cara entre sus manos, rezó las plegarias de su juventud por su marido, las mismas plegarias que había rezado por su madre cuando se arrodilló junto a su lecho de muerte tantos años atrás. Después se levantó, todavía con los últimos versos del padrenuestro en los labios, al sentir que los apabullantes pensamientos de todo lo que debía hacer a continuación expulsaban las plegarias de su cabeza. «Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...», dijo en un susurro como de iglesia, pero estaba pensando en sus inminentes obligaciones. Se vio a sí misma reflejada en el espejo de la chimenea. Deseó no estar cubierta de joyas, joyas que lucía solo para disfrute del príncipe Friedrich de Hesse-Darmstadt, y que eran demasiado deslumbrantes para la situación. Pero no podía quitárselas, ya que tenía que volver abajo junto a sus invitados; si se las quitaba se darían cuenta y lo contarían luego: Jules había muerto mientras ella daba una fiesta para un príncipe que no era más que un simple vendedor de joyas.

Cuando llamó a la señorita Toomey, la puerta se abrió inmediatamente; la enfermera había estado esperando afuera, y ante la señal, entró y corrió hasta la cama.

—Se ha ido —dijo Pauline en voz baja.

—Dios mío —dijo la señorita Toomey—. ¿Por qué no me ha llamado? — Estaba consternada por no haber estado presente en el momento de la muerte.

—Se ha ido en paz —dijo Pauline—. Un momento estaba aquí y al siguiente se había ido. No me di cuenta inmediatamente.

—Llamaré al doctor Petrie.

—No quiero que nadie lo sepa todavía.

—Pero tengo que llamar al doctor.

—No hay mucho que pueda hacer ahora —dijo Pauline. Y luego repitió con énfasis—. No quiero que nadie lo sepa todavía, señorita Toomey. ¿Lo ha entendido?

—¿Hasta cuándo, señora Mendelson?

—Hasta que me deshaga de mis invitados. Media hora como mucho. No quiero que sepan que mi marido está muerto. Es muy importante que la prensa

no se entere. Muy importante. Quédese aquí hasta que yo vuelva. —Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Llamaré a Olaf —dijo la señorita Toomey.

Pauline se detuvo ante la mención del nombre de Olaf. El tono de su voz se endureció.

—No, no llame a Olaf. No quiero a Olaf en esta casa ni un minuto más. No quiero que vea el cuerpo de mi marido. Él es el culpable de su muerte. Deshágase de él.

La señorita Toomey, asombrada, miró a Pauline.

—Sí, señora Mendelson.

Pauline salió de la habitación donde su marido yacía muerto y siguió por el pasillo hacia las escaleras. Se detuvo para mirarse en un espejo que colgaba sobre una cómoda en el salón de arriba y revisó su aspecto de la forma que acostumbraba a hacerlo en el espejo de su vestidor, girando la cara a izquierda y derecha. Extremadamente pálida, se pellizó muy fuerte las mejillas para sacarles algo de color. Abrió un cajón, cogió un pintalabios que Blondell siempre dejaba ahí para ella y se repasó los labios. Luego se ahuecó el pelo con las manos.

Agarrándose a la barandilla de terciopelo rojo, bajó por las escaleras. Podía oír que los invitados habían pasado a la sala de estar. Distinguía, por las voces de la conversación, que Rose Cliveden estaba ya muy borracha, y que Friedrich de HesseDarmstadt estaba molesto por sus constantes interrupciones. El resto de invitados parecía no estar interviniendo en absoluto. Anfitriona por naturaleza, sabía que se había ausentado de la fiesta durante demasiado tiempo y que era necesario restaurar la armonía en la sala, pero cuando llegó a la base de las escaleras, giró en dirección a la biblioteca. Entró en ella y cerró la puerta. Por un instante se le ocurrió que debía echar el cerrojo, pero pensó que sería sospechoso si Dudley llegaba en su busca.

Se fue rápidamente hacia las *Rosas blancas* de Van Gogh, colgadas sobre la repisa de la chimenea. Cogiendo su más famoso tesoro por el marco, lo descolgó y dejó al descubierto una caja fuerte. Sacó un reposapiés, se subió a él y se inclinó para acercarse a la cerradura. Con gran destreza giró la rueda hacia la izquierda, luego a la derecha, a la izquierda de nuevo, luego dos vueltas enteras y terminó en el cero. La puerta se abrió. Dentro, se encendió

una pequeña luz. Allí estaban todas sus cajas de cuero y terciopelo con sus colgantes, pulseras y anillos. Rebuscó entre algunos papeles guardados al fondo y sacó un sobre de manila de doce por diecisiete centímetros. Estaba cerrado con cinta adhesiva. En él, con la letra manuscrita de Jules, estaba escrito *Privado*.

Sin bajarse del reposapiés, rasgó el sobre. Sacó un folio de oficina de color azul, que reconoció como el papel de Smythsons de Bond Street Londres que ella le había regalado a Hector Paradiso en Navidad el año anterior con su nombre inscrito en un azul más oscuro en el membrete de cada página. Estaba doblado por la mitad. Con manos temblorosas desplegó el folio. En tinta azul, corrida hacia abajo, con la temblorosa caligrafía de un hombre agonizante, cada letra más indescifrable que la anterior, estaban escritas las palabras «Lo hizo Kippie Petworth».

Pauline se sintió débil y aturdida. Se cubrió la boca con la mano y respiró grandes y fuertes bocanadas, como si estuviera sufriendo un ataque de ansiedad. Los pensamientos sobre Jules y Hector y Kippie se entrelazaban y llenaban su cabeza.

Entonces se abrió la puerta de la biblioteca y entró Philip Quennell. Los dos se miraron.

—Pauline, lo siento. No sabía que estabas aquí —dijo Philip.

Pauline seguía sobre el reposapiés, con la nota de Hector en la mano.

—Sí, estaba buscando mi anillo, Philip —dijo con extraordinaria serenidad—. Olvidé sacarlo de la caja fuerte esta noche antes de la fiesta y, ¿puedes creerlo?, Friedrich se dio cuenta de que no lo llevaba en cuanto entró en casa —se volvió hacia la caja fuerte, dejó el papel dentro y sacó una cajita de piel con el anillo. Se puso el diamante De Lamballe, cerró la puerta, giró la rueda y tapó la caja con las *Rosas blancas*. Luego se bajó del reposapiés—. Ahora ya sabes dónde está la caja fuerte.

Philip, fascinado, la miró.

—He entrado para usar el baño de caballeros.

—Está ahí —dijo Pauline.

—Lo sé. Me parece que ya hemos interpretado esta escena antes.

—Sí. La primera noche que viniste aquí.

Mientras lo decía, recordó la escena; ella estaba al teléfono con Kippie en ese momento. Llamaba para pedir dinero. No supo entonces que esa llamada marcaría el inicio de la desintegración de su vida.

—Ya me acuerdo. ¿Estás bien, Pauline?

—Claro. ¿Por qué lo dices?

—Te has ausentado un buen rato.

—Era una llamada de lejos que tenía que atender, de Maine. Mi padre no se encuentra muy bien. La fiesta se ha trasladado dentro, ¿no? He oído las voces. O mejor dicho, la voz de Rose incomodando al pobre Friedrich.

Philip no quería entrar en una conversación así.

—¿Jules se encuentra bien, Pauline?

—Sí. Bien. ¿Por qué?

—¿Quieres que me deshaga de los invitados?

—Cielos, no. Tengo que volver a la fiesta. El pobre Friedrich pensará que lo he abandonado.

Cuando Philip volvió a la sala de estar, miró alrededor buscando a Pauline. Se había unido al grupo y estaba sentada en el sofá entre Camilla y Madge White. Guardaba silencio, sonriendo, muy guapa, mientras escuchaba a Rose Cliveden hablar y hablar, repitiendo la misma historia. Philip sintió que Pauline había abdicado de su autoridad, que su mente estaba en otra parte, y que, si bien sabía que sus invitados estaban aburridos de Rose, no estaba haciendo ningún esfuerzo por salvar su fallida fiesta. Cuando sonreía o reía, advirtió que sus ojos no reflejaban en absoluto la risa de sus labios. Pensó que quizá no sabía ni de qué se estaba riendo.

Por fin, cuando el reloj del salón dio las diez y media, Faye Converse dijo:

—Esta estrella de cine tiene que irse a su casa.

—Oh, lo siento mucho —dijo Pauline, poniéndose de pie de inmediato—. Deja que llame a Dudley para que te traiga el abrigo. Querida, ¿podrías llevar a Rose a casa? No creo que sea seguro que conduzca colina abajo.

A todos los invitados les resultó evidente que quería que se fueran, pero no lo hubiera dicho si Faye Converse no hubiera dado el primer paso. Se

quedó de pie en el pasillo, cogiendo los abrigos de piel a medida que Dudley los descolgaba de las perchas en el armario.

—Este es tuyo, ¿no, Madge?

Fuera, en el patio, Ralph White le dijo a Madge:

—¿Crees que Pauline nos estaba metiendo prisa para que nos fuéramos?

## *Las cintas de Flo #21*

*«Tuve el lado sexual de Jules, pero nunca tuve la sensación de vivir con él. Nunca lo vi afeitarse, por ejemplo. La clase de cosas que ven las esposas. Nunca tuve sus zapatos en mi armario. Me gusta ver los zapatos de un hombre en mi armario.*

*»No quiero que pienses que soy una engreída o nada por el estilo, pero puedo decirte que es un hecho que Jules me quería de verdad. Pero, créeme, esa nunca fue su intención. Al principio fue como un flechazo. Creo que pensaba que después de que lo hubiéramos hecho durante un tiempo, como en el viaje a París, por ejemplo, el hechizo se rompería y se desharía de mí con un regalo bonito, como una joya o un abrigo de piel, y un poco de pasta, probablemente, que es como los tíos ricos se deshacen de sus aventuras sin importancia. Entonces yo volvería a la cafetería y él volvería con Pauline.*

*»Yo también pensé que eso es lo que iba a ocurrir. Esperaba que se deshiciera de mí. Pero no lo hizo. Después del primer año, supe que la cosa iba en serio.»*

Cuando por fin todos los invitados se hubieron ido, Pauline volvió a la biblioteca. Primero se quitó todas las joyas y las guardó en la caja fuerte; después sacó la nota final de Hector y la metió en su bolso. Por último, cogió el interfono y llamó a la habitación de Jules.

—¿Sí? —preguntó la señorita Toomey.

—Llame al doctor Petrie, señorita Toomey, e infórmele de que mi marido ha muerto. —Hablabla en el mismo tono de voz auto-ritario que usaba cuando daba las instrucciones del día a la sirvienta, el mayordomo o el cocinero.

—Sí, señora Mendelson.

Luego Pauline llamó a Dudley.

—¿Sí?

—¿Puedes venir a la biblioteca, por favor, Dudley?

—Sí, señora Mendelson.

Cuando Dudley llegó unos minutos después, le dijo:

—El señor Mendelson acaba de morir, Dudley.

—Oh, señora Mendelson. Lo siento mucho.

—Gracias, Dudley. Y gracias por estas últimas semanas. Desde que volvió del hospital, prácticamente has llevado la casa tú solo. Mi marido estaba muy agradecido y yo también lo estoy. Ahora hay muchas cosas que hacer y voy a necesitar mucho tu ayuda.

—Sí, señora Mendelson.

Dudley se dio la vuelta y se alejó de Pauline para que no pudiera verle la cara. Ella supo que estaba llorando. Siempre le había fascinado que la gente que trabajaba para Jules —su mayordomo, su guarda, su chófer, su secretaria, su barbero, su abogado— se preocuparan tanto y en todo momento por él y permanecieran a su lado año tras año. Sabía que tenía tratos privados con todos, que les compraba casas, negocios, que pagaba los gastos hospitalarios o costeaba la educación de sus hijos.

—¿Se lo dirás al servicio, Dudley? —preguntó Pauline—. Excepto a Blondell. A Blondell se lo diré yo. Díselo a Jim, Smitty y Gertie en la cocina, y a esa joven camarera con la que me he enfadado esta noche, ¿cómo se llama?

—Carmen.

—Sí, claro, Carmen. Dile que no me tenga en cuenta lo del chicle. Estaba disgustada. He estado preocupada por el señor Mendelson toda la tarde. Me arrepiento tanto de no haber cancelado la fiesta cuando llegó a casa después de la tomografía...

—Todos lo entendemos.

—¿Se ha ido Olaf de casa?

—Sí.

—¿Con todas sus cosas?

—Sí. Dice que usted lo ha despedido.

—Sí. Merecía ser despedido.

—¿Puedo saber qué ha hecho?

—Sí, pero no ahora. La enfermera Toomey ha llamado al doctor Petrie. Debería estar aquí en breve. Avisa a Smitty de que va a llegar. El doctor Petrie tiene terror a los perros. Se abalanzaron sobre él la última vez. Habrá, probablemente también, una ambulancia. O un coche fúnebre. No sé qué utilizan en estos casos. ¿Llamarás a la señorita Maple y le pedirás que llame a la funeraria y los avise? Pierce Brothers, claro. ¿Le pedirás a la señorita Maple que esté mañana aquí lo más temprano posible? ¿Y me traes también la agenda telefónica a mi despacho? Tengo que llamar a Sims Lord para decírselo, y no puedo recordar el número de su casa.

—Sí, señora Mendelson —dijo Dudley.

Fue al escritorio y anotó las cosas que le había encargado. No le sorprendió que, incluso en la pena y el dolor, Pauline Mendelson permaneciera serena y organizada.

—Oh, y... ¿Dudley?

—¿Sí, señora Mendelson?

—Por favor, dile al servicio, y también a la señorita Maple, que nadie, y quiero decir nadie, cuente nada. No quiero que la prensa se entere de la muerte de mi marido hasta después del funeral.

—¿Cuándo será el funeral?

—Si es posible, mañana. Será privado.

Una vez a solas, después de que Dudley siguiera con sus tareas, miró el reloj. Pasaban quince minutos de las once. Contó con los dedos la hora que sería en París. Las ocho y cuarto de la mañana. Hubert, sabía ella, se despertaba siempre alrededor de las siete para hacer sus ejercicios de pesas antes de ir a su taller. Siempre había llamado a su modisto de París por su nombre. Llevaba veinticinco años confeccionándole sus trajes y lo conocía bien.

—Hubert —dijo Pauline cuando él respondió al teléfono en su apartamento. Pronunció su nombre como Huber, sin la t. Le contó lo que había pasado.

—Lo siento mucho, Pauline.

—Gracias, Hubert —Pauline quería ir directa al grano. No quería recibir compasión—. ¿Puedes hacerme algunas cosas, negras y grises, y quizás algo blanco para vestir en los próximos meses? Hace tanto calor aquí. Lo dejo a tu elección. Nada por encima de la rodilla. Lo que creas que sea adecuado, pero voy a necesitar inmediatamente un par de vestidos negros. Enviaré el avión. Oh, y ¿Hubert? Quiero uno de esos velos negros. Que me cubra totalmente, ¿no crees?

Olaf Pederson, tras ser despedido, condujo colina abajo desde Clouds. No le caía muy bien a la señorita Toomey porque se había vuelto mucho más cercano a Jules que ella; pero la enfermera no sabía por qué lo había despedido, y así se lo dijo. Le hubiera gustado que se quedara para ayudar cuando llegara el doctor Petrie. Olaf se dio cuenta de que debía haber sido Pauline Mendelson la que había cogido el teléfono en otra habitación y le había escuchado hablando con Flo March por la otra línea para, inmediatamente después, estampar el aparato. Olaf había intimado mucho con Jules Mendelson en las semanas que había pasado con él en Clouds, y entendía los graves problemas que atravesaba su vida. Olaf Pederson era un hombre decente. Sentía haber enfadado a la señora Mendelson, pero le había prometido a Flo que la llamaría esa tarde y le diría cómo estaba Jules. Su casa estaba en el distrito de Silverlake, pero de camino, subió por Coldwater para pasar por Azelia Way. Allí le dijo a Flo March que su amante había muerto.

Cuando la ambulancia llegó para llevarse el cuerpo de Jules, Pauline esperó en la biblioteca con Dudley y Blondell hasta que los auxiliares metieron el cadáver en una bolsa. Luego, cuando la señorita Toomey la avisó de que estaban sacando el cuerpo de la casa, los tres fueron al salón principal para ver cómo el personal de la funeraria bajaba a Jules Mendelson por su escalera curva una última vez. Mientras giraban a la altura del tercero de los seis Monet, el hombro de uno de los empleados golpeó el marco dorado del famoso cuadro y lo torció.

—¡Tengan cuidado! —gritó Pauline desde abajo.

Al trabajador no le quedó claro si su preocupación se debía al cuerpo del difunto o al cuadro de los nenúfares.

El reverendo doctor Rufus Browning, de la Iglesia Episcopal de Todos Los Santos de Beverly Hills, fue contactado para officiar el servicio fúnebre. El doctor Browning aseguró a la viuda que la privacidad que deseaba sería escrupulosamente respetada.

—Pero Jules no era anglicano —dijo Sims Lord cuando supo del plan.

—Tampoco era ninguna otra cosa —respondió Pauline. Luego añadió—: No es necesario que me recuerdes eso, Sims. Después de todo, he estado casada con Jules veintidós años, o veintitrés, los que sean. Sé perfectamente que no era anglicano, pero siempre trató con mucho afecto a Rufus Browning cada vez que Rufus venía a casa, y fue muy generoso con Todos Los Santos. Rufus hará algo rápido y discreto. Quiero que todo esto termine antes de que esa horrible mujer se entere. No quiero que el funeral se convierta en un circo.

—Siempre puedes hacer que lo incineren —dijo Sims—. De esa forma no habrá ataúd con el que lidiar para no atraer la atención.

—Incinerarlo, sí. Eso es lo que se debería hacer. Debería ser incinerado —dijo Pauline, sopesando la idea.

—Oh, no, señora Mendelson —dijo la señorita Maple, levantando la vista de sus notas—. Odiaba la incineración. Siempre lo dijo. Quería ser enterrado en Westwood. Tiene los nichos, para él y para usted, justo al lado del panteón de Armand Hammer. ¿No es así, señor Lord? ¿No figura en el testamento del señor Mendelson?

Sims Lord asintió.

—Bueno, no va a ser enterrado en Westwood —dijo Pauline—. Va a ser incinerado. De lo contrario, esa mujer se las apañará para tener a un enjambre de fotógrafos fotografiándola mientras se abalanza sobre la tumba. Conozco a esa clase de mujeres, creedme.

La señorita Maple miró a Sims Lord, pero Sims no le devolvió la mirada. A ninguno de los dos se les escapaba que Pauline se había vuelto irracional con el tema de Flo March.

—¿Creéis que la gente dirá de mí: «Es la viuda de un hombre que amaba a otra mujer»? —preguntó Pauline.

—No, no dirán eso, Pauline —respondió Sims—. Jules te quería. Lo sé.

Pauline no escuchó lo que Sims decía. Siguió con sus propios pensamientos.

—O ¿«Su marido murió en los brazos de su amante»? —preguntó.

—No murió en los brazos de su amante, Pauline —dijo Sims Lord—. Murió aquí, en tu casa.

—A todos los efectos sí lo hizo. Pero sufrió un infarto en sus brazos. Y fue a verla ayer después de la tomografía. El traidor de Olaf lo llevó a su casa. ¿Lo sabías, Sims?

Sims sabía controlar el sonrojo de su cara. Negó con un movimiento de cabeza. El día antes, sabiendo que a Jules no le quedaba mucho de vida, se había apeado del Bentley a la altura del hotel Beverly Hills, ya que no quería estar en el coche cuando regresara a Clouds. Era importante para él que Pauline no se enterara de que había tomado parte en el engaño.

Pauline, que lo desconocía, continuó.

—Creo firmemente que, si mi marido no hubiera ido ayer a casa de esa mujer, todavía estaría vivo. El doctor Petrie dijo que los resultados de la tomografía indicaban lo bien que se estaba recuperando.

Dudley abrió la puerta y entró en la biblioteca.

—Si es una llamada para mí, Dudley, no estoy en casa para nadie más que no sean mi padre o mis hermanas —dijo Pauline—. O, claro, la Casa Blanca, pero no hay forma de que se hayan enterado ya.

—Es Kippie —dijo Dudley.

—¿Kippie? —miró a Dudley—. ¿Desde Francia?

—Sí.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Pensé que querría que lo supiera, señora Mendelson.

—Sí, sí, claro, Dudley.

—¿Quieres que salgamos de la habitación, Pauline? —preguntó Sims.

—Sí.

—El personal de servicio quiere ir al funeral, señora Mendelson —dijo Dudley mientras salía de la habitación.

—Oh —dijo Pauline. Se había acercado al teléfono, pero no lo había cogido—. Pero solo tú, Blondell y Gertie, Dudley. Quiero que sea lo más íntimo posible. Que reciba la menor atención posible.

—Sí, señora, pero Smitty y Jim también llevan años con el señor M. —dijo Dudley.

—Sí, claro. Smitty y Jim también. No puedo pensar —dijo Pauline. Se volvió hacia Sims Lord—. Imagino que también tengo que pedírselo a Camilla Ebury. La llamaré. Pero a Rose, no. No puedo con Rose. Se lo contará a alguien. Lo cuenta todo.

—¿Qué hay del novio de Camilla Ebury?

—¿Philip Quennell? No, Philip no. No era amigo de Jules. Solo Camilla. Jules adoraba a Camilla. Nadie más.

Cuando estuvo a solas atendió la llamada.

—¿Hola?

—¿*Mère*? Soy Kippie.

Hubo una larga pausa. Pauline miraba el teléfono sin responder.

—¿*Mère*? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí —dijo finalmente.

—Lo siento terriblemente, *Mère*. Sé que Jules y yo nunca nos llevamos bien y que, probablemente, fue por mi culpa, pero lo siento.

—Sí.

—Iré al funeral. Tengo un billete en el Concorde para mañana.

—No. No vengas —dijo Pauline.

—¿No? —repitió Kippie, sorprendido.

—No vengas. El funeral ya se habrá celebrado y ya lo habremos incinerado.

—Pero para verte. Quiero estar ahí contigo.

—No —Pauline hablaba en voz baja.

—Mamá, ¿cuál es el problema? Quiero decir, esta vez estoy limpio. Se acabaron las drogas. Las he dejado de una vez por todas. No te pondré en ningún aprieto.

Pauline no respondió.

—Mamá, ¿me oyes? ¿Se corta la llamada?

—Lo sé, Kippie. Jules me lo contó. Lo sé todo.

Kippie no estaba seguro de a qué se refería.

—¿Lo de Flo March, quieres decir?

—Sí, lo de Flo March, entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—De ti.

—¿De mí?

—Y Hector.

—¿Qué pasa con Hector?

—Que fuiste tú el que lo hizo.

Hubo un largo silencio. Pauline podía oír a su hijo respirando pesadamente, y luego habló de nuevo con voz cavernosa.

—¿Por qué? ¿Por qué? Hector Paradiso era mi amigo.

—Pero no es cierto —dijo Kippie. Empezó a hablar muy rápido—. Había un chapero allí, un tío rubio que había conocido en un bar gay llamado Miss Garbo. Tu gran amigo Hector no era el galán clásico que pensabas que era, *Mère*. Tenía una vida privada muy complicada, y las personas que llevan esa clase de vida se meten en esa clase de problemas con la clase de gente con la que retozan de madrugada. No estás tan aislada allí arriba en Clouds como para no estar al corriente de cosas como esa.

—Oh, no me tomes el pelo, Kippie. Ni se te ocurra. No estoy de humor para que me tomen el pelo. Jules no hubiera urdido toda esa intrincada historia del suicidio por un chapero de un bar gay, créeme. Y saldrá a la luz algún día. Sabes que saldrá a la luz.

—Mamá, ¿no lo entiendes?

—¿Qué hay que entender?

—Es imposible que fuera yo. Es imposible que disparara a Hector cinco veces. Es imposible.

—Oh, Kippie, por favor, no me mientas. Hector dejó una nota. Había sangre en el papel, y tu nombre escrito en ella.

—Pero, mamá, escúchame. Esa perrita, esa odiosa perrita, ¿cómo se llamaba?

—¿Astrid?

—Sí, Astrid. Astrid me mordió el dedo de apretar el gatillo. ¿No te acuerdas? No puedes disparar a alguien cinco veces si te falta el dedo índice, *Mère*.

—Oh, Kippie, no me trates como una tonta. Eso fue después. Te mordió al día siguiente aquí, en Clouds.

—Pero eso solo lo sabes tú, *Mère*, y lo acabas de olvidar —dijo Kippie.

Pauline se quedó en silencio al darse cuenta de que su hijo acababa de pronunciar la misma frase que su marido había pronunciado una vez.

—Adiós, Kippie —dijo—. No vuelvas a casa. Ni ahora ni nunca. Voy a colgar. Tengo muchas cosas que hacer.

—Mamá, por favor. Por favor, mamá —suplicó Kippie.

Pero Pauline había colgado. Abrió su bolso y sacó la nota de Hector. Luego cogió una caja de cerillas y encendió una. Sosteniendo la nota sobre la chimenea, la prendió y la vio arder hasta que tuvo que soltar la punta chamuscada. Luego se tumbó boca abajo en el sofá. Abrazó un cojín al notar las primeras lágrimas y luego ahogó sobre él los gemidos, enormes, pesados, incontrolables. Cuando Sims Lord, la señorita Maple y Dudley volvieron a la biblioteca para seguir con los planes del funeral, se emocionaron al ver que el dolor por la muerte de Jules había quebrado finalmente la estoica serenidad de Pauline Mendelson.

—Jules ha muerto —dijo Camilla cuando colgó el teléfono.

—¿Cuándo? —preguntó Philip.

—Anoche, al parecer.

—¿Cómo es que no lo han dicho en las noticias?

—Mira, Philip, es un secreto. Nadie lo sabe. Pauline no quiere que nadie lo sepa hasta después del funeral.

—¿Cuándo es el funeral?

—A las cuatro.

Philip asintió.

—¿Sabes una cosa, Camilla?

—¿Qué?

—Creo que murió anoche cuando estábamos allí, en la cena.

—No seas estúpido, Philip.

—¿Recuerdas cuando Pauline se levantó de la mesa y desapareció tanto rato? Creo que en ese momento es cuando murió.

—No puede ser. Ella volvió.

—Pauline siempre sabe mantener la calma.

Nada permanece totalmente en secreto, por mucho que se haya planeado la estrategia. En la ambulancia que se llevó el cuerpo de Jules Mendelson a la funeraria Pierce Brothers para su posterior incineración estaba el mismo enfermero, Faustino, que había estado en la ambulancia que se llevó el cuerpo de Hector Paradiso a otra funeraria diez meses antes, y que había informado de esa muerte a Joel Zircon, el representante de Hollywood que había estado bebiendo y divirtiéndose en el Miss Garbo la misma y fatídica noche que Hector Paradiso.

La muerte de Jules Mendelson, como la de toda persona rica y famosa, fascinaba a Joel Zircon, y por eso presionó a Faustino para que largara cada uno de los detalles y así poder contárselos a Cyril Rathbone y sus otros amigos. Estaba especialmente fascinado con la parte del traslado del cuerpo del famoso financiero por la escalera curva, y con el momento en que Faustino había golpeado con su hombro el cuadro de los nenúfares y lo había torcido, para consternación de la viuda, Pauline Mendelson, que había gritado: «¡Tengan cuidado!». Faustino estaba seguro de que su preocupación iba más dirigida al cuadro que a su magullado hombro o al cuerpo que portaba.

A la mañana siguiente, en la cafetería Viceroy de Sunset Boulevard, Joel Zircon tenía a Curly, el encargado, desternillado con su imitación de los gritos de Pauline Mendelson cuando Faustino había estado a punto de tirar un cuadro mientras bajaba por la escalera la camilla con el cuerpo de Jules Mendelson para llevarlo a la funeraria Pierce Brothers.

—Tan histriónica como Harriet Craig —dijo Joel de Pauline.

Pooky, el peluquero, estaba intrigado por las risas que se traían en la barra Joel Zircon y Curly, y le repitieron la historia. Solo podía pensar en Flo, a la que había peinado el día anterior para su comida, y se preguntó si ya lo sabría. Cyril Rathbone, que nunca hablaba con nadie hasta haberse tomado su tercer café, estaba sentado en su mesa leyendo los diarios de la industria de Hollywood y preguntó, con irritación, de qué iba el gran chiste de la barra y por qué no podían bajar el volumen, *por favoor*, ya que algunas personas querían leer la prensa, y entonces Joel contó la historia por tercera vez, añadiendo florituras a su retrato de Pauline Mendelson con cada repetición.

Cyril Rathbone se apresuró al teléfono situado junto al baño de caballeros y llamó a Lucia Borsodi, la editora de *Mulholland*, a la que despertó, y le contó la última hora de la saga Mendelson. Lucia reconocía una buena historia cuando la oía.

—Llévate un fotógrafo —le dijo a Cyril—. Vamos a ver si podemos conseguir una foto de Flo March siendo rechazada a las puertas de Clouds.

Cuando Pooky llamó a Flo para darle la triste noticia, Flo ya la conocía desde la noche anterior porque Olaf Pederson se la había contado. Lo que no sabía es adónde se habían llevado el cuerpo de Jules, y Pooky le dijo que estaba en la funeraria Pierce Brothers, en Westwood. Flo sabía que Pauline nunca le dejaría ver a Jules, así que decidió ir a la funeraria para pedir verlo allí por última vez. Jules había cumplido todas sus promesas de cuidar de ella, y tenía en su poder los documentos que lo probaban.

—¿Crees que me dejarán entrar, Pooky? —preguntó.

—Compórtate como si fueras de la familia. Compórtate como una dama de clase alta. Te dejarán entrar. Es demasiado temprano para llamar a la casa y confirmarlo.

Veinte minutos después, cuando estaba saliendo de casa vestida con un traje de Chanel negro y llevando en la mano los tulipanes holandeses que Petra

von Kant había preparado para su última comida con Jules, sonó el teléfono. Era Cyril Rathbone.

—Mucho me temo que soy el portador de una noticia muy triste, señorita March —dijo. Su florido acento inglés era muy adusto, dispuesto como estaba a informarle de la muerte de su amante, con lápiz y papel preparados para anotar su reacción.

—Ya sé lo que va a decirme, señor Rathbone —dijo Flo.

—¡Oh! —Estaba afectado por no ser el primero en darle la triste noticia, y se preguntó cuántas personas más lo sabrían—. ¿Quién se lo ha dicho?

Flo no respondió.

—Me preguntaba si puedo pasar por su casa para darle personalmente el pésame —dijo Cyril—. Siento un especial interés después de haber estado en su casa en el momento en que sufrió el ataque.

—Lo siento, señor Rathbone. Estaba saliendo.

—¿Va a Clouds? —preguntó él, excitado—. ¿Va a subir a Clouds?

—No, señor Rathbone.

—Podría hacerla famosa, señorita March.

—No quiero ser famosa, señor Rathbone.

—Solo una fotografía para mi revista. Usted a las puertas de Clouds, esperando noticias. Daría la vuelta al mundo.

—Adiós, señor Rathbone.

Flo colgó el teléfono.

Cyril, rechazado, se preguntó a dónde podía estar yendo a esa hora de la mañana, cuando aún no habían dado ni las ocho. Por probar suerte, llamó al fotógrafo que Lucia Borsodi le había asignado para el día y le pidió que «corriera, corriera, corriera» a la funeraria Pierce Brothers en Westwood.

—Pasado Wilshire. Gira a la izquierda en el teatro AVCO —explicó impaciente cuando el fotógrafo dijo que no sabía dónde estaba la funeraria Pierce Brothers—. Se encargaron de Marilyn Monroe, Natalie Wood, Peter Lawford, los Zanuck, todo el mundo —dijo Cyril. No podía soportar a la gente que no sabía nada de las cosas que él consideraba importantes.

—¿Se encargaron? ¿Se encargaron de qué?

—De prepararlos. De embalsamarlos, idiota —dijo Cyril—. Vete allí, rápido.

—Quieres que le haga una fotografía al muerto.

—No. Solo quiero la foto de una joven y guapa pelirroja, de unos treinta años, que probablemente vista de Chanel, ya sea entrando o saliendo de la funeraria.

El privado y no anunciado funeral por Jules Mendelson celebrado en la iglesia episcopal de Todos Los Santos de Beverly Hills contrastaba enormemente con el minucioso servicio de Hector Paradiso en la iglesia del Buen Pastor, situada solo dos manzanas al oeste, en el Santa Monica Boulevard, al que habían asistido las personalidades más destacadas de la sociedad. Fuera, en Camden Drive, no había limusinas que pudieran atraer la atención de los curiosos. Jim, el chófer de los Mendelson, dejó a Pauline Mendelson, tapada por un velo, cinco minutos antes de la hora de inicio en una puerta lateral. Pauline entró corriendo en la iglesia sin dejar de mirar al frente. No se habían dispuesto flores ni había música. Al funeral asistían solo miembros del servicio y de la oficina que habían estado en nómina de los Mendelson durante más de diez años, así como la señorita Maple, la secretaria de Jules, Willi Torres, el barbero de Jules, y Sims Lord, el abogado de Jules y su más cercano consejero. La única persona ajena a ese círculo era Camilla Ebury, la gran amiga de Pauline. Rose Cliveden, que no podía soportar que la dejaran al margen de nada, estaba segura de que Pauline había querido invitarla, pero que lo había olvidado con las prisas, así que llegó sin avisar y se arrodilló, discreta, en el último banco de la prácticamente vacía iglesia. Agachó la cabeza para rezar, mientras el reverendo doctor Rufus Browning recitaba las plegarias.

«Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y el que vive y cree en mí, no morirá.»

Mientras agachaba la cabeza, una segunda presencia inesperada entró en silencio en la iglesia. Era Flo March, que se había enterado en la funeraria de que se celebraría un servicio religioso al mismo tiempo que el cuerpo de su amante era incinerado. Flo solo pretendía rezar una plegaria corta y luego marcharse antes de que la vieran. Nunca había estado en un templo anglicano, y no estaba segura de cuán diferentes eran los rituales en comparación con los

de la iglesia católica. Hizo una genuflexión a toda prisa a la manera que había aprendido en su escuela parroquial cuando era niña y se santiguó, tocándose la frente, el pecho, el hombro izquierdo, luego el derecho, y susurrando mientras lo hacía: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Se incorporó y se sentó en la última fila. Le sorprendió que la iglesia estuviera tan vacía. Le pareció inapropiado que hubiera menos de una docena de personas apretadas en las primeras filas tratándose del servicio fúnebre de un hombre tan famoso. Le alucinó que no hubiera flores en el altar ni música. Miró a sus espaldas y levantó la vista hacia el altillo del coro. Estaba a oscuras. El órgano estaba cerrado y cubierto. Escuchó mientras el ministro leía las plegarias de su libro de oraciones.

«Dichosos los muertos que mueren en el señor. Desde ahora, sí —dice el Espíritu—, que descansan de sus fatigas porque sus obras los acompañan.»

Flo había susurrado las plegarias toda su vida, y fue su susurro el que interrumpió la devoción protestante de Rose Cliveden, arrodillada en la última fila opuesta a la suya. Aunque Rose tampoco había sido invitada, al menos sabía que era una amiga de la familia y que sería mejor recibida en una ocasión tan privada que la extraña al otro lado del pasillo, que ella tomó por una periodista. Rose se aclaró la garganta de forma audible y teatral con la intención de atraer la atención de los congregados en las primeras filas, para advertirles que había un impostor entre ellos. Nadie se volvió. Se levantó de su asiento y caminó por el pasillo.

Pauline estaba sentada a solas en la primera fila. Su espalda se mantenía recta como un junco, mientras los demás asistentes se inclinaban hacia adelante para rezar. Su rostro estaba cubierto por un velo negro que su modisto le había enviado desde París, junto al vestido negro que llevaba. Detrás de ella estaban sentadas Camilla y Blondell. Junto a Blondell estaba Dudley, y luego Sims Lord. Rose se inclinó y le dijo a Camilla:

—Dile a Pauline que hay una periodista en el fondo de la iglesia.

El susurro de Rose lo oyó la señorita Maple, sentada detrás de Camilla, que se volvió para mirar. Justo en ese momento, Flo levantó la cabeza y vio que varias personas de las primeras filas la estaban mirando. La señorita Maple se inclinó sobre Blondell y tocó el hombro de Sims Lord. Sims levantó la vista de sus plegarias.

—Flo March está al fondo de la iglesia —susurró la señorita Maple.

—Mierda —dijo Sims, sin respiración.

Él también se volvió para mirar a Flo. Al reconocerla, se inclinó hacia delante y le susurró a Pauline: «Creo que Flo March está aquí», como si apenas la conociera.

Para Pauline Mendelson, la presencia de Flo March en el funeral de su marido era más de lo que podía aguantar. La compostura que había caracterizado su manera de conducirse durante los meses de convalecencia de Jules la abandonó al enterarse de que Flo March estaba en la iglesia, asistiendo al servicio privado, planificado en secreto precisamente para que lo que estaba pasando no ocurriera. Enfurecida, se levantó de su asiento y se volvió para mirar a Flo. Al verla, retándola con la mirada, se llevó la mano a su velado rostro, pasmada ante el insolente comportamiento de la mujer. El diamante De Lamballe de su anillo de compromiso reflejó la luz de los rayos de sol matutino que se filtraban por la vidriera en lo alto.

—No, no. Siéntate, Pauline. Yo me desharé de ella —susurró Sims, levantándose.

Pauline desatendió el ofrecimiento de Sims. Dejó su asiento y enfiló el pasillo, con paso decidido, en dirección al fondo de la iglesia. El sonido de sus tacones recorriendo el ábside marcaba la medida de su ira. Solo el doctor Browning continuó con su plegaria como si no pasara nada.

«Concede a todos los que se lamentan confianza segura en el cuidado del Padre, que, arrojando todo el dolor sobre ellos, conocerán el consuelo de su amor. Amén.»

La atención del personal de servicio y de los empleados de la oficina se había desplazado de las plegarias por el finado al más fascinante drama desplegado ante ellos.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —preguntó Pauline—. Esto es un servicio privado.

Flo, aterrorizada, miró a Pauline. No podía ver con claridad su rostro a través del velo negro.

—Quiero que te vayas de esta iglesia inmediatamente —su tono se elevó hasta convertirse en un grito.

—Lo siento, lo siento mucho, señora Mendelson. No sabía que era privado —dijo Flo—. De verdad que no lo sabía. En Pierce Brothers me dijeron que había una misa aquí. Solo quería rezar una plegaria.

—¡Fuera! —gritó Pauline.

Nadie de los que conocían a Pauline Mendelson la había visto nunca comportarse de esa manera. Camilla se apresuró por el pasillo hasta llegar a ella y posó una mano en su espalda con delicadeza.

—Querida, Pauline, vuelve para que Rufus pueda terminar el servicio —le dijo.

Las plegarias en el altar continuaron.

«Da coraje y fe a aquellos que están afligidos, para que tengan la fuerza de enfrentar los días venideros en la tranquilidad de una esperanza razonable y santa, en la alegre esperanza de la vida eterna junto a aquellos a los que aman. Amén.»

—Que alguien saque a esta puta de aquí —dijo Pauline.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras Flo sacudía la cabeza negando la palabra «puta».

—Lo siento —susurró de nuevo. Se sentía tan humillada que no podía moverse.

Camilla observó a las dos mujeres, que se miraban la una a la otra. Se inclinó y cogió a Flo March del brazo.

—Vamos, señorita March —dijo educadamente. Puso un brazo en su espalda y aguantó su mano con el otro mientras la conducía fuera de la iglesia.

Desde el altar, el reverendo doctor Rufus Browning entonó el padrenuestro. Sims Lord llevó a Pauline de vuelta a su asiento. Los empleados de la casa y de la oficina bajaron la vista, como si no hubieran presenciado lo que habían presenciado.

Una vez fuera, en las escaleras, Flo empezó a llorar.

—Estoy tan avergonzada —dijo—. No debería haber venido.

—No, no debería haber venido —dijo Camilla en voz baja, sin reproche alguno en su tono.

—Pensé que era un funeral como el de Hector.

—No —dijo Camilla.

—Será mejor que me vaya.

—Sí.

—Camilla, antes de irme quiero decirle algo. Por favor, escúcheme.

—Claro.

—Es importante para mí que sepa esto.

Camilla asintió, esperando a oír lo que Flo tenía que contarle.

—No la culpo por odiarme tanto, pero quiero que sepa que le quería de verdad. No era por la pasta, lo juro. Le quería de verdad —dijo Flo.

Camilla la miró impotente, dividida entre su simpatía y su lealtad.

—Y Jules solía decirme que él también me quería. De verdad. Al final incluso decía que era su razón para vivir.

Camilla dio un paso adelante y abrazó a Flo. Luego se dio la vuelta y se apresuró a entrar en la iglesia.

La muerte del multimillonario y coleccionista de arte de Beverly Hills Jules Mendelson fue anunciada al día siguiente del funeral. *Los Angeles Tribunal*, *Los Angeles Times*, el *New York Times* y el *Wall Street Journal* llevaban la noticia en sus portadas. Bernie Slatkin, el presentador de los informativos de la noche de la NBC le dedicó un segmento especial de su programa, con un montaje de acontecimientos relevantes de la vida del gran financiero, incluidas imágenes de sus conversaciones íntimas con presidentes de Estados Unidos y otros líderes mundiales en varias cumbres económicas. Varias revistas semanales, incluidas *Time* y *Newsweek*, dieron cuenta de su distinguida carrera.

Hortense Madden había trabajado durante semanas en su historia sobre el descubrimiento del borrador perdido de Basil Plant, el autor que había muerto abandonado a la bebida y las drogas sin entregar antes el libro que consideraba su obra maestra, una novela acerca del grupo de truhanes con los que se había movido en sus últimos años. El libro, si es que existía, nunca se halló tras su muerte. Hortense reconocía en su reportaje un pequeño papel de Philip Quennell en la recuperación del largamente perdido manuscrito, pero en la historia que publicó en *Mulholland*, por la que Lucia Borsodi le había

prometido la portada, ella misma era la heroína que había sabido al instante que el texto que tenía entre manos era el que los editores de Basil Plant habían tratado de recuperar de forma desesperada. Según su historia, fue ella la que buscó al misterioso joven llamado Lonny Edge, en cuyo bungalow de Hollywood había sido encontrada la obra. Para avivar el interés por la noticia y dejar entrever una turbia relación entre ellos, se sugería que quizás, solo quizás, el señor Edge había protagonizado algunas películas pornográficas y exhibido su herramienta en revistas lascivas; pero como era crítica literaria y miembro del mundo intelectual de la ciudad, tampoco se explayó mucho en ese aspecto sensacionalista. Lonny Edge, sin embargo, se mostró reacio a ser entrevistado, aunque no supiera que la tímida Hortense Madden y la rubia Marvene McQueen, que estaba cantando en Miss Garbo la noche en la que se fue a casa con Hector Paradiso, lo que le convirtió desde entonces en *persona non grata* en el club, eran la misma persona.

La ira de Hortense Madden se desató cuando Lucia Borsodi llamó a su despacho y le dijo que había que retrasar la publicación de su historia —«Solo temporalmente, Hortense, cálmate»— en favor de la de Cyril Rathbone sobre la excamarera Flo March, que se había convertido en la amante de uno de los hombres más ricos de América, Jules Mendelson, y que vivía a lo grande en Beverly Hills, donde había sido felicitada por los médicos tras salvar la vida de Mendelson después de que este sufriera un infarto agudo de miocardio en su casa.

La fotografía de la portada del número de esa semana mostraba a Flo March llevando un centro de mesa de tulipanes agonizantes a la funeraria Pierce Brothers en Westwood. En las páginas interiores aparecía la largamente olvidada instantánea de Flo March escapando del incendio en el hotel Meurice de París, cargando con su maletín de joyas, con Jules Mendelson en segundo plano.

Al domingo siguiente, el arzobispo Cooning, cuya misión era defender la moral, dio un sermón desde el púlpito de la catedral de Santa Vibiana sobre la deshonra de un hombre que usó su vasta riqueza para corromper a una chica tan joven que podría haber sido su hija.

Cuando Dudley rompió el retractilado de plástico biodegradable del nuevo número de *Mulholland*, Pauline observó su reacción al ver la fotografía de Flo March en la portada.

—¿La conociste alguna vez, Dudley? —preguntó Pauline.

—No, no, no la conocí —dijo Dudley, pero al mismo tiempo su cara se sonrojó de vergüenza. Se alejó para atender una tarea; algunos pétalos del centro de flores enviado por la Casa Blanca —«Querida Pauline, nuestro amor y pensamientos están contigo, George y Barbara», rezaba la tarjeta— habían caído sobre la mesa, y con una mano los puso en la palma de la otra, una labor que normalmente realizaba una sirvienta.

—Dudley —dijo Pauline.

—Sí, señora Mendelson —dijo Dudley mientras tiraba los pétalos en una papelerera.

—Date la vuelta.

—Sí, señora.

—¿Estuvo esa mujer en casa alguna vez? —hubo un largo silencio—. Contéstame con sinceridad, Dudley.

—Sí, señora Mendelson.

Si Pauline Mendelson hubiera podido vivir de nuevo su vida, no habría tomado la decisión que tomó ese día, una decisión que, en algún lugar profundo, sabía que era equivocada, incluso mientras la tomaba. Pero su orgullo se había impuesto a su razón, y ni todos los intentos de persuasión por parte de las personas que tenían las mejores y más sinceras intenciones pudieron disuadirla. Decidió dejar a Flo March sin un céntimo, aunque sabía que la voluntad de Jules había sido mantenerla generosamente.

Su resolución no tenía nada que ver con el dinero, ya que disponía de fondos en abundancia. Solo tres días antes, el día después del funeral de Jules, Titus Fairholm, de Melbourne, Australia, quien siempre había admirado las *Rosas blancas* de Van Gogh, había hecho una discreta consulta para saber si la familia estaría dispuesta a vender el cuadro, a su debido tiempo y por cuarenta y cinco millones de dólares. Pauline sabía que, probablemente, alcanzaría un

precio más alto en una subasta en Boothby's. El dinero no tenía nada que ver en la decisión que había tomado.

Era incapaz de mantener a una mujer que ella consideraba poco menos que una puta, una puta que había destruido los últimos años de un matrimonio en apariencia perfecto.

—Esa mujer estuvo aquí en mi casa —dijo Pauline—. Cuando yo estaba en Northeast Harbor visitando a mi padre, vino a mi casa. ¿Qué clase de persona haría algo así?

—Pauline, como hombre de confianza de tu marido, debo aconsejarte no hacerlo. Jules realizó las gestiones necesarias. Ella tiene documentos. Están firmados por Jules. Y por mí. Y como testigos figuran la señorita Maple y Olaf Pederson, el asistente de Jules.

—Sé perfectamente bien quién es Olaf Pederson. Olaf Pederson estaba compinchado con Flo March. Solo van tras el dinero de Jules. Le oí hablar por teléfono con ella justo en el momento en el que Jules murió. «Ella está dentro con él», le dijo. Esa «ella» del que hablaba era yo. Resulta que sé a ciencia cierta que esa mujer robó unos pendientes de diamante amarillo del bolsillo de Jules el día de su ataque al corazón. Friedrich Hesse-Darmstadt me dijo en persona que había hablado con Jules muy poco antes del infarto y que los pendientes iban a ser devueltos a Londres.

—No sé nada acerca de los pendientes de diamante amarillo, Pauline, o acerca de ella y Olaf. Lo que sí sé es que los documentos que tiene son legales. Puedo garantizarlo —dijo Sims.

La dominante presencia de Jules Mendelson había eclipsado la carrera de Sims Lord en la misma medida en que la había impulsado. Ahora, emergiendo de las sombras de esa dominación, intentó tener paciencia para lidiar con su viuda.

—¿Están esas cosas escritas en el testamento? —preguntó Pauline.

—No están en el testamento, pero los documentos ya habían sido entregados.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—¿La semana pasada? ¿Y cuándo los recibió la señorita March?

—El viernes.

—¿El viernes? ¿Quieres decir el mismo día en el que Jules murió? ¿El día de la tomografía, cuando Olaf, el siempre leal Olaf, lo dejó en su casa en el camino de vuelta del hospital?

—Sí —dijo Sims.

—¿Para anticiparse a su muerte, entonces?

—Se podría interpretar así, imagino.

—La llevaré a juicio. Eso constituye influencia indebida en un hombre enfermo. Recuerda, hay testigos que la vieron colarse en su habitación de cuidados intensivos en el Cedars-Sinai vestida con un uniforme de enfermera, y también haciéndose pasar por su hija. Recuerda todo eso, Sims.

Para Sims Lord, la elegante y refinada Pauline Mendelson se había convertido en una mujer diferente desde la muerte de Jules, enloquecida de odio por Flo March, pero estaba sorprendido por su autoridad.

—Pauline, después de ti, yo era, probablemente, la persona más cercana a Jules. Esto era lo que él quería —dijo Sims con paciencia.

Pauline alzó la voz. Últimamente se ponía irascible muy rápido.

—¿De qué lado estás, Sims? —preguntó—. Será mejor que lo dejemos claro de una vez y ahora mismo.

—Por supuesto, estoy de tu lado, Pauline —dijo Sims en tono tranquilizador—. No lo dudes nunca. Pero podría haber consecuencias, consecuencias muy desagradables, a lo que estás planteando.

—¿A cuánto asciende lo que quiere?

—Algo más de un millón. Por debajo de dos, supongo. Sugiero que le pagues y que lo zanjes.

—¿Pagarle un millón de dólares! ¿Estás loco?

—Eso es lo que cuesta ese anillo. Es una sexta parte de lo que vale ese cuadro de Sisley —dijo Sims, haciendo un ademán de exasperación para indicar lo absurdo de su preocupación por un millón de dólares—. ¿Qué diablos importa? Págale.

—¡Nunca! —Pauline escupió la palabra—. Si está tan arruinada, dile que venda los pendientes de diamante amarillo que robó del bolsillo del traje de mi marido el día que sufrió un infarto en su casa.

Sims sacudió la cabeza.

—Mucho me temo que te vas a arrepentir, Pauline.

Pauline se preguntó, mirando el prado y el jardín de esculturas por las ventanas de la biblioteca, y la piscina y el pabellón un poco más allá, si ella y Jules habían sido felices alguna vez, o si Clouds no había sido más que un magnífico escenario para la representación teatral de su matrimonio.

## *Las cintas de Flo #22*

*«Encargué mis sofás nuevos y elegí la tela de satén gris a noventa y cinco pavos el metro. Jules me dijo que era una cantidad escandalosa, pero me daba igual. Tenía dinero. Si Pauline le hubiera dicho que se había gastado noventa y cinco por metro, o incluso ciento noventa y cinco pavos por metro, no hubiera pensado nada al respecto.*

*»Déjame hablarte de esos sofás, porque son importantes para la historia, especialmente desde que Kippie Petworth los manchó de sangre por todas partes. Nellie Potts, mi decoradora de primera fila, dijo que eran una copia de los que había diseñado Coco Chanel para su apartamento del hotel Ritz de París. Me gustaba cómo sonaba eso. Esperé y esperé por ellos, con ilusión. Tardaron una eternidad en hacerlos. Y, luego, finalmente, llegaron. Y los coloqué donde debían estar, y me fascinaban, y durante unos pocos días no pude pensar en otra cosa que no fueran los nuevos sofás de satén gris, y me sentaba en diferentes partes, hasta que encontré el sitio justo. Y luego me acostumbré a ellos. Y volví a la vida normal, a esperar a Jules cada tarde a las cuatro menos cuarto. O a jugar con Astrid. O a beber té helado con Glyceria, la sirvienta de la casa de al lado. Los sofás eran bonitos, pero les faltaba algo. ¿Sabes a lo que me refiero? Algo. No lo tenían. Solo eran unos sofás. Y yo solo era, de nuevo, la amante.»*

Flo March. Flo March. Flo March. Desde que su foto había aparecido en la portada de *Mulholland*, Flo March se había hecho famosa. La gente hablaba de ella en todas partes. La desprestigiada amante de un multimillonario deshonrado, la llamaba la revista. «¿Ya se han enterado? Apareció por sorpresa en el funeral de Jules y se montó una escena entre ella y Pauline que no podrían creerse, queridas.» Su nombre estaba en boca de todos, tanto en las fiestas elegantes de la ciudad como en la cafetería Viceroy, donde había trabajado, y donde todos los clientes querían oír hablar de ella. Curly y Belle, que la defendían, se volvieron importantes por haberla conocido. En la barra del Miss Garbo, Manning Einsdorf y Joel Zircon contaban historias. Mujeres que se habían sentado a su lado bajo el secador en el salón de Pooky y que no habían reparado o hablado con ella, ahora afirmaban ser sus amigas. Incluso aquellas personas más cercanas a Pauline Mendelson no se podían resistir; entre ellos, compartían cada pequeño pedazo de información acerca de la mujer en cuya casa Jules Mendelson había sufrido el ataque al corazón que, a la postre, acabó con su vida. «Fue a rezar al funeral de Hector Paradiso. Se coló para pasar junto al ataúd». O: «Claro que la has visto. Va a la peluquería de Pooky. Muy guapa, de una manera vulgar, toda engalanada de Chanel como una tarta». O: «Madge White sí que la conoció, en un restaurante del valle; estaba cenando con Jules». O: «Atropelló a la perra de Faye Converse. La mató. La dulce y pequeña Astrid, la perra de Hector».

Durante las dos semanas que su fotografía estuvo en la portada de la revista *Mulholland*, Flo March, avergonzada por la controversia que estaba causando, rehuyó el contacto con toda la gente que conocía. Dejó de coger el teléfono y no revisaba el contestador. Algunos amigos fueron a casa y llamaron al timbre, pero no abría la puerta. Pooky dejó un mensaje tras otro diciendo que le gustaría pasar por la mañana antes de abrir su peluquería para peinarla, pero Flo no respondió. Ni siquiera Glyceria, la sirvienta de Faye Converse, fue capaz de entrar en la casa de Azelia Way, aunque pasara cada día y le

llevara comida, que dejaba junto a la puerta corredera que daba a la piscina. Algunos días, Flo no se levantaba de la cama. Había empezado a beber vino a todas horas y a tomar Valium.

Sims Lord tuvo que encargarse de informar a Flo de que los acuerdos económicos hechos a su favor por Jules el día de su muerte iban a ser impugnados por la familia. Fue a su casa para decírselo personalmente, en nombre de Pauline Mendelson, después de que no contestara a sus llamadas.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Flo, atónita, ante su anuncio.

—No habrá nada para ti, Flo. Más allá de lo que Jules ya te dio.

—Pero ¿por qué?

—La familia considera que se ejerció influencia indebida sobre Jules en un momento en el que estaba demasiado enfermo como para saber qué estaba firmando.

—¿Presión de quién?

Sims no respondió.

—¿Mía? ¿Es eso a lo que te refieres?

—Solo soy un mero mensajero, Flo.

—No, Sims. No eres en absoluto un mero mensajero. Eres parte del asunto. Tu nombre está en los documentos, figuras como testigo.

—Actúo en nombre de la familia, de la que soy el apoderado.

—¿Quién es la familia exactamente, Sims? ¿Pauline? ¿Es Pauline la que cree que se ejerció influencia indebida sobre Jules? Sabes que eso no es cierto, ¿no?

Flo estaba sentada en su sofá de satén gris. La embargó una sensación de pánico. Se levantó para que no fuera evidente que le temblaban las manos. Pasó por delante de Sims en dirección al mueble bar, donde cogió una copa y se sirvió un poco de vino blanco de una botella abierta que sacó del frigorífico. A Sims le gustaba cómo iba vestida, en pantalones y suéter. Le gustaba la estela de perfume Fracas que la precedía y la seguía. Le gustaba la manera en que su pelo rojo estaba recogido con un lazo. Le gustaba que no llevara maquillaje. Se dio cuenta de que se sentía muy atraído por ella.

Al volver al sofá, él la cogió por el brazo y la retuvo.

—No me has ofrecido una copa de vino —dijo, sonriendo.

Ella entendió su sonrisa. Había visto esa misma sonrisa en las caras de hombres mayores que la deseaban desde que tenía quince años. Apuntó al bar con la cabeza y el pulgar al mismo tiempo.

—Sírvelo tú mismo —dijo.

Sims la atrajo hacia él y empezó a besarla. Ella se quedó inmóvil, de pie, mientras él la besaba, pero no respondió. Él empezó a respirar pesadamente y a pegarse a ella. Flo se deshizo de su abrazo.

—No, Sims. No soy solo eso —dijo, negando con la mano frente a él.

Él continuó agarrándola.

—Escúchame, Flo. Podría cuidar de ti. Podrías quedarte en mi casa. Me encargaré de todo.

Flo se apartó.

—¿Has venido hasta aquí para decirme que me van a despojar de mi legítima herencia y, al mismo tiempo, echar un polvo rápido? ¿Es eso? —preguntó—. ¿Cómo pude equivocarme así y pensar que tenías clase?

—Vamos, Flo. Me has puesto como una moto. Mira lo dura que la tengo —dijo Sims. Le quitó la copa de vino y le puso su mano en la bragueta.

—Estoy bastante segura de que tu gran amigo Jules no te hizo pensar que soy así de fácil —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Sims se había bajado la cremallera de la bragueta. Metió la mano, sacó su pene y se lo enseñó, como si verlo, erecto y duro, fuera a despertar en ella un arrebató de pasión y lujuria.

Su mirada, llena de desprecio, ignoró el ofrecimiento.

—¿Tan fácil parezco, Sims, que te parece bien sacarte la polla delante de mí? No creo que le hicieras eso a Pauline, ahí arriba, en la biblioteca de Clouds. Guárdatela. O hazte una paja. Nunca me ha puesto el pelo púbico blanco.

Se sentó en el sofá y cogió una revista, que ojeó, mientras Sims Lord, rojo de ira, se guardaba su pene menguante en los pantalones y se subía la cremallera. Recobrando la compostura, caminó hacia la entrada, callado y distante. Abrió la puerta y se fue sin despedirse.

Un día, Philip Quennell fue a casa de Flo y llamó insistentemente al timbre, pero ella no contestó. Su coche estaba en el garaje y Philip sabía que Flo estaba dentro. Cuando estaba a punto de irse, comprobó la puerta, que, para su sorpresa, estaba abierta. Entró.

—¿Flo? —dijo una vez dentro del salón.

Aunque fuera había una luz diurna deslumbrante, en el interior las cortinas estaban echadas y la sala de estar estaba casi en total oscuridad. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio a Flo sentada en el rincón de unos de sus grandes sofás. Frente a ella, en la mesa, había una botella de vino blanco y una copa de su juego de cristalería Steuben.

—No es seguro dejar la puerta abierta hoy en día —dijo Philip, asimilando la escena—. Hay toda clase de chalados ahí fuera.

—¿Qué importa? —preguntó Flo, mirándole.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que en el programa se conoce como un pequeño desliz —respondió ella.

Philip cogió la botella.

—Terriblemente bueno, ¿sabes? De la subasta de Bresciani —dijo Flo, imitando con exactitud la voz de Jules.

—No te va a ayudar —dijo Philip.

Flo se encogió de hombros.

—Jules odiaba el vino vulgar que yo compraba en el Hughes Market, así que hizo que trajeran unas cuantas cajas de su mejor vino. También odiaba mis copas vulgares, así que me hizo encargarse una docena de cada tamaño imaginable a Steuben, en Nueva York. También odiaba mis sábanas vulgares, así que pidió juegos y juegos de Porthault cuando estuvo en París. La única cosa vulgar que le gustaba era yo.

—No eres vulgar, Flo —dijo Philip.

—Gracias, Phil Q. Eres muy amable, pero no sabes algunas de las cosas que hice con él.

—Tampoco quiero saberlas.

—No seas mojigato, Phil Q.

Philip llevó la botella de vino al baño y vertió lo que quedaba en el retrete.

—Pareces un elefante meando —le gritó ella.

Philip se rio. Volvió a la sala de estar y tiró la botella a la basura.

Flo lo miró.

—Tengo muchas más.

—¿Quieres que te lleve a una reunión?

—Diablos, no. No me voy a poner de pie en mitad de un salón cualquiera para contarle todos mis problemas al mundo. Puedo lidiar con esto yo sola.

—¿Esto es lidiar con ello? ¿Pasarse el día tirada en una habitación a oscuras con una botella de vino?

—No me jodas, Phil —Flo se encendió un cigarrillo y lo dejó colgar de sus labios.

Philip se sentó en la habitación en penumbra y la miró.

—¿Quieres que encienda las luces? —preguntó.

—No —contestó ella. Dio una calada al cigarrillo y, sin quitárselo de la boca, exhaló el humo. Empezó a llorar—. Tengo miedo, Phil. Tengo muchísimo miedo.

Se levantó del sofá y caminó hasta el bar dando tumbos. Metió la mano en el frigorífico y sacó otra botella de vino. Introdujo el sacacorchos, pero se le resbaló de la mano y se cortó.

—Hazlo tú, ¿quieres? —dijo, ofreciéndole a Philip la botella y el sacacorchos.

—No —respondió él.

—¿Qué es lo que no entiendes, Philip? Me he acostumbrado a vivir así. Prácticamente no tenía dónde caerme muerta hasta que conocí a Jules. Estuve cinco años con él. Era algo más que la ropa y las joyas y el coche y la casa. Me protegió. Pagó mis impuestos. Pagó mi seguro médico. Cubrió mis gastos de más. Era bueno conmigo. No podría volver atrás. No podría. Me lo van a quitar todo.

—¿Quién?

—Pauline y Sims.

—Pero ¿qué pensabas que iba a ocurrir?

—Pensaba que el tio vivo no se detendría nunca. Eso pensaba. Pensaba que Jules Mendelson era inmortal. Eso es lo que pensaba. Oh, por el amor de Dios, ábreme esta mierda de botella, Philip. Necesito un trago.

—Escucha, no puedo contigo cuando estás borracha. No aguanto a la gente que está borracha. No siento ninguna simpatía por ella. He venido aquí para ayudarte, pero estás demasiado borracha para entender lo que te estoy diciendo. Si te recompones, llámame. De lo contrario, no volveré a molestarte.

Caminó hacia la puerta.

—¿Cómo está Camilla? —gritó Flo.

—Bien.

—Dile que Flo le da las gracias.

Philip se detuvo y se volvió hacia Flo.

—¿Gracias por qué?

—Ella sabrá por qué.

—Quiero saberlo.

—Fue muy buena conmigo en el funeral de Jules.

—Nunca me lo contó.

—La chica tiene clase, Philip.

Cuando se quedó sin las cosas básicas, como comida congelada y compresas, empezó a comprar en tiendas veinticuatro horas y farmacias. Salía de casa a las dos de la mañana, cuando sabía que no se encontraría con nadie conocido. Se cubría el pelo con un pañuelo y se ponía unas gafas de sol y conducía hasta el Hughes Market, en la intersección entre Beverly Boulevard y Doheny Drive. Un día, mientras empujaba el carrito por los pasillos, pasó por el mostrador de las revistas, donde había una con su foto en portada, y se topó con Lonny Edge, al que no había visto desde sus tiempos de camarera en la cafetería Viceroy. Lonny iba vestido de negro, como siempre, y estaba apoyado en el mostrador, leyendo el artículo de *Mulholland* sobre ella. Para evitarlo, cambió rápido de dirección, pero al girar su carro chocó por accidente con Lonny y él levantó la mirada. La reconoció inmediatamente, aunque ella pensaba que estaba irreconocible.

—¡Flo! ¡Qué coincidencia! Justo estaba leyendo sobre ti — dijo Lonny.

—Baja la voz, ¿quieres, Lonny? —dijo Flo mirando alrededor para asegurarse de que nadie le había oído, aunque fueran más de las dos de la

mañana y el supermercado estuviera prácticamente vacío.

—Eres una celebridad en toda regla.

—No es la clase de fama que alguna vez quise tener, Lonny —dijo Flo.

—Has salido tarde —dijo Lonny.

—Y tú.

—Ya sabes la vida que llevo, Flo. Los horarios normales nunca fueron con mi negocio.

—¿Sigues haciendo esos vídeos cochinos?

Lonny sonrió y se encogió de hombros.

—Siguen diciendo que tengo madera de estrella.

Flo se rio.

—Recuerdo haber oído algo sobre tu madera de estrella.

—Me gusta verte reír, Flo. ¿Quieres un café? ¿O un trago? ¿Algo?

—No, tengo que volver —dijo Flo.

—Claro.

—Me alegro de verte, Lonny.

—Escucha, Flo, no sabía que Jules Mendelson era tú, ya sabes, lo que sea, ¿tu novio? Hasta que me hablaron de este reportaje en *Mulholland*.

—No tendrías por qué saberlo —dijo Flo—. No lo sabía mucha gente —se dio media vuelta para irse.

—¿Alguna vez conociste a su hijo? —le preguntó Lonny mientras ella se alejaba.

—¿Su hijo? —preguntó Flo, deteniéndose—. Jules Mendelson no tenía hijos. Creo que te equivocas de tío, Lonny.

—Hijastro, quiero decir —corrigió Lonny.

—Creo que tampoco tenía un hijastro. Quiero decir, es algo que hubiera sabido. Estuve con él cinco años.

—Un chaval malcriado. Un mocoso. Se llama Bippie o Kippie o algo parecido.

Flo, al oír el nombre de Kippie, se detuvo de nuevo y miró a Lonny.

—Mucha gente piensa que fui yo quien mató a Hector Paradiso aquella noche, incluido ese gilipollas de Manning Einsdorf, porque me fui de Miss Garbo con Hector. Me fui a casa con él, sí. Me lo follé, sí. Incluso le pegué un poco, porque eso era lo que quería. Pero no fui el último que le vio esa noche.

El hijastro de Mendelson llegó allí antes de que yo me fuera, buscando dinero, mucho dinero, y Hector quiso que me largara rápido.

Flo miró a Lonny.

—¿Kippie Petworth? ¿Se llama así?

—Sí, Kippie Petworth. Un gilipollas malcriado.

Los pensamientos empezaron a acelerarse en su cabeza. Recordaba a Kippie. Jules había llegado a su casa antes de que saliera el sol y la había despertado.

—Ha venido un chaval conmigo —le había dicho Jules—. Déjale dormir en el sofá un par de horas. Volveré a buscarlo.

—Pero ¿quién es? —le había preguntado Flo.

—Es el hijo de unos amigos.

—¿Está metido en algún lío?

—Nada serio. Cosas de chavales.

Flo empujó de nuevo el carrito hacia Lonny.

—¿Estás tratando de decirme que Kippie Petworth mató a Hector Paradiso? —preguntó Flo, mirando a su alrededor y hablando en voz baja, aunque no había más clientes en el pasillo.

—Alguien lo hizo. Y no fui yo. Y está claro que no fue un suicidio, como tu amigo Jules Mendelson quería hacer creer a todo el mundo. No te puedes disparar cinco veces a ti mismo. Cualquiera capullo lo sabe.

Flo asintió.

—Eso mismo me dije yo muchas veces. Escucha, Lonny, tengo que irme. ¿Cómo puedo encontrarte si lo necesito?

Lonny sacó un bolígrafo de su chaqueta y anotó su número de teléfono en la portada de la revista *Mulholland*, luego rasgó la esquina y se la dio a Flo. Volvió a meter la revista en el montón, poniendo otro ejemplar sobre ella para que la esquina arrancada no se viera.

En el camino de vuelta a Azelia Way, Flo rememoró la madrugada en la que Jules había llevado al joven llamado Kippie a su casa. No había vuelto a pensar en él hasta el encuentro con Lonny Edge en el supermercado veinticuatro horas.

—No me acuerdo de tu nombre —había dicho el joven a mediodía, después de levantarse y de que ella entrara en el salón. Flo tenía intención de

ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos esa mañana, pero no quería dejar al joven extraño en su casa.

—Flo. Flo March.

—Eso. Flo March —repitió el joven.

—Y no estoy segura de haberme quedado con el tuyo. ¿Kippie? ¿Era así?

—Kippie, sí.

—¿Kippie qué?

—Petworth.

Flo se rio.

—Eso es lo que yo llamo un nombre bastante sofisticado. No es muy habitual en el distrito de Silverlake.

—No, no. Es totalmente *Blue Book* —dijo, y se rio.

Al verlo reírse, Flo advirtió por primera vez que le faltaba un diente.

—Me temo que he manchado con un poco de sangre el sofá.

—Oh, Dios mío —dijo ella, apresurándose para coger uno de los cojines de satén gris—. El sofá es nuevo, lo trajeron justo ayer. ¿Tienes idea de cuánto vale esta tela? Cuesta noventa y cinco dólares el metro.

—Solo tienes que mandarlo a tapizar otra vez, supongo. Jules lo pagará.

—Pero solo lo he tenido un día —repitió ella—. Está nuevo.

—Mientras tanto, dale la vuelta así, con el lado manchado de sangre hacia abajo, y nadie notará la diferencia —giró el cojín y pasó la mano por el lado sin manchas—. ¿Ves? Solo tú y tu decoradora podéis apreciar la diferencia.

—Sí, claro —respondió ella, negando con la cabeza.

Estaba abatida porque le habían manchado su precioso sofá nuevo. Y estaba molesta con Jules por haber traído a ese extraño descuidado a su casa, especialmente porque parecía darle igual el daño causado, como si estuviera acostumbrado a que le solucionaran las cosas.

—Mira, no tiene sentido perder el tiempo preocupándose de algo tan nimio como el cojín de un sofá —dijo Kippie cuando advirtió que ella estaba molesta de verdad por las manchas que había dejado.

Flo tenía que admitir que el muchacho tenía encanto y estilo, la clase de encanto y estilo que no se adquiere, sino que viene de cuna. Trató de escoger una palabra para describirlo. «Adorable» fue la primera que le vino a la

cabeza. Se preguntó qué estaba haciendo en su casa. Se preguntó por qué Jules lo había dejado allí a las seis en punto de la mañana y había dicho: «Que se quede aquí hasta que vuelva a por él. No hagas ninguna pregunta».

—¿Te importa que me fume un porro? —le preguntó Kippie, sacando un porro de su bolsillo. Alargó la mano para coger una caja de cerillas sin esperar la respuesta.

—Sí, me importa. No quiero que te fumes un porro en mi casa.

Él la miró, con cara de sorpresa.

—Qué gracia, no te tomaba por una señorita a la que le pareciera mal eso.

—Hubo un tiempo en el que no me lo hubiera parecido, pero ahora sí.

—¿Porque he fastidiado tu sofá?

—No, porque no quiero que nadie fume droga en mi casa.

Kippie se encogió de hombros y guardó el porro en el bolsillo.

—¿Tienes zumo de naranja?

—Lo exprimiré.

—¿Y café?

—Te pongo un poco. Pero no me hables como si fuera la sirvienta. Estás en mi casa y, al parecer, te estoy haciendo un favor dejándote estar aquí.

—¿He sonado así? Lo siento —Kippie se tapó la boca con la mano y le sonrió. Flo veía a las claras que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, especialmente con las mujeres.

Le sirvió café en la cocina, donde él cogió el ejemplar de *Los Angeles Tribunal* que ella ya había leído. Parecía excesivamente interesado en el periódico. Pasaba las páginas muy rápido, repasando cada una como si buscara algo específico. Finalmente apartó el periódico y se tomó el café.

—¿Qué eres tú para Jules Mendelson? —preguntó Flo.

Kippie Petworth miró a Flo March, pero no respondió a la pregunta. Se dio cuenta de que Jules no le había contado nada.

—Te he hecho una pregunta —dijo Flo.

—¿Qué eres tú para Jules Mendelson? —preguntó él en respuesta.

Los dos se miraron. Ninguno respondió a la pregunta del otro.

Kippie Petworth tenía una idea bastante definida sobre quién podía ser Flo March, pero Flo March no tenía ni idea de quién podía ser Kippie

Petworth.

Más tarde, Jules lo recogió y se fueron juntos sin cruzar palabra. Jules nunca mencionó su nombre. Tampoco ella. Luego, conmocionada por la muerte de Hector Paradiso, que acaparó las conversaciones de todos durante los días siguientes, se olvidó del joven llamado Kippie Petworth, que había pasado seis horas en su casa, y nunca, ni por un instante, lo conectó en su cabeza con la muerte de Hector Paradiso.

Cuando días después llamó a Nellie Potts para decirle que necesitaba más tela de satén gris para retapizar uno de los cojines del sofá, Nellie le dijo que la compañía textil se había quedado temporalmente sin existencias, pero que la avisaría cuando la tela volviera a estar disponible.

A la mañana siguiente, Flo revisó su agenda. El día que Jules había llevado a Kippie a su casa a las seis en punto de la mañana fue, en efecto, el mismo día que Hector Paradiso había sido hallado muerto. Recordó también que Jules se había molestado porque ella hubiera asistido al funeral. Entonces se dio cuenta de que, si no hubiera salido al supermercado la noche anterior y no se hubiera topado con Lonny Edge, a quien había tratado de evitar, quizá no hubiera sabido nunca que el responsable de la muerte de Hector era el hijo de Pauline Mendelson, y que ella lo había escondido en su casa mientras Jules hacía las gestiones para encubrir el asesinato que había cometido. Recordó el encanto y el estilo del joven, la clase de encanto y estilo que solo podía haber heredado de su madre. Saber esto le resultaba reconfortante.

Ese mismo día, Flo llamó a Sims Lord y le dijo:

—Hay algo que quiero que hagas por mí, Sims.

—¿El qué? —preguntó Sims. El tono de su voz era frío.

—Quiero reunirme con Pauline Mendelson.

—Oh, vamos, Flo. Sé realista. Pauline Mendelson nunca se reunirá contigo.

—Quizá deberías decirle que tengo cierta información que puede ser de gran interés para ella.

—Olvídate de Pauline. Es una causa perdida. Cree que le has arruinado la vida. Nunca te lo perdonará.

—Dile a la gran dama que se va a arrepentir mucho si no viene a verme, Sims. —Como él no respondía, añadió—. Dile que tiene que ver con Kippie.

—¿Qué pasa con Kippie? —preguntó Sims.

Durante los años que había sido el abogado y confidente de Jules Mendelson había tenido que sacar a Kippie Petworth de muchos de sus grandes líos.

—No voy a hablar más contigo, Sims. Ella es la única con la que quiero hablar.

—Nunca. Nunca, nunca, nunca —dijo Pauline—. No voy a reunirme con ella de ninguna manera. Con esa clase de gente, es simplemente chantaje. Es todo por el dinero.

—Ha dicho que...

—No me importa lo que ha dicho.

—Ha dicho que tenía que ver con Kippie —continuó Sims.

Hubo un silencio.

—¿Con Kippie? —respondió ella.

Pauline Mendelson no sudaba nunca, pero en ese momento sintió cómo se le humedecían las axilas al pensar en Flo March pronunciando el nombre de su hijo. Recordó la última cosa que le había preguntado a Jules antes de morir. «¿Lo sabe alguien más, Jules?», pero Jules había muerto sin contestarle. Recordó las palabras de Kippie cuando la llamó tras la muerte de Jules. «Lo sé todo», le había dicho ella. «¿De Flo March?», había preguntado Kippie.

Esa tarde, el reverendo doctor Rufus Browning, de la Iglesia Episcopal de Todos Los Santos de Beverly Hills, fue a tomar el té con Pauline Mendelson en la biblioteca de Clouds. Pauline no se atrevía a contarle a nadie lo que sabía de su hijo, ni siquiera a su padre, en quien confiaba plenamente, o a ninguna de sus hermanas, o a Camilla Ebury, ni por supuesto a Rose Cliveden. Rufus Browning era un gran admirador de Pauline Mendelson y disfrutaba de su papel como consejero espiritual. En las ocasiones en que ella asistía al servicio dominical, siempre le llamaba doctor Browning cuando hablaban en las escaleras de la iglesia después de la misa, pero en su biblioteca, cuando iba a tomar el té, se dirigía a él como Rufus. A Blondell y a Dudley no se les escapó que la señora Mendelson había estado llorando

durante la hora y media que permaneció encerrada en la biblioteca con el doctor Browning. Después, llamó a Sims Lord a su oficina.

—Me veré con ella —dijo Pauline—. Pero no en mi casa. No la quiero aquí. Y por supuesto, no iré a la suya.

—Podemos reunirnos en la oficina de Jules —sugirió Sims.

—Iré a juicio, señora Mendelson —dijo Flo—. Tengo los documentos que firmó Jules. Verá en estas fotocopias que Olaf Pederson, Margaret Maple y Sims Lord actuaron y firmaron como testigos.

—Esos papeles fueron entregados horas antes de la muerte de mi marido y no aguantarán en un juicio. Me lo han asegurado algunos de los juristas más prestigiosos del país —respondió Pauline. Esas eran las palabras que Sims Lord le había preparado para decir, pero hasta ella misma pudo apreciar que la fuerza y la autoridad que había ganado desde la muerte de Jules habían desaparecido de su tono—. Usted coaccionó a mi marido para firmar esos documentos. Se coló a hurtadillas en el hospital, primero fingiendo ser su hija y luego vistiéndose de enfermera. Hay muchos testigos en el hospital que lo corroborarán. La hago responsable de la muerte de mi marido.

Flo asintió, calmada. Las dos mujeres que Jules había amado se miraban la una a la otra. Flo se dio cuenta de que era ella quien tenía la sartén por el mango.

—La salud de Jules flaqueaba desde hacía más de un año, señora Mendelson. Y sabe que eso es cierto tan bien como yo. Así que no me culpe por su muerte. En caso de que esté interesada, y estoy segura de que no, los auxiliares de la ambulancia le dirán que le salvé la vida. Y si está buscando a alguien a quien culpar, culpe a Arnie Zwillman por contarle a Myles Crocker lo de la chica que se cayó por el balcón en Chicago en 1953, y culpe a Myles Crocker por decirle a Jules, apenas dos horas antes de su ataque al corazón, que el nombramiento de Bruselas había sido cancelado.

Pauline enmudeció, devastada porque Flo supiera más de su marido que ella.

Flo se levantó, como si estuviera a punto de irse.

—Sé muchas cosas de Jules, señora Mendelson.

—Ignórala, Pauline —dijo Sims. Su tono de voz era helado—. A esta mujer se le ha pagado generosamente por favores sexuales y busca un cheque en blanco de por vida.

—No te estoy hablando a ti, Sims —dijo Flo. No hizo ningún esfuerzo por ocultar el desprecio en su voz—. No quiero saber nada de ti. No quiero saber nada desde que te sacaste la polla delante de mí pensando que yo era la clase de chica que caería arrodillada a tus pies.

Sims se volvió hacia Pauline.

—Tienes que entender la clase de persona que es, Pauline. Es capaz de decir cualquier cosa.

Pauline advirtió el sonrojo controlado en la cara de Sims Lord. Asintió.

—Creo que la señorita March no sabe nada —continuó Sims.

—La señorita March sabe quién mató a Hector Paradiso, para empezar —dijo Flo. Ignoró a Sims Lord y se dirigió a Pauline—. La señorita March lo sabe porque el señor Mendelson trajo al asesino a su casa y lo escondió allí durante seis horas el día del asesinato, mientras él se encargaba de encubrir el suceso y hacerlo pasar por un suicidio.

Pauline se quedó pálida, pero permaneció en silencio.

—Nadie creería nunca tal cosa —dijo Sims.

—Lo harían si mando analizar la sangre de uno de los cojines de mi sofá de satén gris; lo manchó alguien que acababa de perder un diente —dijo Flo. Sus ojos no se apartaron de los de Pauline mientras hablaba, hasta que esta bajó la vista.

—No estoy pidiendo mucho, señora Mendelson. Solo estoy reclamando lo que Jules quiso que tuviera. La casa en Azelia Way y los beneficios de una de sus inversiones para seguir viviendo de la forma que él quería que viviera. Eso es todo. Ni un céntimo más. Con la cantidad de pasta que tiene, no es mucho. Piénselo. Y si alguna vez desea hablar conmigo en privado, sin Sims revoloteando, la señorita Maple le dará mi número.

Abrió la puerta de la sala de reuniones y salió.

Sims y Pauline se quedaron en silencio durante unos momentos.

—Págale, Sims. Dale lo que pide. Dios sabe que puedo permitírmelo —dijo Pauline.

—Una vez que empiezas no se acaba nunca, ya sabes —dijo Sims.

—Págale —repitió Pauline.

—Es un error, Pauline.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pauline. El encuentro con Flo la había alterado mucho.

—Si accedes a esto ahora, el año que viene vendrá a por más. Es una forma de chantaje. He visto casos como este antes. ¿De qué estaba hablando? ¿Un diente perdido? ¿La sangre en el cojín? No he entendido esa parte.

Pauline negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo.

—He constatado que no es solo una mentirosa, sino que también delira; tiene hambre de dinero, y es un peligro para ti y para la memoria de Jules.

—¿Estás diciendo que no deberíamos pagarle?

—¿No es eso lo que querías?

—Pero pensaba que estabas a favor de respetar los acuerdos que hizo Jules.

—Ya no —respondió Sims, con tono neutro.

Pauline, preocupada, asintió. Temía seguir con el tema por miedo a que saliera el nombre de Kippie. Cogió su bolso y se levantó. Ya en la puerta, se volvió hacia Sims.

—¿Qué crees que será de ella? —preguntó Pauline.

—Caerá en el olvido, nadie volverá a oír hablar de ella, sin duda.

### *Las cintas de Flo #23*

*«Jules siempre separó su vida de casado de su vida conmigo. No le gustaba hablar de Pauline, y yo respetaba eso, pero me fui quedando con muchas cosas sobre ella durante los cinco años que fui amante de Jules y, pieza a pieza, lo reconstruí todo de nuevo. Hablamos de una vida de privilegios. Ella tenía una vida privilegiada, su vida entera fue así. Cuando tenía dieciséis años, por ejemplo, iba a una escuela de niñas pijas en Virginia, no puedo recordar el nombre, donde todas las chicas montaban a caballo, y era una amazona y saltadora tan buena que la seleccionaron para participar en un espectáculo ecuestre en el Madison Square Garden de Nueva York, y le dieron un lazo azul o lo que fuera que dieran como primer premio. Cosas por el estilo. Parecía hacerlo todo bien. El único error que cometió fue casarse con su primer marido, porque estaba destinada a cosas más grandes que ese tipo.*

*»Escuche, tengo que ser realista. Era la esposa perfecta para Jules. Es una lástima que no pudiéramos llegar a algún tipo de acuerdo entre los tres, como los de esos matrimonios europeos. Me hubiera conformado con algo así en un minuto. Todo el mundo decía lo maravillosa que era. Imagino que era cierto, hasta que supo de mí. Supongo que, si hubiera estado en su lugar, yo también me hubiera odiado.»*

En poco tiempo, la noticia sobre los aprietos económicos de Flo March llegó a oídos de Cyril Rathbone. Las desgracias de los demás —divorcio, pérdida de empleo, cáncer, sida, bancarrota, detención, suicidio, adulterio y perversión— eran la fuente de riqueza de Cyril Rathbone, y mientras oía esos relatos desdichados de parte de sus informantes, siempre decía cosas afectadas como: «Oh, querida, qué triste, qué terriblemente triste», pero al mismo tiempo su cabeza estaba maquinando la manera en que escribiría sobre ello en su columna. Como le había dicho en una ocasión a su gran amigo Hector Paradiso: «¿Qué sentido tiene un secreto si se mantiene en secreto?». Esas desdichas eran el eje vertebrador de sus artículos, mucho más que las fiestas, las inauguraciones y los actos benéficos. Eran la verdadera razón por la que la gente pasaba las páginas de la revista para leer su columna lo primero.

En el caso de Flo March, no obstante, los planes de Cyril fueron más ambiciosos, yendo más allá de las meras menciones en su columna, porque los protagonistas de su desgracia, Pauline y Jules Mendelson y el rutilante grupo de celebridades con quienes estos se movían, eran muy famosos. La chica, pobre criatura, estaba sentada en una mina de oro y nadie podía hacérselo ver. Aunque Flo no trabajaba de camarera desde hacía cinco años, Cyril no pudo resistirse a definirla en su columna como «la excamarera Flo March», como si eso explicara su incapacidad para hacerse cargo de lo poderosa que era su posición. Un acuerdo editorial y una miniserie cruzaron su mente. Incluso la visualizó apareciendo en *After Midnight*, el programa nocturno de Amos Swank, toda emperifollada con su traje de Chanel, hablando de la malvada Pauline Mendelson, que le estaba arrebatando su legítima herencia. Tal aparición, sabía, garantizaría que su libro, si se la convencía para escribir uno, ascendería como un cohete hasta lo más alto de las listas de más vendidos en todo el país. Las posibilidades eran alucinantes.

Fue la gran estrella Faye Converse, que se preocupaba por Flo, su vecina, pero que no quería verse involucrada en la situación —«al fin y al cabo no la conozco, pobrecilla; solo hablé con ella la noche que mató a mi perra»— quien le dijo a Cyril que Flo raramente se levantaba de la cama y que en la entrada de su casa se acumulaban grandes montones de facturas sin abrir.

—No creo que pueda permitirse seguir viviendo en esa casa mucho más tiempo.

—Pero ¿cómo sabes esas cosas? —preguntó Cyril, disfrazando su entusiasmo por esa información con un tono sombrío.

—Glyceria, mi sirvienta Glyceria, la adora —le explicó Faye. Faye Converse, que siempre decía a los entrevistadores que no le gustaba el cotilleo, bajó la voz hasta convertirla en un murmullo y miró a su alrededor, aunque estaba a solas en ese momento, en su propia casa. Luego susurró al teléfono—: Creo que bebe —miró de nuevo a su alrededor y añadió—. Está catatónica, pobrecilla.

Ese mismo día, Cyril llamó a Flo March y dejó un mensaje en su contestador automático diciendo que era un asunto de la máxima importancia y que le llamara. Estaba seguro de que Flo lo haría. Pero no devolvió la llamada.

En lugar de eso, en un golpe de buena suerte que él tomó como una señal de las alturas, como él lo llamaba, se encontró con ella. Cyril Rathbone le daba mucha importancia a esas señales. «Tenía que ocurrir», decía a menudo con tono de vidente. O «nada ocurre por casualidad». Al día siguiente, por la mañana, muy temprano, Flo entró en la cafetería Viceroy, donde él estaba desayunando. Se quedó de pie junto a la puerta, tímidamente, sin saber dónde sentarse. Iba vestida de incógnito —pensó él—, con unas gafas de sol grandes y su pelo rojo completamente tapado por un pañuelo, pero Cyril la reconoció al momento, envuelta como estaba en ese aire melancólico.

—¿Está Curly? —preguntó a la cajera.

—¿Curly? No conozco a ningún Curly —dijo la cajera.

—¿Belle? ¿Qué mesas atiende Belle?

—Belle ya no trabaja aquí.

Flo no había vuelto a la cafetería Viceroy desde que había dejado su trabajo hacía cinco años, cuando Jules Mendelson la llevó a París y empezó su aventura. Él no había querido que volviera a trabajar, y ella no lo había hecho, aunque durante un tiempo mantuvo el contacto con Curly y Belle. Se quedó allí de pie, indecisa, sin saber si quedarse o irse, y luego se sentó en un taburete en la barra y pidió un café. La camarera que la atendió era nueva y no la conocía. Cuando se llevó la taza a los labios, Cyril advirtió que le temblaba la mano. Apoyó la taza y sacó un cigarrillo de su pitillera de oro con su nombre, FLO, grabado con zafiros; le volvió a temblar la mano cuando trató de encenderlo con su mechero de oro a juego. Él supo que había llegado el momento.

Sin decir palabra a Joel Zircon, con quien estaba desayunando, Cyril cogió su café, se levantó de su mesa y fue hasta la barra.

—Buenos días, señorita March —dijo—. Es muy temprano para verla a usted por aquí. Siempre imaginé que era una de esas señoritas hedonistas que duerme hasta tarde y toma el desayuno en la cama sobre una bandeja con manteles Porthault.

Flo levantó la mirada hacia Cyril, pero no respondió.

Cyril se sentó en el taburete de al lado.

—He oído que pregunta por Curly.

—Sí —respondió ella.

—Ha muerto, pobre tipo.

—¿Muerto? —Flo jadeó y se tapó la boca con la mano.

—Oh, sí. Sida. Muy triste. Tomó unas pastillas para acabar con ello. ¿Cómo se llama esa nueva pastilla para dormir de la que todo el mundo habla? Halcion, ¿no? Eso es lo que tomó. Una gran decisión, ¿no cree? —preguntó Cyril.

—No, no, no lo creo en absoluto —respondió Flo.

—Es muy importante saber cuándo ha llegado el momento de irse. Curly lo sabía. Todos sus amigos estaban con él cuando lo hizo. Creo que fue una experiencia transformadora.

Flo miró a Cyril Rathbone y movió la cabeza en señal de desa-cuerdo.

—No sabía nada. Perdimos un poco el contacto. Ni siquiera sabía que estaba enfermo. Pobre Curly. ¿Y Belle?

—Se fue a la cafetería Nibblers, en Wilshire Boulevard —dijo Cyril—. No quería seguir aquí después de la muerte de Curly. Eran grandes amigos.

—Lo sé.

—Después de todo, esto es West Hollywood, señorita March. La gente llega. La gente se va. Nada permanece.

—Supongo —Flo hizo un gesto a la camarera—. La cuenta, por favor. La camarera se la trajo.

—Quédese, quédese, tómese otro café.

—Gracias, pero no puedo. Tengo cosas que hacer.

—No, no tiene nada que hacer —dijo Cyril. Cuando Flo le clavó la mirada, él le sonrió. No tenía nada que hacer—. Por favor, sírvale a la señorita March otro café, ¿quieres, Maureen? —cogió la cuenta que la camarera había dejado en la barra—. Sé que está en la ruina.

—No tanto —respondió Flo arrebatándole la cuenta con un gesto brusco.

—He pensado que quizás ha venido aquí a esta hora tan temprana para tratar de recuperar su antiguo trabajo.

—Se equivoca —respondió ella.

Abrió su bolso y sacó una propina de un dólar para la camarera, como si eso probara que no estaba arruinada.

—Bonito anillo —dijo él, apuntando al anillo de zafiro y diamantes que Jules le había regalado—. Eso debería alejar al lobo de la puerta durante unos cuantos meses.

—Oh, no. Nunca venderé este anillo. Pase lo que pase. Cuando me muera, este anillo seguirá en mi dedo.

—Una adorable joven como usted no debería hablar de morirse, señorita March. Tiene una extraordinaria vida por delante si juega bien sus cartas. — Sus ojos se encontraron. Él levantó su mano y miró el anillo—. ¿Un regalo de Jules Mendelson, imagino? —preguntó.

Flo no respondió. Dio una larga calada a su cigarrillo y lo aplastó en el cenicero.

—Fumar es muy malo para usted.

Flo se levantó, preparándose para irse.

—Estoy al tanto de sus problemas —insistió Cyril, queriendo detenerla.

—¿Mis problemas?

—Sus problemas económicos.

—Oh, ya veo. ¿Quién se lo ha dicho?

—Oh, cielos, señorita March —Cyril hablaba con su logrado acento inglés de clase alta que, sabía, intimidaba a algunas personas—. Un buen periodista nunca revela sus fuentes. De todas formas, no importa. Lo que importa es que parece muy oportuno que nos encontremos así, por casualidad, aquí, en la cafetería Viceroy, donde empezó su gran romance. Por supuesto, como ambos sabemos, no existen las casualidades. Tenía que ocurrir que entrara aquí así. ¿No le parece?

Flo, confundida, miró a Cyril Rathbone, sin saber si quedarse y escuchar o levantarse e irse.

—Supongo —respondió ella a su pregunta, sin estar segura de si estaba de acuerdo o no.

—Tiene demasiados ases en la manga, es una pena que se derrumbe así, de la manera que parece que lo está haciendo. Tengo un plan que proponerle.

—¿Qué clase de plan?

—Siéntate, Flo. ¿Supongo que puedo llamarte Flo? Me parece tan formal llamarte señorita March —Cyril se levantó y con una floritura le indicó que se volviera a sentar. Pasado un momento, ella lo hizo—. ¿Por qué no te quitas las gafas para que pueda verte los ojos?

—Están hinchados.

Cyril asintió, dando a entender que lo sabía.

—He oído que has estado bebiendo.

Flo se sentía intimidada. No respondió.

—Todo ese buen vino de la subasta de Bresciani —dijo él—. Algo excepcional, según he oído.

—Ya no me queda ni una botella de ese vino.

—Dios, sí que has estado bebiendo. Esas garrafas de Soave del Hughes Market deben haber sido un trago amargo después de las delicias de la bodega de Jules Mendelson.

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor Rathbone?

—Tan formal, no, Flo. Llámame Cyril, por favor.

—¿Qué quieres?

—Lo primero que necesitas es un buen abogado. Y no un blanquito frígido como Sims Lord. No es tu amigo, como ya habrás descubierto. Él es, de hecho, el líder de la oposición. ¿Estoy en lo cierto?

Flo, fascinada, asintió.

—Lo siguiente que necesitas es un buen representante. Y luego necesitas un buen escritor. Yo, por supuesto, soy tu escritor. Tu Boswell, si prefieres, tu laureado poeta. Mi amigo Joel Zircon, que está allí sentado, en la mesa junto a la ventana, con la cabeza hundida en los diarios de la industria de Hollywood, devorando el *bagel* y el salmón ahumado y sorbiendo su café, puede ser tu representante. ¿Te acuerdas de Joel? ¿De tus días de camarera? Él te recuerda seguro. Horribles maneras en la mesa, eso sí. Come como un cerdo. Pero terriblemente listo en la carrera que ha elegido. Mona Berg, la reina de los representantes de Hollywood, confía cada vez más en él. Es un joven en ascenso. Es probable que Joel conozca al abogado adecuado para ti.

—Pero ¿por qué necesito un abogado, un representante y un escritor? —preguntó Flo.

—Para tu libro o tu miniserie, que yo voy a escribir en tu nombre.

—¿Qué libro?

—*La amante de Jules*. Ya ves, tengo incluso el título, Flo. Todas esas facturas que se apilan en la entrada de tu casa, montones de ellas... Ahora podrás pagarlas.

Flo se quedó mirando a Cyril.

Rose Cliveden se había vuelto una completa alcohólica. Sus amigas se quejaban y murmuraban entre ellas y decían que había que hacer algo, pero ninguna tenía las agallas para enfrentarse a Rose, porque Rose no soportaba las críticas. En lugar de eso, algunos amigos habían dejado de invitarla. Madge White, por ejemplo, dijo que Rose había derramado vino tinto sobre la alfombra Aubusson que le había dejado en herencia su abuela y que la había echado a perder, «absolutamente echada a perder», habían sido sus palabras, y que no quería tener a Rose en su casa nunca más, ni por asomo. Y Millicent Pond, la madre de Sandy Pond, la matriarca de la familia de editores de prensa, se quejó amargamente de que Rose había interrumpido constantemente

a un expresidente en la cena celebrada en su casa cuando este trataba de explicar la política actual de la administración con respecto a Nicaragua, y que no iba a volver a invitarla, aunque la conociera de toda la vida. Y Faye Converse, que toleraba a todo el mundo, estaba furiosa con Rose porque se le habían caído dos vasos Baccarat en el suelo de mármol de su porche, y la sirvienta de Faye, Glyceria, que pasó el aspirador descalza, se hizo un buen corte con un cristal y amenazó con irse si Rose volvía a la casa de nuevo.

Cuando a Rose se le cayó un cigarrillo en la cama, después de haberse bebido diez vodkas en un baile de caridad, y provocó un incendio en el dormitorio, sufriendo quemaduras leves en brazos y piernas, Pauline y Camilla, e incluso Madge, que transigió, decidieron que había llegado el momento de intervenir en la vida de Rose y enviarla a una clínica en Palm Springs para poner remedio a su adicción al alcohol. Rose, por su parte, afirmó que no tenía tal problema. Cuando llegó la hora de la verdad, todas ellas se quedaron mudas, incapaces de decirle a Rose lo que habían estado hablando a sus espaldas.

—De todas formas, me moría por reformar la habitación —les dijo Rose a sus amigas, sin atreverse a admitir lo aterradora que había sido la experiencia para ella—. Estaba harta de esas malditas violetas lilas del papel de las paredes y las cortinas. Basta de estampados. Ya estoy harta de los estampados.

—Creo que nos estamos alejando del tema, Rose —dijo Pauline—. He llamado a la gente de Betty Ford. Tienen la agenda llena hasta dentro de varios meses, pero harán una excepción y te admitirán inmediatamente.

Rose estaba horrorizada ante la propuesta.

—Todas esas estrellas de cine, con sus adicciones, contando esas historias terribles. He leído sobre ellas en el *Enquirer*. No es para mí, muchas gracias. Hacerte tu propia cama. Fregar tu propio suelo. Compartir habitación con sabe-Dios-quién, de sabeDios-dónde. ¡Por favor!

—O vas allí, Rose, o nosotras, que somos las únicas amigas que te quedan, también te vamos a abandonar. Tu vida está fuera de control —dijo Pauline.

—No, no, dejaré de beber, ya está. Tan sencillo como eso. Vamos, igual que hago cada año por Cuaresma.

Pauline, exasperada, se volvió hacia Camilla. Camilla sonrió, pero no dijo nada.

—Muy bien. Pues deja de beber. Pero olvídate de mí hasta que lo consigas. No me llames. No quiero saber nada de ti, Rose —dijo Pauline.

Estaban en el Country Club. Se levantó de la mesa y se fue, aduciendo una cita con Sims Lord.

Rose estaba conmocionada por el duro tono de Pauline. Su gran amiga nunca le había hablado así antes.

—No es ella. Lleva semanas sin ser ella —dijo Camilla, en defensa de su amiga.

—Pauline está amargada —dijo Rose, para evitar su tema—. Todo ese lío con la puta con la que Jules estaba liado.

—No es una puta —dijo Camilla.

La imagen de la fresca robamaridos que las amigas de Pauline se encargaban de perpetuar cuando hablaban de Flo entraba en conflicto con el recuerdo que ella tenía de la bella joven que había conocido en la habitación de Philip en el Chateau Marmont y que, más tarde, había abrazado en el funeral de Jules.

—Pauline ha cambiado —insistió Rose—. ¿No te has dado cuenta? Se ha vuelto terriblemente dura.

—Estás desviando el asunto, Rose —dijo Camilla con timidez—. Pauline tiene razón. Es la única de nosotras que ha tenido el valor de decirte lo que te ha dicho. Madge no lo hubiera hecho. Ni el arzobispo Cooning. Sencillamente, tienes que hacer algo, Rose. Si no lo haces te vas a morir. Ninguna de nosotras te recuerda sin un brazo en cabestrillo, o muletas, o un andador, o un bastón, todo por las caídas cuando estabas hasta arriba. Esta última vez podías haber muerto. Gracias a Dios que la alarma antiincendios funcionó.

Rose, inesperadamente, empezó a llorar.

—Deberías hablar con Philip —sugirió Camilla.

—¿Philip? ¿Tu Philip? ¿Ese atractivo joven? Siempre me gusta hablar con Philip. Pero ¿por qué?

—¿Estarás en casa a las seis?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Voy a decirle a Philip que vaya a verte. Habla con él, Rose. Escucha lo que tiene que decirte. Y no le interrumpas, como siempre haces con todo el mundo, como hiciste con el expresidente. Me dijeron que la esposa del expresidente estaba furiosa contigo. Por favor, hazlo por mí.

En un principio, el acuerdo entre Flo y Cyril era prometedor. Joel Zircon contactó con varios editores e informó a Flo y a Cyril de que *La amante de Jules* despertaba un enorme interés.

—Lo que quieren es el primer capítulo y un resumen del resto del libro —dijo Joel—. Después de eso, podemos cerrar un trato.

—¿De cuánto dinero están hablando? —preguntó Cyril.

—De seis ceros, como mínimo —dijo Joel.

Eso era también lo que Flo quería saber, pero no se animaba a preguntar. El encargado de mantenimiento de la piscina le había dejado una nota esa mañana diciendo que no podría ir más, ya que no le pagaba por sus servicios. Temió que otras comodidades que llevaba tanto tiempo dando por sentadas también llegaran a su fin. Cada vez que pensaba en su situación económica, la embargaba un sentimiento de desolación e impotencia. Había empezado a darse cuenta de que su única salvación era Cyril Rathbone.

—Siempre podría volver a trabajar de modelo —le dijo a Cyril un día, como si tuviera otras alternativas en su vida aparte de la que él le estaba ofreciendo.

—Nunca has sido modelo —respondió Cyril—. En este momento tienes que ser realista respecto a tu futuro. Jules ya no está aquí para cuidar de ti. Tienes que pensar en cuidarte tú misma.

Se reunían a última hora de la tarde, después de que Cyril hubiera terminado su columna para *Mulholland*. Iba a casa de Flo dos horas con la grabadora antes de volver a la suya a cambiarse de ropa para asistir a la cena o al estreno que tuviera esa noche. Le hacía preguntas. Al principio ella se mostró reservada, siempre protegiendo a Jules. Era crítica consigo misma.

—Fui una estúpida con el dinero. Jules fue muy generoso conmigo. Yo gasté, gasté, gasté —decía—. Si hubiera ahorrado algo cada semana, cuando llegaba ese abultado cheque, no estaría metida en el lío en el que estoy ahora.

—Déjame ser el abogado del diablo por un instante, Flo.

Flo no estaba del todo segura de lo que significaba ser el abogado del diablo, pero asintió para que Cyril continuara.

—¿Nunca se te ocurrió que eso era lo que Jules quería que hicieras? —preguntó él.

—¿A qué te refieres?

—Siempre y cuando no tuvieras ningún dinero ahorrado, nunca le dejarías. Al fin y al cabo, el dinero de Jules era ilimitado. Tus arrebatos de gasto semanales no significaban nada para él. Por eso tus cortinas valen cuarenta mil dólares. Por eso tu armario vale cuarenta mil más. Por eso esta tela de satén gris sale a noventa y cinco dólares el metro. ¿Y qué? Eso era calderilla para Jules. Como todos tus trajes Chanel. ¿Te compró alguna vez un cuadro valioso que pudieras vender? No. Nada de patrimonio, Flo. Piensa en ello.

—Pero quería cuidar de mí —insistió Flo.

—Pero no lo hizo, ¿no?

—Sí, sí. Tengo estos documentos. Mira.

—Entregados el mismo día de su muerte, Flo. Espabila. Jules era un hombre muy inteligente. Tenía que saber que Pauline haría lo que está haciendo y que cada juzgado de la región le daría la razón. Tuvo cinco años para hacer lo que esperó a hacer el último día de su vida.

Los ojos de Flo se llenaron de lágrimas. No podía soportar pensar que Jules hubiera escatimado nada con la intención de retenerla.

—Culpo de todo a Sims Lord —dijo.

—Sims Lord es solo un mercenario con una tarifa muy alta, Flo. Solo ha hecho lo que Jules le dijo que hiciera en un primer momento y, ahora, lo que Pauline le está diciendo que haga —dijo Cyril.

—Quería mantenerme y le di calabazas.

—¿Mantenerte?

—Como su amante.

Cyril se quedó inmóvil. Había aprendido a no desvelar el placer que le producía que, en una entrevista, el entrevistado revelara algo que no tenía intención de revelar. Simplemente asintió, como si lo que Flo acababa de decir no tuviera más interés que cualquiera de las otras cosas que contaba.

—Aquí mismo, en este mismo sofá —dijo Flo. Acarició un cojín, el mismo que estaba manchado con la sangre de Kippie Petworth, sobre el cual no le había contado nada a Cyril todavía—. Un mes después de que Jules muriera. Vino aquí a decirme que la familia no iba a respetar los acuerdos a los que Jules había llegado conmigo.

—¿Y se te tiró encima a la vez, quieres decir?

—Exacto.

—¿Te cogió la mano o algo?

—¿Cogerme la mano, Cyril? Puso mi mano en su polla. Y supuestamente era el mejor amigo de Jules. Y Jules solo llevaba muerto un mes.

—¿Y qué hiciste tú?

—Quitarla, por supuesto.

—¿Y qué hizo él?

—¿Sacársela?

—¿Sacarse el qué?

—La polla.

—¡No!

—¡Sí! Como si fuera a volverme loca al verla.

Cyril estaba alucinado.

—Déjame decirte algo sobre Jules —dijo Flo—. Fue un caballero conmigo. Supe que perdía el culo por mí desde el día que nos conocimos en la cafetería, pero nunca me puso una mano encima hasta que me llevó a París. Esa fue la primera vez.

—Sí, sí, ya me has contado eso. Volvamos a Sims Lord un momento.

A su debido tiempo, según lo orquestado por Cyril Rathbone y Joel Zircon, corrió el rumor de que Flo March, la excamarera que se había convertido en la amante de Jules Mendelson, estaba escribiendo sus memorias, y que se iban a titular *La amante de Jules*. Según lo planeado, el nombre de Cyril nunca fue mencionado como colaborador. Se dijo que Flo estaba dictando sus recuerdos en *microcassettes*, y que ya había grabado cuarenta horas.

«Flo March está preparada para contarlo todo», escribió Arny Archerd en el *Daily Variety*. «Su historia promete ser caliente, caliente, caliente»,

escribió George Christy en el *Hollywood Reporter*. Cyril Rathbone, haciéndose eco de ambos comentarios en su columna en *Mulholland*, no pudo resistirse a añadir: «¿Estás escuchando, Arnie Zwillman?».

—Pero ¿por qué dices eso de Arnie Zwillman? —se quejó Flo, después de leer la columna de Cyril.

—Se llama calentar el mercado —respondió Cyril, en tono paciente. Hablaba a Flo como si él fuera un gran profesor y ella una alumna rezagada.

—Pero Arnie Zwillman es un hombre muy peligroso —dijo Flo. Había una pizca de miedo en su voz—. Sé con certeza lo que le hizo a Jules. Destruyó sus posibilidades de ir a Bruselas en un santiamén, de un día para otro. No hagas el tonto con un hombre como Arnie Zwillman.

—Créeme, no hay nada de lo que tengas que preocuparte, Flo.

—No estaría tan segura de eso, Cyril.

—Joel Zircon dice que su teléfono echa humo. Los editores están ansiosos por tener el resumen en sus manos.

—¿Por qué estás tardando tanto en escribir el primer capítulo y el resumen? He grabado cuarenta horas de cintas. ¿Cuántas necesitas?

—Paciencia, Flo. Paciencia.

Esa noche, tarde, un coche subió por el camino de la casa de Flo en Azelia Way. Estaba sola, como siempre en aquella época, y pudo oír el sonido de los neumáticos sobre la gravilla de la entrada. No podía imaginarse quién venía a esas horas. Se oía el motor encendido. Aguardó hasta escuchar el timbre, pero el timbre no sonó. Las cortinas estaban cerradas, y las abrió lo justo para echar un vistazo afuera. Un coche, que en un primer momento confundió con el Bentley de Jules, estaba ahí parado, en punto muerto, con los faros y el motor encendidos. Luego se dio cuenta de que era de un color diferente al coche de Jules, como dorado. Vio por la rendija que no era un Bentley, sino un Rolls-Royce. En los asientos delanteros había dos hombres que observaban la casa. Un sentimiento de pánico se apoderó de ella. Cerró rápidamente las cortinas. Fue de puntillas hasta la puerta y le dio una vuelta a la cerradura. Recorrió toda la casa cerrando las cortinas y se aseguró de que puertas y ventanas

también estuvieran cerradas. Veinticinco minutos después, oyó cómo el coche daba media vuelta y se iba.

Esperó quince minutos más y echó otro vistazo a través de la cortina. El coche se había ido. Todo parecía normal. Se acercó a la puerta y escuchó. No se oía nada. Abrió la cerradura con sigilo y, con la cadena todavía puesta, miró fuera. Todo estaba tranquilo. Al cerrar de nuevo, vio una caja blanca en el rellano. Abrió lo justo para coger el paquete y luego cerró de un portazo y volvió a echar el cerrojo.

Fue a la sala de estar y abrió la caja. Había una tarjeta en un sobre. «Está cargada», rezaba la nota. «Póntela en la boca y dispara.» La nota, mecanografiada, no estaba firmada. Quitó el papel de gasa de color rosa. Dentro, como si fuera un nido, había una pequeña pistola. La miró durante un buen rato. Luego la cogió. No podía creer que estuviera cargada, pero no sabía lo suficiente de armas como para comprobarlo. Usando las dos manos, apuntó la pistola a la puerta corredera de cristal que daba a la terraza y la piscina. Después de unos instantes de indecisión, apretó el gatillo y la pistola se disparó. El ruido fue ensordecedor. La hoja de cristal reventó en mil pedazos.

No se podía mover del sofá. Tenía el cuerpo empapado en sudor. La respiración, agitada. Sintió un tipo de miedo diferente al que había sentido por no tener dinero. Por motivos que no pudo explicarse en ese momento, pensó en Marilyn Monroe. «Se deshicieron de Marilyn», recordó que le había dicho a Jules en el restaurante del valle.

A la mañana siguiente, todavía estremecida por la experiencia de la noche anterior, Flo fue a la reunión de Alcohólicos Anónimos en la cabaña de madera de Robertson Boulevard. No había vuelto desde hacía varios meses, pero sabía que tenía que empezar a poner orden en su vida de nuevo. Llevaba sus enormes gafas de sol y el pelo tapado con un pañuelo. Se sentó apartada del resto, bebió un café, fumó un cigarrillo y miró a su alrededor buscando a Philip Quennell, pero no lo vio. Al principio lamentó que no estuviera después de haberse portado tan mal con él la última vez que fue a su casa para intentar ayudarla, pero luego se sintió aliviada. Si Philip hubiera estado allí, quizá no hubiera podido hacer lo que había decidido hacer.

Nunca había levantado la mano en una reunión para compartir su historia, pero esa mañana sintió la necesidad de hacerlo. Levantó la mano de una forma

tan titubeante que el coordinador no se dio cuenta a la primera y llamó antes al estrado a otras personas. Más tarde, cuando había decidido que no volvería a intentarlo, el coordinador dijo: «La señorita con gafas de sol y un pañuelo en la cabeza», apuntando hacia ella.

Flo sabía que no podía usar su apellido ni su nombre porque se había vuelto famosa.

—Me llamo, eh... Fleurette —dijo. Siempre había odiado su verdadero nombre. Incluso antes de familiarizarse con las formas de la vida elegante gracias a Jules Mendelson, pensaba que sonaba vulgar, y lo pronunció con voz amortiguada—. Soy alcohólica y adicta a algunos medicamentos —miró a su alrededor, todavía con sus impenetrables gafas de sol puestas, asustada. La habitación estaba en silencio—. He estado un año en el programa y luego tuve un desliz. Hoy es mi primer día aquí desde entonces.

El grupo, reconocido por la tolerancia hacia las transgresiones de sus miembros, aplaudió. Alentada por su calidez, Flo empezó a hablar. Dijo que había sido una mantenida.

—Soy una mantenida. O, mejor dicho, he sido una mantenida. Me ha mantenido un hombre muy rico durante cinco años. Cuando conocí al señor como-se-llame casi no tenía dónde caerme muerta.

Dijo que conocía todos los secretos de sus negocios y de sus tratos, de los que había oído hablar cuando llamaba por teléfono desde su cama por las tardes después de hacer el amor. Habló de su ataque al corazón y de su muerte. Dijo que había llevado la vida de una princesa durante cinco años, pero que ahora estaba sin blanca y a punto de perder la casa que, pensaba, había sido puesta a su nombre. Dijo que estaba al tanto del encubrimiento de un asesinato y que sabía quién era el asesino. No podía dejar de hablar.

En una esquina de la habitación, también oculta tras unas gafas de sol y con un pañuelo en la cabeza, estaba Rose Cliveden. Todavía llevaba las manos vendadas por las quemaduras que había sufrido en el incendio de su habitación. Había rechazado ir a la clínica de Palm Springs, como le habían sugerido sus amigas, pero, después de verse con Philip Quennell, había accedido a asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos durante dos o tres semanas. Esa mañana en concreto, él le había prometido encontrarse con ella en la cabaña de madera, y le garantizó que sería improbable que coincidiera

con alguien conocido, como probablemente hubiera ocurrido en alguna de las reuniones más refinadas de Beverly Hills; pero, para su fastidio, Philip no había aparecido. No podía empatizar con ninguna de las personas que habían compartido sus experiencias hasta ese momento. «No tengo nada en común con esta gente», pensó para sus adentros, mientras cogía su bolso y se disponía a irse.

Fue entonces, mientras salía lentamente de la espantosa habitación, como más tarde la describió, cuando la mujer llamada Fleurette empezó a hablar. Rose estaba ya en la puerta, saliendo de puntillas, cuando oyó las palabras «gánster» y «presidente de Estados Unidos», y cayó en la cuenta de que Fleurette, con gafas de sol y un vestido muy elegante, no era otra que la despreciable y famosa Flo March, la misma que había traído la infelicidad a la vida de Pauline Mendelson. Fascinada, se quedó mirándola.

«Dios mío», pensó Rose. «Es la misma mujer que vi en el exterior de la iglesia hablando con Jules después del funeral de Hector Paradiso el año pasado. Y la del funeral de Jules.» Como si estuviera en el teatro viendo una obra cuyo segundo acto de repente empezara a ser más prometedor de lo que había sido el primero, desanduvo de puntillas el camino hasta su asiento y se sentó, escuchando cautivada toda la historia que Flo estaba compartiendo.

Philip Quennell, que habitualmente asistía a las reuniones a primera hora en la cabaña de madera de Robertson Boulevard, llegó muy tarde ese día. Una llamada inesperada de Lonny Edge, quejándose amargamente de que la descripción que se hacía de él en el reportaje de Hortense Madden en *Mulholland*, en el que se contaba cómo se había quedado con el borrador de la supuesta novela inacabada de Basil Plant, había hecho que los dueños del bungalow de Cahuenga Boulevard donde vivía le informaran de que debía dejarlo libre el primer día del mes siguiente.

—¿Con qué argumento? —preguntó Philip.

—Dicen que el artículo deja caer que estaba utilizando el apartamento con fines de prostitución. En realidad solo me traigo a un par de clientes a la semana. La mayor parte de mi trabajo la hago en otros sitios, en sus casas. Pero no quiero ir a juicio por ello, ya sabes a lo que me refiero.

—Escucha, Lonny. Tengo que irme. Ahora no puedo hablar. Te llamo más tarde —dijo Philip.

—¿Me estás dando largas, Philip? Fuiste tú quien me metió en todo esto del puto borrador. Lo tuve ahí tirado tan tranquilamente durante tres años, hasta que llegaste tú y empezaste a complicarlo todo.

—No, no te estoy dando largas, Lonny. Pero le prometí a alguien que estaría en un sitio esta mañana. Te llamo más tarde.

Philip llegó a la reunión cuando se estaban despidiendo.

—Lo siento mucho, Rose —dijo Philip cuando la vio. Sabiendo lo consentida que era, esperaba que, o bien se hubiera ido ya, o que estuviera enfadada con él por proponer que se encontraran en Robertson Boulevard a las siete en punto de la mañana y después no aparecer—. He recibido una especie de llamada de urgencia y tenía que atenderla. ¿Cómo ha ido la reunión? Al menos te has quedado hasta el final.

—Querido, ha sido fascinante, ¡absolutamente fascinante! —dijo Rose. Nunca la había visto tan animada, salvo cuando estaba borracha—. No tienes idea de lo que te has perdido. No te vas a creer quién ha hablado.

—¿Quién? —preguntó Philip, confundido por su entusiasmo.

—¡Flo March!

Philip la miró sorprendido.

—La amante de Jules Mendelson —explicó Rose—. Querido, ¡las cosas que ha contado! Qué pena que no estuvieras.

—Rose, ¿quieres que vayamos a tomar un café? —dijo Philip—. Tenemos que hablar.

—Oh, no, no puedo, querido. Tengo cosas que hacer. Pero volveré mañana. Cada mañana. Es fascinante. Mejor que ir al cine. ¿Por qué no me dijiste que era tan fascinante?

—Escucha, Rose. Sabes que lo que se dice en estas reuniones no puede salir de aquí, ¿verdad?

—¿Qué significa eso? —preguntó Rose.

—Significa que no debes hablar de lo que has oído aquí, ni decir el nombre de ninguna de las personas que has conocido. Por eso se llama Anónimos.

—Oh, querido, mis labios están sellados —dijo Rose. No podía quitar la vista de Flo y entrecerró los ojos para verla mejor—. Una preciosidad, ¿no? ¿Sabías que era una simple camarera? Nos vemos mañana, querido. Recuerdos a Camilla. Y un gran abrazo —le dio un beso a Philip y se fue.

Flo estaba rodeada de gente. Poco acostumbrada a tal calidez, sonreía nerviosamente mientras aceptaba sus agradecimientos por haber compartido su historia con ellos. Varias personas se ofrecieron a darle sus números de teléfono. Cuando levantó la mirada, se alegró de ver a Philip allí de pie.

—Oh, Philip —dijo Flo, apartándose del grupo.

—Hola, Flo.

—¿Todavía estás enfadado conmigo?

—Claro que no estoy enfadado contigo.

—Lo estabas la última vez que te vi. Tenía miedo de que ya no quisieras saber nada de mí.

—Nunca —dijo él, sonriéndole—. Me alegra mucho que hayas vuelto.

—Te busqué antes, pero no te vi.

—Acabo de llegar. He salido de casa muy tarde.

—Philip, he levantado la mano —dijo, orgullosa—. En realidad, es la primera vez que hablo en público.

—Lo sé. Siento habérmelo perdido. ¿Cómo te sientes?

—Genial. Han sido todos muy amables.

—¿Por qué has decidido volver hoy? ¿Qué te ha hecho hablar por primera vez?

—Ha ocurrido algo —Flo le miró. Aunque él no podía ver sus ojos a través de las gafas de sol, intuyó que algo no iba bien.

—¿Quieres que salgamos y tomemos un café?

—Claro. Pero prefiero que vengas a mi casa. Quiero enseñarte algo.

Una vez en su casa, Flo le enseñó la nota, la pistola y la ventana de cristal hecha añicos.

—¡Dios santo! —exclamó Philip—. ¿Viste el coche?

—Creo que era un Rolls-Royce. Lo vi por entre las cortinas. Fue inquietante. Había dos hombres en los asientos delanteros, con el motor en

marcha y las luces encendidas, mirando la casa. Creo que el coche era dorado o de un tono amarillento.

—Yo sé quién tiene un Rolls-Royce.

—¿Quién?

—Arnie Zwillman. Lo vi una noche en casa de Casper Stieglitz, en una cena en la que también estaban Jules y Pauline.

Flo tembló.

—¿Arnie Zwillman?

—¿Lo conoces?

—Intentó que Jules blanqueara dinero para él. Cuando Jules lo rechazó, llamó al Departamento de Estado y les contó algo sobre Jules, algo que ocurrió hace años en Chicago y que no te puedo contar, y el Departamento de Estado le dijo a Jules, solo una hora antes de su infarto, que no iban a darle el puesto como jefe de la comisión americana en Bruselas.

—¿Estabas planeando poner todo eso en tu libro? —preguntó Philip.

Flo, avergonzada, asintió.

—Es la clase de material en el que está interesado mi colaborador.

—Estás jugando con fuego, Flo. Debes saberlo. Arnie Zwillman no es un tío de fiar.

—Estoy arruinada, Philip, necesito dinero. El encargado del mantenimiento de la piscina se ha ido. La compañía de teléfonos me está acosando a llamadas. El dueño de la casa, ese actor de tercera, quiere que me vaya. No tengo opción.

—¿Y Pauline no te va a ayudar?

—Estás de broma.

—Déjame preguntarte algo, Flo. Si tuvieras el dinero que Jules quería dejarte, ¿todavía escribirías ese libro?

—Claro que no.

—Eso es lo que quería oír. ¿Te importa si me involucro un poco a mi manera?

—¿Cómo?

—No te lo puedo decir todavía. Confía en mí.

Philip fue hacia la puerta y Flo lo acompañó.

—No querrías mudarte aquí conmigo, ¿verdad, Philip? Sin compromiso. No lo del Chateau Marmont. Tú en esa habitación. Yo aquí.

—Algo me dice que a Camilla eso no le gustaría mucho —dijo Philip, sonriendo.

Flo se rio.

—No, supongo que no.

—Me gusta verte sonreír, Flo.

—Antes estaba asustada porque ya no tenía dinero. Ahora, simplemente, estoy aterrada.

En el rato que Philip pasó con Flo, Rose Cliveden llamó a Pauline Mendelson, con quien no había hablado desde su exabrupto durante la comida en el Country Club.

—Querida, tengo que contarte la cosa más increíble —le dijo—. No te vas a creer quién ha hablado esta mañana en la reunión de Alcohólicos Anónimos.

Ese mismo día, por la noche, Flo era incapaz de conciliar el sueño, así que se levantó y condujo hasta el Hughes Market de Beverly Boulevard. Mientras empujaba su carro de la compra por los pasillos, se detuvo a mirar las garrafas de vino Soave, pero finalmente pasó de largo y, en su lugar, compró doce latas de Coca-Cola Light. Un poco más adelante, de pie junto al aparador de revistas, estaba Lonny Edge. Cuando Lonny levantó la mirada del ejemplar que estaba leyendo y la vio, sonrió con su amplia sonrisa, la sonrisa que los seguidores de sus vídeos pornográficos consideraban tan cautivadora.

—Hola, Flo.

—Hola.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así.

Flo sonrió.

Lonny agitó la revista en su dirección.

—La última vez que te vi, estabas en la portada de *Mulholland*, y ahora soy yo el que sale en la revista. ¿Lo has leído?

—No.

—Te regalo un ejemplar. Están intentando echarme de mi casa por culpa de este artículo.

—¿En serio? ¿De qué va?

—Ese borrador que tengo y que ha resultado ser la novela de Basil Plant. ¿El famoso escritor que la espichó hace un par de años?

—Siempre oí que tenías ese borrador, desde los tiempos de la cafetería Viceroy. Me lo contó Curly. ¿Por qué te van a echar del apartamento por eso?

—La señorita que lo escribió deja caer que llevo allí a mis clientes, y el encargado del edificio se muere por deshacerse de mí desde hace tiempo y está usando el artículo como excusa. Como si estuviera dando mala reputación a su mierda de sitio.

—¿Lo haces?

—¿Hacer el qué?

—Llevar a clientes a tu apartamento

—Diablos, no. Solo a dos de los habituales. Con el resto, salgo. De todas formas, quiero dejar el negocio. Ya tengo más de treinta años. Es hora de ponerme serio con mi vida.

—Bueno, todos tenemos problemas, Lonny —dijo Flo, empujando otra vez el carro y pasando a su lado.

—No tengo ni idea de adónde diablos voy a mudarme. He vivido en ese bungaló desde que llegué a la ciudad.

Flo se detuvo y lo miró de nuevo. Le vino una idea a la cabeza, pero la descartó.

—Buena suerte con la búsqueda —dijo.

## *Las cintas de Flo #24*

*«Después de la muerte de Jules, cuando se publicó el artículo de Cyril Rathbone en la revista Mulholland, con mi foto en portada —¡Oh, Dios!—, el arzobispo Cooning empezó a mencionarlo en sus sermones dominicales desde el púlpito de Santa Vibiana. Madre mía, ¡las cosas que dijo sobre él! Pobre Jules. Dijo que Jules corrompía la moral. Cuando era niña, en la escuela parroquial, nos hablaban del arzobispo Cooning, solo que entonces era el obispo Cooning. Siempre la tomaba con lo de la virginidad y eso de reservarse para el matrimonio y demás, ja, ja, ja. Todas le teníamos miedo, pero las monjas pensaban que era genial, especialmente la hermana Andretta.*

*»Lo que me lleva a Cyril. Siempre supe que era un miserable. Jules lo odiaba. Y Pauline también. Y aun así, puse mi destino en sus manos. Eso fue un error, uno de mis muchos errores. Cualquiera mínimo vestigio de simpatía que hubiera podido recibir de Pauline respecto al patrimonio de Jules, lo perdí cuando le dije que Cyril Rathbone iba a escribir mi libro. Quiero decir, solo por ese artículo de Mulholland, debería haberlo sabido. Cuando los hechos le fallaban, Cyril simplemente embellecía su relato con lo que fuera que se le ocurriera.*

*»No le conté todo. Me guardé algunas cosas. La parte sobre Kippie Petworth, por ejemplo. Durante unos cinco minutos tuve la sartén por el mango en todo este asunto, con lo que me había contado Lonny sobre Kippie, que era quien había matado a Hector Paradiso. Pero cuando me encontré con Pauline, vi el terror en sus ojos al mencionar el tema de Kippie. Verdadero terror. Y me eché atrás. No aproveché mi ventaja. Me daba pena Pauline Mendelson, la rica mujer a quien habían consentido cada capricho durante toda su vida.*

*»Me gustaría haber hablado con Jules acerca de Kippie. Lo de esconder al chaval en mi casa, y yo ahí exprimiendo naranjas para él. Creo*

*que Jules no debería haberme hecho eso. Pero la gente como esa, como Jules y Pauline y todo su grupo, realmente creen que las normas no están hechas para ellos.»*

A Dudley, la muerte de Jules Mendelson le causó un gran sufrimiento. Sentía que nunca más tendría la oportunidad de servir a un hombre tan magnífico y amable. Había sido generosamente tenido en cuenta en el testamento de Jules, y también había recibido una carta escrita a mano, y entregada por Sims Lord después de su muerte, donde le pedía que se quedara con la señora Mendelson en Clouds, lo que supondría una sustancial remuneración complementaria por cada año que siguiera a su servicio. El a medias silenciado escándalo del romance de Jules Mendelson era algo que Dudley decidió pasar por alto, como si no hubiera ocurrido. Cuando llegaban a sus oídos comentarios peyorativos acerca del comportamiento del gran hombre —y llegaron muchos—, miraba a sus interlocutores con tal altivez que los hacía recular, avergonzados y ahorrándose cualquier desprecio más. Estaba en su mano, creía, asegurarse de que los estándares de la casa no se relajaran.

Cuando, media hora después de dejar la casa de Flo March, Philip Quennell llamó al timbre de Clouds y preguntó por el sistema de circuito cerrado de televisión si la señora Mendelson estaba en casa, Dudley se alteró un poco. Aunque sabía que a la señora Mendelson le caía bien el joven que se había convertido en el novio de Camilla Ebury, le pareció una impertinencia por su parte llegar a las puertas de una casa como Clouds para preguntar por ella sin haber llamado antes para acordar una cita. Dudley no era ajeno al desprecio que Jules Mendelson había sentido por Philip Quennell, y coincidía con su fallecido empleador en culpar a Philip del accidente con la bailarina de Degas.

—¿La señora Mendelson le espera? —preguntó Dudley por el interfono.

—No, no me espera —respondió Philip, mirando a la cámara.

—No creo que su visita sea oportuna, señor Quennell —dijo Dudley, arrogándose la tarea de hablar en nombre de la señora de la casa. Aunque no fue maleducado en forma alguna, dejó que una ligera nota de irritación

impregnara su tono de voz—. Quizá debería llamar más tarde a la señora Mendelson y tratar de verla en otra ocasión.

Philip no era de los que se rinden fácilmente.

—Sé que he venido sin llamar antes, Dudley, pero ¿podrías preguntarle a la señora Mendelson si puede verme un momento, por favor? —dijo Philip, con tono insistente.

Dudley, molesto ya, no respondió. Apagó el sistema y llamó a Pauline por el interfono para decirle que Philip Quennell había llegado a la casa sin avisar y deseaba verla.

—Cielos —dijo Pauline.

Aunque Dudley no podía verla, imaginó que tenía cara de sorpresa.

—Le he pedido que la llamara más tarde para concertar una cita.

—No, no, lo recibiré, Dudley —dijo Pauline—. Pero antes tengo que hacer unas cosas. Voy a ir al invernadero a ver a Jarvis y luego estaré lista. Que el señor Quennell espere en la biblioteca.

Dudley, sin decir ni una palabra de bienvenida, apretó el botón que abría las puertas de Clouds, y Philip condujo por el largo camino hasta la casa. Cuando su coche se detuvo en el patio, Dudley salió a recibirlo a la entrada.

—La señora Mendelson ha pedido que la espere en la biblioteca, señor Quennell —dijo Dudley. Caminó en esa dirección con Philip a la zaga—. Está con Jarvis en el invernadero y se reunirá con usted en breve.

Dudley abrió la puerta de la biblioteca y Philip entró. Como siempre que entraba en esa habitación, fue hasta la chimenea y contempló el cuadro de Van Gogh.

—¿Quiere tomar algo? ¿Té?, ¿café?, ¿una bebida? —preguntó Dudley mientras se giraba y alineaba unas revistas sobre la repisa de la chimenea.

—No, gracias, estoy bien —respondió Philip, mostrándose indiferente ante la falta de cortesía del mayordomo.

Diez minutos después, Pauline entró en la biblioteca a través de una de las puertas de estilo francés que daban a la terraza. Traía una cesta con rosas recién cortadas.

—Hola, Philip —le saludó.

Philip se puso en pie.

—Pauline, sé que es inexcusable presentarme aquí sin llamarte antes. Creo que he incomodado a tu mayordomo.

—Oh, no te preocupes por eso. Espero que no te importe que ponga estas flores en un jarrón mientras hablamos. —Sin esperar una respuesta, cogió un jarrón chino azul y blanco y lo llevó al baño, donde lo llenó de agua—. Tengo un invitado a comer. Me temo que no puedo pedirte que te quedes.

—Oh, no, de ninguna manera. Es muy amable por tu parte recibirme. Serán solo unos minutos —empezó a ponerse nervioso con su misión.

Pauline salió del baño, sacó unas tijeras de la cesta y empezó a arreglar las rosas cortando en ángulo el extremo de cada tallo.

—No te has peleado con Camilla de nuevo, ¿verdad? Es lo que me he imaginado.

Philip sonrió.

—No.

Pauline empezó a disponer las rosas en el jarrón, con la pericia de una persona que ha dedicado toda una vida a disponer flores en exclusivos jarrones chinos.

—No es muy diferente a tu cuadro —dijo Philip, apuntando a su arreglo floral.

—El cuadro del señor Van Gogh siempre ha ejercido una influencia en mí, pero seguro que no has venido aquí a hablar de botánica.

—No. He venido para hablar de Flo March.

El cuerpo de Pauline se volvió rígido al oír mencionar ese nombre. Dejó las tijeras un momento, respiró pesadamente y luego las cogió de nuevo y siguió con su trabajo.

—¿Te has convertido en su portavoz? —preguntó. La expresión de su cara había cambiado, y su tono de voz también—. Si es así, por favor contacta con mi abogado, Sims Lord. No tengo ningún deseo de oír mensaje alguno de su parte.

—No, Pauline. No soy su portavoz. Ni tampoco te traigo un mensaje suyo. Ni hablo en su defensa. Hay algo que creo que deberías saber. Por favor, escúchame.

—¿Camilla sabe que has venido aquí, Philip?

—No, no lo sabe.

—¿Qué crees que pensaría si lo supiera?

—Diría que no es asunto mío.

—Estaría en lo correcto.

—Estaría en lo correcto, lo sé, de la misma manera en que estás en lo correcto por enfadarte conmigo porque me estoy entrometiendo, pero veo venir una catástrofe si no atiendes a razones, y prefiero decírtelo, aun a riesgo de que te enfades conmigo.

Pauline continuó con su labor.

—Siempre me has gustado, Philip. Ya lo sabes. He sido una buena amiga. Pero creo que te has pasado de la raya, y me gustaría que te fueras de mi casa y no volvieras.

Philip asintió. Caminó hacia la puerta de la biblioteca. Al abrirla para marcharse, se volvió.

—Sabe cosas, Pauline.

—Por favor, vete.

Él siguió hablando como si ella no hubiera dicho nada.

—Es una mujer desesperada, y las mujeres desesperadas hacen cosas desesperadas. Está siendo manipulada por un hombre sin escrúpulos que te odia.

—¿Y quién es ese hombre?

—Cyril Rathbone.

—Oh, *por favoor* —dijo ella, riendo con desprecio—. Un hombre ridículo. Un impostor. Me la tiene guardada porque nunca lo he invitado a mi casa.

—Tienes que entender que eso lo convierte en peligroso. Está escribiendo un libro en nombre de Flo March titulado *La amante de Jules*. ¿Lo sabías?

El silencio de Pauline indicaba que no lo sabía.

—Una jugada propia de una puta —dijo por fin.

—Cyril Rathbone ha grabado cuarenta horas de entrevista con ella. Le ha contado cosas que te resultarían muy incómodas.

Pauline quería que Philip se fuera, pero también quería que se quedara.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó. Para no mostrar su interés en lo que él estaba diciendo, siguió arreglando las rosas en el jarrón chino.

—No lo sé. No he oído las cintas. Tengo que pedirte algo, Pauline. Y no tienes que responderme. De hecho, no me contestes porque no es de mi incumbencia. Pero te lo voy a preguntar de todas maneras. ¿Sabe ella algo de ti? ¿O de Hector? ¿O algo sobre tu hijo que nadie más sabe?

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Sugerido, pero no lo ha dicho.

Con el rostro de un tono ceniciento, Pauline le dio la espalda a Philip.

—Esa mujer es una mentirosa. Diría cualquier cosa.

—Te equivocas, Pauline —dijo Philip—. Eso no es así. Ella preferiría no escribir el libro. Lo sé a ciencia cierta. Me lo ha dicho hace menos de una hora; pero está desesperada. Ponte en su lugar.

—Cuando empiezas a pagar a un chantajista nunca se acaba. Cualquiera te lo diría.

—Solo quiere lo que Jules le prometió. Es menos de lo que vale ese anillo que llevas en el dedo.

Sin mirarlo, Pauline levantó su mano izquierda y, con la derecha, movió el anillo arriba y abajo. Desde la muerte de Jules, Pauline había empezado a llevar de nuevo el anillo, el enorme diamante De Lamballe. Cuando la gente hablaba de él, como hacían sistemáticamente, lo miraba y luego contaba la historia de cómo Jules se lo había regalado en París la semana que se casaron. Cuando lo hacía, lo hacía mostrando afecto por el marido con quien había estado casada durante veintidós años. La gente destacó más tarde que no había rastro de amargura hacia Jules por la humillación que le había causado. «Es tan típico de Pauline. Es una dama a las duras y a las maduras. Después de todo, es una McAdoo», decían sus amigos.

—Adiós, Philip —dijo Pauline.

—Adiós, Pauline.

Sabía que había fracasado en su misión y, al mismo tiempo, perdido la amistad de Pauline. Rechazado, cruzó el pasillo en dirección al vestíbulo. En el instante en que llegó, Dudley entró por otra de las seis puertas que daban al recibidor y fue directo a abrir la puerta principal, pero no para que Philip saliera, como él pensó, sino para recibir a otro invitado.

—La señora Mendelson me espera —dijo el recién llegado. Hablaba con acento inglés.

—En efecto, Lord St. Vincent.

Philip Quennell y Lord St. Vincent se miraron el uno al otro al cruzarse. Dudley no los presentó.

—No lo entiendo —dijo Flo—. La gente está interesada, muy interesada en mi libro. Hay una gran expectación. Y luego, de repente, esa misma gente deja de estar interesada y no lo venderemos nunca.

—Te rindes demasiado rápido. No acabas de entender la posición de fuerza en la que estás, Flo —respondió Cyril.

—No estoy en posición de nada. Hay fuerzas conspirando que no tienen nada que ver con nosotros.

—No dramáticos.

—Ya no están interesados porque la persona a quien tienen que presentar la idea ya ha sido advertida por alguien —dijo Flo.

—Oh, vamos. ¿Quién tiene semejante poder?

—Los amigos de Pauline.

—¿Qué clase de amigos?

—Uno de los expresidentes que va a cenar a su casa.

—No me lo creo.

—Así es.

El entusiasmo inicial despertado por el libro de Flo en los círculos editoriales que Joel Zircon había descrito al principio pareció desinflarse de un día para otro. Los representantes de las editoriales que, tan solo una semana antes, habían afirmado estar dispuestos a alcanzar un acuerdo, toda vez que el primer capítulo y el resumen fueran entregados —lo cual, aseguraban a Joel, era solo una formalidad—, ahora no se ponían al teléfono.

—Hacía mucho tiempo que alguien no contestaba a mis putas llamadas —se quejó Joel Zircon a Mona Berg un día, mientras estaban comiendo. A Joel lo habían ascendido en la Agencia Berg—. No puedo entenderlo.

Mona, siempre pragmática, encontró una solución instantánea.

—Vete por el lado de la miniserie —sugirió.

—¿En qué sentido?

—Coges tu primer capítulo y tu resumen y te vas a las cadenas y dices: «Tengo aquí el primer capítulo y el resumen de *La amante de Jules*, el libro de Flo March que todas las editoriales se pegan por conseguir, pero he decidido saltarme ese paso y venir directamente a vosotros mientras la historia está caliente, caliente, caliente».

—¿Sí?

—Luego puedes avanzarles alguna cosa. Suelta los nombres gordos. Jules Mendelson. Pauline Mendelson. Toda esa gente de Washington. Y los presidentes de los bancos. Y los miembros del gobierno. Los tendrás comiendo de tu mano.

—Exmiembros del gobierno.

—Está bien, está bien. Exmiembros del gobierno. No te pongas quisquilloso conmigo cuando te estoy haciendo el trabajo.

—Perdona. Sigue.

—Cuando lo describas, utiliza palabras como «multimillonario» y «alta sociedad» y «mansión». Eso siempre les gusta.

—Gran idea, Mona. Eres la mejor en este negocio.

—Lo sé.

—Ha ocurrido algo —dijo Joel.

—¿Qué pasa? —preguntó Flo.

—No van a hacer la miniserie.

—Pero habías dicho que sí.

—Han cambiado de idea.

—¿Por qué?

—Dicen que las historias de amantes no son comerciales.

Flo subió las sábanas para taparse con ellas y se volvió hacia la pared.

—Alguien les ha amenazado —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Justo eso. Alguien les ha amenazado.

—Oh, vamos.

—No conoces a esa gente como yo.

Joel lo intentó en las otras dos cadenas. En los escalafones más bajos el proyecto seguía despertando entusiasmo, pero cuando presentaban la idea a los jefes de arriba llegaba el rechazo.

—Debo estar perdiendo mi gancho —le dijo Joel a Cyril—. Pensaba que, si algo era pan comido, era esto. Quiero decir, la historia tiene todos los ingredientes.

—Tengo una idea —dijo Cyril.

—¿Cuál?

—Consigue que Flo aparezca en el programa de Amos Swank. Haz que se lo cuente a la América nocturna. Chica joven y guapa con una historia que contar no puede publicarla porque los poderosos de este país están conspirando contra ella.

—Me quedaría hasta tarde para verlo.

—Como gran parte del país.

—¿Flo está dispuesta?

—¿Qué quieres decir?

—No parece muy equilibrada.

—¿Qué quieres decir?

—Se está viniendo abajo otra vez.

—No te preocupes por Flo. La pondré en forma.

Hubo una gran expectación cuando se fijó la fecha para la aparición de Flo en *After Midnight*, el programa de Amos Swank. Flo empezó a recomponerse de nuevo. Iba cada mañana a la cabaña de madera para asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Siguiendo el consejo de Philip Quennell, no levantó más la mano ni volvió a hablar de su vida en los encuentros.

—La gente ya sabe quién eres. Hablan de ti. Se supone que no deben, pero algunos lo hacen —Philip no le dijo que sospechaba que Rose Cliveden se lo había repetido todo a Pauline o a Sims Lord. Solo dijo—: No te vayas a tomar un café con Rose C.

—¿Por qué no?

—Habla demasiado.

—Pero es tan amable conmigo...

Flo se apuntó a un gimnasio y empezó a entrenarse. Volvió a Pooky para que le cortara el pelo y a Blanchette para que le hiciera las uñas. Se llevó a Pooky a casa para que la ayudara a decidir qué ponerse la noche de su aparición. No había podido comprarse ropa nueva desde que Jules había muerto, pero Pooky la convenció de que sus trajes de Chanel eran clásicos atemporales. Una vez elegido el traje, Pooky se lo llevó a un amigo modisto del valle de San Fernando para que lo acortara al largo de moda.

—Ponte el anillo de zafiros y diamantes —le recomendó Pooky—. Y nada más. No lles los pendientes de diamante de color canario.

—Eres un amigo, Pooky —le agradeció Flo.

Cyril se hizo cargo de ensayar con ella. Le trajo cintas de vídeo de Amos Swank entrevistando a otras celebridades para que las estudiara. «Siéntate así», decía. O «no uses esa expresión». O «si hablas de Lonny Edge, asegúrate de decir que es una estrella del porno».

—No voy a hablar de Lonny Edge, Cyril.

Flo estaba asustada.

A Mona Berg, una llamada de Freddie Galavant, antiguo embajador y amigo de algunos altos cargos, le advirtió de que si su agencia representaba el libro o la miniserie de la puta de Flo March, el fisco no le daría un momento de paz. Mona llamó a Joel Zircon a su oficina y le dijo:

—Déjalo.

—Pero ya casi he cerrado el trato.

—Déjalo —repitió Mona.

Joel lo dejó. Como Dom Belcanto, el cantante de baladas, era el invitado principal del programa de Amos Swank esa noche, Arnie Zwillman dio por perdida su velada de cartas y se quedó en casa con Adrienne Basquette para ver a su gran amigo en la tele.

—Nunca me pierdo ninguna de las actuaciones de Dom —le dijo a Adrienne. Hasta que no empezó la cabecera del programa, donde aparecían los nombres de todos los invitados, Arnie Zwillman no se dio cuenta de que Flo March, «la chica que ha escrito el libro que todo el mundo tiene miedo de

publicar», como Amos Swank la describía, iba a ser la última invitada del programa, después de la actuación de Dom Belcanto, que estaba promocionando su nuevo disco, *My Cigarette Burns Me*.

—Esa cabrona es una bomba de relojería —le dijo Arnie a Adrienne.

Pauline Mendelson, que llevaba una vida ajetreada, casi nunca veía la televisión, excepto los informativos, y, por supuesto, tampoco el programa de Amos Swank. «Nunca conozco a nadie», solía decirle a Jules acerca de la terna de invitados del programa, que eran, en su gran mayoría, protagonistas de series de televisión que no había visto nunca o cómicos de Las Vegas, donde nunca había estado. Pero esa noche, como al día siguiente tenía que ver a Dom para hablar del acto benéfico en favor de la Blind Children's Home de Los Ángeles que se iba a celebrar con una cena en el Century Plaza —evento en el que Dom Belcanto, que hacía «cosas maravillosas» por caridad, como rápidamente había subrayado su agente, había aceptado actuar—, Pauline decidió ver el programa.

Esa tarde, Flo se encontró con la guionista del programa de Amos Swank, que fue de lo más comprensiva con su historia y le aseguró que su segmento, a pesar de ser el último de la noche, sería el más visto, después del de Dom Belcanto.

—¿Quieres decir que no voy a ver a Amos Swank hasta que estemos en directo? —preguntó Flo—. ¿Ni siquiera voy a poder saludarlo antes?

—Eso es —dijo Laurette—. Amos cree que es mejor conocer al invitado en directo para garantizar la espontaneidad del programa.

—¿Cómo va a saber lo que tiene que preguntarme si no hablamos antes?

—Para eso estoy yo aquí —dijo Laurette—. He leído el reportaje de Cyril Rathbone en *Mulholland*, y el primer capítulo y el resumen de tu libro. Dinamita. Dinamita de la buena. Repasemos tu historia, tú y yo, y luego se la contaré a Amos y decidiremos qué partes son las más interesantes. Después de eso escribiré las preguntas y las pondrán en el *teleprompter*.

—¿Así es como lo hacéis? ¿En serio?

—Esta noche va a haber una audiencia enorme gracias a Dom Belcanto. El país entero estará viéndolo, créeme. Menuda atracción es ese tío.

—No quiero hablar del hijastro del señor Mendelson —dijo Flo.

—No, no, no, no te preocupes.

—Hazme un favor, Cyril. Espera fuera. Me pones nerviosa —dijo Flo; la estaban maquillando en el camerino.

—Solo quiero que saques la carta que te escribió Jules dejándote un millón de dólares —dijo Cyril—. ¿Les has dado una fotocopia para que la puedan poner en pantalla?

—Por favor, Cyril. Lo he repasado todo con Laurette esta tarde. Y sí, tiene la carta.

La maquilladora, Jess, le rodeó el cuello de su traje Chanel con pañuelos de papel para no mancharlo de maquillaje. Después, alabó su pelo.

—Nunca había visto un pelo tan bonito.

—Gracias —contestó Flo—. Sois todos tan amables aquí. Estoy emocionada.

—Llevamos mucho tiempo juntos en el programa. Somos como una familia —dijo Jess.

—¿Crees que debería besar a Amos en ambas mejillas cuando haga mi entrada? —preguntó Flo.

—¿Conoces mucho a Amos?

—No lo conozco de nada.

—Entonces no, no lo besaría.

—Eso es lo que pensaba. Vi a Roseanne besarle cuando salió, y por eso prefería preguntar.

A medida que se acercaba el momento, Flo se iba poniendo más nerviosa, pero también estaba fascinada. Siempre había querido formar parte del negocio de la televisión. Adoraba verse en la sala de maquillaje con Jess. Adoraba estar sentada en la habitación de invitados hablando con el resto de entrevistados de esa noche. Deseó haber perseverado en su carrera en el mundo del espectáculo. No había aspirado a ser más que una actriz secundaria de comedia, pero ahora sentía que podía interpretar papeles más importantes. Pensó que quizá su aparición esa noche le podía ayudar a conseguir algunos trabajos como actriz. Pensó hacerse nuevas fotos. Y conseguir un

representante. Quizá Joel Zircon podía llevar su carrera de actriz y de escritora.

—¿Señorita March?

—¿Sí? —levantó la mirada y vio a un asistente vestido con traje azul oscuro—. ¿Tengo que entrar en el plató? Estoy muy nerviosa.

—¿Me acompaña, señorita March?

—Gracias.

—El señor Marcuzzi quiere verla en su oficina —dijo el asistente.

—¿Quién?

—El señor Marcuzzi. El productor ejecutivo.

—Oh, Dios.

—Está en el edificio oeste. En la decimoquinta planta.

—¿Me da tiempo antes de salir?

—Tiene que dárselo. Es el jefe del programa.

Siguió al asistente a través de los pasillos que llevaban de los estudios en el edificio este a las oficinas de los ejecutivos en el edificio oeste. Una vez en el ascensor, el asistente apretó el botón del decimoquinto piso.

Cuando se abrieron las puertas, Flo salió y se encontró de frente con Cyril Rathbone. La miró.

—Cyril, ¿también vas a ver al señor Marcuzzi? —le preguntó.

—Han cancelado tu parte —dijo Cyril.

—¿Qué? —jadeó Flo.

—Lo que oyes.

—No me lo creo. Laurette se ha pasado dos horas en mi casa esta tarde. Lo repasamos todo. Me acaban de maquillar.

—Y luego han cancelado tu parte —dijo Cyril.

—Pero el señor Marcuzzi quiere verme.

—Quiere verte porque no vas a salir, por eso quiere verte. ¿Sabes lo que me ha dicho? «A Amos no le gustan los invitados que escriben libros. No lee libros. Quiere grandes estrellas, como Dom Belcanto, o chicas con las tetas grandes, como Roseanne, o espectáculos de animales.» No tienes que oírlo dos veces —dijo Cyril. La irritación de su voz se dirigía más a ella por su fracaso definitivo que al hecho de que hubieran cancelado su participación en el programa de Amos Swank.

Flo sintió que se desmayaba. Bajo el maquillaje, su cara se había vuelto de color ceniza. Notó que, si no se sentaba, se derrumbaría. Frente a los ascensores había tres ventanas con repisas anchas. Caminó hasta una de ellas y se apoyó.

—Otra vez otra llamada de alguien —Flo hablaba más para sí misma que para Cyril.

Miró por la ventana. Sabía que su situación era desesperada, y esa certeza se reflejaba en su rostro. Estaba profundamente perdida en sus pensamientos, dando vueltas a lo que acababa de suceder, pero su angustia no recibió atención alguna por parte de Cyril. Para Cyril se había convertido en una persona insignificante y, por tanto, su situación y lo que pensara también lo eran.

Flo miró hacia abajo a través de la ventana abierta. Quince plantas más abajo, el tráfico de Ventura Boulevard discurría a toda velocidad. Se inclinó ligeramente y encaró el vacío. Pensó en su madre, yendo de albergue social en albergue social con todas sus posesiones metidas en bolsas de plástico rotas.

En ese instante, Cyril vislumbró las posibilidades de la idea que se estaba formando en la cabeza de Flo. Resistió su impulso inicial de acercarse y cogerla. «Estaba ahí. Intenté detenerla», le diría a la policía. «Grité “¡No, Flo, no!”», pero me esquivó».

—Salta —le dijo Cyril a su espalda, en voz baja—. Adelante, Flo. Hazlo.

Flo volvió lentamente la cabeza hacia él, y sus ojos se encontraron. Él parecía ansioso y alterado, y respiraba pesadamente.

—Para ti esto se ha terminado —le dijo Cyril, hablando rápido, en un susurro urgente—. No tienes nada por lo que vivir. Jules ya no está. Con el tiempo, se olvidó de ti. Nunca vas a volver a tener dinero. Nadie quiere verte. Nadie quiere conocerte. Hazlo. Salta, Flo. Aparecerá en todos los periódicos. Causará sensación. La gente te recordará durante años, Flo. La muerte puede ser una experiencia bella. Vamos, Flo. Vamos.

Flo le miró, paralizada. Él asintió, y ella volvió a mirar hacia abajo, hacia la calle, y puso una rodilla en el alféizar de la ventana. Levantó la otra pierna para ponerla en la repisa y se encaramó. El tráfico en Ventura

Boulevard pasaba veloz; las luces frontales y de freno la hipnotizaban. Se inclinó más sobre el borde.

—Vamos —susurró Cyril, a su espalda—. Hazlo. —Repetía y repetía las palabras como si estuviera llegando a un orgasmo, y ella, su sumisa cómplice, obedecía y se acercaba cada vez más al borde. Flo levantó los brazos.

En ese momento, anunciado por un timbre, el ascensor se detuvo en su planta y las puertas se abrieron. «Bajando», dijo en voz alta un hombre desde dentro.

El hechizo se había roto. Flo brincó de vuelta al suelo. Pálida, casi desmayándose, miró a Cyril Rathbone y se arrastró lentamente fuera de su alcance, atemorizada, como un perro que hubiera sido apaleado por su dueño. Las lágrimas le caían por las mejillas. Trató de levantarse del suelo, pero le temblaban las piernas.

—Bajando —repitió el hombre del ascensor, y la puerta empezó a cerrarse.

—¡Espere! —gritó Flo.

Se incorporó a medias y corrió hacia el ascensor. Cyril la siguió. Dentro, un conserje con un carro de la limpieza asintió. Flo se agarró al pasamanos del ascensor para tratar de mantener el equilibrio. Cyril empezó a hablar a Flo, pero ella le giró la cara. Con manos temblorosas, se secó las lágrimas de su rostro y, en un gesto automático, desenroscó el pintalabios y se retocó los labios sin mirarse en el espejo. El ascensor descendió en silencio.

—Iré a por el coche —dijo Cyril cuando llegaron a la planta baja.

Flo negó con un gesto de cabeza.

—No te preocupes. Iré en taxi.

—No, no, querida. No seas tonta. —La voz de Cyril había recuperado su florida tonalidad, como si lo que acababa de ocurrir entre ellos no hubiera sucedido.

—Sí —Flo se apoyó en una pared, exhausta.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —preguntó él, nervioso.

—¿Por qué me has hecho eso? —Flo ladró la frase como si fuera una sola palabra.

—Era una broma, Flo. Solo estaba bromeando. Sabes que no lo decía en serio.

Ella lo miró.

—Qué buena broma, Cyril. Muy divertida. Amos Swank podría haber conseguido una buena audiencia con un poco de tus dotes cómicas —se alejó de él.

—Flo.

Ella se detuvo y se volvió.

—Mantente alejado de mí, Cyril —le dijo, apuntándole con un dedo para enfatizar sus palabras, y repitió—: Lejos.

El taxista iraní de la compañía Valley Cab siguió mirándola por el retrovisor. Le resultaba familiar. Pensó que quizás era una estrella de la televisión de una de las series del estudio donde la había recogido, pero no podía recordar cuál. Ella le dio su dirección en Azelia Way, pasado Coldwater, en Beverly Hills. La dirección le sonaba. La miró por el retrovisor de nuevo, pero ella estaba perdida en sus pensamientos. La vio abrir el bolso y sacar su cartera. Miró el taxímetro y luego el dinero que tenía en la mano, probablemente contando para ver si tenía suficiente.

—Perdone —dijo ella—, pare cuando llegue a Sunset y Coldwater. Caminaré lo que quede de camino.

—No puede ir andando, señorita. Es noche cerrada y hay más de tres kilómetros desde Coldwater hasta el giro de Azelia Way.

—Escuche. No tengo dinero para ir más lejos. No me di cuenta cuando entré en el taxi. Lo siento mucho. Se suponía que iba a volver a casa con la persona que me llevó al estudio, pero ha ocurrido algo y he tenido que coger el taxi, y no me he dado cuenta de que no tenía suficiente dinero.

El taxista chasqueó los dedos.

—El Chateau Marmont en Sunset Boulevard. ¿Es así, verdad?

—¿Qué?

—¿No la llevé una vez desde un restaurante del valle al Chateau Marmont? ¿Estaba llorando y disgustada por algo?

Flo sonrió.

—¿Y usted es el mismo taxista? ¡Siempre aparece en mis noches de gloria!

—Me dejó una propina de diez dólares. Nunca me olvidé de eso. La mayoría de la gente deja, como mucho, un quince por ciento de la carrera, no más. Ni siquiera se lo pensó. Pagó y luego me dio diez dólares. Y yo me dije, esta mujer tiene clase. No voy a dejarla en mitad de la calle, señorita. La llevo hasta casa —apagó el taxímetro—. Esta carrera corre de mi cuenta.

—Es muy amable por su parte —dijo Flo.

—Un detective privado vino a buscarme unos días después, ¿lo sabía? Quería averiguar dónde la había dejado. Lo tenía todo en mi registro. Esta dirección en Azelia Way, a la que me dijo que la llevara primero, para cambiar luego de idea y pedirme que la dejara en Chateau Marmont.

Flo miró la licencia del taxi y vio su nombre.

—¿Hussein? ¿Es así?

—Hussein. Ese es mi nombre.

—Quiero que sepa que se lo agradezco mucho, Hussein. Hoy en día, no queda mucha gente como usted.

Cuando el taxi giró a la derecha en Coldwater hacia Azelia Way, un coche bajó en su dirección. Al pasar, Flo miró por la ventanilla y vio que era el Rolls-Royce dorado. Dos hombres en los asientos delanteros. No miraron hacia ella. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Mientras el taxi subía por la colina en dirección a su casa, Flo miró el Rolls por la luna trasera.

—¿Me haría un favor, Hussein? —preguntó mientras el taxi paraba en su camino.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Podría esperar aquí hasta que entre en casa?

—Iré hasta la entrada con usted —Hussein se bajó y le abrió su puerta, como si fuera chófer en lugar de taxista.

Al llegar a la puerta, mientras Flo sacaba las llaves, vio que estaba entornada.

—Quizás olvidó cerrar cuando salió —dijo Hussein.

—Quizá —dijo Flo. La empujó.

—¿Quiere que vaya primero? —preguntó Hussein.

—¿Le importaría?

Dentro de la casa, Flo miró a su alrededor. Todo parecía estar en orden. Miró en la cocina, en la habitación de servicio sin usar, y finalmente en su

dormitorio. Abrió los cajones del armario de su vestidor y palpó, detrás de unas cajas, su joyero Louis Vuitton con el que había sido fotografiada saliendo del hotel Meurice de París el día del incendio. Cuando lo abrió, comprobó con alivio que sus pendientes de diamante amarillo, el último regalo de Jules Mendelson, seguían ahí.

—¿Todo bien? —preguntó Hussein.

—Eso parece —dijo Flo.

—¿Va a llamar a la policía?

—No, no parece que falte nada. Quiero darle las gracias. Se lo agradezco de veras. Si me da su dirección, le enviaré el dinero mañana, cuando vaya al banco.

—La carrera corre de mi cuenta —dijo Hussein—. Buena suerte. Parece tener demasiados problemas en la vida para ser una señorita tan joven.

Flo sonrió.

—Buena suerte para usted también, Hussein.

Una vez a solas, Flo puso la cadena y el cerrojo. Recorrió toda la casa y bajó las persianas y echó las cortinas. Fue a su habitación y empezó a desnudarse, quitándose el traje de Chanel que Pooky había considerado adecuado para su aparición en el programa de Amos Swank. Se sentó en el tocador y se puso una crema para limpiar el maquillaje que Jess le había aplicado justo antes de que el asistente le pidiera que lo acompañara hasta la oficina del señor Marcuzzi. El recuerdo de lo que había estado a punto de hacer en la decimoquinta planta del edificio oeste de los estudios Valley cruzó su mente y se sintió desfallecer de nuevo. Fue al mueble bar y miró durante un buen rato la garrafa de Soave del Hughes Market. Quitó el corcho y tiró el vino por el fregadero, apartando la cabeza para no sentirse atraída por el embriagador aroma. Luego buscó en el frigorífico y sacó una Coca-Cola Light. La abrió y empezó a beber de la lata. Viéndose reflejada en el espejo del mueble bar, recordó que Jules odiaba que bebiera directamente de la lata y vertió el refresco en uno de sus vasos Steuben.

—Todavía intento hacer las cosas a tu manera, Jules —le dijo al espejo—. Y no me está llevando a ningún lugar en absoluto.

Al darse la vuelta para volver a la sala de estar, su pie pisó un objeto duro. Miró hacia abajo y vio la grabadora de Cyril en el suelo. Se agachó y la

cogió. Alguien la había destrozado con un martillo. La cinta que había dentro ya no estaba.

No podía dormir. Llevó las almohadas de su cama a la sala de estar y se tumbó en su sofá de satén gris, con un paquete de cigarrillos y unas pocas revistas a mano. Cada vez que oía un coche por Azelia Way, se paraba a escuchar hasta estar segura de que había pasado de largo.

Cogió la revista *Mulholland* y leyó el artículo de Hortense Madden sobre el manuscrito perdido del fallecido escritor Basil Plant, el cual había sido localizado, al parecer, en el bungalow de Cahuenga Boulevard de Lonny Edge, la estrella del porno.

Miró su reloj. Eran las dos en punto de la mañana. Sabía que no era demasiado tarde para llamar. Se preguntó si estaría en casa. Marcó el número.

*«Soy Lonny. Ahora no puedo ponerme. Deja tu nombre y tu número, aunque pienses que ya lo tengo, y la hora a la que has llamado, y te contestaré lo antes posible. Espera a oír la señal.»*

No quería dejar su número en el contestador. Justo cuando iba a colgar, oyó la voz de Lonny.

—¿Hola?, ¿hola?

—¿Lonny?

—¿Ina Rae? —preguntó Lonny.

—No, soy Flo.

—¿Flo? —notaba que no la reconocía.

—De la cafetería Viceroy. Del aparador de revistas del Hughes Market.

—Flo, Dios mío. ¿Cómo estás? Esperaba a otra persona.

—Ya veo. Ina Rae. ¿Quién es Ina Rae?

—Oh, mejor no preguntes.

Hubo un silencio.

—¿Estás bien, Flo? —preguntó Lonny.

—Claro.

—¿Qué ocurre? Son las dos de la mañana.

—¿Todavía estás buscando un sitio para vivir?

—Sí, claro. Me echan de aquí. Pensaba mudarme con una amiga mía, con Ina Rae, pero no va a funcionar. ¿Por qué?

—¿Cuánto estarías dispuesto a pagar?

—Seiscientos o setecientos al mes. ¿Por qué?

—Hoy en día no se encuentra mucho por seiscientos o setecientos, Lonny. ¿No pueden ser mil?

—Quizá. ¿Por qué? ¿Sabes de algún sitio?

—La habitación de servicio de mi casa está libre, igual te interesa, como solución temporal.

—¿De verdad? ¿Quieres decir en tu casa de Beverly Hills? —estaba emocionado—. Eso sería genial.

—Bien, escucha. Nada de cosas raras entre nosotros. Nada de traer clientes a mi casa. Nada de vídeos guarros. Esta oferta es como compañero de piso, nada más. Y tendrías que pagarme dos meses de renta por adelantado.

—¿Por qué quieres tener a un tío con una reputación como la mía viviendo en tu casa, Flo? ¿Tan mal estás de pasta?

—Sí. Estoy sin blanca, Lonny. Están a punto de cortarme el teléfono.

—¿Y por qué me da la sensación de que hay algo más que problemas económicos detrás de esta llamada a las dos de la madrugada?

—Porque tengo miedo, Lonny. Tengo miedo de estar sola aquí.

*Las cintas de Flo #25*

*«Era como una pluma al viento. Salvo por Phil, mi amigo de Alcohólicos Anónimos, no sabía en quién confiar. Realmente, no tenía adónde ir. Supongo que así es como acabé compartiendo casa con Lonny. Lonny Edge, imagínate. La cosa con Lonny es que en realidad es un buen tío, pero está en una línea de trabajo que mucha gente prefiere evitar, al menos públicamente. Dios mío, las historias que me contaba sobre esos famosos que visitaba en Bel Air y Holmby Hills, la clase de gente sobre la que lees en los periódicos y que son-siempre-tan-decentes. Lonny me lo contó todo sobre Kippie y sobre lo que pasó aquella noche en casa de Hector. De nuevo, fue todo una cuestión de dinero. Kippie necesitaba pasta y su madre no iba a dársela, y Jules tampoco, al parecer. Así que fue a ver a Hector y le sorprendió con Lonny. Quiero decir, ¿qué le pasa a esa gente con el dinero que no lo suelta? ¿Merece la pena causar todos esos problemas solo por dinero?»*

*»Probablemente, la única cosa inteligente que he hecho en mi vida fue ir al Wells Fargo Bank, a la mañana siguiente de que Cyril intentara convencerme de saltar por la ventana de los estudios Valley, para coger las cintas y traerlas de vuelta a casa.»*

Al despertarse, Cyril Rathbone recordó con remordimiento lo que había dicho y hecho la noche anterior. Sabía demasiado bien que el impulso que lo había empujado a aprovechar el momento de desesperación de Flo y a alentarla para que saltara por la ventana de la decimoquinta planta del edificio de administración de los estudios Valley —lo cual le pareció lógico en el momento porque aquello le proporcionaría grandes titulares y un espectacular final para su libro— había acabado para siempre con su relación con ella. No era capaz de borrar de su mente el miedo y odio que vio en el rostro de Flo cuando le dijo que se alejara. A pesar de todo, intentó contactar con ella por teléfono y luego mediante una carta enviada por Federal Express, en la que intentaba explicarse mostrando una versión revisada de los hechos y de los pensamientos que habían pasado por su cabeza entonces, pero no hubo respuesta, y supo que nunca la habría. Para Flo March, él era historia.

Las treinta y nueve horas de cintas de *microcassette* que ella había grabado estaban en una caja de seguridad en el Wells Fargo Bank de Beverly Hills, de la cual ambos tenían llave. Cuando fue al banco varios días después de la cancelación del programa de Amos Swank, descubrió que la caja de seguridad estaba vacía. Sin Flo, los sueños de trascender su carrera de columnista de sociedad y convertirse en escritor quedaban frustrados.

En su columna, Cyril Rathbone empezó a referirse a la reciente viuda como Pauline, la señora Mendelson; la clase de expresión para referirse a las grandes viudas del reino. Pauline había retomado poco a poco su agenda social, asistiendo a pequeñas cenas de amigos cercanos y eventos culturales, pero evitaba todo el tiempo las cámaras de la prensa de sociedad y de moda, que la habían seguido durante tantos años. «Pauline, la señora Mendelson, llegó al estreno del ballet cuando el telón ya se había levantado. Hoy en día, protege su privacidad», escribió Cyril en uno de sus artículos.

Aunque pareció un encuentro casual, no fue ningún accidente que Cyril Rathbone se cruzara a Pauline Mendelson en Bedford Drive, en el preciso

momento en el que ella salía del salón de Pooky después de arreglarse el pelo y las uñas; tareas de belleza que, habitualmente, se llevaban a cabo en su casa. Esa mañana, en la cafetería Viceroy, Pooky le había dicho a Blanchette, la chica de la manicura, que la señora Mendelson llegaría a la peluquería a las once y que no se la podía hacer esperar bajo ningún concepto, incluso si eso significaba anular la cita anterior, ya que tenía que irse del salón sobre las once y cincuenta para volver a tiempo a Clouds y celebrar una comida en honor de un embajador de visita. Pauline Mendelson era la clase de cliente por la que se hacían esa clase de cambios. Cyril, sentado en otra mesa detrás del peluquero, no pudo evitar aguzar el oído.

A las once y cuarenta y cinco, el chófer de Pauline, Jim, aparcó el Bentley en la entrada del salón de Pooky y se quedó junto a la puerta abierta para ella. Exactamente a las once y cincuenta, se abrió la hoja lacada en rojo del salón de peluquería y Pauline salió con el paso apresurado de una celebridad. Llevaba el pelo cubierto por un pañuelo y cruzó la acera con largas zancadas, sin mirar a los lados, apretando el bolso contra el cuerpo, mientras el asistente del salón que había abierto la puerta y Jim se quitaban la gorra en señal de respeto. Cyril, que llevaba un maletín, caminaba con paso rápido y afectado, sin mirar tampoco a los lados, como si estuviera de camino de una reunión importante a otra y el tiempo fuese oro. Se chocaron en mitad de la acera, y ambos casi estuvieron a punto de perder el equilibrio. A Pauline se le cayó el bolso al suelo.

—Santo cielo —dijo Cyril, con una nota de irritación en su florido acento inglés, como si la culpa no fuera suya. Recogió su maletín del suelo.

Jim, el chófer, se apresuró a coger a Pauline por el brazo para evitar que cayera, y luego se agachó para recoger el bolso.

—¿Está bien, señora M.? —preguntó.

—Sí, Jim, estoy bien. No me he fijado por dónde iba —se dio la vuelta para disculparse con el hombre—. Lo siento mucho —dijo—. Me temo que ha sido culpa mía.

—No, no, por favor —dijo Cyril—. Perdóneme. Mi mente estaba a mil kilómetros de aquí. ¿Le he hecho daño? Oh, cielo santo, Pauline. No me he dado cuenta de que eras tú.

Sobresaltada, Pauline asintió de forma distante cuando se dio cuenta de que el hombre con quien había chocado era Cyril Rathbone.

—Esto es realmente sorprendente. —La voz de Cyril adquirió un tono fascinado y esotérico—. He estado pensando en ti. Y estoy seguro de que sabes que los accidentes no existen, aunque hayamos tenido esta pequeña colisión —sonrió como si hubiera hecho una broma.

Pauline no esperó a que continuara. Se metió en el coche y se sentó en el asiento de atrás. Cuando Jim estaba a punto de cerrar la puerta, Cyril se adelantó, la mantuvo abierta y metió la cabeza. No volvería a tener otra oportunidad de estar tan cerca de ella, y lo sabía.

—Tengo que hablar contigo urgentemente, Pauline. Urgentemente.

—Me temo que llego muy tarde —dijo Pauline, retrocediendo al rincón más alejado del asiento del Bentley.

Él quería decir: «Sí, lo sé, el embajador va a ir a comer», pero no lo hizo. En su lugar dijo:

—Estarás muy agradecida conmigo por lo que tengo que decirte. Es de la mayor importancia para ti.

Lo miró sin responder.

—Es referente a Flo March. He oído las cintas.

Pauline hizo un gesto con la cabeza, dando a entender que no quería escuchar más. Jim, el chófer, dio la vuelta hasta el lado del conductor y abrió la puerta. Pauline no quería que Jim oyera lo que Cyril estaba a punto de decir.

—Tengo muchísima prisa —dijo, levantando la mano al mismo tiempo para detener la conversación.

—Yo también —respondió él—. Llego tarde a una cita —acarició su maletín, como si contuviera secretos de Estado—. Pero tienes que escucharme.

—Iremos directos a casa, Jim.

—Por favor, Pauline.

Habló sin mirarle.

—Llame a la señorita Maple, la secretaria de mi marido. Dígame que le dé una cita.

Durante casi tres décadas, Arnie Zwillman, de quien se especulaba mucho en los medios, había conseguido eludir a los fotógrafos, periodistas y reporteros de investigación del *New York Times*, el *Wall Street Journal*, *Los Angeles Times* y *Los Angeles Tribunal*. Cualquier noticia sobre la actividad de la mafia en el sector del transporte, en Las Vegas, en la industria musical, en el cine, en el tráfico de drogas, en la prostitución, en la pornografía, en todo, hacía referencia, una y otra vez, a su nombre, pero siempre como una figura misteriosa, una eminencia gris, apenas vista, nunca fotografiada, inaccesible en grado sumo, salvo por sus ocasionales escapadas al Friar Club para jugar a las cartas, que eran su pasión. Su vida social se limitaba a la esposa de turno, quien, una vez disminuido el deseo, era sustituida cada siete años, y a la compañía de compinches famosos como Dom Belcanto, el cantante de baladas, Amos Swank, el presentador de televisión, y sus respectivas esposas.

Fue a Amos Swank a quien Arnie Zwillman había llamado la noche anterior, una vez empezado el programa y durante los primeros anuncios, para pedirle que cancelara la última entrevista de la noche.

—Echa a la puta —le dijo.

—¿Roseanne? ¿Echar a Roseanne? —respondió Amos, horrorizado por la idea.

—Roseanne, no. Flo March.

—Eso me pone en un aprieto, Arnie —dijo Amos—. Estamos en directo, no puedo conseguir un sustituto.

—Dile a Dom que he pedido que cante unas canciones más —respondió Arnie—. El público quiere verle a él, no a esa puta de March.

Más tarde, cuando Arnie escuchó la única cinta que habían encontrado en casa de Flo March, su cara fue un poema. Flo reconstruía con detalle, según lo que le había contado Jules en persona, el encuentro que él había mantenido con Mendelson en casa de Casper Stieglitz mientras el resto de invitados veía una película. La expresión «blanqueo de dinero» se mencionaba con frecuencia, así como los métodos para llevar a cabo la operación durante la estancia de Jules en Bruselas, tal y como le había sugerido.

Arnie creía firmemente que solo la inesperada interrupción de Pauline Mendelson, ofendida por un comentario soez del drogadicto Casper Stieglitz, había evitado que el trato se cerrara en ese mismo lugar e instante.

—Dios mío, esta March tendría que haber sido secretaria. Parece haberse quedado con absolutamente todo lo que Jules le dijo en confianza mientras ella le bajaba los pantalones para chupársela —dijo Arnie. Su comentario fue recibido con carcajadas en la habitación, pero Arnie Zwillman no estaba de humor. Levantó la mano y las risas cesaron—. ¿Dónde están las demás cintas? Se supone que hay cuarenta horas grabadas. Y aquí solo hay una hora. Quiero oír el resto del material sobre Kippie.

—Es todo lo que pudimos encontrar —dijo Jo Jo, su ayudante.

—Probablemente estén en alguna caja de seguridad. Encuentra a ese maricón de Cyril Rathbone. Acojónale —dijo Arnie.

—Soy el señor Rathbone. Me están esperando —dijo Cyril, sonando más inglés que nunca, mientras miraba a la cámara del circuito cerrado de televisión a las puertas de Clouds.

Dudley, que estaba al otro lado, observando el monitor, no tenía en alta estima al columnista de *Mulholland*, después de lo que él consideraba un infame y traicionero artículo sobre Jules Mendelson y la mujer llamada Flo March; un relato que él sabía había despertado un intercambio de miradas pícaras y risas ahogadas en las habitaciones de servicio de otras casas importantes de la ciudad. Su rechazo era tal que Dudley había llegado a manifestárselo a la señora de la casa cuando esta le avisó de que esperaba a Cyril Rathbone. Sin embargo, Pauline apenas se había encogido de hombros y no había respondido, como si la situación excediera su control.

Mientras Cyril subía por el largo camino de la propiedad de los Mendelson, girando a la derecha para desembocar en la parte mágica que no podía ser vista desde los portones de entrada, su corazón latía deprisa. Para su editora, Lucia Borsodi, siempre había sido una decepción que no tuviera acceso a la grandiosa mansión. No le importaba que ningún otro columnista de sociedad de la ciudad tampoco lo tuviera, o que el fallecido Jules Mendelson odiara la exposición mediática. Lucia Borsodi le había dicho una y otra vez que en Nueva York, Dolly De Longpre, la afamada decana del gremio, tenía acceso a las mejores casas sin excepción, tanto de la vieja como de la nueva alta sociedad, y que cuando visitaba Los Ángeles una vez al año, era invitada

a cenar en la propiedad de los Mendelson, lo cual suponía un desaire anual para Cyril. Pero ese día, por fin, iba a tener acceso a la privada y exclusiva mansión en la que soñaba con entrar desde hacía años.

Cyril detuvo su coche en el patio y miró al frente con alborozo. La enorme casa era todo lo que había imaginado que sería. La puerta de entrada se abrió antes de que tuviera que llamar siquiera, y pasó al vestíbulo sin mirar a Dudley, atraído como un imán por la vista de la extraordinaria escalera y los seis Monet.

—Oh, maravilloso, maravilloso —dijo, mirando arriba, a izquierda y a derecha, mientras en su cabeza se agolpaban las frases con las que después describiría todos esos tesoros. Mirándose en un espejo Chippendale colgado sobre una consola, quedó encantado de su elegante aspecto, con su traje de verano bien cortado, su camisa azul y la corbata rosa.

Dudley, que también se abstuvo de saludar, lo guio por el pasillo hasta la fresca penumbra de la biblioteca. Afuera hacía mucho calor, pero en la preciosa habitación, los toldos de rayas azules y blancas evitaban que entrara el sol por los ventanales. Respondiendo de forma inmediata al lujo, Cyril se sintió cómodo. A la derecha, sobre la chimenea, estaba el cuadro de las *Rosas blancas* de Van Gogh. Cyril hubiera querido detenerse a contemplarlo, pero el mayordomo abrió las puertas que daban a la terraza y salió fuera, indicándole que le siguiera.

—La señora Mendelson está cortando rosas en el jardín — dijo. Levantó la mano y señaló la gran escultura de una mujer durmiente—. Pasada la escultura de Henry Moore, a la izquierda, en el jardín de rosas. —Dudley se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa.

Cyril se sintió decepcionado. Odiaba el sol. Su suave piel era de las que se quemaban e irritaban con facilidad. Hubiera preferido reunirse con Pauline en la biblioteca, más fresca, y sentarse en espléndidas sillas bajo espléndidos cuadros, sujetando bebidas frías servidas en espléndidos vasos. Le habría gustado recorrer la casa, habitación por habitación, antigüedad por antigüedad, cuadro por cuadro, como —según había oído decir a Hector Paradiso— hacían a veces algunos invitados de honor si expresaban interés por los tesoros del lugar.

La idea de reunirse al aire libre había sido de Pauline. Lo que fuera que el desagradable hombre tuviera que decirle, quería que lo dijera lejos del alcance de los oídos de Dudley y del resto del servicio. Al cruzar el prado, Cyril deseó haber traído su sombrero de paja para proteger su delicada piel del intenso sol. Al mismo tiempo, observó y memorizó las extraordinarias piezas escultóricas que Jules Mendelson había coleccionado. «Pasada la escultura de Henry Moore», había dicho el mayordomo. Quería recordarlo.

Al poco vio a Pauline; estaba de espaldas, inclinada hacia adelante mientras cortaba una enorme rosa que luego se llevó a la nariz por un instante. Llevaba guantes de jardinería y un gran sombrero de paja. En la hierba, junto a ella, había una cesta con varias docenas de rosas de diferentes tonalidades de rojo y rosa. Vio también cómo ahuyentaba una avispa que revoloteaba demasiado cerca. Incluso sin saber que la observaban, Cyril advirtió que mantenía su porte elegante, y la imagen resultante era agradable a la vista.

—Pauline —la llamó en voz alta, emocionado, como si fuera un invitado a una fiesta aproximándose a la anfitriona, en lugar del autor de un inminente y obscuro libro acerca de su difunto marido y su amante. Aunque sabía que ella, posiblemente, le había oído llegar, ya que la distancia entre ellos no era excesiva, no se volvió inmediatamente, y tuvo que decir de nuevo—: Pauline.

Pauline no se había dado la vuelta porque no podía soportar que el felino exalumno de Eton, que en realidad nunca había ido a Eton, la llamara por su nombre de pila. Sintió que esa intimidad era una impertinencia, pero no le corrigió. En su lugar, le llamó señor Rathbone.

—Hola, señor Rathbone —dijo, ofreciéndole una sonrisa demasiado amable que la gente como ella reservaba a los subordinados que han sobrepasado los límites.

Cyril reconoció el gesto y abandonó la idea de pedirle que le llamara por su nombre de pila. Tampoco intentó besarla en la mejilla, como había hecho en la fiesta en casa de Casper Stieglitz, cuando ella se apartó de él y le dijo que estaba resfriada. Había sillas de jardín junto al pabellón, y Pauline le indicó con un gesto que se sentara.

—Todo esto es precioso, Pauline —dijo Cyril mirando alrededor, en dirección a la casa y el jardín.

—Gracias.

—La escultura de Maillol es para morir.

Pauline asintió ante la mención de la escultura, la preferida de su marido, pero no hizo ningún amago de informarle de ello, como tampoco hizo ningún amago de adoptar el papel de anfitriona y entablar una conversación, ya que había sido él quien había insistido en verla para transmitirle una información urgente. Con el fin de indicarle que el rato juntos sería breve, no se quitó los guantes ni se recostó en la silla.

Aunque esos signos lo pusieron nervioso, Cyril adoptó una postura lánguida al sentarse, como si estuviera acostumbrado a tales encuentros vespertinos en el jardín de rosas de Clouds.

—Un día muy caluroso —dijo. Se protegió los ojos con la mano y deseó que hubiera una sombrilla cerca.

—Sí.

—Me muero por ver su orquídea *Phalaenopsis* amarilla.

—Señor Rathbone, por favor —respondió Pauline, cerrando los ojos y moviendo la mano—. Nada de visitas al jardín. En la calle me dijo que era un asunto de urgencia. Hablemos de ese asunto y olvidémonos de mi *Phalaenopsis* amarilla.

Incluso entonces, con todos los ases en la manga, Cyril se hubiera deshecho de ellos para ser su amigo, a la manera en la que Hector Paradiso lo había sido, pero en ese momento se dio cuenta de que Pauline no se dejaría ganar por halagos o encanto. Rechazado, sonrió, consciente de su derrota.

—Como a menudo escribo en mi columna, Pauline, no hay nadie más duro que una dura dama de la alta sociedad.

—Cierto.

—Nunca le he caído bien, ¿verdad, Pauline?

—Y con motivo, señor Rathbone. Pero, una vez más, vayamos al asunto urgente —se quitó el guante y consultó el reloj, sin intención de esconder el gesto.

Él ignoró su petición.

—En un segundo. Hay algo que me gustaría aclarar primero. ¿Fue ese el motivo de que no se me pidiera leer el panegírico en el funeral de Hector el año pasado?

—Oh, por el amor de Dios —dijo Pauline, impaciente.

—Sabe que debería haber sido yo el encargado de leerlo, ¿verdad? — Cyril se golpeó el pecho con el índice para señalarse—. Después de todo, era su mejor amigo.

Pauline no respondió, pero tenía la capacidad de hablar sin pronunciar una palabra, simplemente levantando las cejas y dejando muy clara su intención.

—Después de usted, quiero decir —corrigió Cyril, raudo—. Ese embajador que leyó el panegírico apenas lo conocía. Siempre pensé que fue usted la responsable.

—¿No había una acusación de tipo moral pendiendo sobre su cabeza en ese momento, algo de una paliza o algo así? —preguntó Pauline.

Cyril, sorprendido, se sonrojó profundamente y no dijo nada.

Pauline continuó.

—Creo recordar que a mi marido le informaron del asunto. El arzobispo Cooning se debatía entre si debía officiar o no la misa funeral, a pesar de que Rose Cliveden había donado cien mil dólares para la reforma de su residencia en Hancock Park. Bajo esas circunstancias, los organizadores del funeral, entre los cuales no me encontraba, consideraron su candidatura como, eh... indecorosa. Creo que esa fue la palabra que se utilizó en el momento. Indecorosa.

Cyril continuó en silencio.

—Tiene una abeja en el hombro —dijo, por fin.

—No es una abeja. Es una avispa —dijo Pauline, sacudiéndosela del hombro con la mano todavía enfundada en el guante.

—Molestas criaturas —dijo Cyril, agitando la mano frenéticamente para disuadir a la avispa de ir en su dirección. No le gustaba decir, por miedo a parecer poco masculino, que le aterrorizaban las avispas—. ¿No deberíamos ir dentro? —preguntó.

—Ya se ha ido —repuso Pauline, indiferente—. Dígame, señor Rathbone. Ya que parece que estemos jugando al juego de la verdad, ¿fue usted quien me envió, de forma anónima, la fotografía de un diario parisino donde aparecían mi marido y la señorita March escapando de un incendio en el hotel Meurice?

—Sí, pensé que debía saberlo.

—Oh, ya veo. ¿Quiere decir que lo hizo por hacerme un favor? Su reputación de hipócrita le precede, señor Rathbone. —Reserva, propiedad y buenas maneras eran cualidades innatas en ella, pero no hizo ningún intento de disfrazar el desprecio de su voz.

—Pensé que debía saberlo —repitió él.

—Claro que sí —dijo Pauline, sin rebajar el filo de su tono.

—Hector vio la foto. Se la envié a él, pero no tuvo las agallas de enseñársela.

—Hector era un caballero. Una de las muchas diferencias entre usted y ese buen hombre.

Molesto ya con su menosprecio, Cyril no pretendió seguir ganando.

—Como estoy seguro que ya sabe, se está escribiendo un libro sobre usted y su marido.

—Sería difícil no saberlo, ya que usted lo ha tratado extensamente en su columna.

—He escuchado las cintas que ha grabado la señorita March. Ya hay cuarenta horas grabadas.

Pauline se cruzó de brazos.

Cyril empezó a detallar toda la historia del largo romance entre su marido y la excamarera, sin ahorrarse nada, sin ponerse límite alguno. Ahora sabía que nunca sería amigo de Pauline, así que no tenía ningún sentido controlarse. Se inclinó hacia ella y empezó a desgranar la historia, las verdades y falsedades entremezcladas, con el único objetivo de hacerle daño.

—Cuando Jules se iba antes de todas las fiestas, dejando que fuera Hector quien la llevara a usted de vuelta a casa, y lo justificaba diciendo que tenía que levantarse pronto para atender las llamadas de sus oficinas en Europa, en realidad madrugaba tanto porque quería ver a Flo, porque necesitaba echar un polvo rápido de camino al trabajo para poder aguantar hasta su visita habitual de las tardes. Su apetito sexual era insaciable. Aparecía en su puerta cada tarde a las cuatro menos cuarto, sin fallar ni un día, por muchos problemas que atravesaran sus negocios; lo primero era lo primero. En las varias horas que pasaba con ella, antes de volver a casa con usted para tomar una copa de vino en la habitación del atardecer y hablar de los acontecimientos del día, antes de que usted se vistiera para asistir a la

fiesta que hubiera esa noche, él se corría tres o, incluso, cuatro veces, cambiando de postura. No podía poseer lo suficiente a esa mujer. Está todo en las cintas, Pauline.

Pauline se hundió en la silla de hierro forjado.

—Hay más —dijo Cyril.

Ella le miró.

—¿Cuánto más?

—Mucho más.

—¿Va a hacer que se lo saque con tenazas, frase a frase, señor Rathbone? ¿O me lo va a decir? Después de todo, para eso es para lo que ha venido aquí, ¿no es así?

—Es solo que es demasiado incómodo —dijo Cyril. La falsedad en su voz era tan evidente que hasta él la percibió.

—Entonces sea incómodo. Estoy segura de que no será la primera vez.

—Verá, tengo las cuarenta horas de *microcassettes*. En realidad, quiero decir que tengo treinta y nueve de las cuarenta horas. Hay una cinta que todavía está en casa de la señorita March. Parecía muy celosa de esa en concreto. Algo sobre la muerte de nuestro amigo Hector Paradiso. No quiso revelarme todo lo que sabe.

Bajo la ancha ala del sombrero de paja, Pauline cerró los ojos. Estaba decidida a no permitir que Cyril Rathbone viera una sola lágrima.

—Por cierta suma de dinero podría darle todas esas cintas.

—Así que de eso va el asunto urgente. Debería haberlo sospechado. Chantaje.

—Su hijo, el gamberro de su hijo Kippie, ¿no se llama así? Tiene algo que ver con su hijo.

Pauline levantó las cejas con desagrado, en un gesto pensado para disfrazar el miedo que sentía, y no se decidió a responder nada por temor a que ese miedo quedara en evidencia. Otra avispa revoloteó cerca de ella. Miró su hombro y la ahuyentó de forma nerviosa, con un aspaviento que tenía más que ver con las palabras que estaban saliendo de la boca de Cyril Rathbone que con el propio insecto.

Él se inclinó de nuevo hacia ella, consciente de que, por fin, había tocado su punto débil. Una sonrisa torció sus labios mientras continuaba recreándose

en los detalles.

—Al parecer, y todo esto según Flo March, por supuesto, mientras su hijo estaba de permiso de su rehabilitación en un centro de Francia, fue detenido en el aeropuerto de Los Ángeles por llevar drogas. Necesitaba diez mil dólares inmediatamente. Usted lo rechazó, así como el gánster Arnie Zwillman, con quien su hijo disfruta de una peculiar amistad. Por eso esa noche fue a visitar a su mejor amigo, Hector, y al parecer pilló al pobre Hector en mitad de un acto sexual de naturaleza desviada con una muy conocida estrella del porno llamada Lonny Edge, a quien Hector había elegido en un bar gay de West Hollywood llamado Miss Garbo, mientras iba de camino a casa desde una muy pomposa fiesta aquí, en Clouds, fiesta que, por cierto, usted impidió que cubriera para mi columna. Por curiosidad, y no tiene nada que ver con lo que nos ocupa, el señor Lonny Edge es ahora el compañero de piso de Flo March; le ayuda a cubrir gastos desde que usted consideró apropiado anular las promesas que su marido le había hecho. En cualquier caso, su hijo Kippie estaba tan apremiado por conseguir los diez mil dólares que usted no quería darle que él mismo se ofreció sexualmente a su amigo Hector, aunque algo así no estuviera ni remotamente próximo a sus inclinaciones. Cuando Hector lo rechazó, hubo, al parecer, una pequeña escaramuza, y Hector sacó una pistola y...

La avispa que Pauline había ahuyentado se metió en la boca de Cyril Rathbone y le picó en la lengua. En la agonía de dolor, no pudo ni siquiera gritar, debido a la hinchazón causada por el veneno de la picadura. Sus ojos, desorbitados, imploraban ayuda a Pauline.

Pauline miró el espectáculo del hombre retorciéndose frente a ella. Cyril tenía el rostro y el cuerpo bañados en sudor. La camisa estaba empapada, y el sudor traspasó a su traje de verano. Trató de levantarse y luego cayó de rodillas ante ella.

Pauline cogió la cesta que contenía las rosas que había estado cortando, sacó las tijeras y empezó a trabajarlas.

—Siempre hay que limpiar todo el follaje que quede por debajo del nivel del agua de la maceta —dijo, bajando su mano por el tallo y arrancando las hojas—. Y luego, cuando cortas el final del tallo, hay que asegurarse de hacerlo en ángulo. Así, ¿lo ve? Bien, estas rosas de mi jardín tienen un tallo

particularmente grueso, lo cual complica la absorción de agua, así que siempre sugiero, cuando hablo con recién llegados al club de jardinería, pelar la mitad. Así.

Cyril Rathbone se retorció en el suelo. Como tenía la boca del todo abierta, Pauline pudo ver que la lengua estaba enormemente inflamada y de un rojo vívido. La saliva le goteaba y le caía por la barbilla. Se estaba ahogando. Se agarró la garganta con las manos y empezó a emitir unos estertores horribles.

—Espero que duela terriblemente, Cyril —dijo Pauline con calma.

Por fin le había llamado por su nombre de pila, pero a él ya no le importaba. Un segundo después, Cyril Rathbone se desplomó, muerto.

Pauline cruzó el prado y entró en la casa a través de las puertas de estilo francés de la biblioteca, cargando con su cesta de rosas. En ese momento, Dudley pasaba por el pasillo.

—Dudley —llamó Pauline.

—¿Sí, señora Mendelson? —dijo él, entrando en la habitación.

—Ese hombre de la revista *Mulholland*...

—¿El señor Rathbone?

—Parece tener algún problema. Un ataque de tos o ahogamiento o algo. Quizá Smitty o Jim pueden ir a ver qué le pasa.

—Sí, señora Mendelson. Llamaré a Smitty, que está en las perreras.

Pauline depositó las rosas en la mesa y continuó por el pasillo y escaleras arriba. A medio camino, se volvió.

—Y, ¿Dudley?

—Sí, señora Mendelson.

—Creo que deberías llamar a una ambulancia —y siguió subiendo las escaleras—. Y a la policía.

## *Las cintas de Flo #26*

*«A menudo me sorprendía que Jules no tuviera uno o varios guardaespaldas. Muchas estrellas de cine iban por ahí rodeados de ellos, así como muchos millonarios de la ciudad que no eran, ni de cerca, tan ricos como Jules. Por supuesto, había guardias en Clouds, y también tenían los perros de presa, y un falso coche de policía en el camino para ahuyentar a los curiosos, pero Jules nunca se movió en público con guardaespaldas. Pensaba que atraían demasiada atención. Y decía que, si alguien iba a por él, lo conseguiría de todas formas. Creía que no era adecuado para un candidato del presidente como él ir por ahí con guardaespaldas solo por ser rico.*

*»Una vez, íbamos en el Bentley camino de mi antiguo barrio en Silverlake para recoger el correo, y él abrió la guantera y sacó una pistola. La llevó sobre el regazo todo el camino. Lo odiaba, pero decía que había gente ahí fuera, locos, que iba a la caza de personas como él.»*

Para cuando Pauline se hubo bañado y cambiado, la ambulancia y la policía habían llegado y aparcado en el camino. Por medio de Blondell, había dado orden a Dudley de que no permitiera que los enfermeros trasladaran el cuerpo de Cyril Rathbone a través de la casa, sino que llegaran a la ambulancia por el lateral de detrás de las perreras. Desde su habitación, donde las ventanas estaban abiertas, pudo oír que uno de los auxiliares, de acento latino, decía mientras metía los restos de Cyril Rathbone en la ambulancia: «Están cayendo como moscas en esta casa. Es la segunda vez que vengo. La última golpeé accidentalmente un cuadro en las escaleras y no sabes el grito que pegó la señora».

Pauline esperó a que la ambulancia se hubiera ido antes de bajar y encontrarse con el capitán Nelson y el oficial Whitbeck, del departamento de policía de Beverly Hills.

Mientras esperaban en la biblioteca, los dos policías deambularon por la espectacular estancia observando en silencio las piezas sobre las mesas y los cuadros en las paredes. El oficial Whitbeck se aclaraba a veces la garganta para llamar la atención del capitán Nelson, y luego apuntaba a algún tesoro que, pensaba, el capitán había pasado por alto en su examen.

—¿Crees que estará bien si nos sentamos? —preguntó el oficial Whitbeck, echando una ojeada a la butaca de piel verde de estilo inglés, que había sido la preferida de Jules Mendelson, deseando recostarse en ella.

El capitán Nelson negó con un gesto de cabeza.

—Mejor esperar de pie —dijo.

Entonces la puerta se abrió y Pauline entró en la biblioteca. Una estela de caro perfume la precedía y la seguía.

—Espero que les hayan ofrecido algo de beber, capitán —dijo, yendo hacia él y dándole la mano—. Soy Pauline Mendelson.

Los policías habían leído y habían oído hablar de la bella y muy acaudalada viuda.

—Sí, gracias, señora Mendelson —dijo el capitán Nelson—. Este es el oficial Whitbeck.

Pauline sonrió al oficial Whitbeck.

—Por favor, por el amor de Dios. No se quede de pie. Siéntese. Siéntese aquí, oficial Whitbeck. Esta era la butaca preferida de mi marido. Deben perdonarme por haberlos hecho esperar. Me he quedado arriba hasta que los enfermeros se han llevado el cuerpo del señor Rathbone. Me trae muy malos recuerdos. Mi marido murió hace poco.

—Sí, sí, claro —dijo el capitán Nelson, incapaz de quitar los ojos de ella.

Su mero ascendente social apabullaba. Aunque ninguno de los dos policías sabía nada sobre moda o estilo, los dos eran conscientes de que Pauline Mendelson iba estupendamente vestida, en seda estampada y con discreta joyería de oro, como si fuera a tomar el té. Se sentó con elegancia, y haciendo un gesto les cedió la iniciativa de la reunión, como si ella estuviera en su manos; pero los policías sabían, y ella también, que ellos estaban en las suyas.

—Lo siento mucho, señora —dijo el oficial Whitbeck—. Pero tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Claro.

—Sobre su invitado, el señor Rathbone —continuó el oficial Whitbeck.

—Apenas conocía al señor Rathbone, oficial Whitbeck. No era un invitado, en el sentido de que yo le hubiera invitado a venir aquí. Fue algo muy extraño. Ese hombre escribía en una revista, una tal *Mulholland*. Se había interesado mucho por la *Phalaenopsis* amarilla que mi jardinero y yo hemos desarrollado, y me pidió que le permitiera visitar mi invernadero.

—¿Una qué amarilla? —preguntó el oficial Whitbeck, que estaba tomando notas—. ¿Podría deletrearlo?

—Es una clase de orquídea —dijo Pauline—. Normalmente blanca, pero mi jardinero Jarvis y yo hemos sido capaces de desarrollar una variedad amarilla, lo cual, me enorgullece decir, ha causado sensación en los círculos de horticultura. Mi jardín es mi pasión. El club de jardinería de Los Ángeles ha venido a verla, y ha sido fotografiada para varias publicaciones de botánica. El señor Rathbone quería ver mi *Phalaenopsis* para algo que estaba

escribiendo, imagino. Yo estaba cortando rosas en mi jardín cuando él llegó. Están ahí —apuntó hacia la cesta de rosas rojas y rosas que había dejado en la mesa de la biblioteca—. Debo ponerlas en agua antes de que se mueran. ¿Les importa? Es terrible para ellas estar así con este calor. Podemos hablar a la vez.

—No, no. Adelante, señora Mendelson —dijo el capitán Nelson.

—Lo siguiente que ocurrió fue que empezó a toser y a ahogarse, y le pedí a Dudley, mi mayordomo, que mandara a los hombres a ver si se encontraba bien —dijo Pauline en voz alta desde el baño, mientras ponía agua en un jarrón.

—¿Sabe qué edad tenía, señora Mendelson?

—Tendrán que llamar a la revista. De veras que no le conocía. ¿Ha sido un ataque al corazón? —preguntó, mientras volvía a la habitación con las rosas en el jarrón—. Me encargaré de ellas más tarde.

—Le ha picado una avispa en la lengua —dijo el capitán Nelson.

—Santo cielo. Cuando los dos policías se fueron, Pauline cogió el teléfono y marcó un número.

—Soy la señora Mendelson, me gustaría hablar con el señor Pond... Ya veo... Bueno, pregúntele de todas formas. Estoy segura de que, si se lo dice, cogerá la llamada... Sandy, querido, soy Pauline —dijo, cuando el editor se puso al teléfono—. Acaba de pasar algo muy raro. Necesito tu ayuda. Ese horrible hombre que sigue escribiendo cosas terribles sobre Jules y esa mujer. ¿Qué?... Sí, sí. Así se llama... Rathbone... Te digo qué pasa con él. Acaba de morir en mi casa.

La prensa cubrió extensamente la extraña muerte de Cyril Rathbone, el controvertido columnista de la revista *Mulholland*, que «se había asfixiado después de que una avispa le picara en la lengua en el jardín de esculturas de la propiedad de la señora Mendelson, en lo alto de la montaña». La única otra mención al nombre de Pauline Mendelson en el relato de *Los Angeles Tribunal*, no obstante, fue para decir que ella no estaba en casa en el momento del suceso. Qué era lo que Cyril Rathbone hacía exactamente sentado a solas en el jardín de esculturas de Pauline Mendelson, donde su cuerpo había sido

hallado por el mayordomo, era un misterio que causó un gran número de especulaciones, ya que en los círculos de sociedad se sabía que la señora de la casa aborrecía al periodista y nunca lo había invitado a su casa.

Nadie contribuyó más a las especulaciones que Hortense Madden, la crítica literaria de *Mulholland*, quien también, por razones bien diferentes, aborrecía a Cyril. Se entretuvo en cada grotesco detalle de su fallecimiento, a partir de la información que le había proporcionado el auxiliar de la ambulancia, Faustino, a quien había conseguido localizar, así como el encargado de la funeraria que había embalsamado y preparado a Cyril en un ataúd cerrado. Sus descripciones del tamaño y el color de la lengua de Cyril la fascinaban, y les hizo repetir ciertos pormenores, que anotó en una libreta como un reportero en la escena de un crimen. Incluso suplicó para que abrieran el ataúd y poder echar así un último vistazo a Cyril, pero el encargado de la funeraria rechazó la petición por motivos profesionales, ya que ella no era miembro de la familia.

—Querida, la lengua tenía un tamaño cuatro veces superior al normal, estaba a punto de explotar. Rojo brillante y ya tornándose negra —informó Hortense, casi sin aliento, a Lucia Borsodi—. Imagínate lo que debía estar diciéndole a Pauline en esos momentos para que Dios eligiera ese instante y esa manera para llevárselo.

Dios no aparecía regularmente en las conversaciones o pensamientos de Hortense, y Lucia, por decoro, la interrumpió.

—Pero Pauline ni siquiera estaba ahí, Hortense. Cyril había ido a ver su *Phalaenopsis* amarilla.

—No me creo esa historia ni por un segundo —dijo Hortense con un gesto displicente—. Grábate mis palabras: Pauline salió por piernas de allí, tan rápido como pudo, en cuanto Cyril exhaló su último aliento.

—Bueno, tengo que escribir el obituario —dijo Lucia—. No tengo ni idea de qué poner.

—Pon que en cualquier rincón del infierno en el que Cyril esté ahora, a buen seguro está alardeando ante los otros demonios de que consiguió morir en el jardín de esculturas de Pauline, la señora Mendelson —dijo Hortense.

Siguiendo el consejo de Sandy Pond, Pauline se fue de Clouds tan pronto como acabó de hablar con él. «Van a llamar los periodistas. Lo mejor es que te vayas —le dijo—. Ya has tenido demasiada publicidad desde la muerte de Jules.»

Por fortuna, el Bentley de Jules estaba aparcado en el patio, con las llaves en el contacto, y Pauline saltó dentro y condujo montaña abajo hasta la casa de Camilla Ebury, sin decir palabra a Jim, su chófer, que estaba en la cocina con Gertie, la cocinera, recibiendo la lista de la compra que tenía que ser recogida en el mercado Jurgensen.

Cuando Camilla levantó la vista en mitad del partido y vio a la inesperada visitante acercándose a la pista, detuvo su segundo saque y saludó a Pauline. Camilla avisó a Philip, y él se dio la vuelta. Ambos sabían que Pauline no era la clase de persona que aparece de la nada, ni siquiera en casa de una amiga tan cercana como Camilla Ebury, y Camilla sospechó que algo malo había ocurrido.

—Seguid jugando, seguid jugando —dijo Pauline—. No quiero interrumpir el partido.

—¿Va todo bien? —preguntó Camilla.

—Claro. Pasaba por aquí y he pensado que hacía tiempo que no te veía y me he parado a tomar un té helado. Pero no quiero que interrumpáis el partido. Hola, Philip.

—Hola, Pauline —respondió él de forma educada y cauta, recordando el desagradable final de su último encuentro.

Pauline sonrió a Philip de forma amistosa.

—Nunca te había visto en pantalón corto, Philip. Qué piernas más maravillosas tienes. Ahora entiendo por qué Camilla está loca contigo.

—¡Pauline! —dijo Camilla, sonrojándose y riendo.

Philip estaba sorprendido, porque la cordialidad de Pauline se contradecía con su última despedida, cuando pareció que no volverían a verse nunca.

—Llamaré para que preparen el té —dijo Camilla.

—No, no. Terminad el set. Quiero veros.

Camilla no podía imaginar a Pauline pasando una tarde de esparcimiento, o una hora siquiera, echada en una tumbona y viendo un partido de tenis.

Siempre estaba tan frenéticamente ocupada, en su jardín, o con su correspondencia, o con sus obras de caridad, o con sus listas de invitados, o con la organización de los asientos o con la disposición de las flores. Pero se recostó en la tumbona de Camilla de una manera totalmente relajada y vio el final del set con absoluta concentración, incluso, a veces, comentando lo preciso de un saque, un golpe largo o un revés.

Cuando se acabó el set, volvieron a la casa y hablaron durante más de una hora de temas sin importancia, la clase de conversación que Pauline usualmente despreciaba como una pérdida de su valioso tiempo.

—¿Estoy molestando? —preguntó Philip, pensando que había un motivo para la visita que su presencia estaba demorando—. ¿Las damas quieren que las deje a solas?

—No, no —dijo Pauline—. Dime, ¿qué estás escribiendo ahora? Espero que no sigas colaborando con Casper Stieglitz. ¿Te olvidarás alguna vez de esa noche? ¿No fue una pesadilla?

—Philip se vuelve a Nueva York —dijo Camilla.

—¿Cuándo?

—La semana que viene.

—¿La semana que viene? ¿Por qué, Philip?

—Ya he terminado aquí. Vine para unos pocos meses y me he quedado casi un año. Ya es hora.

Pauline miró a Camilla, que parecía abatida por la decisión de Philip.

—Y aquí estoy yo interrumpiendo uno de vuestros últimos días juntos —dijo, levantándose para irse.

De pie en el camino, mientras veían alejarse el Bentley en dirección a Copa de Oro Road, Camilla le dijo a Philip, que la tenía abrazada por la cintura, que no había visto a Pauline de tan buen humor desde la muerte de Jules.

Cuando a la mañana siguiente Philip leyó en el *Tribunal* que la señora Mendelson no estaba en casa en el momento de la muerte de Cyril Rathbone,ató cabos.

—Ahí se va mi ingreso de los jueves por la tarde —dijo Lonny Edge, tirando el *Tribunal* a un lado.

Flo March era demasiado joven como para leer la página de obituarios del periódico, a no ser que la muerte anunciada tuviera el suficiente valor informativo y apareciera en titulares, como, por ejemplo, el fallecimiento de Rock Hudson o Lucille Ball, y no supo que Cyril Rathbone había muerto hasta que a su nuevo compañero de piso le dio por mencionarlo con el café del desayuno.

—¿Cyril Rathbone ha muerto? —preguntó, consternada—. ¿Cómo?

—Le picó una avispa en la lengua.

Flo reflexionó un momento.

—No del todo inadecuado —dijo.

—¿Qué quiere decir eso?

—El tío tenía una lengua viperina. ¿Dónde ha ocurrido?

—En casa de Pauline Mendelson.

—¿En casa de Pauline Mendelson? ¡Estás de broma!

—Eso es lo que dice el periódico.

—Déjame verlo. —Flo cogió el periódico y leyó el obituario—. Me pregunto qué estaría haciendo en casa de Pauline.

Lonny sacudió la cabeza.

—Odiaba a Pauline —dijo Flo—. Y a Pauline tampoco le gustaba él. Jules siempre me lo decía. Apuesto a que sé lo que estaba haciendo allí arriba, en Clouds.

—Era uno de mis clientes habituales. Cada jueves por la tarde a las cuatro. Lloviera o hiciera sol. Siempre traía donuts.

—Comer donuts engorda, Lonny. Te estaba saliendo barriga.

—Eh, no sabía que te fijabas en mí, Flo.

—No te hagas ideas raras.

Lonny se rio.

—Era de los que visten elegante. Siempre llevaba trajes de verano y corbata rosa. No de mi gusto. Rollo inglés. Lo echaré de menos.

—Yo no.

—¿No?

—Quiso que saltara por la ventana de un decimoquinto piso.

Lonny la miró.

—¿Tienes algún cigarrillo más? Me voy.

Jo Jo había informado a Arnie Zwillman de que no había sido capaz de localizar a Cyril Rathbone, ni en su oficina en la revista *Mulholland* ni en su apartamento en el distrito de Wilshire.

—No me gusta que me falles, Jo Jo —dijo Arnie desde el teléfono de la sauna.

Cuando a la mañana siguiente Arnie leyó la noticia sobre la muerte de Cyril en el *Tribunal*, lo entendió todo y llamó a Jo Jo.

—Esto significa que la señorita es la única que tiene las cintas, así que, o están en la caja de seguridad, o en su casa.

—Eso es lo que estaba pensando —dijo Jo Jo.

—Me pregunto qué estaría haciendo el maricón ese en casa de Pauline —dijo Arnie.

El funeral, que fue oficiado en la diminuta capilla de una funeraria junto a los estudios Paramount, contó con escasa asistencia, como era de esperar dado el poco afecto que despertaba el difunto. Según el relato de Hortense Madden, había solo cincuenta asientos en la capilla, y no todos estaban ocupados. Muchos de los presentes eran empleados de la revista, a quienes Lucia Borsodi había dado orden de asistir, incluido el hombre que hacía las fotocopias. Al fondo de la sala, junto a un ramillete de gladiolos rosas que hubiera ofendido la vista de Cyril, estaba sentado Lonny Edge, la estrella del porno. Hortense Madden, que tenía una imaginación fértil, estableció rápidamente la conexión entre ambos.

Ni Pauline Mendelson ni Flo March, las dos damas en cuyas vidas Cyril se había entrometido a nivel literario en los meses anteriores a su muerte, estaban presentes, aunque Pauline, para evitar las críticas, ya que Cyril había muerto en su jardín, envió flores. Las flores que mandó no procedían de su propio jardín o del invernadero, como era su costumbre habitual, ni de la refinada florista Petra von Kant. En su lugar, le pidió a su sirvienta Blondell que las comprara, y Blondell, sin instrucciones sobre qué elegir, se quedó con los gladiolos rosas que Lucia Borsodi había relegado al fondo de la capilla.

—Eras amigo de mi marido, Sims —dijo Pauline.

—Sí.

—Lo conocías mejor que nadie.

—Quizá.

—La señorita March ha grabado unas cintas. ¿Lo sabías?

—No.

—Cuarenta horas hasta el momento. Al parecer, esas cintas contienen revelaciones que podrían ser incómodas, si debo creer lo que ese hombre espantoso, Cyril Rathbone, me contó. Cosas de negocios. Y personales.

—¿Le crees? La mitad de lo que escribía eran disparates. Todo el mundo lo dice.

—Le creí, sí.

—¿Dijo algo más?

—Justo en ese momento le entró la avispa en la boca y le picó en la lengua.

Hubo un breve silencio.

—¿Estás llorando? —preguntó Sims.

—Un poco, sí. Tenemos que hacer algo, Sims. Esas cintas, si existen... Tenemos que robarlas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. No sabría cómo abordar algo así.

—Tengo una idea —dijo Pauline—. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Arnie Zwillman?

—¿El tío que quemó el Vegas Seraglio por el dinero del seguro?

—Sí. Un hombre espantoso. Lo conocí una vez. Tiene esa clase de aspecto de gran pulcritud que a veces tienen los mafiosos. Creo que se bañan más a menudo que otra gente.

—¿Qué pasa con Arnie Zwillman? Intentó chantajear a Jules. Fue el responsable de que Jules no consiguiera su nombramiento para Bruselas.

—Al parecer él también sale en las cintas. Todo ese negocio de Bruselas y el blanqueo de dinero.

—Me estoy perdiendo, Pauline.

—Creo que el señor Arnie Zwillman podría saber cómo entrar en casa de Flo March y robar esas cintas —dijo Pauline—. Quiero decir, ¿no es esa la

clase de cosas que hace esa gente?

*Las cintas de Flo #27*

*«Anoche, como no podía dormir, vi Laura en la televisión. Había un personaje llamado Waldo Lydecker interpretado por una vieja estrella de cine, probablemente muerto hace ya mucho tiempo, llamado Clifton Webb. Me quedé pensando: “¿A quién me recuerda este tío?” y luego me di cuenta de que era a Cyril Rathbone, y no solo porque los dos hombres fueran columnistas de cotilleos. Incluso vestían y hablaban igual.*

*»Me enteré por la mujer del Wells Fargo Bank de Beverly Hills de que a Cyril le dio algo cuando descubrió que me había llevado las cintas de la caja de seguridad. Los dos teníamos llave. Apuesto a que la razón por la que estaba ahí arriba, en Clouds, tenía que ver con las cintas. Conociendo a Cyril como llegué a conocerlo, probablemente estaba tratando de chantajear a Pauline con su contenido.*

*»Me sorprende que no viniera aquí e intentara quitármelas.»*

Al principio, después de la muerte de Jules, cuando el dinero dejó de llegar, los primeros recortes de gastos de Flo March fueron relativamente indoloros. Dejó de renovar sus suscripciones a revistas cuando tocó hacerlo y empezó a comprar marcas más baratas de agua embotellada. Luego renunció a sus excursiones diarias a Rodeo Drive y empezó a frecuentar el Hughes Market de West Hollywood en lugar del Jurgensen de Beverly Hills. El hombre que limpiaba periódicamente la piscina se quedó tanto como pudo sin cobrar la nómina, porque le caía bien Flo y porque se dio cuenta de que estaba en apuros, pero al final se fue. En su ausencia, al agua de la piscina le había salido una capa espumosa en la superficie, y el desagüe se había atascado por las hojas. Luego, Flo dejó marchar al jardinero cuando Lonny Edge sugirió que él podía hacer tan buen trabajo como el que estaba haciendo «el japonesito»; pero Lonny se cansó pronto de la tarea y se olvidó de accionar los aspersores, y siguió demorando segar o cuidar las plantas, así que el césped creció y se volvió de un tono amarronado, y el jardín se ahogó en malas hierbas. Semejantes vistas no hubieran agradado a ningún casero, y desde luego le resultaron desagradables a Trent Muldoon, la estrella de televisión, cuando volvió a echar un vistazo a su casa en Azelia Way después de una larga ausencia.

Muldoon llamó al timbre y oyó dentro de la casa el repiqueteo de unas bellas campanillas. Las campanillas eran solo una de las muchas mejoras que su arrendataria había incorporado. No hubo respuesta, pero pudo ver que había dos coches en el garaje. Después de varios minutos, volvió a llamar. Esta vez, le abrió la puerta un soñoliento Lonny Edge, cubierto solo con una toalla anudada a la cintura, a quien había despertado de su siesta de última hora de la mañana junto a la piscina.

—¿Sí? —preguntó Lonny.

—Me gustaría ver a la señorita March —dijo Trent.

—Está durmiendo. No se despierta hasta el mediodía.

—Puede decirle que Trent Muldoon está aquí.

—Trent Muldoon —dijo Lonny, dibujando una amplia sonrisa cuando enfocó la cara de la estrella de televisión. Por un momento no pudo recordar el título de la serie de Trent Muldoon que habían cancelado y que él solía ver, pero estaba encantado de tenerlo delante—. Creo que te conozco.

—¿Puede despertarla, por favor?

—Claro. Pasa, Trent. Espera aquí en la sala de estar. Puedes sentarte en el sofá. Voy a buscar a Flo.

Tras quedarse a solas en la habitación, Trent Muldoon vio que la puerta corredera de cristal estaba hecha añicos. Flo no la había arreglado todavía porque el presupuesto más barato ascendía a mil ochocientos dólares y no podía permitírselo. Había llevado sus pendientes de diamante amarillo a un marchante de joyas antiguas de Beverly Hills, pero el encargado de la tienda estaba perfectamente al tanto de su precaria situación económica y se aprovechó de ella ofreciéndole una cantidad por debajo de la mitad del valor real de la joya. En el último momento, Flo no pudo soportar la idea de deshacerse de los pendientes, ya que habían sido el último regalo de Jules, así que al final empeñó solo uno por el valor del diamante color canario. Su intención era reparar la ventana destrozada con el importe recibido, pero usó el dinero para pagar las facturas más urgentes y luego ya no le quedó nada.

Trent Muldoon estaba de pie junto a la puerta corredera, pasando los dedos por el filo de los cristales rotos, cuando Flo entró en la habitación seguida de Lonny. Iba descalza, llevaba solo una bata y gafas de sol, y el pelo despeinado.

Durante los aleccionadores años compartidos con Jules Mendelson había desarrollado ojo para el estilo, las buenas maneras y el buen gusto. Incluso con la cabeza y el corazón martilleándole, incluso sin mirarse en el espejo del mueble bar para revisar su aspecto, supo con exactitud qué impresión le causaba a Trent Muldoon cuando este levantó la vista de la ventana rota y la miró. Supo que ofrecía una imagen sin estilo ni gusto, y que Lonny Edge, la estrella del porno, de pie tras ella con solo una toalla alrededor de la cintura, menoscababa todavía más su depauperada imagen. Se pasó las manos por la cabeza en un vano intento de ordenar su pelo.

—Puedo explicarlo —dijo en relación a la ventana, antes de que Trent tuviera oportunidad de hablar—. Me dejaron una caja, en mitad de la noche... como una caja de lencería. Y la abrí, y había un montón de papel de embalaje dentro, ya sabe, como esa fina tela rosa parecida al papel, y al fondo había una pistola, y una nota, y la nota decía: «Póntela en la boca y dispara». Lo juro por Dios. En la vida había sujetado una pistola, y no sabía qué hacer con ella, así que apunté hacia ahí fuera, a la puerta, y disparé, solo para ver si estaba cargada; y como puede ver, lo estaba, y la puerta quedó hecha añicos. Pero la voy a arreglar. Se lo aseguro. Ya he encargado un cristal nuevo.

Flo lo miró. Sabía cómo sonaban sus palabras. Miró a Lonny. Sabía qué aspecto tenía él. Deseó no haberle pedido nunca a Lonny que compartiera la casa con ella.

—Lo siento mucho, señorita March, pero me temo que tengo que informar al encargado de mis negocios y seguir adelante con el procedimiento de desahucio. Lleva cuatro meses sin pagar el alquiler, y mi casa no solo está descuidada, sino que la ha destrozado.

—Eh... por favor, Trent. Oh, señor Muldoon, quiero decir. Deme un respiro, ¿quiere? No me eche. Adoro esta casa —Flo trató de contener las lágrimas—. Si hubiera sabido que venía la hubiera dejado como los chorros del oro, como siempre ha estado. He pasado una mala temporada. Me estoy recuperando. Le pagaré el alquiler y arreglaré el cristal de la ventana. Lo juro por Dios.

Trent cruzó la sala de estar sin responder y salió de la casa.

—Eh, Trent —Flo corría tras él, hablándole muy alto—. Escuche, por favor. Mire todo el dinero que he invertido en esta casa. Tiene que ver los nuevos armarios. Los diseñó Nellie Potts. Es la mejor decoradora de Beverly Hills. Costó miles de dólares. Y el bar. Instalé el bar y las paredes de espejo.

De pie en la puerta, Flo seguía hablándole mientras él se subía a su Ferrari, arrancaba el motor y daba marcha atrás hacia el camino, un camino que no sería el de Flo March por mucho más tiempo.

—¿Cómo puedes echarme de aquí, Trent, cuando he aumentado el valor de tu casa? Por favor. Dame solo tres meses. Necesito tres meses para terminar mi libro. Por favor. Por favor. Me he gastado una fortuna en tu mísera casa.

Trent Muldoon no tenía el corazón de piedra. Sabía lo que era pasar por una mala racha, y sintió pena por Flo March. Pero el instinto le decía que no iba a recuperarse como iba a hacer él si la película que acababa de terminar en Yugoslavia resultaba ser el éxito que su productor italiano había pronosticado. Sabía reconocer el pánico y la desesperación cuando los veía, y Flo March sentía pánico y estaba desesperada.

Cuando se dictó la orden de desahucio, Flo se quedó demasiado paralizada por el miedo a lo que tenía por delante como para buscar un sitio al que mudarse.

Disponía de treinta días para abandonar la propiedad, pero fue solo al final de la tercera semana cuando empezó a buscar un nuevo hogar.

—Lonny, no menciones mi nombre cuando estemos buscando. Nadie quiere tocarme ni con un palo de medio metro —dijo Flo.

Detestaba cada apartamento y urbanización que veía cuando lo comparaba con lo que había tenido en Azelia Way.

—Si tengo que vivir en un basurero, al menos me gustaría vivir en un basurero de un barrio mejor —decía de todas las casas que visitaban.

Se maldijo a diario por haber gastado tanto dinero cuando lo tenía. Cuando iba con Lonny en el coche a visitar sitios que no podía permitirse, los mismos sitios que, cuando sí tenía dinero, había rechazado porque no le gustaban, repetía una y otra vez la letanía de sus gastos.

—Las cortinas me costaron casi cuarenta mil dólares, y el armario empotrado fueron otros cuarenta. Ahí tienes ochenta mil. ¿Quieres saber cuánto me gasté en los espejos?

—Eh, eh, eh. Pareces un disco rayado, Flo. Me has contado lo mismo cien veces. Estoy harto de oírlo —le decía Lonny.

—Lo sé, lo sé. Escucha, Lonny.

—¿Sí?

—¿Puedes conseguirme un poco de Valium? Estoy al borde de un ataque de nervios. Necesito calmarme.

—Pensaba que los de Alcohólicos Anónimos no te dejaban tomar pastillas.

Flo ignoró el comentario.

—¿Puedes conseguirme un poco, Lonny? Después de la mudanza volveré a estar tranquila.

—Claro.

Flo y Lonny habían empezado a discutir. No encajaban bien y estaban cansados el uno del otro. Flo no quería que la vieran en público con él y, al mismo tiempo, tenía miedo de que se fuera. Había dejado de asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos a primera hora de la mañana. No podía soportar ver a Philip Quennell. No quería que supiera las calamitosas circunstancias en las que se encontraba, o que Lonny Edge vivía en su casa. Un conocido de Alcohólicos Anónimos que se había encontrado en el Hughes Market le había dicho que Philip regresaba a Nueva York. Intentó llamarlo al Chateau Marmont para decirle adiós, pero ya no residía allí. El número de contacto que había dejado era el de la casa de Camilla Ebury.

—¿Hola?

—¿Eres tú, Camilla?

—Sí.

—Soy Flo March.

—Oh. Hola.

Flo hablaba muy rápido, como si tuviera miedo de que Camilla colgara.

—Escucha, Camilla. Sé que eres amiga de Pauline, y no quiero meterte en un lío por hablar conmigo, así que déjame hablar rápido, no hace falta que digas nada. Primero, gracias por ser tan amable conmigo en el funeral de Jules. No tenías por qué hacerlo, y me emocionó mucho; y segundo, necesito hablar con Philip. Alguien me ha dicho que regresa a Nueva York y tengo que hablar con él antes de que se vaya. Creo que mi teléfono está pinchado, así que mejor que no me llame aquí. Pregúntale si estará en la reunión del jueves. Podemos hablar allí. ¿Vale?

—Claro. Se lo diré —dijo Camilla.

—Sabes que no quiero nada con él, ¿verdad, Camilla?

—Lo sé.

—Es solo una cosa de negocios de la que quiero hablar.

—Se lo diré. Y ¿Flo?

—¿Sí?

—Buena suerte.

Lonny Edge era muy vanidoso con su cuerpo y se tomaba muchas molestias para mantenerse en forma. Cada tarde, desde que se había mudado a Azelia Way, conducía por Coldwater hasta Beverly Park y corría cinco kilómetros en la pista. Varios días seguidos advirtió, en el recorrido de vuelta, que había un RollsRoyce dorado aparcado en el callejón. Lonny siempre miraba los coches caros y tenía curiosidad por sus ocupantes. Después del segundo día, se dio cuenta de que los dos hombres de los asientos delanteros lo estaban mirando. Después del tercer día, respondió cuando le hicieron un gesto de saludo. Al cuarto día no le pareció mal cuando le preguntaron si quería que lo llevaran. No lo necesitaba, pero aun así aceptó y se sentó en la parte de atrás del Rolls. Estaba acostumbrado a que lo recogieran los clientes, y echaba de menos las aventuras de la calle en el lujoso barrio en el que vivía ahora.

La aventura fue diferente de la que esperaba, y tenía que ver con dinero, más dinero del que jamás hubiera imaginado que sería suyo. Solo tenía que abrir una puerta.

—¿Qué quiere decir con abrir la puerta?

—Solo eso. Dejar la puerta abierta. Muy sencillo.

—Y luego, ¿vosotros qué haréis?

—Una visita. Eso es todo. En esa casa hay unas cintas que me interesan.

—¿Cintas? ¿Quiere decir mis vídeos? No tiene que entrar a la fuerza para eso. Puede comprarlas en el quiosco veinticuatro horas de la esquina de Santa Monica y Havenhurst por treinta y nueve noventa y cinco.

—No, tus vídeos no, Lonny. Cintas de audio. Cuarenta horas de cintas de audio. *Microcassettes*. De las pequeñas.

—No sé nada de eso —dijo Lonny.

—Están ahí. Antes estaban guardadas en una caja de seguridad en el Wells Fargo Bank de Beverly Hills, pero ahora están en la casa.

—¿Y Flo?

—¿Qué pasa con la señorita March? —preguntó Arnie.

—No le pasará nada a Flo, ¿verdad?

—Cielos, no. No tengo ningún interés en ella. Solo quiero las cintas.

Dejaron a Lonny en Beverly Park.

Después, ya en su casa, la antigua mansión de Charles Boyer, Arnie Zwillman llamó a Sims Lord.

—Me he visto con él. Le he dado un paseo en el coche.

—¿Y?

—Lonny Edge tiene un coeficiente intelectual que no es para tirar cohetes.

En segundo plano, Jo Jo se rio, pero Arnie levantó una mano reprobatoria y la risa cesó.

Fue Lonny quien finalmente dio con la solución al asunto de la vivienda. Le contó a Flo que se había encontrado con su antiguo casero del bungalow de Cahuenga Boulevard. El nuevo arrendatario había causado un pequeño incendio, y el casero le había dicho a Lonny que era bienvenido de nuevo.

—Pero pensaba que el casero y tú habíais acabado muy mal.

—Acabamos muy mal.

—Pensaba que te había acusado de llevar clientes a tu bungalow.

—Lo hizo.

—Entonces, ¿por qué te acepta de nuevo?

—Le dije que había dejado todo eso y que le pagaría una hojita de cien dólares de más.

Flo asintió. Le pareció que a su historia le faltaba algo.

—También le ha gustado que, si siguen adelante con la publicación del libro de Basil Plant, saldré en las noticias por haber descubierto una obra maestra largamente perdida —dijo Lonny.

—Pero pensaba que era un lugar diminuto, con apenas espacio para ti. Eso me dijiste.

—Lo es.

—Entonces, ¿por qué quieres que me mude contigo?

—Me hiciste un favor cuando necesitaba un sitio. Te estoy devolviendo el favor.

Flo cada vez echaba más de menos a Jules. Echaba de menos que él tomara decisiones por ella.

—Escucha, podría ser una solución provisional para ti, Flo. Podrías guardar tus muebles en un almacén, en lugar de apresurarte a entrar en un sitio que no te gusta. Luego, cuando encuentres algo, te mudas. Podría ser lo que necesitas ahora, retirarte por un tiempo, y seguro que en mi viejo barrio no te encontrarás con nadie que conozcas de Beverly Hills.

—Vale —dijo ella. No tenía otra opción.

Flo y Glyceria se pasaron un día entero subidas a una escalera descolgando todas las cortinas.

—No encajarán en otro sitio —dijo Glyceria.

—No me importa. No quiero que se las quede Trent Muldoon —respondió Flo.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—¿Las quieres, Glycie?

—Cielos, no. Solo tengo tres diminutas ventanas en mi casa.

—Entonces las guardaré en un almacén. Y creo que romperé los espejos del bar antes de irme.

—No, no los rompas. Eso te podría causar problemas. Yo me encargaré de quitarlos.

La última noche que pasó en la casa, el recibidor estaba lleno de cajas de embalaje alineadas y listas para ser trasladadas, y de bolsas de la compra con las cosas que se llevaba al bungalow de Cahuenga Boulevard. Había embalado también sus sofás de satén gris y sus muebles tapizados, así como los candelabros metálicos chinos con los dragones reptando por los lados. Glyceria la había ayudado a envolver en periódico su cristalería Steuben y su vajilla y cubertería de Tiffany y a guardarlas en las cajas y bolsas en las que habían llegado. El camión de la mudanza estaba citado a las diez de la mañana siguiente. Solo le quedaba por guardar la ropa. Todas las maletas Louis Vuitton estaban preparadas y abiertas, pero aún no había descolgado los trajes

de Chanel de sus perchas de satén, ni vaciado los muchos cajones y repisas de los armarios de su vestidor, donde guardaba sus blusas, suéteres y camisonas, y la ropa interior y las medias.

Escondida tras la lencería que había encargado en París, en la misma tienda de la Rue de Rivoli donde compraba Pauline Mendelson, estaba la pequeña bolsa marrón con las treinta y nueve horas de cintas de *microcassette* que había sacado de la caja de seguridad del Wells Fargo Bank de Beverly Hills la mañana después de que Cyril Rathbone intentara convencerla de que se tirase por la ventana del decimoquinto piso de los estudios Valley.

—Aquí tienes la llave de mi apartamento —le dijo Lonny.

Se sintió aliviada cuando Lonny le explicó que esa noche tenía «cosas que hacer» y que no dormiría en Azelia Way. Flo pensó que quizás había vuelto a los hábitos nocturnos que, aseguraba, eran cosa del pasado. Había hombres que le llamaban a casa, y había pasado varias tardes y noches fuera, sin dar explicación. Desde que había tomado la decisión de mudarse a su antiguo bungalow de Cahuenga Boulevard, Flo advirtió que tenía mucho más dinero a mano del que habitualmente manejaba, y mostraba una generosidad hacia ella a la que no estaba acostumbrada. Dejaron de pelearse sobre cuestiones económicas irrelevantes. Cuando le pedía que fuera al Hughes Market a comprar, él lo hacía sin quejarse, e incluso pagó por sus cosas personales, como compresas o esmalte de uñas, sin insistir en que le devolviera el importe. A veces traía pizzas a casa y la obligaba a comer.

—Creo que no deberías pasar la noche aquí, con la casa patas arriba —le dijo Lonny—. Es demasiado deprimente. Ve a mi apartamento. Yo llegaré pasada la medianoche. Te traeré de vuelta aquí por la mañana antes de que lleguen los de la mudanza.

—Vale, Lonny. Dame otra vez la dirección de Cahuenga.

—Setenta y dos, cero, cuatro y un cuarto. Subes Highland Avenue hasta Odin. Giras a la derecha bajo el puente para coger Cahuenga —dijo Lonny con paciencia. Era la tercera vez que le repetía la dirección.

—Vale. Vale. Me acordaré. Solo quiero quedarme aquí un rato a solas. Ya sabes. Recuerdos. Hubo buenos momentos en esta casa, lo creas o no.

—Claro, Flo —dijo Lonny. Se inclinó y la besó en la mejilla.

Quería estar sola en su última noche en Azelia Way. Recorrió una y otra vez las habitaciones de la pequeña y elegante casa donde tantas cosas le habían pasado. No era una casa con recuerdos felices, pero la quería porque había sido suya, o casi suya, y en su cabeza revivió las alegrías y penas que había experimentado allí dentro. Se preguntó si alguna vez volvería a vivir de la forma en la que había vivido entre esas cuatro paredes. Al final, ya tarde, se tumbó en el sofá de satén gris. Agarró el cojín manchado con la sangre de Kippie Petworth, convertida ya en una mancha oscura y difuminada en el lado oculto, y se lo puso bajo la cabeza. Quería quedarse un rato ahí echada y descansar, y pensar en su vida con Jules Mendelson y también en la que tenía por delante. Su único patrimonio eran las cintas. Estaba segura de que podía encontrar a alguien que le ayudara a darles la forma de un libro. Ese alguien era Philip Quennell. Sabía que él entendería tanto los defectos como la grandeza de Jules Mendelson. Sabía que él no buscaba venganza, a la manera en la que Cyril Rathbone había querido vengarse de Pauline Mendelson. La perspectiva de trabajar con Philip Quennell le resultaba agradable. Se entretuvo en ese pensamiento. No quería quedarse dormida cuando aún restaba tanto trabajo por hacer, pero se durmió.

La despertó un ruido y supo que había alguien en la casa. Al principio pensó que podía ser Lonny, que volvía a por ella después de descubrir que no estaba en el bungaló de Cahuenga Boulevard, como ella le había prometido. Pero los sonidos que oía no eran los sonidos propios de Lonny, a los que se había acostumbrado durante el mes que habían vivido juntos: la puerta del frigorífico cerrada de un portazo, eructos, la televisión a un volumen demasiado alto. Se quedó donde estaba, en el sofá de satén gris, sin moverse, como si todavía estuviera dormida. A sus espaldas oyó una respiración y se dio cuenta de que el intruso estaba en la misma habitación que ella, junto a la chimenea. Muy lentamente se incorporó en el sofá y giró la cabeza para ver la figura de un hombre abriendo las cajas en el suelo. Una media de mujer le cubría la cabeza y distorsionaba los rasgos de su rostro.

—Lonny, ¿eres tú? —preguntó, aunque sabía que no era Lonny. Su voz sonaba metálica y aguda. Podía sentir el latido asustado de su corazón golpeando contra su pecho. Se le agarrotaron los dedos. Sus labios, su nariz,

incluso los folículos de su pelo empezaron a estremecerse de miedo—. ¿Qué hace en mi casa? ¿Por qué rompe esas cajas? ¿Quién es usted? ¿Qué busca?

El hombre no respondió. Muy tranquilo, se puso en pie. Flo vio que llevaba en la mano uno de los candelabros chinos marcado con la etiqueta roja que lo identificaba como una de las piezas que debían ir en el camión de mudanzas a la mañana siguiente.

—Eso es chino —dijo Flo. Respiraba muy pesadamente—. Es una antigüedad. De una de las dinastías, según me dijo Jules. Ming, quizá. Nunca me acuerdo. ¿Qué hace con él? ¿Por qué viene hacia mí así? Por favor, no. ¿Es por las cintas? ¿Es eso lo que quiere? ¿Esas malditas cintas, es eso? Coja las cintas. Están en la otra habitación. ¡Oh, no!

Flo vio cómo el candelabro se cernía sobre su cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, y levantó los brazos para taparse la cara—. No, en la cara no. Por favor, no me pegue en la cara, por favor. No, por favor —el zafiro del anillo que Jules le había regalado, el que según le había dicho a Cyril Rathbone estaría en su dedo cuando muriera, se rompió por la violencia del siguiente golpe. Sus labios pintados se movieron de nuevo, pero su atacante supo que solo estaba rezando una plegaria—. Oh, Dios mío, ayúdame, ayúdame —fueron sus últimas palabras audibles. Los sonidos que salieron de su boca durante los siguientes ocho golpes fueron plegarias —«Avemaríallenaeresdegraciaelseñorescontigo»— indescifrables para su atacante, pidiendo a Dios que la perdonara por sus pecados, pidiéndole ayuda a su madre, pidiéndole a Jules que la dejara morir antes de recibir otro golpe, porque desde el primero sabía que no habría salvación para ella.

*Las cintas de Flo #28*

*«Sé que debería estar pensando en ese condenado libro, pero todo lo que puedo pensar estos días es qué va a pasar conmigo. Es un sentimiento terrible saber que las mejores cosas de mi vida ya han ocurrido, y que a partir de ahora todo va a ser cuesta abajo. Pero por mucho que intente visualizar cómo va a ser mi vida de ahora en adelante, no consigo verlo. ¿Qué diablos significará eso?»*

—Philip, una vez me dijiste que una chica se quedó parapléjica por tu culpa y que eso cambió tu vida para siempre —dijo Camilla.

El romance de Philip Quennell con Camilla Ebury se había prolongado casi un año. Durante ese tiempo, ella le había dado vueltas al matrimonio, pero él había dejado claro, sistemáticamente, que se resistía a una unión permanente. En su pasado había una chica sin nombre cuya vida había desbaratado, y por quien sentía una responsabilidad que impedía tales planes, y Camilla aprendió a aceptar lo que tenía hasta que la historia llegara a su fin. Se habían querido y peleado y separado y reconciliado y habían hecho el amor, y el acuerdo, finalmente entendido por ambos, les había hecho felices.

En su última noche juntos antes de que Philip regresara a Nueva York, cenaron a solas en casa de Camilla y luego hicieron el amor con la misma intensidad que la primera vez, cuando coincidieron en la fiesta de Jules y Pauline Mendelson celebrada la tarde en que Philip llegó a la ciudad.

Luego Philip se levantó de la cama y Camilla lo observó mientras él abría la puerta de su armario, sacaba su bata de rayas azules y blancas y se la ponía. Después fue al vestidor, cogió una silla y la colocó frente a la cama. A continuación se sentó a horcajadas y miró a Camille antes de empezar a hablar.

—Se llamaba Sophie Bushnell. Se *llama* Sophie Bushnell, debería decir. Está viva, pero en una silla de ruedas por mi culpa.

—Quiero saberlo, Philip —dijo Camilla.

Philip recorrió el diseño de la parte de atrás de la silla con el dedo mientras hablaba.

—Estábamos en su coche, pero conducía yo, demasiado rápido, por un camino de tierra que separaba la parte del pueblo donde ella vivía de la parte del pueblo donde vivía yo. Habíamos estado bebiendo. Choqué contra un pilar. Ella se rompió el cuello.

Philip levantó los ojos y miró a Camilla.

—¿Hay algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Yo iba sin pantalones en ese momento —se levantó de la silla y entró en el baño.

—¿Por eso tienes tanto miedo a comprometerte? —preguntó ella cuando salió.

—Una razón bastante buena, ¿no crees?

—Te echaré de menos —le dijo Camille más tarde, posando la cabeza en su pecho.

—Yo también —respondió Philip, abrazándola.

—Me has convertido en una libertina.

—Naciste para serlo.

—En realidad, no se acabará, ¿verdad?

—Sabes que no se acabará.

—Habrá otros momentos.

—Claro.

—¿No desaparecerás?

—Claro que no.

Philip no podía soportar las despedidas. Acordaron que no se despedirían por la mañana. Al besarla para darle las buenas noches, le dijo que él ya se habría ido cuando se levantara. Philip siempre se despertaba antes de las seis para asistir a la reunión de Alcohólicos Anónimos en la cabaña de madera de Robertson Boulevard, y Camilla, por norma general, dormía hasta tarde; así que la mañana de su marcha no fue distinta de lo habitual, salvo porque ella sí se levantó y le preparó un café mientras él se afeitaba y se duchaba. Su último beso fue breve, como si Philip se marchara a la oficina o, con las maletas hechas, de viaje de negocios, aunque no hubiera hecho sonar el claxon del coche dos veces al final del camino si solo se estuviera yendo a pasar el día fuera o de viaje de trabajo.

Philip tenía pensado ver a Flo March en la reunión y tomarse su habitual café con ella antes de irse al aeropuerto.

—No te preocupes por mí —le había dicho Flo en la reunión del día anterior, mientras se tomaban el café diario.

—Me preocupo. Eres la chica dura más frágil que he conocido.

—¿Eso es bueno?

—No lo sé. —Philip sentía deseos de besarla.

—¿Cómo está Camilla? —le preguntó Flo, notando su deseo.

Él se rio.

—¿No crees que mi vida ya es lo suficientemente complicada? —le dijo Flo—. Pero te daré un buen abrazo de Alcohólicos Anónimos.

Los dos se rieron.

—Escucha, Philip, hay algo de lo que quiero hablarte antes de que te vayas. Una cosa de negocios.

Mientras conducía hacia West Hollywood, imaginó que el asunto del que quería hablar tenía que ver con el libro que había estado escribiendo con Cyril Rathbone antes de su muerte. Su plan era aconsejarle que dejara Los Ángeles y que empezara de cero en otro lugar, donde su nombre fuera menos conocido.

Le guardó un sitio poniendo las llaves del coche en la silla de al lado, pero Flo March no apareció en la reunión. Cuando la habitación empezó a llenarse y ya no había suficientes asientos para todos, cogió las llaves y se reclinó en su silla. Cada vez que un rezagado entraba en la sala, él miraba ansiosamente la puerta. Lo embargaba una sensación de inquietud. Intentó centrar su atención en la intervención de un antiguo cirujano que estaba explicando que en una ocasión había operado a un paciente mientras estaba borracho, pero no podía concentrarse en el drama de aquel hombre. A mitad del relato, se levantó y salió fuera. Había una cabina de teléfono en la esquina de la calle. Marcó el número de Flo. La señal tenía un tono peculiar, y luego saltó la voz grabada de una operadora para informar de que el número al que estaba llamando ya no estaba disponible. Se preguntó si la compañía de teléfono había desconectado la línea porque Flo no pagaba las facturas, o si ella había dado orden de que lo cortaran porque se iba a mudar. La sensación de inquietud se acentuó.

Philip se dirigió a su coche y, una vez dentro, se dio cuenta de que los vehículos estacionados delante y detrás, ambos demasiado cerca, le bloqueaban el paso y no le dejaban salir. Supo que tendría que esperar hasta el final de la reunión para que los dueños volvieran y movieran sus coches. Justo entonces, un taxi amarillo giró en la esquina para dejar enfrente de la cabaña a alguien que llegaba tarde. Philip reconoció a Rose Cliveden, escondida tras

sus gafas de sol y su pañuelo de incógnito, aunque ninguno de los asistentes a la reunión hubiera sabido quién era aunque hubiera anunciado su nombre y el saldo de su cuenta bancaria.

Philip se agachó dentro de su coche tratando de que Rose no lo viera. Ahora que estaba sobria, hablaba tanto como cuando bebía. A pesar de sus esfuerzos, Rose lo vio y se acercó.

—Necesito tu consejo, Philip. Mañana me toca hablar en mi aniversario de los tres meses y tengo que hacer una confesión terrible.

—Rose, tengo bastante prisa —respondió Philip.

—Mira, no sabía lo que significaba la palabra ostentación hasta que llegué al programa, y me temo que he pecado de ella — continuó, como si Philip no hubiera dicho nada—. Durante años, casi treinta, he estado contándole a la gente que me acosté con Jack Kennedy en el dormitorio Lincoln de la Casa Blanca. Creo que lo hablé contigo la noche que nos conocimos. ¿Te acuerdas? Me dijiste: «¿Qué clase de polvo fue el de Jack Kennedy?». Y te dije que fue un amante maravilloso hasta que se corrió, y que luego no podía soportar que lo tocara, por toda esa culpa católica irlandesa. ¿Te acuerdas de eso?

—Sí, Rose, me acuerdo, pero...

—Bueno, me lo inventé todo.

—Rose, por favor, tengo que irme —dijo Philip, pero no había manera de deshacerse de Rose Cliveden cuando hablaba de ella misma.

—No era verdad. Nunca me acosté con Jack Kennedy. Pero lo conté tantas veces que empecé a creérmelo. Pensaba que aquello me convertía en una mujer más interesante. ¿Cómo crees que sonará eso cuando lo cuente mañana en mi aniversario? ¿Esa es la clase de cosa que les gusta oír?

Philip se dio cuenta de que el taxi del que se había bajado Rose daba marcha atrás para ir en la otra dirección. Empezó a hablar muy rápido.

—Esa no es la cuestión, Rose, lo de si les gustará oírlo o no. Verás, no hablas para entretener a la gente. Solo tienes que decir que durante los años que estuviste bebiendo te inventabas historias para parecer más importante — dijo Philip—. Pero de verdad tengo que irme, Rose. Me esperan en un sitio.

—¿Crees que debería llamar a Jackie para pedirle perdón por contar esa historia terrible?

—No. Adiós, Rose. Voy a intentar coger tu taxi. No puedo sacar mi coche de aquí.

Mientras Rose desaparecía en el interior de la cabaña de madera, Philip bajó del coche y corrió tras el taxi, moviendo los brazos para atraer la atención del conductor.

—Por favor —dijo una vez dentro del vehículo—. ¿Puede llevarme a Azelia Way? Está a mitad de la subida de Coldwater.

—No puedo, amigo. Soy un taxi de Beverly Hills en West Hollywood. No debería coger clientes de fuera de mi distrito, podrían multarme. Lo siento.

—Es importante —dijo Philip. No podía entender a qué respondía el sentimiento de urgencia que lo embargaba. Sacó un billete de veinte dólares del bolsillo y se lo dio al taxista—. Nadie nos ve. Nadie va a denunciarlo. Son solo las siete y veinte de la mañana. Las calles todavía están vacías.

—¿La carrera la cobro de los veinte?

—No. Los veinte y la carrera.

—Entre.

Cuando giraron en Coldwater por Azelia Way, el taxista dijo:

—Oh, Azelia Way. Ahí es donde vive Faye Converse.

—La casa a la que voy está justo después de la de Faye Converse.

—Conozco a su empleada.

—Ajá.

—Glyceria.

—¿Qué?

—Su sirvienta se llama Glyceria. La llevo a la estación de autobuses cada noche. Paga Faye.

—Es aquí mismo —dijo Philip—. Gire aquí.

—Oh, no, amigo. Ese camino es demasiado empinado. No podré dar la vuelta ahí arriba. Puede bajarse aquí.

Philip pagó al conductor, salió del coche y subió corriendo por la colina. La hierba se había puesto marrón y estaba muy crecida. Los arbustos del camino tenían un aspecto desaliñado, necesitados de una poda. Cuando llegó a la puerta llamó al timbre. No hubo respuesta. Llamó de nuevo. Empujó y comprobó que estaba abierta. Entró en la casa y dijo en voz alta:

—¿Flo? —Esperó un momento y gritó de nuevo—. ¿Flo? ¿Estás aquí, Flo? Soy Philip. ¿Puedo pasar?

No hubo respuesta. Pasó dentro. Había cartones y cajas de embalaje y bolsas de la compra amontonadas en el pasillo, pero estaban rotas, y el contenido, esparcido por el suelo. Se preguntó si habían entrado a robar o si unos vándalos habían hecho de las suyas. Al avanzar vio que el salón estaba hecho un desastre. Siguió por el pasillo hasta el dormitorio. La cama no estaba deshecha, y encima había unas maletas abiertas y a medio llenar. La puerta del elaborado armario que Flo había mandado construir también estaba abierta. De los cajones revueltos asomaba la lencería, y las blusas, suéteres, medias y cinturones de Flo.

—¿Flo? —gritó Philip de nuevo.

Salió lentamente del dormitorio y volvió al salón. Vislumbró la parte de atrás del sofá de satén gris. Había un par de zapatos en el suelo, uno oculto a medias bajo el sofá y el otro junto a una silla. Un candelabro metálico con un dragón reptando por un lado estaba tirado en el suelo; la base sanguinolenta había manchado la alfombra blanca. Philip se agachó y lo cogió. Había mechones de pelo rojo mezclados con la sangre. Se levantó, dio la vuelta al sofá muy despacio y, con espanto, vio el cuerpo de Flo March. Su pelo rojo estaba lleno de sangre. Se cubría el rostro con las manos, como para protegerse, y el zafiro de su anillo estaba destrozado, como el dedo que lo había lucido. Tenía contusiones en el antebrazo.

Philip palideció mientras miraba el cuerpo de su bella amiga. «Oh, Flo», exhaló. Sobre el mueble bar había un teléfono. Quiso utilizarlo para llamar, pero no había señal, y recordó que la línea estaba cortada. Corrió fuera de la casa. Para llegar hasta la de Faye Converse tenía que bajar el largo y empinado camino hasta Azelia Way y luego subir por el otro lado. Una vez en la casa vecina, llamó y llamó al timbre, pero no obtuvo respuesta. Gritó su nombre: «¡Señorita Converse!», y luego gritó el nombre de Glyceria, la empleada, pero la casa estaba cerrada a cal y canto. Faye Converse se había ido a Nueva York para promocionar su nuevo perfume, y Glyceria no había llegado todavía al trabajo.

Deshizo corriendo el camino hasta Azelia Way y luego hasta la casa de Flo, esperando que las llaves de su coche estuvieran puestas, pero no lo

estaban. De nuevo, bajó corriendo por el camino hasta Azelia Way y siguió hasta Coldwater. Estaba sudando. Intentó parar a alguien en mitad del denso tráfico matinal, pero los coches pasaban sin detenerse. Empezó a correr frenéticamente. Un motorista llamó a la policía de Beverly Hills desde su teléfono móvil:

—Hay un loco corriendo arriba y abajo por Coldwater —dijo.

Blondell, la sirvienta de Pauline Mendelson, que llevaba a su servicio más de veinte años, tocó en la puerta del dormitorio y entró sin esperar respuesta. Portaba una pequeña bandeja con una taza de té, que colocó sobre la cama de Pauline. Después fue hasta las cortinas y las abrió para que entrara la luz de la mañana.

—Santo cielo. ¿Qué haces, Blondell? ¿Qué hora es?

—Pronto. ¿Está despierta? —preguntó Blondell.

—A medias. Vuelve en una hora. Voy a intentar dormir un poco más.

—Pensé que querría saberlo...

—He pasado otra terrible noche en vela.

—... esa mujer que estaba en la iglesia en el funeral del señor Mendelson...

—Oh, *por favooooor*. No quiero que me despierten para hablarme de ella.

—Está muerta, señora Mendelson.

—¿Qué? —Pauline se incorporó de un salto en la cama.

—La han asesinado.

—¿Qué? —repitió Pauline.

—Lo han dicho en las noticias.

—¿Cómo?

—La golpearon en la cabeza y la cara con un candelabro.

—Santo Dios. ¿Saben quién lo ha hecho?

—Han detenido a un hombre que corría como un salvaje alejándose de la casa.

—¿Saben quién es?

—No han dicho su nombre.

Arnie Zwillman estaba en su casa, la antigua mansión de Charles Boyer, ejercitándose en la cinta de correr cuando emitieron el mismo informativo que había visto Blondell. No estaba desconcertado con las informaciones de la muerte de Flo March, esa criatura problemática, pero sí del todo perplejo por el detalle del hombre escapando a toda prisa de la escena del crimen. El hecho le preocupó lo suficiente como para detener la cinta e ir a por el teléfono de su sala de entrenamiento.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó cuando contestó la persona a la que había llamado.

—Han detenido al tío equivocado —fue la respuesta que recibió.

Philip Quennell, bajo custodia en la comisaría de policía de Beverly Hills, permaneció totalmente tranquilo mientras le tomaban las huellas dactilares y abrían la ficha. Su actitud y su comportamiento eran motivo de inmensa irritación para el oficial Whitbeck, que era quien lo había detenido en Coldwater acusado de escapar de la escena de un crimen.

—Estás de mierda hasta el cuello, amigo —le dijo más de una vez.

—No, no lo estoy —respondió Philip.

Sabía que a su debido tiempo se confirmaría que Flo March llevaba muerta varias horas cuando él llegó a su casa. Sabía que Camilla Ebury daría fe de que había pasado la noche con ella. Al menos cincuenta personas recordarían haberlo visto en la reunión de Alcohólicos Anónimos a primera hora de la mañana en Robertson Boulevard. Rose Cliveden juraría haber hablado con él en Robertson Boulevard a las siete y veinte. Encontrarían su coche aparcado en Robertson Boulevard, y localizarían al taxista de la compañía de Beverly Hills, y en su registro figuraría que había llevado a Philip a la casa de Azelia Way.

—Creo que hubiera sido altamente inverosímil sugerir al oficial Whitbeck que volviéramos a la casa de Azelia Way de haber sido yo quien le destrozó la cabeza —le dijo Philip al capitán.

—Consígase un abogado y cuénteselo a él —respondió el capitán Nelson.

En las noticias, un detective de homicidios determinó que la muerte de Flo March había sido causada por múltiples fracturas de cráneo y una hemorragia intracraneal producida por el trauma de un golpe violento. Dijo que la señorita March no había recibido solo un golpe, sino muchos. Calculaba que nueve. Pauline Mendelson escuchó la información en la televisión de la biblioteca. El detective describió los golpes como laceraciones abiertas y contundentes del cuero cabelludo. Más de uno, quizá hasta cuatro de ellos, hubieran sido mortales por sí solos, aunque se creía que el golpe fatal era uno en el lado izquierdo de la cabeza, por encima de la oreja. El rostro de la joven, sin embargo, no tenía apenas marcas. El móvil del robo se descartó inmediatamente, ya que el pendiente de diamante amarillo, que se creía tenía un valor considerable, seguía en el lóbulo de su oreja, y también el anillo de zafiro destrozado por el arma homicida permanecía en el dedo de la víctima. Tenía múltiples laceraciones en ambas manos, así como fracturas en los dedos.

—Han detenido a Philip Quennell —le dijo Sims Lord a Pauline más tarde.

—¡Philip Quennell! No, no puede ser verdad —contestó Pauline, incrédula.

—Es verdad. Lo encontraron corriendo por Coldwater, huyendo de la casa.

—Eso no significa que la matara.

—La gente no habla bien de él.

—¿Qué clase de gente?

—Casper Stieglitz, el productor, por ejemplo. O Marty Lesky, el jefe de Colossus Pictures. Y Jules, ya lo sabes, lo aborrecía.

—Eso no significa que la matara —repitió Pauline—. No me lo creo. — Se levantó y deambuló por la biblioteca—. Oh, Dios mío. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Sabes algo, Sims? Si le hubiera pagado a Flo March ese mísero millón de dólares, nada de esto habría ocurrido.

Pauline fue hasta el teléfono.

—¿A quién llamas?

—A Camilla Ebury.

Durante las semanas que había vivido en Beverly Hills, Lonny Edge nunca se había sentido cómodo. Incluso en la intimidad de la apartada casa en Azelia Way, personas de rango tan inferior como el hombre que limpiaba la piscina le habían mirado con recelo cuando se exhibía desnudo en la piscina, y Trent Muldoon, la estrella de televisión, había reaccionado de la misma manera cuando le abrió la puerta con solo una toalla anudada en la cintura. Lonny Edge no estaba acostumbrado a la indiferencia cuando mostraba su cuerpo desnudo, y se sentía despreciado cuando no veía deseo en la mirada de su público.

—Son solo un puñado de esnobs —se quejó durante un tiempo a sus amigos de la cafetería Viceroy—. Incluso los polis de Beverly Hills van de listos.

En un primer momento, cuando los policías de Beverly Hills llamaron a la puerta y se identificaron en el 7204 1\4 de Cahuenga Boulevard acompañados por sus colegas de la comisaría de La Brea, Lonny Edge se puso nervioso, pensando que su inmoral pasado le había alcanzado.

—¡Un segundo! —gritó antes de abrir, despegando de la pared el póster de su más conocido vídeo, *Hard, Harder, Hardest*, en el cual aparecía con los vaqueros bajados y revelando su pelo púbico.

—¿Sí? —dijo cuando abrió la puerta.

—¿Podemos pasar? —preguntó el capitán Nelson.

—Sí. ¿Cuál es el problema?

—Queremos hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Flo March.

Su alivio fue incommensurable.

—Oh, Flo. Claro, la conozco. Es mi compañera de piso. ¿Por qué?

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Anoche. ¿Por qué? He estado viviendo con ella en su casa de Azelia Way. Pero nos íbamos a mudar hoy. Será mejor que vaya para allá. Los de la mudanza llegan a las diez. Ella debería haber pasado la noche aquí, pero no ha venido, no sé por qué, y el teléfono de su casa está cortado o desconectado o algo. No quería que se quedara sola anoche, porque estaba deprimida y demás.

¿De qué va todo esto? Saben quién es Flo March, ¿no? —dijo su nombre como si fuera el nombre de una estrella de cine que ellos debieran conocer—. Ha salido en todos los periódicos. Era la amante de Jules Mendelson. Ya saben, ¿el multimillonario? ¿El dueño de todas esas obras arte? Amigo personal y cercano de un montón de presidentes. Vivía ahí arriba en la cima de la montaña, en una propiedad llamada Clouds. ¿Conocen a Pauline Mendelson? ¿La famosa?

Los oficiales de policía lo miraban. Al fin, el capitán Nelson le dijo:

—¿Quiere venir con nosotros, por favor, señor Edge?

—¿A dónde?

—A la comisaría de Beverly Hills.

—Eh... ¿qué cojones es esto, tío?

—Solo un interrogatorio rutinario —dijo el oficial Whitbeck.

—¿No puede interrogarme rutinariamente aquí? ¿Qué van a decir mis vecinos, si me ven salir de aquí con todo un destacamento de polis?

Al ver que dos policías se acercaban a él, Lonny echó a correr hacia la salida del complejo. Uno de los dos saltó sobre él con un movimiento felino y le hizo un placaje, cogiéndole por el pecho desde atrás.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Lonny, resistiéndose.

Después de reducirlo, los agentes le esposaron las manos a la espalda. Otro policía se arrodilló en el suelo y le puso grilletes en los tobillos.

—¿Por qué has matado a tu novia, Lonny? —preguntó el oficial Whitbeck.

—¿Flo? ¿Flo está muerta? Oh, no. Oh, Flo. Oh, no. No me vais a cargar con esto. De ninguna manera. Sé demasiado sobre toda esa gente. El hijo de Pauline Mendelson mató a Hector Paradiso. Kippie Petworth, ese es su nombre —gritó. Con un oficial a cada lado, lo sacaron de allí y cruzaron el patio hasta las escaleras que bajaban a Cahuenga Boulevard—. Lo vi. Yo estaba allí. Kippie Petworth, el hijo de Pauline Mendelson, disparó cinco veces a Hector, y Jules Mendelson lo encubrió y le dijo a todo el mundo que había sido un suicidio. Por eso han matado a Flo March. Ella lo sabía. Ella sabía demasiado.

—Este tío está chalado —le dijo el oficial Whitbeck al capitán Nelson.

Cuando Glyceria llegó a casa de Faye Converse, fue informada inmediatamente del terrible suceso que había tenido lugar en la casa vecina. Para entonces, el cuerpo de Flo había sido trasladado a la morgue, y la noticia de su muerte estaba en todos los periódicos e informativos. Dos hombres que ahora ocupaban celdas separadas habían sido detenidos por el asesinato. El camino frente a la casa de Flo estaba lleno de periodistas, algunos de los cuales miraban a hurtadillas por las ventanas.

Evitándolos, Glyceria consiguió llegar por la parte de atrás a la zona de la piscina, donde solía sentarse con Flo durante los primeros días de su amistad, cuando la pequeña Astrid las había juntado. Le sorprendió que la puerta corredera de cristal estuviera entreabierta. Se preguntó por qué no había un policía de guardia o por qué una casa donde había ocurrido un asesinato no estaba precintada.

Durante un periodo de seis horas, dos hombres fueron fichados por el mismo asesinato. Cuando finalmente Philip Quennell fue puesto en libertad, recibiendo un sinfín de lamentables disculpas por el error cometido con su detención, salió a la calle y se vio sorprendido por el intenso resplandor de las cámaras de televisión y los *flashes*. Su dinero, tarjetas de crédito, reloj y gemelos todavía estaban en el sobre de manila que el mismo oficial que lo había detenido le había entregado al ponerlo en libertad. Su corbata se había extraviado. Cuando los periodistas se arremolinaron a su alrededor se sentía sucio y parecía agotado.

—Flo March era mi amiga —dijo—. Tengo el corazón roto porque su vida haya terminado de esta forma horrible.

—¿Está molesto por haber sido detenido?

—No.

—¿Va a poner una demanda?

—No.

—¿Qué sintió al descubrir el cuerpo?

Philip se cubrió los ojos para protegerse de las deslumbrantes luces de las cámaras. Al mirar más allá del enjambre de periodistas que lo rodeaban, vio a Camilla sentada tranquilamente en un banco, observándolo.

—Discúlpeme —dijo Philip, y se abrió paso entre los reporteros para llegar hasta donde estaba Camilla—. Me alegro de verte.

—Oh, Philip. ¿Estás bien?

—Salgamos de aquí.

—La grúa se llevó tu coche, pero pude sacar las maletas.

Ya en las escaleras exteriores, Philip dijo:

—Me alegro de verdad de que estés aquí. No puedo decirte lo mucho que significa para mí. Me gustaría abrazarte y besarte, pero no quiero que nos hagan fotos. ¿Sabes cómo me siento?

—¿Estás a punto de llorar?

—Eso es. ¿Cómo lo sabes?

—Porque te quiero. Vamos. Mi coche está en el aparcamiento —dijo Camilla.

Él cogió su mano y se dirigieron al aparcamiento.

—Tengo que preguntarte algo —dijo Philip.

—¿Qué?

—Cuando supiste que me habían detenido...

—¿Sí?

—¿Pensaste que era verdad? ¿Que la había matado?

—No. Ni por un segundo.

*Las cintas de Flo #29*

*«Lonny me está esperando en su pequeño bungalow de Cahuenga, pero quiero pasar mi última noche aquí. Dios, cómo amo esta casa. Quiero pensar en Jules a solas, porque a partir de mañana, cuando vengan los de la mudanza, todo será diferente para mí. Jules tenía muchos defectos, ya lo sé, pero era bueno conmigo. Si tuviera que volver a hacerlo, sabiendo lo que sé ahora, ¿me hubiera ido con Jules? He pensado mucho en ello, y por fin tengo una respuesta. Sí, me hubiera ido con él.»*

Ni un alma, salvo Philip Quennell, que hizo las gestiones, supo que Camilla Ebury pagó los gastos del entierro de Flo March en el cementerio de Westwood.

Ina Rae asistió cada día al juicio de Lonny Edge, que se prolongó durante tres semanas. Estaba angustiada por verle tan pálido, delgado y lánguido, pero informó a Darlene de que seguía tan atractivo como de costumbre y de que siempre parecía alegrarse al verla en la sala. Mientras duraba el juicio, el arzobispo Cooning, que era un beligerante defensor de la moral, dio sus sermones desde el púlpito de Santa Vibiana aludiendo a la trágica vida de Flo March. El arzobispo no culpó a su presunto asesino, Lonny Edge, sino directamente al multimillonario que había corrompido a la joven y la había encerrado en una jaula de oro. Pobre Jules, decían sus amigos en privado; era una buena cosa que estuviera muerto y no pudiera oír lo que el arzobispo decía de él. Siempre había odiado ver su nombre en los periódicos.

Durante el juicio, dio la sensación de que la vida de Lonny Edge importaba menos por el hecho de haber llevado un estilo de vida que se consideraba inaceptable. Ahora Lonny vive en San Quintín, y allí seguirá, con toda probabilidad, el resto de su vida, la cual no se espera que sea muy larga. Se han extendido los rumores de que padece una enfermedad terminal. Según dicen, es como si tuviera el doble de su edad, pesa apenas una fracción de lo que pesaba cuando aparecía en sus vídeos pornográficos y su antaño atractivo rostro está cubierto de heridas.

A Lonny nada le ha salido bien. Los abogados de la editorial que ha adquirido los derechos de la novela inacabada de Basil Plant, *Candles at lunch*, argumentaron con éxito en el juicio que el borrador había sido robado antes de la muerte de Basil Plant, y que Lonny no tenía derecho a ninguna compensación. Esto fue particularmente desolador para Marv Pink, el abogado

que había accedido a representarlo con la condición de quedarse con el cincuenta por ciento de los ingresos por la venta del manuscrito. El libro será finalmente publicado en primavera. Ha despertado un enorme interés entre los clubes de lectura y la industria del cine.

Philip Quennell ha visitado a Lonny en San Quintín varias veces. Philip es uno de los muchos que no creen que Lonny matara a Flo March, y que solo dejó abierta la puerta de su casa aquella noche para que unos desconocidos entraran y robaran las cintas, creyendo que ella estaría en su apartamento de Cahuenga Boulevard en ese momento.

«Las huellas dactilares no estaban en el arma homicida», repitió una y otra vez sin que sirviera de nada. Este hecho no fue tenido en cuenta durante el juicio. Philip nunca pudo entender que se diera tan poca importancia a que los cajones y las cajas de embalaje de Flo hubieran sido saqueados. Lonny Edge había vivido en la casa, y no hubiera necesitado saquear nada. Una de las muchas cosas que Philip no podía comprender era por qué uno de los cojines del sofá de satén gris de Flo March había desaparecido. Las cintas, si existían, y Philip Quennell cree que existieron, nunca han sido halladas.

Kippie Petworth no ha acabado tan mal como Arnie Zwillman y los directores de varias refinadas escuelas predijeron que acabaría. Al menos hasta ahora. Se ha convertido en el joven amante de la esposa de Reza Bulbenkian, que lo adora y lo mantiene a lo grande en un apartamento de Beekman Place en Nueva York. Yvonne paga a un publicista para que su nombre siga apareciendo en los periódicos, que alaban sus fiestas y su ropa, mientras el de Kippie no se menciona. Su marido, Reza, por supuesto, desconoce por completo el arreglo.

La madre de Kippie, Pauline Mendelson, se ha convertido en Lady St. Vincent y vive en la abadía de Kilmartin, en Wiltshire. No hay contacto entre madre e hijo. Se llevó consigo muy pocos recuerdos de su vida pasada, al margen de la vasta riqueza de los Mendelson, que ahora le pertenece, y dos obras de arte de las que no quiso desprenderse. Intentó colgar las *Rosas blancas* de Van Gogh en varios lugares de su nueva casa, pero le resultó inapropiado colocarlas entre los Canalettos de la sala de estar, o entre los dibujos de Rafael alineados en las paredes de la biblioteca. La compañía

aseguradora no permitió que colgaran el cuadro en ninguno de los pasillos, por razones de seguridad, ni en ninguna de las habitaciones de acceso público en los días de visita. Finalmente, Lord St. Vincent sugirió a Pauline que lo colgara en la pared de su habitación de la mañana, donde cada día se encarga de su correspondencia, menús e invitaciones, pero a Pauline le pareció que el cuadro era demasiado abrumador para la pequeña habitación, ya que distraía constantemente su atención y le evocaba recuerdos de los veintidós años que había pasado colgado sobre la chimenea de la biblioteca de Clouds. No quería venderlo por la expectación que hubiera causado en el mercado internacional del arte, y donarlo a alguno de los muchos museos que habían pujado por él solo hubiera atraído la clase de cobertura mediática que hubiera resucitado la historia de su anterior matrimonio y la brutal muerte de Flo March. Al final, hizo que lo envolvieran en sábanas y lo ataran con una cuerda. Lo tiene guardado en uno de los almacenes de la abadía, junto a la extraordinaria cubertería de plata que no se ha utilizado desde la boda de la hija de Lord St. Vincent hace nueve años.

La última vez que Philip Quennell vio a Pauline St. Vincent fue en Londres. Ella estaba en el asiento trasero de un Daimler, en Beauchamp Place, mirando al frente. Philip está seguro de que le vio, pero Pauline no hizo gesto alguno.

Clouds fue vendida a un japonés que, recientemente, ha entrado en la industria del cine con la compra de Colossus Pictures, el estudio de Marty Lesky. Inicialmente, los planes del señor Ishiguro para Clouds eran mucho más grandiosos de lo que los Mendelson hubieran soñado nunca. Una pista de hielo interior y una bolera eran dos de las novedades planeadas. Con el tiempo, al señor Ishiguro se le ocurrió que sería menos costoso tirar la casa abajo y construirla de nuevo. La mansión ya ha sido demolida, aunque las perreras y el invernadero permanecen en su sitio. Se espera que la nueva casa esté terminada en tres años.

«Predicar moral es cosa fácil; mucho más fácil que ajustar la vida a la moral que se predica..»

ARTHUR SCHOPENHAUER

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Una mujer inoportuna*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



\* Términos racistas para referirse a personas de origen irlandés (*mick*) e hispano (*spick*). (*N. del T.*)

## Nota biográfica

Dominick Dunne (1925-2009) nació en Hartford, Connecticut, en el seno de una familia irlandesa y católica. Tras luchar en la segunda guerra mundial trabajó en la televisión, primero en Nueva York y luego en Hollywood, donde se codearía con las estrellas más importantes de los años cincuenta y sesenta y se convertiría en productor de cine. A finales de los setenta sus adicciones le llevaron a dejar el mundo del cine y a escribir su primer libro. Su primer éxito como escritor lo tuvo en 1985 con la publicación de la novela *Las dos señoras Grenville*, éxito que se acrecentaría cinco años después con *Una mujer inoportuna* (1990). Aunque su verdadera fama le llegó como comentarista de sociedad en *Vanity Fair* y cronista de algunos de los juicios más célebres de Estados Unidos, como el de la estrella de fútbol americano O. J. Simpson. Su larga relación con *Vanity Fair* se inició cuando la revista le invitó a exponer sus reflexiones sobre el asesinato de su hija, lo que posteriormente le llevó a iniciar una columna en la que se mezclaban chismes sobre la alta sociedad y exclusivas en torno a polémicos procesos judiciales. Entre su obra literaria destacan también las novelas: *People Like Us* (1988) y *Una temporada en el purgatorio* (1993).

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Una mujer inoportuna*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[Las dos señoras Grenville](#), de Dominick Dunne

[Una temporada en el purgatorio](#), de Dominick Dunne

[La buena vida](#), de Jay McInerney

Libros del Asteroide 

**Dominick Dunne**  
Una mujer  
inoportuna

Traducción de Pablo Mediavilla

